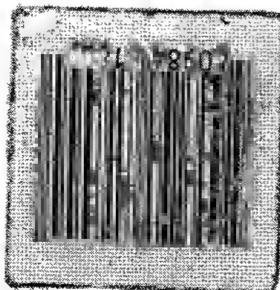
LOS sistemas políticos contemporáneos constituyen una parte integrante del orden social humano. Los científicos, psicológos, sociólogos y antropólogos políticos se están dando cuenta ahora de que los procesos políticos deben ser estudiados como componentes específicos de relaciones sociológicas y psicológicas más amplias.

En esta obra, Seymour Martin Lipset examina la democracia como una característica de la sociedad humana. Utilizando un cuidadoso análisis de los registros de votación y de las encuestas públicas de opinión de todo el mundo, Lipset explora las concidiciones necesarias para la democracia en naciones y organizaciones; las correlaciones entre participación política y comportamiento de voto; y los orígenes y el apoyo actual para movimientos y valores tanto prodemocráticos como antidemocráticos. El libro examina los diversos fenómenos de la lucha de clases, política izquierdista, inestabilidad política y el microcosmos político de los sindicatos.

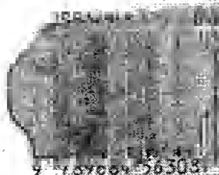
El hombre político ofrece una mezcla ingeniosa y provocativa de datos empíricos, perspectiva histórica y cuidadosa reflexión. Cualquiera que esté interesado en la dinámica interna del proceso democrático o en las causas y consecuencias del comportamiento político humano encontrará las observaciones de Lipset de un valor incalculable.

SERIE UNIVERSITARIA





red editorial iberoamericana



Seymour Martin Lipset

El hombre político

Las bases sociales de la política



El hombre político
Lipset, Seymour Martin

Título original de la obra:
Political Man. The Social Bases of Politics
The Johns Hopkings University Press

Traducción: Elías Mendelievich y Vicente Bordoy
Cubierta: J. M. Domínguez y J. Sanchez Cuenca

Renacimiento 180 Col. San Juan Tlihuaca
Delegación Azcapotzalco, Código Postal 02400, México, D.F.
Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial
Registro Número 1762

ISBN 84-309-1377-7 (Editorial Tecnos)
ISBN 968-456-308-6 (REI-MEXICO)

Primera edición 1993

Impreso en México
Printed in Mexico

A David, Daniel y Carola.

INDICE GENERAL

PRIMERA PARTE

LAS CONDICIONES DEL ORDEN DEMOCRATICO

SEGUNDA PARTE

EL VOTO EN LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES

TERCERA PARTE

COMPORTAMIENTO POLITICO DE LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA

CUARTA PARTE

LA POLITICA DE LA DIRECCION DE LAS INSTITUCIONES PRIVADAS: ESTUDIO DE UN CASO

QUINTA PARTE

POSDATA PERSONAL

SEXTA PARTE

EL HOMBRE POLITICO ACTUALIZADO

CONCEPTOS DE ARISTOTELES SOBRE «EL HOMBRE POLITICO» Y LAS CONDICIONES DEL ORDEN DEMOCRATICO

«El hombre es, por naturaleza, un animal político» (1129).

«La naturaleza ha implantado en todos los hombres un instinto social, y no obstante quien primero fundó el Estado fue el mayor de los benefactores. Puesto que el hombre, una vez perfeccionado, es el mejor de los animales, mas separado de la ley y la justicia es el peor de todos; ya que la injusticia armada es la más peligrosa, y el hombre se halla equipado, al nacer, de armas concebidas para ser empleadas con inteligencia y virtud, y que puede utilizar para los peores objetivos. Por lo cual, si no posee virtud, es el más sacrílego y el más salvaje de los animales, y el más provisto de lujuria y gula. Pero la justicia es el vínculo de los hombres dentro de los Estados, puesto que la administración de la justicia, que consiste en la determinación de lo que es justo, es el principio del orden dentro de la sociedad política» (1130).

«Luego todo miembro de la asamblea, tomado separadamente, es, por cierto, inferior al sabio. Pero el Estado se halla constituido por muchos individuos. Y así como una fiesta para la cual colaboran todos los invitados es mejor que un banquete ofrecido por un único hombre, de igual modo una multitud es mejor juez de muchas cosas que un individuo cualquiera. Además, la mayoría es menos corruptible que la minoría; es como la mayor cantidad de agua, que se contamina menos fácilmente que un poco de la misma» (1200).

«De este modo, es evidente que la mejor comunidad política se halla formada por ciudadanos de la clase media, y que los Estados en los que esta clase es numerosa se prestan a ser bien administrados [...]. Grande es, pues, la fortuna de un Estado en el cual los ciudadanos posean una propiedad moderada y suficiente; puesto que donde algunos poseen mucho, y los demás nada, puede surgir una democracia extrema o una oligarquía pura; o puede desarrollarse una tiranía a partir de cualquiera de ambos extremos, ya sea a partir de la democracia más extraordinaria o de la oligarquía; pero no es tan probable que surja de las constituciones medias y de aquellas que les son afines [...]. Y las democracias son más seguras y permanentes que las oligarquías, debido a que poseen una clase media que es más numerosa y tiene una mayor participación en el gobierno; ya que cuando no existe una clase media, y los pobres constituyen una mayoría abrumadora, surgen disturbios, y el Estado pronto se desmorona» (1221-1222). «[...] En las democracias que se hallan sujetas a la ley, los mejores ciudadanos

detentan el primer lugar, y no existen demagogos; pero donde las leyes no son lo supremo, medran los demagogos. Puesto que el pueblo se convierte en monarca, y es muchas personas en una sola, y muchos poseen el poder en sus manos, no como individuos, sino colectivamente [...]. De todas maneras, esta suerte de democracia que es actualmente un monarca, y no se halla ya bajo el control de la ley, trata de ejercer influencia monárquica, y se convierte en despótica; el adulador es tenido en gran estima» (1212).

«La razón por la cual existen muchas formas de gobierno reside en que todo Estado contiene muchos elementos. En primer término vemos que todos los Estados están constituidos por familias, y entre la multitud de los ciudadanos deben existir algunos ricos y otros pobres, y algunos en una condición media [...]. De entre el común de la gente, algunos son agricultores, otros comerciantes y otros artesanos. Existen también, entre los notables, diferencias de riqueza y propiedad [...]. Además de las diferencias de riqueza existen también las de rango y mérito [...]. Es evidente, pues, que deben existir muchas formas de gobierno que difieran en su tipo, ya que las partes de que se componen son, en su naturaleza, distintas entre sí. Porque una constitución es una organización de cargos que todos los ciudadanos se distribuyen entre ellos de acuerdo con el poder que las diferentes clases posean, por ejemplo los ricos o los pobres, o de acuerdo con algún principio de igualdad que incluya a ambos» (1208).

«La causa universal y principal del [...] sentimiento revolucionario [... es] el deseo de igualdad, cuando los hombres consideran que son iguales a otros que poseen más que ellos; o también el deseo de desigualdad y superioridad cuando, al conceptuarse a sí mismos como superiores, creen que poseen no más, sino lo mismo o menos que sus inferiores [...]. Entonces, en las oligarquías las masas hacen revoluciones con la idea de que se encuentran tratadas injustamente, porque, como manifesté anteriormente, son iguales, y no poseen idéntica participación, y en las democracias los notables se rebelan, porque no son iguales, y sin embargo sólo poseen una participación igual» (1236-1237).

Citas de «Política», traducido por Benjamín Jowett en *The Basic Works of Aristotle*, publicado por Richard MacKeon, Random House, Nueva York, 1941.

PROLOGO

Desde que el término sociología se aplicó por primera vez al estudio sistemático de las relaciones sociales, el análisis de los procesos e instituciones políticas constituyó una de sus preocupaciones más importantes. Ningún sociólogo puede concebir un estudio de la sociedad que no incluya el sistema político como parte preponderante del análisis. Y muchos estudiosos de las ciencias políticas, particularmente en los últimos años, argumentaron, en ocasiones compartiendo opiniones de otros, que es imposible estudiar los procesos políticos a no ser como casos especiales de relaciones sociológicas y psicológicas más generales. La colaboración creciente, así como la aceptación de conceptos y métodos comunes, entre quienes estudian la conducta política dentro de los campos de la ciencia política, de la sociología, de la psicología y de la antropología (cada una de estas tres últimas posee actualmente una subdisciplina reconocida que trata de política) constituye una nueva evidencia de la unidad básica de las ciencias sociales. El estudio del hombre en la sociedad no puede ser provechosamente encasillado de acuerdo con intereses independientes.

Este libro está destinado a diversos lectores: gente que se interesa en general por la política, analistas académicos, estudiantes y profesionales. Algunos de los lectores estarán interesados sobre todo en las causas y consecuencias del comportamiento político; otros, en los problemas teóricos y metodológicos de la disciplina académica. Confío en que ambos grupos se sentirán satisfechos con el material aquí presentado: algunas de las discusiones metodológicas han sido colocadas en los apéndices de ciertos capítulos (ver capítulos 2 y 12), de modo que quienes se encuentren menos interesados en tales cuestiones pueden omitirlas.

El problema principal del que se ocupa este libro es la democracia como característica propia de los sistemas sociales. Los principales temas discutidos son las condiciones necesarias para la democracia en las sociedades y organizaciones; los factores que afectan a la participación de los hombres en la política, particularmente su conducta como votantes, y las fuentes de apoyo de los valores y los movimientos que sustentan o amenazan las instituciones democráticas.

Estos estudios de la sociología de la política no se proponen, fundamentalmente, constituir una colección de ensayos reunidos por el solo hecho de haber sido escritos por la misma persona. Hemos tratado más bien de seleccionar, entre nuestros varios artículos, los que mejor ilustran la contribución que el sociólogo puede hacer para la comprensión de los sistemas políticos democráticos. Al proceder de este modo, se evidenció que un libro preparado exclusivamente a partir de artículos ya existentes crea-

ría dificultades al lector, por cuanto omitiría muchos problemas y conclusiones que deberían, lógicamente, ser discutidos. Intentamos remediar esta deficiencia mediante la elaboración de un número de ensayos, especialmente para este volumen, y la reelaboración extensiva de otros. Por medio de tales revisiones, tratamos de crear un libro integrado.

Puesto que el libro ilustra nuestras preocupaciones intelectuales y valores personales básicos en forma más completa que nuestras anteriores publicaciones, cabe reconocer aquí algunas de nuestras principales deudas de gratitud. Ellas incluyen, sobre todo, a tres de nuestros profesores y antiguos colegas de la Universidad de Columbia, Paul Lazarsfeld, Robert Lynd y Robert Merton. Debemos a Robert Lynd, entre muchas otras cosas, un sostenido apoyo a nuestra creencia de que la investigación de la ciencia social debe ser socialmente significativa. Robert Merton hizo que nosotros y muchos otros comprendiéramos el poder real de los conceptos sociológicos como instrumentos del análisis, y las emocionantes fronteras intelectuales de la sociología. De Paul Lazarsfeld, el lógico más brillante de las ciencias sociales, aprendimos la diferencia que existe entre el análisis y la ilustración, diferencia cuyo desarrollo tan básico e importante exigiría muchos libros, libros que él, afortunadamente, ha escrito o estimulado. También nos agradaría mencionar a otros de nuestros amigos, quienes, en diferentes ocasiones, desempeñaron papeles no menos importantes en el aliento de nuestra empresa. Quizá nuestra mayor deuda intelectual sea con Juan Linz, con quien hemos trabajado durante cierto número de años. En cuanto a Reinhard Bendix, debemos decir que nos proporcionó sabios consejos sobre muchos temas, entre los cuales no ha sido el menor la forma de compaginar este libro. Nuestro colega y antiguo discípulo Robert Alford cooperó grandemente en la revisión de las pruebas. Anne Freedgood, de Doubleday, agregó mucho a su lógica y estilo. Otras personas a las que estamos agradecidos son: Daniel Bell, James S. Coleman, Robert Dahl, Nathan Glazer, Richard Hofstadter, Herbert Hyman, Alex Inkeles, William Kornhauser, Leo Lowenthal, Daniel Miller, Philip Selznick, Martin Trow y David Truman.

Tres capítulos, el 8, el 7 y el 8, merecen una mención especial, puesto que fueron originariamente escritos como parte de un esfuerzo de colaboración con Paul Lazarsfeld, Allen Barton y Juan Linz, del Departamento de Sociología de la Universidad de Columbia, coautores, con nosotros, de «The Psychology of Voting», en *Handbook of Social Psychology,* Gardney Lindzey (ed.), vol. II, Addison-Wesley, Cambridge, 1954. Hemos realizado, sin embargo, cambios importantes en estos materiales, ya sea eliminando algunas secciones o agregando otras. Puesto que nuestros coautores no participan de estas decisiones, no consideramos indicado pedirles que compartan la responsabilidad de decisiones que reflejan nuestros intereses y las necesidades de este libro, y no las suyas. Es importante destacar, sin embargo, que gran parte de la estructura teórica, así como la recopilación de datos para estos capítulos, es un resultado de esta colaboración.

Muchas de las generalizaciones empíricas aquí consignadas se basan en el análisis de las encuestas de la opinión pública realizadas por organizaciones de investigación en diferentes países. Un determinado número de tales

instituciones cooperó con nuestros intereses poniendo a nuestra disposición juegos de duplicados de tarjetas IBM de sus estudios, y proporcionándonos tabulaciones de datos inéditos de sus archivos. Desearíamos expresar nuestro reconocimiento por tal cooperación. Entre las personas e instituciones que han colaborado se encuentran el profesor Erik Allardt, de la Universidad de Helsinki y del Finnish Gallup Poll; el profesor Luzzato Fegiz y el Instituto DOXA de Milán, Italia; el Dr. Alain Girard y el Instituto Nacional Francés para el Estudio de la Demografía; Jean Stoetzel y Louis Angelby, del Instituto Francés de Investigación de la Opinión Pública; Roy Morgan, del Australian Public Opinion Polls; el Dr. Erich Reigrotzki y el Instituto de Investigaciones de la UNESCO, de Colonia, Alemania; el Dr. Stein Rokkan y el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Oslo, Noruega; el profesor Ithiel de Sola Pool del Center for International Studies del Instituto de Tecnología de Massachusetts, y el Dr. Juan Stapel, del Instituto Holandés de Investigación de la Opinión Pública.

En esta obra sólo se consigna una pequeña parte de los materiales disponibles. Mucho más se halla contenido en la publicación de S. M. Lipset y Juan Linz, reproducida del original, *The Social Bases of Diversity in Western Democracy* (Sanford, Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, 1956). Una versión revisada de ese manuscrito tratará extensivamente de la conducta política comparada.

Esbozos anteriores de gran parte del trabajo aquí presentado aparecieron en diversos periódicos y colecciones de ensayos. Estamos agradecidos a los escritores por su autorización para reimprimir o reelaborar estos artículos para el presente libro. Los artículos correspondientes son:

«Political Sociology», en *Sociology Today,* Robert K. Merton, Leonard Broom y Leonard Cottrell, eds., Basic Books, Nueva York, 1959, pp. 81-114.

«Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», *American Political Science Review,* 53 (1959), pp. 69-105.

«American Intellectuals: Their Politics and Status», *Daedalus,* 88 (verano de 1959), pp. 460-486.

«Democracy and Working-Class Authoritarianism», *American Sociological Review,* 24 (1959), pp. 482-502.

«Socialism-Left and Right-East and West», *Confluence,* 7 (verano de 1958), pp. 173-192.

«The American Voter», *Encounter,* 7 (agosto de 1956), pp. 55-62.

«The State of Democratic Politics», *Canadian Forum,* 35 (1955), pp. 170-171.

(Con Paul F. Lazarsfeld, Allen Barton y Juan Linz) «The Psychology of Voting: An Analysis of Political Behavior», en G. Lindzey, ed., *Handbook of Social Psichology,* vol. II, Addison-Wesley, Cambridge, 1954, pp. 1124-1170.

«The Political Process in Trade Unions: A Theoretical Statement», en Morroe Berger, Charles Page y Theodore Abel, eds., *Freedom and Control in Modern Society,* D. Van Nostrand Co., Nueva York, 1954, pp. 82-124.

Dos organizaciones de investigación, de las cuales hemos formado par-

te, facilitaron enormemente nuestra tarea de investigación al proporcionarnos ayuda en la investigación y cooperación personal, y un ambiente estimulante para el estudio: en el pasado, el Bureau of Applied Social Research de la Universidad de Columbia, dirigido, mientras nos encontrábamos en Columbia, por el profesor Charles Y. Glock (actual director del Survey Research Center de la Universidad de California), y, más recientemente, el Institute of Industrial Relations de la Universidad de California en Berkeley, administrado por el profesor Arthur Ross, director, y la Dra. Margaret Gordon, directora asociada. La organización anterior se interesó particularmente en el problema de la codificación de la teoría y el método en las ciencias sociales, y gran parte del trabajo presentado en los capítulos 1, 6, 7, 8 y 11 fue realizado bajo su control con el apoyo de una subvención de la Behavioral Sciences Division, de la Fundación Ford, para un inventario de las investigaciones realizadas dentro del campo del comportamiento político[1]. (Esta subvención fue otorgada a un grupo de especialistas de diversas disciplinas, que incluía a Richard Hofstadter, Herbert Hyman y David Truman, y a mí mismo como director.)

El Berkeley Institute of Industrial Relations se interesó, entre otras cosas, por el impacto de la industrialización y los diversos sistemas de estratificación sobre el estado del movimiento obrero, las tensiones de clases y el comportamiento político de los estratos ocupacionales en los diferentes países. Gran parte de la tarea que suponía la forma original de publicación de los capítulos restantes fue realizada con su patrocinio y con el apoyo de contribuciones adicionales de la Behavioral Sciences Division de la Fundación Ford, y del Committee on Comparative Politics del Social Science Research Council. Debemos gratitud por el año que pasamos como becarios del Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, en 1955-1956, libres de toda responsabilidad, fuera de nuestras propias preocupaciones.

Entre quienes fueron nuestros asistentes de investigación en los proyectos cuyos resultados se informan parcialmente en este libro, se hallan Robert Blauner, Amitai Etzioni, Rena Katznelson y Carlos Kruytbosch.

SEYMOUR MARTIN LIPSET

Berkeley, California
15 de mayo de 1959

[1] Además de nuestros propios trabajos, existen otras publicaciones de este inventario: HERBERT HYMAN, *Political Socialization*, The Free Press, Glencoe, 1959, y WILLIAM KORNHAUSER, *The Politics of Mass Society*, The Free Press, Glencoe, 1959.

PROLOGO A LA EDICION DE 1981

Reimprimir un libro dos décadas después de su primera aparición requiere una justificación. La principal razón en este caso es que el libro fue bien recibido cuando apareció por primera vez en 1960, y que continúa habiendo, al parecer, una buena acogida al mismo. Aunque parte de la literatura de investigación que se recogía en el libro ha sido superada, las ideas básicas y el enfoque de este estudio del comportamiento político comparativo no han perdido su importancia para aquellos que están interesados en la política en la década de los años 1980.

Cuando The Johns Hopkins University Press propuso por primera vez publicar una nueva edición de *El hombre político*, mi reacción inicial fue emprender una completa revisión, o, mejor, escribir un nuevo libro, tratando muchos de los temas que se exponían en el original. Sin embargo, compromisos anteriores descartaron esta posibilidad, por lo menos durante los próximos años. Pero simplemente permitir que *El hombre político* volviera a imprimirse sin una exposición de la pertinencia de obras más recientes y de las críticas a su contenido parecía presuntuoso.

Por consiguiente, he añadido dos capítulos a la edición original, que aparecen aquí como 14 y 15. El capítulo 14 se dedica a cuatro áreas: «Desarrollo económico y democracia» (capítulo 2), «Autoritarismo de la clase obrera» (capítulo 4), «Fascismo» (capítulo 5) y «Política de clase» (capítulos 7, 8 y 9). La exposición sobre «¿El fin de la ideología?» (capítulo 13) se amplía mediante la inclusión, como capítulo final, de una versión ampliada de un artículo previamente publicado que trata este tema de manera extensa[1].

Los temas que no se amplían en los nuevos capítulos, como los que se tratan en el capítulo 3, «Conflicto social, legitimidad y democracia», o en el capítulo 12, «El proceso político en los sindicatos», se ignoran porque no tengo mucho que añadir, en el momento presente, a la exposición original. La participación política, que se expone en el capítulo 6, es otro campo en el que se ha trabajado mucho en las dos pasadas décadas, pero en el que los hallazgos empíricos se añaden fundamentalmente a las conclusiones sugeridas aquí[2].

[1] Cierto número de temas tratados aquí también han sido expuestos en mi colección de ensayos, Seymour Martin Lipset, *Revolution and Counterrevolution: Change and Persistence in Social Structures*, Doubleday-Anchor Books, Garden City, N.Y., 1968, esp. Parte III, «Social Stratification and Politics», y Parte IV, «Political Cleavages in Comparative Perspective», y en mis secciones de Irving Louis Horowitz y Seymour Martin Lipset, *Dialogues on American Politics*, Oxford University Press, Nueva York, 1978.

[2] WILLIAM H. FLANIGAN, *Political Behaviour of the American Electorate*, 2.ª ed., Allyn and

La política de los intelectuales (capítulo 10) es un área en la que he trabajado considerablemente desde que apareció *El hombre político;* simplemente remito al lector a mis escritos en este campo[3].

En las dos décadas que han transcurrido desde que este libro fue publicado por primera vez, he seguido interesado en la investigación y lectura de las evoluciones políticas, tanto en un contexto comparativo como norteamericano. Este libro aparece citado en diversos libros y artículos. Los materiales adicionales que se presentan en la parte VI reflejan algo de esa actividad.

Me gustaría agradecer la ayuda e ideas de los estudiosos con los que he colaborado durante este período, en particular a Stein Rokkan, que hasta su muerte, en 1979, fue el sociólogo político más preeminente; a Irving Louis Horowitz, Everett Ladd, Earl Raab y William Schneider. También he aprendido mucho de tres estudiantes graduados, Larry Diamond, Gary Marks y Steve Stedman, que ayudaron a formular las ideas que se incorporan a la parte VI. Brenda McLean también contribuyó considerablemente a preparar esta edición para su publicación. También me gustaría darle las gracias a la University of Chicago Press por permitirme incluir, como capítulo 15, un artículo que apareció por primera vez en Joseph Ben-David y Terry N. Clark (eds.), *Culture and Its Creators,* en 1977.

SEYMOUR MARTIN LIPSET

Stanford, California
Enero de 1981

Bacon, Boston, 1972; BRUNO S. FREY, «Why do High Income People Participate More in Politics?», *Public Choice*, 11 (otoño de 1971), pp. 101-105; NORVAL D. GLENN y MICHAEL GRIMES, «Aging, Voting, and Political Interest», *American Sociological Review*, 33 (agosto de 1968), pp. 563-575; LESTER W. MILBRATH y M. L. GOEL, *Political Participation: How and Why Do People Get Involved in Politics?*, 2.ª ed., Rand McNally, Chicago, 1977; SIDNEY VERBA y NORMAN H. NIE, *Participation in America*, Harper and Row, Nueva York, 1972; SIDNEY VERBA, NORMAN H. NIE y JAE-ON KIM, *Participation and Political Equality*, Cambridge University Press, Nueva York, 1968; RAIMOND E. WOLFINGER y STEVEN J. ROSENSTONE, *Who Votes?*, Yale University Press, New Haven, 1980; JOHN F. ZIPP y JOEL SMITH, «The Structure of Electoral Political Participation», *American Journal of Sociology*, 85 (julio 1979), pp. 167-177; JURG STEINER, *Bürger und Politik: Empirisch-theoretische Befunde über die politische Partizipation der Burger in Demokratien unter besonderer Berücksichtigung der Schweiz und der Bundesrepublik Deutschland*, vol. 4 de *Politik und Wähler*, Verlag Anton Hain, Meisenheim am Clan, 1969.

[3] SEYMOUR MARTIN LIPSET, «The Politics of Academia», en DAVID C. NICHOLS (ed.), *Perspectives on Campus Tensions*, American Council on Education, Washington, D.C., 1970, pp. 85-118; LIPSET, «Academia and Politics in America», en T. J. NOSSITER *et al.* (eds.), *Imagination and Precision in the Social Sciences*, Farber and Farber, Londres, 1972, pp. 211-289; LIPSET y RICHARD DOBSON, «The Intellectual Rebel: With Special Reference to the United States and the Soviet Union», *Daedalus*, 101 (verano de 1972), pp. 137-197; LIPSET, *Rebellion in the University*, University of Chicago Press, Chicago, edición Phoenix, 1976, LIPSET, «Political Controversies at Harvard, 1636-1974», en LIPSET y DAVID RIESMAN, *Education and Politics at Harvard*, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1975, pp. 2-278; EVERETT C. LADD, Jr., y LIPSET, «The Politics of American Political Scientists», *PS*, 4 (primavera de 1971), pp. 135-149; LIPSET y EVERETT C. LADD, Jr., «The Politics of American Sociologists», *American Journal of Sociology*, 78 (julio de 1972), pp. 67-104; EVERETT C. LADD, Jr., y LIPSET, *The Divided Academy: Professors and Politics*, W. W. Norton and Co., Nueva York, 1976.

1. LA SOCIOLOGIA POLITICA [1]

Una de las principales preocupaciones de la sociología política consiste en un análisis de las condiciones sociales que configuran la democracia. Por sorprendente que pueda parecer, una democracia estable requiere la manifestación de un conflicto o una división, de manera que existan: una lucha por las posiciones directivas, exigencias a los partidos que se hallan en el poder y cambios de los que gobiernan; pero sin el consenso —un sistema político que permita el «juego» pacífico del poder, la adhesión por parte de los que «están fuera» a las decisiones tomadas por los que «están dentro» y el reconocimiento por parte de estos últimos de los derechos de los primeros— no puede existir ninguna democracia. El estudio de las condiciones que alientan la democracia debe, por lo tanto, centrarse en torno a los orígenes de la división, así como a los del consenso.

La división —cuando es legítima— contribuye a integrar las sociedades y las organizaciones. Los sindicatos, por ejemplo, ayudan a integrar a sus miembros dentro del cuerpo político mayor, y les proporcionan una base para la lealtad al sistema. La importancia que dio Marx a los sindicatos y a los partidos obreros como aceleradores de la tensión revolucionaria no era cierta. Como demostrarán los capítulos II y III, es precisamente en aquellos países en los cuales los obreros fueron capaces de constituir sindicatos fuertes y de obtener representación en la política, donde resulta difícil hallar las formas desintegrativas de la división política. Además, diversas investigaciones sugirieron que los sindicatos que permiten una legítima oposición interna conservan más lealtad por parte de sus miembros que las organizaciones más dictatoriales y, aparentemente, más unificadas. El consenso sobre las normas de tolerancia que una sociedad u organización acepta, con frecuencia sólo surgió como resultado del conflicto básico, y requiere la continuidad del conflicto para sustentarlo.

Esta obra intenta contribuir a una comprensión de los sistemas políticos democráticos mediante la discusión en varios terrenos distintos: las exigencias sociales de sistemas democráticos y diversos tipos de conflicto político

---

[1] Cierto número de informes bibliográficos que tratan de la sociología política y de la investigación del comportamiento político puede resultar de interés. Algunos informes bibliográficos recientes que se refieren a la política son: R. BENDIX y S. M. LIPSET, «Political Sociology — A Trend Report and Bibliography», *Current Sociology*, 6 (1957), pp. 79-169; JOSEPH R. GUSFIELD, «The Sociology of Politics», en JOSEPH B. GITTLER (ed.), *Review of Sociology*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1957, pp. 520-530. Compendios de investigaciones importantes son: ROBERT E. LANE, *Political Life*, The Free Press, Glencoe, 1959, y HEINZ EULAU, SAMUEL J. ELDERSVELD y MORRIS JANOWITZ (eds.), *Political Behavior*, The Free Press, Glencoe, 1956.

en los Estados Unidos de Norteamérica y otras sociedades democráticas, particularmente la división electoral, algunas de las causas específicas de las tendencias antidemocráticas, las fuentes de la participación en la política, las bases sociales del apoyo a los partidos en los Estados Unidos y otros países y, finalmente, las condiciones que determinan la vida política de los sindicatos. Para comprender los principios sociológicos que el estudio de estos temas supone, es menester observar, en primer término, la evolución de las ideas acerca de la sociedad moderna.

EL TRASFONDO INTELECTUAL

La crisis de la reforma y la revolución industrial que anunciaron la sociedad moderna, también dieron existencia a la sociología política. La desintegración de una sociedad tradicional expuso a la observación general, por vez primera, la diferencia entre la sociedad y el Estado. También suscitó el siguiente problema: ¿Cómo puede una sociedad enfrentarse a un continuo conflicto entre sus miembros y grupos, y mantener, sin embargo, la cohesión social y la legitimidad de la autoridad estatal?

La escisión entre los gobernantes absolutistas del siglo XVII y la burguesía en ascenso aclaró las distinciones entre hombre y ciudadano, sociedad y Estado. Tales distinciones constituyeron tanto la causa como la consecuencia de la crisis sobre legitimidad del Estado, que algunos hombres comenzaban a cuestionar y otros a negar completamente. Bodin, en el siglo XVII, formuló por primera vez el principio de la soberanía del Estado sobre otras instituciones que se encuentran dentro de los límites de la nación, para justificar la primacía del Estado, particularmente en una época de conflictos religiosos. Cierto número de filósofos —Hobbes, Locke y Rousseau entre ellos— intentaron, cada uno a su modo, resolver el problema básico: la necesidad del consenso secular que pudiera sustituir la solución religiosa de la Edad Media, y superar la escisión entre la sociedad y el Estado.

Los padres de la sociología política del siglo XIX tomaron partido en el asunto. Hombres como Saint-Simon, Proudhon y Marx se hallaban de parte de la sociedad: para ellos continuaba la trama que debía ser fortalecida y reforzada, en tanto que el Estado tenía que ser limitado y controlado por la sociedad o bien abolido. En el otro bando se hallaban Hegel y sus continuadores, Lorenz von Stein y otros, quienes consideraban que la solución residía en la subordinación de los elementos dispares de la sociedad a la soberanía del Estado.

La sociología política parece haber superado esta controversia y resuelto el problema básico. La solución del dilema, como la de muchos otros, parece residir en que la cuestión fue formulada de manera errónea. El error consistía en tratar al Estado y a la sociedad como a dos organismos independientes y averiguar cuál de ellos era el más importante o preferible. Los sociólogos políticos alegan actualmente que el Estado es tan sólo una entre muchas instituciones políticas, y que estas últimas constituyen únicamente una entre los muchos conjuntos de instituciones sociales; que las relaciones entre tales instituciones y grupos de instituciones constituyen el tema de la sociología general, y que la relación entre las instituciones políticas y las demás configura el ámbito específico de la sociología política. Al debatir con los estudiosos de las ciencias políticas sobre lo representado por la sociología política, los sociólogos sostuvieron que el estudio independiente del Estado y de otras instituciones políticas no tiene, teóricamente, sentido. Talcott Parsons —quizá el más importante teórico de la sociología contemporánea—, por ejemplo, sugirió que el estudio de la política no puede ser «tratado en términos de un esquema conceptual específicamente especializado [...] precisamente por la razón de que el problema político del sistema social constituye un foco para la integración de todos sus componentes distinguidos analíticamente, y no de una clase específicamente diferenciada de estos componentes» [2].

Desde el punto de vista de la sociología, el debate entre los «partidarios» del Estado y los de la sociedad está cerrado. Pero aun cuando los temas de controversia ya no sean llamados «Estado» y «sociedad», el dilema subyacente —el equilibrio adecuado entre el conflicto y el consenso— continúa. Constituye el problema central de que trata este libro.

Hasta hace relativamente poco tiempo, los sociólogos se ocupaban mucho más del estudio de las condiciones que producen la división que de la determinación de los requisitos del consenso político. Las deducciones se hacen más evidentes si consideramos a los cuatro grandes escritores europeos cuyas ideas constituyen, en líneas generales, la base de la sociología política: Marx, Tocqueville, Weber y Michels.

CONFLICTO DE CLASES Y CONSENSO: MARX Y TOCQUEVILLE

Después de la Revolución Francesa los problemas de conflicto *versus* consenso comenzaron a destacarse. Los revolucionarios, naturalmente, se hallaban principalmente empeñados en continuar el conflicto, y los conservadores, en mantener la estabilidad social. Pero, durante muchos años, pocos fueron los hombres que analizaron las condiciones bajo las que el conflicto y el consenso eran o podían ser mantenidos en equilibrio.

El portavoz más coherente del enfoque según el cual el conflicto era el interés central en el estudio de la política, fue Karl Marx, y, como lo indica gran parte del análisis posterior de esta obra, manifestó muchas apreciaciones provechosas de sus causas. Alexis de Tocqueville, por otra parte, fue el primer gran representante de la idea de que la democracia implica un equilibrio entre las fuerzas de conflicto y consenso.

Para Marx, una sociedad compleja podría caracterizarse ya sea por un conflicto constante (aun cuando fuera suprimido) o por el consenso, pero no por una combinación de ambos. Consideró el conflicto y el consenso como alternativas más bien que como tendencias divergentes que podían equilibrarse. Por una parte, relegó el consenso, la armonía y la integración

[2] TALCOTT PARSONS, *The Social System*, The Free Press, Glencoe, 1951, pp. 126-127.

al futuro comunista (y, en cierto grado, al pasado comunista); por otro lado, consideró el conflicto y el absolutismo como el gran acontecimiento de la historia en la época situada entre el primitivo comunismo prehistórico y el éxito futuro de la revolución proletaria.

La concepción de Marx sobre la futura sociedad armónica tuvo derivaciones significativas para su perspectiva sociológica. El sistema político que proyectó no era una democracia institucionalizada, sino la anarquía. Ello significaba, en particular, el fin de la división del trabajo, puesto que la eliminación de la diferenciación de funciones en las esferas económicas de la vida eliminaría, de acuerdo con Marx, la fuente principal del conflicto social:

> En la sociedad comunista, donde nadie posee una esfera exclusiva de actividad, sino que cada cual puede realizarse en cualquier aspecto que desee, la sociedad regula la producción general y, de este modo, nos posibilita el realizar una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar por la tarde, arrear ganado al atardecer, criticar después de la cena, tal como nos apetezca, sin transformarnos nunca en cazadores, pescadores, pastores o críticos [3].

Tal afirmación no constituye simplemente la fantasía de Marx acerca de un futuro utópico. Describe una de las condiciones básicas de la sociedad comunista, puesto que el comunismo «constituye la verdadera solución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza, [y entre] hombre y hombre [...]» [4]. Es la eliminación de todas las fuentes sociales de diferencias, aun de la distinción entre ciudad y campo [5].

Ya que el consenso es imposible dentro de una sociedad estratificada, dominada por una clase explotadora, Marx no podía concebir los orígenes de la solidaridad en la sociedad precomunista. Su interés primario consistía en un análisis de los factores que dan lugar al poder de las fuerzas en litigio. Sin embargo, nunca estuvo realmente interesado en comprender los mecanismos psicológicos a través de los cuales se disciplinan los intereses de los individuos, hasta con el propósito de aumentar la fuerza de clase. Es un pasaje interesante, escrito en su juventud, Marx planteó realmente el problema en términos hegelianos:

> Cómo puede ser que los intereses personales se transformen continuamente, a pesar de la persona, en intereses de clase, en intereses comunes que ganan una existencia independiente sobre las personas individuales, que en esta independencia tomen la forma de intereses generales, que entren como tales en conflicto con los individuos reales y que, en esta oposición, de acuerdo con la cual se definen como intereses generales, puedan ser concebidos por la conciencia como intereses ideales, y hasta religiosos y sagrados [6].

Pero nunca intentó responder a la pregunta [7]. Se hallaba básicamente

[3] KARL MARX, *The German Ideology*, International Publishers, Nueva York, 1939, p. 22.

[4] Cita de la edición francesa de *La Sagrada Familia*, en G. GURVITCH, «La Sociologie du jeune Marx», *Cahiers internationaux de sociologie*, 4 (1948), p. 25..

[5] KARL MARX, *op. cit.*, p. 44.

[6] K. MARX, «Ideology-Saint Max», *Gesamtausgabe*, I, 5, p. 226, citado en *The German Ideology*, p. 203.

[7] El mejor análisis del problema del desarrollo de la cohesión de clase y la trascendencia de los intereses personales en favor de los intereses de clase puede encontrarse en GEORG LUKACS, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Malik, Berlín, 1923.

despreocupado de la necesidad que la sociedad tiene de mantener instituciones y valores que faciliten la estabilidad y la cohesión. Para Marx, las imposiciones sociales no cumplían funciones socialmente necesarias, sino, más bien, apoyaban la dominación de clase.

La teoría de Marx no daba cabida a la democracia bajo el comunismo. Posee tan sólo dos tipos sociales que se excluyen: una sociedad de conflicto y una de armonía. El primero de esos tipos, de acuerdo con Marx, es de por sí destructivo de la dignidad humana, y debe ser destruido. El segundo se halla liberado de las fuentes de conflicto y, por lo tanto, no tiene necesidad de instituciones democráticas, tales como los resguardos contra el poder del Estado, la división de poderes, las protecciones que confieren las garantías jurídicas, una constitución o «declaración de derechos» [8]. La historia de la Revolución Rusa demostró ya algunas de las consecuencias terribles que posee el operar con una teoría que sólo se ocupa de tipos ideales inexistentes, es decir, de sociedades de completa armonía y de otras de constante conflicto.

A primera vista, la teoría de Tocqueville parece similar a la de Marx, ya que ambos destacan la solidaridad de las unidades sociales y la necesidad del conflicto entre ellas. (Para Marx las unidades eran clases; para Tocqueville consistían en comunidades locales y organizaciones voluntarias.) Sin embargo, Tocqueville, a diferencia de Marx, prefirió deliberadamente hacer resaltar aquellos aspectos de las unidades sociales que podían mantener la división y el consenso político al mismo tiempo. No proyectó su sociedad armoniosa hacia el futuro ni separó, a su vez, las fuentes de la integración social de las de la división. Las mismas unidades —por ejemplo, los gobiernos federales y estatales, el Congreso y el presidente— que funcionan independientemente unas de otras y, por ende, necesariamente en un estado de tensión, dependen también recíprocamente y se hallan ligadas por los partidos políticos. Las asociaciones privadas, que son fuentes de restricciones para el gobierno, sirven también a manera de importantes conductos para interesar a la gente por la política. En resumen, constituyen los mecanismos de creación y mantenimiento del consenso necesario para una sociedad democrática.

La preocupación de Tocqueville por un sistema político pluralista resultó de su interpretación de las tendencias de la sociedad moderna. La industrialización, la burocratización y el nacionalismo, que atraían a las clases inferiores hacia la política, minaban también los centros locales más pequeños de autoridad y concentraban el poder en el Estado leviatán. Tocqueville temía que el conflicto social desapareciera debido a que habría un solo centro de poder —el Estado— para oponerse al cual ningún grupo sería suficientemente fuerte [9]. Ya no existiría ninguna competencia política, por-

[8] Ver su ataque a la declaración de derechos de la segunda república francesa como una impostura, en «The Eighteenth Brumaire of Louis Napoleon», en V. ADORATSKY (ed.), *Selected Works of Karl Marx*, Sociedad Editorial Cooperativa de Trabajadores Extranjeros en la URSS, Moscú, 1935, pp. 328-329.

[9] ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Democracy in America*, vol. I, Vintage Books, Nueva York, 1954, pp. 9-11. La progresión hacia una sociedad de masas mediante la eliminación de los

que no habría bases sociales que la sustentaran. Además temía que el consenso también fuera socavado en la sociedad de masas. El individuo atomizado, abandonado a sus propias fuerzas, sin pertenencia a una unidad social políticamente significativa, carecería del interés suficiente para participar en la política, o aun para aceptar sencillamente el régimen. La política no sólo no ofrecía esperanzas, sino que estaría desprovista de significado. La apatía mina el consenso, y ésta fue la actitud de las masas para con el Estado que Tocqueville considerara como el resultado de una sociedad burocrática industrial.

Su estudio de los Estados Unidos le sugirió dos instituciones que podrían combatir al nuevo leviatán: el autogobierno local y las asociaciones voluntarias. La participación en tales instituciones le pareció ser condición para la estabilidad del sistema democrático. Mediante la diseminación de las ideas y la creación del consenso entre sus miembros, se transforman en la base del conflicto entre una organización y otra. Y, en el proceso de esta realización, también limitan el poder central, crean centros nuevos y autónomos de poder para que compitan con él y cooperan para la capacitación política de líderes potenciales de la oposición [10].

Los enfoques de Tocqueville y Marx no dieron como resultado análisis contradictorios de las funciones de las diversas instituciones sociales, aunque sirvieron realmente para valoraciones muy diversas. La afirmación de Marx de que la religión es el «opio de las masas» establece un reconocimiento de su función integradora. Tocqueville reconoció también la cualidad «opiácea» de la religión: «Luego la religión constituye, sencillamente, otra forma de esperanza» [11]. Para Marx, la religión era una fuente de engaño destinada a los estratos inferiores, un mecanismo para ajustarlos a su destino en la vida e impedirles reconocer sus verdaderos intereses de clase. Tocqueville, por el contrario, observó que la necesidad de un credo religioso crecía en proporción directa con la libertad política. Cuando menos coercitivas y dictatoriales se tornaban las instituciones políticas de una sociedad, tanto más necesitaba ésta un sistema de creencias sagradas para ayudar a restringir las actividades de los gobernantes y los gobernados.

BUROCRACIA Y DEMOCRACIA: WEBER Y MICHELS

Si uno de los intereses permanentes de la sociología política —la división y el consenso— fue vinculado a los nombres de Marx y Tocqueville, otro de ellos —el estudio de la burocracia— se identifica con la obra de Max Weber y Robert Michels. Los dos problemas están, desde luego, estrechamente relacionados, puesto que la burocracia constituye uno de los

---

grupos locales y los centros intermedios del poder que existen entre el individuo y el Estado nacional fue analizada por ROBERT NISBET, *The Quest for Community*, Oxford University Press, Nueva York, 1953.

[10] Para un desarrollo de estas ideas, ver S. M. LIPSET, M. TROW y J. S. COLEMAN, *Union Democracy*, The Free Press, Glencoe, 1956.

[11] TOCQUEVILLE, *op. cit.*, p. 321.

medios principales para la creación y el mantenimiento del consenso y, al mismo tiempo, una de las fuentes principales de las fuerzas que quebrantan la integración.

La diferencia entre Marx y Tocqueville, que hacen hincapié en el consenso y en la lucha de clases, y la existente entre Weber y Michels, que se preocupan por el cumplimiento o la violación de los valores mediante la burocracia, representa una adaptación del pensamiento social a las etapas subsiguientes de la revolución industrial. Muchos filósofos sociales del siglo XIX estaban preocupados por los efectos disgregadores que la revolución industrial ejercía sobre la sociedad, y por la posibilidad de alcanzar estructuras políticas democráticas. Como Marx, algunos de ellos creían o esperaban que la estabilidad política y social era inherentemente imposible dentro de una sociedad industrial urbana caracterizada por la competencia económica y el interés de lucro, y buscaban un sistema nuevo, más estable y más moral. En contraste, un número de pensadores del siglo XX, de los cuales Weber y Michels son los más significativos, se apartaron del problema de la relación entre el sistema económico (definido en términos de propiedad y control de los medios de producción) y otras instituciones sociales. Para ellos el problema ya no reside en los cambios necesarios para la modificación o destrucción de las instituciones del capitalismo, sino en las condiciones sociales y políticas de la sociedad burocratizada. Puesto que poca gente cree actualmente que es factible retornar a las comunidades de pequeños productores, la cuestión se convierte en la siguiente: ¿Qué órdenes institucionales son posibles *dentro* de la sociedad burocrática?

Numerosos adversarios del marxismo expresaron, hace ya bastante tiempo, que el socialismo no terminaría con muchos de los males que atacaba. Como quiera que sea, Weber y Michels fueron de los primeros en emprender una investigación sobre el postulado de que el problema de la política moderna no consiste en capitalismo o socialismo, sino en la relación entre la burocracia y la democracia. Weber consideró la burocratización como una forma institucional inherente a todas las sociedades modernas [12]. Para Michels, la oligarquía —el gobierno de un pequeño grupo de personas que optan colectivamente por su sucesor— constituía un proceso común a todas las grandes organizaciones. Ambos trataron de demostrar que las organizaciones y sociedades socialistas eran, o serían necesariamente, tan burocráticas y oligárquicas como las capitalistas.

El interés de Weber por la burocracia no era fundamentalmente político. Su creencia de que el desarrollo de las instituciones burocráticas constituía un requisito previo para una sociedad altamente industrial le condujo a considerar la burocratización como la fuente particular más importante del cambio institucional y, debido a ello, como una amenaza a las fuerzas de cohesión existentes. Como lo señalara Parsons, *grosso modo*, «la buro-

---

[12] Ver MAX WEBER, «Zur Lage der bürgerlichen Demokratie in Russland», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 22 (1906), pp. 234-353; «Der Sozialismus», en *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Mohr, Tübingen, 1924, pp. 492-518; CARLO ANTONI, *From History to Sociology: The transition in German Historical Thinking*, trad. por Hayden V. White, Wayne State University Press, Detroit, 1959, pp. 145-146.

cracia desempeña para Weber el mismo papel que la lucha de clases para Marx, y la competencia para Sombart»[13]. No obstante, Weber adjudicó gran importancia a los aspectos integradores de la burocratización dentro de una sociedad democrática, como el traslado a la sociedad entera de los tipos burocráticos de tratamiento igualitario ante la ley y ante la autoridad, y el uso de criterios sobre el mérito personal en la selección y la promoción.

Al analizar el funcionamiento real de una sociedad democrática, Weber consideraba que el control de la ejecución de las leyes constituía el mayor de los problemas con que se enfrentaban los políticos que gozaban de la confianza del electorado: «El ejercicio cotidiano de la autoridad estaba en manos de la burocracia, e incluso el éxito en la lucha electoral y en el debate parlamentario y la toma de decisión, se reduciría a la nada a menos que se tradujera en un control efectivo sobre el manejo administrativo»[14]. Y se mostraba más bien pesimista respecto a los efectos últimos de la burocratización creciente sobre la democracia y libertad. Como Tocqueville, temía que el desarrollo del superEstado conduciría eventualmente al derrocamiento del progreso y el imperio de la ley. El socialismo significaba para él la extensión de la autoridad burocrática a la sociedad entera, que originaría más bien una «dictadura de los burócratas» que del proletariado. Sería un mundo «lleno tan sólo de esos pequeños engranajes, hombrecillos que se aferran a sus puestos y se esfuerzan por conseguir otros mejores. La cuestión principal no reside, por consiguiente, en cómo puede promoverse y acelerarse [una situación de dominación burocrática], sino en qué puede oponerse a esta maquinaria para conservar una parte de la humanidad libre de este parcelamiento del alma, de este dominio supremo de la forma burocrática de vida»[15].

También Michels se hallaba interesado en los factores que mantienen o minan la democracia. Al analizar los partidos políticos y los sindicatos, advirtió los elementos inherentes a organizaciones muy amplias que hacen casi imposible técnicamente el control por la masa de sus afiliados[16]. Señaló las ventajas que el control sobre las organizaciones posee para los líderes correspondientes, la incapacidad política de los miembros ordinarios, las causas de su apatía y las presiones sobre los líderes para perpetuarse en el cargo. Y observó la norma oligárquica dentro de los partidos socialistas burocráticos, extendida a la sociedad gobernada por tales partidos. La discusión de la política interna de los sindicatos, realizada en el capítulo 12, constituye esencialmente un intento por sistematizar algunas de las ideas de Michels.

---

[13] T. PARSONS, *The Structure of Social Action*, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1937, p. 509. Ver también C. WRIGHT MILLS y HANS GERTH, «Introduction: The Man and his Work», en MAX WEBER, *Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1946, p. 49.

[14] REINHARDT BENDIX, *Max Weber: An Intellectual Portrait*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1960, p. 433.

[15] Citado en J. P. MAYER, *Max Weber and German Politics*, Faber & Faber, Londres, 1943, p. 128.

[16] ROBERT MICHELS, *Political Parties*, The Free Press, Glencoe, 1949. Este libro fue publicado por primera vez en Alemania en 1911 y en los Estados Unidos en 1915.

Las teorías de Weber y Michels sobre la burocracia y la democracia, junto con las de Marx y Tocqueville sobre el conflicto y el consenso, establecieron la preocupación básica de la sociología política moderna. La segunda parte de este capítulo trata de algunas de las obras contemporáneas inspiradas por tales preocupaciones.

INVESTIGACION CONTEMPORANEA

Votación

La votación es el mecanismo clave del consenso dentro de la sociedad democrática. Sin embargo, los estudios sobre las elecciones, realizados en este país y en otros, fueron raramente concebidos como estudios del consenso. En su mayor parte, los estudiosos de las elecciones se interesaban en la relación entre un tipo de división —los partidos políticos— y otros tipos tales como la base, la ocupación, la religión, el grupo étnico y la región, y consideraban estos factores principalmente en su papel de base social de la lucha política, más bien que del consenso de igual tipo.

El estudio de los aspectos integradores del comportamiento electoral sugerido aquí llena importantes lagunas en nuestra comprensión de la democracia como sistema. Puesto que, considerándolo desde esta perspectiva, fenómenos tales como el trabajador conservador o el socialista de la base media no constituyen meramente desviaciones de las normas de clase, sino los requerimientos básicos del mantenimiento del sistema político[17]. Una democracia estable requiere una situación en la cual todos los partidos políticos principales incluyan partidarios provenientes de muchos sectores de la población. Un sistema en el cual el apoyo que reciben los diferentes partidos corresponde demasiado estrechamente a las divisiones sociales básicas no puede continuar sobre una base democrática, puesto que refleja un estado de conflicto tan intenso y tajante como para desechar el acuerdo. Allí donde los partidos no pueden obtener apoyo entre un estrato importante, pierden una de las razones fundamentales del acuerdo. También reviste importancia el que los partidos posean líderes con diferentes antecedentes, para que puedan representar simbólicamente sus intereses en muchos grupos, aun cuando tengan poco apoyo por parte de algunos de ellos. El hecho de que los republicanos hayan nombrado a negros y judíos, a pesar de que la mayoría de los miembros de estos grupos, en los últimos años, hayan votado por los demócratas, tuvo, indudablemente, un importante efecto unificador, y redujo la probabilidad de que la división del partido por la línea racial o religiosa pudiera hacerse permanente. Del

---

[17] Es importante mantener una separación entre el análisis de los diferentes sistemas funcionales: la sociedad, los grupos estructurales y la personalidad. El voto a los conservadores por parte de un sector de los trabajadores manuales puede ser considerado disfuncional para un Partido Laborista o la organización de clases, funcional o disfuncional para la personalidad, y funcional para la sociedad.

mismo modo, la presencia de un Harriman o de un Dilworth entre los líderes demócratas, o de un Cripps o un Shawcross entre los dirigentes del Partido Laborista Británico, puede inducir a las clases elevadas conservadoras a aceptar un gobierno dominado por un partido apoyado en la clase baja. (Ver capítulo 3.) Michels, al tratar de los socialdemócratas alemanas anteriores a la Primera Guerra Mundial, sugirió que la ausencia de líderes de la clase alta dentro del partido explicaba en parte la razón por la cual la mayoría de los miembros de la clase media no lo aceptaban como oposición legítima[18].

Es también digno de estudio el problema del acuerdo en las decisiones entre distintos grupos y en las divisiones de partidos. La investigación sobre la votación, cuyos resultados se analizan en el capítulo 7, demostró que las interpresiones resultantes de las afiliaciones a grupos múltiples o las lealtades dan cuenta de gran parte de la «desviación» de la norma dominante de un grupo dado. Los individuos que se hallan sujetos a presiones que les conducen hacia direcciones políticas diferentes deben, ya sea desviarse, o «refugiarse en la apatía». La identificación con grupos múltiples posee el efecto de reducir la emoción en las elecciones políticas. Además, en los Estados Unidos y en Gran Bretaña los trabajadores manuales que votan a los republicanos o a los conservadores son menos liberales en cuestiones económicas que los obreros que apoyan a los Partidos Demócrata o Laborista, pero más liberales que los partidarios de su propio partido pertenecientes a la clase media[19]. El hecho de que un sector significativo de los votantes de cada uno de los principales partidos se identifique con los valores asociados con otros partidos, forzó a los líderes de cada uno de ellos a realizar concesiones al otro cuando se encontraban en el poder, y les ofreció la esperanza de ese apoyo tan necesario, al estar en la oposición.

De modo similar, el problema de la participación política puede ser considerado de maneras diferentes, según nos interesemos por la división o por el consenso. La creencia de que un nivel muy alto de participación es siempre muy bueno para la democracia no es válida[20]. Como lo demostraran los acontecimientos de Alemania en la década de 1930-1940 (ver capítulo 5), un aumento en el nivel de participación puede reflejar el declive de la cohesión social y el desmoronamiento del proceso democrático; mientras que una democracia estable puede descansar sobre la creencia general de que el resultado de una elección no supondrá una diferencia demasiado grande en la sociedad. Uno de los principales problemas para la teoría de los sistemas democráticos es: ¿Bajo qué condiciones puede una sociedad poseer «suficiente» participación como para mantener el sistema democrático sin introducir fuentes de división que minarán la cohesión?[21]

En este punto, podemos sugerir que cuanto más coherente y estable sea un sistema democrático, será más probable que todos los sectores de la población reaccionen en la misma dirección ante los estímulos principales; es decir, si las condiciones facilitan el desarrollo de la opinión izquierdista, los socialistas ganarán votos tanto entre la gente acomodada como entre los obreros, aunque permanecerán relativamente más débiles en los estratos superiores. Del mismo modo, durante un período de influjo derechista, los votos conservadores aumentarán entre los grupos más pobres. Inversamente, un indicador de un consenso bajo lo constituiría una situación en la cual una tendencia política se desarrolla sólo entre los grupos a los que apela principalmente —por ejemplo, que la izquierda gane entre los obreros, mientras que una tendencia opuesta se desarrolle en otros estratos—, es decir, que la derecha tome ventaja entre la clase media. Es ésta precisamente la situación que los marxistas llaman revolucionaria, y que, como se señala en el capítulo 5, se manifestó en Alemania antes de 1933 y en Moscú y Petrogrado (hoy Leningrado) en 1917[22]. Las investigaciones acerca de las variaciones históricas en el comportamiento electoral de los Estados norteamericanos pueden resumirse en el epigrama «tal como anda su Estado, anda la nación», y constituyen demostraciones de la cohesión básica de la sociedad norteamericana[23]. Es posible estudiar el grado relativo de cohesión política en los diferentes países, o en el mismo país, durante un

---

[18] R. MICHELS, *Sozialismus und Fascismus in Italien*, vol. I, Meyer & Jessen, Munich, 1925.

[19] BERNARD BERELSON, PAUL F. LAZARSFELD y WILLIAM MACPHEE, *Voting*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, p. 27; M. BENNEY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *How People Vote*, Routledge y Kegan Paul, Londres, 1956, p. 194.

[20] Para expresar la posición según la cual la apatía política puede reflejar la salud de una democracia, ver HERBERT TINGSTEN, *Political Behavior Studies in Election Statistics*, P. S. King & Son, Londres, 1937, pp. 225-226, y W. H. MORRIS JONES, «In Defense of Political Apathy», *Political Studies*, 2 (1954), pp. 25-37.

Los datos sobre diversas investigaciones norteamericanas demuestran que los abstencionistas poseen más condiciones que los votantes para oponer valores democráticos, desear un liderazgo fuerte y hallarse en desacuerdo con la adjudicación de libertades políticas a extremistas y otras minorías políticas. Ver SAMUEL A. STOUFFER, *Communism, Conformity and Civil Liberties*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1955, pp. 83-86; H. H. FIELD, «The Non-Voter—Who He Is, What He Thinks», *Public Opinion Quarterly*, 8 (1944), pp. 175-187; ROBERT E. LANE, «Political Personality and Electoral Choice», *American Political Science Review*, 49 (1955), pp. 178-179; F. H. SANFORD, *Authoritarianism and Leadership*, Stephenson Brothers, Filadelfia, 1950, p. 168.

[21] El principal intento para relacionar las investigaciones de la votación con el problema general de la cohesión social puede hallarse en la publicación de TALCOTT PARSONS, «Voting and the Equilibrium of the American Political System», en E. BURDICK y A. BRODBECK (eds.), *American Voting Behavior*, The Free Press, Glencoe, 1959, pp. 80-120. Este trabajo está lleno de hipótesis e interpretaciones sugestivas concernientes al sistema electoral norteamericano.

[22] En Alemania, entre 1929 y 1933, cuando los nazis pasaban a ser de un pequeño partido a otro que se aseguró más de un tercio de los votos, la mayoría de los partidos centristas de la clase media declinaron enormemente; los sufragios comunistas también aumentaron en este período, mientras que el porcentaje socialdemócrata disminuyó. Un estudio de las elecciones realizadas en Rusia entre las revoluciones de febrero y octubre indica claramente cómo se produjo una bifurcación del apoyo de las clases sociales en las dos ciudades principales, Petrogrado y Moscú. Los bolcheviques, que constituían un pequeño grupo en febrero, ganaron la mayor parte de los votos de la clase obrera en octubre, como lo hicieron los cadetes con la clase media. Ver OLIVER RADKEY, *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917*, Harvard University Press, Cambridge, 1950.

[23] Ver LOUIS BEAN, *Ballot Behavior: A Study of Presidential Elections*, Public Affairs Press, Washington, 1940; *How to Predict Elections*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1948. Un examen de los datos procedentes de las encuestas realizadas en varias elecciones norteamericanas desde 1936 demuestra comportamientos similares entre las clases. Un estudio de las elecciones británicas señala también que un aumento de los votos conservadores significa más conservadores entre los obreros, así como entre la clase media, mientras que un incremento general del Partido Laborista se produce tanto en las clases superiores como en sectores fuertemente laboristas. Ver JOHN BONHAM, *The Middle Class Vote*, Faber & Faber, Londres, 1954.

período de tiempo, mediante el análisis del grado en que ocurren las variaciones en el comportamiento electoral en igual dirección, entre diversos estratos y regiones.

Un importante trabajo histórico reciente que trata del consenso, *The Adams Federalists* [24], de Manning Dauer, constituye un estudio ecológico de la decadencia del Partido Federalista y del triunfo de Jefferson en las elecciones alrededor del 1800. Aunque Dauer prueba con documentos las líneas de división entre los partidos de esa época, éstas no constituyen su preocupación principal. Se halla más bien interesado en la causa por la cual fracasó el sistema bipartidario de la época. Sugiere, como se encuentra desarrollado en el capítulo IX, que el Partido Federalista decayó debido a que Hamilton y el ala derecha del mismo no lograron comprender las reglas del juego de la política democrática, según las cuales para permanecer como partido mayoritario debían apelar a todos los estratos. Por servir demasiado ajustadamente a las necesidades de los comerciantes urbanos, los federalistas alejaron a sus partidarios rurales y, en un país básicamente agrario, necesariamente dejaron de constituir un partido mayoritario.

Al investigar los distanciamientos y las diferencias sociales entre los votantes demócratas y republicanos en 1948, tres sociólogos de la Universidad de Columbia [25] advirtieron la concordancia general entre el electorado de ambos partidos sobre asuntos tales como el de considerar cuáles eran los problemas principales; el de las posiciones adoptadas sobre algunos de estos problemas, especialmente el internacionalismo y los derechos civiles; el de las probabilidades de acontecimientos importantes, tales como la guerra y la crisis económica; el de los criterios legítimos para juzgar a los candidatos; el de la importancia de la elección misma, y el de las reglas de juego que guían el proceso democrático [26].

---

[24] MANNING DAUER, *The Adams Federalists*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1953.

[25] BERNARD BERELSON, PAUL F. LAZARSFELD y WILLIAM MCPHEE, *op. cit.*

[26] Un estudio realizado por Janowitz y Marvick, que trata del hecho general del consenso y las elecciones, constituye un análisis de la elección presidencial de 1952, que se centró en torno de la «evaluación del proceso electoral en términos de las condiciones para el mantenimiento de una sociedad democrática. [... y preguntó] ¿Hasta qué grado representaban las elecciones un proceso de aprobación?». Establecieron un número de condiciones que deben cumplirse para que una elección produzca un «proceso de aprobación», y analizaron los datos de encuestas que tenían a su alcance para determinar si la elección de 1952 cumplió con las condiciones derivadas de la teoría. Su hallazgo de que «la elección de 1952 podría ser juzgada como un proceso de aprobación» es menos importante que el ejemplo de que los datos procedentes de entrevistas-encuestas pueden ser empleados provechosamente al tratar con algunos de los problemas más complejos del análisis político. MORRIS JANOWITZ y DWAINE MARVICK, *Competitive Presure and Democratic Consent*, Michigan Governmental Studies, n.º 32, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1956, p. 96.

Robert A. Dahl señaló muchos puntos importantes, a nivel teórico, acerca de las condiciones de un sistema electoral democrático. Muchas de sus conclusiones se formulan como proposiciones empíricamente comprobables. Su libro es particularmente importante en cuanto dirige la atención de los investigadores hacia el problema general de la relación de intensidad de sentimiento con la estabilidad del sistema, en especial cuando la minoría siente mucho más intensamente que la mayoría. Ver ROBERT A. DAHL, *A Preface to Democratic Theory*, University of Chicago Press, Chicago, 1956, esp. cap. 4, pp. 90-123. La obra reciente del estudioso de las ciencias políticas David Easton reviste también interés sociológico. DAVID EASTON, «An Approach to the Analysis of Political Systems», *World Politics*, 9 (1957), pp. 383-400.

Movimientos políticos

El estudio de los movimientos reformistas y extremistas constituye el segundo de los amplios sectores esenciales de la sociología política estadounidense, y los capítulos 4 y 5 informan sobre nuestro conocimiento de algunos de estos grupos. Puede parecer extraño, pero tanto los científicos sociales estadounidenses como los europeos se interesaron mucho más por los movimientos reformistas y extremistas que por los partidos tradicionales y conservadores [27]. Existen muchos más títulos en los catálogos de bibliotecas bajo «Partido Laborista Británico» que bajo «Partido Conservador». Muchos norteamericanos estudiaron los partidos laboristas en varias partes de la Comunidad Británica; pocos escribieron libros o artículos acerca de los conservadores. El Partido Socialdemócrata y las cooperativas de Suecia y otras partes de Escandinavia fueron blanco de un gran interés por parte de los estudiosos norteamericanos: pocos, si acaso alguno, rozaron los partidos no socialistas. Los movimientos y las fuerzas conservadoras, los filósofos políticos de igual tendencia como Burke, Bonald y De Maistre, y los problemas de la integración y la cohesión quedaron virtualmente descuidados hasta hace relativamente poco tiempo.

De modo similar, la mayoría de los estudios sobre los movimientos fascista y comunista hacen resaltar los factores que crean y sustentan el extremismo, más bien que aquellos que los reducen, dentro de las democracias estables. En los Estados Unidos poseemos estudios sobre los orígenes de las amenazas a las libertades civiles, sobre las raíces sociales del macarthismo, sobre los símbolos y formas de atracción empleados por los grupos fascistas en la década del treinta y por MacCarthy en el del cincuenta, y sobre los peligros del «proceso debido», inherentes a la ideología populista [28]. Apenas se dirigió alguna atención a la localización de los orígenes de la resistencia norteamericana a los extremos de derecha e izquierda durante la crisis, la cual probablemente afectó más a la nación, con relación a su situación económica previa, que a cualquier otro país occidental, excepto Alemania. Algunos de los materiales presentados por las partes I y III de esta obra tratan estos hechos en detalle.

La política de la burocracia

El acento puesto por Weber sobre la burocracia y el poder como elementos de estructuras formales a gran escala, y su sistematización de los

---

[27] S. M. LIPSET, «Political Sociology, 1945-1955», en H. ZETTERBERG (ed.), *Sociology in the United States of America*, UNESCO, París, 1956, pp. 43-55. Este comentario se refiere a nuestro propio trabajo, como a cualquier otro estudioso de las ciencias sociales. Para una discusión de los supuestos ideológicos implícitos en el interés por el conflicto (socialista) o el consenso (conservador), ver BENDIX y LIPSET, *op. cit.* Es digno de observar que Rudolf Heberle subtitula su libro sobre los movimientos sociales: *Una Introducción a la Sociología Política.*

[28] Ver SAMUEL A. STOUFFER, *op. cit.*; DANIEL BELL (ed.), *The New American Right*, Criterion Books, Nueva York, 1955; LEO LOWENTHAL y NORBERT GUTERMAN, *Prophets of Deceit: A Study of the Techniques of the American Agitator*, Harper & Bros., Nueva York, 1949, y EDWARD SHILS, *The Torment of Secrecy*, The Free Press, Glencoe, 1956.

rasgos básicos inherentes a una organización burocrática fueron mantenidos en un gran número de estudios [29]. Pero la sociología política prestó poca atención a su análisis de la relación entre el desarrollo del poder estatal burocrático centralizado y la decadencia de la democracia. Incluso son pocos sus escritos básicos sobre la burocracia y la democracia que fueron traducidos. Los estudiosos que siguieron las hipótesis de Weber, explícita o implícitamente, separaron el estudio de la burocracia del de la organización política en el sentido específico del término, e incluyeron toda clase de otras organizaciones: hospitales, oficinas comerciales, fábricas, iglesias y sindicatos. Estas investigaciones demostraron, como Weber mismo lo reconoció, que existen tensiones y conflictos constantes, sistemáticamente determinados, dentro de las organizaciones burocráticas, que originan desviaciones de los ideales burocráticos de «eficiencia racional», «jerarquía» y «neutralidad». En otros términos, la tensión entre las necesidades del poder y la burocratización existe no sólo en la relación entre la organización política y la sociedad, sino dentro de *todas* las organizaciones *per se*. Los ejemplos de tales tensiones son innumerables: el choque entre los médicos y los administradores del hospital, los periodistas y los editores de periódicos, los profesores y los administradores de la universidad, personal y dirección en la industria y el gobierno. Los conflictos entre los objetivos y procedimientos constituyen, en efecto, parte integrante de todas las organizaciones, ya sea el Departamento de Estado, la Cruz Roja, el Partido Comunista de la Unión Soviética o el departamento de ventas de una entidad.

El análisis de Weber de la neutralidad burocrática, es decir, la norma según la cual un miembro de una burocracia es más bien un experto imparcial que una parte interesada, se elaboró a partir de la perspectiva de los requisitos de un sistema político democrático. Esta norma posibilita la continuidad del gobierno democrático durante un cambio en la situación de los cargos políticos. Al permitir una separación entre el personal del gobierno y las personalidades y planes de acción de los políticos que están temporalmente en el poder, la burocracia en el gobierno reduce las tensiones de la lucha partidaria. Es inherente a las estructuras burocráticas una tendencia a reducir los conflictos, de una contienda política a una administrativa. El énfasis constante en la necesidad de criterios objetivos como base para resolver los conflictos capacita a las instituciones burocráticas para desempeñar importantes papeles como mediadores [30]. De tal modo,

[29] Para un análisis y resumen de varios estudios norteamericanos que surgieron de esta tradición ver PETER BLAU, *Bureaucracy in Modern Society*, Random House, Nueva York, 1956.

[30] Una obra reciente de sociología política que trató sobre el papel de la burocracia en la cohesión social es: PHILIP SELZNICK, *TVA and the Grass Roots*, University of California Press, Berkeley, 1949. Selznick no pasa por alto el conflicto: señala cómo los propios procesos que originan una cooperación entre algunos grupos, conducen a la separación y al conflicto con otros. Pero se interesa principalmente por los mecanismos que acercan a las organizaciones y los grupos con diversos objetivos, y destaca el papel de la ideología y del autorreclutamiento de los colaboradores al servicio de este objetivo. En *Leadership in Administration*, Row, Peterson and Co., Evanston, 1957, Selznick formalizó muchas de las ideas

en muchos aspectos las presiones para ampliar las normas y prácticas burocráticas fortalecen el consenso democrático [31].

El gobierno interno de las organizaciones voluntarias

Michels, a diferencia de Weber, inspiró pocos estudios posteriores. En su mayor parte, sus ideas se utilizaron con propósitos descriptivos o para levantar polémicas que denuncian a las organizaciones como antidemocráticas. Ningún sociólogo norteamericano consideró digno de valor el examen sobre la validez general de su teoría de la oligarquía a la luz de, digamos, las diferencias entre la vida del Partido Socialista Alemán, como aquél la describiera en *Political Parties*, y la de los dos principales partidos estadounidenses. Está claro que el partidismo constante, los cambios relativamente rápidos en el liderazgo y la ausencia de una estructura de poder central, caracterizan a los partidos norteamericanos, en contraste con el Partido Socialdemócrata de la Alemania anterior a la Primera Guerra Mundial. En los Estados Unidos, sólo las organizaciones de intereses, como los sindicatos obreros o las sociedades profesionales, poseen estructuras internas semejantes a las descritas por Michels como necesarias para los partidos políticos [32].

La existencia de la oligarquía en las organizaciones en gran escala suscita el siguiente problema: ¿Hasta qué punto, realmente, el hecho de que varias asociaciones voluntarias constituidas sean o no democráticas, afecta su efectividad como instrumentos de la cohesión política y social? Tocqueville escribió acerca de la contribución de varias asociaciones organizadas oligárquicamente para el mantenimiento de las tensiones y consensos democráticos, y algunos autores posteriores arguyeron que la ausencia de la democracia interna no interesa, ya que las organizaciones voluntarias se hallan obligadas a desempeñar una función esencialmente representativa con el fin de sobrevivir. Se señaló, por ejemplo, que John L. Lewis, dirigente del Sindicato Unido de Trabajadores Mineros, aunque era un dictador en su organización y un republicano en política, condujo al sindicato en las tácticas huelguísticas y en los planes de convenios colectivos de una manera tan combativa como lo llevaran a efecto los dirigentes obreros izquierdistas en otras partes del mundo. Asimismo existe gran evidencia

desarrolladas en el estudio de la TVA y sentó una estructura sociológica perfecta para tratar la relación entre el conflicto y la integración dentro de las organizaciones, al centrarse en el significado y el proceso de la institucionalización, las «reglas del juego» de la vida de las organizaciones. Sus proposiciones acerca del desarrollo de los valores y procedimientos que aumentan la competencia de organizaciones dadas podrían también ser empleados en el estudio de sistemas más amplios.

[31] La escuela de relaciones humanas de sociología industrial se ocupó de la cohesión y el consenso dentro de las burocracias. Sin embargo, estos autores enfocan el conflicto siempre como anormal y disfuncional para las organizaciones específicas y la sociedad como un todo. Una bibliografía de la obra de esta escuela y de algunas de las numerosas discusiones críticas puede hallarse en LOUIS KRIESBERG, «Industrial Sociology», 1945-1955, en H. ZETTERBERG (ed.), *op. cit.*, pp. 71-77.

[32] Para un intento por desarrollar la teoría de la oligarquía dentro del contexto del análisis del movimiento obrero norteamericano, véase el capítulo XII de este libro.

de que los miembros de asociaciones privadas, con frecuencia, poco hacen para oponerse a modalidades de acción que detestan. Esto se demostró en los sindicatos obreros controlados por los comunistas y en la British Medical Association, una encuesta de cuyos miembros en 1944 puso de relieve que la mayoría favorecía varios aspectos de la medicina socializada, a la que sus líderes objetaban poderosamente [33].

Las justificaciones principales de la dirección oligárquica de las organizaciones voluntarias son: 1) que capacita mejor a las organizaciones para cumplir sus papeles particulares de combate en el conflicto social general con otros grupos, o para obtener concesiones por parte del gobierno; y 2) que no existe base estructural alguna para el conflicto entre ellos (como en el caso de los sindicatos obreros que representan a un grupo con un interés único). Sin embargo, un estudio reciente de los sindicatos sugiere que la democracia y el conflicto dentro de las organizaciones puede, como la democracia y el conflicto dentro de la sociedad más amplia, contribuir a la cohesión y la solidaridad [34], ya que en un sistema unipartidario, ya sea en la sociedad civil o en un sindicato, el rechazo de la política seguida por la dirección resulta, con frecuencia, en el de todo el sistema, debido a que se hace difícil distinguir entre los dirigentes permanentes y la organización misma. Inversamente, dentro de un sistema democrático que cuenta con un relevo de sus dirigentes, los miembros y los ciudadanos pueden inculpar de cualquier mal particular a los responsables, y permanecer completamente leales a la organización. De este modo, en un sindicato o Estado con un legítimo sistema multipartidario, se hallará más lealtad y menos traición que en uno dictatorial.

Instituciones integradoras

Si el estudio de la democracia como forma de sistema social es una tarea clave de la sociología política, existen claramente muchos otros temas que requieren una elaboración e investigación ulteriores. Quizá el más importante de ellos sea la legitimidad de un sistema político —el grado hasta el cual es generalmente aceptado por sus ciudadanos—, tratado en el capítulo 3. La mayoría de los sociólogos estarían de acuerdo en que la autoridad estable es el poder más la legitimidad. Sin embargo, se han realizado pocos trabajos para utilizar el concepto de legitimidad en el análisis de los sistemas políticos.

Hasta una relación tan básica como la que existe entre la religión y el consenso nacional es generalmente supuesta más bien que verificada. Tocqueville afirmó, hace más de un siglo, que Estados Unidos era un país más religioso que la mayoría de los países europeos, y sugirió que existía una

[33] HARRY H. ECKSTEIN, «The Politics of the British Medical Association», *The Political Quarterly*, 26 (1955), pp. 345-359; ver también OLIVER GARCEAU, *The Political Life of the American Medical Association*, Harvard University Press, Cambridge, 1941, para un análisis del problema de la oligarquía y la representación en la AMA.

[34] S. M. LIPSET, M. TROW y J. S. COLEMAN, *op. cit.*

relación causal entre su religiosidad y sus instituciones democráticas. Actualmente, muchos intelectuales norteamericanos, al final de un largo período de adhesión al secularismo, están redescubriendo la fuerza de la religión. Algunos están dispuestos ahora a aceptar el supuesto de que ésta constituye una de las principales fuentes de la estabilidad y la democracia. Esta tendencia a alabar sin crítica las funciones sociales de la religión es, sin embargo, potencialmente tan poco provechosa para la comprensión de su papel como lo era el antagonismo previo. Existe la evidencia (ver capítulo 4) de que la religión, particularmente en forma de sectas, sirvió como alternativa funcional del extremismo político. Durante la crisis, cuando el extremismo organizado gozaba de poca aceptación en este país, las pequeñas sectas religiosas crecieron rápidamente [35]. Por otra parte, los datos más recientes indican que quienes son sumamente religiosos acostumbran a ser más intolerables en política [36]. Evidentemente, hay cabida para muchas investigaciones sobre la relación entre la religión y la fuerza relativa de las instituciones democráticas, así como para una continuación del análisis más convencional de la religión como fuente de división en las controversias públicas.

Surge la cuestión de si las instituciones sociales pueden ser categorizadas y analizadas de acuerdo con su carácter integrador y no integrador [37]. Si observamos las instituciones principales —está claro que las económicas—, aunque son el origen fundamental de la integración social, ya que «los procesos de producción [...] requieren la "cooperación" o integración de una variedad de organismos diferentes» [38], son también las más desintegradoras y centrífugas.

Es obvio que la distribución de la riqueza es la fuente más importante de interés-conflicto en las sociedades complejas. En el polo opuesto se encuentra la institución de la familia: la integradora por excelencia. La segunda de las fuerzas integradoras más poderosas, como se ha indicado, se considera con frecuencia que es la religión, que mejora presumiblemente las tensiones que surgen del sistema de estratificación, mediante la desviación de la atención de él y la ubicación de los hombres en su destino en la vida. Sin embargo, la religión fue también la fuente de una considerable tensión en muchas sociedades. Las instituciones que se organizan a lo largo de líneas de clase contribuyen tanto a la división como a la integración. En general, el sistema de estratificación crea descontento entre quienes se hallan colocados en un plano inferior, y constituye, por lo tanto, una fuente de división, pero es también el medio principal para ubicar a la gente en posiciones diferentes, y motivarla para cumplir con sus papeles. La organización de los grupos de la clase trabajadora en sindicatos o en un partido

[35] Ver ELMER T. CLARK, *The Small Sects in America*, Abingdon Press, Nueva York, 1949.

[36] SAMUEL A. STOUFFER, *op. cit.*, pp. 140-149.

[37] Sin embargo, ninguna institución es jamás puramente lo uno ni lo otro. Los elementos integradores y desintegradores se hallan implícitos en cualquier arreglo institucional. Hasta pautas de conducta tan extremadamente desintegradoras como el crimen, como lo advirtió Durkheim, contribuyen indirectamente a la integración social.

[38] T. PARSONS, *The Social System*, *op. cit.*, p. 139.

laborista, por ejemplo, crea un mecanismo para la expresión del conflicto, pero, y quizá esto es aún más importante, integra a los trabajadores en la política representativa al suministrarles un medio legítimo de satisfacer sus deseos.

Es también necesaria una investigación de la función cambiante del intelectual en la vida política, especialmente en su relación con otras élites y grupos de poder, y en su papel como definidor de acontecimientos[39]. Los profesores, los profesionales y los artistas creadores se lamentaron durante demasiado tiempo de su papel dentro de la esfera política, juicio que no es compartido por varios comités parlamentarios y muchos líderes financieros. Los valores sostenidos por los maestros e intelectuales de una nación constituyen un recurso político importante, como hemos tratado de indicar en el capítulo 10.

Esta obra sugiere esencialmente que la sociología de la política vuelva sobre el problema formulado por Tocqueville: los requisitos y consecuencias sociales de la democracia. Y creemos que éste demuestra que cualquier intento para tratar de manera adecuada tal problema nos fuerza a utilizar el método que él empleara con tanto éxito: el análisis comparativo.

---

[39] Ver especialmente THEODOR GEIGER, *Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft*, F. Enke, Stuttgart, 1949; KARL MANNHEIM, *Ideology and Utopia*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1936, esp. pp. 136-146; JOSEPH SCHUMPETER, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper & Bros., Nueva York, 1947, pp. 145-155.

PRIMERA PARTE

LAS CONDICIONES DEL ORDEN DEMOCRATICO

2. DESARROLLO ECONOMICO Y DEMOCRACIA

La democracia en una sociedad compleja puede definirse como un sistema político que suministra oportunidades constitucionales regulares para el cambio de los dirigentes gobernantes, y un mecanismo social que permite a la mayor parte posible de la población influir sobre las decisiones más importantes, mediante la elección entre contendientes para los cargos públicos.

Esta definición, sumamente extractada, del trabajo de Joseph Schumpeter y Max Weber[1], implica cierto número de condiciones específicas: 1) una «fórmula política» o cuerpo de creencias que especifican qué instituciones —partidos políticos, una prensa libre, etc.— son legítimas (aceptadas por todos como adecuadas); 2) un conjunto de líderes políticos en funciones, y 3) uno o más conjuntos de líderes reconocidos que intentan obtener cargos.

La necesidad de estas condiciones es clara. *Primero,* si un sistema político no está caracterizado por un sistema de valores que permita el «juego» pacífico del poder, la democracia se vuelve caótica. Este fue el problema al que se enfrentaron muchos países latinoamericanos. *Segundo,* si el resultado del juego político no consiste en la recompensa periódica de la autoridad efectiva concedida a un grupo, resultará más bien un gobierno inestable e irresponsable que una democracia. Este estado de cosas existió en la Italia prefascista, y en gran parte, aunque no toda, de la historia de la tercera y cuarta república francesas, que se caracterizaron por débiles gobiernos de coalición, formados frecuentemente por partidos que mantenían importantes conflictos de intereses y valores entre ellos. *Tercero,* si las condiciones para la perpetuación de una oposición efectiva no existen, la autoridad de los dirigentes que están en el poder aumentará firmemente, y la influencia popular sobre su plan de acción se reducirá al mínimo. Es ésta la situación de todos los Estados unipartidarios y, por acuerdo general, al menos en Occidente, son éstas las dictaduras.

Este capítulo y el siguiente considerarán dos de las características de una sociedad, que pesan enormemente sobre el problema de la democracia estable: el desarrollo económico y la legitimidad, o el grado en que las instituciones son valoradas en sí mismas y consideradas justas y adecuadas.

---

[1] JOSEPH SCHUMPETER, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper & Bros., Nueva York, 1947, pp. 232-302, esp. 269; MAX WEBER, *Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1946, p. 226; ver también la brillante discusión sobre el significado de la democracia de John Plamenatz en su capitulo en RICHARD MACKEAN (ed.), *Democracy in a World of Tensions,* University of Chicago Press, Chicago, 1951, pp. 302-327.

Puesto que la mayoría de los países que carecen de una tradición perdurable de democracia política se encuentran en las regiones subdesarrolladas del mundo, Weber podría haber estado en lo cierto cuando sugirió que la democracia moderna, en su forma más clara, puede manifestarse sólo bajo la industrialización capitalista[2]. Sin embargo, una correlación extremadamente elevada entre cosas tales como los ingresos, la instrucción y la religión, por una parte, y la democracia por la otra, en cualquier sociedad no debería ser anticipada, ni siquiera en el campo teórico, debido a que, en la medida en que el subsistema político de la sociedad opera autónomamente, una forma política puede persistir bajo condiciones normalmente adversas al *surgimiento* de tal forma. O una forma política puede desarrollarse a causa de un síndrome de factores históricos singulares, aun cuando las principales características de la sociedad favorecieran una forma diversa. Alemania es un ejemplo de nación en la cual la industrialización creciente, la urbanización, la riqueza y la educación favorecieron el establecimiento de un sistema democrático, pero en la cual una serie de acontecimientos históricos adversos impidieron que la democracia asegurara la legitimidad y, de este modo, debilitaron su capacidad para soportar la crisis.

Los acontecimientos históricos claves pueden dar cuenta *ya sea* de la persistencia *o* del fracaso de la democracia, en cualquier sociedad particular, mediante el desencadenamiento de un proceso que aumente (o disminuya) la probabilidad de que en el próximo punto crítico de la historia del país, la democracia ganará nuevamente. Una vez establecido, un sistema político democrático «reúne ímpetu» y crea apoyos sociales (instituciones) para asegurar su existencia continua[3]. De este modo, una democracia «prematura» que sobreviva, lo hará debido (entre otras cosas) al facilitamiento del desarrollo de otras condiciones que conducen a la democracia, tales como la alfabetización universal o las organizaciones privadas autónomas[4]. En este capítulo nos interesamos fundamentalmente por las condiciones sociales, como la educación, que sirven para *apoyar* los sistemas políticos democráticos, y no nos ocuparemos en detalle de los mecanismos internos, como las reglas específicas del juego político que sirven para *mantenerlos*[5].

---

[2] Ver MAX WEBER, «Zur Lage der bürgerlichen Demokratie in Russland», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 22 (1906), pp. 346 y ss.

[3] Ver S. M. LIPSET, «A Sociologist Looks at History», *Pacific Sociological Review*, 1 (1958), pp. 13-17.

[4] Walter Galenson señala que la democracia puede también poner en peligro el desarrollo económico, al permitir que la presión pública para el consumo distraiga recursos de las inversiones. El conflicto resultante entre la intensa dedicación a la industrialización y la demanda popular de servicios sociales inmediatos, mina a su vez el Estado democrático. De este modo, aun cuando la democracia sea alcanzada por una nación subdesarrollada, se halla bajo una constante presión de los conflictos inherentes al proceso de desarrollo. Ver WALTER GALENSON (ed.), *Labor and Economic Development*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1959, pp. 16 y s.

[5] Ver MORRIS JANOWITZ y DWAINE MARVICK, *Competitive Pressure and Democratic Consent*, Michigan Governmental Studies, n.º 32, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1956, y ROBERT A. DAHL, *A Preface to Democratic Theory*, University of Chicago Press, Chicago, 1956, esp. cap. 4, pp. 90-123, para un estudio de los esfuerzos sistemáticos recientes para especificar algunos de los mecanismos internos de la democracia. Ver DAVID EASTON, «An Approach to the Analysis of Political Systems», *World Politics*, 9 (1957), pp. 383-400, para una discusión de los problemas del análisis interno de los sistemas políticos.

3. CONFLICTO SOCIAL, LEGITIMIDAD Y DEMOCRACIA

LEGITIMIDAD Y EFICACIA

La estabilidad de cualquier democracia dada depende no solamente del desarrollo económico, sino también de la eficacia y la legitimidad de su sistema político. La eficacia significa verdadera actuación, el grado en que el sistema satisface las funciones básicas de gobierno tales como las consideran la mayoría de la población y grupos tan poderosos dentro de ella como lo son las altas finanzas o las fuerzas armadas. La legitimidad implica la capacidad del sistema para engendrar y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad. Hasta qué punto los sistemas políticos democráticos contemporáneos son legítimos, depende, en gran parte, de las formas en que se resolvieron los acontecimientos clave que dividieron históricamente a la sociedad.

Mientras la eficacia es fundamentalmente instrumental, la legitimidad es evaluativa. Los grupos consideran un sistema político como legítimo o ilegítimo según la manera en que sus valores concuerden con los propios. Importantes sectores del ejército alemán, de los servicios civiles y de las clases aristocráticas rechazaban la República de Weimar, no porque ésta no fuera efectiva, sino debido a que su simbolismo y valores básicos negaban los propios. La legitimidad, en y por sí misma, puede estar asociada con muchas formas de organización política, inclusive las opresivas. Las sociedades feudales, antes del advenimiento del industrialismo, gozaban, sin duda, de la lealtad básica de la mayoría de sus miembros. Las crisis de la legitimidad constituyen fundamentalmente un fenómeno histórico reciente, subsiguiente a la aparición de profundas divergencias entre grupos que se hallan capacitados, debido a la comunicación de masas, para organizarse en torno de valores diferentes a los que previamente eran considerados como los únicos aceptables.

Una crisis de legitimidad es una crisis de cambio social. Por lo tanto deben buscarse sus raíces en el carácter del cambio en la sociedad moderna. Las crisis de legitimidad ocurren durante una transición hacia una nueva estructura social, si 1) el *status* de las principales instituciones conservadoras se halla amenazado durante el período de cambio estructural; 2) los principales grupos de la sociedad no tienen acceso al sistema político en el período de transición, o por lo menos tan pronto como desarrollan exigencias políticas. Después de que se ha establecido una nueva estructura social, si el nuevo sistema no es capaz de mantener las esperanzas de los grupos principales (sobre la base de «eficacia») por un período lo bastante

bles, en Sudamérica nos fijamos en los países que no hayan tenido un gobierno dictatorial regularmente constante (ver cuadro I).

CUADRO I

CLASIFICACION DE LAS NACIONES EUROPEAS DE HABLA INGLESA Y LATINOAMERICANAS SEGUN GRADO DE ESTABILIDAD DEMOCRATICA

Naciones europeas y de habla inglesa		*Naciones latinoamericanas*	
Democracias estables	*Democracias inestables y dictaduras*	*Democracias y dictaduras inestables*	*Dictaduras estables*
Australia	Albania	Argentina	Bolivia
Bélgica	Austria	Brasil	Cuba
Canadá	Bulgaria	Chile	R. Dominicana
Dinamarca	Checoslovaquia	Colombia	Ecuador
Irlanda	Finlandia	Costa Rica	El Salvador
Luxemburgo	Francia	México	Guatemala
Holanda	Alemania	Uruguay	Haití
Nueva Zelanda	Grecia		Honduras
Noruega	Hungría		Nicaragua
Suecia	Islandia		Panamá
Suiza	Italia		Paraguay
Reino Unido	Polonia		Perú
Estados Unidos	Portugal		Venezuela
	Rumanía		
	España		
	URSS		
	Yugoslavia		

DESARROLLO ECONOMICO EN EUROPA Y AMERICA

Quizá la generalización más común que enlaza los sistemas políticos con otros aspectos de la sociedad consistió en que la democracia se relaciona con el estado de desarrollo económico. Cuanto más próspera sea una nación, tanto mayores son las posibilidades de que mantendrá una democracia. Desde Aristóteles hasta el presente los hombres argumentaban que sólo en una sociedad opulenta en la cual relativamente pocos ciudadanos vivieran en un nivel de auténtica pobreza, podría hallarse una situación en la cual la masa de la población participase inteligentemente en política y desarrollase la moderación necesaria para evitar ceder ante la llamada de demagogos irresponsables. Una sociedad dividida en una gran masa empobrecida y una pequeña élite favorecida resulta ya sea en una oligarquía (gobierno dictatorial del pequeño estrato superior) o en una tiranía (dictadura de base popular). Para dotar a estas dos formas políticas de denominaciones modernas, la faz de la tiranía en la actualidad es el comunismo o el peronismo, mientras que la oligarquía aparece en las dictaduras tradicionales que se encuentran en algunas partes de América Latina, Tailandia, España o Portugal.

Para probar concretamente esta hipótesis hemos empleado varios índices de desarrollo económico —riqueza, industrialización, urbanización y educación—, y computado promedios (medios) para los países que fueron clasificados como más o menos democráticos en el mundo anglosajón y Europa, y en América Latina.

En cada caso, el promedio de riqueza, el grado de industrialización y urbanización y el nivel de educación es mucho más alto en los países más democráticos, como lo indican los datos del cuadro II. Si hubiéramos combinado América Latina y Europa en una sola tabla, las diferencias habrían sido aún mayores [9].

CUADRO II

COMPARACION ENTRE PAISES EUROPEOS, DE HABLA INGLESA Y LATINOAMERICANOS, DIVIDIDOS EN DOS GRUPOS, «MAS DEMOCRATICOS» Y «MENOS DEMOCRATICOS», SEGUN INDICES DE RIQUEZA, INDUSTRIALIZACION, EDUCACION Y URBANIZACION [1]

A. INDICES DE RIQUEZA

Promedios	*Ingresos per capita* [2]	*Miles de personas por médico* [3]	*Personas por vehículo motorizado* [4]
Democracias estables europeas y de habla inglesa	US$ 695	0,86	17
Democracias inestables y dictaduras europeas y de habla inglesa	308	1,4	143

[9] Lyle W. Shannon correlacionó los índices del desarrollo económico con el hecho de si un país se autogobierna o no y sus conclusiones son sustancialmente las mismas. Puesto que Shannon no suministra detalles de los países calificados como autogobernados y no autogobernados, no existe ninguna medida directa de la relación entre países «democráticos» y «autobernados». Todos los países examinados en este capítulo, sin embargo, fueron escogidos en el supuesto de que una caracterización de «democráticos» carece de significado para un país que no se halla autogobernado y, por tanto, presumiblemente todos ellos, ya sean democráticos o dictatoriales, caerían dentro de la categoría de Shannon de «autogobernados». Shannon señala que el subdesarrollo se relaciona con una falta de autogobierno; nuestros datos indican que una vez que se alcanza el autogobierno, el desarrollo se halla aún en relación con el carácter del sistema político. Ver el libro editado por Shannon, *Underdeveloped Areas*, Harper & Bros., Nueva York, 1957, y también su artículo «Is Level of Development Related to Capacity for Self-Government?», *American Journal of Economics and Sociology*, 17 (1958), pp. 367-382. En esta última obra Shannon construye un índice mixto de desarrollo, utilizando algunos de los mismos índices, tales como cantidad de habitantes por médico, extraídos de las mismas fuentes de las Naciones Unidas, como aparece en los cuadros que siguen. El trabajo de Shannon no llegó a nuestro poder hasta después de haber sido preparado por primera vez este capítulo, de manera que los dos análisis pueden ser considerados como pruebas separadas de hipótesis comparables.

[1] Se recopiló gran parte de esta tabla con datos proporcionados por la International Urban Research, Universidad de California, Berkeley, California. No se usaron, para cada cálculo, todos los países de cada categoría, ya que no se pudieron obtener datos uniformes para todos ellos. Por ejemplo, son muy dispersos los datos disponibles sobre Albania y Alemania Oriental. Se dejó de lado a la URSS debido a que gran parte de su territorio se halla en Asia.

[2] Naciones Unidas, Oficina de Estadísticas, *National and Per Capita Income in Seventy Countries*, 1949, Statistical Papers, serie E., n.º 1, Nueva York, 1950, pp. 14-16.

[3] Naciones Unidas, *A Preliminary Report on the World Social Situation*, 1952, tabla 11, pp. 46-48.

[4] Naciones Unidas, *Statistical Yearbook*, 1956, tabla 139, pp. 333-338.

Democracias y dictaduras inestables latinoamericanas	171	2,1	99
Dictaduras estables latinoamericanas	119	4,4	274
Distribuciones			
Democracias europeas estables	420-1.453	0,7-1,2	3-62
Dictaduras europeas	128-482	0,6-4	10-538
Democracias latinoamericanas	112-346	0,8-3,3	31-174
Dictaduras estables latinoamericanas	40-331	1,0-10,8	36-428

Promedios	*Teléfonos por cada 1.000 personas* [5]	*Radios por cada 1.000 personas* [6]	*Ejemplares de periódicos por cada 1.000 personas* [7]
Democracias estables europeas y de habla inglesa	205	350	341
Democracias inestables y dictaduras europeas y de habla inglesa	58	160	167
Democracias y dictaduras inestables latinoamericanas	25	85	102
Dictaduras estables latinoamericanas	10	43	43
Distribuciones			
Democracias estables europeas	43-400	160-995	242-570
Dictaduras europeas	7-196	42-307	46-390
Democracias latinoamericanas	12-58	38-148	51-233
Dictaduras estables latinoamericanas	1-24	4-154	4-111

B. Indices de industrialización

Promedios	*Porcentaje de hombres en la agricultura* [8]	*Energía consumida per capita* [9]
Democracias estables europeas	21	3,6
Dictaduras europeas	41	1,4
Democracias latinoamericanas	52	0,6
Dictaduras estables latinoamericanas	67	0,25
Distribuciones		
Democracias estables europeas	6-46	1,4-7,8
Dictaduras europeas	16-60	0,27-3,2
Democracias latinoamericanas	30-63	0,30-0,9
Dictaduras estables latinoamericanas	46-87	0,02-1,27

[5] *Ibid.*, tabla 149, p. 387.
[6] *Ibid.*, tabla 189, p. 641. Las bases de estas cifras en la población son de años diferentes de las que expresan la cantidad de teléfonos y aparatos de radio, pero a los propósitos de la comparación de los grupos, las diferencias no son importantes.
[7] Naciones Unidas, *A Preliminary Report...*, *op. cit.*, apéndice B, pp. 86-89.
[8] Naciones Unidas, *Demographic Yearbook*, 1956, tabla 12, pp. 350-370.

C. Indices de educación

Promedios	*Porcentaje de letrados* [10]	*Inscripción en la instrucción primaria por cada 1,000 personas* [11]	*Inscripción en la instrucción secundaria por cada 1,000 personas* [12]	*Inscripción en la instrucción superior por cada 1,000 personas* [13]
Democracias europeas estables	96	134	44	4,2
Dictaduras europeas	85	121	22	3,5
Democracias latinoamericanas	74	101	13	2,0
Dictaduras latinoamericanas	46	72	8	1,3
Distribuciones				
Democracias estables europeas	95-100	96-179	19-83	1,7-17,83
Dictaduras europeas	55-98	61-165	8-37	1,6-6,1
Democracias latinoamericanas	48-87	75-137	7-27	0,7-4,6
Dictaduras latinoamericanas	11-76	11-149	3,24	0,2-3,1

D. Indices de urbanización

Promedios	*Porcentaje en ciudades de más de 20.000 habitantes* [14]	*Porcentaje en ciudades de más de 100.000 habitantes* [15]	*Porcentaje en áreas metropolitanas* [16]
Democracias estables europeas	43	28	38
Dictaduras europeas	24	16	23

[9] Naciones Unidas, *Statistical Yearbook*, 1956, *op. cit.*, tabla 127, pp. 308-310. Las cifras se refieren a la energía producida comercialmente, en números equivalentes de toneladas métricas de carbón.
[10] Naciones Unidas, *A Preliminary Report...*, *op. cit.*, apéndice A, pp. 79-86. Una cantidad de países están registrados como letrados en más del 95 por ciento.
[11] Naciones Unidas, *A Preliminary Report...*, *op. cit.*, pp. 86-100. Las cifras se refieren a las personas inscritas en el primer año de la enseñanza primaria, de cada 1.000 personas de la población total, para los años que se extienden desde 1946 hasta 1950. El primer año de la escuela primaria varía entre cinco y ocho años de edad en varios países. Las naciones menos desarrolladas tienen más personas en esa edad, de cada 1.000 habitantes, que los países más desarrollados, pero esto altera las cifras presentadas en el sentido de que aumenta el porcentaje de la población total que asiste a las escuelas en los países menos desarrollados, aunque concurre a la escuela una menor cantidad de niños de ese grupo de edad. La distorsión proveniente de esta fuente refuerza, por lo tanto, la relación positiva existente entre la instrucción y la democracia.
[12] *Ibid.*, pp. 86-100.
[13] UNESCO, *World Survey of Education*, Paris, 1955. Las cifras representan la inscripción en la enseñanza superior por cada 1.000 personas. Los años a los cuales se aplican las cifras varían entre 1949 y 1952, y la definición de enseñanza superior varía para los diversos países.
[14] Obtenido del International Urban Research, Universidad de California, Berkeley, California.
[15] *Ibid.*
[16] *Ibid.*

Democracias latinoamericanas	28	22	26
Dictaduras estables latinoamericanas	17	12	15
Distribuciones			
Democracias estables europeas	28-54	17-51	22-56
Dictaduras europeas	12-44	6-33	7-49
Democracias latinoamericanas	11-48	13-37	17-44
Dictaduras estables latinoamericanas	5-36	4-22	7-26

Los principales índices de *riqueza* empleados son ingresos *per capita*, número de personas por vehículo motorizado y miles de personas por médico, y el número de aparatos de radio, teléfonos y periódicos por mil personas. Las diferencias son sorprendentes en cada uno de los resultados (ver cuadro II). En los países europeos más democráticos existen 17 personas por vehículo de motor, comparadas con 143 en los menos democráticos. En los países latinoamericanos menos dictatoriales hay 99 personas por vehículo de motor, contra 274 en los más dictatoriales [10]. Las diferencias en los ingresos para los grupos son también notorias, y descienden desde un promedio *per capita* de US$ 695 para los países europeos más democráticos hasta US$ 308 para los menos democráticos; la diferencia correspondiente para América Latina es de US$ 171 a US$ 119. Las distribuciones son igualmente consecuentes, cayendo el mínimo *per capita* dentro de cada grupo sobre la categoría «menos democrático», y el máximo en la de «más democrático».

La *industrialización*, con la que, desde luego, se relacionan claramente los índices de riqueza, se mide por el porcentaje de hombres empleados en la agricultura y la «energía» producida comercialmente *per capita* que se emplea en el país (medida en términos de toneladas de carbón por persona y por año). Ambos señalan resultados igualmente consistentes. El porcentaje promedio de hombres empleados que trabajan en la agricultura y ocupaciones relacionadas con ella era de 21 en los países europeos «más democráticos» y 41 en los «menos democráticos»; 52 en los países latinoamericanos «menos dictatoriales» y 67 en los «más dictatoriales». Las diferencias en la energía *per capita* empleada son igualmente amplias.

El grado de *urbanización* se relaciona también con la existencia de una democracia [11]. De los datos recopilados por el International Urban Research (Berkeley, California) se obtienen tres índices diferentes de urbanización: el porcentaje de la población en comunidades de 20.000 habitantes y más, el porcentaje en comunidades de 100.000 habitantes y más, y el de los que residen en áreas metropolitanas corrientes. En estos tres índices los países más democráticos marcan un resultado más alto que los menos democráticos, en ambos sectores investigados.

Muchos sugirieron que cuanto más alto es el nivel cultural de la población de una nación, tanto mayores son las posibilidades de que haya democracia, y los datos comparativos de que podemos disponer apoyan esta proposición. Los países «más democrátivos» de Europa están casi totalmente alfabetizados: el más bajo llega a un promedio del 96 por ciento, mientras que las naciones «menos democráticas» registran un promedio del 85 por ciento. En América Latina la diferencia oscila entre un promedio del 74 por ciento para los países «menos dictatoriales» y del 46 por ciento para los «más dictatoriales» [12]. La inscripción en las escuelas de cada mil personas de la población total en tres niveles diferentes —educación primaria, secundaria y superior— se relaciona de modo igualmente consecuente con el grado de democracia. Los casos extremos de Haití y los Estados Unidos ponen de relieve la extrema disparidad. Haití posee menos niños (11 por mil) que asisten a las clases en los grados primarios que los Estados Unidos estudiantes de establecimientos preuniversitarios (casi 18 por mil).

La relación entre educación y democracia merece que la tratemos más extensamente, ya que toda una filosofía del gobierno consideró el incremento de la educación como el requisito especial de la democracia [13]. Según lo escribiera James Bryce, con especial referencia a Sudamérica, «la educación, si bien no hace de los hombres buenos ciudadanos, les facilita al menos que se conviertan en tales» [14]. Presumiblemente, amplía la pers-

[10] Debe recordarse que éstas son cifras promedias, recogidas de las de los censos realizados en los distintos paises. Los datos varian enormemente en precisión, y no hay manera de medir la validez de las cifras compuestas calculadas, tales como las aquí presentadas. La tendencia consecuente de todas estas diferencias, y su amplia magnitud, constituyen la principal indicación de validez.

[11] La urbanización fue asociada con frecuencia, por los teóricos politicos, con la democracia. Harold J. Laski afirmó que «la democracia organizada constituye el producto de la vida urbana», y que era natural, por consiguiente, que hubiera «hecho su primera aparición efectiva» en los Estados-ciudades griegos, limitada como era su definición de «ciudadano». Ver su articulo «Democracy» en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Macmillan, Nueva York, 1937, vol. V, pp. 76-85. Max Weber sostenía que la ciudad, como uno de los tipos de comunidad política, constituye un fenómeno peculiarmente occidental, y estudiaba la aparición de la noción de «ciudadania» a partir de las evoluciones sociales estrechamente relacionadas con la urbanización. Para una exposición parcial de su punto de vista, ver capítulo de «Ciudadania» en *General Economic History*, The Free Press, Glencoe, 1950, pp. 315-338.

[12] La pauta indicada mediante una comparación de los promedios para cada grupo de paises se halla sostenida por las distribuciones (los extremos superior e inferior) de cada índice. La mayoría de las distribuciones se superponen; es decir, algunos paises que se hallan en la categoria de «menos democráticos» se hallan más altos en un índice dado cualquiera que otros que son «más democráticos». Es digno de observar que tanto en Europa como en América Latina, las naciones que se encuentran más abajo en cualquiera de los indices presentados en el cuadro se encuentran también en la categoria de «menos democráticas». Inversamente, casi todos los paises que se sitúan a la cabeza de cualquiera de los índices se hallan dentro de la clase «más democráticos».

[13] Ver JOHN DEWEY, *Democracy and Education*, Macmillan, Nueva York, 1916.

[14] JAMES BRYCE, *South America: Observations and Impressions*, Macmillan, Nueva York, 1912, p. 546. Bryce consideraba en Sudamérica varias clases de condiciones que afectaban a las posibilidades de la democracia; algunas de ellas eran sustancialmente las mismas que las presentadas aqui. Las condiciones fisicas de un pais determinaban la facilidad de las comunicaciones entre regiones y, por lo tanto, la facilidad de la formación de una «opinión pública común». Por condiciones «raciales» Bryce entendía realmente la existencia de una homogeneidad étnica o no, con la de grupos étnicos o lingüísticos diferentes que dejaran de lado aquella «homogeneidad y solidaridad de la comunidad que son casi condiciones indispensables para el éxito de un gobierno democrático». Las condiciones económicas y sociales incluian el desarrollo económico, una amplia participación política y alfabetismo. Bryce detalló

pectiva del hombre, lo capacita para comprender la necesidad de normas de tolerancia, limita su adhesión a doctrinas extremistas y aumenta su capacidad para realizar elecciones racionales.

La evidencia de la contribución de la educación a la democracia es aún más directa y fuerte en el nivel de la conducta individual *dentro* de los países que en las correlaciones entre naciones. Los datos recogidos por instituciones de investigación de la opinión pública que interrogaron a la gente de diferentes países hacia sus creencias sobre la tolerancia a la posición, sus actitudes para con minorías étnicas o raciales y sus sentimientos en favor de sistemas multipartidarios, así como en contra de los unipartidarios, señalaron que el factor aislado más importante que diferencia a quienes suministran respuestas democráticas de los demás era la educación. Cuanto más elevada sea nuestra educación, tanto más probable es que creamos en los valores democráticos y apoyemos las prácticas de igual tipo [15]. Todos los estudios que se han emprendido al respecto indican que la educación es más significativa que los ingresos o la ocupación.

Estos descubrimientos nos conducirían a anticipar una correlación mucho más amplia entre los niveles nacionales de educación y la práctica política que la que encontramos en la realidad. Alemania y Francia se contaban entre los países más instruidos de Europa, pero esto, por sí solo, no estabilizaba sus democracias [16]. Es posible, sin embargo, que su nivel educacional haya servido para inhibir otras fuerzas antidemocráticas.

Si bien no podemos decir que un «alto» nivel de educación constituye una condición *suficiente* para la democracia, la evidencia de que disponemos sugiere que ello está cerca de constituir una condición *necesaria*. En América Latina, donde todavía existe un amplio analfabetismo, sólo una entre todas las naciones en las cuales más de la mitad de la población es analfabeta —Brasil— puede ser incluida en el grupo «más democrático».

El Líbano, único miembro de la Liga Arabe que mantuvo las instituciones democráticas desde la Segunda Guerra Mundial, es, también sin com-

también los factores históricos específicos, que, además de estos factores «generales», actuaban en cada país sudamericano. Ver JAMES BRYCE, *op. cit.*, pp. 527-533 y 580 y ss. Ver también KARL MANNHEIM, *Freedom, Power and Democratic Planning*, Oxford University Press, Nueva York, 1950.

[15] Ver C. H. SMITH, «Liberalism and Level of Information», *Journal of Educational Psychology*, 39 (1948), pp. 65-82; MARTIN A. TROW, *Right Radicalism and Political Intolerance*, tesis de doctorado en Filosofía, sección de Sociología, Columbia University, 1957, p. 17; SAMUEL A. STOUFFER, *Communism, Conformity, and Civil Liberties*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1955; KOTARO KIDO y MASATAKA SUYI, «A report of Research on Social Stratification and Mobility in Tokio» (III), *Japanese Sociological Review*, 4 (1954), pp. 74-100. Este punto se halla también discutido en el cap. IV.

[16] Dewey sugirió que el carácter del sistema educativo influirá sobre la democracia, y esto puede arrojar alguna luz sobre los orígenes de la inestabilidad de Alemania. El propósito de la educación alemana, de acuerdo con Dewey, que escribía esto en 1916, consistía en un «adiestramiento disciplinario más bien que en un desarrollo personal». El propósito fundamental consistía en producir una «absorción de los designios y del significado de las instituciones existentes» y «una completa subordinación» a ellas. Este punto suscita conclusiones que no pueden ser incluidas aquí, pero indica el carácter complejo de la relación entre la democracia y factores estrechamente relacionados, tales como la educación. Ver JOHN DEWEY, *op. cit.*, pp. 108-110.

paración, el país más instruido de entre los de la Liga (más de un 80 por ciento de alfabetizados). Al este del mundo árabe, solamente dos países, Filipinas y Japón, han mantenido regímenes democráticos desde 1945 sin la presencia de amplios partidos antidemocráticos. Y estos dos países, aunque se hallan situados más bajos que la mayoría de los países europeos en cuanto a ingresos *per capita*, se encuentran entre los primeros del mundo en cuanto a realizaciones educativas. Las Filipinas se colocan realmente en segundo lugar, después de los Estados Unidos, en cuanto al porcentaje de población que acude a escuelas superiores y universidades, y el Japón posee un nivel educativo más alto que cualquier nación europea [17].

Aunque hemos presentado las pruebas por separado, los diferentes aspectos del desarrollo económico —industrialización, urbanización, riqueza y educación— están tan íntimamente relacionados entre sí como para constituir un factor fundamental que posee la correlación política de la democracia [18]. Además, esto está verificado por un reciente estudio del Medio Oriente. En 1951-1952, en una encuesta de Turquía, Líbano, Egipto, Siria, Jordania e Irán, llevada a cabo por Daniel Lerner y el Bureau of Applied Social Research, se halló una estrecha conexión entre la urbanización, la alfabetización, el promedio de votantes y el consumo y producción de medios, por una parte, y la educación por la otra [19]. Se computaron correlaciones simples y múltiples entre las cuatro variables básicas para todos los países para los cuales las estadísticas de las Naciones Unidas estaban a nuestro alcance (en este caso, 54) con los siguientes resultados [20]:

[17] Ceilán, que comparte con Filipinas y Japón el honor de constituir los únicos países democráticos del sur y del Extremo Oriente de Asia en los cuales los comunistas carecen electoralmente de importancia, comparte también con ellos el honor de constituir los únicos países de esta región en los cuales una *mayoría* de la población está alfabetizada. Se me podría objetar, sin embargo, que Ceilán realmente posee un partido trotskista bastante importante, que constituye ahora la oposición oficial, y mientras su nivel educativo es alto para Asia, es mucho menor que el de Japón o el de las Filipinas.

[18] Esto constituye una declaración «estadística», lo cual significa necesariamente que habrá muchas excepciones a la correlación. Así es como sabemos que es más posible que la gente más pobre vote por los Partidos Demócrata o Laborista en los Estados Unidos y en Inglaterra respectivamente. El hecho de que una amplia mayoría de los estratos superiores vote en estos países por el partido más conservador no desvirtúa la proposición de que la posición ocupada dentro de la estratificación social constituye una determinante importante en la elección del partido.

[19] Se consigna este estudio en DANIEL LERNER, *The Passing of Traditional Society*, The Free Press, Glencoe, 1958. Estas correlaciones se derivaban de los datos obtenidos de los censos; las secciones principales de la encuesta trataban de las reacciones a los medios de comunicación y de las opiniones con respecto a éstos, con inferencias de los tipos de personalidad apropiados de la sociedad moderna y la tradicional.

[20] *Ibid.*, p. 63. El índice de participación política estuvo constituido por el porcentaje de votantes de las últimas cinco elecciones. Estos resultados no pueden ser considerados como una verificación independiente de las relaciones presentadas en esta obra, ya que los datos y las variables son básicamente los mismos (como lo son también en la obra de LYLE SHANNON, *op. cit.*), pero los resultados idénticos obtenidos utilizando tres métodos enteramente diferentes: el coeficiente phi, las correlaciones múltiples, y los promedios y las distribuciones, señalan decisivamente que las relaciones no pueden ser atribuidas a manipulaciones de los cómputos. También debería tomarse en consideración que los tres análisis fueron realizados sin conocimiento de uno por parte de los otros.

Variable dependiente	*Coeficiente de correlación múltiple*
Urbanización	0.61
Alfabetización	0.91
Participación en los medios de producción y consumo	0.84
Participación política	0.82

En Oriente Medio, Turquía y el Líbano se colocaron más altos en la mayoría de estos índices de lo que lo hicieron los cuatro países restantes analizados, y Daniel Lerner, al informar sobre este estudio, señala que los «grandes acontecimientos de posguerra en Egipto, Siria, Jordania e Irán estuvieron constituidos por las violentas luchas por el control del poder —luchas realmente inexistentes en Turquía y Líbano (hasta hace muy poco), países donde el control del poder fue decidido mediante elecciones»[21].

Lerner hace notar más adelante el efecto de un desarrollo desproporcionado, en uno u otro sector, sobre la estabilidad total, y la necesidad de cambios coordinados en todas estas variables. Comparando la urbanización y la alfabetización en Egipto y en Turquía, concluye que aunque el primero de estos países se halla más urbanizado que Turquía, no está realmente «modernizado», y ni siquiera dispone de una base adecuada para la modernización, debido a que la alfabetización no se mantuvo en el nivel debido. En Turquía los varios índices de modernización marcharon al unísono unos con otros, con una creciente participación en las elecciones (36 por ciento en 1950), balanceada por una alfabetización, urbanización, etc., en aumento. En Egipto las ciudades están llenas de «analfabetos sin hogar», que constituyen un público siempre dispuesto a movilizarse políticamente en apoyo de ideologías extremistas. Según la escala de Lerner, Egipto debería estar dos veces más alfabetizado que Turquía, ya que está dos veces más urbanizado. El hecho de que sólo llegue a la mitad de alfabetización de este último explica, para Lerner, los «desequilibrios» que «tienden a hacerse circulares y a acelerar la desorganización social», tanto política como económica[22].

[21] *Ibid.*, pp. 84-85.
[22] *Ibid.*, pp. 87-89. Otras teorías acerca de las regiones subdesarrolladas también han puesto de relieve el carácter circular de las fuerzas que apoyan un nivel dado de desarrollo económico y social, y en cierto sentido esta obra ha sido considerada como un esfuerzo por extender el análisis de lo complejo de instituciones que constituyen una sociedad «modernizada» hasta la esfera política. La monografía de LEO SCHNORE, *Economic Development and Urbanization: An Ecological Approach*, próxima a aparecer, relaciona las variables tecnológicas, demográficas y organizacionales (incluyendo alfabetización e ingreso *per capita*) como un complejo interdependiente. El reciente volumen de HARVEY LEIBENSTEIN, *Economic Backwardness and Economic Growth*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1957, considera el «subdesarrollo» dentro del marco de una teoría económica de «quasi equilibrium», como un complejo de aspectos agrupados de una sociedad, y que se mantienen mutuamente, e incluye las características culturales y políticas —analfabetismo, falta de clase media, un sistema rudimentario de comunicaciones— como parte del complejo. (Ver pp. 53-55.)

Lerner introduce una importante adición teórica: la sugerencia de que se pueden considerar estas variables clave del proceso de modernización como fases históricas, incluyendo la parte democrática de los acontecimientos más recientes, «institución cumbre de la sociedad en común» (uno de los términos que aplica a una moderna sociedad industrial). Merece citarse con cierta extensión su apreciación de la relación entre estas variables, consideradas como etapas:

> La evolución secular de una sociedad de participación parece implicar una secuencia regular de tres fases. La urbanización viene en primer término, ya que las ciudades han desarrollado por sí mismas el complejo de habilidades y recursos que caracterizan la moderna economía industrial. Dentro de esta matriz urbana se desarrollan los atributos que distinguen las siguientes dos fases: alfabetización e incremento de los medios de producción y consumo. Entre éstos existe una estrecha relación recíproca, ya que los alfabetizados desarrollan los medios, que a su vez difunden la alfabetización. Pero esta última desempeña la función clave en la segunda fase. La capacidad de saber leer, adquirida al principio por relativamente pocas personas, les permite desempeñar las variadas tareas exigidas en una sociedad que se moderniza. Sólo al alcanzar la tercera fase, cuando la esmerada tecnología del desarrollo industrial se halla bastante avanzada, comienza la sociedad realmente a producir periódicos, redes de radiodifusión y películas argumentales en una escala masiva. Esto, a su vez, acelera la expansión de la alfabetización. Fuera de esta interacción se desarrollan las instituciones de participación (por ejemplo, la votación) que encontramos en todas las modernas sociedades avanzadas[23].

La tesis de Lerner, según la cual estos elementos de modernización son funcionalmente interdependientes, de ninguna manera queda establecida por medio de sus datos. Pero el material presentado en este capítulo ofrece una oportunidad de investigación a lo largo de estas líneas. Casos divergentes, como el de Egipto, donde la alfabetización «retrasada» está asociada a importantes tensiones y trastornos potenciales, pueden también encontrarse en Europa y en América Latina, y su análisis —tarea no emprendida aquí— esclarecerá más tarde la dinámica básica de la modernización y el problema de la estabilidad social en medio del cambio institucional.

[23] LERNER, *op. cit.*, p. 60. Lerner destaca también ciertas exigencias de personalidad, que posee una sociedad «moderna», lo cual también podría relacionarse con las exigencias de personalidad que posee una democracia. De acuerdo con este autor, la movilidad física y social de una sociedad moderna exige una personalidad móvil, capaz de adaptación a un cambio rápido. El desarrollo de una «sensibilidad móvil tan adaptable al cambio que una reorganización del propio sistema constituya su rasgo distintivo» fue obra del siglo XX. Su rasgo fundamental lo constituye la *empatía*, que denota la «capacidad general de observarse a uno mismo en la situación de otro individuo, ya sea favorable o desfavorable». (Ver pp. 61 y ss.)
Queda abierta la cuestión de si esta característica psicológica da como resultado una predisposición hacia la democracia (que implica una buena voluntad para aceptar el punto de vista de los demás) o si está más bien asociada a las tendencias antidemocráticas de un tipo de personalidad de «sociedad de masas» (que implica la falta de todo valor personal sólido basado en la participación gratificante). Posiblemente la *empatía* (un enfoque más o menos «cosmopolita») constituye una característica general de la personalidad de las sociedades modernas, junto a otras condiciones especiales que determinan si posee la consecuencia social de actitudes tolerantes y democráticas, o falta de base y *anomia*.

DESARROLLO ECONOMICO Y LUCHA DE CLASES

Como el desarrollo económico produce mayores ingresos, una seguridad económica mayor y la difusión de la enseñanza superior, determina ampliamente la forma de la «lucha de clases», al permitir a los que están en los estratos inferiores desarrollar durante más tiempo perspectivas y enfoques de la vida política más complejos y graduales. Una creencia en un gradualismo reformista secular puede constituir la ideología de solo una clase baja relativamente acomodada. Puede encontrarse una sorprendente evidencia de esta tesis en la relación entre las normas de la acción política de la clase trabajadora en los diferentes países y los ingresos de la nación; correlación que es casi alarmante ante los muchos otros factores culturales, históricos y jurídicos que afectan a la vida política de las naciones.

En los dos países más ricos, los Estados Unidos y Canadá, no sólo los partidos comunistas son casi inexistentes, sino que los partidos socialistas nunca fueron capaces de establecerse como fuerzas dominantes. En los diez países más ricos que les siguen —Nueva Zelanda, Suiza, Suecia, Reino Unido, Dinamarca, Australia, Noruega, Bélgica, Luxemburgo y Holanda—, todos los cuales poseían una renta *per capita* de más de 500 dólares por año en 1949 (último año del que existen estadísticas estandarizadas de las Naciones Unidas), predomina un socialismo moderado en forma de política izquierdista. En ninguno de estos países los comunistas realmente se aseguraron más del 7 por ciento de los votos y, entre ellos, el promedio real del Partido Comunista fue aproximadamente del 4 por ciento. En los ocho países europeos que se encontraban por debajo de los 500 dólares de renta *per capita* en 1949 —Francia, Islandia, Checoslovaquia, Finlandia, Alemania Occidental, Hungría, Italia y Austria— y que realizaron por lo menos una elección democrática de posguerra en la cual tanto los partidos comunistas como los no comunistas pudieron competir, el Partido Comunista obtuvo más del 16 por ciento de los votos en seis países, y un promedio general de más del 20 por ciento en los ocho países en conjunto. Los dos países de bajo nivel de renta en los cuales los comunistas son débiles —Alemania y Austria— han pasado por la experiencia directa de la ocupación soviética [24].

El extremismo izquierdista ha dominado también la política de la clase obrera en otras dos naciones europeas que pertenecen al grupo de renta *per capita* inferior a los 500 dólares: España y Grecia. En la España anterior a Franco, el anarquismo y el socialismo de izquierda eran mucho más fuertes que el socialismo moderado; mientras en Grecia, cuya renta *per capita* era en 1949 de solamente 128 dólares, los comunistas han sido siempre mucho más fuertes que los socialistas, y los partidos que dan su apoyo a otros les han asegurado un amplio sufragio en los años recientes [25].

---

[24] Debería advertirse que con anterioridad a 1933-1934 Alemania poseía uno de los partidos comunistas más grandes de Europa; mientras que el Partido Socialista de Austria constituía el partido europeo más marxista y el ala izquierda dentro de la Internacional Socialista.

[25] Grecia, económicamente la democracia política más pobre de Europa, «constituye actualmente el único país de Europa en el cual no existe partido socialista. Este (ELD), fun-

La relación inversa entre el desarrollo económico nacional, tal como queda reflejado en la renta *per capita*, y el poderío de los comunistas y otros grupos extremistas en las naciones occidentales es aparentemente más fuerte que las correlaciones entre otras variables nacionales tales como los factores éticos o religiosos [26]. Dos de las naciones más pobres que poseen amplios movimientos comunistas —Islandia y Finlandia— son escandinavas y luteranas. Entre las naciones católicas de Europa, todas las que son pobres, con excepción de Austria, poseen amplios movimientos comunistas o anarquistas. Las dos democracias católicas más ricas —Bélgica y Luxemburgo— poseen pocos comunistas. Aunque los cantones francés e italiano de Suiza están fuertemente influidos por la vida cultural de Francia e Italia, casi no existen comunistas entre los trabajadores de estos cantones, que viven en el país más rico de Europa.

Una encuesta comparativa sobre las actitudes de los ciudadanos en nueve países, realizada recientemente, confirma la relación existente entre una riqueza *per capita* reducida y la precipitación de un descontento suficiente como para proporcionar la base social del extremismo político. En estos países los sentimientos de seguridad personal se correlacionaron con la renta *per capita* (0,45) y con el suministro de alimentos *per capita* (0,55). Si se utiliza como índice del total de descontento existente en una nación la satisfacción que produce el propio país, tal como la medirían las respuestas a la pregunta: «¿Qué país del mundo le proporciona las mejores posibilidades de vivir el tipo de vida que a usted le gustaría?», en ese caso la relación con la riqueza económica es aún mayor. Este estudio indica una correlación terminante de 0,74 entre la renta *per capita* y el grado de satisfacción que produce el propio país [27].

Esto no significa que la dificultad económica o la pobreza constituyan *per se* la causa fundamental del extremismo. Existe una amplia evidencia en apoyo del argumento de que la pobreza estable en una situación en la cual los individuos no están expuestos a las posibilidades del cambio nutre, en todo caso, el conservadurismo [28]. Los individuos cuya experiencia limita sus comunicaciones e interacción significantes con otros que se hallan en el mismo nivel que ellos, a igualdad de condiciones, serán seguramente más

---

dado en 1945 por individuos que colaboraron con los comunistas durante la ocupación, se disolvió en agosto de 1953, víctima de su política inconstante y procomunista. Todo el campo político se rindió, entonces, a los comunistas, con la justificación de que las condiciones no estaban todavía bastante maduras para el desarrollo de un movimiento socialista». MANOLIS KORAKAS, «Grecian Apathy», *Socialist Commentary*, mayo de 1957, p. 21; en las elecciones del 11 de mayo de 1958, la Unión de la Izquierda Democrática, «dirigida por los comunistas», ganó 78 de 300 escaños, y constituye actualmente el segundo partido del país en orden de importancia. Ver *New York Times*, 16 de mayo de 1958, p. 3, col. 4.

[26] Puede presentarse de otra manera la relación expresada más arriba. Los siete países europeos en los cuales los partidos comunistas o los que apoyan a otros partidos se han asegurado un amplio margen en elecciones libres poseían un promedio de renta *per capita* de 330 dólares en 1949. Los diez países europeos en los cuales los comunistas representaron un fracaso electoral tenían un promedio de renta *per capita* de 585 dólares.

[27] WILLIAM BUCHANAN y HADLEY CANTRIL, *How Nations See Each Other*, University of Illinois Press, Urbana, 1953, p. 35.

[28] Ver EMILE DURKHEIM, *Suicide: A Study in Sociology*, The Free Press, Glencoe, 1951, pp. 253-254; ver también DANIEL BELL, «The Theory of Mass Society», *Commentary*, 22 (1956), p. 80.

conservadores que la gente de mejor posición, pero que se halla expuesta a las posibilidades de alcanzar una vida mejor [29]. La dinámica de la situación parecería consistir más bien en exponerse a la posibilidad de vivir mejor que en la pobreza como tal. Como lo señaló Marx en un pasaje preceptivo: «Una casa puede ser amplia o pequeña; mientras las casas circundantes sean igualmente pequeñas, ella satisface todas las exigencias sociales de residencia. Pero si se levanta un palacio al lado de la pequeña casa, ésta queda reducida a una choza» [30].

Con el desarrollo de los modernos medios de comunicación y transportes dentro y entre los países, se hace cada vez más posible que los grupos de población que están agobiados por la pobreza, pero se encuentran aislados del conocimiento de mejores formas de vida o desconocen las posibilidades de mejoramiento de su condición, se hagan cada vez más raros, particularmente en las áreas urbanas del mundo occidental. Puede esperarse encontrar una pobreza estable de este tipo únicamente en las sociedades dominadas por la tradición.

Ya que la posición en un sistema estratificado es siempre relativa y la gratificación o privación es experimentada en términos de hallarse mejor o peor situados que otras personas, no causa ningún asombro el que las clases bajas de todos los países, independientemente de la riqueza de la nación, muestren varios signos de resentimiento contra la distribución existente de recompensas, al apoyar a los partidos políticos y otras organizaciones que abogan por determinada forma de redistribución [31]. El hecho de que la forma que estos partidos políticos adoptan en los países más pobres sea más extremista y radical de lo que lo es en los países más ricos, está probablemente más relacionado con el mayor grado de desigualdad existente en tales naciones que con el hecho de que sus pobres sean realmente más pobres en términos absolutos. Un estudio comparativo de la distribución de la riqueza realizado por las Naciones Unidas «sugiere que la fracción más rica de la población (la 5.ª parte, la 10.ª, etc.) recibe generalmente una proporción mayor del ingreso total en los países menos desarrollados que en los más evolucionados» [32]. La diferencia existente entre los ingresos del personal profesional y semiprofesional, por una parte, y los de los trabajadores corrientes, por la otra, es mucho más amplia en los países pobres que en los más ricos. Entre los trabajadores manuales parece existir una mayor diferencia de salarios entre los obreros cualificados y los no cualificados en los países menos desarrollados. Por el contrario, el proceso nivelador, al menos en varios de los países desarrollados, ha sido facilitado por el incremento total de la renta nacional [...] no tanto por la reducción de la renta de los relativamente ricos, como por el crecimiento más rápido de las rentas de los relativamente pobres» [33].

[29] Existe también un conjunto apreciable de evidencias que indican que aquellas ocupaciones que son vulnerables económicamente y aquellos trabajadores que han sufrido el desempleo están inclinados a ser más izquierdistas en su apreciación. Ver cap. 7, pp. 201-206.

[30] KARL MARX, «Wage-Labor and Capital», en *Selected Works*, vol. I, International Publishers, Nueva York, 1933, pp. 268-269. «Las tensiones sociales constituyen una expresión de las expectativas no cumplidas», DANIEL BELL, *op. cit.*, p. 80.

[31] Un resumen de los resultados de los estudios sobre elecciones realizado en muchos países señala que, con pocas excepciones, existe una fuerte relación entre la posición social baja y el apoyo a la política «izquierdista». Existen, desde luego, muchas otras características que también se relacionan con el voto izquierdista, algunas de las cuales se encuentran entre los grupos relativamente bien remunerados, pero socialmente aislados. Al tomar la población en conjunto, es mucho más posible que los hombres voten por los izquierdistas que las mujeres, mientras los miembros de grupos religiosos y étnicos minoritarios también despliegan una tendencia izquierdista. (Ver caps. 7 y 8.)

[32] *United Nations Preliminary Report on the World Social Situation*, Nueva York, 1952, pp. 132-133. El economista sueco Gunnar Myrdal señaló recientemente: «Constituye, ciertamente, un acontecimiento regular, investido casi de la dignidad de una ley económica, el que cuanto más pobre es el país, mayor es la diferencia entre los pobres y los ricos». *An International Economy*, Harper & Bros., Nueva York, 1956, p. 133.

La distribución de bienes de consumo también tiende a hacerse más equitativa a medida que la magnitud de los ingresos nacionales aumenta. Cuanto más rico es un país, mayor es la proporción de habitantes que posee automóviles, teléfonos, bañeras, refrigeración, etc. Donde existe escasez de alimentos, la distribución de los mismos debe ser inevitablemente menos equitativa que en un país en el cual existe una abundancia relativa. Por ejemplo, el número de personas que pueden contar con automóviles, máquinas de lavar, casas presentables, teléfonos, buenas vestimentas, o cuyos hijos han alcanzado una instrucción superior o asisten a las escuelas secundarias, representa solamente una pequeña minoría de la población en muchos países europeos. La gran riqueza nacional de los Estados Unidos o de Canadá, o aun en un menor grado, la de los dominios de Australia o Suecia, significa que existe una diferencia relativamente pequeña entre los niveles de vida de las clases sociales adyacentes, y que hasta las clases que se hallan muy alejadas en la estructura social gozarán de normas de consumo más similares de lo que lo harán las clases comparables en el sur de Europa. Para un europeo del sur, y aun en mayor grado para el habitante de uno de los países «subdesarrollados», la estratificación social se caracteriza por una distinción mucho mayor en la manera de vivir, con una superposición pequeña en mercancías que los varios estratos poseen o pueden permitirse adquirir. Puede sugerirse, por lo tanto, que cuanto más rico es un país, tanto menos es experimentada la inferioridad en el *status* como fuente principal de privación.

Un aumento de la riqueza y de la educación contribuye también a la democracia, al aumentar la orientación de las clases bajas hacia varias pre-

[33] *United Nations Preliminary Report..., ibid.* (Ver también cuadro II.) Una comparación recientemente realizada de la distribución de los ingresos en los Estados Unidos y en un número de naciones europeas occidentales concluye que «no ha existido ninguna diferencia grande» en las normas de distribución de los ingresos entre estos países. Estos descubrimientos de Robert Solow parecen estar en contradicción con los manifestados anteriormente y que fueron tomados de la Oficina de Estadísticas de la ONU, aunque los últimos se refieren principalmente a las diferencias entre las naciones industrializadas y las subdesarrolladas. De todas maneras, debería observarse que Solow está de acuerdo en que la posición relativa de los estratos bajos de un país pobre es completamente diferente de la de un país rico. Según manifiesta este autor, «al comparar a Europa con los Estados Unidos, podemos preguntarnos si tiene sentido hablar de una relativa desigualdad en los ingresos, independientemente del nivel absoluto de ingresos. Un ingreso cuatro veces mayor que otro posee un contenido diferente si el más bajo de ellos se traduce por una nutrición insuficiente por una parte, o si proporciona cierto excedente por la otra». ROBERT M. SOLOW, *A Survey of Income Inequality Since the War*, Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, Stanford, 1958, mimeografiado, pp. 41-44, 78.

siones que reducen su enrolamiento en determinadas ideologías y las hacen menos receptivas a las extremistas. La actuación de este proceso será tratada con más detalle en el próximo capítulo, pero implica la inclusión de aquellos estratos en una cultura nacional integrada, distinta de la de una clase baja aislada.

Marx creía que el proletariado constituía una fuerza revolucionaria, debido a que ella no tenía nada que perder más que sus cadenas y podría ganar el mundo entero. Pero Tocqueville, al analizar las razones por las cuales los estratos inferiores de los Estados Unidos apoyaban el sistema, parafraseó y transpuso a Marx como este último nunca había realizado su análisis, al señalar que «sólo los que no tienen nada que perder jamás se sublevan»[34].

Una mayor riqueza afecta también al papel político de la clase media, al cambiar la forma de la estructura de la estratificación, transformándola de una pirámide alargada, con una gran base de clase baja, en un rombo, con una clase media en aumento. Una clase media numerosa modera el conflicto al gratificar a los partidos moderados y democráticos y al condenar a los grupos extremistas.

Los valores y procedimientos políticos de la clase superior están también relacionados con el ingreso nacional. Cuanto más pobre es un país y cuanto más bajo es el nivel absoluto de vida de las clases inferiores, tanto mayor será la presión que se ejerza sobre los estratos superiores para que traten a los inferiores de vulgares, innatamente inferiores, casta inferior que se halla fuera de la esfera de la sociedad humana. La enorme diferencia existente entre los estilos de vida de los que se hallan en la cumbre y los que están abajo hace que esto se haga psicológicamente necesario. En consecuencia, en tal situación los estratos superiores tienden a considerar los derechos políticos de los estratos inferiores, particularmente el derecho a compartir el poder, como esencialmente absurdos e inmorales. Los estratos superiores no solamente resisten a la democracia por sí mismos; su frecuente comportamiento político arrogante sirve para intensificar las reacciones extremistas por parte de las clases inferiores.

El nivel general de ingresos de una nación afecta también su receptividad a las normas democráticas. Si en el país existe bastante riqueza como para que no resulte gran diferencia el hecho de que cierta redistribución tenga lugar, se hace más fácil aceptar la idea de que no interesa mayormente cuál es la fracción que está en el poder. Pero si la pérdida de un cargo significa graves pérdidas para importantes grupos que detentan el mando, éstos tratarán de retener o asegurarse los cargos por cualquier medio a su alcance. Una cierta cantidad de riqueza nacional es asimismo necesaria para asegurar un servicio civil competente. Cuanto más pobre es el país, mayor será el acento puesto sobre el nepotismo (apoyo de los parientes y amigos). Y esto, a su vez, reduce la posibilidad de desarrollar la burocracia eficiente que un Estado democrático moderno necesita[35].

---

[34] ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Democracy in America*, vol. I, Alfred A. Knopf, Vintage ed., Nueva York, 1945, p. 258.

[35] Para una exposición de este problema en un Estado nuevo, ver DAVID APTER, *The*

Las organizaciones intermedias que actúan como fuentes de un poder compensatorio parecen estar asociadas de manera similar a la riqueza nacional. Tocqueville y otros exponentes de lo que llegó a conocerse como teoría de «sociedad de masas»[36] argumentaban que un país exento de la multitud de organizaciones relativamente independientes del poder central es en potencia tan altamente dictatorial como revolucionario. Tales organizaciones sirven para varias funciones: impiden que el Estado o cualquier fuente individual de poder particular domine todos los recursos políticos; constituyen una fuente de nuevas opiniones; pueden ser los medios con que se comunican las ideas, especialmente las de oposición, a un amplio sector de la ciudadanía; ejercitan a los hombres en la capacitación política y, de este modo, contribuyen a incrementar el nivel de interés y participación en la política. Aunque no disponemos de datos dignos de fe acerca de la relación entre las normas nacionales de organización voluntaria y los sistemas políticos nacionales, la evidencia que se desprende de los estudios sobre la conducta individual demuestra que, independientemente de otros factores, los hombres que pertenecen a asociaciones están en mejores condiciones que otros de proporcionar una respuesta democrática a cuestiones concernientes a la tolerancia y a los sistemas de partidos, de votar o de participar activamente en la política. Ya que cuanto más acomodado y mejor educado es un hombre, es más posible que pertenezca a asociaciones voluntarias, la propensión a constituir tales grupos parece ser una función del nivel de ingresos y oportunidades de ocio dentro de naciones determinadas[37].

Gold Coast in Transition, Princeton University Press, Princeton, 1955, esp. caps. 9 y 13. Apter señala la importancia de una burocracia eficiente, y la aceptación de los valores burocráticos y pautas de conducta para la existencia de un orden político democrático.

[36] Ver EMIL LEDERER, *The State of the Masses*, Norton, Nueva York, 1940; HANNAH ARENDT, *Origins of Totalitarianism*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1951; MAX HORKHEIMER, *Eclipse of Reason*, Oxford University Press, Nueva York, 1947; KARL MANNHEIM, *Man and Society in an Age of Reconstruction*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1940; PHILIP SELZNICK, *The Organizational Weapon*, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1952; JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Espasa Calpe, Madrid; WILLIAM KORNHAUSER, *The Politics of Mass Society*, The Free Press, Glencoe, 1959.

[37] Ver EDWARD BANFIELD, *The Moral Basis of a Backward Society*, The Free Press, Glencoe, 1958, para una excelente descripción de la manera como la pobreza extrema contribuye a reducir la organización comunista en Italia del sur. Los datos que realmente existen, provenientes de las encuestas realizadas en los Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña y Suecia señalan que aproximadamente entre el 40 y el 50 por ciento de los adultos de estos países pertenecen a asociaciones voluntarias, con un nivel menor de participación para las democracias menos estables (Francia y Alemania) que entre las más estables (los Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia). Aparentemente estos resultados ponen en tela de juicio la proposición general, aunque no pueda extraerse una conclusión definitiva, ya que la mayoría de los estudios emplearon categorías no comparables. Este punto incluye una investigación ulterior en muchos países. Para los datos sobre estos últimos, ver los siguientes estudios.

Para Francia, ver ARNOLD ROSE, *Theory and Method in the Social Sciences*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1954, p. 74, y O. R. GALLAGHER, «Voluntary Associations in France», *Social Forces*, 36 (1957), pp. 154-156; para Alemania, ver ERICH REIGROTSKI, *Soziale Verflechtungen in der Bundesrepublik*, J. D. B. Mohr, Tubinga, 1956, p. 164; para los Estados Unidos, ver CHARLES R. WRIGHT y HERBERT H. HYMAN, «Voluntary Association Memberships of American Adults: Evidence from National Sample Surveys», *American Sociological Review*, 23 (1958), p. 287; J. C. SCOTT Jr., «Membership and Participation in Voluntary Associations», *American Sociological Review*, 22 (1957), pp. 315-326, y HERBERT MACCOBY, «The Differential Political Activity of Participants in a Voluntary Association»,

LA POLITICA DEL DESARROLLO ECONOMICO RAPIDO

La asociación entre el desarrollo económico y la democracia ha conducido a muchos estadistas y comentaristas políticos occidentales a concluir que el problema político básico de la actualidad está producido por la presión para lograr una industrialización rápida. Si solamente las naciones subdesarrolladas pueden ser colocadas con éxito en la vía de la alta productividad, se sigue que podemos derrotar la mayor amenaza a las democracias recientemente establecidas: sus comunistas internos. Esta forma de ver marca, de una manera curiosa, la victoria del determinismo económico o marxismo vulgar dentro del pensamiento político democrático. Por desgracia para esta teoría, el extremismo político que se apoya en las clases más bajas, y el comunismo en particular, no se encuentran solamente en los países de bajo nivel de renta, sino también en las naciones recientemente industrializadas. Por supuesto, esta correlación no constituye un fenómeno reciente. En 1884 Engels observaba que los movimientos obreros categóricamente socialistas se habían desarrollado en Europa durante períodos de rápido crecimiento industrial, y que estos movimientos declinaron rápidamente durante posteriores períodos de cambios más lentos.

La norma de la política izquierdista en Europa septentrional en la primera mitad del siglo XX, en los países cuyos movimientos socialistas y sindicales son ahora relativamente moderados y conservadores, ilustra este punto. Allí donde la industrialización se producía *rápidamente*, introduciendo *discontinuidades* agudas entre la situación preindustrial y la industrial, surgían movimientos de la clase obrera, en general más extremistas. En Escandinavia, por ejemplo, las diferencias entre los movimientos socialistas de Dinamarca, Suecia y Noruega pueden explicarse en gran medida por el diferente ritmo y progresión de la industrialización, como lo ha señalado el economista Walter Galenson[38]. El Movimiento Social Demócrático y los sindicatos daneses han estado siempre en el ala reformista moderada y relativamente no marxista del movimiento obrero internacional. En Dinamarca, la industrialización se desarrolló como un proceso lento y gradual. La tasa de crecimiento urbano fue también moderada, lo cual tuvo un buen efecto sobre las condiciones de alojamiento de la clase obrera urbana. El lento desarrollo de la industria significó que una gran proporción de los trabajadores daneses durante el período de la industrialización eran hombres que habían sido empleados en la industria durante largo tiempo y, en consecuencia, los recién llegados, que habían sido atraídos desde las áreas rurales y que podrían haber proporcionado la base de las facciones extremistas, se encontraban siempre en minoría. Los grupos del ala izquierda, que obtuvieron cierto apoyo en Dinamarca, trabajaban en las industrias que se desarrollaban rápidamente.

En Suecia, por otra parte, la industria manufacturera creció muy rápidamente desde 1900 hasta 1914. Esto causó un crecimiento repentino del número de obreros no cualificados, reclutados principalmente en las áreas rurales, y la expansión de los sindicatos de los industriales, más bien que los de los gremios. Paralelamente a estos desarrollos en la industria, un movimiento del ala izquierda surgió dentro de los sindicatos y del Partido Socialdemócrata; este movimiento se opuso a la política moderada que ambos habían llevado a efecto antes de la gran expansión industrial. También surgió en este período un fuerte movimiento anarco-sindicalista. Estos movimientos agresivos del ala izquierda se basaban en las industrias que se expandían rápidamente[39].

Noruega, el último de los tres países escandinavos que se industrializó, posee una tasa de crecimiento aún mayor. Como resultado de la aparición de la fuerza hidroeléctrica, del desarrollo de una industria electroquímica y de la necesidad de una construcción continuada, la cantidad de obreros industriales en Noruega se duplicó entre 1905 y 1920. Y, al igual que en Suecia, este incremento de la fuerza obrera significó que el tradicional movimiento gremial moderado iba decayendo debido a los obreros no cualificados y semicualificados, la mayoría de los cuales eran jóvenes que emigraban de las áreas rurales. Surgió un ala izquierda dentro de la Federación del Trabajo y en el Partido Socialista que se apoderó del control de ambos en las últimas etapas de la Primera Guerra Mundial. Debe ponerse de manifiesto que Noruega constituía el único país europeo occidental que todavía se encontraba en su fase de rápida industrialización cuando se fundó el Comintern, y su Partido Socialista fue el único que se pasó casi intacto a los comunistas.

En Alemania, antes de la Primera Guerra Mundial, un ala izquierda revolucionaria marxista, derivada en gran parte de los trabajadores de las industrias en rápido crecimiento, consiguió un considerable apoyo dentro del Partido Socialdemócrata, mientras las partes más moderadas del partido se basaban en las industrias establecidas más sólidamente[40].

La Revolución Rusa constituye la ilustración más significativa de la relación entre la rápida industrialización y el extremismo de la clase obrera. En la Rusia zarista la población industrial saltó de 16 millones en 1897 a 26 millones en 1913[41]. Trotski, en su *Historia de la Revolución Rusa*, señaló cómo un incremento en la cantidad de huelgas y en la militancia sindical corría pareja con el crecimiento de la industria. Probablemente no

American Sociological Review, 23 (1958), pp. 524-533; para Gran Bretaña, ver *Mass Observation, Puzzled People*, Victor Gollanz, Londres, 1947, p. 119, y THOMAS BOTTOMORE, «Social Stratification in Voluntary Organizations», en DAVID GLASS (ed.), *Social Mobility in Britain*, The Free Press, Glencoe, 1954, p. 354; para Suecia ver GUNNAR HECKSCHER, «Pluralist Democracy: The Swedish Experience», *Social Research*, 15 (1948), pp. 417-461.

[38] Ver WALTER GALENSON, *The Danish System of Labor Relations*, Harvard University Press, Cambridge, 1952; ver también GALENSON, «Scandinavia», en GALENSON (ed.), *Comparative Movements*, Prentice-Hall, Nueva York, 1952, esp. pp. 105-120.

[39] Ver RUDOLF HEBERLE, *Zur Geschichte der Arbeiterbewegung in Schweden*, vol. 39 de *Probleme der Weltwirtschaft*, Gustav Fischer, Jena, 1925.

[40] Ver OSSIP FLECHTHEIM, *Die KPD in der Weimarer Republik*, Bollwerk-Verlag Karl Drott, Offenbach am Main, 1948, pp. 213-214; ver también ROSE LAUB COSER, *An Analysis of the Early German Socialist Movement*, tesis no publicada de Master of Arts, Departamento de Sociología, Columbia University, 1951.

[41] COLIN CLARK, *The Conditions of Economic Progress*, Macmillan, Londres, 1951, p. 421.

sea una coincidencia el que dos naciones de Europa en las cuales la izquierda revolucionaria obtuvo el control del sector dominante del movimiento obrero con anterioridad a 1920 —Rusia y Noruega— fueron también países en los cuales los procesos de rápida acumulación de capital e industrialización básica se encontraban todavía en marcha [42].

Los movimientos socialistas revolucionarios que surgen como respuesta a las tensiones creadas por una industrialización rápida declinan, como lo señaló Engels, dondequiera que «la transición a una industria en gran escala se halla más o menos terminada... [y] las condiciones en las cuales el proletariado se halla ubicado se hacen estables» [43]. Tales países son, por supuesto, precisamente las naciones industrializadas en las cuales el marxismo y el socialismo revolucionarios existen actualmente sólo como dogmas sectarios. En aquellas naciones de Europa en las que la industrialización nunca ocurrió o no logró construir una economía de industria eficaz a gran escala, con un gran nivel de productividad y un incremento constante en los índices de consumo masivo, también se dan las condiciones para la creación o la perpetuación de políticas obreras extremistas.

Un tipo diferente de extremismo, basado en las clases de pequeños empresarios (tanto urbanas como rurales) surgió en los sectores menos desarrollados y a menudo culturalmente más atrasados de las sociedades más industrializadas. La base social del fascismo clásico parece tener su punto de partida en la constante vulnerabilidad de una parte de la clase media, particularmente los pequeños comerciantes y los granjeros, al gran capitalismo y a un movimiento poderoso de la clase obrera. El capítulo 5 analiza esta reacción en detalle, tal como se manifiesta en cierto número de países.

Es obvio que las condiciones relacionadas con la estabilidad democrática, que aquí se tratan, se encuentran más fácilmente en los países del noroeste de Europa y sus descendientes de habla inglesa de América y Australia; además, se sugirió, por parte de Weber entre otros, que una concatenación histórica única de elementos produjo tanto la democracia como el capitalismo en esta zona. Según reza el argumento básico, el desarrollo económico capitalista conoció sus mayores oportunidades en una sociedad protestante y creó la clase burguesa, cuya existencia fue tanto un catalizador como una condición necesaria para la democracia. El hecho de que el protestantismo destacara la responsabilidad individual promovió el surgimiento de los valores democráticos en estos países y dio como resultado un alineamiento de la burguesía frente al trono, que preservó la monarquía y extendió la aceptación de la democracia entre los estratos conservadores. Puede uno preguntarse si algún aspecto de este conjunto interrelacionado de desarrollo económico, protestantismo, monarquía, cambio político gradual, legalidad y democracia es fundamental, pero el hecho es que el conjunto se mantiene unido [44].

[42] Los comunistas también controlaban los sindicatos y el Partido Socialista griegos. El caso griego, aunque se ajusta a esta norma, no es del todo comparable, ya que no existía un verdadero movimiento obrero procomunista y surgió una tendencia probolchevique de una combinación de los descontentos de los trabajadores de la nueva industria creada por la guerra y el entusiasmo que ocasionó la Revolución Rusa.

[43] FRIEDRICH ENGELS, «Letter to Karl Kautsky», 8 nov. 1884, en KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS, *Correspondende 1846-1895*, International Publishers, Nueva York, 1946, p. 422; ver también VAL R. LORWIN, «Working-class Politics and Economic Development in Western Europe», *American Historical Review*, 63 (1958), pp. 338-351; para una excelente exposición de los efectos de una industrialización rápida sobre la política, ver también REINHOLD NIEBUHR, *The Irony of American History*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1952, pp. 112-118.

En el próximo capítulo vamos a examinar algunos de los requisitos de la democracia que se derivan de los elementos históricos específicos, particularmente aquellos que se relacionan con las necesidades de un sistema político democrático, de legalidad y de mecanismos que reduzcan la intensidad del conflicto político. Estos requisitos, aunque relacionados con el desarrollo económico, son distintos de este último, ya que constituyen elementos dentro del sistema político y no atributos de la sociedad total.

APENDICE METODOLOGICO

El enfoque de este capítulo es implícitamente diferente de algunos otros estudios que intentaron tratar los fenómenos sociales en el nivel de la sociedad total, y puede resultar útil aclarar algunos de los postulados metodológicos que están en la base de esta presentación.

Las características complejas de un sistema social, tal como la democracia, el grado de burocratización, el tipo de sistema de estratificación, por lo general han sido tratadas con un enfoque reduccionista o de «tipo ideal». El primero de ellos descarta la posibilidad de considerar estas características como atributos del sistema en cuanto tales, y sostiene que las cualidades de las acciones individuales constituyen la suma y sustancia de las categorías sociológicas. Para esta escuela de pensamiento, el alcance de las actitudes democráticas o de la conducta burocrática, o la cantidad y tipos de prestigio, o las categorías de poder, constituyen la esencia del significado de los atributos de la democracia, burocracia o clase.

El enfoque del «tipo ideal» parte de un supuesto similar, pero alcanza una conclusión opuesta. El supuesto similar consiste en que las sociedades constituyen un orden complejo de fenómenos, que exhiben tal grado de contradicción interna que las generalizaciones sobre ellas como un todo deben constituir, necesariamente, una representación construida de elementos seleccionados, que se origina en las preocupaciones y perspectivas

[44] Al introducir los acontecimientos como parte integrante del análisis de los factores *externos* al sistema político, que forman parte del nexo causal en el cual la democracia queda explicada, seguimos una buena tradición sociológica, y hasta funcionalista. Como bien lo manifestó Radcliffe-Brown: «[...] una "explicación" de un sistema social sería su historia, en la cual llegamos a conocerlo —el relato detallado de cómo ha llegado a ser lo que es y dónde está. Se obtiene otra "explicación" del mismo sistema al señalar [...] que el mismo constituye una ejemplificación especial de las leyes de la psicología social o del funcionamiento social. Los dos tipos de explicación no entran en conflicto, sino que se complementan entre sí». A. R. RADCLIFFE-BROWN, «On the Concept of Function in Social Science», *American Anthropologist*, Serie nueva, 37 (1935), p. 401; ver también MAX WEBER, *The Methodology of the Social Sciences*, The Free Press, Glencoe, 1949, pp, 164-188, para una discusión detallada del papel del análisis histórico en la investigación sociológica.

particulares del hombre de ciencia. La conclusión opuesta afirma que abstracciones del orden de «democracia» o «burocracia» no poseen necesariamente conexión con Estados o cualidades de los sistemas sociales complejos que realmente existen, sino que abarcan series de atributos que se hallan interrelacionados lógicamente, pero no son, en un todo, características de ninguna sociedad existente [45]. Un ejemplo lo constituye el concepto de Weber sobre la «burocracia», que abarca un conjunto de cargos que no se encuentran «ocupados» por el titular, legajos de documentos conservados permanentemente, deberes especificados funcionalmente, etc.; tal es la definición vulgar de la democracia en la ciencia política, que postula decisiones políticas individuales basadas en un conocimiento racional de los propios fines y de la situación política fáctica.

No es pertinente una crítica de tales categorías de tipos ideales únicamente sobre la base de que no corresponden a la realidad, porque se proponen describir esta última, sino proporcionar una base para comparar diferentes aspectos de la misma con el caso lógico correspondiente. A menudo este enfoque es muy provechoso, y no tenemos aquí la intención de sustituirlo por otro, sino simplemente de presentar otra manera posible de conceptualizar las características complejas de los sistemas sociales que surgen del análisis multivariable iniciado por Paul Lazarsfeld y sus colegas en un nivel de análisis totalmente diferente [46].

El punto en el que difiere este enfoque es la conclusión de si se puede considerar que las categorías teóricas generalizadas poseen una relación válida con las características de los sistemas sociales totales. De los datos estadísticos presentados en este capítulo sobre la democracia y las relaciones entre esta última, el desarrollo económico y la legalidad política, se deduce que hay aspectos de los sistemas sociales totales que existen, pueden ser expresados en términos teóricos, pueden compararse con aspectos similares de otros sistemas y, al mismo tiempo, son deducibles de datos empíricos que pueden ser confrontados (u objetados) por otros investigadores. Esto no significa que no puedan existir situaciones que contradigan la relación general o que, a niveles más bajos de organización social, no puedan ser evidentes algunas características totalmente diferentes. Por ejemplo, se puede caracterizar a un país como los Estados Unidos de «democrático» en el nivel nacional, aun cuando la mayoría de las organizaciones secundarias dentro del país puedan no ser democráticas. A otro nivel, se puede señalar a una iglesia como organización «no burocrática» si se la compara con una entidad, aun cuando sectores importantes de la organización de la iglesia puedan ser tan burocráticos como la mayor parte de los

[45] El ensayo de MAX WEBER sobre «"Objetividad" en la Ciencia Social y Programa Social», en su *Methodology of the Social Sciences, op. cit.*, pp. 72-93.

[46] Los supuestos metodológicos de este enfoque en el nivel de las correlaciones e interacciones de variables de la conducta individual con varias características sociales se dan en la publicación de PAUL F. LAZARSFELD, «Interpretation of Statistical Relations as a Research Operation», en P. F. LAZARSFELD y M. ROSENBERG (eds.), *The Languaje of Social Research*, The Free Press, Glencoe, 1955, pp. 115-125; y H. HYMAN, *Survey Design and Analysis*, The Free Press, Glencoe, 1955, caps. 6 y 7. Ver también los apéndices metodológicos de LIPSET y otros, *Unión Democracy*, The Free Press, Glencoe, 1956, pp. 419-432, y el cap. 12 de la presente obra.

sectores burocráticos de la entidad. Aun a otro nivel, puede ser totalmente legítimo, con fines de valoración psicológica de la personalidad total, considerar a cierto individuo como «esquizofrénico», aunque bajo ciertas condiciones pueda no actuar de una manera esquizofrénica. Lo esencial es que cuando se realizan comparaciones a un cierto nivel de generalización, con referencia al funcionamiento de un sistema total (ya sea a nivel de una personalidad, grupo, organización o sociedad), las generalizaciones aplicables a una sociedad total poseen el mismo tipo y grado de validez que las aplicables a otros sistemas, y están sujetas a las mismas pruebas empíricas. La falta de un estudio sistemático y comparativo de varias sociedades ha hecho que esta cuestión sea confusa.

Este enfoque también destaca el concepto de que las características complejas de un sistema total poseen una causa y consecuencias sumamente variadas, en la medida en que las características poseen algún grado de autonomía dentro del sistema. La burocracia y la urbanización, tanto como la democracia, poseen muchas causas y consecuencias, en este sentido [47].

Condiciones	*Consecuencias adicionales*	*Consecuencias iniciales posibles*
Sistema de clases abiertas	Democracia	Sistema de clases abiertas
Riqueza económica	"	Sistema igualitario de valores
Sistema igualitario de valores	"	Apatía política
Economía capitalista	"	Burocracia
Alfabetización	"	Sociedad de masas
Alta participación en las organizaciones voluntarias	"	Alfabetización

Desde este punto de vista, se haría difícil identificar *un* factor cualquiera fundamentalmente asociado con cualquier característica social compleja, o que «cause» esta última. Se considera más bien que todas estas características poseen una causa y consecuencias multivariadas (esto constituye un supuesto metodológico para guiar la investigación y no un punto sustancial). Se puede aclarar este punto mediante un diagrama de algunas de las posibles conexiones entre la democracia, las condiciones iniciales asociadas con su aparición y las consecuencias de un sistema democrático existente.

La aparición de un factor en ambos lados de la «democracia» implica que es tanto una condición inicial de la misma como que la democracia, una vez establecida, mantiene esa característica de la sociedad; por ejemplo, un sistema de clases abiertas. Por otra parte, algunas de las consecuencias iniciales de la democracia, tales como la burocracia, pueden tener el

[47] Este enfoque difiere del intento de Weber de localizar los orígenes del capitalismo moderno. Este autor trató de establecer que *un* factor antecedente, una cierta ética religiosa, era fundamentalmente significativo en el síndrome de las condiciones económicas, políticas y culturales que conducían al desarrollo del capitalismo occidental. Nuestra intención no consiste en establecer la necesidad causal de ningún factor, sino más bien el síndrome de condiciones que más frecuentemente distinguen a las naciones que pueden ser catalogadas empíricamente como «más democráticas» o «menos democráticas», sin incluir cualidades absolutas en la definición.

efecto de *socavarla*, tal como lo indica el cuadro anterior. La aparición de un factor a la derecha de la democracia no significa que esta última «cause» su aparición, sino que meramente la democracia es una condición inicial que favorece su desarrollo. De modo similar, la hipótesis de que la burocracia es una de las consecuencias de la democracia no implica que esta última sea la causa única, sino más bien que un sistema democrático posee el efecto de alentar el desarrollo de un cierto tipo de burocracia bajo otras condiciones que deben ser aclaradas si la burocracia es el centro del problema que se investiga. Este diagrama no está concebido como un modelo completo de las condiciones sociales generales asociadas a la aparición de la democracia, sino una manera de esclarecer la cuestión metodológica que se refiere al carácter multivariable de las relaciones dentro de un sistema social total.

En consecuencia, en un sistema multivariable el foco puede residir en cualquier elemento, y se pueden establecer sus condiciones y consecuencias sin la implicación de que hemos llegado a una teoría completa de las condiciones necesarias y suficientes de su aparición. Este capítulo no intenta formular una *nueva* teoría de la democracia, sino solamente la formalización y la prueba empírica de ciertos conjuntos de relaciones implicadas en las teorías tradicionales sobre la democracia.

do. Tanto la democracia italiana como la francesa tuvieron que actuar, durante gran parte de sus historias, sin el apoyo leal de importantes grupos de sus sociedades, tanto de la izquierda como de la derecha. Por lo tanto, una fuente fundamental de la legitimidad reside en la continuidad de importantes instituciones integradoras tradicionales durante un período de transición en el cual surgen nuevas instituciones.

El segundo tipo general de pérdida de legitimidad se relaciona con las formas en que las diferentes sociedades tratan las crisis de «entrada en la política», la decisión en cuanto a la fecha en que nuevos grupos sociales obtendrán acceso al proceso político. En el siglo XIX estos nuevos grupos estaban principalmente constituidos por obreros industriales; en el siglo XX, por élites coloniales y pueblos agrícolas. Siempre que nuevos grupos se hacen activos políticamente (por ejemplo, cuando los trabajadores buscan primeramente el acceso al poder económico y político por medio de la organización económica y el sufragio, cuando la *burguesía* exige el acceso y la participación en el gobierno, cuando las élites coloniales insisten en un control sobre su propio sistema), un acceso fácil a las instituciones políticas *legítimas* tiende a ganar la lealtad de los nuevos grupos del sistema, y estos grupos, a su vez, pueden permitir a los antiguos estratos dominantes mantener su propio *status*. En naciones como Alemania, en las que fue negado el acceso durante prolongados períodos, primeramente a la *burguesía* y más tarde a los trabajadores, y en las que se usó de la fuerza para restringir el acceso, los estratos inferiores se enemistaron con el sistema y adoptaron ideologías extremistas que, a su vez, impidieron que los grupos mejor situados aceptaran el movimiento político de los trabajadores como una alternativa legítima.

Los sistemas políticos que niegan el acceso de los nuevos estratos al poder, excepto por medio de una revolución, detienen también el desarrollo de la legitimidad al introducir esperanzas irrealizables en la liza política. Los grupos que tienen que abrirse camino en la política por la fuerza son proclives a exagerar las posibilidades que depara la participación política. En consecuencia, los regímenes democráticos nacidos bajo tal énfasis no sólo se enfrentan a la dificultad de ser considerados como ilegales por grupos leales al *ancien régime*, sino que también pueden ser rechazados por aquellos cuyas remotas esperanzas no se ven satisfechas por el cambio. Un ejemplo lo constituye Francia, donde los clericales del ala derecha consideraban la república como ilegal y los sectores de los estratos inferiores vieron sus esperanzas muy lejos de ser satisfechas. Y hoy día muchas de las nuevas naciones independientes de Asia y Africa se enfrentan al espinoso problema de ganarse la lealtad de las masas a los Estados democráticos que poco pueden hacer para satisfacer los objetivos utópicos que han sido fijados por los movimientos nacionalistas durante el período de colonialismo y la lucha de transición por la independencia.

En general, aun cuando el sistema político es razonablemente eficaz, si en algún momento el *status* de los principales grupos conservadores se halla amenazado, o si se niega el acceso a la política a grupos que surgen en períodos decisivos, la legitimidad del sistema permanecerá siempre en tela de juicio. Por otra parte, un derrumbamiento de la eficacia, repetidamente

o por un largo período, pondrá en peligro hasta la estabilidad de un sistema legítimo.

Una importante prueba de la legitimidad la constituye el grado en que algunas naciones han desarrollado una «cultura política secular» común, principalmente rituales y festividades nacionales [3]. Los Estados Unidos han desarrollado una cultura homogénea común en la veneración acordada a los padres de la patria, Abraham Lincoln, Theodore Roosevelt, y sus principios. Estos elementos comunes, a los cuales apelan todos los políticos norteamericanos, no están presentes en todas las sociedades democráticas. En algunos países europeos, la izquierda y la derecha poseen un conjunto diferente de símbolos y héroes históricos diferentes. Francia ofrece el ejemplo más claro de una nación de ese tipo. Aquí las batallas que implican el uso de símbolos diferentes que comenzaron en 1789 se ballan, como lo señala Herbert Luethy, «todavía en su trayectoria, y la conclusión se mantiene todavía abierta: cada uno de estos períodos [de gran controversia política] divide aún a la izquierda y a la derecha, a los clericales y a los anticlericales, a los progresistas y a los reaccionarios, en todas sus constelaciones determinadas históricamente» [4].

El conocimiento del grado relativo de legitimidad de las instituciones políticas de una nación es de importancia clave en cualquier intento de analizar la estabilidad de estas instituciones cuando se las enfrenta con una crisis de eficacia. La relación entre diferentes grados de legitimidad y eficacia en sistemas políticos específicos puede ser presentada en forma de una tabla cuádruple, que incluya ejemplos de países caracterizados por las varias combinaciones posibles:

		Eficacia	
Legitimidad		+	–
	+	A	B
	–	C	D

Las asociaciones que recaen dentro del casillero A, es decir, que figuran en posiciones altas tanto en la escala de legitimidad como en la eficacia, poseen sistemas políticos estables, como los Estados Unidos, Suecia y Gran Bretaña [5]. Los regímenes ineficaces e ilegítimos, que caen dentro del

[3] Ver GABRIEL ALMOND, «Comparative Political Systems», *Journal of Politics*, 18 (1956), pp. 391-409.

[4] HERBERT LUETHY, *The State of France*, Secker and Warburg, Londres, 1955, p. 29.

[5] El problema racial del sur de los Estados Unidos constituye realmente un reto básico de la legitimidad del sistema, y en una oportunidad causó, efectivamente, un derrumbamiento del orden nacional. Este conflicto ha impedido que muchos blancos sureños se entregaran al juego democrático hasta el presente. Gran Bretaña conoció un problema similar mientras la Irlanda católica formaba parte del Reino Unido. El gobierno efectivo no podía satisfacer a Irlanda. Las prácticas políticas por parte de ambos sectores en Irlanda del Norte, Ulster, ilustran también el problema de un régimen que no es legítimo para un sector mayoritario de su población.

casillero D, son por definición inestables y se derrumban, a menos que sean dictaduras que se mantienen por la fuerza, como los gobiernos actuales de Hungría y Alemania Oriental.

Las experiencias políticas de diferentes países, después de 1930, ilustran el efecto de otras combinaciones. En los últimos años de la década de 1920 a 1930, ni la república alemana ni la austriaca eran consideradas legítimas por amplios y poderosos sectores de sus poblaciones. Sin embargo, ambas permanecieron moderadamente eficaces [6]. En los términos de la tabla, caían dentro del casillero C. Cuando se derrumbó la eficacia de varios gobiernos en la década de 1930, las sociedades que gozaban de una posición alta en la escala de legitimidad permanecieron democráticas, mientras países como Alemania, Austria y España perdían su libertad, y Francia escapaba por poco de un destino similar. O sea, expresando los cambios en términos de la tabla, los países que de A pasaron a B permanecieron democráticos, mientras aquellos países que de C pasaron a D se derrumbaron. La derrota militar de 1940 destacó la baja posición de la democracia francesa en la escala de la legitimidad. Fue la única democracia derrotada que proporcionó un apoyo en gran escala a un régimen tipo Quisling [7].

Tales situaciones demuestran la utilidad de este tipo de análisis. Desde un punto de vista restringido, un sistema altamente eficaz pero ilegítimo, tal como una colonia bien gobernada, es más inestable que regímenes que son relativamente bajos en eficacia y altos en legitimidad. La estabilidad social de una nación como Tailandia, a pesar de sus periódicos *golpes de Estado*, se mantiene firme, en agudo contraste con la situación reinante en las antiguas naciones coloniales vecinas. Por otra parte, una eficacia prolongada durante varias generaciones puede proporcionar legitimidad a un sistema político. En el mundo moderno, tal eficacia significa fundamentalmente un desarrollo económico constante. Las naciones que se adaptaron con más éxito a las exigencias de un sistema industrial poseen el mínimo de tensiones políticas internas, y han preservado su legitimidad tradicional o desarrollado fuertes símbolos nuevos.

La estructura social y económica que América Latina heredó de la península Ibérica le impidió seguir la dirección de las antiguas colonias inglesas, y sus repúblicas nunca desarrollaron los símbolos y el influjo de la legitimidad. La supervivencia de las nuevas democracias políticas de Asia

[6] Para un análisis excelente de la crisis permanente de la República austriaca, que provenía del hecho de que era considerada como un régimen ilegítimo por los católicos y los conservadores, ver CHARLES GULICK, *Austria from Hapsburg to Hitler*, University of California Press, Berkeley, 1948.

[7] El problema de la legitimidad francesa está bien descrito por Katherine Munro. «Los partidos del ala derecha nunca olvidaron completamente la posibilidad de una contrarrevolución, mientras los partidos del ala izquierda restauraron la revolución militante en su marxismo o comunismo; cada parte hacía sospechosa a la otra de utilizar a la república para lograr sus propios fines y de ser legal sólo en la medida en que la república se ajustaba a su bando. Esta sospecha amenazó una y otra vez con hacer inviable la república, ya que conducía a la obstrucción en la esfera política, tanto como en la económica, y las dificultades del gobierno minaron a su vez la confianza en el régimen y en sus dirigentes.» Citado en CHARLES MICAUD, «French Political Parties: Ideological Myths and Social Realities», en SIGMUND NEUMANN (ed.), *Modern Political Parties*, University of Chicago Press, Chicago, 1956, p. 108.

y Africa dependerá, en gran medida, de su habilidad para satisfacer las necesidades de sus poblaciones durante un período prolongado, lo cual significará, probablemente, su habilidad para rivalizar con la industrialización.

LEGITIMIDAD Y CONFLICTO

La amenaza constante de que los conflictos de grupos que constituyen el nervio de la democracia puedan hacerse tan consistentes como para amenazar con la desintegración de la sociedad, es inherente a todos los sistemas democráticos. En consecuencia, las condiciones que sirven para moderar la intensidad de la lucha partidaria se encuentran entre los requisitos clave del gobierno democrático.

Puesto que la existencia de un estado moderado de conflicto es, en efecto, otra manera de definir una democracia legítima, no es sorprendente que los principales factores determinantes de un estado tan favorable estén estrechamente relacionados con los que producen legitimidad, considerados en términos de continuidades de símbolos y *status*. El carácter y contenido de las principales divergencias que afectan a la estabilidad política de una sociedad están ampliamente determinados por factores históricos que han afectado a la forma en que los principales problemas que dividían a la sociedad han sido resueltos o dejados sin resolver a través del tiempo.

En los tiempos modernos surgieron tres problemas principales en las naciones occidentales: primeramente, el lugar de la Iglesia y/o varias religiones dentro de la nación; segundo, la admisión de los estratos inferiores, particularmente los obreros, en la «ciudadanía» política y económica completa, mediante el sufragio universal y el derecho a los convenios colectivos; y en tercer lugar, el conflicto continuo por la distribución de la renta nacional.

Aquí la cuestión significativa es: ¿fueron estos problemas tratados uno por uno, resolviéndose más o menos cada uno de ellos antes de que surgiera el otro, o los problemas se acumularon, de manera que las fuentes tradicionales de desavenencia se mezclaron con otras nuevas? La reducción de las tensiones, cada una a su tiempo, contribuye a un sistema político estable: el traslado de los problemas, de un período histórico a otro, produce una atmósfera política caracterizada por la amargura y la frustración, más bien que la tolerancia y la avenencia. Los hombres y los partidos llegan a diferir unos de otros, no simplemente en las formas de plantear los problemas corrientes, sino en los enfoques fundamentales y opuestos. Esto significa que consideran la victoria política de sus adversarios como una gran amenaza moral y, como resultado de ello, todo el sistema carece de integración efectiva de valores.

El lugar de la Iglesia en la sociedad fue ventilado y resuelto en la mayoría de las naciones protestantes en los siglos XVIII y XIX. En algunos, por ejemplo en los Estados Unidos, la Iglesia fue separada del Estado y aceptó el hecho. En otros, como Gran Bretaña, Escandinavia y Suiza, la religión todavía está apoyada por el Estado, pero las iglesias estatales, tales como

los monarcas constitucionales, han cesado de constituir fuentes importantes de controversia. Corresponde a los países católicos de Europa suministrarnos ejemplos de situaciones en las cuales la controversia histórica entre las fuerzas clericales ha continuado dividiendo a los hombres políticamente hasta el día de hoy. En paises tales como Francia, Italia, España y Austria, ser católico significaba estar aliado a los grupos derechistas o conservadores en política, mientras que ser anticlerical, o miembro de una religión minoritaria, significaba, frecuentemente, una alianza con la izquierda. En varios de estos países, nuevos problemas se sobrepusieron a la cuestión religiosa. Para los católicos conservadores la lucha contra el socialismo no fue solamente un conflicto económico, o una controversia sobre las instituciones sociales, sino un conflicto, profundamente arraigado, entre Dios y Satanás[x]. Para muchos intelectuales seculares de la Italia actual, la oposición a la Iglesia legitima la alianza con los comunistas. Y mientras los vínculos religiosos refuercen los alineamientos políticos seculares, las posibilidades de transacción y de un toma y daca democrático serán débiles.

El problema de la «ciudadanía» también fue resuelto de varias maneras. Los Estados Unidos y Gran Bretaña acordaron el sufragio a los trabajadores en el siglo XIX. En países como Suecia, que se resistieron hasta los comienzos del siglo XX, la lucha por la ciudadanía se combinó con el socialismo, como movimiento *político*, produciendo de este modo un socialismo revolucionario. O sea, para expresarlo en otros términos, en las ocasiones en que se negó a los trabajadores tanto los derechos económicos como los políticos, su lucha por una redistribución de los ingresos y del *status* se sobrepuso a la ideología revolucionaria. Cuando el conflicto económico y por el *status* se desarrolló fuera de este contexto, la ideología con la cual estaba conectado tendió a ser la de una reforma gradual. Los trabajadores de Prusia, por ejemplo, no poseían sufragio libre y uniforme hasta la Revolución de 1918 y, de este modo, se adhirieron al marxismo revolucionario. En la Alemania del sur, donde los derechos completos de la ciudadanía fueron otorgados hacia el final del siglo XIX, dominaba un socialismo reformista, democrático y no revolucionario. Sin embargo, el Partido Socialde-

---

[x] La conexión entre la inestabilidad democrática y el catolicismo puede también ser explicada por los elementos inherentes a este último como sistema religioso. La democracia exige un sistema universal de creencias políticas en el sentido de que acepta varias ideologías diferentes como legítimas. Y podría suponerse que los sistemas religiosos de valor que son más vulnerables, en el sentido de que ponen menos énfasis en el hecho de que constituyen la única iglesia verdadera, serán más compatibles con la democracia que los que suponen que ellos constituyen la única verdad. Esta creencia, que es sostenida mucho más fuertemente por la Iglesia Católica que por la mayoría de las otras iglesias cristianas, hace dificil que un sistema religioso de valores considere legitimo un sistema político que exige como parte de su sistema básico de valores la creencia de que se sirve lo mejor posible a lo «bueno» por medio de un conflicto entre las creencias opuestas.

Kingsley Davis arguyó que una Iglesia Católica estatal tiende a ser irreconciliable con la democracia, ya que «el catolicismo pretende controlar tantos aspectos de la vida, alentar en tal grado la fijeza del *status* y la sumisión a la autoridad, y permanecer tan independiente de la autoridad secular, que invariablemente choca con el liberalismo, el individualismo, la libertad, la movilidad y la soberanía de la nación democrática». Ver «Political Ambivalence in Latin America», *Journal of Legal and Political Sociology*, 1 (1943), reimpreso en A. N. CHRISTENSEN, *The Evolution of Latin American Government*, Henry Holt, Nueva York, 1951, p. 240.

mócrata nacional continuaba abarcando dogmas revolucionarios. Esto sirvió para dar voz a los ultraizquierdistas en el liderazgo del partido, capacitó a los comunistas para ganar fuerzas después de la derrota militar y, quizá lo que es aún más importante históricamente, amedrentaba a amplios sectores de la clase media alemana, que temían que una victoria socialista terminara con todos sus privilegios y *status*.

En Francia, los obreros obtuvieron el sufragio, pero se les rehusaron los derechos económicos básicos hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Gran número de patronos franceses se negaban a reconocer los sindicatos del país y trataban de debilitarlos o destruirlos, después de cada victoria de los sindicatos. La inestabilidad de estos últimos, y su constante necesidad de mantener la militancia para poder sobrevivir, hizo a los trabajadores susceptibles a la llamada de los grupos políticos extremistas. Se puede demostrar en que gran parte de la dominación comunista del movimiento obrero francés proviene de las tácticas de las clases francesas de hombres de negocios.

Estos ejemplos no explican el motivo por el cual países diferentes variaban en la forma de manejar las divergencias nacionales básicas. Sin embargo, deberían bastar para ilustrar el modo en que las condiciones para un gobierno democrático estable se relacionan con las bases de la diversidad. Cuando se entremezcla un número de divergencias históricas y se crea la base de la política ideológica, la democracia será inestable y débil, puesto que por definición tal política no incluye el concepto de la tolerancia.

Los partidos con tales ideologías totalitarias intentan crear lo que el investigador germanoamericano de la política Sigmund Neumann ha llamado ambiente «integrado», en el cual las vidas de los miembros están encerradas dentro de actividades conectadas ideológicamente. Estas actividades se basan en el supuesto del partido de que es importante aislar a sus seguidores de las «falsedades» expresadas por los no creyentes. Neumann sugirió la necesidad de una distinción analítica básica entre partidos de representación, que fortifican la democracia, y partidos de integración, que la debilitan[9]. Los primeros se hallan representados por la mayoría de los partidos de las democracias de habla inglesa y Escandinavia, además de la mayoría de los partidos centristas y conservadores que no sean religiosos. Estos partidos consideran que su función consiste fundamentalmente en asegurarse votos en los períodos de elecciones. Los partidos de integración, por el contrario, se preocupan en moldear al mundo según su filosofía básica. No se ven a sí mismos como contendientes en un juego de toma y daca de una política de presión, sino como partidarios en una poderosa lucha entre la verdad divina o histórica, por una parte, y el error fundamental, por la otra. Dada esta concepción del mundo, se hace necesario

[9] Ver SIGMUND NEUMANN, *Die Deutschen Parteien: Wesen und Wandel nach dem Kriege*, Junker und Dünnhaupt Verlag, Berlín, 1932, para una exposición sobre la distinción entre los partidos de integración y los de representación. Neumann distinguió, posteriormente, entre partidos de «integración democrática» (los Partidos Católico y Socialdemócrata) y los de «integración total» (Partidos Fascista y Comunista) en su capítulo más reciente, «Toward a Comparative Study of Political Parties», en el volumen que editara: *Modern Political Parties*, *op. cit.*, pp. 403-405.

evitar que sus seguidores se expongan a la corriente de las presiones diversas, proveniente del contacto con personas ajenas a la organización, lo cual reduciría su fe.

Los dos principales grupos no totalitarios que han seguido tales procedimientos fueron los católicos y los socialistas. En gran parte de Europa, con anterioridad a 1939, los católicos y los socialistas intentaron fomentar la comunicación intrarreligiosa o dentro de cada clase, por medio de la creación de una red de organizaciones sociales y económicas, dentro de la cual sus seguidores podrían vivir sus vidas completas. Austria ofrece, quizá, el mejor ejemplo de una situación en la cual dos grupos, los socialcatólicos y los socialdemócratas, divididos en los tres problemas históricos y actuando en la mayoría de sus actividades sociales en organizaciones vinculadas con el partido o con la Iglesia, lograron dividir al país en dos campos hostiles[10]. Las organizaciones totalitarias, los fascistas, del mismo modo que los comunistas, expanden el carácter integracionista de la política al máximo límite posible, al definir al mundo totalmente en términos de conflicto.

Los esfuerzos, aun los emprendidos por los partidos democráticos, para aislar su base social de las presiones múltiples socavan, sin lugar a dudas, la democracia estable, la cual requiere cambios de una elección a otra y la resolución de problemas entre partidos, durante largos períodos de tiempo. El aislamiento puede intensificar la lealtad a un partido o Iglesia, pero también evitará que el partido obtenga nuevos adeptos. La situación austriaca ilustra la manera en que el proceso electoral se frustra cuando la mayoría del electorado queda confinado dentro de los partidos de integración. Las reglas necesarias de la política democrática suponen que la conversión a y de un partido es posible e indicada, y los partidos que esperan obtener una mayoría por métodos democráticos deben, en última instancia, abandonar su énfasis integracionista. Como la clase trabajadora ha obtenido la ciudadanía completa en las esferas política y económica de diferentes países, los partidos socialistas de Europa han abandonado su énfasis integracionista. Los únicos partidos no totalitarios que actualmente mantienen tales políticas son los partidos religiosos tales como los católicos o el Partido Calvinista Antirrevolucionario de Holanda. Naturalmente, las iglesias católica y calvinista holandesa no son «democráticas» en la esfera de la religión. Insisten en que sólo existe una verdad, del mismo modo que los comunistas y fascistas lo hacen en la política. Los católicos pueden aceptar los supuestos de la democracia política, pero nunca los de la tolerancia religiosa. Y en los casos en que el conflicto político entre religión y no religión es considerado de importancia por los católicos u otros creyentes en una iglesia verdadera, entonces existe un verdadero dilema para el proceso democrático. Muchos problemas políticos que podrían ser fácilmente zanjados se ven reforzados por los problemas religiosos, y no pueden ser resueltos.

Siempre que la estructura social actúa para aislar de manera *natural* a los individuos o grupos que poseen el mismo enfoque político del contacto

[10] Ver CHARLES GULICK, *op. cit.*

con los que sustentan puntos de vista diferentes, los individuos o grupos aislados tienden a apoyar a los extremistas políticos. Se notó repetidamente, por ejemplo, que los obreros de las industrias llamadas «aisladas» —mineros, marinos, pescadores, leñadores, esquiladores y estibadores— que viven en comunidades habitadas predominantemente por otras personas de la misma ocupación dan generalmente un apoyo abrumador a las plataformas más izquierdistas [11]. Tales distritos tienden a votar a los comunistas o a los socialistas por amplio margen, a veces hasta el punto de poseer lo que es esencialmente un sistema de «partido único». La intolerancia política, en tiempos de crisis, de los grupos basados en la agricultura y ganadería, puede constituir otra ilustración de esta misma norma, ya que los agricultores y ganaderos, del mismo modo que los trabajadores de las industrias aisladas, poseen un ambiente político más homogéneo que el que poseen los empleados de la mayoría de las ocupaciones urbanas [12].

Estas conclusiones se ven confirmadas por estudios sobre el comportamiento del voto individual, que indican que los individuos sometidos a diferentes presiones —los que pertenecen a grupos que los predisponen en direcciones diferentes, o que poseen amigos que apoyan a partidos distintos, o que se hallan expuestos regularmente a la propaganda de grupos diferentes— son menos susceptibles de comprometerse fuertemente en la política [13].

Las afiliaciones múltiples y políticamente inconsecuentes, las lealtades y los estímulos reducen la emoción y agresividad implicadas en la elección política. Por ejemplo, en la Alemania actual, un católico de la clase obrera, atraído hacia dos direcciones, votará, con toda probabilidad, por la Democracia Cristiana, pero tolerará mucho más a los socialdemócratas que el promedio de los católicos de la clase media [14]. Cuando una persona pertenece a una variedad de grupos cuya totalidad lo predispone hacia la misma elección política, se halla en la situación del trabajador aislado, y es mucho menos probable que tolere otras opiniones.

La evidencia de que disponemos sugiere que las posibilidades de una democracia estable son mayores en la medida en que los grupos y los individuos poseen un número de afiliaciones cruzadas, en lo concerniente a la política. En el mismo grado en que una proporción significativa de la población se halla atraída por fuerzas en conflicto, sus miembros se interesan en reducir la intensidad del conflicto político [15]. Como lo señalaran Robert Dahl y Talcott Parsons, tales grupos e individuos también poseen interés en proteger los derechos de las minorías políticas [16].

Una democracia estable requiere una tensión relativamente moderada entre las fuerzas políticas en pugna. Y la moderación política está facilitada por la capacidad del sistema para resolver los problemas clave de desarmonía antes de que surjan otros nuevos. Si se permite que los problemas de religión, ciudadanía y «convenios colectivos» se acumulen, éstos se refuerzan unos a otros; y cuanto más se refuerzan y correlacionan las fuentes de las divergencias, menor posibilidad hay de tolerancia política. De manera similar, cuanto mayor es el aislamiento respecto de los estímulos políticos heterogéneos, y cuando más «se acumulan» los factores básicos en una dirección, mayores son las posibilidades de que el grupo o el individuo posea una perspectiva extremista. Estas dos relaciones, una en el nivel de los problemas del partidario, la otra en el del apoyo al partido, están unidas por el hecho de que los partidos que reflejan problemas acumulados

[11] Ver cap. 7 de esta obra, pp. 202-205, 216.

[12] Por supuesto, esta tendencia varía en relación con las comunidades urbanas, con el tipo de estratificación rural, etc. Para una exposición del papel de la homogeneidad vocacional y la comunicación política entre los granjeros, ver S. M. LIPSET, *Agrarian Socialism*, University of California Press, Berkeley, 1950, cap. 10, «Social Structure and Political Activity». Para una prueba de las propensiones antidemocráticas de las poblaciones rurales, ver SAMUEL A. STOUFFER, *Communism, Conformity, and Civil Liberties*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1955, pp. 138-139. National Public Opinion Institute of Japan, informe n.º 26, *A Survey Concerning the Protection of Civil Liberties* (Tokio, 1951), informa que los granjeros constituían el grupo ocupacional que se preocupaba muchísimo menos que los demás de las libertades civiles. Carl Friedrich, al explicar la fuerza del nacionalismo y del nazismo entre los granjeros alemanes, sugiere factores similares a los discutidos aquí; que «la población rural es más homogénea, que contiene un número menor de forasteros y extranjeros, que tiene mucho menos contacto con países y pueblos extranjeros, y finalmente que su movilidad es mucho más limitada». CARL J. FRIEDRICH, «The Agricultural Basis of Emotional Nationalism», *Public Opinion Quarterly*, I (1937), pp. 50-51.

[13] Quizá los primeros conceptos generales relativos a las consecuencias de las «presiones diferentes» sobre la conducta de los individuos y los grupos pueden encontrarse en una obra escrita hace más de cincuenta años por GEORG SIMMEL, *Conflict and the Web of Group Affiliations*, The Free Press, Glencoe, 1956, pp. 126-195. Constituye un interesante ejemplo de discontinuidad en la investigación social el que el concepto de presiones diversas fuera usado por Simmel, pero tuviera que ser redescubierto independientemente en la investigación sobre la votación. Para una aplicación detallada del efecto de las afiliaciones a grupos diversos al proceso político en general, ver DAVID TRUMAN, *The Governmental Process*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1951.

[14] Ver JUAN LINZ, *The Social Bases of German Politics*, tesis no publicada de doctorado en Filosofía, sección de Sociología, Universidad de Columbia, 1958.

[15] Ver BERNARD BERELSON, PAUL F. LAZARSFELD y WILLIAM MCPHEE, *Voting*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, para una exposición de la utilidad de las presiones múltiples como concepto explicativo. Ver también cap. 6 para un intento por especificar las consecuencias de la pertenencia a grupos diferentes sobre el comportamiento electoral, y una revista de la literatura.

[16] Como lo señala Dahl, «si la mayoría de los individuos de la sociedad se identifican con más de un grupo, existe en ese caso alguna probabilidad positiva de que alguna mayoría contenga individuos que se identifiquen, para ciertos fines, con la minoría amenazada. Los miembros de esta última que prefieren enérgicamente su alternativa harán conocer sus sentimientos a aquellos miembros de la mayoría experimental que también, en cierto nivel psicológico, se identifica con la minoría. Algunos de estos simpatizantes retirarán su apoyo a la alternativa mayoritaria y la mayoría se desmoronará». Ver ROBERT A. DAHL, *A Preface to Democracy Theory*, University of Chicago Press, Chicago, 1956, pp. 104-105. Parsons sugiere que «el llevar las implicaciones de la diferencia política demasiado lejos activa las solidaridades entre los adherentes de los dos partidos, que existen sobre otras bases, no políticas, de modo que los componentes de la mayoría política llegan a defender a aquellos que comparten intereses ajenos a los propios y que difieren políticamente de ellos». Ver el ensayo de Parsons «Voting and the Equilibrium of the American Political System», en E. BURDICK y A. BRODBECK (eds.), *American Voting Behavior*, The Free Press, Glencoe, 1959, p. 93. Una reciente discusión de este problema dentro de un contexto noruego señala que «las funciones integradoras de un conflicto cruzado [... cuando] las líneas de conflicto entre los grupos de votantes pasan por las divisiones entre lectores de periódicos de tendencias políticas diferentes y esto coloca a una proporción considerable del electorado en una situación de presiones diversas [...]. En la situación noruega existe un interesante proceso doble de limitaciones mutuas: por una parte, una mayoría de los votantes socialistas está expuesta regularmente a los mensajes periodísticos de los partidos de la oposición; por otro lado, los periódicos no socialistas, debido precisamente a que en muchos casos dominan y se dirigen a una variedad de grupos políticamente heterogéneos, se restringen grandemente en la expresión de las opiniones conflictuales. STEIN ROKKAN y PER TORSVIK, *«The Voter, the Reader and the Party Press»*, mimeografiado, Oslo, 1959.

no resueltos tratarán de aislar más tarde a sus seguidores de los estímulos conflictivos. Las mejores condiciones para el cosmopolitismo político son, una vez más, las del desarrollo económico —el crecimiento de la urbanización, la educación, los medios de comunicación y una riqueza en aumento. La mayoría de las ocupaciones naturalmente aisladas —minería, explotaciones forestales, agricultura— son precisamente aquellas cuya participación relativa de la fuerza de trabajo declina sensiblemente con la industrialización [17].

Por lo tanto, los factores implicados en la modernización o en el desarrollo económico se encuentran vinculados con aquellos que establecen la legitimidad y la tolerancia. Pero debería recordarse siempre que las correlaciones constituyen solamente enunciados acerca de los grados relativos de conformidad, y que otra condición de la acción política es que la correlación nunca será tan rigurosa como para que los hombres sientan que no pueden cambiar la dirección de los asuntos mediante su actuación. Y esta falta de alta correlación también significa que, para los propósitos analíticos, las variables deberán ser mantenidas de forma distinta aun si se relacionan entre sí. Por ejemplo, el análisis de la divergencia aquí presentado sugiere maneras específicas en las cuales las disposiciones electorales y constitucionales pueden afectar las posibilidades de la democracia. Esto se analiza en la siguiente sección.

SISTEMAS DE GOBIERNO

Si las bases cruzadas de la divergencia configuran una democracia más viva, se desprende que, si los demás factores permanecen constantes, los sistemas bipartidarios son mejores que los multipartidarios, que la elección de funcionarios sobre una base territorial es preferible a la representación proporcional, y el federalismo es superior al Estado unitario. Por supuesto, ha habido y existen democracias estables con sistemas multipartidarios, representación proporcional y un Estado unitario. En efecto, argumentaremos que tales variaciones en los sistemas de gobierno son mucho menos importantes que las que derivan de las diferencias básicas en la estructura social, tratadas en las secciones precedentes. No obstante, pueden contribuir a una estabilidad o inestabilidad completas.

El argumento en favor del sistema bipartidario descansa en el supuesto de que, en una sociedad compleja, los partidos deben ser necesariamente amplias coaliciones que no sirvan a los intereses de un grupo mayoritario, y no deben ser partidos de integración, sino que deben tratar de ganar apoyo entre los grupos que predominantemente son aliados del partido de la oposición. Los Partidos Conservador británico o Republicano de los Estados Unidos, por ejemplo, no deben contender básicamente con los obreros manuales, ya que una gran parte de sus votos debe provenir de ellos. Los Partidos Demócrata y Laborista se enfrentan con un problema

[17] COLIN CLARK, *The Conditions of Economic Progress*, Macmillan, Nueva York, 1940.

similar con respecto a las clases medias. Los partidos que nunca se orientan hacia la obtención de una mayoría tratan de ganar el mayor apoyo electoral posible partiendo de una base estrecha: un partido «de los trabajadores» acentuará los intereses de la clase trabajadora, y un partido que apele fundamentalmente a los pequeños comerciantes hará lo propio con su grupo. Para estos partidos fragmentarios, las elecciones, en lugar de constituir ocasiones para la busca de la base de apoyo lo más amplia posible por medio del convencimiento de grupos divergentes pero que poseen intereses comunes, se convierten en acontecimientos en los cuales destacan las divergencias que separan a sus partidarios de los otros sectores de la sociedad.

La proposición de que la representación proporcional más bien debilita que fortifica la democracia descansa sobre el análisis de las diferencias entre la situación multipartidaria y la de partido mayoritario. Si es cierto, como se sugirió anteriormente, que la existencia de muchos partidos acentúa las diferencias y reduce el consenso, en tal caso cualquier sistema electoral que aumente la posibilidad de que haya más partidos, en lugar de menos, sirve malamente a la democracia.

Además, como lo señaló el sociólogo alemán Georg Simmel, el sistema de elección de miembros del Parlamento para que representen distritos electorales en lugar de grupos (como anhela el sistema de representación proporcional) fuerza a los varios grupos a garantizar sus propósitos dentro de un marco electoral que implique una preocupación por intereses varios y la necesidad de una avenencia [18].

El federalismo aumenta las oportunidades de múltiples fuentes de desavenencia al agregar intereses y valores regionales a los otros que atraviesan la estructura social. Tiene lugar una notable excepción a esta generalización cuando el federalismo divide a un país por la demarcación de la diferencia básica; por ejemplo, entre diferentes áreas étnicas, religiosas o lingüísticas, como sucede en la India y en Canadá. La democracia necesita de la divergencia dentro de los grupos lingüísticos o religiosos, no entre ellos. Pero donde tales divisiones no existen, el federalismo parece servir bien a la democracia. Además de crear una fuente ulterior de conflicto cruzado, proporciona las varias funciones que Tocqueville señaló que compartía con las asociaciones voluntarias fuertes —resistencia a la centralización del poder, el adiestramiento de nuevos líderes políticos y los medios de dar al otro partido una posibilidad en el sistema como un todo, ya que ambos partidos nacionales continúan generalmente controlando algunas unidades del sistema.

Quisiéramos destacar nuevamente que no consideramos esos aspectos de la estructura política como esenciales para los sistemas democráticos. Si las condiciones sociales subyacentes facilitan la democracia, como parecen hacerlo en Suecia, por ejemplo, la combinación de muchos partidos, la

[18] GEORG SIMMEL, *op. cit.*, pp. 191-194. Talcott Parsons formuló recientemente una observación similar en el sentido de que uno de los mecanismos para evitar una «escisión cada vez más profunda en el electorado» consiste en «relacionar el voto con la estructura de solidaridad ramificada de la sociedad de tal manera que, aunque exista una correlación, no hay correspondencia *exacta* entre la polarización política y otras bases de diferenciación». TALCOTT PARSONS, *op. cit.*, pp. 92-93.

representación proporcional y un Estado unitario no la debilitan seriamente. A lo sumo ello permite a las minorías irresponsables obtener un escaño en el Parlamento. Por otra parte, en países como la República Alemana de Weimar y Francia, en los que un bajo nivel de eficacia y legitimidad debilita las bases de la democracia, los factores constitucionales que alientan el surgimiento de muchos partidos reducen más adelante las posibilidades de supervivencia del sistema.

RETOS CONTEMPORANEOS: COMUNISMO Y NACIONALISMO

El rasgo característico de las democracias occidentales estables de mediados del siglo XX es que se hallan en una fase de «postpolítica», es decir, existe relativamente poca diferencia entre la izquierda y la derecha democráticas; los socialistas son moderados, y los conservadores aceptan el Estado de prosperidad. Esta situación refleja, en amplia medida, el hecho de que en estos países los trabajadores han ganado su lucha por la ciudadanía completa.

Los representantes de los estratos inferiores forman parte actualmente de los grupos gobernantes, y son miembros de la asociación. La conclusión política básica de la revolución industrial, la incorporación de los trabajadores al cuerpo político legítimo, ha sido establecida [19]. La actual conclusión interna clave son los convenios colectivos a pesar de las diferencias en la división de la producción total dentro del marco de un Estado de prosperidad keynesiana, y tales conclusiones no requieren ni precipitan ningún tipo de extremismo. Sin embargo, aunque la clase obrera de las democracias occidentales está incorporada a la sociedad, todavía posee predisposiciones autoritarias que, bajo ciertas condiciones, parecen apoyar los movimientos políticos y religiosos extremistas. Los orígenes de estas predisposiciones se tratan en el capítulo 4.

En la mayor parte de Europa latina y oriental, la lucha por la integración de la clase obrera dentro del cuerpo político no se planteó antes de que los comunistas aparecieran en escena, y este hecho cambió drásticamente el juego político. Los comunistas no pudieron ser absorbidos por el sistema, de la manera en que lo fueron los socialistas. Una sociedad democrática posiblemente no pueda acordar a los trabajadores comunistas, sus partidos y sindicatos el derecho del acceso al poder político real. La imagen propia de los comunistas, y más particularmente sus vínculos con la Unión Soviética, los llevan a aceptar la profecía, sólo realizable por ellos, de que no pueden asegurarse sus propósitos por medios democráticos. Esta

[19] T. H. Marshall analizó el proceso gradual de la incorporación de la clase trabajadora al cuerpo político en el siglo XIX, y vio tal proceso como el logro de una «igualdad humana básica, asociada a una pertenencia total a la comunidad, que no es incompatible con una superestructura de desigualdad económica». Ver su breve pero brillante libro *Citizenship and Social Class*, Cambridge University Press, Londres, 1950, p. 77. Aunque la ciudadanía universal abre el camino para la recusación de las desigualdades sociales subsistentes, suministra también una base para creer que el proceso de cambio social en pos de la igualdad permanecerá dentro de los límites de un conflicto admisible en un sistema democrático.

creencia impide que se les permita el acceso, lo que, a su vez, refuerza el sentido que los trabajadores comunistas tienen de alejamiento del gobierno. Los estratos más conservadores, a su vez, se afirman en su creencia de que otorgar mayores derechos a los trabajadores o a sus representantes amenaza todo lo que hay de bueno en la vida. De este modo, la presencia de los comunistas excluye una fácil predicción de que el desarrollo económico estabilizará la democracia en estos países europeos.

En las nuevas naciones independientes de Asia y de Africa negra la situación es algo diferente. En Europa los trabajadores se enfrentaban al problema de ganar la ciudadanía a los estratos aristocráticos y mercantiles dominantes. En Asia y Africa la larga presencia de los dirigentes coloniales identificó la ideología conservadora y las clases más acomodadas con la subordinación al colonialismo, mientras las ideologías izquierdistas, generalmente de una variedad marxista, fueron identificadas con el nacionalismo. Los sindicatos y los partidos obreros de Asia y Africa constituyeron una parte legítima del proceso político desde el comienzo del sistema democrático. Presumiblemente, tal situación significaría una democracia estable, a no ser por el hecho de que estos derechos políticos preceden al desarrollo de una economía estable, con una numerosa clase media y una sociedad industrial.

Todo el sistema se mantiene firme. El ala izquierda, en las democracias europeas estables, se desarrolló gradualmente durante una lucha para la obtención de una democracia mayor, y dio expresión a los descontentos creados por las primeras etapas de la industrialización, mientras la derecha retenía el apoyo de los elementos tradicionalistas de la sociedad, hasta que el sistema llegó eventualmente a un equilibrio fácil con las modificaciones de ambos extremos. En Asia, el ala izquierda se halla actualmente en el poder durante un período de entusiasmo popular y de primeras etapas de industrialización, y deberá aceptar la responsabilidad por todos los trastornos consecuentes. Y, tal como en los sectores más pobres de Europa, los comunistas, que se capitalizan con todos estos descontentos de una manera completamente irresponsable, constituyen, generalmente, un partido mayoritario —el segundo en orden de importancia en la mayoría de los Estados asiáticos.

Dada la existencia de masas alcanzadas por la indigencia, bajos niveles culturales, una estructura de clases en forma de pirámide alargada, y el triunfo «prematuro» de la izquierda democrática, el pronóstico para la democracia política en Asia y Africa se presenta sin muchas esperanzas. Las naciones con las mejores perspectivas —Israel, Japón, Líbano, Filipinas y Turquía— tienden a asemejarse a Europa en uno o muchos factores fundamentales: alto nivel cultural (todos, excepto Turquía), una clase media considerable y en desarrollo, la retención de la legitimidad política por parte de los grupos conservadores. Las demás están comprometidas más profundamente a cierto ritmo de desarrollo económico y a la independencia nacional, bajo una u otra forma política, de lo que lo están según las normas de la política de partidos y elecciones libres que ejemplifican nuestro modelo de democracia. Parece factible que en los países que prohíben el comunismo o la dictadura militar, los desarrollos políticos seguirán la

norma desplegada en países como Ghana, Guinea, Túnez o México, que poseen una minoría educada que utiliza el movimiento de masas y estribillos izquierdistas para ejercer un control efectivo, y que realiza elecciones como un gesto hacia los objetivos democráticos fundamentales, y como medio de aquilatar la opinión pública, más bien que como instrumentos efectivos para un vuelco legítimo en el poder [20]. Con la presión por una industrialización rápida y la solución inmediata de los problemas crónicos de pobreza y hambre, es improbable que muchos de los nuevos gobiernos de Asia y Africa estén en condiciones de apoyar un sistema de partidos abiertos que representen básicamente posiciones y valores de clases diferentes [21].

América Latina, económicamente subdesarrollada como Asia, está políticamente más cerca de la Europa del siglo pasado. La mayoría de los países latinoamericanos se transformó en Estados independientes antes de la aparición de la industrialización y de las ideologías marxistas, y de esta manera contienen reductos de conservadurismo tradicional. El sector rural es a menudo apolítico o tradicional, y los movimientos izquierdistas se aseguran apoyo fundamentalmente en el proletariado industrial. Los comunistas latinoamericanos, por ejemplo, han elegido la senda marxista europea para organizar a los obreros urbanos, más bien que el «sendero de Yenán» de Mao, que busca una base campesina [22]. Si la América Latina puede desarrollarse por sí misma y se capacita para incrementar su productividad, existen buenas posibilidades de que muchos países latinoamericanos sigan la dirección europea. Algunos sucesos recientes, incluyendo el derrocamiento de un número de dictaduras, reflejan los efectos de una clase media en ascenso y de una riqueza y cultura mayores. Existe, sin embargo, el gran peligro de que estos países puedan todavía seguir la dirección francesa e italiana antes que la del norte de Europa, que los comunistas se apoderen de la dirección de los trabajadores, y que la clase media

[20] Ver DAVID APTER, *The Gold Coast in Transition*, Princeton University Press, Princeton, 1955, para una exposición de las normas políticas de Ghana en evolución. Para un interesante breve análisis del sistema mexicano «unipartidario» ver L. V. PADGETT, «Mexico's One-Party System, a Re-evaluation», *American Political Science Review*, 51 (1957), pp. 995-1008.

[21] Cuando este capítulo se publicaba, acaecían crisis políticas en varios países pobres y no alfabetizados, lo cual subraya nuevamente la inestabilidad de un gobierno democrático en los sectores subdesarrollados. El gobierno del Pakistán fue derrocado pacíficamente el 7 de octubre de 1958, y el nuevo presidente nombrado por sí mismo anunciaba que «la democracia de tipo occidental no puede funcionar aquí bajo las presentes condiciones. Poseemos solamente el 16 por ciento de alfabetizados. En América ustedes tienen un 98 por ciento». (Despacho de la Associated Press, 9 octubre 1958.) El nuevo gobierno procedió a la abolición del Parlamento y de todos los partidos políticos. Crisis similares han ocurrido, casi simultáneamente, en Túnez, Ghana, y hasta en Birmania, considerada, desde la segunda guerra mundial, como uno de los gobiernos más estables del sudeste de Asia, bajo su primer ministro U Nu. Guinea comenzó la vida política como un Estado de partido único.

Es posible que el surgimiento franco de semidictaduras militares sin mucho de «frente» democrático pueda reflejar el debilitamiento de los símbolos democráticos en estas regiones, bajo el impacto de la ideología soviética, que equipara la «democracia» con un cumplimiento rápido y eficaz de la «voluntad del pueblo», realizado por una élite cultivada, no con formas y métodos políticos particulares.

[22] ROBERT J. ALEXANDER, *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1957.

quede separada de la democracia. Una vez que existe una clase media políticamente activa, la distinción fundamental entre las tendencias políticas de «izquierda» y de «derecha» ya no alcanza como medio de diferenciación entre los que apoyan y los que se oponen a la democracia. Como lo demuestra el capítulo 5, la ulterior distinción entre izquierda, derecha y centro, cada una con una ideología característica y una base social, y cada una con una tendencia democrática y una extremista, aclara el problema del «autoritarismo» y su relación con la etapa de desarrollo económico.

Los dos capítulos siguientes continúan con la discusión de las condiciones del orden democrático. Tratan de elaborar más ampliamente las tesis presentadas aquí, mediante el examen, con algún detalle, de los factores que subyacen en el llamado de los movimientos extremistas, y los valores autoritarios en los diversos estratos de la sociedad industrial.

4. AUTORITARISMO DE LA CLASE OBRERA[1]

La verificación gradual de que en la sociedad moderna es más posible que los movimientos extremistas e intolerantes se hallen basados en las clases inferiores que en las clases medias y superiores ha planteado un dilema trágico a aquellos intelectuales de la izquierda democrática, que en su oportunidad consideraron que el proletariado era necesariamente una fuerza de libertad, igualdad racial y progreso social. El novelista socialista italiano Ignazio Silone ha afirmado que «el mito del poder liberador del proletariado se ha disuelto al mismo tiempo que aquel otro mito del progreso. Los ejemplos recientes de los sindicatos nazis, así como los de Salazar y Perón... han convencido finalmente de esto aun a aquellos que se resistían a admitirlo, sobre la única base de la degeneración totalitaria del comunismo» [2].

Dramáticas demostraciones de esto fueron proporcionadas recientemente en los Estados Unidos por el apoyo que los trabajadores sureños prestaron a los Consejos de Ciudadanos Blancos y a la segregación, y en Inglaterra por la activa participación de muchos trabajadores británicos en los disturbios raciales de 1958. Una «Corta conversación con un fascista brutal» (un jornalero circunstancial de dieciocho años de edad que participó en el apaleamiento de negros en Londres), que apareció en la publicación socialista de izquierda *New Statesman*, describe gráficamente el síndrome ideológico que a veces culmina en tal conducta. Ofrecemos en detalle la perspectiva de «Len» a modo de preludio de un examen analítico de los elementos autoritarios de la situación de la clase baja en la sociedad moderna.

> «Por ese motivo estoy de parte de los fascistas», dice. «Ellos están contra los negros. Salmon es un comunista. El Partido Laborista también es comunista. Lo mismo que los sindicatos.» Según dice, su padre y su madre apoyan firmemente al laborismo. ¿Está él en contra de este partido? «No, estoy de parte de ellos. Se sabe que ellos están de nuestra parte. También estoy por los sindicatos.» ¿Aun en el caso de que estuvieran dominados por los comunistas? «Por supuesto», dice. «Me gusta el Partido Comunista. Es muy poderoso.» ¿Cómo puede él estar de parte de los comunistas si los fascistas los odian?
>
> Len dice: «Bien, usted ya sabe: estoy con los fascistas cuando ellos están en contra de los negros. Pero el fascismo es realmente para la gente rica, usted ya sabe, como los conservadores. Todo para los que gobiernan, gente de esa clase. Pero los comunistas son muy poderosos.» Le dije que el Partido Comunista Británico era muy pequeño.
>
> «Pero —dice— Rusia les apoya.» Su acento estaba cargado de reverencia. «Admiro a Rusia. Usted ya sabe, el pueblo. Son pacíficos. Son fuertes. Cuando dicen que harán algo, lo hacen. No como nosotros. Piense un poco: poseen un arma superior que puede borrarnos a todos del mapa, con sólo un gesto de la mano de un general. Destruirnos completa y totalmente. Honradamente, estos rusos, cuando dicen que harán una cosa, la hacen. Como en Hungría. Me compadezco de ese pueblo, los húngaros. Pero usted vio, los rusos entraron y los detuvieron. Tanques. No como nosotros en Chipre. Nuestros soldados reciben balazos por la espalda, y nosotros, ¿qué hacemos? Los comunistas están de parte de los débiles.» [3].

[1] Una versión anterior de este capítulo fue escrita para una conferencia sobre «El futuro de la libertad» patrocinada por el Congreso para la Libertad de la Cultura en Milán (Italia) en septiembre de 1955.

[2] «The Choice of Comrades», *Encounter*, 3 (diciembre de 1954), p. 25. Arnold A. Rogow, escribiendo en la revista socialista *Dissent*, hasta sugiere que «el enfoque liberal y radical careció siempre de base popular, [y] que, en esencia, la tradición liberal se hallaba confinada a una minoría, quizá de élite». «The Revolt Against Social Equality», *Dissent*, 4 (1957), p. 370.

Tales demostraciones, asombrosamente manifiestas del prejuicio étnico de la clase obrera y de su apoyo a los movimientos políticos totalitarios, fueron parangonadas en estudios realizados sobre la opinión pública, la religión, las normas familiares y la estructura de la personalidad. Muchos de estos estudios sugieren que la manera de vivir de la clase baja produce individuos con enfoques rígidos e intolerantes en lo que respecta a la política.

A primera vista puede parecer que los hechos de la historia política contradicen esto. Desde sus comienzos en el siglo XIX, las organizaciones y los partidos obreros han constituido una fuerza preponderante en la extensión de la democracia política, y han sostenido batallas políticas y económicas progresistas. Con anterioridad a 1914, la clásica división entre los partidos izquierdistas de la clase obrera y la derecha económicamente privilegiada no estaba basada exclusivamente sobre problemas tales como la redistribución de los ingresos, el *status* y las oportunidades para instruirse, sino que también descansaba sobre las libertades civiles y la política internacional. Los trabajadores, juzgados de acuerdo con la política de sus partidos, constituían a menudo la espina dorsal de la lucha por obtener una democracia política mayor, libertad religiosa, derechos de la minoría y una paz internacional, mientras los partidos apoyados por las clases media y superior conservadoras tendían en gran parte de Europa a favorecer formas políticas más extremistas, a resistirse a la extensión del sufragio, a sostener a la iglesia establecida y a mantener una política exterior agresiva.

Los acontecimientos posteriores a 1914 han quitado fuerza, gradualmente, a estas normas. En algunas naciones los grupos trabajadores se han señalado como el sector más nacionalista de la población. En algunas se colocaron en primera línea en la lucha contra la consecución de derechos iguales para los grupos minoritarios, y trataron de limitar la inmigración o de imponer normas raciales en países de inmigración abierta. La conclusión de la era antifascista y la aparición de la guerra fría demostraron que la lucha por la libertad no constituye una simple variante de la lucha económica de clases. La amenaza a la libertad impuesta por el

[3] Clancy Sigal, en *New Statesman*, 4 octubre 1958, p. 440.

movimiento comunista es tan grande como la que en su oportunidad impusieron el fascismo y el nazismo, y el comunismo, en todos los países en que es poderoso, se halla principalmente apoyado por las capas bajas de la clase trabajadora, o de la población rural[4]. Ningún otro partido ha sido tan cabal y completamente el partido de la clase trabajadora y de los pobres. Los partidos socialistas, anteriores y actuales, se aseguraban mucho más apoyo de las clases medias que el que poseen los comunistas.

Algunos socialistas y liberales sugirieron que esto nada prueba acerca de las tendencias autoritarias de la clase trabajadora, ya que el Partido Comunista a menudo se disfraza de partido que trata de cumplir los ideales clásicos de las democracias occidentales, de libertad, igualdad y fraternidad. Arguyen que la mayoría de los partidarios comunistas, particularmente los menos instruidos, se dejan embaucar por el concepto de que los comunistas son sencillamente socialistas más militantes y eficientes. Sugeriríamos, sin embargo, otra hipótesis, según la cual los aspectos intransigentes e intolerantes de la ideología comunista, en lugar de constituir una fuente de tensión, atraen a los miembros de ese amplio estrato que posee bajos ingresos, ocupaciones propias de un *status* bajo y una instrucción limitada, lo cual en las sociedades industriales modernas significó ampliamente, aunque no de manera exclusiva, la clase trabajadora.

La situación social de los estratos bajos, particularmente en los países pobres con bajos niveles de instrucción, los predispone a considerar la política como blanco y negro, bueno y malo. En consecuencia, si los otros factores son los mismos, será más posible que ellos, y no otros estratos, prefieran los movimientos extremistas que sugieren una solución fácil y rápida de los problemas sociales y poseen una perspectiva rígida.

El «autoritarismo» de cualquier estrato o clase social es sumamente relativo, por supuesto, y se halla a menudo modificado por los compromisos de organización con la democracia y por las presiones diversas a que está sometido el individuo. La clase baja puede ser en cualquier país dado más autoritaria que las clases superiores, pero en una escala «absoluta» todas las clases de ese país pueden ser menos autoritarias que cualquier clase de otro país. En un país como Gran Bretaña, donde las normas de tolerancia están bien desarrolladas y difundidas en todos los estratos sociales, aun la clase más baja puede ser menos autoritaria y más «sofisticada» que el estrato más altamente educado de un país subdesarrollado, en el que las crisis y los problemas inmediatos repercuten sobre todas las clases, y todos los grupos pueden buscar soluciones a corto término[5].

[4] Los orígenes de la variación de la fuerza de los comunistas de país en país ya fueron discutidos en el cap. 2, en relación con el nivel y velocidad del desarrollo económico.

[5] Ver RICHARD HOGGART, *The Uses of Literacy*, Chatto y Windus, Londres, 1957, pp. 78-79 y 146-148, para una exposición de la aceptación de las normas de tolerancia por parte de la clase trabajadora británica. E. T. PROTHRO y LEVON MELIKIAN, en «The California Public Opinion Scale in an Authoritarian Culture», *Public Opinion Quarterly*, 17 (1953), pp. 353-363, probaron, en un estudio de 130 estudiantes de la American University de Líbano, que éstos presentaban la misma asociación entre autoritarismo y extremismo económico que la encontrada entre los trabajadores de los Estados Unidos. En 1951-1952, una encuesta realizada con 1.800 portorriqueños adultos, representativos de la población rural to-

La confianza en los procedimientos e ideales democráticos por parte de las principales organizaciones a las cuales pertenecen los individuos de un *status* bajo puede también influir en el comportamiento político real de estos individuos más que sus valores personales subyacentes, prescindiendo de lo autoritario que éstos puedan ser[6]. Una clase trabajadora que haya desarrollado originariamente (con anterioridad a los comunistas) una lealtad hacia los movimientos políticos y sindicales democráticos que lucharon con éxito por los derechos sociales y económicos no cambiará fácilmente su afiliación.

El que los individuos se entreguen a otros valores o instituciones (presiones múltiples) puede también contrarrestar las predisposiciones más arraigadas. Por ejemplo, un trabajador católico francés, italiano o alemán que es fuertemente anticapitalista puede sin embargo votar por un partido relativamente conservador en Francia, Italia o Alemania, debido a que sus vínculos con el catolicismo son más fuertes que sus resentimientos debidos a su *status* de clase; un trabajador fuertemente inclinado hacia las ideas autoritarias puede defender las instituciones democráticas contra un ataque fascista debido a sus vínculos con los partidos y sindicatos antifascistas de la clase obrera. Inversamente, los que no se hallan inclinados hacia la política extremista pueden apoyar a un partido extremista debido a ciertos aspectos de su programa y de su papel político. Muchas personas apoyaron a los comunistas en 1936 y 1943, considerándolos como un partido internacionalista antifascista.

La propensión específica de algunos estratos sociales dados a apoyar a los partidos políticos extremistas o a los democráticos no puede predecirse a partir de un conocimiento de sus predisposiciones psicológicas o de las actitudes inferidas de los datos de las investigaciones[7]. Sin embargo, tanto la evidencia como la teoría sugieren que los estratos inferiores son relativamente más autoritarios, que (nuevamente, siendo iguales los otros factores) se verán más atraídos por un movimiento extremista que por uno moderado y democrático, y que, una vez enrolados, no se alejarán por su falta de democracia, mientras los partidarios más educados o cultos tenderán a alejarse[8].

tal, comprobó que el 84 por ciento era «algo autoritario», comparado con el 46 por ciento de una población norteamericana similar. Ver Henry Wells, «Ideology and Leadership in Puerto Rican Politics», *American Political Science Review*, 49 (1955), pp. 22-40.

[6] Los demócratas sureños eran los más firmes opositores de MacCarthy y sus tácticas, no debido a ninguna oposición profunda a los métodos antidemocráticos, sino más bien debido a una confianza en la organización del Partido Demócrata.

[7] Para una exposición detallada sobre la falacia de intentar sugerir que el comportamiento político es una función necesaria de las actitudes políticas o los rasgos psicológicos ver NATHAN GLAZER y S. M. LIPSET, «The Polls on Communism and Conformity», en DANIEL BELLE (ed.), *The New American Right*, Criterion Books, Nueva York, 1955, pp. 141-166.

[8] Utilizamos el término «extremista» para referirnos a los movimientos, partidos e ideologías. «Autoritario» se refiere a las actitudes y predisposiciones de los individuos (o de grupos, en los que interesa un agregado estadístico de actitudes *individuales*, y no las características de grupo como tales). El término «autoritario» posee demasiadas asociaciones con los estudios sobre las actitudes y no puede usado con seguridad para referirnos también a los tipos de organizaciones sociales.

LA DEMOCRACIA DE LAS CLASES BAJAS

Los estratos más pobres son en todas partes más liberales o izquierdistas en cuestiones económicas; favorecen las medidas estatales por un mayor bienestar, por mayores salarios, impuestos proporcionales a los ingresos, apoyo a los sindicatos, etc. Pero cuando el liberalismo es definido en términos no económicos, como apoyo a las libertades, internacionalismo, etc., la correlación se invierte. Los más acomodados son más liberales, los más pobres son los más intolerantes[9].

Los datos sobre la opinión pública provenientes de un cierto número de países indican que las clases bajas confían mucho menos en la democracia como sistema político que las clases medias y superiores urbanas. Por ejemplo, en Alemania, en una encuesta organizada por el Instituto de la UNESCO en Colonia, en 1953, se preguntó a un grupo representativo sistemático de 3.000 alemanes: «¿Creen ustedes que sería mejor que hubiera un partido, varios o ninguno?». Los resultados analizados de acuerdo con el *status* de ocupación indican que es menos probable que los estratos bajos de la clase obrera y la población rural apoyen un sistema multipartidario (indicio razonable de actitudes democráticas en los países occidentalizados) que los estratos medios y superiores. (Ver cuadro I.)

CUADRO I

RESPUESTAS DE LOS DIFERENTES GRUPOS OCUPACIONALES ALEMANES SOBRE EL SISTEMA PREFERIDO DE PARTIDOS EN PORCENTAJE (HOMBRES SOLAMENTE)

Grupo ocupacional	*Varios partidos*	*Un partido*	*Ningún partido*	*Ninguna opinión*	*Número total de personas*
Empleados públicos	88	6	3	3	111
Oficinistas superiores	77	13	2	8	58
Profesores liberales	69	13	8	10	38
Obreros especializados	65	22	5	8	277
Artesanos	64	16	9	11	124
Oficinistas inferiores	62	19	7	12	221
Comerciantes (pequeños)	60	15	12	13	156
Granjeros	56	22	6	16	241
Obreros semiespecializados	49	28	7	16	301
Obreros no cualificados	40	27	11	22	172

* Calculado según las tarjetas IBM suministradas al autor por el Instituto UNESCO, de Colonia.

[9] Ver dos artículos de G. H. SMITH, «Liberalism and Level of Information», *Journal of Educational Psychology*, 39 (1948), pp. 65-82, y «The Relation of "Enlightenment" to Liberal-Conservative Opinions», *Journal of Social Psichology*, 28 (1948), pp. 3-17.

Se obtuvieron resultados comparables a éstos en 1958, cuando se formuló una pregunta similar a grupos representativos nacionales o regionales de Austria, Japón, Brasil, Canadá, México, Alemania Occidental, Holanda, Bélgica, Italia y Francia. Aunque la proporción favorable a un sistema multipartidario variaba de país en país, dentro de cada nación las clases bajas eran las que menos lo favorecían[10].

Resultados similares arrojaron las investigaciones en Japón, Gran Bretaña y los Estados Unidos, concebidas para captar las reacciones generales ante los problemas de las libertades civiles, o los derechos de varias minorías. En el Japón, los obreros y la población rural eran menos autoritarios y se preocupaban menos de las libertades civiles que las clases media y superior[11].

En Inglaterra, el psicólogo H. J. Eysenck encontró diferencias comparables entre la gente que era «de una mentalidad ruda» y la de una «mentalidad suave» en su enfoque social general. El primer grupo tendía a ser intolerante con las desviaciones de los códigos morales o religiosos clásicos, a ser antinegro, antisemita y xenófobo, mientras el de «mentalidad suave» era tolerante con las desviaciones, sin prejuicios e internacionalista[12]. Como resumen de sus descubrimientos, basados en las escalas de actitud proporcionadas por partidarios de los diferentes partidos británicos, Eysenck manifiesta que «los conservadores de la clase media son de mentalidad más suave que los conservadores de la clase trabajadora; los liberales de la clase media son de una mentalidad más suave que los liberales de la clase trabajadora; los socialistas de la clase media son de una mentalidad más suave que los socialistas de la clase trabajadora, y hasta los comunistas de la clase media son de una mentalidad más suave que los comunistas de la clase trabajadora»[13].

El resultado de varios estudios norteamericanos es también claro y está de acuerdo en que los estratos inferiores son los menos tolerantes[14]. En el

[10] Basado en datos inéditos hasta el presente, procedentes de los archivos de World Poll, organización establecida por la International Research Associates que patrocina encuestas de ese tipo en cierto número de países. La pregunta formulada en esta encuesta era: «Supongamos que existe aquí un partido político que esté de acuerdo con sus propias opiniones —al que usted consideraría más o menos como "su" partido. ¿Desearía usted que éste fuese el único partido de su país, sin ningún otro además de él, o estaría usted en contra de un tal sistema unipartidario?». Se encontraron correlaciones similares entre un *status* bajo y la creencia en el valor de un líder fuerte.

[11] Ver KOTARO KIDO y MASATAKA SUGI, «A Report of Research on Social Stratification and Mobility in Tokyo» (III), *Japanese Sociological Review*, 4 (1954), pp. 74-100, y National Public Opinion Institute de Japón, informe n.° 26, *A Survey Concerning the Protection of Civil Liberties*, Tokio, 1951.

[12] Ver H. J. EYSENCK, *The Psychology of Politics*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1954, p. 127.

[13] *Ibid.*, p. 137: para una crítica de la metodología en este estudio, que suscita serias cuestiones acerca de sus procedimientos, ver RICHARD CHRISTIE, «Eysenck's Treatment of the Personality of Communists», *Psychological Bulletin*, 53 (1956), pp. 411-430.

[14] Ver ARNOLD W. ROSE, *Studies in Reduction of Prejudice*, American Council on Relations, Chicago, 1948, para una revisión de la literatura que se refiere a este punto, anterior a 1948. Varios estudios han señalado la importancia clave de la educación y el efecto independiente del *status* económico, ambos componentes básicos del *status* bajo. Ver DANIEL J. LEVINSON y R. NEVITT SANFORD, «A Scale for the Measurement of Anti-Semitism», *Journal of Psychology*, 17 (1944), pp. 339-370, y H. H. HARLAN, «Some Factors affecting Attitudes

más sistemático de estos estudios, basado en el grupo representativo nacional de cerca de 5.000 norteamericanos, Samuel A. Stouffer dividió a sus encuestados en tres categorías, «menos tolerantes, término medio y más tolerantes», empleando una escala basada sobre las respuestas a las preguntas acerca de libertades civiles tales como el derecho a expresarse libremente para los comunistas, críticas a la religión, o la defensa de la nacionalización de la industria, y otras semejantes. Como lo demuestran los datos presentados en el cuadro II, la tolerancia aumenta con la posición más elevada en la escala social. Solamente el 30 por ciento de quienes poseen ocupaciones manuales se encuentra en la categoría «más tolerante», en contraste con el 66 por ciento de profesionales y el 51 por ciento de propietarios, dirigentes y funcionarios. Tal como en Alemania y Japón, los granjeros se clasifican en un nivel bajo en cuanto a tolerancia.

CUADRO II

PROPORCION DE RESPUESTAS DE VARONES QUE SON «MAS TOLERANTES» CON RESPECTO A LOS PROBLEMAS DE LAS LIBERTADES CIVILES*

Profesionales y semiprofesionales	66 %	(159)
Propietarios, dirigentes y funcionarios	51	(223)
Empleados y vendedores	49	(200)
Trabajadores manuales	30	(685)
Granjeros o trabajadores rurales	20	(202)

* SAMUEL A. STOUFFER, *Communism, Conformity and Civil Liberties*, Doubleday & Co., Nueva York, 1955, p. 139. Las cifras de los trabajadores manuales y rurales fueron calculadas sobre la base de las tarjetas IBM, cedidas gentilmente por el profesor Stouffer.

Los resultados de las encuestas de opinión pública realizadas en trece países diferentes, consistentes en que los estratos inferiores son menos dados a las normas democráticas que las clases medias, se reafirman por el estudio de investigadores orientados más psicológicamente, que han estudiado las correlaciones sociales de la «personalidad autoritaria»[15]. Muchos estudios realizados en este campo, recientemente resumidos, muestran una asociación constante entre el autoritarismo y el *status* de clase baja[16]. Una encuesta realizada con 460 adultos de Los Angeles señaló que «la clase trabajadora contiene una proporción más alta de autoritarios que la clase media o superior» y que, entre los trabajadores, los que se identificaron explícitamente a sí mismos como «clase trabajadora» más bien que como «clase media» eran más autoritarios[17].

toward Jews», *American Sociological Review*, 7 (1942), pp. 816-827, para datos sobre las actitudes para con un grupo étnico. Ver también JAMES G. MARTIN y FRANK R. WESTIE, «The Tolerant Personality», *American Sociological Review*, 24 (1959), pp. 521-528. Para una recopilación de la investigación reciente en el campo de las relaciones raciales en los Estados Unidos, ver MELVIN M. TUMIN, *Segregation and Desegregation*, Anti-Defamation League of B'nai B'rith, Nueva York, 1957.

[15] Ver THEODORE ADORNO y col., *The Authoritarian Personality*, Harper & Bros., Nueva York, 1950. Este, el estudio original, posee resultados menos convincentes sobre este punto que los muchos trabajos que le siguieron. Los propios autores (p. 178) señalan lo inadecuado de su grupo representativo.

[16] RICHARD CHRISTIE y PEGGY COOK, «A Guide to Published Literature Relating to the Authoritarian Personality», *Journal of Psychology*, 45 (1958), pp. 171-199.

La investigación reciente sugiere además la posibilidad de una correlación *negativa* entre el autoritarismo y la neurosis dentro de las clases bajas. En general, es más posible que sean neuróticos los que se desvían de las normas de su grupo que los que están de acuerdo con ellas; si suponemos que los rasgos autoritarios son más o menos corrientes entre la gente de un *status* bajo, en ese caso los miembros más liberales de este grupo deberán ser también los más neuróticos[18]. Como lo señalan dos psicólogos, Anthony Davis y Charles Eriksen, en los casos en que «la norma de referencia del autoritarismo es muy alta», la gente puede estar bien adaptada y ser autoritaria[19]. Y el hecho de que éste sea a menudo el caso en los grupos de clase baja se ajusta a la hipótesis de que las actitudes autoritarias son «normales» y esperadas en tales grupos[20].

LAS RELIGIONES EXTREMISTAS Y LAS CLASES BAJAS

Muchos observadores han llamado la atención sobre la conexión entre un *status* social bajo y una religión básica o milenaria. Esto sugiere que toda religión extremista constituye un producto de las mismas fuerzas sociales que apoyan las actitudes políticas autoritarias. Por otra parte, las iglesias protestantes liberales estaban constituidas predominantemente por la clase media. Esto creó en los Estados Unidos un dilema al clero protestante liberal, que tendía a ser tan liberal en su política como en su religión y, por lo tanto, deseó a menudo difundir su evangelio social y religioso entre los estratos inferiores. Pero se encontró con que estas clases deseaban pastores que predicaran acerca del fuego del infierno y la salvación más bien que de la teología protestante moderna[21].

[17] W. J. MCKINNON y R. CENTERS, «Authoritarianism and Urban Stratification», *American Journal of Sociology*, 61 (1956), p. 618.

[18] En este campo se obtuvo demasiado sobre el conocimiento psicológico contemporáneo a partir de grupos sumamente cómodos de alcanzar para el investigador académico —los estudiantes universitarios—. Se olvida a menudo que los síndromes de personalidad y de actitud de este grupo sumamente selecto pueden ser altamente diferentes de los de otros segmentos de la población total.

[19] Ver ANTHONY DAVIES y CHARLES W. ERIKSEN, «Some Social and Cultural Factors Determining Relations Between Authoritarianism and Measures of Neuroticism», *Journal of Consulting Psychology*, 21 (1957), pp. 155-159. Este artículo contiene muchas referencias a la literatura correspondiente.

[20] La mayor compatibilidad entre las exigencias de la pertenencia al Partido Comunista y el trasfondo de la clase obrera, tal como lo indicó el descubrimiento de Almond de que poseen problemas neuróticos el doble de los miembros de los partidos de la clase media que el grupo de la clase trabajadora de su grupo representativo de comunistas, indica nuevamente que es normal y conforme con la política extremista un trasfondo de clase trabajadora. GABRIEL ALMOND, *The Appeals of Communism*, Princeton University Press, Princeton, 1954, pp. 245-246.

[21] Ver LISTON POPE, *Millhands and Preachers*, Yale University Press, New Haven, 1942, pp. 105-116.

En el período inicial del movimiento socialista, Engels observaba que los primeros cristianos y el movimiento de los trabajadores revolucionarios poseían «notables puntos de semejanza», particularmente en sus llamamientos a la masa y en su base popular [22]. Recientemente, Elmer Clark, un estudioso de las pequeñas sectas actuales de los Estados Unidos, notó que tales sectas, a semejanza del cristianismo primitivo, «se originan principalmente entre los pobres menospreciados religiosamente». Escribe que cuando «las sublevaciones de los pobres fueron teñidas de religión, lo cual sucedió casi siempre hasta los tiempos recientes, aparecieron ideas milenarias, y [...] estas nociones son fundamentales en la mayoría de las pequeñas sectas que siguen la tradición evangélica. La doctrina del retorno de Cristo constituye esencialmente un mecanismo de defensa de los desheredados; desesperados de obtener beneficios reales por medio de los procesos sociales, se vuelven contra el mundo que les ha rehusado sus beneficios y se preocupan de su destrucción en un cataclismo cósmico que los exaltará a ellos y derribará a los ricos y poderosos» [23].

Ernst Troeltsch, el historiador más importante de las religiones sectarias, caracterizó el llamamiento psicológico de las sectas religiosas básicas de un modo que sería igualmente apropiado aplicar a las políticas extremistas: «Son las clases bajas las que realmente realizan el trabajo creativo, formando comunidades sobre una base genuinamente religiosa. Sólo ellos unen la imaginación y una simpleza de sentimientos a un hábito mental irreflexivo, una energía primitiva y un sentido urgente de necesidad. Sólo sobre una base de ese tipo es posible erigir una fe autoritaria incondicional en una revelación divina con la sencillez de la renunciación y una certeza inconmovible. Sólo en el seno de una confraternidad de esta clase hay cabida para quienes poseen un sentido de necesidad espiritual, y que no han adquirido el hábito del razonamiento intelectual que siempre considera todo desde un punto de vista relativo» [24].

Los testigos de Jehová, cuya cantidad de miembros gira en los Estados Unidos alrededor de los cientos de miles, constituyen un ejemplo excelente de una secta rápidamente en aumento que «continúa atrayendo como en el pasado a los estratos desposeídos» [25]. La principal enseñanza de los testigos consiste en que el Reino de los Cielos está a nuestro alcance: «El fin de los siglos se halla próximo. La batalla final contra el demonio está en la próxima encrucijada, en la que el malvado será destruido y se establecerá sobre

[22] Ver F. ENGLES, «On the Early History of Christianity», en K. MARX y F. ENGELS, *On Religion*, Instituto de Publicaciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1957, pp. 312-320.

[23] ELMER T. CLARK, *The Small Sects in America*, Abingdon Press, Nueva York, 1949, pp. 16, 218-219. Según Bryan Wilson, «la inseguridad, el *status* diferencial, la ansiedad, el descuido cultural, impulsan la necesidad de readaptación que las sectas pueden proporcionar en algunos casos. Tanto las comunidades como los grupos ocupacionales o individuos dispersos en posiciones marginales similares pueden ser los inadaptados». Ver «An Analysis of Sect Development», *American Sociological Review*, 24 (1959), p. 8, y del mismo autor *Minority Religious Movements in Modern Britain*, Heineman, Londres, 1960.

[24] ERNST TROELTSCH, *The Social Teaching of the Christian Churches*, George Allen & Unwin, Londres, 1930, vol. 1, p. 44.

[25] CHARLES S. BRADEN, *These Also Believe. A Study Modern American Cults and Minority Religious Movement*, Macmillan, Nueva York, 1949, p. 384.

la Tierra la teocracia o Reino de Dios» [26]. Y tal como la de los comunistas, su organización es «jerárquica y altamente autoritaria. Existe poca participación democrática en el manejo o en la formación de la política del movimiento como un todo» [27].

En un cierto número de países se han observado conexiones directas entre las raíces sociales del extremismo político y religioso. En la Rusia zarista, el joven Trotski reconoció la relación y reclutó con éxito a los primeros miembros de la clase trabajadora del Sindicato de los Trabajadores del Sur de Rusia (organización marxista revolucionaria algo anterior a 1900) entre los miembros de sectas religiosas [28]. En Holanda y Suecia, recientes estudios señalan que los comunistas son más fuertes en las regiones que en un tiempo fueron centros de un despertar religioso básico. En Finlandia, el comunismo y el cristianismo predicador son a menudo poderosos en las mismas regiones. En las partes orientales pobres de ese mismo país, los comunistas se han cuidado bien de no ofender los sentimientos religiosos del pueblo. Se señala que muchas reuniones comunistas realmente dan comienzo con himnos religiosos» [29].

Esto no significa que las sectas religiosas apoyadas por los elementos de la clase baja, necesaria o habitualmente se conviertan en centros de protesta política. En efecto, tales sectas canalizan a menudo el descontento y la frustración, que de otra manera fluiría por los conductos del extremismo político. La cuestión consiste en que el fanatismo y el dogmatismo rígidos se hallan conectados con las mismas características, actitudes y predisposiciones subyacentes que encuentran otra salida cuando sirven a los movimientos políticos extremistas.

En su excelente estudio sobre las fuentes del comunismo sueco, Sven Rydenfelt analizó las diferencias entre dos distritos norteños de Suecia, social y económicamente comparables —Vasterbotten y Norrbotten—, en un intento por explicar el caudal electoral relativamente bajo de los comunistas en el primero de los distritos (2 por ciento) y el mucho más amplio en el segundo (21 por ciento). El Partido Liberal, que en Suecia proporciona mucho más apoyo que cualquier otro partido al extremismo religioso, era fuerte en Vasterbotten (30 por ciento) y débil en Norrbotten (9 por ciento). Puesto que en ambos los votos extremistas eran en conjunto casi idénticos —30 y 32 por ciento—, concluyó que existía una predisposición general hacia el extremismo en ambos distritos, que contenían algunos de

[26] *Ibid.*, p. 370.

[27] *Ibid.*, p. 363. Podría sugerirse que tal como sucede en los movimientos políticos autoritarios, el carácter intolerante de la mayoría de las sectas constituye un rasgo atractivo y no una fuente de tensión para sus miembros de la clase baja. Aunque no tengamos a nuestro alcance una evidencia sistemática, este supuesto podría contribuir a dar cuenta de la falta de tolerancia para con el partidismo dentro de estas sectas, y de los interminables cismas, con nuevos grupos tan intolerantes como los anteriores, ya que las disensiones suceden habitualmente sobre la base de los puntos de vista y métodos intolerantes de *quiénes* prevalecerán.

[28] Ver ISAAC DEUTSCHER, *The Prophet Armed, Trotski*, 1879-1921, Oxford University Press, Londres, 1954, pp. 30-31.

[29] Ver SVEN RYDENFELT, *Kommunismen i Sverige. En Samhallsvetenskaplig Studie*, Gleerupska Universitetsbokhandeln, Kund, 1954, pp. 296, 336-337; WIARDI BECKMAN Institute, *Verkiezingen in Nederland*, Amsterdam, 1951, mimeografiado, pp. 15, 93-94; JAAKO NOVSIAINEN, *Kommuninsm Kuopion Lää nissä*, Joensuu, Helsinki, 1956.

los grupos más pobres, más socialmente aislados y desarraigados de Suecia, pero que su modo de expresión difería al tomar una forma religiosa en un distrito, y una comunista en el otro: «Los comunistas y los extremistas religiosos, como por ejemplo las sectas pentecostales, parecen competir por atraerse los mismos grupos»[30].

LA SITUACION SOCIAL DE LAS CLASES BAJAS

Muchos elementos contribuyen a la predisposición autoritaria en los individuos de la clase baja. Algunos de los más importantes son: una instrucción insuficiente, poca participación en las organizaciones políticas o voluntarias de cualquier tipo, pocas lecturas, ocupaciones aisladas, inseguridad económica y normas familiares autoritarias. Estos elementos están relacionados entre sí, pero de ninguna manera son idénticos.

Poseemos una evidencia concluyente de que el grado de instrucción formal, estrechamente relacionado de por sí con el *status* social y económico, está también altamente relacionado con las actitudes antidemocráticas. Revelan esto claramente los datos del estudio del sociólogo americano Samuel Stouffer sobre las actitudes hacia las libertades civiles en los Estados Unidos, y los datos de la encuesta del Instituto de Investigaciones de la UNESCO sobre la opinión alemana en cuanto a un sistema multipartidario (cuadros III y IV).

Estos cuadros indican que aunque el *status* ocupacional más alto dentro de cada nivel educacional parece contribuir a una mayor tolerancia, los incrementos de esta última asociados a un nivel educacional mayor son más grandes que los relacionados con un nivel ocupacional más alto, si los demás factores permanecen constantes[31]. Una instrucción inferior y una posición ocupacional baja están, por supuesto, estrechamente conectadas, y ambas forman parte del complejo que configura un *status* bajo, lo cuál está asociado con una falta de tolerancia[32].

Los grupos de *status* bajo son también menos aptos para participar en las organizaciones formales, leen regularmente menos revistas y libros, po-

[30] Ver la extensa revista realizada por W. PHILLIPS DAVISON de SVEN RYDENFELT, *op. cit.*, aparecida en *Public Opinion Quarterly*, 18 (1954-1955), pp. 375-388. La cita se halla en la p. 382.

[31] Un estudio basado sobre un grupo representativo nacional de norteamericanos señaló que la instrucción no marcaba una diferencia en la extensión de las respuestas autoritarias en una escala de «personalidad autoritaria» entre los trabajadores, pero que un grado de instrucción elevado reducía tales respuestas entre la clase media. La clase media superior cultivada era menos «autoritaria». MORRIS JANOWITZ y DWAINE MARVICK, «Authoritarianism and Political Behavior», *Public Opinion Quarterly*, 17 (1953), pp. 195-196.

[32] El efecto independiente de la educación, aun cuando los otros factores sociales sean menos favorables, posee una significación de un alcance especial en consideración al nivel educacional creciente de la población. Kornhauser y sus colaboradores descubrieron que los trabajadores de la industria automotriz que habían cursado ocho años de escuela eran más autoritarios que los que poseían más educación. Ver A. KORNHAUSER, A. L. SHEPPARD y A. J. MAYER, *When Labor Votes*, University Books, Nueva York, 1956, para más datos sobre las variaciones del autoritarismo *dentro* de un grupo representativo de la clase trabajadora.

CUADRO III

ELACION ENTRE LA OCUPACION, LA INSTRUCCION Y LA TOLERANCIA POLITICA EN LOS ESTADOS UNIDOS, EN 1955 *

Porcentaje de las dos categorías «más tolerantes»

	Ocupación			
Instrucción	*Trabajadores manuales bajos*	*Trabajadores manuales altos*	*Oficinistas bajos*	*Oficinistas altos*
scuela primaria	13 (228)	21 (178)	23 (47)	26 (100)
studios de escuela secundaria	32 (99)	33 (124)	29 (56)	46 (68)
raduados de escuela secundaria	40 (64)	48 (127)	47 (102)	56 (108)
studios en escuelas superiores	— (14)	64 (36)	64 (80)	65 (37)
raduados de escuelas superiores	— (3)	— (11)	74 (147)	83 (21)

* Calculado sobre la base de las tarjetas IBM cedidas gentilmente por SAMUEL A. STOUFFER, de su estudio *Communism, Conformity and Civil Liberties*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1955.

CUADRO IV

RELACION ENTRE LA OCUPACION, LA INSTRUCCION Y EL APOYO A UN SISTEMA PARTIDARIO DEMOCRATICO EN ALEMANIA, EN 1953 *

Porcentaje favorable a la existencia de varios partidos

	Nivel educacional	
Ocupación	*Escuela elemental*	*Escuela secundaria o superior*
Jornaleros rurales	29 (59)	—
Trabajadores manuales	43 (1439)	52 (29)
Granjeros	43 (381)	67 (9)
Oficinistas inferiores	50 (273)	68 (107)
Comerciantes autónomos	53 (365)	65 (75)
Oficinistas superiores	58 (86)	69 (58)
Funcionarios del gobierno	59 (158)	78 (99)
Profesionales	56 (18)	68 (38)

* De la misma fuente que el cuadro I, p. 88.

seen menos información sobre los asuntos públicos, votan menos y, en general, se preocupan menos por la política [33]. La evidencia que se encuentra a nuestro alcance sugiere que cada uno de estos atributos está relacionado con las actitudes para con la democracia. El análisis de la UNESCO de 1953 de los datos alemanes descubrió que, a cada nivel ocupacional, los que pertenecían a asociaciones voluntarias eran más susceptibles de favorecer un sistema multipartidario que uno unipartidario [34]. También los descubrimientos norteamericanos indican que los autoritarios «no se vinculan a muchos grupos comunitarios» en comparación con los no autoritarios [35]. Y se descubrió que es más posible que la gente poco informada acerca de los asuntos públicos sea *más liberal* en cuanto a los problemas económicos y *menos liberal* en los no económicos [36]. Los que no votan y los que se interesan menos en los asuntos políticos son mucho más intolerantes y xenófobos que los que votan y poseen intereses políticos [37].

La «terquedad» de los «necios crónicos» proviene en proporciones enormes de los grupos menos instruidos y más bajos socioeconómicamente, de acuerdo con un estudio realizado por dos psicólogos sociales norteamericanos, Herbert Hyman y Paul Sheatsley. Esta gente no sólo se encuentra mal informada, sino que «se resiste a alcanzar información alguna, cualquiera sea su nivel o naturaleza». Esto nos proporciona otra idea del carácter complejo de la relación entre la instrucción, el liberalismo y el *status*. El liberalismo no económico no constituye una cuestión sencilla como la de adquirir educación e información; es, por lo menos en parte, una actitud básica que está activamente desalentada por la situación social de las personas de un *status* bajo [38]. Tal como lo señalara Genevieve Knupfer, una psiquiatra norteamericana, en su revelador *Portrait of the Underdog*, «la desventaja económica constituye una desventaja psicológica: los hábitos de sumisión, un acceso restringido a las fuentes de información, falta de facilidad de palabra [...] llegan a producir una falta de confianza en sí mismo que aumenta el desagrado que la persona de un *status* bajo experimenta al participar en muchos aspectos de nuestra cultura, que es predominantemente la de la clase media [...]» [39].

[33] La investigación que apunta a los factores sociales como la instrucción, el *status* y los ingresos (componentes ellos mismos de un indicio de clase total o de *status*) asociados con la participación política, está resumida en el cap. 6 de este libro.

[34] Datos calculados para este estudio.

[35] F. H. SANFORD, *Authoritarianism and Leadership*, Stevenson Brothers, Filadelfia, 1950, p. 168. Ver también MIRRA KOMAROVSKY, «The Voluntary Associations of Urban Dwellers», *American Sociological Review*, 11 (1946), p. 688.

[36] G. H. SMITH, *op. cit.*, p. 71.

[37] G. M. CONNELLY y H. H. FIELD, «The Non-Voter, Who He Is, and What He Thinks», *Public Opinion Quarterly*, 8 (1944), p. 179: SAMUEL A. STOUFFER, *op. cit.*, *passim*, y F. H. SANFORD, *op. cit.*, p. 168. M. JANOWITZ y D. MARVICK, *op. cit.*, p. 200.

[38] Ver HERBERT HYMAN y PAUL B. SHEATSLEY, «Some Reasons Why Information Campaigns Fail», *Public Opinion Quarterly*, 11 (1947), p. 413. Una reciente encuesta sobre el material de la pertenencia a asociaciones voluntarias está contenida en CHARLES L. WRIGHT y HERBERT HYMAN, «Voluntary Association Memberships of American Adults: Evidence from National Sample Surveys», *American Sociological Review*, 23 (1958), pp. 284-294.

[39] GENEVIEVE KNUPFER, «Portrait of the Underdog», *Public Opinion Quarterly*, 11 (1947), p. 114.

Estas características reflejan también el grado en que los estratos inferiores están *aislados* de las actividades, controversias y organizaciones de la sociedad democrática, aislamiento que los aleja de la adquisición de los puntos de vista refinados y complejos de la estructura política que hace comprensibles y necesarias las normas de la tolerancia.

En relación a esto es instructivo examinar una vez más, como casos extremos, aquellas ocupaciones que están más aisladas, en todos los sentidos, del contacto con el mundo exterior, fuera de su propio grupo. Los obreros manuales de las «ocupaciones aisladas» que exigen que ellos vivan en una ciudad o sector industrial —mineros, trabajadores marítimos, trabajadores forestales, pescadores y esquiladores— exhiben grandes cifras de apoyo a los comunistas en la mayoría de los países [40].

De manera similar, como lo señalan todas las encuestas de opinión pública, la población rural, tanto los granjeros como los jornaleros, tiende más a oponerse a las libertades civiles y a los sistemas multipartidarios que cualquier otro grupo ocupacional. Las encuestas sobre las elecciones indican que los propietarios rurales se encontraron entre los que apoyan más firmemente a los partidos fascistas, mientras que los trabajadores rurales, los granjeros pobres y los aparceros han proporcionado a los comunistas un apoyo aun mayor que el resto de los trabajadores en países como Italia, Francia e India [41].

Las mismas condiciones sociales están asociadas al autoritarismo de clase media. Los grupos de la clase media que fueron más dados a apoyar la ideología fascista y otras extremistas, han sido, además de los granjeros y campesinos, los pequeños comerciantes de las reducidas comunidades provinciales, grupos que se encuentran también aislados de la cultura «cosmo-

[40] La mayor cantidad de material comparativo se puede encontrar entre los mineros. Para Gran Bretaña, ver HERBERT G. NICHOLAS, *British General Election of 1950*, Macmillan, Londres, 1951, pp. 318, 342, 361. Para los Estados Unidos, ver PAUL F. BRISSENDEN, *The IWW: A Study of American Syndicalism*, Columbia University Press, Nueva York, 1920, p. 74, y HAROLD F. GOSNELL, *Grass Roots Politics*, American Council on Public Affairs, Washington D. C., 1942, pp. 31-32. Para Francia ver FRANÇOIS GOGUEL, «Géographie des élections sociales de 1950-51», *Revue Française de Science Politique*, 3 (1953), pp. 246-271. Para Alemania, ver OSSIP K. FLECHTHEIM, *Die Kommiunistiche Partei Deutschlands in der Weimarer Republik*, Bollwerk-Verlag Karl Droit, Offenbach am Main, 1948, p. 211. También se pueden obtener datos para Australia, Escandinavia, España y Chile.

También se conectó el aislamiento con la propensión diferencial a las huelgas de diversas industrias. Las huelgas violentas que poseen el carácter de una reclamación de masa contra la sociedad como un todo ocurren con mayor frecuencia en las industrias aisladas, y posiblemente tienen sus orígenes en las mismas situaciones sociales que las que producen el extremismo. Ver CLARK KERR y ABRAHAM SIEGEL, «The Interindustry Propensity to Strike: An International Comparison», en A. KORNHAUSER, R. DUBIN y A. M. ROSS (eds.), *Industrial Conflict*, McGraw Hill Book Co., Nueva York, 1954, pp. 189-212.

[41] De acuerdo con KARL FRIEDRICH, los grupos agrícolas son más nacionalistas emocionalmente, y políticamente son autoritarios en potencia, debido al hecho de que están más aislados de la asociación con gente que es diferente de lo que son los habitantes urbanos. Ver «The Agricultural Basis of Emotional Nationalism», *Public Opinion Quarterly*, 1 (1937), pp. 50-51. Ver también RUDOLF HEBERLE, *From Democracy to Nazism: A Regional Case Study on Political Parties in Germany*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, Louisiana, 1945, pp. 32 y s., para una exposición sobre el llamamiento del nazismo a la población rural germana, y K. KIDO y M. SUGI, *op. cit.*, para hallazgos similares de las encuestas realizadas en Japón.

polita» y están muy por debajo de cualquier otro grupo laboral no manual en cuanto a su preparación cultural [42]

Un segundo y no menos importante factor que predispone a las clases bajas al autoritarismo es una relativa falta de seguridad económica y psicológica. Los pertenecientes a la clase baja progresan en la escala socioeconómica por grande que sea la incertidumbre económica con que tropiecen. Los oficinistas, aun aquellos que no estén mejor remunerados que los trabajadores manuales especializados, son menos susceptibles de sufrir las tensiones creadas por el miedo a la pérdida de sus ingresos. Los estudios sobre la inestabilidad conyugal indican que esto está relacionado con una renta baja y con la inseguridad de la misma. Tal inseguridad afectará, por supuesto, a la política y a las actitudes del individuo [43]. Los estados de gran tensión exigen un alivio inmediato, y esto se halla frecuentemente en el desahogo de la hostilidad contra una víctima propiciatoria y en la búsqueda de una solución a corto plazo mediante el apoyo a los grupos extremistas. La investigación demuestra que los parados son menos tolerantes para con las minorías que los que tienen empleo, y que es más posible que sean comunistas si son trabajadores, o fascistas si son de la clase media. Las industrias que poseen una alta proporción de comunistas en sus filas también tienen una gran inestabilidad económica.

Las inseguridades y tensiones de las clases bajas que dimanan de la inestabilidad económica están reforzadas por sus normas particulares de vida familiar. Existe una gran proporción de frustración y agresión directa en las vidas cotidianas de los miembros de las clases bajas, tanto niños como adultos. Una amplia reseña sobre los muchos estudios de las normas de crianza de los niños en los Estados Unidos, completada en los últimos veinticinco años, comunica que su «hallazgo más consecuente» consiste en el «uso más frecuente del castigo físico por parte de los padres de la clase obrera. La clase media, en contraste, recurre al razonamiento, el aislamiento y [...] técnicas de disciplina "orientadas hacia el amor" [...]. Es

[42] Los datos estadísticos indican que el nazismo alemán y el austriaco, el poujadismo francés y el macarthismo norteamericano han obtenido, todos ellos, su apoyo no rural más importante de los pequeños comerciantes de las comunidades provinciales reducidas, particularmente aquellos que poseen una educación restringida. Ver cap. 5.

[43] Además de la inseguridad que normalmente acompaña la existencia de la clase baja, las condiciones especiales que desarraigan a la gente de una vida comunitaria estable y trastornan la base social de sus valores tradicionales, los hacen receptivos a las ideologías exóticas extremistas que les ayudan a redefinir su mundo. Ya hemos discutido algo sobre la evidencia que vincula las discontinuidades y desarralgo que fluyen de la rápida industrialización y urbanización a la política de los trabajadores de diferentes países en el capítulo 2. Rydenfelt, en su estudio del comunismo sueco, sugiere que el «desarraigamiento» es una característica de los individuos y las ocupaciones que poseen registros altos de votos comunistas. Ver W. PHILLIPS DAVIDSON, *op. cit.*, p. 378. También Engels llamó la atención, en la década de 1890, sobre el hecho de que las religiones exóticas y los movimientos sociales, incluyendo el socialista revolucionario, atraían a todos los divergentes o a los que no poseían un lugar en la sociedad: «Todos los elementos que quedaron liberados, es decir, en un extremo suelto, por la disolución del viejo mundo cayeron uno después del otro en la órbita del cristianismo [primitivo...] como hoy en día todos se dirigen en tropel hacia los partidos de la clase obrera de todos los países.» F. EENGELS, *op. cit.*, pp. 319-320. Ver también G. ALMOND, *op. cit.*, p. 236, y HADLEY CANTRIL, *The Psichology of Social Movements*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1941, caps. 8 y 9.

más posible que tales padres dejen pasar las ofensas, y cuando realmente castigan es menos posible que pongan en ridículo o inflijan un dolor físico» [44]. Una conexión ulterior entre tales prácticas de crianza y la hostilidad y el autoritarismo de los adultos la sugieren los descubrimientos de dos investigaciones en Boston y en Detroit, según los cuales los castigos físicos por agresión, característicos de la clase trabajadora, tienden a aumentar más bien que a disminuir la conducta agresiva [45].

PERSPECTIVAS DE LA CLASE BAJA

La aceptación de las normas de la democracia exige un alto nivel de refinamiento y de seguridad del yo. Cuanto menos sofisticado y estable sea un individuo, tanto más posible es que favorezca un punto de vista simplista de la política, que no llegue a comprender la tolerancia subyacente racional de aquellos con quienes no está de acuerdo, y que halle dificultad en comprender o tolerar una imagen gradual del cambio político.

Algunos estudios que enfocan aspectos varios de la vida y la cultura de la clase trabajadora han puesto de relieve los componentes diferentes de una perspectiva no sofisticada. Una gran sugestionabilidad, la ausencia de un sentido del pasado y del futuro (falta de una perspectiva amplia), incapacidad para abarcar un punto de vista complejo, mayor dificultad para abstraer a partir de la experiencia concreta y falta de imaginación («acción repetida» interior de la experiencia): cada uno de ellos fue destacado por numerosos estudiosos de problemas totalmente diferentes como característica de un *status* bajo. Todas estas cualidades forman parte de las complejas bases psicológicas del autoritarismo.

El psicólogo Hadley Cantril consideraba que la sugestionabilidad constituía una explicación psicológica fundamental de la participación en los movimientos extremistas [46]. Las dos condiciones de la sugestionabilidad son

[44] Ver URIE BRONFENBRENNER, «Socialization and Social Class Through Time and Space», en E. E. MACCOBY, T. M. NEWCOMB y E. L. HARTLEY (eds.), *Readings in Social Psychology*, Henry Holt, Nueva York, 1958, p. 419. El sociólogo Allison Davis ha resumido con un criterio similar los descubrimientos que relacionan los vínculos intrafamiliares en las diferentes clases: «Las clases bajas enseñan con bastante frecuencia a sus niños y adolescentes a dar puñetazos o cuchilladas y a estar seguros de ser los primeros en golpear. Tanto las niñas como los muchachos adolescentes pueden maldecir a su padre en su propia cara o aun atacarlo a puñetazos, bastonazos o hachazos en las refriegas familiares generalizadas. Los maridos y las esposas sostienen a veces verdaderas batallas campales en la casa; las mujeres mantienen a sus maridos presos, y éstos tratan de introducirse bruscamente o quemar sus propias casas cuando se liberan. Tales peleas con puños o armas y el vapuleo de las esposas ocurren tarde o temprano en muchas familias de la clase baja. Pueden no aparecer hoy ni mañana, pero *aparecerán* si el observador se queda suficiente tiempo como para verlo.» ALLISON DAVIS, «Socialization and Adolescent Personality», en GUY E. SWANSON y col. (eds.), *Readings in Social Psychology*, Henry Holt, Nueva York, 1954, p. 528 (los subrayados son del original).

[45] Nos da una idea de lo complejo de los factores psicológicos subyacentes del autoritarismo de la clase baja, un estudio que manifiesta una relación entre la hostilidad abierta y el autoritarismo. Ver SAUL M. SIEGEL, «The Relationship of Hostility to Authoritarianism», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 52 (1956), pp. 368-372.

[46] Ver HADLEY CANTRIL, *op. cit.*, p. 65.

típicas de las personas de un *status* bajo: la falta de un adecuado marco de referencia o de una perspectiva general, o bien uno fijo y rígido. Un marco de referencia poco desarrollado refleja una educación restringida, una escasez de las ricas asociaciones en un nivel general que proveen una base para valorar la experiencia. Uno fijo o rígido —en cierto sentido, el reverso de la misma moneda— refleja la tendencia a elevar a lo absoluto cualquier principio general que haya sido aprendido, lo cual hasta la experiencia puede ser incapaz de calificar y corregir.

El interesante libro del periodista británico Richard Hoggart, *The Uses of Literacy,* señala lo mismo de otra manera. Es posible que las personas de un *status* bajo, sin perspectivas ricas y flexibles, carezcan de un desarrollado sentido del pasado y del futuro. «No es posible que su educación les haya suministrado ningún panorama histórico ni idea alguna de una tradición continuada [...]. Gran cantidad de gente, aunque pueda poseer una cantidad considerable de información desconectada, tiene poca idea de una norma o proceso histórico o ideológico [...]. Con un bagaje intelectual o cultural restringido, con escasa experiencia en la comprobación de las opiniones opuestas frente a la razón y los juicios existentes, sus propios juicios se forman generalmente de acuerdo con los impulsos de aquellos apotegmas de grupo que vienen primeramente a la mente [...]. De modo similar, puede existir poco sentido real del futuro [...]. Creo que tal mentalidad es particularmente accesible a la tentación de vivir en un presente constante» [47].

Esta preocupación por el presente conduce a una concentración en las actividades diarias, sin mucha reflexión interna, planteamiento imaginativo del propio futuro o pensamiento abstracto desconectado de las actividades diarias de cada uno. Uno de los pocos estudios sobre los niños de la clase baja en el que se utilizaron técnicas proyectivas descubrió que «esta juventud realiza una adaptación que se orienta hacia el mundo exterior más bien que una que descanse sobre un trato creciente con sus propios impulsos y el manejo de estos últimos por medio de la fantasía y la introspección. No poseen una vida interior rica, ciertamente su actividad imaginativa es deficiente y limitada [...]. Cuando afrontan una situación nueva, los sujetos tienden a reaccionar rápidamente, y no alteran sus impresiones originales de la situación, que es considerada como un conjunto crudo con poca discriminación intelectual de los componentes» [48].

La vida de la clase obrera en conjunto destaca lo concreto y lo inmediato. Como lo señala Hoggart, «si deseamos captar algo de la esencia de la

[47] RICHARD HOGGART, *op. cit.*, pp. 158-159.
[48] B. M. SPINLEY, *The Deprived and the Privileged*, Routledge y Kegan Paul, Londres, 1953, pp. 115-116. Estas conclusiones estaban basadas en los tests de Rorschach suministrados a 60 niños de los barrios miserables. El último punto se halla en relación con el destacado por otro erudito británico, según el cual la gente de la clase trabajadora no es tan apta como la que posee antecedentes de clase media para percibir la *estructura* de un objeto, lo cual implica un pensamiento en un nivel más abstracto de relaciones, pero posee una reacción orientada hacia la acción, con respecto al *contenido* de un objeto. Para una mayor discusión de este punto, ver B. BERNSTEIN, «Some Sociological Determinants of Perception», *The British Journal of Sociology*, 9 (1958), p. 160 y s.

vida de la clase trabajadora [...] debemos decir que ello es la vida "densa y concreta", vida cuyo principal énfasis se halla en lo íntimo, lo sensorial, lo detallado y lo personal. Esto sería cierto con respecto a los grupos de la clase trabajadora en cualquier parte del mundo» [49]. Hoggart considera que el carácter concreto de las percepciones de la clase obrera constituye la principal diferencia entre ésta y la gente de la clase media, que afronta con mayor facilidad las cuestiones abstractas y generales. La distinción tajante de la clase trabajadora británica entre «nosotros» y «ellos», observa este autor, forma «parte de una característica más general de la perspectiva de la mayoría de la gente de la clase trabajadora. Llegar a un acuerdo con el mundo de "ellos" implica, finalmente, todo tipo de cuestiones políticas y sociales y conduce finalmente más allá de la política y la filosofía social hasta la metafísica. La cuestión de cómo nos enfrentamos con "ellos" (sean "ellos" quienes fueren) es, en última instancia, la cuestión de cómo nos encontramos en relación con todo lo que visible e íntimamente no constituye parte de nuestro universo local. La división que del mundo hace la clase obrera entre "nosotros" y "ellos" constituye en este sentido un síntoma de su dificultad para afrontar las cuestiones abstractas o generales» [50]. Hoggart destaca cuidadosamente que es probable que la mayoría de las personas de *cualquier* clase social no se interesen por las ideas generales, pero sin embargo «la educación en el manejo de ideas o en el análisis» es muchísimo más característica de las exigencias de los padres y ocupaciones de la clase media [51].

Un análisis reciente del sociólogo británico Basil Bernstein acerca de cómo las diferencias en las maneras de percibir y pensar en las diferentes clases sociales conducen a variaciones en la movilidad social, también destaca la manera en que las diferentes normas familiares afectan al autoritarismo. Los padres de la clase media hacen hincapié en «un conocimiento de la importancia de los medios y los fines a largo plazo, considerados cognitiva y afectivamente [... y poseen] la habilidad de adoptar medidas apropiadas para posibilitar la consecución de fines distantes por medio de una conexión intencionada entre medios y fines [...]. El niño de la clase media y de niveles semejantes se desarrolla en un medio que es cuidadosa y extensivamente controlado; el espacio, el tiempo y las relaciones sociales son regulados explícitamente dentro y fuera del grupo familiar» [52]. La situación de la familia de la clase trabajadora es totalmente diferente:

[49] RICHARD HOGGART, *op. cit.*, p. 88. Esta clase de vida, a semejanza de otras características sociales de los seres humanos, posee consecuencias diferentes para diferentes sectores de la sociedad y de la existencia social. Puede argüirse, aunque personalmente lo pongo en duda, que esta capacidad para establecer relaciones personales, para vivir en el presente, puede ser más «saludable» (en un sentido, estrictamente médico, de salud mental) que una preocupación propia de la clase media por las distinciones de *status*, el impacto personal propio sobre la situación de la propia vida, y una preocupación por el futuro incierto. Pero en el nivel político de las consecuencias, este problema de la preocupación, este mismo aspecto orientado hacia la acción y no intelectualista de la vida de la clase trabajadora, parece impedir que las realidades de las tendencias sociales y económicas a largo plazo entren en la conciencia de la clase trabajadora, simplemente debido a que tal realidad sólo puede entrar a través de abstracciones y generalizaciones.
[50] *Ibid.*, p. 86.
[51] *Loc. cit.*
[52] B. BERNSTEIN, *op. cit.*, pp. 161-165.

> La estructura familiar de la clase trabajadora está menos formalmente organizada que la de la clase media en relación con el desarrollo del niño. Aunque la autoridad dentro de la familia es explícita, los valores que ella expresa no dan lugar al mundo cuidadosamente ordenado espacial y temporalmente del niño de la clase media. El ejercicio de la autoridad no se encontrará relacionado con un sistema estable de recompensas y castigos, sino que a menudo puede aparecer como arbitrario. El carácter específico de los propósitos a largo plazo tiende a ser reemplazado por nociones más generales acerca del futuro, en las cuales la suerte, un amigo o un pariente juegan un papel más grande que el funcionamiento riguroso de las conexiones. Por consiguiente, las actividades actuales, o las de un futuro inmediato, poseen un mayor valor que la relación de la actividad actual con el logro de un fin distante. Se acorta el sistema de esperanzas o el lapso de la anticipación, y esto crea diferentes conjuntos de preferencias, finalidades y faltas de satisfacción. El ambiente limita la percepción que el niño tiene de y en el tiempo. Las gratificaciones o privaciones inmediatas se vuelven absolutas, ya que no existe un *continuum* desarrollado del tiempo sobre el que se pueda ubicar la actividad actual. Con respecto a las clases medias se encontrará que es difícil la postergación del placer actual para futuras gratificaciones. En consecuencia, *se encontrará en las clases trabajadoras una pauta más voluble de conducta afectiva y expresiva*[53].

Este énfasis en lo inmediatamente perceptible y la preocupación por lo personal y lo concreto forman parte inseparable de la perspectiva restringida y de la incapacidad para percibir las posibilidades y consecuencias complejas de las acciones que se traducen a menudo en una disposición general para apoyar los movimientos políticos y religiosos extremistas, y un nivel generalmente bajo de liberalismo en las cuestiones no económicas[54].

Aun dentro de los movimientos extremistas, estas diferencias en las percepciones y perspectivas de las personas de la clase trabajadora frente a las de la clase media, afectan sus experiencias, su disposición a unirse a una «causa» y las razones para desertar. La obra del estudioso norteamericano de la política Gabriel Almond sobre 221 ex comunistas en cuatro países nos suministra datos acerca de este punto. Distingue entre las doctrinas del partido «exotéricas» (sencillas, para el consumo de masas) y las «esotéricas» (complejas, para el círculo interno). En contraste con los miembros de la clase media «relativamente pocos encuestados de la clase trabajadora fueron expuestos a la doctrina esotérica del partido antes de unirse a él, y [...] tendían a permanecer no doctrinados mientras estaban en el partido»[55]. Los afiliados de la clase media «tendían a llegar al partido con normas de valores y esperanzas más complejas que podían obstruir

[53] *Ibid.*, p. 168 (el subrayado es nuestro).

[54] Esta hipótesis posee sugestivas implicaciones para una teoría de la democracia de los sindicatos y de las posibles tensiones de la vida de organización de estos últimos. Los miembros de los sindicatos de la clase trabajadora pueden no hallarse absolutamente tan preocupados por la dirección dictatorial del sindicato como lo están los críticos de la clase media que suponen que la masa trabajadora formaría activamente facciones, y valoran críticamente la política sindical si ésta no está constreñida por una estructura monolítica impuesta por la dirección suprema. Por otra parte, los miembros de un personal más educado y esclarecido (por ejemplo, en un sindicato de periodistas) pueden desear incluir discusiones más doctas y complejas de problemas tocantes al sindicato, pero sentirse constreñidos por la necesidad de presentar estribillos propagandísticos sencillos, fácilmente comprensibles, para el consumo de la masa. El tipo de periódico de sindicato «órgano del hogar» puede no deberse completamente a las necesidades políticas internas.

[55] G. ALMOND, *op. cit.*, p. 244.

más fácilmente la asimilación al mismo [...]. Por otra parte, el miembro de la clase trabajadora está relativamente exento de las molestias del aparato doctrinario, menos expuesto a los medios de comunicación, y su imaginación y poderes lógicos están relativamente subdesarrollados»[56].

Un aspecto de la falta de refinamiento y educación de las clases bajas es su antiintelectualismo (fenómeno que hace mucho tiempo observó Engels como problema al que se enfrentan los movimientos de la clase obrera). Mientras que la ideología esotérica compleja del comunismo puede haber sido uno de los principales rasgos que atraen a la gente de la clase media hacia él, el antiintelectualismo fundamental que comparte con otros movimientos extremistas constituyó una fuente de tensión para los intelectuales «genuinos» dentro de él. Luego ha sido la masa de la clase trabajadora la menos perturbada por los cambios ideológicos del comunismo y la que estuvo menos en condiciones de desertar[57]. Una vez establecida su confianza en el partido, ésta no puede ser por lo común conmovida por una súbita comprensión de que, después de todo, aquél no adhiere a los valores liberales y humanistas.

Esto contribuye a la explicación del motivo por el cual los partidos socialistas fueron conducidos en gran parte por intelectuales, a pesar del énfasis ideológico inicial en el mantenimiento de una orientación obrera, mientras que los comunistas cambiaron sus dirigentes intelectuales y son conducidos preponderantemente por gente de la clase trabajadora[58]. El estudio de Almond concluye que «...mientras el partido esté abierto a todos, los miembros de la clase trabajadora poseen mejores posibilidades de éxito en él que los afiliados de la clase media. Esto se debe probablemente tanto a la política partidaria, que siempre ha manifestado una mayor confianza en el apoyo de los afiliados de la clase trabajadora, como a las dificultades de asimilación dentro del partido que generalmente experimentan los miembros de éste pertenecientes a la clase media»[59].

ESTRUCTURA DE UN INDIVIDUO AUTORITARIO

En resumen, es posible que el individuo de la clase baja haya estado expuesto al castigo, a la falta de amor y a una atmósfera general de tensión

[56] *Ibid.*, p. 177.

[57] *Ibid.*, pp. 313 y s.

[58] Datos franceses de 1936 a 1956, ver MATTEI DOGAN, «Les Candidats et les élus», en «L'Association Française de Science Politique», *Les Elections du 2 Janvier*, Librairie Armand Colin, París, 1956, p. 462, y DOGAN, «L'Origine Sociale du Personnel Parlamentaire Français», en *Parties Politiques et Classes Sociales en France*, publicado por MAURICE DUVERGER, Librairie Armand Colin, París, 1955, pp. 291-329. Para una comparación entre la conducción parlamentaria socialdemócrata y la comunista alemanas anteriores a Hitler ver VIKTOR ENGELHARDT, «Die Zusammensatzung des Reichstage nach Alter, Beruf und Religionsbekenntnis», *Die Arbeit*, 8 (1931), p. 34.

[59] G. ALMOND, *op. cit.*, p. 190. Este enunciado fué apoyado por el análisis de las biografías de 123 dirigentes del Comité Central del partido en tres países, así como por entrevistas con 221 ex comunistas (tanto dirigentes como miembros de masa) en cuatro países: Francia, Italia, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

y agresión desde su primera infancia —todas estas experiencias que tienden a producir hostilidades arraigadas profundamente, expresadas por el prejuicio étnico, el autoritarismo político y una religión exótica del más allá. Su formación educacional es menor que la de las personas que poseen un *status* socioeconómico más alto, y su asociación, cuando niño, con otras criaturas de antecedentes similares no solamente no consiguen estimular sus intereses intelectuales, sino que también crean una atmósfera que impide que su experiencia educacional aumente su sofisticación social general y su comprensión de diferentes grupos e ideas. Al abandonar los estudios relativamente pronto. está rodeado en su trabajo por otros que poseen una formación cultural, educacional y familiar similarmente restringida. Poca influencia externa roza su ambiente limitado. Desde la primera infancia ha buscado gratificaciones inmediatas en lugar de emprender actividades que habrían reportado recompensas a largo plazo. La lógica inherente a su empleo de adulto así como la de su situación familiar refuerzan esta perspectiva de tiempo limitada. Como lo señalara el sociólogo C. C. North, el aislamiento de los medios heterogéneos, característica del *status* bajo, actúa «limitando la fuente de información, retardando el desarrollo o la eficiencia en el juicio y el razonamiento de problemas y confinando la atención a los intereses más triviales de la vida» [60].

Todas estas características producen una tendencia a afrontar la política y las relaciones personales en términos de blanco y negro, un deseo de acción inmediata, una impaciencia en la conversación y la discusión, una carencia de interés por las organizaciones que posean una perspectiva a largo plazo y una disposición a seguir a los líderes que ofrezcan una interpretación demoníaca de las fuerzas del mal (tanto las religiosas como las políticas) que conspiran contra él [61].

Es interesante que Lenin observara el carácter de las clases bajas, y las tareas que se imponían a los que las condujeran, aproximadamente en estos mismos términos. Designó como labor fundamental de los partidos comunistas la conducción de las grandes masas, que están «aletargadas, apáticas, apocadas, inertes y adormecidas». Decía Lenin que estas masas deben alinearse para la «batalla final y decisiva» (término que recuerda a Armageddon) que librará el partido, que es el único que puede presentar un enfoque del mundo inflexible y unificado, y un programa inmediato para un cambio drástico. En contraste con el liderazgo comunista «efectivo», Lenin se refería a los partidos democráticos y a su liderazgo como a elementos «vacilantes, fluctuantes e inestables» —caracterización que probablemente es válida para algún grupo político que carezca de una seguri-

[60] C. C. NORTH, *Social Differentiation*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1926, p. 247.

[61] Los psicólogos de la infancia mencionaron la mayoría de estas características como típicas de las actitudes y perspectivas de los adolescentes. Werner Cohn, en un artículo sobre los Testigos de Jehová, considera los movimientos juveniles como un prototipo de todos esos movimientos «proletarios». Tanto la «fijación de la adolescencia como la anomia constituyen condiciones causales» de su desarrollo (p. 297), y todas esas organizaciones poseen un «aura de enajenamiento social» (p. 282). Ver WERNER COHN, «Jehova's Witnesses as a Proletarian Movement», *The American Scholar*, 24 (1955), pp. 281-299.

dad fundamental en su programa y desea acordar legitimidad a los grupos de oposición [62].

El resultado político de estas predisposiciones no queda, sin embargo, determinado por la multiplicidad de los factores implicados. El aislamiento, una niñez llena de castigos, las inseguridades económicas y ocupacionales y una falta de refinamiento conducen a una retirada, o aun a la apatía, y a una fuerte movilización de la hostilidad. Los mismos factores subyacentes que predisponen a los individuos a apoyar los movimientos extremistas bajo ciertas condiciones pueden ocasionar una retirada total de la actividad y preocupación políticas bajo otras condiciones. En períodos «normales» la apatía es más frecuente entre tales individuos, pero éstos pueden ser activados por una crisis, especialmente si viene acompañada de fuertes llamamientos exóticos [63].

EL EXTREMISMO COMO ALTERNATIVA: LA PRUEBA DE UNA HIPOTESIS

La propuesta de que la falta de un marco de referencia rico y complejo constituye la variable esencial que conecta el *status* bajo con una predisposición hacia el extremismo no sugiere necesariamente que los estratos bajos sean autoritarios; implica que, a igualdad de otros factores, escogerán la alternativa menos compleja. Por lo tanto, en situaciones en las cuales el extremismo represente la forma de política más compleja en lugar de la menos compleja, el *status* bajo se verá asociado con la *oposición* a tales movimientos y partidos.

En efecto, es éste el caso en lugares en que el Partido Comunista es un pequeño partido que compite contra un gran partido reformista, como en Inglaterra, los Estados Unidos, Suecia, Noruega y otros países. Donde el partido es pequeño y débil no puede mantener la promesa de cambios inmediatos en la situación de los más necesitados. Tales pequeños partidos

[62] Las citas de Lenin se encuentran en su *Left Wing Communism: An Infantile Disorder*, International Publishers, Nueva York, 1940, pp. 74-75. La observación de Lenin, realizada en otro contexto, en su folleto *¿Qué hacer?*, según la cual los trabajadores abandonados a ellos mismos nunca desarrollarían una conciencia socialista o de clase, y permanecerían en el nivel de conciencia «cotidiana» en cuanto a lo económico, a menos que un grupo organizado de intelectuales revolucionarios les aportara una visión más amplia, es similar a las generalizaciones presentadas aquí con respecto a la perspectiva de tiempo limitada inherente a los estratos bajos.

[63] Varios estudios norteamericanos indican que los individuos de la clase baja que no votan, y que poseen escasos intereses políticos, tienden a rechazar las normas democráticas de la tolerancia. Ver SAMUEL A. STOUFFER, *op. cit.*, y G. M. CONNELLY y H. H. FIELD, *op. cit.*, p. 182. Algunos estudios sobre el comportamiento de los parados en países en los cuales los movimientos extremistas son débiles, como los Estados Unidos y Gran Bretaña, indican que su respuesta política característica era la apatía. Ver E. W. BAKKE, *Citizens Without Work*, Yale University Press, New Haven, 1940, pp. 46-70. Por otra parte, los datos alemanes sugieren una alta correlación entre el desempleo de la clase trabajadora y el apoyo a los comunistas, y el desempleo de la clase media y el apoyo a los nazis. En Francia, Italia y Finlandia, actualmente, los que estuvieron sin trabajo tienden a apoyar a los grandes partidos comunistas de esos países. Ver cap. 7 y ERIK ALLARDT, «Social Struktur och Politisk Aktivitet», Söderstrom Förlagsaktiebolag, Helsinki, 1950, pp. 84-85.

extremistas presentan más bien, por lo general, el argumento intelectual medianamente complejo de que a la larga se verán reforzados por las tendencias inherentes al sistema social y económico[64]. Para el trabajador pobre, el apoyo a los socialdemócratas suecos, al Partido Laborista Británico o al New Deal norteamericano representa una forma más simple y más fácilmente comprensible de asegurar una reparación de injusticias o un mejoramiento de las condiciones sociales que el apoyo a un partido comunista electoralmente insignificante.

Los datos disponibles de Dinamarca, Noruega, Suecia, Canadá, Brasil y Gran Bretaña apoyan este punto. En estos países, en los cuales el Partido Comunista es pequeño, y un partido laborista o socialista es mucho mayor, el apoyo a los comunistas es más fuerte entre los trabajadores mejor pagados y más cualificados de lo que lo es entre los estratos menos especializados y más pobres[65]. En Italia, Francia y Finlandia, donde los comunistas constituyen el partido izquierdista más grande, cuanto más bajo es el nivel de renta de los trabajadores tanto más alta es la proporción de votos comunistas[66]. Una comparación de las diferencias en la posición relativa del nivel de renta de los trabajadores que votan a los socialdemócratas y los que apoyan a los comunistas en los países escandinavos vecinos de Finlandia y Suecia muestra claramente estos modelos alternativos (cuadro V). En Finlandia, donde los comunistas son muy fuertes, sus sufragios provie-

[64] Una reciente investigación sobre los primeros orígenes del apoyo al Partido Nazi desautoriza la hipótesis de que fueron los apáticos quienes vinieron en su apoyo anteriormente a 1930, cuando ese partido todavía representaba una alternativa compleja, de gran alcance. Se encontró una correlación negativa entre el porcentaje de aumento de los votos nazis y el aumento en la proporción de votantes en los distritos electorales alemanes entre 1928 y 1930. Sólo después que se hubo convertido en un partido relativamente numeroso enroló realmente a quienes antes eran apáticos, y que entonces podían apreciar su potencial inmediato. Para un informe de esta investigación, ver cap. 5.

[65] Para Dinamarca, ver E. HOGH, *Vaelgeradfaerdi Danmark*, tesis Ph. D., Instituto de Sociología, Universidad de Copenhagen, 1959, cuadros 6 y 9. Para Noruega, ver ALLEN BARTON, *Sociological and Psychological Implications of Economic Planning in Norway*, tesis Ph. D., Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1957; y varias encuestas sobre la conducta electoral en Noruega, dirigidas por organizaciones noruegas de encuestas, incluyendo la de 1949 de la FAKTA, las de febrero de 1954 y abril de 1956, la de la NGI cuyos resultados se hallan inéditos hasta la fecha. Los datos provenientes de los documentos de la Canadian Gallup Poll para 1945, 1949 y 1953 indican que el Partido Progresista Laborista (Comunista) obtuvo más apoyo de las secciones calificadas que de las no calificadas de la clase trabajadora. Para Brasil, ver A. SIMAO, «O voto operario en São Paulo», *Revista Brasileira Estudos Politicos*, 1 (1956), pp. 130-141.

[66] Para un cuadro que proporcione estadísticas precisas para Italia y Francia, ver cap. 7. Ver también HADLEY CANTRIL, *The Politics of Despair*, Basic Books, Nueva York, 1958, pp. 3-10. En la Alemania prehitleriana, en la que los comunistas constituían un gran partido, también se aseguraban su fuerza electoral mucho más con las secciones menos cualificadas de los trabajadores que con las más especializadas. Ver SAMUEL PRATT, *The Social Basis of Nazism and Communism in Urban Germany*, tesis M. A., Departamento de Sociología, Michigan State College, 1948, pp. 156 y ss.

Un estudio hasta la fecha inédito del Dr. Pertti Pesonen, del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Helsinki, acerca de la votación en la ciudad industrial de Tampere informa que los votantes comunistas eran de una posición más acomodada que los socialdemócratas. Por otra parte, es mucho más probable que los comunistas hayan experimentado el desempleo durante el año pasado (21 por ciento) o en su total historia laboral (46 por ciento) que los socialdemócratas (10 por ciento y 23 por ciento). Este estudio sugiere que la experiencia del reciente desempleo en la familia constituye la determinante más importante del voto comunista en Tampere.

nen en forma desproporcionada de los trabajadores más pobres, mientras que en Suecia, donde los comunistas constituyen un partido minoritario, obtienen considerablemente más éxito con los trabajadores mejor pagados y más cualificados que con los no cualificados y mal pagados[67].

Esto resulta cierto en todos los países de los que existen datos[68]. Otro país, la India, ofrece una evidencia aún mejor. En este país, los comunistas forman un partido grande al constituir el gobierno o la oposición más importante (con un 25 por ciento o más de los votos) en dos Estados, Kerala y Andhra. Mientras poseen una fuerza considerable en algunos otros Estados, son mucho más débiles en el resto de la India. Si es válida la proposición de que el llamamiento comunista se dirigirá sustancialmente a los estratos más bajos y menos educados donde el partido es poderoso, y a los relativamente altos y mejor educados en los Estados en que es débil, las carcterísticas de los votantes de los diferentes partidos variará grandemente en las diversas partes de la India, y esto es, en efecto, precisamente lo que muestra, más abajo, el cuadro VI[69].

Donde el Partido Comunista Hindú es pequeño, su apoyo, así como el de los pequeños partidos socialistas moderados, proviene de los estratos relativamente acomodados y mejor educados. El cuadro varía bruscamente en Kerala y Andhra, donde los comunistas son fuertes. Allí la clase media proporciona solamente el 7 por ciento del apoyo de los comunistas, con un 74 por ciento[70] aportado por la clase trabajadora. Las diferencias de educación entre los que apoyan a los diversos partidos exhiben una pauta similar.

[67] O, para presentar los mismos datos de otra manera, en Finlandia el 41 por ciento de la totalidad de los trabajadores que ganan menos de 100 marcos por mes votan a los comunistas, comparados con solamente el 12 por ciento entre los que ganan más de 600 marcos. En Suecia, el 7 por ciento de los obreros que ganan menos de 2.000 coronas por año votan a los comunistas, comparados con el 25 por ciento entre los que ganan más de 8.000.

[68] Puede observarse, entre paréntesis, que donde el Partido Socialista es pequeño y/o nuevo, también representa una alternativa compleja, y atrae en proporción un mayor apoyo de la clase media, que cuando es un partido de masas bien establecido que puede ofrecer reformas inmediatas. Por otra parte, cuando un pequeño grupo *no* ofrece una alternativa compleja intelectual, podría obtener un apoyo desproporcionado proveniente de los estratos bajos. Tales grupos son las religiones sectarias cuyos llamamientos exóticos no poseen una exposición razonada desarrollada. Cierta evidencia extremadamente poco importante se encuentra a nuestro alcance, referente a este punto, en una lucha política, en una reciente encuesta noruega, que pone de relieve la composición del apoyo a varios partidos. Sólo once personas que apoyaban al Partido Cristiano, que apela a los luteranos más fanáticos, que son comparables a los mencionados anteriormente para Suecia, estaban incluidas en el grupo total, pero el 82 por ciento de éstos provenía de grupos de ingresos bajos (menos de 10.000 coronas por año). En cambio, el 57 por ciento de los 264 partidarios del laborismo y el 39 por ciento de los 21 partidarios comunistas ganaban menos de 10.000 coronas. Luego el pequeño Partido Comunista, de una alternativa más compleja, obtenía su apoyo de los estratos relativamente altos, mientras los cristianos fanáticos poseían la base social económicamente más pobre que cualquier otro partido del país. Ver la encuesta NGI de febrero de 1954, editada en diciembre de 1956 en una forma preliminar mimeografiada.

[69] Estos datos fueron colocados después de la formulación de la hipótesis y, por lo tanto, pueden ser considerados como una réplica independiente.

[70] La hipótesis aquí presentada no intenta explicar el crecimiento de los pequeños partidos. Las adaptaciones a las situaciones de crisis importantes, particularmente las crisis económicas y las guerras, constituyen probablemente los factores clave que incrementan inicialmente el apoyo a un pequeño partido «complejo». Para un análisis del cambio del apoyo electoral a un partido socialista, al acceder éste al *status* de uno importante, ver S. M. LIPSET, *Agrarian Socialism*, University of California Press, Berkeley, 1950, esp. pp. 159-178.

CUADRO V

COMPOSICION POR NIVEL DE RENTA OEL APOYO OE LA CLASE TRABAJAOORA A LOS PARTIOOS SOCIALOEMOCRATA Y COMUNISTA EN FINLANOIA Y SUECIA *

Finlandia - 1956			*Suecia - 1946*		
Clase de ingresos en marcos finlandeses	*Socialde-mócratas (%)*	*Comu-nistas (%)*	*Clase de ingresos en coronas suecas*	*Socialde-mócratas (%)*	*Comu-nistas (%)*
Menos de 100	8	13	Menos de 2,000	14	8
100 - 400	49	50	2,001 - 4,000	40	38
400 - 600	22	29	4,001 - 6,000	32	30
600 +	21	8	6,001 +	14	24
(N)	(173)	(119)		(5.176)	(907)

* Los datos finlandeses fueron obtenidos de visitas especiales realizadas para este estudio por el Finnish Gallup Poll. Las estadísticas suecas fueron recomputadas de los datos presentados en ELIS HASTAD y col. (eds.), *«Gallup» och den Svenska Valjarkaren*, Hugo Gebers Forlag, Upsala, 1950, pp. 175-176. Ambos estudios incluyen a los trabajadores rurales y urbanos.

CUADRO VI

PREFERENCIAS COMUNISTAS Y SOCIALISTAS EN LA INOIA SEGUN CLASE Y EOUCACION *

	Preferencias por el Partido Comunista en Kerala y Andhra (%)	*El resto de la India (%)*	*Preferencias por los partidos socialistas en toda la India (%)*
Clase			
Media	7	27	23
Media baja	19	30	36
Trabajadora	74	43	41
Instrucción			
Analfabetos	52	43	31
Con estudios de escuela secundaria	39	37	43
Con estudios de escuela superior	9	20	26
(N)	(113)	(68)	(88)

* Estas cifras fueron calculadas a partir de tablas presentadas en el *Indian Institute of Public Opinion, Monthly Public Opinion Surveys*, vol. 2, n.º 4, 5, 6, 7 (resultado combinado), Nueva Delhi, enero-abril de 1957, pp. 9-14. Esto fue una encuesta preelectoral y no un informe sobre los resultados reales de la votación. El grupo total estaba constituido por 2.868 personas. Las cifras correspondientes al Partido Socialista y al Partido Praja-Socialista se encuentran combinadas aquí, ya que comparten esencialmente el mismo programa moderado. El apoyo dado a ellos en Andhra y Kerala fue demasiado reducido como para ser presentado separadamente.

MODELOS HISTORICOS Y ACCION DEMOCRATICA

A pesar de las tendencias profundamente antidemocráticas de los grupos de la clase baja, las organizaciones y los movimientos políticos de los trabajadores en los países democráticos más industrializados han apoyado tanto el progresismo económico como el político[71]. Las organizaciones obreras, los sindicatos y los partidos políticos desempeñaron un papel importante en la extensión de la democracia política en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX. Sin embargo, estas luchas por la obtención de la libertad política por parte de los trabajadores, como las de la clase media que les precedieron, tuvieron lugar en el contexto de una lucha por la obtención de derechos económicos[72]. La libertad de asociación y de expre-

[71] Hubo muchas excepciones a esto. El Partido Laborista Australiano fue el principal partidario de una «Australia blanca». Oe modo similar, en los Estados Unidos, hasta el advenimiento del New Oeal ideológico en la década de 1930-40, el Partido Oemócrata, apoyado en la clase baja, fue siempre el más antinegro de los dos partidos. El movimiento obrero norteamericano se opuso a la inmigración no blanca, y gran parte de él mantiene las barreras contra los miembros negros.

Cuando el Partido Socialista Norteamericano constituía un movimiento de masas, anteriormente a la Primera Guerra Mundial, sus periódicos de mayor circulación, tales como el *Milwaukee Social Democratic Herald* y el *Appeal to Reason* se oponían a la integración racial. Este último declaraba explícitamente: «El socialismo separará las razas». Ver OAVID A. SHANNON, *The Socialist Party of America*, Macmillan, Nueva York, 1955, pp. 49-52. Hasta el movimiento socialista marxista de Europa occidental no fue inmune al virus del antisemitismo. Así, anteriormente a la Primera Guerra Mundial hubo un número de incidentes antisemitas en los cuales estaban implicados los socialistas, algunos dirigentes manifiestamente antisemitas conectados con los diferentes partidos socialistas, y una fuerte resistencia para confiar las organizaciones socialistas a la oposición al antisemitismo. Ver E. SILBERNER, «The Anti-Semitic Tradition in Modern Socialism», *Scripta Hierosolymitana*, III (1956), pp. 378-396. En un artículo sobre las recientes refriegas raciales en Gran Bretaña, Michael Rumney señala la base obrera del sentimiento antinegro y llega hasta el punto de predecir que «el Partido Laborista se convertirá en enemigo del negro con el transcurso del tiempo». Manifiesta que «mientras el Partido Conservador ha sido capaz de permanecer detrás de la policía y tomar cualquier medida que sintiera necesaria para preservar la paz, el Partido Laborista ha permanecido extrañamente silencioso. Si habla opondrá a los hombres que suscitan disturbios contra las Indias Occidentales, o bien desatenderá su reclamación de constituir un partido con derechos iguales». Ver «Left Mythology and British Race Riots», *The New Leader* (22 de septiembre de 1958), pp. 10-11.

Las encuestas de la British Gallup Poll documentan estos juicios. Así, en una encuesta completada en julio de 1959, el cuestionario preguntaba si los judíos «poseen más o menos poder del que deberían realmente tener», y dio como resultado, cuando se comparaba a los encuestados de acuerdo con la elección política, que la respuesta antisemita de «más poder» fue proporcionada por el 38 por ciento de los votantes laboristas, el 30 por ciento de los conservadores y el 27 por ciento de los liberales. Siete por ciento de laboristas, ocho por ciento de conservadores y nueve por ciento de liberales pensaban que los judíos poseían demasiado poco poder. La misma organización presentó una encuesta de 1958 en la cual menos laboristas y miembros de la clase baja que votantes de la clase alta y conservadores manifestaron que votarían por un judío si su partido nombraba uno de ellos. Pero, en honor a la verdad, debe también notarse que casi todos los judíos de la Cámara de los Comunes representan al Partido Laborista, y que casi la totalidad de las dos docenas de judíos, aproximadamente, representan distritos abrumadoramente no judíos.

[72] Existen realmente algunas similitudes sorprendentes entre la conducta de varios estratos de la clase media cuando constituían los estratos inferiores dentro de una sociedad predominantemente aristocrática y feudal, y la clase trabajadora en las sociedades recientemente industrializadas, que todavía no ha ganado un lugar en la sociedad. Las afinidades de ambas en cuanto al «radicalismo» religioso y económico, en el mismo sentido, son sorprendentes. La doctrina de Calvino de la predestinación, como lo señala Tawney, representó la misma función para la *burguesía* del siglo XVIII que la teoría de Marx de la inevitabilidad del so-

sión, junto con el sufragio universal, fueron armas necesarias en la batalla por un mejor nivel de vida, por la seguridad social, por un horario de trabajo más corto, etc. Las clases superiores se resistieron a la extensión de la libertad politica, como parte de su defensa de los privilegios económicos y sociales.

Pocos grupos han defendido voluntariamente, en el transcurso de la historia, la libertad y, en especial, las libertades civiles, en favor de los que abogaban por las medidas que consideraban despreciables o peligrosas. La libertad religiosa surgió en el mundo occidental sólo debido a que las fuerzas contendientes se vieron incapaces de destruirse la una a la otra sin destruir la sociedad por entero, y debido a que en el curso de la lucha misma muchos hombres perdieron la fe y el interés en la religión y, en consecuencia, el deseo de suprimir la discrepancia. De igual modo, el sufragio universal y la libertad de organización y de oposición se desarrollaron en muchos paises ya sea como concesiones al poder establecido de las clases bajas o bien como un medio para controlarlas, táctica abogada y utilizada por conservadores sofisticados como Disraeli y Bismarck.

Sin embargo, las normas democráticas, una vez existentes, a pesar de haberse originado en un conflicto de intereses, llegan a formar parte del sistema institucional. Así, el movimiento laborista y socialista occidental incorporó estos valores a su ideología general. Pero el hecho de que la ideología del movimiento sea democrática no significa que sus partidarios realmente entiendan sus implicaciones. La evidencia parece indicar que la comprensión y adhesión a estas normas se encuentran altamente representadas entre los dirigentes y reducidamente entre los seguidores. Las opiniones o predisposiciones generales de la masa carecen relativamente de importancia en la predicción de la conducta, mientras que la organización a la cual prestan lealtad continúe actuando democráticamente. A pesar de la mayor propensión autoritaria de los trabajadores, sus organizaciones, que son anticomunistas, funcionan, no obstante, como mejores defensoras y pregoneras de los valores democráticos que los partidos basados en la clase media. En Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón, es más posible que apoyen las libertades civiles y los valores democráticos los individuos que apoyan al partido izquierdista democrático que la gente que *dentro* de cada estrato ocupacional respalda a los partidos conservadores. La democracia social organizada no sólo defiende las libertades civiles, sino que influye sobre sus partidarios en la misma dirección [73].

cialismo para el proletariado del siglo XIX. Ambos «asentaron su virtud, lo mejor posible, en aguda antitesis con los vicios del orden establecido, lo peor posible, enseñaron a sus adeptos a sentir que constituían un pueblo elegido, los hicieron conscientes de su gran destino en lo providencial y resueltos a realizarlo». El Partido Comunista, como lo hicieran los puritanos, insiste en «la responsabilidad personal, la disciplina y el ascetismo», y aunque el contenido histórico difiera, pueden tener los mismos orígenes sociológicos: en los grupos ocupacionales aislados y privados de *status*. Ver R. H. TAWNEY, *Religion and the Rise of Capitalism*, Penguin Books, Nueva York, 1947, pp. 9, 99. Para un punto similar ver DONALD G. MACRAE, «The Bolshevik Ideology», *The Cambridge Journal*, 3 (1950), pp. 164-177.

[73] Un caso asombroso al respecto ocurrió en Australia en 1950.

Durante un periodo de mucha agitación, debido a los peligros que representaba el Partido Comunista, una encuesta de la Gallup Poll informó que el 80 por ciento del electorado

El conservadurismo es especialmente vulnerable en una democracia política, ya què, como lo expresara Abraham Lincoln, siempre hay más gente pobre que acomodada, y las promesas de redistribución de las riquezas son difíciles de contradecir. En consecuencia, los conservadores han tenido tradicionalmente una democracia política eficaz, y se han esforzado en la mayoría de los paises —mediante la restricción del derecho político o la manipulación de la estructura gubernamental por segundas cámaras o superrepresentación de distritos rurales y pequeñas ciudades (reductos conservadores tradicionales)— por impedir que una mayoria popular controle el gobierno. La ideología del conservadurismo estuvo basada frecuentemente en valores de élite, que rechazan la idea de que exista un buen criterio en la voz del electorado. Otros valores, a menudo defendidos por los conservadores, tales como el militarismo o el nacionalismo, probablemente posean también un atractivo para los individuos con predisposiciones autoritarias [74].

Sería un error concluir de los datos aqui presentados que las predisposiciones autoritarias de las clases bajas constituyen necesariamente una amenaza a un sistema social democrático; tampoco deberán sacarse conclusiones similares acerca de los aspectos antidemocráticos del conservadurismo. El que una clase dada apoye o no las restricciones a la libertad depende de una amplia constelación de factores, de los cuales los aquí tratados constituyen solamente una parte.

La inestabilidad del proceso democrático en general y la fuerza de los comunistas en particular, tal como hemos visto, se hallan estrechamente relacionadas con los niveles nacionales de desarrollo económico, incluyendo los niveles nacionales de realización educacional. Los comunistas representan un movimiento de masas en los países más pobres de Europa y en otras regiones, pero son débiles donde el desarrollo y la realización educacional son altos. Las clases bajas de los países menos desarrollados son más pobres, más inseguras, menos educadas y relativamente más carentes de privilegios en términos de posesión de símbolos de *status* de lo que lo son los estratos bajos de las naciones más florecientes. En las democracias

era favorable a la proscripción de los comunistas. Poco tiempo después de esta encuesta, el gobierno conservador sometió a referéndum una propuesta de proscribir el partido. Durante la campaña electoral de este referéndum, el Partido Laborista y los sindicatos se declararon vigorosamente contra la propuesta. Después de esto tuvo lugar un cambio considerable, hasta el punto de que la medida para proscribir a los comunistas fue realmente derrotada por una pequeña mayoria, y los trabajadores católicos, que habían favorecido de manera abrumadora la medida de proscripción cuando fueron cuestionados primeramente por la Gallup Poll, siguieron eventualmente el consejo de su partido y de los sindicatos y votaron contra ella. Ver LEICESTER WEBB, *Communism and Democracy in Australia: A Survey of the 1951 Referendum*, Frederick A. Praeger, Nueva York, 1955.

[74] Un estudio de las elecciones de 1952 en los Estados Unidos reveló que era mucho más probable que votaran por Eisenhower que por Stevenson los individuos que se clasificaban alto en una escala de «personalidad autoritaria». ROBERT LANE, «Political Personality and Electoral Choice», *American Political Science Review*, 49 (1955), pp. 173-190. En Gran Bretaña, un estudio sobre el antisemitismo de la clase trabajadora encontró que el pequeño número de conservadores en el grupo representativo era mucho más antisemita que los liberales y los laboristas. Ver JAMES H. ROBB, *Working-class Anti-Semite*, Tavistock Publications, Londres, 1954, pp. 93-94.

estables más desarrolladas de Europa occidental, Norteamérica y Australia, las clases bajas se hallan «en la sociedad» en la misma medida en que «forman parte de ella», es decir, que su aislamiento del resto de la cultura es mucho menor que el aislamiento social de los grupos más pobres de otros países, que se encuentran separados por ingresos enormemente reducidos y niveles de educación sumamente bajos, cuando no por un analfabetismo ampliamente difundido. Esta incorporación de los trabajadores a la organización política del mundo occidental industrializado ha reducido grandemente sus tendencias autoritarias, aunque, en los Estados Unidos, por ejemplo, MacCarthy demostró que un demagogo irresponsable que combine un llamamiento nacionalista y uno contra las élites puede, sin embargo, asegurarse un considerable apoyo de los menos instruidos [75].

Mientras la evidencia referente a la elevación de las normas nacionales de vida y educación nos permite confiar en la política y en la conducta de la clase trabajadora en aquellos países en los cuales el extremismo es débil, sugiere conclusiones pesimistas con respecto a las democracias menos económicamente desarrolladas e inestables. Donde un partido extremista se haya asegurado el apoyo de las clases bajas —exaltando a menudo la igualdad y la seguridad económica a expensas de la libertad— es problemático que se pueda cambiar este apoyo por medio de métodos democráticos. Los comunistas en particular combinan los dos tipos de enfoques exóticos del mundo. El que los partidos obreros democráticos, capaces de demostrar convincentemente su habilidad para defender los intereses económicos y de clases, puedan instalarse en las democracias menos estables, es algo discutible. Pero la amenaza a la democracia no proviene exclusivamente de los estratos inferiores. En el capítulo siguiente pasaremos del autoritarismo de la clase trabajadora a un examen de las diferentes variedades de fascismo que habitualmente se identifican con la clase media.

[75] «Sin embargo, la historia de las masas ha sido la historia de la fuerza más consecuentemente antiintelectual de la sociedad [...]. Fueron las clases inferiores norteamericanas, y no las superiores, las que proporcionaron un apoyo abrumador a los ataques contra las libertades civiles en los años recientes. Es entre la gente trabajadora donde se encuentran dominantes las sectas e iglesias más hostiles al espíritu libre.» LEWIS S. FEUER, *Introduction to Marx and Engels, Basic Writings on Politics and Philosophy,* Doubleday Anchor Books, Nueva York, 1959, pp. 15-16. Y en otro país rico, la Sudáfrica blanca, Herbert Tingsten señala que «la industrialización y la comercialización [...] formaron esa clase social que ahora constituye el reducto del nacionalismo boer: trabajadores, dependientes de tiendas, oficinistas, empleados públicos subalternos. Aquí, lo mismo que en los Estados Unidos, estos "pobres blancos" —mejor dicho, los blancos amenazados por la pobreza— son los principales custodios del prejuicio y de la supremacía blanca.» *The Problem of South Africa,* Victor Gollancz, Ltd., Londres, 1955, p. 23.

5. FASCISMO, IZQUIERDA, DERECHA Y CENTRO

La vuelta de De Gaulle al poder en Francia en 1958, después de un golpe de Estado militar, se vio acompañada de terribles predicciones de resurgimiento del fascismo como movimiento ideológico preponderante y suscitó nuevamente la cuestión de cuál era el carácter de los diferentes tipos de movimientos extremistas. Gran parte de la discusión entre los eruditos marxistas y los no marxistas fue consagrada antes de 1945 a un análisis del fascismo que estaba en el poder y centrada en la cuestión de si los nazis u otros partidos fascistas se encontraban realmente reforzando las instituciones económicas del capitalismo, o creando un nuevo orden social poscapitalista similar al totalitarismo burocrático soviético.

Si bien un análisis del comportamiento real de los partidos que están en el poder es fundamental para una comprensión de su significación funcional, también se debe analizar el basamento y la ideología social de todo movimiento si se lo quiere comprender verdaderamente. Un estudio de las bases sociales de los diferentes movimientos de masa modernos sugiere que todo estrato social importante posee tanto expresiones políticas democráticas como extremistas. Los movimientos extremistas de izquierda, derecha y centro (comunismo y peronismo, el autoritarismo tradicional y el fascismo) se basan fundamentalmente en las clases trabajadoras, alta y media respectivamente. El término «fascismo» fue aplicado una y otra vez a todas estas variedades de extremismo, pero un examen analítico de la base y la ideología social de cada una de ellas revela sus caracteres diferentes.

El análisis político y sociológico de la sociedad moderna en términos de izquierda, centro y derecha se remonta a los días de la primera república francesa, tiempo en el cual los delegados estaban sentados, de acuerdo con su color político, en un semicírculo continuo que comenzaba con los más radicales e igualitarios a la izquierda y llegaba hasta los más moderados y aristocráticos a la derecha. La identificación de la izquierda con la defensa de la reforma y la igualdad sociales, y de la derecha con la aristocracia y el conservadurismo, se agudizó a medida que la política quedaba definida como el choque entre clases. Tanto los conservadores como los marxistas del siglo XIX se unieron en el supuesto de que la separación socioeconómica constituye lo más básico de la sociedad moderna. Desde que se institucionalizó la democracia y desde que se disiparon los temores de los conservadores de que el sufragio universal significaría el fin de la propiedad privada, muchos comenzaron a argumentar que el análisis de la

política en términos de izquierda y derecha y conflicto de clases simplifica demasiado y distorsiona la realidad. Sin embargo, la tradición del diálogo político, así como la realidad política misma, forzó a muchos eruditos a retener estos conceptos básicos, si bien otras dimensiones, tales como las diferencias religiosas o los conflictos regionales, dan cuenta del comportamiento político que no sigue las líneas divisorias de clase [1].

Con anterioridad a 1917 se consideraba habitualmente a los movimientos políticos extremistas como un fenómeno derechista. Los que eliminarían la democracia trataban generalmente de restaurar la monarquía o el gobierno de los aristócratas. Después de 1917 los políticos, del mismo modo que los eruditos, comenzaron a referirse tanto al extremismo de izquierda como al de derecha, es decir, al comunismo y al fascismo. Con esta perspectiva, los extremistas de ambos polos del *continuum* político se convierten en defensores de la dictadura, mientras los moderados del centro continúan siendo los defensores de la democracia. Este capítulo intentará demostrar que esto constituye un error, que se puede clasificar y analizar a las ideologías y grupos extremistas en los mismos términos que a los grupos democráticos, es decir, izquierda, derecha y *centro*. Las tres posiciones se asemejan a sus paralelos democráticos, tanto en las composiciones de sus bases sociales como en los contenidos de sus proclamas. Si bien las comparaciones de las tres posiciones dentro del *continuum* democrático y el extremista poseen un interés intrínseco, este capítulo se concentra en la política del centro, que constituye el tipo más desdeñado del extremismo político, y aquella forma de extremismo de «izquierda» a veces llamado «fascismo» —peronismo— tal como se manifestó en la Argentina y en Brasil.

La posición central entre las tendencias democráticas recibe a menudo el nombre de liberalismo. En Europa, donde está representada por varios partidos, tales como los radicales franceses, los liberales holandeses y belgas, y otros, la posición liberal significa: en lo económico, una inclinación hacia la ideología de *laissez-faire,* una fe en la importancia de la pequeña empresa y la oposición a los sindicatos poderosos; en lo político, una exigencia de intervención y regulación gubernamental mínima; en la ideología social, el apoyo a las oportunidades uniformes para todos, la oposición a la aristocracia y la oposición a la igualdad impuesta de los ingresos; en la cultura, el anticlericalismo y el antitradicionalismo.

Si observamos a los partidarios de las tres posiciones fundamentales en su mayoría de los países democráticos, nos encontramos con una relación sumamente lógica entre la ideología y la base social. La izquierda socialista obtiene su fuerza de los trabajadores manuales y de los estratos rurales pobres; la derecha conservadora está apoyada por los elementos más bien acomodados —propietarios de grandes industrias y granjas, los estratos directivos y de profesionales libres— y aquellos sectores de los grupos menos privilegiados que han permanecido implicados en las instituciones tradicionalistas, particularmente la Iglesia. El centro democrático está apoyado por las clases medias, especialmente los pequeños comerciantes, los trabajadores de oficina y los sectores anticlericales de las clases profesionales.

[1] A pesar de las complejidades de la política francesa, los observadores más destacados de las elecciones de aquel país se encuentran con que deben clasificar a los partidos y las alternativas a lo largo de la dimensión izquierda-derecha. Ver F. GOGUEL, *«Géographie des élections françaises de 1870 à 1951», Cahiers de la fondation nationale des sciences politiques,* n.° 27, Librairie Armand Colin, París, 1951.

Los diferentes grupos extremistas poseen ideologías que corresponden a las de sus contrapartidas democráticas. Los movimientos fascistas clásicos han representado al extremismo del centro. La ideología fascista, aunque antiliberal en su glorificación del Estado, fue similar al liberalismo en su oposición a las grandes empresas, a los sindicatos y al Estado socialista. También se asemejó al liberalismo en su aversión por la religión y otras formas de tradicionalismo. Y, como veremos más tarde, las características sociales de los votantes nazis de la Alemania y Austria prehitlerianas se asemejaban a las de los liberales mucho más que a las de los conservadores.

El grupo más amplio de los extremistas de izquierda lo constituyen los comunistas, cuyas proclamas ya fueron discutidas con algún detalle, y no nos ocuparán más espacio en el presente capítulo. Los comunistas son manifiestamente revolucionarios, opuestos a los estratos dominantes y basados en las clases bajas. Existe, sin embargo, otra forma de extremismo izquierdista que, al igual que el extremismo de derecha, se encuentra clasificado a menudo bajo la denominación de fascismo. Esta forma, el peronismo, que se encuentra en grandes proporciones en los países pobres subdesarrollados, se dirige a los estratos inferiores en contra de las clases medias y superiores. Difiere del comunismo en que es nacionalista y constituyó a menudo una creación de oficiales nacionalistas del ejército, que trataban de crear una sociedad más vital mediante la destrucción de los estratos privilegiados corrompidos, que, según ellos creían, han mantenido a las masas en la pobreza, a la economía en un subdesarrollo y al ejército desmoralizado y mal remunerado.

Han surgido movimientos extremistas conservadores o derechistas en diferentes períodos de la historia moderna, que van desde los horthyanos en Hungría, el Partido Socialcristiano de Dollfuss en Austria, los Stahlhelm y otros nacionalistas en la Alemania prehitleriana, y Salazar en Portugal, hasta los movimientos gaullistas anteriores a 1958, y los monárquicos de la Francia y la Italia contemporáneas. Los extremistas de derecha son conservadores y no revolucionarios. Tratan de cambiar las instituciones políticas con el objeto de preservar o restaurar las culturales y económicas, mientras que los extremistas del centro y de izquierda tratan de valerse de los medios políticos para realizar la revolución cultural y social. El ideal del extremista de derecha no lo constituye un dirigente totalitario, sino un monarca, o un tradicionalista que actúe como tal. Muchos movimientos de este tipo —en España, Austria, Hungría, Alemania e Italia— fueron explícitamente monárquicos, y De Gaulle devolvió los derechos y privilegios de un rey a la presidencia francesa. No debe sorprender que los partidarios de estos movimientos difieran de los centristas; tienden a ser más ricos y —lo que es más importante en términos de apoyo de la masa— más religiosos.

EL FASCISMO Y LA CLASE MEDIA

La tesis de que el fascismo constituye básicamente un movimiento de la clase media que representa una protesta contra el capitalismo y el socialismo, contra la gran empresa y los grandes sindicatos, está lejos de ser original. Muchos estudiosos la han sugerido desde la primera aparición del fascismo y el nazismo en escena. Hace aproximadamente veinticinco años el economista David Saposs lo manifestaba claramente:

> El fascismo [... constituye] la expresión extrema de la clase media o populismo [...]. La ideología básica de la clase media es el populismo... Su ideal lo constituía una clase independiente de pequeños propietarios formada por comerciantes, mecánicos y agricultores. Este elemento [...] designado actualmente como clase media patrocinó un sistema de propiedad privada, beneficios y competencia sobre una base totalmente diferente de la concebida por el capitalismo [...]. Desde su mismo comienzo se opuso a la «gran empresa» o a lo que actualmente llegó a conocerse como capitalismo.
>
> Desde la última guerra se ha venido proclamando desaforadamente el fin del liberalismo y del individualismo, aunque con justicia. Pero, puesto que el liberalismo y el individualismo tienen su origen en la clase media, se ha dado por supuesto que esta clase también ha sido eliminada como fuerza social efectiva. Por cierto, el populismo constituye actualmente una fuerza tan poderosa como nunca lo ha sido. Y la clase media se afirma más vigorosamente que nunca [...] [2].

Y aunque algunos hayan atribuido el apoyo que la clase media baja prestó al nazismo a las dificultades económicas específicas de la década de 1930, el escritor político Harold Lasswell sugirió, en lo más intenso de la crisis económica, que el extremismo de la clase media procedía de las tendencias inherentes a la sociedad industrial capitalista, que continuarían afectando a la clase media aunque su posición económica mejorase.

> En el mismo grado en que el hitlerismo constituye una reacción desesperada de las clases medias bajas, continúa un movimiento que comenzó durante los últimos años del siglo XIX. Prácticamente hablando, no es necesario suponer que los pequeños comerciantes, los maestros, los sacerdotes, los abogados, los médicos, los agricultores y los artesanos estuvieran en peores condiciones hacia el fin del siglo de lo que estuvieron a mediados del mismo. Sin embargo, psicológicamente hablando, la clase media inferior fue eclipsaca cada vez más por los trabajadores y la alta burguesía, cuyos sindicatos, cárteles y partidos se apoderaron del centro de la escena. El empobrecimiento psicológico de la clase media baja precipitó las inseguridades emocionales dentro de las personalidades de sus miembros, abonando por lo tanto el terreno para los varios movimientos de protesta de masas, a través de los cuales las clases medias podrían reivindicarse a sí mismas [3].

A medida que declinaba la posición relativa de la clase media y persistían sus resentimientos contra las tendencias sociales y económicas en marcha, su ideología «liberal» —el apoyo a los derechos individuales en contra de un poder abrumador— se transformó de la de una clase revolucionaria en la de una clase reaccionaria. En un tiempo las doctrinas liberales habían apoyado a la *burguesía* en su lucha contra los restos del orden feudal y monárquico y contra las limitaciones exigidas por los dirigentes económicos y la Iglesia. Surgió entonces una ideología liberal que se oponía al trono y a la Iglesia, y no estaba en favor de un Estado restringido. Esta ideología era no sólo revolucionaria en términos políticos; llenaba algunas de las exigencias funcionales de una industrialización eficiente. Como lo señalara Max Weber, el desarrollo del sistema capitalista (que en su análisis coincide con la industrialización) requería la abolición de las fronteras internas artificiales, la creación de un mercado internacional abierto, el establecimiento de la ley y el orden y una relativa paz internacional [4].

Pero las aspiraciones y la ideología implícitas en el liberalismo y el populismo de los siglos XVIII y XIX poseen un sentido diferente y sirven a una función distinta en las sociedades industriales avanzadas del siglo XX. La resistencia a las grandes organizaciones y el crecimiento de la autoridad estatal presentan un desafío a algunas de las características fundamentales de nuestra sociedad actual, ya que una gran industria y un movimiento obrero fuerte y legítimo son necesarios para una estructura social estable y moderna, y las medidas gubernamentales y los impuestos onerosos parecen constituir una consecuencia inevitable. Tomar partido contra las burocracias comerciales, los sindicatos y la regulación estatal es tan irrealista como irracional hasta cierto grado. Como lo señalara Talcott Parsons, la «nueva orientación negativa hacia ciertos aspectos primarios del orden social moderno que se está realizando, se ha centrado principalmente en el símbolo del "capitalismo" [...]. La reacción contra la "ideología" de la racionalización de la sociedad constituye por lo menos el principal aspecto de la ideología del fascismo» [5].

---

[2] DAVID J. SAPOSS, «The Role of the Middle Class in Social Development: Fascism, Populism, Communism, Socialism», en *Economic Essays in Honor of Wesley Clair Mitchell*, Columbia University Press, Nueva York, 1935, pp. 395, 397, 400. Un análisis aún anterior de André Siegfried, basado en un estudio ecológico detallado de las normas electorales existentes en algunas regiones de Francia desde 1871 hasta 1912 sugería que la pequeña burguesía, que había sido considerada como la fuente clásica de la ideología democrática francesa, se estaba convirtiendo en el principal campo de reclutamiento de los movimientos extremistas. Siegfried señalaba que aunque eran «por naturaleza igualitarios, democráticos y envidiosos [...] temían toda nueva condición económica que amenazara con eliminarlos, se comprimían entre el capitalismo agresivo de las grandes compañías y el surgimiento creciente del pueblo trabajador. Cifran grandes esperanzas en la república, y no dejan de ser republicanos o igualitarios. Pero se hallan en ese estado de descontento del cual los "boulangismos" extraen sus fuerzas, en el cual los demagogos reaccionarios ven el mejor terreno para sus agitaciones, y en el cual nace una resistencia apasionada a ciertas reformas democráticas». ANDRÉ SIEGFRIED, *Tableau politique de la France de l'ouest sous la troisième république*, Librairie Armand Colin, París, 1913, p. 413.

[3] HAROLD LASSWELL, «The Psychology of Hitlerism», *The Political Quarterly*, 4 (1933), p. 374.

[4] Ver también KARL POLANYI, *The Great Transformation*, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1944.

[5] TALCOTT PARSONS, «Some Sociological Aspects of the Fascist Movement», en su *Essays in Sociological Theory*, The Free Press, Glencoe, 1954, pp. 133-134. El propio Marx señalaba que «el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos luchan contra los [grandes] burgueses, con el objeto de proteger de la destrucción su posición como clase media. Sin embargo, no son revolucionarios, sino conservadores. Más aún, son reaccionarios, buscan la manera de invertir el proceso de la historia», citado en S. S. NILSON, «Wahlsoziologische Probleme des Nationalsozialismus», *Zeitschrift für die Gesamte Staatswissenschaft*, 110 (1954), p. 295.

Mientras la continuación del conflicto entre la dirección de las empresas y los trabajadores constituye una parte integral de la industria en gran escala, el deseo del pequeño empresario de retener un lugar importante para sí mismo y para sus valores sociales es «reaccionario» —no en el sentido marxista de la retardación de la marcha de la revolución, sino desde la perspectiva de las tendencias inherentes a una sociedad industrial moderna. A veces los esfuerzos del estrato de los pequeños comerciantes para resistirse o invertir el proceso toman la forma de movimientos liberales democráticos, como el partido liberal británico, los radicales franceses, o los republicanos norteamericanos de Taft. Tales movimientos no han logrado detener las tendencias a las cuales se oponen sus partidarios, y, según notara recientemente otro sociólogo, Martin Trow: «Las tendencias que los pequeños empresarios temen —de concentración y centralización conducen a la crisis, a la guerra y a la prosperidad, e independientemente de qué partido esté en el poder; por lo tanto, están *siempre* descontentos [...][6]. No es sorprendente, por lo tanto, que bajo ciertas condiciones los pequeños empresarios se enrolen a los movimientos políticos extremistas, ya sea el fascismo o el populismo antiparlamentario, lo cual expresa, de una u otra manera, un menosprecio por la democracia parlamentaria. Estos movimientos satisfacen algunas de las mismas necesidades que los partidos liberales más convencionales; constituyen una válvula de escape de las tensiones estratificadas de la clase media dentro de un orden industrial maduro. Pero mientras el liberalismo intenta enfrentarse con los problemas mediante cambios y «reformas» sociales legítimas («reformas» que seguramente invertirían el proceso de modernización), el fascismo y el populismo se proponen resolver los problemas apoderándose del Estado y manejándolo de una manera que restauraría la seguridad económica y la alta posición que ocupaban en la sociedad las antiguas clases medias, y al mismo tiempo reduciría el poder y el *status* del gran capital y de la gran fuerza obrera.

El llamamiento de los movimientos extremistas puede también constituir una respuesta de diferentes estratos de la población a los efectos sociales de la industrialización en distintas etapas de su desarrollo. Estas variaciones se destacan nítidamente al compararse las amenazas organizadas contra el proceso democrático en las sociedades que se hallan en varias etapas diferentes de industrialización. Como ya lo hemos señalado, el extremismo de la clase trabajadora, ya sea comunista, anarquista, socialista revolucionaria o peronista, se encuentra más comúnmente en sociedades que atraviesan por una industrialización rápida, o en aquellas en las cuales el proceso de industrialización no culminó en una sociedad predominantemente industrial, como en los países latinos del sur de Europa. El extremismo de la clase media tiene lugar en países caracterizados tanto por un gran capitalismo como por un movimiento obrero poderoso. El extremismo del ala derecha es más corriente dentro de las economías menos desa-

[6] MARTIN A. TROW, «Small Businessmen, Political Tolerance, and Support for MacCarthy», *American Journal of Sociology*, 64 (1958), pp. 279-280.

rrolladas, en las cuales las fuerzas conservadoras tradicionales aliadas al trono y a la Iglesia permanecen poderosas. Desde que algunos países como Francia, Italia o la Alemania de Weimar poseen estratos en los tres conjuntos de circunstancias, los tres tipos de política extremista existen a veces en el mismo país. Sólo las naciones aventajadas, altamente industrializadas y urbanizadas parecen ser inmunes al virus, pero incluso en los Estados Unidos y en Canadá existe la evidencia de que los trabajadores independientes están algo descontentos.

Las diferentes reacciones políticas de los estratos similares en puntos diferentes del proceso de industrialización están claramente delineadas por una comparación de las políticas de ciertos países latinoamericanos con los de la Europa occidental. Los países latinoamericanos más adelantados se asemejan actualmente a la Europa del siglo XIX; están experimentando el desarrollo industrial, mientras sus clases trabajadoras están todavía relativamente mal organizadas en sindicatos y partidos políticos, y en sus poblaciones rurales existen todavía reductos de conservadurismo tradicional. La clase media en ascenso de estos países, como su contrapartida europea del siglo XIX, aboga por una sociedad democrática, al tratar de reducir la influencia de los tradicionalistas anticapitalistas y el poder arbitrario de los militares[7]. En el grado en que existe una base social para la política extremista en esta etapa del desarrollo económico, la misma no reside en las clases medias, sino en las clases trabajadoras en ascenso todavía desorganizadas, que sufren las tensiones inherentes a una rápida industrialización. Estos trabajadores proporcionaron la base fundamental del apoyo a los únicos movimientos «fascistas» de gran impulso en América Latina: el de Perón en la Argentina y el de Vargas en Brasil. Estos movimientos, al igual que los comunistas, a los cuales estuvieron aliados en algunas oportunidades, se dirigen a las «masas desplazadas» de los países que comienzan a industrializarse.

La verdadera pregunta que debe contestarse es la de cuáles estratos están más «desplazados» en cada país. En algunas naciones es la nueva clase trabajadora o la ya existente la que nunca estuvo integrada a la sociedad total, económica o políticamente; en otras, son los pequeños comerciantes y otros empresarios relativamente independientes (propietarios de pequeñas granjas, abogados de provincias) los que se sintieron oprimidos por el poder y el *status* crecientes de los trabajadores agrupados en sindicatos y por las burocracias corporativas y gubernamentales en gran escala.

[7] Para un análisis del papel político de las clases medias latinoamericanas rápidamente en ascenso, ver JOHN J. JOHNSON, *Political Change in Latin America—the Emergence of the Middle Sectors*, Stanford University Press, Stanford, 1958. Las diferentes propensiones políticas de un grupo social en etapas sucesivas de industrialización se hallan indicadas por el comentario de James Bryce de 1912, según el cual «la ausencia de esa clase de pequeños propietarios que constituye el elemento mayor y más estable en los Estados Unidos y en Suiza, y es igualmente estable si bien menos disciplinado políticamente en Francia y partes de Alemania, constituye una gran calamidad para América del Sur y Central». Esto puede haber sido cierto en un primer momento, antes de que el impacto de la organización en gran escala de las granjas significara una competencia económica para los pequeños granjeros, y los sumara a las filas de los partidarios potenciales del fascismo, como lo demuestran los datos sobre Alemania y otros países, aquí discutidos. Ver JAMES BRYCE, *South America: Observations and Impressions*, Macmillan, Nueva York, 1912, p. 533.

Aun en otras, son los elementos conservadores y tradicionalistas los que tratan de preservar la vieja sociedad de los valores del socialismo y del liberalismo. La ideologia fascista en Italia, por ejemplo, surgió de un movimiento oportunista que trató en varias ocasiones de dirigirse a los tres grupos y permaneció lo suficientemente amorfa como para permitir llamamientos a estratos ampliamente diferentes, dependiendo de las variaciones nacionales en lo que se refiere a los elementos más «desplazados»[8]. Desde que los políticos fascistas fueron sumamente oportunistas en sus esfuerzos para asegurarse apoyo, tales movimientos abarcaron a menudo a grupos con intereses y valores conflictivos, aun cuando expresaron fundamentalmente las necesidades de un estrato. Hitler, un extremista del centro, se ganó el apoyo de los conservadores, que confiaban en valerse de los nazis contra la izquierda marxista. Y extremistas conservadores como Franco estuvieron a menudo en condiciones de retener a los centristas entre sus adeptos, sin entregarles el control del movimiento.

En el capítulo precedente sobre el autoritarismo de la clase trabajadora hemos tratado de especificar algunas de las otras condiciones que ponen a diferentes grupos e individuos en disposición de aceptar más fácilmente una perspectiva del mundo extremista y demonológica[9]. Las tesis allí presentadas sugerían que un bajo nivel de refinamiento y un alto grado de inseguridad predisponen al individuo a un enfoque extremista de la política. La falta de refinamiento es en gran parte producto de una educación insuficiente y del aislamiento de experiencias variadas. Sobre esta base, los sectores más autoritarios de los estratos medios deberían encontrarse entre los pequeños empresarios que viven en pequeñas comunidades o en granjas. Esta gente recibe relativamente poca educación formal, en comparación con los que se hallan en otras posiciones de la clase media; además, la vida en las áreas rurales o en ciudades pequeñas significa a menudo un aislamiento de los valores y grupos heterogéneos. Debido a este mismo rasgo, es de esperar un mayor extremismo de la clase media entre los trabajadores independientes, ya sean naturales o urbanos, que entre los trabajadores de oficina, directivos y profesionales.

Las siguientes secciones aportan conjuntamente los datos obtenibles para los distintos países, lo cual indica la gran diferencia existente entre los orígenes sociales del fascismo y el populismo clásico, y los de los movimientos del ala derecha.

ALEMANIA

El ejemplo clásico de un partido fascista revolucionario lo constituye, por supuesto, el partido nacionalsocialista de los trabajadores, dirigido por

[8] Una comparación entre la clase media europea y la clase trabajadora argentina, que argumenta que cada una de ellas se encuentra más «desplazada» en su medio respectivo, se halla contenida en GINO GERMANI, *Integración política de las masas y el totalitarismo*, Colegio Libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, 1956. Ver también su *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955.

[9] Ver pp. 99-103 del capítulo 4.

Adolf Hitler. Para los estudiosos marxistas, ese partido representaba la última etapa del capitalismo, que ganó el poder con el objeto de mantener las instituciones tambaleantes del capitalismo. Ya que los nazis tomaron el poder con anterioridad a la existencia de encuestas de la opinión pública, nos debemos remitir a los registros de los votos totales, para ubicar su apoyo social. Si es cierto que el fascismo clásico se dirige en gran medida a los mismos elementos que apoyan el liberalismo, entonces los anteriores partidarios de este último habrían proporcionado apoyo a los nazis. Una mirada a la densa estadística electoral del Reich alemán entre 1928 y 1933 parecería confirmar esto (cuadro I).

CUADRO I

PORCENTAJE DE LOS VOTOS TOTALES OBTENIDOS POR VARIOS PARTIDOS ALEMANES DE 1928 A 1933, Y EL PORCENTAJE DE LOS VOTOS DE 1928 RETENIDOS EN LA ULTIMA ELECCION LIBRE DE 1932 *

Partido	*Porcentaje de los votos totales*					*Relación de la elección de 1928 con respecto a la segunda de 1932 expresada en porcentaje*
Partido Conservador	1928	1930	1932	1932	1933	
DNVP	14.2	7.0	5.9	8.5	8.0	60
Partidos de la clase media						
DVP (liberales de der.)	8.7	4.8	1.2	1.8	1.1	21
DDP (liberales de izq.)	4.8	3.4	1.0	0.9	0.8	20
Wirtschaftspartei						
Pequeños comerciantes	4.5	3.9	0.4	0.3	**	7
Otros	9.5	10.1	2.6	2.8	0.6	29
—Proporción total de los votos de la clase media mantenidos: 21						
Centro (católicos)	15.4	17.6	16.7	16.2	15.0	105
Parts. de los Trabajadores						
SPD (Socialista)	29.8	24.5	21.6	20.4	18.3	69
KPD (Comunista)	10.6	13.1	14.3	16.8	12.3	159
—Proporción total de los votos de la clase trabajadora mantenidos: 92						
Partido Fascista						
NSDAP	2.6	18.3	37.3	33.1	43.9	1.277
—Proporción total de incremento de los votos del Partido Fascista: 1.277						

* Los datos básicos se hallan en SAMUEL PRATT, *The Social Basis of Nazism and Communism in Urban Germany*, tesis de Maestro de Artes, Departamento de Sociología, Universidad del Estado de Michigan, 1948, pp. 29-30. Los mismos datos se hallan presentados y analizados en KARL D. BRACHER, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Ring Verlag, Stuttgart-Düsseldorf, 1954, pp. 86-106. La elección de 1933 fue realizada después de que Hitler había sido canciller por más de un mes.

** El *Wirtschaftspartei* no presentó ningún candidato a las elecciones de 1933.

Aunque una tabla como la presente oculta los cambios producidos en los individuos que están en contra de la corriente estadística general, pueden realizarse algunas inferencias razonables. Al surgir el nazismo, los partidos centristas burgueses y liberales, apoyados en los elementos menos tradicionalistas de la sociedad alemana —fundamentalmente pequeños comerciantes y trabajadores de oficina—, se desmoronaron totalmente. Entre 1928 y 1932 estos partidos perdieron aproximadamente el 80 por ciento de su electorado, y su proporción dentro de los votantes totales declinó desde una cuarta parte hasta menos del 3 por ciento. El único partido centrista que mantuvo el apoyo de los votantes en forma proporcionada fue el Partido Católico del Centro, cuyo caudal se vio reforzado por la afiliación religiosa. Los partidos marxistas, los socialistas y los comunistas perdieron aproximadamente una décima parte de su electorado, aunque su caudal electoral total declinó sólo levemente. El apoyo proporcional suministrado a los conservadores descendió aproximadamente en un 40 por ciento, mucho menos que el de los partidos más liberales de la clase media.

Un examen de los cambios acaecidos entre los partidos no marxistas y no católicos sugiere que los nazis se impusieron más ampliamente entre los partidos liberales de la clase media, que eran los anteriores baluartes de la República de Weimar. Entre estos partidos, el que retrocedió más considerablemente fue el *Wirtschaftspartei,* que representaba fundamentalmente a los pequeños comerciantes y a los artesanos [10]. El opositor de Weimar, nacionalista del ala derecha, el Partido Nacional Alemán del Pueblo (DNVP), fue el único de los partidos no marxistas y no católicos que retuvo más de la mitad de la proporción que en 1928 tenía del electorado total.

El principal retroceso de los votos conservadores tuvo lugar fundamentalmente en los distritos electorales de la frontera oriental de Alemania. La proporción de los votos obtenidos por el Partido Nacional Alemán del Pueblo declinó en un 50 por ciento aproximadamente, o más, entre 1928 y 1932, en diez de los treinta y cinco distritos electorales de Alemania. Siete de estos diez eran zonas fronterizas, incluyendo todas las regiones que daban al Corredor Polaco, y el Schleswig-Holstein en la frontera norte. Puesto que el partido era tanto el más conservador como el opositor prenazi más nacionalista del Tratado de Versalles, estos datos sugieren que los nazis debilitaron más considerablemente a los conservadores en aquellas zonas en que el nacionalismo constituía su mayor fuente de poder, mientras los conservadores retuvieron la mayoría de sus votantes en regiones que no habían sufrido tan directamente por las anexiones impuestas por Versalles y en las cuales, puede argüirse, la proclama básica del partido era más conservadora que nacionalista. El sociólogo germanoamericano Rudolf Heberle demostró, en un estudio detallado de las normas electorales de Schleswig-Holstein, que los conservadores perdieron el apoyo de los pequeños propietarios, tanto urbanos como rurales, cuyas contrapartidas en las zonas fronterizas eran liberales generalmente, mientras ellos conservaban el respaldo de los conservadores de los estratos superiores [11].

[10] Karl D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik,* Ring Verlag, Stuttgart-Düsseldorf, 1954, p. 94. La delegación parlamentaria de este partido se componía casi exclusivamente de comerciantes que activaban en las asociaciones de intereses de los pequeños comerciantes. Ver Sigmund Neumann, «Germany: Changing Patterns and Lasting Problems», en S. Neumann (ed.), *Modern Political Parties,* University of Chicago Press, Chicago, 1956, p. 364.

En los datos sobre la votación de los hombres y las mujeres puede encontrarse alguna evidencia indirecta más de que los nazis no apelaban a las mismas fuentes que la derecha alemana tradicional. En las décadas de 1920 y 1930, cuanto más conservador y religioso era un partido, tanto mayor era, en general, su apoyo femenino. El Partido Nacional Alemán del Pueblo tuvo más apoyo femenino que cualquier otro partido, con excepción del Partido Católico del Centro. Los nazis, lo mismo que los partidos más liberales de la clase media y los partidos marxistas, recibieron un apoyo desproporcionado de parte de los hombres [12].

Se proporciona una evidencia más directa de esta tesis en el estudio de Heberle sobre el Schleswig-Holstein, el Estado en el cual los nazis eran más poderosos. En 1932 «*los conservadores eran más débiles donde los nazis eran más fuertes, y estos últimos eran relativamente débiles en los lugares en que los conservadores eran poderosos.* La correlación en 18 distritos electorales predominantemente rurales entre los porcentajes de los votos obtenidos por el NSDAP (nazis) y el DNVP (conservadores) es negativa (menos 0,89) [...]. Se hace evidente que en 1932 los nazis habían reemplazado realmente a los anteriores partidos liberales, como el *Landespartei* y el Partido Demócrata, como partido preferido entre los pequeños agricultores [...], mientras los terratenientes y los grandes agricultores se resistían a emitir su voto en favor de Hitler» [13].

Un análisis más reciente realizado por un escritor político alemán, Günther Franz, al identificar las tendencias electorales en otro Estado en el cual los nazis eran muy poderosos —la Baja Sajonia— indicaba pautas similares. Franz concluía:

> La mayoría de los votantes nacionalsocialistas provenían de los partidos centristas burgueses. Los DNVP (conservadores) también habían perdido votos, pero en 1932 mantuvieron los que habían recibido en 1930, y aumentaron su caudal electoral total en las dos elecciones siguientes. Constituyeron (a excepción de los católicos del centro) el único partido burgués que no se desmoronó, sencillamente, ante el NSDAP [...] [14].

[11] Rudolf Heberle, *From Democracy to Nazism,* Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1945.

[12] Puede encontrarse el más amplio conjunto de datos sobre las elecciones alemanas, en Maurice Duverger, *La participation des femmes à la vie politique,* UNESCO, París, 1955, pp. 56-63; y en Gabriele Bremme, *Die politische Rolle der Frau in Deutschland,* Vandenhoeck und Ruprecht, Gottinga, 1956, pp. 74-77, 111, 243-252, que presentan el voto partidario en las diferentes elecciones; ver también Heinrich Striefler, *Deutsche Wahlen in Bildern und Zahlen,* Wilhelm Hagemann, Düsseldorf, 1946, pp. 20-22; Günther Franz, *Die politischen Wahlen in Niedersachsen 1867 bis 1949,* Walter Dorn Verlag, Bremen-Horn, 1957, pp. 28-32; Karl D. Bracher, *op. cit.,* p. 476; Herbert Tingsten, *Political Behavior: Studies in Election Statistics,* P. S. King & Son, Londres, 1937, pp. 37-65.

[13] Rudolf Heberle, *op. cit.,* pp. 113, 114, 119 (subrayado nuestro).

[14] Günther Franz, *op. cit.,* p. 62.

La situación imperante en Schleswig-Holstein y en la Baja Sajonia existía también en Alemania en conjunto. Entre los 35 distritos electorales, la correlación de la posición del avance nazi proporcional con las pérdidas de los partidos liberales era mayor (0,48) que con las pérdidas de los conservadores (0,25) [15].

Además de los partidos liberales, existía otro grupo de partidos alemanes, apoyados en el *Mittel-stand*, cuyos partidarios se pasaron casi en masa a los nazis; eran los llamados «federalistas» o partidos de autonomía regional [16]. Estos partidos se oponían a la unificación de Alemania y a la anexión específica de varias provincias como Hesse, la Baja Sajonia y el Schleswig-Holstein a Prusia. En gran medida dieron fuerza a los reparos experimentados por las clases medias rurales y urbanas de las provincias frente a la burocratización creciente de la sociedad industrial moderna, y trataron de dar marcha atrás descentralizando la autoridad del gobierno. A primera vista, las aspiraciones de descentralización de los partidos autonomistas regionales y la glorificación del Estado inherente al fascismo o nazismo parecen reflejar necesidades y sentimientos totalmente dispares. Pero, en verdad, tanto la ideología «de los derechos del Estado» de los regionalistas como el antagonismo ideológico de los nazis a las «grandes» fuerzas de la sociedad industrial, se dirigían a los que se sentían desarraigados o amenazados. En su ideología económica, los partidos regionales expresaban sentimientos similares a los que proclamaban los nazis antes de que éstos dispusieran de gran poder. Por lo tanto, el *Schleswig-Holsteinische Landespartei*, que exigía una «autonomía regional y cultural para el Schleswig-Holstein dentro de Alemania» expresaba en un programa anterior:

[15] Los seis distritos fronterizos orientales en los cuales tanto el avance nazi como el retroceso de los conservadores fueron importantes, son los que ocasionan la pequeña relación positiva entre ambos. Si no se incluyen estos seis distritos, la correlación es realmente negativa.

[16] En Schleswig-Holstein el *Landespartei* regionalista era poderoso en 1919 y 1921 en los mismos distritos en los cuales el Partido Demócrata, liberal, logró su mayor cantidad de votos. Estos eran los mismos sectores que se hicieron más profundamente nazis en la década de 1930. Ver R. HEBERLE, *op. cit.*, pp. 98-100; en la Baja Sajonia un examen de las elecciones sugiere que los que apoyaban al *Welfen*, los regionalistas de Hanover, que constituían un partido mayoritario en su Estado hasta 1932, se pasaron a los nazis. Los «distritos electorales de clase media y rurales [...], en los cuales los Welfen se aseguraron mayor cantidad de votos, se convirtieron en los primeros y más fuertes centros del nazismo». Ver G. FRANZ, *op. cit.*, pp. 53-54, 62. En Baviera, un partido que en cierto modo puede comparársele, el *Bayerischer Bauern und Mittelstandsbund*, descendió desde 11,1 por ciento en 1928 a 3,3 por ciento en 1932. También un estudio de las normas electorales de Baviera sugiere que éste, al igual que los otros partidos regionalistas, perdió sus votantes predominantemente en beneficio de los nazis. Ver MEINRAD HAGMAN, *Der Weg ins Verhängnis, Reichstagswahlergebnisse 1919 bis 1933 besonders aus Bayern*, Michael Beckstein Verlag, Munich, 1946, pp. 27-28. Un análisis afín de la manera en que un movimiento regionalista agrario preparó el cambio para la victoria electoral nazi en Hesse lo constituye EUGEN SCHAMAHL, *Entwicklung der völkischen Bewegung*, Emil Roth Verlag, Giessen, 1933. Este libro contiene un apéndice que analiza los cambios electorales sufridos desde 1930 hasta 1932 por un nazi, Wilhelm Seipel, «Entwicklung der nationalsozialistischen Bauem-bewegung in Hessen», pp. 135-167. En las elecciones de la asamblea provincial de 1931, la representación federal de Hesse descendió desde el 14 por ciento a 3 por ciento, y poco tiempo después dicha organización dejó de existir como partido político, y concluyó un acuerdo con los nazis. *Ibid.*, pp. 163-165.

> El artesano debe ser protegido por una parte contra el capitalismo, que lo oprime por medio de sus fábricas, y por otra parte contra el socialismo, que aspira a convertirlo en un jornalero proletario. Al mismo tiempo, se debe proteger al comerciante contra el capitalismo que asume la forma de grandes tiendas, y a todo comercio minorista contra el peligro del socialismo [17].

Puede apreciarse el vínculo entre el regionalismo como ideología que protesta contra el gigantismo y la centralización, y la expresión directa del propio interés económico del pequeño comerciante, en la unión de los dos partidos regionales más importantes: el *Deutsch-Hanoverischen Partei* de la Baja Sajonia y el *Bauern und Mittelstandsbund* de Baviera, con el *Wirtschftspartei* en una sola facción parlamentaria; este último partido se definía explícitamente a sí mismo como representante de los pequeños empresarios. Efectivamente, en las elecciones de 1924 los regionalistas de Baviera y el partido de los pequeños comerciantes presentaron una misma candidatura electoral [18]. Como lo señala Heberle al referirse a estos partidos: «La crítica a la política prusiana [...], la exigencia de que los funcionarios fueran oriundos del país, la resistencia a aceptar a Berlín como centro general de cultura, constituían otras tantas válculas de escape para una disposición que se había formado con mucha anterioridad a la guerra [...]. En el fondo la actitud de censura contra Prusia constituía simplemente la expresión de una antipatía general contra el sistema social del capitalismo industrial [...]» [19].

El atractivo que tenían los nazis para aquellos elementos de la sociedad alemana que se hallaban resentidos por el poder y cultura de las grandes ciudades se refleja también en el éxito que los nazis obtuvieran en las pequeñas comunidades. Un análisis ecológico detallado de las elecciones realizadas en 1932 en las ciudades alemanas de 25.000 habitantes o más indica que *cuanto más grande era la ciudad, menos votos obtenían los nazis.* Estos lograron una proporción menor de sus votos totales en ciudades con más de 25.000 habitantes que cualquiera de los otros cinco partidos principales, incluidos los católicos del centro y el DNVP conservador [20]. Berlín, la gran metrópoli, por su parte, constituyó el único distrito electoral predominantemente protestante en el cual los nazis se adjudicaron menos del 25 por ciento de los votos en julio de 1932 [21]. Estos hechos ponen decidida-

[17] Citado en R. HEBERLE, *op. cit.*, p. 47. El *Hessische Volksbund* expresaba sentimientos similares en Hesse. *Ibid.*, p. 52.

[18] F. A. HERMENS, *Demokratie und Wahlrecht*, Verlag Ferdinand Schöningh, Paderborn, 1933, pp. 125-126; y GÜNTHER FRANZ, *op. cit.*, p. 53.

[19] R. HEBERLE, *op. cit.*, p. 49.

[20] SAMUEL A. PRATT, *op. cit.*, pp. 63, 261-266; Heberle también manifiesta que, dentro de Schleswig-Holstein, «un análisis de los resultados de los escrutinios, realizado por comunidades, señala una correlación inversa bastante fuerte entre el tamaño de la comunidad y el porcentaje de votos obtenidos por el NSDAP». R. HEBERLE, *op. cit.*, p. 89; Bracher, al distinguir en los 35 grandes distritos electorales los que habían votado en gran número por los nazis de los que los habían votado poco, halló que los distritos altamente nazis eran más rurales que los menos nazis. Estos resultados pueden parangonarse a los de Pratt. Ver KARL A. BRACHER, *op. cit.*, pp. 647-648.

[21] Todos los estudios están de acuerdo en que la religión influyó en el apoyo a los nazis *más* que cualquier otro factor. Estos últimos eran débiles en las regiones y ciudades católicas, y obtuvieron mayorías en muchas pequeñas comunidades protestantes.

mente en tela de juicio las varias interpretaciones que se han hecho del nazismo como producto del crecimiento de la anomia, y la falta general de arraigo de la moderna sociedad industrial urbana.

Un examen de los cambios acaecidos en las normas de la votación alemana entre 1928 y 1932 entre los partidos no marxistas y no católicos indica, como hemos visto, que los nazis medraron desproporcionadamente a expensas de los partidos centristas y liberales más bien que de los conservadores, confirmando por consiguiente un aspecto de la tesis según la cual el fascismo clásico se dirige a los mismos estratos que el liberalismo. La segunda parte del argumento de que el fascismo se dirige predominantemente a los trabajadores independientes de los estratos intermedios está apoyada por tres estudios ecológicos separados de las elecciones alemanas realizadas entre 1928 y 1932. Dos sociólogos norteamericanos, Charles Loomis y J. Allen Beegle, correlacionaron el porcentaje de los votos nazis de 1932 en comunidades de menos de 10.000 habitantes, en tres Estados, con el porcentaje de votos que «las zonas en las cuales prevalecían las clases medias [según quedaba indicado por la proporción de propietarios existente en la población y la relación numérica entre propietarios, por una parte, y trabajadores y empleados asalariados, por la otra] daban cada vez más sus votos a los nazis a medida que la crisis económica y social se asentaba en Alemania».

Esta alta correlación entre los votos a favor de los nazis y la propiedad se mantiene para los dueños de granjas tanto como para los patronos de pequeñas empresas e industrias en Schleswig-Holstein y en Hanover, pero no en Baviera, sector fuertemente católico, donde los nazis eran relativamente débiles[22]. El estudio de Heberle sobre el Schleswig-Holstein, que analizaba todas las elecciones realizadas durante el régimen de Weimar, concluía que «las clases particularmente susceptibles al nazismo no eran la aristocracia rural o los grandes agricultores, ni el proletariado rural, sino más bien los propietarios de pequeñas granjas, que eran en alto grado el equivalente rural de la clase media baja de la pequeña burguesía *(Kleinbuergertum)*, que constituía la espina dorsal del NSDAP en las ciudades»[23].

El excelente estudio del sociólogo Samuel Pratt sobre el voto urbano anterior a la victoria nazi relaciona los votos que obtuvo este partido en julio de 1932, con la proporción de población de la «clase media alta», definida como «propietarios de pequeños y grandes establecimientos y directivos», y con la proporción de «clase media baja», compuesta por «funcionarios y empleados oficinistas». Los votos nazis estaban altamente en correlación con la proporción de grupos de la clase media existentes tanto en ciudades de tamaño mediano como en diferentes regiones del país, pero su correlación con la «clase media baja» no era tan consecuentemente alta y positiva como la que mantenían con la «clase media alta».. Como lo señala Pratt: «De los dos elementos de la clase media, el superior parecía ser más decididamente pronazi»[24]. Sin embargo, la llamada clase alta estaba compuesta predominantemente por pequeños comerciantes, de modo que la correlación suministrada es en alto grado la de un *status* económico de autoempleo con el voto nazi[25]. Esta interpretación cobra mayor importancia merced al descubrimiento de Pratt, según el cual los votos nazis se relacionaban también (+ 0,6) con la proporción de establecimientos comerciales que poseían solamente un empleado; en otras palabras, autoempleo o trabajo independiente. «Esto era de esperar, ya que los establecimientos con un solo empleado constituyen otra dimensión de la clase de los propietarios, utilizada en la medición de la clase media alta»[26].

La distribución ocupacional de los miembros del partido nazi en 1933 indica que éstos provenían en gran escala de los varios estratos de la clase media urbana, siendo nuevamente los representados en mayor número los que trabajaban para sí mismos (cuadro II). La categoría más representada después de la anterior —trabajadores domésticos y ayudantes de familias no agricultoras— también da prueba del atractivo del partido para el pequeño comercio, ya que esta categoría está compuesta fundamentalmente por ayudantes de las pequeñas empresas poseídas por familias.

Cuadro II

PROPORCION ENTRE EL PORCENTAJE DE HOMBRES DEL PARTIDO NAZI Y EL PORCENTAJE DE LA POBLACION GENERAL DE VARIAS OCUPACIONES EN 1933 *

Categoría ocupacional	*1933 (%)*
Obreros manuales	68
Trabajadores de oficina	169
Independientes**	187
Oficiales (funcionarios)	146
Campesinos	60
Trabajadores domésticos y ayudantes de familias no agricultoras	178

* Computado de una tabla de Hans Gerth, «The Nazi Party: Its Leadership and Composition», en Robert K. Merton y otros (eds.), *Reader in Bureaucracy*, The Free Press; Glencoe, 1952, p. 106.
** Incluye comerciantes libres, artesanos y profesionales independientes.

[22] Charles P. Loomis y J. Allen Beegle, «The Spread of German Nazism in Rural Areas», *American Sociological Review*, 11 (1946), pp. 730, 729. El hecho de pertenecer al catolicismo contrarresta constantemente la pertenencia a una clase o a cualquier otra afiliación en cuanto determinante fundamental de la preferencia por un partido, en prácticamente todos los datos sobre las elecciones de Alemania, tanto en la República de Weimar como en la de Bonn. El sufragio más importante en favor de los nazis en Baviera y en otras regiones católicas provenía de los reductos protestantes, hecho que convierte en relativamente inútil para esas regiones todo análisis ecológico que no tome constantemente en consideración la afiliación religiosa.

[23] R. Heberle, *op. cit.*, p. 112; Franz manifiesta también que en la Baja Sajonia, la «clase media burguesa en las ciudades y los propietarios de granjas en el campo fueron quienes apoyaron al NSDAP». Günther Franz, *op. cit.*, p. 62.

[24] Ver Samuel A. Pratt, *op. cit.*, p. 148.

[25] Un examen del censo alemán de 1933 revela que más de un 90 por ciento de la categoría «clase media alta» utilizada por Pratt se halla integrada por «propietarios», con sólo una pequeña proporción proveniente de grupos empleados.

[26] Samuel A. Pratt, *op. cit.*, p. 171.

La relación entre la gran empresa alemana y los nazis constituyó un asunto de considerable controversia, particularmente debido a que varios marxistas han intentado demostrar que el movimiento fue desde el comienzo «alentado, nutrido, mantenido y subvencionado por la gran *burguesía*, por los grandes hacendados financieros e industriales»[27]. Los estudios más recientes sugieren que la verdad es lo contrario. Con excepción de unos pocos individuos aislados, los importantes hombres de negocios alemanes proporcionaron poco apoyo financiero u otro aliento a los nazis, *hasta* que éstos se elevaron al *status* de partido principal. Los nazis comenzaron realmente a reunir un apoyo financiero en 1932, pero en gran parte éste constituía el resultado de un plan de muchas transacciones consistentes en entregar dinero a los principales partidos, excepto a los comunistas, con el objeto de granjearse su favor. Probablemente algunos industriales alemanes confiaban en suavizar a los nazis entregándoles fondos. Sin embargo, en conjunto, este grupo permaneció leal a los partidos conservadores, y muchos no entregaron dinero a los nazis hasta después de que éstos consiguieron el poder[28].

El votante nazi típico ideal de 1932 estaba constituido por un protestante, trabajador independiente de la clase media, que vivía en una granja o en una pequeña comunidad, y que había votado anteriormente por un partido político centrista o regionalista, que se oponía fuertemente al poder e influencia de las grandes empresas y de los grandes sindicatos. Esto no significa que la mayoría de los votantes nazis no tuviera otras características. Al igual que todos los partidos que procuran obtener una mayoría electoral, los nazis trataban hasta cierto grado de dirigirse a todo grupo importante de votantes[29]. Obtuvieron manifiestamente un gran éxito entre otros grupos de la clase media, particularmente los parados[30]. Además, en un momento grave de la gran crisis que afectó a Alemania más que a ninguna otra nación industrial, el descontento producido por el «sistema» se difundió por toda la sociedad. Sin embargo, el nazismo era más atractivo

[27] R. PALME DUTT, *Fascism and Social Revolution*, International Publishers, Nueva York, 1934, p. 80.

[28] Ver F. THYSSEN, *I Paid Hitler*, Farrar y Rinehart, Nueva York, 1941, p. 102; WALTER GORLITZ y HERBERT QUINT, *Hitler. Eine Biographie*, Steingrubben Verlag, Stuttgart, 1952, pp. 284, 286; EDWARD NORMAN PETERSON, *Hjalmar Schacht for and against Hitler*, The Christopher Publishing House, Boston, 1954, pp. 112-117; para una discusión y documentación general, ver también AUGUST HEINRICHSBAUER, *Schwerindustrie und Politik*, Verlag Glückauf, Essen, 1948; ARILD HALLAND, *Nazismen i Tyskland*, John Griegs Forlag, Bergen, 1955; y LOUIS P. LOCHNER, *Tycoons and Tyrants, German Industry from Hitler to Adenauer*, Henry Regnery Co., Chicago, 1954.

[29] Un análisis de los orígenes del voto en favor del Partido Socialdemócrata en 1930 estimaba que el 40 por ciento de los votantes del SPD no estaba constituido por trabajadores manuales, que en aquel año el partido estaba apoyado por el 25 por ciento de los oficinistas, el 33 por ciento de los funcionarios no jerárquicos y el 25 por ciento de los trabajadores independientes de tiendas de artículos artesanales y comercios minoristas. Pero el núcleo de los votantes del SPD estaba constituido por trabajadores asalariados manuales y cualificados, mientras la principal fuerza nazi estribaba en los pequeños propietarios, tanto urbanos como rurales. Ver HANS NEISSER, «Sozialstatistischen Analyse des Wahlergebnisses», *Die Arbeit*, 10 (1930), pp. 657-658.

[30] Pratt revela una elevada correlación positiva entre el desempleo de los oficinistas y los votos nazis de las ciudades. Ver S. PRATT, *op. cit.*, cap. 8.

como movimiento político para quienes poseían las características resumidas más arriba.

Observación sobre los alemanes no votantes

Quizá el argumento más importante contra la tesis de que el nazismo se desarrolló preeminentemente como movimiento de la pequeña burguesía liberal consistió en la indicación de que la fuente principal del primer gran avance del poderío nazi (entre 1928, en que obtuvo el 2,6 por ciento de los votos y 1930, en que alcanzó el 18,3 por ciento del electorado) residía en los anteriores no votantes. Entre estas dos elecciones, la no emisión del voto decayó abruptamente desde el 24,4 por ciento hasta el 18 por ciento del electorado elegible, hecho que condujo a la conclusión de que el gran avance de los nazis provenía de los tradicionalmente apáticos y de los jóvenes que votaban por primera vez[31]. La crítica más exhaustiva del análisis de las clases fue la del sociólogo norteamericano Reinhard Bendix, quien sugirió un proceso de desarrollo por el cual la clase media *siguió* a los nuevos votantes en su apoyo del nazismo:

> La importancia de los nuevos votantes y la de los políticamente apáticos arroja cierta duda sobre la concepción del fascismo como movimiento de la clase media. Esto no significa negar que la inseguridad económica de los grupos de la clase media fuera tan importante para la conquista del poder como respuesta secundaria. Implica más bien la afirmación de que la radicalización del electorado se originó entre los que previamente no participaban en los partidos políticos, los cuales provenían probablemente de varios grupos sociales, y de que el apoyo significativo acordado al movimiento totalitario por parte de los miembros de la clase media y de otros grupos sociales se produjo posteriormente, con la esperanza de obtener un alivio para la angustia económica, y con el deseo de lograr ventajas al apoyar el movimiento victorioso[32].

Esta tesis pone en tela de juicio el análisis de clases que se ha hecho sobre el nazismo y contradice las generalizaciones acerca del crecimiento de nuevos movimientos sociales, que fueron presentadas en la exposición del capítulo precedente acerca del autoritarismo de la clase trabajadora. Ese análisis sugería que los sectores más olvidados y apáticos de la población pueden ser ganados para la acción política por los partidos extremistas y autoritarios, solamente *después* de que tales partidos se hayan convertido en movimientos importantes, y no mientras se encuentren en su período temprano de aparición. El apoyo a un movimiento nuevo y reducido exige una apreciación relativamente compleja y de gran alcance del proceso político, que las personas inseguras, ignorantes y apáticas no pueden mante-

[31] Ver una expresión anterior de este punto de vista en THEODORE GEIGER, *Die Soziale Schichtung des Deutschen Volkes*, Enke Verlag, Stuttgart, 1932, p. 112; HEINRICH STRIEFLER, *op. cit.*, pp. 23-28; REINHARD BENDIX, «Social Stratification and Political Power», en R. BENDIX y S. M. LIPSET (eds.), *Class, Status and Power*, The Free Press, Glencoe, 1956, p. 605; GÜNTHER FRANZ, *op. cit.*, pp. 61-62.

[32] REINHARD BENDIX, *op. cit.*, p. 605. Desde entonces Bendix ha modificado su posición. Ver R. BENDIX y S. M. LIPSET, «On the Social Structure of Western Societies: Some Reflections on Comparative Analysis», *Berkeley Journal of Sociology*, 5 (1959), pp. 1-15.

ner. Este razonamiento podría aplicarse del mismo modo a los nazis, y así lo indica, en efecto, un análisis estadístico de la relación entre la disminución en el número de los votantes y el crecimiento del nazismo.

Geiger, Bendix y otros que llegaron a la conclusión de que los nazis obtuvieron su primer apoyo de los no votantes tradicionales, basaban su opinión en las cifras electorales totales, que exhibían un enorme aumento de votos nazis, simultáneamente con la súbita participación de más de cuatro millones de anteriores no votantes. Pero cuando se seccionan por distritos los cambios producidos en los cómputos de los votos de los anteriores no votantes y de los nazis, encontramos realmente una pequeña correlación *negativa* de clasificación de −0,2 entre el porcentaje de aumento de los votos nazis y el incremento en la proporción del electorado que acude a las urnas. Para expresarlo más vívidamente, en sólo cinco de los distritos electorales en los que el avance nazi de 1928 a 1930 sobrepasó su aumento *promedio* en toda Alemania, el incremento en la masa del electorado fue también desproporcionadamente alto. En veintidós de los treinta y cinco distritos nacionales existe una relación negativa, o bien el aumento de votantes es reducido y el aumento nazi es alto, o viceversa. Por lo tanto, la evidencia sobre la disminución de los no votantes entre 1928 y 1930 no pone en tela de juicio el análisis de clase del nazismo[33].

Es cierto que además de un sencillo examen de los cambios acaecidos en la emisión de los votos existen otras zonas que sugieren que los nazis enriquecían copiosamente sus filas con el sector apático de la población. Como lo hemos señalado en el capítulo precedente, los sectores de la población que son habitualmente apáticos tienden a presentar actitudes y valores autoritarios[34]. No obstante, pueden despertarse los intereses políticos de los apáticos únicamente con un movimiento de *masas* que presente un enfoque extremista *sencillo* de la política. Los nazis no se ajustaron a esta categoría desde 1928 hasta 1930, pero sí lo hicieron a partir de 1930. Los observadores, que concentraron su atención en el presunto avance de los nazis de 1930 a costa de los apáticos, ignoraban un progreso que, en efecto, sobrevino más tarde. La mayor disminución de los no votantes en Alemania, producida en una sola vez, ocurrió realmente en la última elección de marzo de 1933, que tuvo lugar después de que Hitler se hizo cargo de la dirección de un gobierno de coalición. La proporción de no votantes

[33] Los análisis de Loomis y Beegle apoyan estos hallazgos. Expresan que en 1932, en los 59 distritos electorales de la parte rural de Hanover, la relación entre la proporción de no votantes y el porcentaje nazi de los votos emitidos fue de 0,43. Esta relación también desvirtúa la tesis de que los nazis se dirigían fundamentalmente al no votante. Ver CHARLES P. LOOMIS y J. ALLEN BEEGLE, *op. cit.*, p. 733. Tanto este estudio como uno anterior de James K. Pollock fueron ignorados por gran parte de la literatura de la materia. Pollock señalaba que «al estudiar otro aspecto de la conducta electoral alemana, encontramos poca relación entre magnitud de los votos emitidos en estas elecciones [1930-1933] y la naturaleza del resultado político [...]. Durante estos años críticos, en Alemania, muchas de las zonas industriales urbanas mostraban un interés electoral mayor que los sectores agrícolas. Al mismo tiempo, este voto popular en aumento de las grandes ciudades era por lo general emitido contra Hitler, mientras los sectores agrícolas denotaban por lo común un gran interés por él». JAMES K. POLLOCK, «An Real Study of the German Electorate, 1930-1933», *American Political Science Review*, 38 (1944), pp. 93-94.

[34] Ver p. 96.

declinó desde el 19 por ciento en 1932 al 11 por ciento en 1933, disminución de 8 puntos de porcentaje, mientras los votos nazis aumentaban del 33 por ciento al 43 por ciento. Si relacionamos nuevamente el incremento de los votos nazis con el aumento del electorado, encontramos, exactamente como la hipótesis lo exige, que las dos tendencias muestran una relación altamente positiva (0,6).

Si presentamos el resultado por distritos, diremos que en veintiocho de ellos, de los treinta y cinco, el avance electoral nazi fue más alto o más bajo que el aumento promedio nacional cuando el incremento en el electorado era consecuentemente más alto o más bajo que el promedio nacional. Siendo un partido autoritario de masas, cuyo jefe era ya canciller, el partido nazi recibió un apoyo adicional (que le aportó en la primera oportunidad un caudal superior al 40 por ciento) de las filas de los apáticos antipolíticos, asemejándose, por consiguiente, a la norma de crecimiento de los extremistas de izquierda, que también reclutan a sus prosélitos en los estratos más dejados de lado en el momento en que alcanza el *status* de pretendientes al poder.

AUSTRIA

Las normas electorales de Austria durante la primera república son similares a las de Alemania, aunque la escena política sumamente diferente impide comparaciones precisas. El electorado austriaco se encontraba dividido en tres grupos principales antes de 1930: el Partido Socialista, que contaba con un 40 por ciento aproximado de los votos; el Partido Socialcristiano, clerical conservador, apoyado aproximadamente por el 45 por ciento del electorado, y los partidos pangermánicos liberales, mucho menores (en términos generales, el *grossdeutsche Volkspartei*), con un 10 a 15 por ciento de los votos. El *Volkspartei* es el que aquí nos interesa fundamentalmente, ya que representaba la política anticlerical liberal también seguida por los partidos centristas liberales alemanes. A esta política se añadió una fuerte orientación germanófila, que se vinculó después de 1918 a las tradiciones liberales de Alemania. El apoyo con que contaba provenía en gran medida, hasta 1930 inclusive, de un considerable sector anticlerical de las clases medias urbanas y de las minorías protestantes y judías. Durante la década de 1920 se incluyó al *Volkspartei* en una coalición gubernamental antimarxista con el Partido Socialcristiano. Rompió en 1930 con este último, debido en gran parte a su oposición a las medidas aparentemente antiparlamentarias tomadas por los dirigentes socialcristianos y el *Heimwehr*, su ejército particular. Con el fin de preservar los procedimientos democráticos contra el ataque de los autoritarios clericales, el Dr. Schober, jefe del *Volkspartei*, formó una coalición con otro grupo rural anticlerical pangermánico, el *Landbund*, que «defendía [...] la ley y el orden, y [...] el gobierno parlamentario»[35]. La nueva coalición se adjudicó el 12 por

[35] WALTER B. SIMON, *The Political Parties of Austria*, tesis de doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología, Columbia University, 1957, microfilm 57-2894 University Microfilms, Ann Arbor, Michigan, pp. 28, 71.

ciento de los votos nacionales. En las elecciones de 1930 esta alianza pangermánica constituía probablemente lo más cercano a la expresión de una ideología liberal anticlerical democrática. Pero en dos años la mayoría de los que la habían apoyado se volcaron al Partido Nazi. El sociólogo norteamericano Walter Simon, que analizó en detalle los datos electorales de esa época, relata los sucesos de esos dos años, sucinta y vívidamente:

> Es altamente significativo que en noviembre de 1930 la candidatura fusionada del Dr. Schober, del germanismo «liberal», el *«Nationaler Wirtschaftsblock und Landbund, Führung Dr. Schober»* recibiera sus votos de un electorado que estaba formado en gran parte por votantes que deberían pasarse al movimiento de Hitler en poco menos de un año y medio, así como por votantes que pertenecían a la clase media judía. De esta manera, el Dr. Schober logró reunir por última vez en un mismo campo a la clase media judía liberal y antimarxista y a la clase media orientada hacia los alemanes y anticlerical. Ambos grupos continuaban todavía apreciando las tradiciones de la Revolución de 1848, en la cual sus abuelos habían luchado codo con codo contra las fuerzas del gobierno autocrático y por lograr un gobierno constitucional [...]. Casi todos los votantes no judíos del partido se habían pasado a los nazis, y los votaron en 1932. El propio Dr. Schober moría en el verano de 1932, y el sector de su candidatura, erigido en *grossdeutsche Volkspartei*, se adhería a los nazis el 15 de mayo de 1933, con los términos de la llamada *Kampfbündnis* o alianza para la lucha [36].

No puede explicarse el vuelco al nazismo de parte de los partidarios del *grossdeutsche Volkspartie* como una acomodación de los austriacos germanófilos a la tendencia que regía en Alemania. Los nazis hicieron suyo el apoyo del sector no judío de la clase media austriaca anticlerical más de un año antes de que se apoderaran del poder en Alemania, y reemplazaron al *Volkspartei* en su calidad de tercer partido en orden de importancia en varias elecciones provinciales celebradas en toda Austria en 1931 y 1932 [37].

La escena política austriaca ilustra también el carácter distintivo del fascismo conservador o del ala derecha. El Partido Socialcristiano nunca aceptó la legitimidad de las instituciones democráticas en la primera república austriaca; muchos de sus dirigentes y militantes no podían concebir que se otorgara un lugar en el gobierno a los ateos marxistas de la socialdemocracia, y en 1934 el conservadurismo clerical austriaco impuso una dictadura. Se trataba de una dictadura conservadora; no se penalizó a ningún grupo, siempre que permaneciera como oposición organizada al régimen. Se suprimieron los socialistas y los sindicatos, pero éstos continuaron en condiciones de mantener una organización clandestina poderosa. En 1938, cuando los nazis se apoderaron de Austria, la diferencia entre ambas dicta-

[36] *Ibid.*, pp. 322-323. Los informes referentes a los orígenes de los votos y a los vuelcos al nazismo están documentados por Simon en un examen cuidadoso y elaborado de las estadísticas electorales.

[37] Si bien el antisemitismo había caracterizado parte del movimiento pangermánico anterior a 1918, el *grossdeutsche Volkspartei*, que se unió a los nazis austriacos en 1933, y cuyos partidarios ya se habían hecho nazis en 1931-1932, se había mostrado liberal en cuestiones religiosas. Durante la década del 1920 se acusó al partido de «tener simpatías desmesuradas por los judíos», y su candidatura fue fuertemente apoyada en 1930 por el *Neue Freie Presse*, «el órgano de la clase liberal judía media y alta». WALTER SIMON, *op. cit.*, p. 328.

duras se hizo evidente: los nazis totalitarios trataban activamente de controlar la sociedad por entero, destruyeron rápidamente la organización clandestina socialista y sindical y comenzaron una persecución activa contra los judíos y contra todos los que se oponían a las ideas nazis, sin considerar si eran políticamente activos o no [38].

FRANCIA

Con anterioridad a la sublevación argelina de mayo de 1958, la Francia de posguerra había presenciado el desarrollo de dos movimientos relativamente amplios, cada uno de los cuales fue rotulado como fascista por sus opositores —el *Rassemblement du Peuple Français* (RPF), gaullista, y la *Union de Défense des Commerçants et Artisans* (UDCA), conocido más generalmente como movimiento poujadista. Cuando los poujadistas obtuvieron un gran margen (alrededor del 10 por ciento) en las elecciones de 1956 y reemplazaron temporalmente a los gaullistas en su carácter de principales enemigos «derechistas» de la República, este hecho sugirió a algunos observadores que Poujade había heredado el apoyo que De Gaulle había perdido cuando disolvió el RPF y se retiró a Colombey-les-deux-Eglises para esperar ser vuelto a llamar por el pueblo francés.

Sin embargo, las ideologías de ambos caudillos y sus movimientos eran sumamente divergentes. De Gaulle era un conservador clásico, un hombre que creía en las realidades tradicionales del derecho francés. Trató por varios medios de dar a Francia un régimen conservador estable, con un presidente fuerte. Al abogar por un poder ejecutivo poderoso, continúa en una tradición que en Francia fue ampliamente identificada con la monarquía y la Iglesia. En su llamamiento para la reconstrucción de Francia, De Gaulle nunca enfrentó los intereses de una clase con los de otra; ni él ni su movimiento trataron nunca de ganar el apoyo de las clases medias mediante la idea de que sus intereses estaban amenazados por las grandes empresas y los bancos, o por los sindicatos. Más bien De Gaulle se identificaba a sí mismo con todo lo que hizo progresar a Francia como nación: el desarrollo de una gran industria eficaz, las nacionalizaciones que habían tenido lugar bajo su régimen con anterioridad a 1946 y el fortalecimiento del poder del Estado. También mantuvo ostentosamente su identificación con la Iglesia Católica. De Gaulle pertenecía directamente a la tradición de hombres fuertes de la derecha conservadora. Trató de cambiar las instituciones políticas con el objeto de conservar los valores tradicionalistas.

Los materiales de que disponemos acerca del apoyo de que disfrutaba De Gaulle corroboran la afirmación de que el RPF reclutó su poderío en las fuentes clásicas del conservadurismo. Los datos de las encuestas indican que el RPF obtuvo más votos en su apogeo antes de 1948 de parte de aquellos que anteriormente habían votado por el PRL —el partido de la

[38] Para una excelente descripción de los acontecimientos políticos que condujeron a la destrucción de la República Austriaca, ver CHARLES A. GULICK, *Austria from Hapsburg to Hitler*, University of California Press, Berkeley, 1948.

libertad, o los *modérés*, los conservadores franceses— que de los que apoyaban a cualquier otro partido. En 1947, el 70 por ciento de los que decían que habían estado anteriormente en favor del PRL expresaban que se proponían votar a De Gaulle. La otra gran fuente de los conversos gaullistas la constituía el MRP católico que, aunque izquierdista en un número de cuestiones económicas, había captado los votos de muchos conservadores tradicionales, por algún tiempo, con posterioridad a la guerra, debido a su catolicismo explícito. El 54 por ciento de los que anteriormente apoyaban al MRP eran gaullistas en 1947. Este apoyo procedente de los partidos vinculados con el catolicismo y el conservadurismo puede compararse con el 26 por ciento del apoyo gaullista existente entre los que habían apoyado previamente al Partido Radical, partido liberal tradicional y anticlerical de la clase media francesa [39].

Una evidencia aún más directa del carácter básicamente conservador del apoyo de De Gaulle la constituyen los resultados de las encuestas del período que siguió a la retirada provisional de De Gaulle de la política y a la disolución del RPF. En 1955, aproximadamente la mitad (52 por ciento) de los que manifestaban haber votado a De Gaulle en 1951 expresaban que votarían por el partido gaullista disidente (URAS), pero cuatro de cada cinco personas que se habían inclinado por otro partido se proponían votar a los conservadores moderados [40].

Una variedad de datos de encuestas recopilados por *Sondages*, sección francesa de la Encuesta Gallup, señala que el RPF obtuvo su principal apoyo de aquellos que normalmente se inclinaban por los partidos más conservadores de los países europeos: los más acomodados, los más religiosos, los de más edad y las mujeres. Los que votaban por el RPF poseían una mejor educación que los que apoyaban a cualquier otro partido francés (38 por ciento de ellos poseía algo más que una educación elemental elevada); entre los votantes de este partido se contaba un mayor número de personas que pasaba de los 65 años; era más poderoso que cualquier otro partido entre los directivos de las industrias, ingenieros y comerciantes; y, tal como acontece en otros partidos católicos, la mayoría de sus votantes eran mujeres. Sólo el 12 por ciento de los que apoyaban al RPF expresaron no profesar prácticas religiosas, en contraste con el 40 por ciento de los radicales [41]. *Sondages* expresaba en 1952 que «el RPF es el más femenino de todos los partidos [...]. Las categorías (ocupacionales) predominantes y que se hallaban representadas en una proporción mayor que en la población total estaban constituidas por oficinistas, hombres de negocios, administradores industriales e ingenieros».

Los resultados de las encuestas no sólo demuestran el carácter conservador de los partidarios de De Gaulle, sino que también indican que se hallaban más propensos a desconfiar de las instituciones parlamentarias y

[39] *Sondages*, 16 de febrero de 1948, p. 47.

[40] JEAN STOETZEL, «Voting Behavior in France», *British Journal of Sociology*, 6 (1955), p. 105.

[41] Estos datos pueden encontrarse en inglés en J. STOETZEL, *op. cit.*, pp. 116-119, y en PHILIP WILLIAMS, *Politics in Post-War France*, Longmans, Green & Co., Londres, 1954, p. 446.

a favorecer un gobierno de un hombre fuerte que el electorado de cualquier otro partido importante, excepto los comunistas. Después de estos últimos, los gaullistas contaban con una mayor proporción de miembros que creía que su partido debería, en ciertas circunstancias, tomar el poder por la fuerza, y que apoyaba el progreso realizado por medio de una revolución. Una proporción de votantes gaullistas mayor que la de cualquier otro partido, incluyendo los comunistas, consideraba que «debería proscribirse a algún partido o algunos partidos», que sólo una minoría de «ministros del gabinete es gente honrada», que la «dirección» de un partido político es más importante que la doctrina o el programa, y tenía «plena confianza» en el jefe de su partido [42].

En la elección de 1956, para gran sorpresa de muchos observadores políticos, el movimiento poujadista llegó a tomar grandes proporciones. Algunos consideraban al poujadismo como la respuesta tardía de los elementos antirrepublicanos más autoritarios del derechismo francés a una oportunidad de votar contra la democracia y la república [43].

En efecto, el poujadismo, al igual que el nazismo en Austria y en Alemania, constituía esencialmente un movimiento extremista que se dirigía a los mismos estratos sociales que los movimientos que apoyan el «centrismo liberal», y se basaba en ellos. Si bien es imposible saber si hubiera podido asemejarse al nazismo, de haber llegado al poder, su ideología era la misma que la de los nazis y otros movimientos populistas extremistas de la clase media. El poujadismo se dirigía a la pequeña burguesía, a los artesanos, a los comerciantes y campesinos, y prorrumpía en invectivas sobre los terribles efectos que ejercía sobre éstos una moderna sociedad industrial. Se oponía a las grandes empresas, a los *trusts*, a los partidos marxistas, a los sindicatos, a las grandes tiendas y bancos y a los controles estatales sobre las empresas, tales como el de la seguridad social y otras medidas estatales de bienestar, que elevaban los impuestos del ciudadano. Pero mientras el poujadismo atacaba explícitamente tanto a la izquierda como a la derecha, se vinculaba fuertemente con la tradición republicana revolucionaria. Apelando a los sentimientos populistas —la idea de que el pueblo debería controlar al gobierno en lugar de los partidos—, Poujade ensalzaba a los revolucionarios franceses, que no «vacilaron en guillotinar a un rey», y pedía el resurgimiento de varias instituciones revolucionarias, como los *Estados Generales*, a los cuales deberían presentarse listas de reclamaciones, sometidas por cuerpos locales de ciudadanos, a la manera de 1789 [44].

[42] *Sondages*, 14 (1952, n.° 3), presenta un informe detallado sobre las características y opiniones sociales de los prosélitos de los partidos principales, del cual fueron tomados los datos de los dos parágrafos precedentes. Para un informe posterior de la misma encuesta, ver PHILIP WILLIAMS, *Politics in Post-War France*, Longmans, Green & Co., Londres, 1958, 2.ª ed., pp. 452-454.

[43] Ver GEORGES LAVAU, «Les classes moyennes et la politique», en MAURICE DUVERGER (ed.), *Partis politiques et classes sociales en France*, Librairie Armand Colin, París, 1955, pp. 60, 76.

[44] Ver JEAN MEYNAUD, «Un essai d'interpretation du mouvement Poujade», *Revue de l'Institut de Sociologie* (1956, n.° 1), p. 27, para una discusión de los símbolos populistas republicanos del poujadismo; para una mayor documentación sobre la ideología poujadista, ver otras secciones de este artículo, pp. 5-38; S. HOFFMAN, *Le mouvement Poujade*,

Junto con sus ataques a las grandes empresas, a los partidos izquierdistas y a los sindicatos, también atacaba a los judíos y asumía una defensa nacionalista del colonialismo [45]. El escritor británico Peter Campbell resumió la relación que la ideología poujadista guarda con los liberales anticlericales, más bien que con la tradición derechista francesa.

> Bajo sus diversos aspectos, la derecha antidemocrática tradicional sostuvo que la república traicionó a Francia: según el poujadismo, son los políticos y los gobernantes quienes traicionaron a la república y al pueblo honrado que debían proteger. La tarea de los poujadistas consiste en reconquistar la república en el espíritu de la revolución de 1789-1793. Los poujadistas exigen nuevos Estados Generales con nuevos *cahiers* de reclamaciones e instrucciones del pueblo [...]. Prefirieron el lema de la república antes que las varias trinidades de la extrema derecha (tales como «Trabajo, Familia, Patria», del Mariscal Pétain), pero hicieron notar sus propias interpretaciones particulares de «Libertad, Igualdad y Fraternidad».
>
> Su vinculación con la república y con los principios y símbolos de la revolución colocan al poujadismo en la tradición democrática [...]. Sin embargo, su psicología se sitúa muy cerca de la del fascismo, o más bien de la del fascismo de la masa, en contraste con la del fascismo de la «élite» social. Existe en el poujadismo el mismo temor de verse fundido con el proletariado (temor asociado con hostilidad para con los obreros organizados y para con las altas esferas sociales, que se hallan respectivamente por debajo y por encima de la amenazada clase media baja), el deseo de disponer de víctimas propiciatorias (internas y externas) y una hostilidad contra la cultura, los intelectuales y los no conformistas [46].

Las diferencias ideológicas entre el gaullismo y el poujadismo no demuestran necesariamente que estos dos movimientos representen a capas diferentes de la población. Muchos han sostenido que «el núcleo esencial del poujadismo consistía en su "oposición" al régimen (democrático)», de tal modo que pudo absorber al gaullismo en 1951 [47]. Pero un vistazo a un mapa de Francia sobre el cual se hallen superpuestos los votos gaullistas de 1951 y los poujadistas de 1956 desvirtúa rápidamente esta teoría. El poderío poujadista se extendía en gran parte por regiones de Francia, principalmente el sur, en las que los gaullistas habían sido débiles, mientras estos últimos eran poderosos en regiones que resistían las acometidas poujadistas. Mientras que en términos generales Poujade obtenía en el país menos votos que De Gaulle —2.500.000 contra 3.400.000—, los candidatos poujadistas de 1956 recibieron muchísimo más apoyo que los gaullistas de 1951 en muchos distritos del sur [48]. El poderío gaullista se centraba en las regio-

---

Librairie Armand Colin, Paris, 1956; M. DUVERGER y otros (eds.), *Les élections du 2 janvier 1956*, Librairie Armand Colin, Paris, 1957, esp. pp. 61-64.

[45] Inclusive Poujade dio dinero públicamente en apoyo de una huelga importante en Saint Nazaire. Ver J. MEYNAUD, *op. cit.*, p. 26.

[46] PETER CAMPBELL, «Le Mouvement Poujade», *Parliamentary Affairs*, 10 (1957), pp. 363-365.

[47] Ver S. HOFFMAN, *op. cit.*, pp. 190 ss., para una exposición de las varias hipótesis que se han emitido para explicar el desarrollo del poujadismo.

[48] *Ibid.*, p. 193; para un análisis detallado de los orígenes ecológicos del voto poujadista, ver FRANÇOIS GOGUEL, «Géographie des élections du 2 janvier», en M. DUVERGER y otros (eds.), *op. cit.*, pp. 477-482.

nes de Francia más acomodadas, industrializadas y en expansión económica, mientras que el centro geográfico del poujadismo se hallaba ubicado en los departamentos más pobres, relativamente subdesarrollados y, por consiguiente, económicamente estancados.

Además de la evidencia ecológica, una cantidad considerable de encuestas más directas o datos electorales demuestra que el poujadismo obtuvo su apoyo de la base social tradicional del liberalismo —las clases medias anticlericales— y que era un movimiento revolucionario y no conservador. Una encuesta realizada con un grupo nacional representativo del electorado, dirigida por el Instituto Nacional Francés para el Estudio de la Población, en 1956, averiguó que aproximadamente la mitad de los votantes poujadistas eran trabajadores independientes [49]. Estos resultados nacionales fueron reiterados por una encuesta realizada por el Instituto Francés de Investigación de la Opinión Pública en el primer distrito de París, que descubrió que el 67 por ciento de los votos poujadistas de este distrito provenían de pequeños comerciantes o artesanos [50]. Mientras las encuestas de grupos representativos del electorado gaullista demostraron que éstos eran los más educados de los seguidores de cualquier partido, los poujadistas parisienses poseían menos educación que los partidarios de cualquier otra agrupación, a excepción de los comunistas. Su *status* económico, a juzgar por las respuestas suministradas a los entrevistadores, era también considerablemente más bajo que el de los gaullistas [51].

Estos datos están de acuerdo con la interpretación sugerida por los análisis ecológicos —según la cual el poujadismo era, en gran medida, un movimiento de la clase media baja de trabajadores independientes y de la pequeña burguesía de las regiones provinciales decadentes, y por lo tanto se diferenciaba enormemente del gaullismo, que fue apoyado en 1951 por el sector de la clase media que se hallaba en una posición desahogada o vivía en las regiones de Francia más desarrolladas económicamente [52].

---

[49] Esta es la misma encuesta que fuera presentada en el cuadro I del cap. 7. Se computaron estos datos sobre la base de las tarjetas IBM del estudio, que fueron gentilmente cedidas por Alain Girard, del Instituto.

[50] Jean Stoetzel y Pierre Hassner señalan que el éxito poujadista significaba el «ingreso en la Asamblea Nacional de un gran grupo de representantes de profesiones hasta el presente escasamente representadas: la lista de los diputados poujadistas electos publicada en *Le Monde*, señala que 26 de los 52 poujadistas atienden ocupaciones comerciales (10 vendedores de comestibles, 10 comerciantes varios y 6 comerciantes mayoristas); los 26 restantes son artesanos, o propietarios de empresas más bien pequeñas o medianas, además de un director de escuela y dos "estudiantes"». Por lo tanto, los representantes oficiales del poujadismo, así como su base social, estaban constituidos por la clase media baja. Ver STOETZEL y HASSNER, «Resultats d'un sondage dans le premier secteur de la Seine», en M. DUVERGER y otros (eds.), *op. cit.*, p. 190.

[51] Estos datos se desprenden de las tablas suministradas en JEAN STOETZEL y PIERRE HASSNER, *op. cit.*, esp. pp. 236-242. Este artículo refleja la tendencia del voto en París, con su estructura ocupacional diversificada, y su gran clase media, tanto independiente como asalariada. Otros artículos de este volumen analizan los resultados de las elecciones en otros departamentos, e indican que Poujade fue apoyado por los comerciantes, artesanos y por los campesinos en algunos distritos. Ver pp. 316, 322-352, 369-395, en particular.

[52] Por supuesto, el gaullismo obtuvo también un gran apoyo de los estratos a los que Poujade tenía un acceso limitado, particularmente la burocracia de la gran industria, los administradores, ingenieros y oficinistas. «En los pocos departamentos económicamente progresistas en los cuales el poujadismo obtuvo algún éxito (por ejemplo, Isère), un estudio minucioso reveló que este éxito provino principalmente de las zonas atrasadas de dicho de-

Sin embargo, estos datos no demuestran, en rigor, que el poujadismo se dirigiera básicamente a los «liberales» tradicionales [53]. Para alcanzar tal evidencia debemos acudir a dos fuentes: las creencias y el comportamiento religiosos de los partidarios del movimiento, y sus opiniones sobre cuestiones que están vinculadas con la aceptación o rechazo de los valores tradicionales de la familia francesa. Como lo indican los datos suministrados en el cuadro VII del capítulo 7, los partidos que obtienen su apoyo en forma desproporcionada de los católicos que profesan su fe fueron el MRP católico, los independientes conservadores y los gaullistas, mientras que los comunistas, los socialistas, los radicales y los poujadistas se hallaban ampliamente representados entre los católicos que no profesaban y entre los que no poseían religión alguna [54]. Los independientes conservadores y los gaullistas obtuvieron aproximadamente las dos terceras partes de sus votos en 1956 (de acuerdo con la encuesta ya citada) de los católicos que profesaban la religión, mientras sólo el 35 por ciento de los poujadistas y el 29 por ciento de los radicales asistían habitualmente a la iglesia.

Algunos datos de esta misma encuesta, publicados anteriormente y que tratan de las actitudes con respecto al tamaño de la familia y al control de los nacimientos, asuntos que en Francia están estrechamente vinculados con la religión y la política, confirman también la tesis de que es más posible que los poujadistas se asemejen a los izquierdistas anticlericales en sus opiniones que a los conservadores del ala derecha. (Ver cuadro III.) Por consiguiente, al estar los encuestados divididos de acuerdo con su afiliación partidaria, los sentimientos existentes entre los votantes poujadistas eran similares a los de los partidos izquierdistas, mientras los votantes que apoyaban a los republicanos sociales (el último grupo gaullista, conducido por Jacques Soustelle, que permaneció leal a De Gaulle después que éste se retiró de la política) detentaban actitudes sociales que se aproximaban a las del MRP y a las de los independientes.

En 1958, con posterioridad al *coup d'état* militar que hizo reasumir a De Gaulle la presidencia de Francia, se formó todavía otro gran partido político, que repudiaba las tradiciones de la democracia parlamentaria, la Unión por la Nueva República (UNR). Este partido objetó las primeras elecciones de la Quinta República, reclamando, con cierta justicia, que era el partido gaullista *par excellence*, ya que estaba dirigido por muchos hombres que habían tomado parte en los movimientos gaullistas anteriores, tales como Jacques Soustelle y Michel Debré. El partido alcanzó alrededor

parlamento.» MAURICE DUVERGER, *The French Political System*, University of Chicago Press, Chicago, 1958, p. 97.

[53] Maurice Duverger señala que los partidarios tradicionales de los radicales eran «casi los mismos grupos sociales que hoy apoyan a Poujade, es decir, los pequeños comerciantes y artesanos». *Ibid.*, p. 98.

[54] Varios datos indican que el poujadismo está compuesto de forma desproporcionada por varones en comparación con los independientes, el MRP y los gaullistas. Para datos sobre los resultados efectivos de las elecciones, ver CLAUDE LELAU, «La géographie des partis dans l'Isère», en M. DUVERGER y otros (eds.), *op. cit.*, p. 394; ver también JEAN STOETZEL y PIERRE HASSNER, *op. cit.*, p. 236; ver *Sondages*, 1 diciembre 1948, p. 223; 16 enero 1949, pp. 16-18, y agosto de 1949, p. 126, y 1952, n.º 3, p. 24, para datos sobre la composición por sexos de los votantes gaullistas.

CUADRO III

RELACION ENTRE EL VOTO POR PARTIDOS Y LAS ACTITUDES PARA CON EL CONTROL DE LOS NACIMIENTOS EN FRANCIA *

	Afiliación por partidos						
Actitudes	*Indep.* (%)	*MRP* (%)	*Rep. Soc. (Soustelle)* (%)	*UDCA (Poujade)* (%)	*Radicales* (%)	*Socialistas* (%)	*Comunistas* (%)
El número de nacimientos en Francia es:							
Demasiado elevado	27	21	26	48	42	43	42
Como debe ser	56	59	48	39	43	43	39
Insuficiente	10	14	19	11	8	6	8
Aprueba la información sobre el control de la natalidad	29	24	29	42	51	60	68
Desaprueba la información sobre el control de la natalidad	59	65	64	46	37	30	19

* ALAIN GIRARD y RAÚL SAMUEL, «Une enquête sur l'opinion publique à l'égard de la limitation des naissances», *Population*, 11 (1956), p. 500. El grupo representativo total estaba formado por 2.432 personas.

del 20 por ciento de los votos, menos del apoyo que había logrado el RPF en 1947-1951, pero mucho más del que Soustelle había obtenido en 1956 para el URAS progaullista. Aunque no hubo estudios publicados de las elecciones de 1958, los resultados de las encuestas puestas en circulación por el Instituto Francés de la Investigación de la Opinión Pública, provenientes de una encuesta realizada en febrero de 1959, indican que el gaullismo de 1958 se apoyaba en los mismos estratos relativamente acomodados y conservadores que el de los anteriores RPF y URAS, y ofrece poca similitud con el apoyo acordado al extremista populista Poujade. Como lo indican los datos contenidos en el cuadro IV, menos de una cuarta parte de los comerciantes independientes apoyaban al UNR, proporción considerablemente menor que la que había votado por Poujade hacía dos años y medio. Contrariamente, el UNR obtuvo un apoyo considerable de los que desempeñaban ocupaciones propias de la «clase alta» y de los trabajadores de oficina. Y, tal como sucedió en los primeros grupos gaullistas, la mayoría de los votantes del nuevo partido estaba constituida por mujeres, y el 54 por ciento poseía más que una educación de escuela primaria. En efecto, los votantes del UNR eran mucho más instruidos, por lo general, que los partidarios de cualquier otra agrupación política importante, en contraste con los poujadistas de 1956, que habían asistido a la escuela menos que los partidarios de cualquier agrupación no comunista. Desgraciadamente, no existen hasta ahora datos dignos de fe sobre la manera en que votaron en 1958 los que apoyaron a Poujade en 1956. Una encuesta perso-

CUADRO IV

ELECCION DE PARTIDOS DE LOS VOTANTES DE LAS DIFERENTES CATEGORIAS OCUPACIONALES, EN LAS PRIMERAS ELECCIONES DE LA QUINTA REPUBLICA FRANCESA *

	Ocupación					
Partido	*Industriales, ejecutivos, profesionales (%)*	*Trabaj. indep. (%)*	*Oficinistas (%)*	*Obreros (%)*	*Campesinos (%)*	*Jubilados y rentistas (%)*
Comunista	0	2	10	26	6	6
Socialista	5	13	16	25	12	22
UFD (Mendes)	7	5	9	6	6	4
Radical	2	12	6	5	9	9
RFD (gaullista de izq.)	3	4	1	**	2	**
MRP (católico liberal)	5	9	9	10	14	13
UNR	40	23	30	17	13	21
Demócrata Cristiano (gaullista de Bidault)	8	8	6	3	3	9
Independiente y agrario (conservador)	28	18	11	7	35	15
Poujadista	2	5	1	**	1	**
Nacionalista (fascista)	0	2	**	**	**	0
(N)	(60)	(129)	(282)	(416)	(317)	(217)

* Esta tabla y otras referencias del texto sobre las elecciones de 1958 fueron extraídas de los datos cedidos gentilmente por el profesor Jean Stoetzel y por Louis Angelby, del Instituto Francés de la Investigación de la Opinión Pública, provenientes de una encuesta nacional del electorado francés, realizada desde el 17 de febrero hasta el 26 del mismo mes, en 1959. Una encuesta anterior del Instituto, que suministra muchos datos acerca de las actitudes de la población francesa durante el surgimiento de la quinta república, se halla incluida en *Sondages*, 20 (1958, n.º 4), pp. 3-62.

** Menos del 1 por ciento.

nal realizada por Georges Dupeux, de la Universidad de Burdeos, que trató de responder a esta cuestión durante la propia campaña electoral, no logró obtener respuesta alguna de más de la mitad de los entrevistados, pero de los pocos que admitieron haber votado por Poujade, sólo dos, entre once, votaron por el UNR.

Los caracteres ideológicos del gaullismo y del poujadismo y los atributos sociales de sus partidarios indican que la diferenciación entre el autoritarismo conservador (de derecha) y el liberal (centrista), que ayuda a explicar los orígenes sociales del nazismo, es también útil para la interpretación de la política francesa de posguerra. Pero los estratos conservadores y liberales dieron lugar a grandes movimientos sociales que censuraban al régimen parlamentario de la Cuarta República, y que eran antimarxistas y extremadamente nacionalistas. Pero el uno fue básicamente conservador, y el otro, revolucionario en el sentido populista.

ITALIA

Resulta difícil analizar la historia política italiana en términos de los tres tipos de política antidemocrática, debido a la manera especial en que el fascismo italiano llegó originalmente al poder. En calidad de movimiento, se inició como partido neosocialista, quizá más dentro de la tradición del peronismo reciente que los otros, pero, conducido por un gran oportunista, aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para asegurarse el apoyo de los diversos estratos sociales. Pareció durante mucho tiempo que su ideología iba dirigida principalmente hacia las clases medias anticlericales, pero después de 1929 se avino con el Vaticano y firmó el primer concordato de la historia de la Italia unificada. Durante el período en que detentó el poder, el fascismo italiano representó en gran parte una coalición entre el tradicionalismo antidemocrático y el autoritarismo populista de la clase media, dirigida contra los sectores revolucionarios izquierdistas de las poblaciones urbanas y rurales.

Muchos estudiosos del fascismo italiano atribuyeron sus orígenes a los sectores de la clase media y a la propaganda ideológica de ésta. Según la *Encyclopedia of the Social Sciences*, el valle del Po, habitado principalmente por «pequeños propietarios y agricultores arrendatarios, esencialmente de la clase media por sus intereses materiales así como por sus apreciaciones intelectuales y morales», fue incluso «evocado por el propio Mussolini como la cuna del movimiento fascista». Gran parte de la legislación fascista fue «destinada a aumentar el número de pequeños terratenientes», y el programa sindicalista inicial de Mussolini, que se dirigía a grupos sumamente heterogéneos, fue detenido cuando el dictador «condujo con éxito su agitación en las clases medias urbanas y rurales, que se unieron gradualmente a los núcleos originalmente internos de tropas de choque» [55].

Los dos componentes de la coalición fascista se separaron durante la guerra, cuando el sector más conservador concluyó la paz con las potencias occidentales, y la parte más genuinamente fascista conducida por Mussolini mantuvo a la República Social Italiana luchando como aliada de los nazis. Desde que terminó la guerra, continuaron actuando en la política italiana dos movimientos no marxistas, básicamente antidemocráticos. Los monárquicos representaban a los elementos tradicionalistas que trataban de defender al trono y a la Iglesia, mientras los neofascistas, el «Movimiento Sociale Italiano» (MSI), intentaba continuar la tradición fascista revolucionaria. Por más que muchas de sus condiciones, ideologías y programas sociales fueran diferentes, encontramos nuevamente en los monárquicos y en el MSI otras versiones de extremismo del ala derecha y de los centristas. Los

[55] Ver ERWIN VON BECKERATH, «Fascism», *Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. VI, Macmillan, Nueva York, 1937, p. 135.

cuadros que ambos presentaban al público italiano se hallaban claramente teñidos por la experiencia de Mussolini, y los votantes reaccionaban probablemente a ello aún más que a los programas electorales del momento. Este hecho hace que sea difícil esperar cualquier analogía estrecha entre estos grupos y los que hemos tratado en otros países. Sin embargo, los datos limitados de las encuestas de que disponemos sugieren, efectivamente, que en ciertos aspectos estos partidos difieren uno de otro de una manera comparable a las diferencias existentes entre los gaullistas y los poujadistas, o entre la derecha alemana y los nazis. Los monárquicos son de una mejor posición económica, mayores, religiosos y predominantemente del sexo femenino. Los partidarios del MSI provienen de las clases menos acomodadas y son comparativamente jóvenes, predominan los hombres y son irreligiosos o anticlericales.

Los datos de las encuestas ubican la mayor concentración de votantes neofascistas en las pequeñas comunidades [56]. Además, las investigaciones ecológicas señalan que el MSI, tal como el poujadismo en Francia, fue más poderoso en las regiones menos desarrolladas y menos urbanizadas del país [57]. Mavio Rossi, un observador norteamericano de la política italiana, expresó que «el movimiento neofascista se está extendiendo más rápidamente por las provincias meridionales atrasadas [...] que la mayoría de los neofascistas [que concurren a los mítines de los partidos] son estudiantes menores de veinte años u hombres jóvenes de alrededor de treinta [...y que] la mayoría de los neofascistas mayores son veteranos de la última guerra» [58]. No obstante, la evidencia sobre la composición de clase de los partidarios del neofascismo no está de acuerdo con la hipótesis general de que esa ideología, en su calidad de movimiento centrista, debería constituir, preeminentemente, un movimiento de los trabajadores independientes. Los datos tomados de la encuesta de la Investigación de la Opinión Pública Internacional de 1953, exhibidos en el cuadro II del capítulo 7, indican que los pequeños propietarios rurales y los artesanos constituyen las únicas categorías ocupacionales que dieron al partido un apoyo desproporcionado (15 por ciento) comparado con sus votos totales de la muestra total representativa (12 por ciento). Otras encuestas más recientes, realizadas en 1956 y en 1958 por DOXA, una organización italiana de encuestas, encontró que en 1956 había sólo una pequeña diferencia entre el total de apoyo

[56] Ver datos en los documentos de la Encuesta Mundial. Ver también P. L. FEGIZ, *Il Volto Sconosciuto dell'Italia*, Dott. A. Giuffrè, Milán, 1956, pp. 501-526.

[57] FRANCESCO COMPAGNA y VITTORIO DE CAPRARIIS, *Geografia dell'elezioni italiane dal 1946 al 1953*, Il Mulino, Bolonia, s. f., pp. 25, 34.

[58] MAVIO ROSSI, «Neo-Fascism in Italy», *Virginia Quarterly Review*, 29 (1953), pp. 506-507. Un estudio ecológico detallado de las elecciones italianas desde 1946, realizado por el sociólogo francés Mattei Dogan, trata desgraciadamente a los monárquicos y a los neofascistas como un solo grupo. Manifiesta que son muy poderosos en el sur de Italia, pero también que su fuerza aumenta con el tamaño de la comunidad, y es particularmente grande en ciudades meridionales tales como Nápoles y Bari, pero también en Roma y Trieste. Informa del poderío del «ala derecha» en Roma, debido a la presencia de funcionarios en servicio y jubilados «que recuerdan con nostalgia el régimen fascista», y en Trieste, debido al hecho de que allí «el nacionalismo fue exacerbado por el conflicto con Yugoslavia». «Le comportement politique des italiens», *Revue française de science politique*, 9 (1959), pp. 398-402.

prestado al MSI por los trabajadores independientes (8 por ciento) y el de los trabajadores manuales (9 por ciento), y que en 1958 los neofascistas lograron aproximadamente la misma proporción (6 por ciento) entre los artesanos que trabajan por su cuenta que entre los trabajadores manuales [59].

Sin embargo, debería ponerse de relieve que la mayoría de las encuestas de los grupos representativos del electorado italiano indica que los monárquicos disfrutaban de una posición económica muy superior a la de los partidarios neofascistas. Así es como una encuesta de 1957, realizada por la International Research Associates, descubrió que el 12 por ciento de la gente de buena posición votaba por los monárquicos, en contraste con el 2 por ciento solamente de los fascistas. La fuerza más grande de estos últimos, puesta de relieve en ésta y en la mayoría de las investigaciones, residía en los estratos intermedios, como la de la Democracia Cristiana y la de los socialistas del ala derecha y los republicanos, mientras los socialistas del ala izquierda, de Nenni, y los comunistas, poseían el grueso de sus fuerzas entre las clases más pobres [60].

La diferencia entre el neofascismo italiano y los otros movimientos puede reflejar su carácter de movimiento fascista después que el fascismo hubo estado en el poder. Puede ser que el electorado reaccione más al recuerdo del tiempo en que Mussolini estaba en el poder que al programa en vigor del partido. La relativa debilidad del partido entre los trabajadores independientes puede constituir un resultado del hecho de que el régimen fascista no favoreciera a los estratos de trabajadores independientes, y estuviera, en cambio, en connivencia con las altas finanzas, los grandes terratenientes y la Iglesia. En su último año de existencia, 1944-1945, también trató, bajo su figura de República Social Italiana, de ganarse el apoyo de la clase trabajadora del norte de Italia por medio de la nacionalización de la industria, juntas de obreros y un llamamiento general al socialismo radical.

LOS ESTADOS UNIDOS: EL MACARTHISMO COMO EXTREMISMO POPULISTA

En los Estados Unidos existió también la tradición de un fuerte movimiento liberal destinado a proteger la posición social y económica del pequeño agricultor independiente o del comerciante urbano, que constituyen históricamente una parte de la izquierda democrática. Como lo señalaron muchos historiadores, los movimientos populistas y progresistas en los últi-

[59] Estas estadísticas se basan en un segundo análisis de los datos de estas investigaciones realizadas con las tarjetas IBM gentilmente cedidas por el Dr. P. Luzzatto Fegiz, director de DOXA.

[60] Las estadísticas pertenecen a una encuesta de 1957, cuyos resultados no se publicaron. En total, fueron inspeccionadas o reanalizadas seis diferentes encuestas italianas, realizadas por tres organizaciones distintas de investigación. Dado que nos hallamos interesados por el apoyo prestado a un partido que cuenta con menos del 5 por ciento del electorado, es completamente natural que haya una variación considerable entre los resultados de una encuesta de un grupo representativo, y otra. Las conclusiones antes citadas representan la mejor estimación que pueda realizarse sobre los orígenes del apoyo al neofascismo y a la monarquía, provenientes de todas las encuestas.

mos años del siglo XIX y de los primeros del siglo XX adoptaron esta forma clásica. Durante este período de capitalismo industrial floreciente y de desarrollo de los *trusts*, grandes sectores de la pequeña burguesía rural y urbana respondieron a un llamamiento para controlar las grandes empresas, los *trusts*, los ferrocarriles y los bancos. Estos movimientos incluían un fuerte elemento de antisemitismo y xenofobia generalizada, dirigido contra todo poder que surgía y contra la influencia de los inmigrantes [61]. En el orden político, manifestaban una fuerte desconfianza por la democracia parlamentaria o constitucional y eran particularmente enemigos del concepto de partido. Preferían liquidar los orígenes del poderío partidario y crear una democracia tan directa como fuera posible, por medio de la introducción de la iniciativa y el referéndum, y por medio de fáciles convocatorias a elecciones. Los partidos, los políticos, las grandes empresas, los banqueros y los extranjeros eran malos; solamente era bueno el pueblo, que actuaba por sí mismo.

El movimiento populista perdió mucho de su influencia política directa con el rápido crecimiento de grandes industrias y ciudades. Hasta cierto punto, el Ku-Klux-Klan de la década de 1920 constituyó una expresión rezagada del populismo provincial que se dirigía a los agricultores y a los pequeños comerciantes de las ciudades y pueblos, contra la dominación de los centros metropolitanos. En la década de 1930 algunos movimientos abiertamente fascistas trataron de adquirir poder apelando directamente a los intereses económicos de los agricultores y de los pequeños comerciantes, atacando las instituciones democráticas y echando la culpa de las dificultades sociales y económicas a los financieros internacionales y a los judíos [62].

No poseemos una medida exacta del poder real de los varios movimientos populistas extremistas norteamericanos de la década del 30. Algunos suponen que contaban con un apoyo de varios millones de personas. Cualquiera que haya sido su poderío, no estuvieron en condiciones de transformarlo en victorias de partidos ni de convertirse en un tercer partido mayoritario. Huey Long, gobernador y senador de Luisiana, quien fue, posiblemente, el extremista neopopulista de más éxito de la década de 1930, constituye un ejemplo elocuente de la continuidad populista. Atacó en el sur, y durante un corto tiempo en el marco nacional, «a los intereses de las corporaciones conservadoras y del exterior», prometió terminar con las grandes fortunas por medio de onerosos impuestos y apoyar a la clase media y redistribuir la riqueza entre los pobres. Nunca sabremos en qué medida Long habría tenido éxito en el orden nacional, ya que una bala asesina lo hizo desaparecer en 1935. Pero se hace evidente que representaba un fuerte vínculo con el populismo de 1890, no sólo por un examen de su ideología, sino también por el hecho de que existe una alta correlación entre los votos que obtuvo en las elecciones de Luisiana de las décadas de

[61] Ver RICHARD HOFSTADTER, *The Age of Reform*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1955, para una exposición detallada de esta tesis.
[62] Ver VICTOR C. FERKISS, «Populist Influence in American Fascism», *Western Political Quarterly*, 10 (1957), pp. 350-373.

1920 y 1930, y los que lograron los populistas en 1896 [63]. Se ignora si en el orden nacional el longismo hubiera implicado una dictadura, pero, mientras ejercía el poder en Luisiana, se tradujo por un rudo ataque contra el derecho de la oposición y contra una prensa libre, y un desprecio por los procesos jurídicos y constitucionales.

Una expresión reciente del extremismo populista en los Estados Unidos la constituyó el macarthismo. MacCarthy no poseía partido, ni siquiera organización, pero durante algunos años organizó la escena política norteamericana, denunciando a las fuerzas de la izquierda —los demócratas del New Deal— como traidores o cómplices de traidores, y al mismo tiempo insistía en que el grueso de ellos se hallaba respaldado por el enemigo tradicional del populismo, la clase alta del este del país [64].

Con los datos provenientes de las encuestas de opinión puede verificarse que MacCarthy se dirigía a los mismos grupos sociales que el populismo «del ala izquierda». Un estudio del sociólogo Martin Trow intentó localizar el apoyo social con que contaba MacCarthy, clasificando a los encuestados de una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra en cuatro categorías políticas: 1) liberales trabajadores —los que estaban en favor de los sindicatos y eran hostiles a las grandes corporaciones; 2) liberales del siglo XIX —los que se oponían a los sindicatos y a las grandes corporaciones; 3) conservadores moderados —los que apoyaban a los sindicatos y estaban también en favor de las grandes empresas, y 4) conservadores del ala derecha —los que eran hostiles a los sindicatos y estaban en favor de las grandes empresas. En los términos de esta tipología, los que se encontraban dentro de la categoría 2, los «liberales del siglo XIX», corresponden a los liberales de Europa, y, como lo señala Trow, su ideología es preponderantemente la de los pequeños comerciantes [65]. Al examinar cómo los partidarios de cada una de estas cuatro posiciones políticas reaccionaron frente a MacCarthy, nos encontramos con que eran los liberales del siglo XIX —no los conservadores moderados o extremistas— quienes se mostraban más propicios a apoyarlo. (Cuadro V.)

El apoyo con que contaba MacCarthy entre los liberales del siglo XIX era casi el doble del que tenía entre los que sostenían otras posiciones políticas. Como lo señala Trow, es ésta la misma tradición política de los Estados Unidos, que en general «no dispone de un lugar institucionalizado en la escena política, posee poca representación o dirección en los grandes partidos, [y] es la que busca tener voz y voto por medio de MacCarthy. Y este último les expresó su temor y desconfianza por lo desmesurado y las ideas engañosas y subversivas que provienen de las ciudades y las grandes instituciones para echar a perder las antiguas costumbres y creencias» [66].

[63] PERRY H. HOWARD, *Political Tendencies in Louisiana, 1812-1952*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1957, p. 128.
[64] Para un análisis del doble componente de la ideología macarthista, ver en DANIEL BELL (ed.), los ensayos *The New American Right*, Criterion Books, Nueva York, 1956.
[65] Ver MARTIN A. TROW, *op. cit.*, pp. 277-278.
[66] *Ibid.*, p. 276. Una investigación no tan amplia, basada, sin embargo, en un grupo representativo nacional, revela también que era más probable que los pequeños comercian-

Al igual que el poujadismo, el macarthismo y el liberalismo del siglo XIX constituyen fundamentalmente las reacciones de los pequeños comerciantes. Aunque estos últimos comprendían solamente una quinta parte de los hombres de la muestra representativa de Trow, «llegaron a formar un tercio de los liberales del siglo XIX». Y entre estos últimos, los pequeños comerciantes eran aún más susceptibles de ser macarthistas que los que se dedicaban a otras ocupaciones. Tal como en el caso del poujadismo, la proporción más alta de partidarios de MacCarthy «se encontró entre los pequeños comerciantes de poca instrucción que mantenían estas actitudes de los liberales del siglo XIX: casi tres de cada cuatro de estos hombres eran partidarios de MacCarthy». Pero mientras éste se atraía a los partidarios tradicionales del populismo norteamericano, los principales defensores del orden establecido se unieron finalmente para derrotarlo. Como hemos tratado de indicarlo en otra parte, el conservadurismo norteamericano y las grandes empresas resistieron a MacCarthy [67].

CUADRO V

APOYO A MACCARTHY
DE LAS DIFERENTES ORIENTACIONES POLITICAS *

	Porcentaje a favor de sus métodos	
Liberales trabajadores	37	(191)
Liberales del siglo XIX	60	(142)
Conservadores moderados	35	(190)
Conservadores del ala derecha	38	(140)

* Estimaciones de MARTIN A. TROW, *op. cit.*, p. 276.

Al tratar del macarthismo y del poujadismo en la misma sección con el fascismo italiano y con el nazismo alemán y austriaco no pretendemos sugerir que esos movimientos se habrían convertido en dictaduras ni sus jefes hubieran alcanzado el poder. Lo que sí sugerimos es que ellos, al igual que los otros movimientos que se dirigen a las clases medias independientes urbanas y rurales, eran en gran parte producto de las frustraciones insolubles de los que se sienten arrancados de las tendencias fundamentales de la sociedad moderna. No solamente estos cinco movimientos nacionales eran respaldados en forma desproporcionada por los pequeños comerciantes independientes, sino que en cada país contaban con un apoyo mucho mayor de parte de los que vivían en granjas o en pequeñas ciudades y pueblos de provincia. En los Estados Unidos las clases «liberales» decadentes se hallan radicadas en regiones decadentes. La pequeña burguesía de estos sectores no sólo sufre privaciones debido a la decadencia relativa de su clase, sino que también está compuesta por ciudadanos de comunidades cuyo *status* e influencias dentro de la sociedad más amplia están declinando rápidamente. De cuando en cuando, y de acuerdo con varios factores históricos específicos, su descontento los lleva a aceptar diversas ideologías irracionales de protesta —regionalismo, racismo, supernacionalismo, anticosmopolitismo, macarthismo, fascismo.

tes fueran partidarios de MacCarthy, que cualquier otro estrato ocupacional. Ver IMMANUEL WALLERSTEIN, *MacCarthyism and the Conservative*, tesis de Maestro de Artes, Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1954.

[67] S. M. LIPSET, «The Sources of the Radical Right», en DANIEL BELL (ed.), *op. cit.*, pp. 216-217, 232-233.

PERONISMO: EL FASCISMO DE LA CLASE BAJA

El tercer tipo de movimiento social que fue descrito a menudo como fascista es el peronismo, movimiento e ideología que se constituyó en torno de Juan Perón, présidente de la Argentina desde 1946 hasta 1955. A diferencia de las tendencias antidemocráticas del ala derecha, que se apoyaban en los estratos más acomodados y tradicionalistas, y de aquellas tendencias que preferimos llamar fascismo «verdadero» —autoritarismo centrista apoyado en las clases medias liberales, fundamentalmente los trabajadores independientes—, el peronismo, en gran parte como los partidos marxistas, se orientó hacia las clases más pobres, principalmente los trabajadores urbanos, pero también hacia la población rural más empobrecida. El peronismo posee una ideología del Estado fuerte, totalmente similar a la abogada por Mussolini [68]. También posee un fuerte contenido populista antiparlamentario, destacando que el poder del partido y el dirigente se derivan directamente del pueblo y que el parlamentarismo se convierte en gobierno de políticos incompetentes y corrompidos. Comparte con el autoritarismo del ala derecha y centrista una fuerte inclinación nacionalista y atribuye muchas de las dificultades a las que se enfrenta el país a los extranjeros —los financieros internacionales y otros—; y, al igual que las otras dos formas de extremismo, glorifica la posición de las fuerzas armadas.

Sin embargo, el peronismo se diferencia de los otros movimientos en su orientación positiva con respecto a los obreros, los sindicatos y la lucha de clases. Perón tomó el poder en 1946 en un golpe revolucionario apoyado por el ejército y la clase trabajadora, lo cual sobrevino después del derrocamiento del régimen del Partido Conservador. Pero Perón y su partido permanecieron en el poder mediante elecciones bastante honestas, obteniendo mayorías abrumadoras. En las elecciones de 1946, los socialistas, apoyados en la clase trabajadora, ni siquiera pudieron elegir un solo miembro de la Cámara de Diputados, por primera vez en cuarenta años. Según el experto en asuntos latinoamericanos Robert Alexander, «hasta en la ciudad de Buenos Aires, que había sido abrumadoramente radical y socialista, los peronistas se colocaron en primer término, con cerca de un cuarto de millón de votos; los radicales (de la clase media) ocupaban el

[68] Debería destacarse que a veces Perón aceptaba su vínculo con el fascismo y ensalzaba a Hitler y a Mussolini.

segundo lugar con 150.000, y los socialistas se clasificaron terceros, con poco más de 100.000 votos»[69].

En estas elecciones las separaciones de clase se dibujaron más fuertemente que en cualquier otra elección anterior. Los estratos bajos apoyaban a Perón, y las clases media y superior se le oponían[70]. El sociólogo argentino Gino Germani explicó la receptividad de la clase trabajadora argentina al llamamiento revolucionario de Perón como fenómeno típico de un período de industrialización y urbanización rápidas, como fue en gran parte la norma de Europa, según se expone en el capítulo 2[71].

Una vez en el poder, Perón puso en ejecución mucha legislación que elevaba el nivel de vida, el salario, las gratificaciones, el tiempo de descanso y la seguridad social de los trabajadores. También presentó leyes conocidas por el nombre de Estatuto del Peón, que beneficiaban a los trabajadores agrícolas y a los arrendatarios contra los terratenientes. Estas leyes se ocupaban de los días de descanso, del alojamiento, del pago mínimo, de la asistencia médica y del despido injustificado. Su gobierno organizó un plan para entregar tierras a los trabajadores rurales. Quizá la principal base institucional del poder peronista la constituían los sindicatos, que se hallaban completamente dominados por sus adeptos; tomaron grandes proporciones, y funcionaban como verdaderas instituciones de convenios colectivos, apoyadas por el Estado.

Todas estas medidas, que se nos aparecen como el programa de un partido obrero totalmente radical, se combinaban con un nacionalismo extremo, un fuerte énfasis en el papel dominante del «líder», una ideología corporativista, una demagogia populista y una falta de respeto por el constitucionalismo y la tradición. No sorprende que Perón ganara el apoyo entusiasta de los estratos inferiores, tanto rurales como urbanos, y una fuerte oposición de la clase media, las grandes empresas y los terratenientes. En gran medida, fue apoyado en su mandato por las fuerzas armadas, de cuyo cuerpo de oficiales provenía[72]. En cierta medida, su régimen consistía en una coalición entre los oficiales nacionalistas de un país subdesarrollado y sus clases bajas, orientada contra los imperialistas extranjeros y los «renegados» burgueses locales. Finalmente, el régimen fue derrumbado por los oficiales y la Iglesia, que habían sido alejados por el extremismo de Perón, su falta de responsabilidad y su continuo antagonismo para con los estratos a los que ellos pertenecían. Aun en el exilio, desenmascarado como político corrompido y como hombre que se valió de su posición para propósitos inmorales, Perón continuó siendo el líder de los trabajadores argentinos, y los dirigentes peronistas continúan siendo poderosos dentro de los sindicatos.

El fenómeno conocido como peronismo —nacionalismo populista anticapitalista que se dirige a los estratos bajos a la par que al ejército— no es, por supuesto, privativo de la Argentina. En Brasil, Getulio Vargas desarrolló con éxito el mismo tema una década antes; también fue identificado con el fascismo, y continuó conservando el apoyo de los trabajadores después de haber dejado el poder[73]. El «getulismo», al igual que el peronismo, se caracterizó por un programa práctico de reformas sociales, destinado a beneficiar a los trabajadores industriales urbanos. La oposición fundamental provenía de «la aristocracia de los hacendados, las antiguas familias, que estaban fijadas a la vieja estructura social del Brasil»[74]. El Partido Laborista de Vargas constituye una fuerza preponderante en la política brasileña, a veces aliada de los comunistas que, como se ha observado, también apoyaron a Perón durante una gran parte de su gobierno[75]. Si se considera el peronismo como una variante del fascismo, es, en ese caso, un fascismo de izquierda, porque se apoya en los estratos sociales que de otra manera se volcarían al socialismo o al comunismo, como válvula de escape de sus frustraciones.

LAS BASES SOCIALES DEL FASCISMO

El análisis de los modernos movimientos totalitarios ha reflejado los viejos conceptos de izquierda, derecha y centro. Los políticos, del mismo modo que los eruditos, han considerado estos movimientos como representación de los extremos del espectro político, y califican, por lo tanto, al

---

[69] ROBERT J. ALEXANDER, *The Peron Era*, Columbia University Press, Nueva York, 1951, p. 51.

[70] El continuado atractivo que el peronismo tenía para la clase trabajadora quedó demostrado por el hecho de que, en las elecciones de 1957, aproximadamente un cuarto del total de votantes se inclinó por un voto nulo llamado «blanco» que indicaba su apoyo al partido peronista, cuya participación en la votación no fue permitida. Una encuesta realizada por Gino Germani indica que la mayoría de los votantes «en blanco» eran trabajadores. Para un análisis detallado de los votos de varias elecciones, que correlacionan el apoyo de partidos diferentes con las categorías ocupacionales, ver G. GERMANI, *Estructura social de la Argentina*, *op. cit.*, cap. XVI.

[71] Ver pp. 59-63.

[72] Pero aun dentro de las Fuerzas Armadas se sugirió que el poder de Perón descansaba más en los hombres enrolados que en el cuerpo de oficiales. «Existe también una división entre los oficiales y la tropa; esto se extremó en tiempos de Perón, quien obtuvo mejor resultado en la peronización de los segundos que en la de los primeros, como quedó evidenciado en la revolución abortada de 1951, que fue en gran parte la obra de algunos hombres del grupo de oficiales, y fue derrotada, en parte, por la lealtad de los soldados para con Perón.» ARTHUR P. WHITAKER, *Argentine Upheaval*, Frederick A. Praeger, Nueva York, 1956, p. 67.

[73] «De todas las decisiones tomadas por Vargas, probablemente ninguna tuvo mayores implicaciones políticas que su determinación de llevar a los grupos obreros a la lid política [...]. En 1938 [...] como consecuencia del apoyo obrero con que contaba cuando se hallaba consolidando su dictadura bajo el *Estado Novo* neofascista [Estado Nuevo]. Vargas llegó a darse cuenta de las potencialidades políticas de los trabajadores. Retuvo la aprobación de éstos mediante detallados programas de bienestar, e imponiendo restricciones y contribuciones a las transacciones de las empresas.» JOHN J. JOHNSON, *op. cit.*, pp. 167-188.

[74] JACQUES LAMBERT, *Le Brèsil: Structure sociale et institutions politiques*, Librairie Armand Colin, Paris, 1953, pp. 146-147.

[75] LESLIE LIPSON describe al Partido Laborista Brasileño, la creación de posguerra de Getulio Vargas, como «nacionalista, favorable a la industrialización, y con simpatía por los trabajadores urbanos». Ver su artículo «Government in Contemporary Brazil», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 22 (1956), pp. 192-193, y también THEODORE WYCKOFF, «Brazilian Political Parties», *South Atlantic Quarterly*, 56 (1957), pp. 281-298, para una discusión sobre los principales partidos brasileños y su base social. A. SIMAO, «O voto operario en São Paulo», *Revista brasileira de estudos politicos*, 1 (1956), pp. 130-141, constituye un reciente estudio ecológico que analiza el apoyo que el Partido Laborista Brasileño y los comunistas reciben de la clase trabajadora.

comunismo como la extrema izquierda, y al fascismo como la extrema derecha. Pero se pueden clasificar y analizar más provechosamente las ideologías y los grupos antidemocráticos si se reconoce que la «izquierda», la «derecha» y el «centro» se refieren a ideologías, cada una de las cuales posee una versión moderada y una extremista, la una parlamentaria y la otra extraparlamentaria en su orientación. También es necesario reconocer que un movimiento extremista de izquierda que se basa en la clase trabajadora y se orienta hacia ella puede también ser militarista, nacionalista y antimarxista [76].

Mientras todas las variedades de los movimientos antidemocráticos de masa presentan el mismo interés, hemos tratado aquí de establecer la utilidad de la distinción tripartita, al examinar las bases sociales de diferentes movimientos políticos. Los datos provenientes de cierto número de países demuestran que el fascismo clásico constituye un movimiento de las clases medias propietarias, que suele apoyar normalmente al liberalismo, y que se opone a los estratos conservadores, y que sin embargo apoyó en diferentes ocasiones a regímenes antiparlamentarios conservadores. Los regímenes conservadores son, en contraste con los centristas, no revolucionarios y no totalitarios. En una dictadura conservadora, no se espera que se guarde una lealtad total para con el régimen, que uno no se afilie a un partido u otras instituciones, sino simplemente que se mantenga alejado de la política. Aunque la dictadura de los conservadores clericales austriacos fue descrita como fascista, las diferencias existentes entre ella y su sucesora nazi son sumamente evidentes. De modo similar, aunque Franco estaba apoyado por los fascistas españoles —la Falange—, su régimen fue dominado por los autoritarios conservadores. Nunca se permitió que el partido dominara a la sociedad; la mayoría de las instituciones permanece independiente del Estado y del partido, y no se exige a la oposición que concuerde o se adhiera, sino simplemente que se abstenga de manifestar una oposición generalizada.

Aunque analíticamente se puede efectuar una distinción entre estos movimientos, en todo el país existe una considerable superposición, como en el caso de los nacionalistas españoles. Algunos movimientos básicamente revolucionarios, como el nazismo, se aseguraron realmente cierto apoyo de los conservadores, que se hallaban de acuerdo con su aspecto nacionalista y antimarxista. El fascismo italiano representaba una coalición del extremismo del centro y del conservador, conducida por un simple oportunista. Sin embargo, significaría un error concluir de la ausencia de movimientos que pertenecen puramente a una o a la otra variedad, que la distinción analítica es de un interés meramente especulativo. Los movimientos políticos recientes —poujadismo, macarthismo, gaullismo— exhiben características particulares asociadas con la naturaleza de su base social. Si deseamos preservar y extender la democracia parlamentaria, debemos comprender los orígenes de las amenazas a ella; las provenientes de los conservadores son tan diferentes de las que se originan en la clase media centrista como éstas lo son del comunismo.

[76] Algunos consideraron que es difícil aceptar el hecho de que un líder y un movimiento cuya ideología, simbolismo y métodos se asemejan al fascismo y al nazismo pudieran, en realidad, no ser derechistas. De este modo, un libro escrito antes de que Perón consolidara su poder sugiere que éste representaba los intereses de los *estancieros*, los más grandes terratenientes, que habían controlado el Partido Conservador y dirigido la Argentina durante gran parte de su historia. Ver FÉLIX J. WEIL, *Argentine Riddle*, John Day, Nueva York, 1944. Inclusive la revista *Time* escribía en 1951 «como si no fuera novedad para nadie que "Perón construye un Estado esencialmente modelado sobre la norma nazifascista clásica"». *Time*, 21 de mayo de 1951, p. 43, citado en GEORGE I. BLANKSTEIN, *Peron's Argentina*, University of Chicago Press, Chicago, 1953, p. 277.

Los movimientos extremistas tienen mucho en común. Se dirigen a los descontentos y a los psicológicamente relegados, a los que han sufrido fracasos personales, a los socialmente aislados, a los inseguros económicamente y a las personas no instruidas, burdas y autoritarias de todos los niveles de la sociedad. Como lo señala Heberle, tales movimientos se hallan apoyados por «los que por una u otra razón no lograron éxito en sus negocios u ocupación, y los que perdieron su *status* social, o se encontraron en peligro de perderlo... Por lo tanto, el grueso de los miembros del partido [nazi] organizado se componía antes de 1933, en gran parte, de gente que era extranjera para su propia clase, ovejas negras para su familia, frustrados en sus ambiciones [...]» [77]. Ya en la década del 1890, Engels describía a los que «se lanzaban en tropel hacia los partidos de la clase obrera de todos los países» como «los que ya nada tenían que esperar del mundo oficial o habían terminado con sus ataduras: contrarios a la contaminación, partidarios de la abstinencia, vegetarianos, antiviviseccionistas, adeptos de la medicina naturalista, preconizadores de comunidades libres que vieron desintegrarse su obra, autores de nuevas teorías sobre el origen del universo, inventores sin éxito o desdichados, víctimas de una injusticia real o imaginaria [...], instrumentos inocentes de estafadores deshonestos» [78]. Son a menudo los hombres de tales orígenes, precisamente, los que dan el carácter fanático y extremista a estos movimientos y forman el núcleo de los creyentes [79]. Pero los varios movimientos extremistas, así como sus alternativas democráticas, se desarrollan o decaen según que puedan ganar y retener el apoyo de los estratos a los que tratan de representar y conducir. Es imposible comprender el papel y el éxito variable de los movimientos extremistas, a menos que los distingamos e identifiquemos sus bases e ideologías sociales distintivas de la misma manera como lo hacemos con los partidos y movimientos democráticos [80].

[77] R. HEBERLE, *op. cit.*, p. 10.

[78] FRIEDRICH ENGELS, «On the History of Early Christianity», en K. MARX y F. ENGELS, *On Religion*, Instituto de Publicaciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1957, p. 319.

[79] Ver G. ALMOND, *The Appeals of Communism*, Princeton University Press, Princeton, 1954, caps. 9 y 10, esp. pp. 258-261.

[80] Al destacar las relaciones existentes entre el tipo de política extremista y varias agrupaciones sociales, no pretendemos expresar que tales hallazgos permitan un gran margen de predicción política. Como lo señaló Reinhard Bendix: «La cuestión no consiste en que ciertos tipos de granjeros de países relativamente industrializados sean fascistas o comunistas en potencia, sino en que tienen cierta propensión a la radicalización en condiciones de agudo malestar. El estudioso de la estratificación social no se encuentra en condiciones de predecir cuándo tendrá lugar tal radicalización ni qué camino tomará. Sus conocimientos lo facultan realmente para estimar las posibilidades relativas que tal desarrollo tiene, pero sólo en el sentido de que es posible que ciertos tipos de granjeros estén más afectados

En la próxima sección se analizan desde las características sociales de los partidarios de las tendencias antidemocráticas hasta las condiciones de la democracia efectiva en la acción. La parte II trata de localizar las normas permanentes asociadas con las proporciones y tipos variados de participación en la lucha electoral en varios países democráticos.

que otros. Por supuesto, las condiciones locales, los antecedentes históricos, el grado de agudeza de la crisis y la intensidad de la presión que un movimiento totalitario pueda ejercer sobre la organización, desempeñarán un papel, y sólo pueden ser juzgados en casos específicos.» R. BENDIX, *op. cit.*, p. 602.

SEGUNDA PARTE

EL VOTO EN LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES

6. LAS ELECCIONES: ¿QUIEN VOTA Y QUIEN NO VOTA?

La participación de los miembros de una organización o los ciudadanos de una sociedad en los asuntos políticos no constituye una condición necesaria ni suficiente para la influencia de la masa sobre la política de la organización o del gobierno. Por una parte, los miembros pueden presentar un bajo nivel de participación política en una organización o sociedad, pero sin embargo influir en la política por su capacidad de retirar o brindar el apoyo electoral a una u otra de las diferentes burocracias que rivalizan por el poder. Por otro lado, una sociedad o ciudadanía puede asistir regularmente a reuniones, pertenecer en gran número a varias organizaciones políticas y hasta poseer una elevada proporción de votantes que concurran a las urnas, y sin embargo tener poca o ninguna influencia en la política.

Esta última es la situación que reina en los Estados totalitarios y en algunos sindicatos formados por un solo partido. El dirigente totalitario desea que sus adeptos asistan a reuniones, lean la literatura política, escuchen las emisiones de radio y emprendan otras actividades similares, ya que éstas constituyen medios de compenetrarlos con su punto de vista y de adoctrinarlos. Si los miembros o ciudadanos no son «políticamente» activos, se les aleja de la influencia que posee el poder supervisor. Algunos Estados totalitarios han emprendido vastas campañas de alfabetización con el propósito explícito de incrementar la probabilidad de que la ciudadanía absorba la ideología prescrita. De modo similar, algunos sindicatos, especialmente los controlados por los comunistas, han realizado ingentes esfuerzos —incluyendo la asistencia obligatoria a las reuniones— por aumentar la participación de sus miembros. Es absolutamente evidente que los dirigentes sindicales comunistas no ansían alentar y extender la democracia interna en sus sindicatos, sino que más bien reconocen que al multiplicar las actividades controladas de los miembros están aumentando sus propias probabilidades de influirlos y adoctrinarlos.

Sugerimos, como hipótesis general, que cuanto más grandes son los cambios que un grupo gobernante intenta introducir en la estructura de la sociedad u organización, más posible es que la dirección desee y hasta exija de sus ciudadanos o miembros un alto nivel de participación. Los cambios radicales que acompañan una revolución social (o, en una escala más reducida, la transformación de un sindicato en arma política) imprimen grandes tensiones a las lealtades de grupo y crean la posibilidad de una fuerte hostilidad de los miembros para con los dirigentes. Dados los propósitos de estos últimos, quizá la única manera efectiva de disipar o

reorientar el descontento que producen los cambios violentos o repentinos de las normas y relaciones tradicionales, la constituye un alto nivel de participación controlada y dirigida de la masa.

Sin embargo, una situación que origina una alta participación de los miembros de un grupo posee generalmente más posibilidades democráticas —es decir, de mantenimiento de una oposición efectiva— que una en la cual poca gente muestra interés o participa en el proceso político. Una oposición que afronta el problema de comunicarse con una ciudadanía apática y pasiva, y de activarla, se encuentra en gran desventaja con respecto a los oficialistas [1]. E inversamente, una sociedad en la cual una gran proporción de la población es extraña a la lid política es potencialmente más explosiva que una en la cual la mayoría de los ciudadanos están implicados *habitualmente* en actividades que les otorgan cierto sentido de participación en las decisiones que afectan sus vidas.

Aunque la participación en la politica incluye el liderazgo de los asuntos nacionales, el liderazgo local, la actividad como miembro de una organización, y un «liderazgo informal de la opinión» entre los correligionarios, este capítulo se ocupa fundamentalmente de la emisión y la no emisión del voto, por más que el acto de votar constituya generalmente, por supuesto, sólo la etapa final de un proceso de atenta participación en la política —lectura, conversación y pensamiento—. Los capítulos 7 y 8 estarán dedicados a las sociedades y experiencias de grupo habitualmente asociadas con el voto de izquierda o de derecha (liberal o conservador) [2].

El porcentaje del electorado potencial que vota en las elecciones nacionales norteamericanas se halla considerablemente por debajo del que existía en 1896, cuando emitía su voto el 80 por ciento de los electores. A partir de un 49 por ciento en 1920, en las elecciones más recientes la cifra se ha elevado, oscilando alrededor del 60 por ciento. Según lo expresa el erudito de la política V. O. Key, ésta es considerablemente más baja que la participación en otras democracias importantes como Gran Bretaña, Holanda y Noruega [3].

[1] Contribuye enormemente a la existencia de una oligarquía unipartidaria en el movimiento sindicalista el hecho de que sean pocos los miembros que normalmente muestran algún interés por el proceso político del sindicato. Los factores que conducen a la apatía en el seno de los sindicatos forman parte del conjunto general de que trata el capítulo 12.

[2] No deseamos considerar aquí los efectos de las restricciones legales y técnicas, como las exigencias sobre la residencia, impuestos a la votación y requisitos referentes a los bienes, demostración de que se sabe leer y escribir (usada a menudo para disfrazar la discriminación racial) y molestos requisitos de inscripción (mantenidos frecuentemente por las camarillas políticas con el objeto de retener el voto). Estos factores pueden tener una gran importancia práctica, pero el problema fundamental, cuyo análisis se nos plantea aquí, es la abstención electoral *voluntaria*.

[3] Ver V. O. KEY, *Politics, Parties, and Pressure Grops*, 4.ª ed., Crowell, Nueva York, 1958, p. 625. La concurrencia a las urnas puede resultar particularmente baja en los Estados Unidos si se la compara con la de los países europeos, debido a un rasgo característico de nuestro sistema electoral: a menudo se requieren *dos* decisiones, una para inscribirse y otra para votar, y se debe tomar la primera cuando las cuestiones y la actividad política todavía no han tomado vuelo. Este factor puede, por sí mismo, explicar muchas de las diferencias existentes entre Estados Unidos y los países europeos en los cuales las personas están automáticamente inscritas y deben, simplemente, votar.

¿Qué es lo que refleja esta falta de participación? Algunos retóricos liberales sugieren que indica una apatía malsana y el debilitamiento de la democracia. Aunque los tipos y causas de la apatía y de la abstención en el voto varian según los diferentes períodos históricos y los diversos sectores de la población, es posible que la no emisión del voto constituya actualmente, al menos en las democracias occidentales, un reflejo de la estabilidad del sistema, una reacción al debilitamiento de los grandes conflictos sociales y un aumento de las presiones múltiples, particularmente las que afectan a la clase trabajadora. Pero es evidente que existen diferentes orígenes de la abstención laboral, los cuales tienen consecuencias múltiples para un Estado democrático.

El complejo problema de la interpretación de las reacciones con respecto a la política está perfectamente dibujado por una carta que dirigió a un periódico una persona naturalmente bien informada y sofisticada, esencialmente interesada y compenetrada de los problemas políticos: «[...] es mejor ignorar las noticias, si no queremos que las diarias ansiedades, que nunca quedan aliviadas por una conducta racional, terminen por volvernos locos [...]. ¿Qué mejor manera de mantener alguna medida de racionalidad, en estos tiempos, que ignorar los acontecimientos de actualidad relatados por nuestros periódicos y otros medios de comunicación?» [4]. Evidentemente, la manera de afrontar la política de este individuo constituye un apartarse consciente, alejamiento basado en sentimientos de futilidad. Debemos preocuparnos por el grado en que este sentimiento se funda en la realidad y no puede, por lo tanto, ser conjurado por una invocación a la responsabilidad política. Y sin embargo, esta respuesta es sumamente diferente de la de una persona que *nunca* se «comprometió» en la esfera política de la vida.

Los sociólogos David Riesman y Nathan Glazer sugieren, al referirse a la magnitud de la «huida de la política», que debe subestimarse su alcance si «sólo consideramos indicios tales como la votación y el sostenimiento de la opinión en las cuestiones políticas, según los establecen las elecciones, como indicadores del interés y la participación políticos actuales; puesto que esos indicios reflejan una acción política que realmente puede ser apolítica en mayor proporción que anteriormente» [5]. Por lo tanto, es posible que las medidas manifiestas de interés político, de que aquí nos ocupamos, la votación y, hasta cierto grado, la preocupación y la participación, sean inexactas y no expresen en conjunto la posibilidad de que la política refleje cada vez más, por lo menos en la clase media, sólo la conformidad del grupo. Se podría criticar este enfoque centrado en la conducta electoral, imputándole que pasa por alto algunos de los cambios históricos reales del significado de la política para grupos diferentes. Esta puede ser una crítica importante, pero, como veremos, las diferencias en la concurrencia a las urnas de los diversos grupos parecen, a pesar de todo, proporcionar pautas

[4] *San Francisco Chronicle*, 23 de abril de 1959.

[5] DAVID RIESMAN y NATHAN GLAZER, «Criteria for Political Apathy», en ALVIN W. GOULDNER (ed.), *Studies in Leadership*, Harper & Bros., Nueva York, 1950, p. 519.

significativas al carácter de la política en la sociedad moderna, sin implicar ninguna valoración total del significado íntimo del acto de votar [6].

Las normas de participación electoral son asombrosamente las mismas en varios países: Alemania, Suecia, Estados Unidos, Noruega, Finlandia y muchos otros de los cuales poseemos datos. Votan más los hombres que las mujeres; los de una alta educación, más que los menos instruidos; los habitantes de las ciudades, más que los del campo; los que se hallan entre los 35 y los 55 años, más que los votantes más jóvenes o más ancianos; las personas casadas, más que las no casadas; los que poseen un *status* alto, más que los que lo poseen bajo; los miembros de organizaciones, más que los que no lo son [7]. Sin embargo, estas diferencias se están reduciendo en muchos países, como por ejemplo en Suecia, especialmente en lo que respecta a las diferencias de edad y sexo [8].

Como ejemplo del carácter de estas diferencias podemos tomar la Alemania actual, donde tanto las encuestas de grupos representativos normales como un grupo representativo muy amplio de la población votante total, estudiados en 1953 por la Oficina Alemana de Estadísticas, consignan

[6] Riesman y Glazer se preocupan realmente del sentido subjetivo de la política y de su papel en la organización de una psique individual, mientras que el problema que nos interesa en el presente capítulo no lo constituye realmente la apatía como asunto personal, sino la votación en su relación con las clases fundamentales de diferencias de grupos que la afectan. Por supuesto, es cierto que si el acto de votar pierde todo sentido, esto plantea serias implicaciones para la democracia; pero dicho problema, de un carácter casi filosófico en el tratamiento que le acuerda Riesman, no sólo está fuera de nuestro cometido, sino que también constituye, en todo caso, una inferencia cuestionable acerca de la sociedad moderna.

[7] El mejor compendio y estudio particular de la participación politica lo constituye HERBERT TINGSTEN, *Political Behavior: Studies in Election Statistics*, P. S. King & Son, Londres, 1937. Se encontrará un resumen de generalizaciones sobre la concurrencia electoral, consignado en catorce estudios diferentes, en BERNARD BERELSON, PAUL F. LAZARSFELD y WILLIAM MCPHEE, *Voting*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, pp. 336-337. La obra de ROBERT E. LANE, *Political Life*, The Free Press, Glencoe, 1959, suministra un resumen útil de la literatura que relaciona el voto y la participación política con varios factores y condiciones sociales. Ver esp. pp. 45-62. Pueden encontrarse otros materiales importantes en PAUL F. LAZARSFELD, BERNARD BERELSON y HAZEL GAUDET, *The People's Choice*, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1944, pp. 40-51; ANGUS CAMPBELL y R. L. KAHN, *The People Elect a President*, Survey Research Center, Ann Arbor, 1952, p. 29; ANGUS CAMPBELL, GERALD GURIN y WARREN E. MILLER, *The Voter Decides*, Row, Peterson & Co., Evanston, 1954, pp. 70-73; para datos sobre Finlandia, ver ERIK ALLARDT y KETTIL BRUUN, «Characteristics of the Finnish Non-Voter», *Transactions of the Westermarck Society*, 3 (1956), pp. 55-76. Ver también JULIAN L. WOODWARD y ELMO ROPER, «Political Activity of American Citizens», *American Political Science Review*, 44 (1950), pp. 874-877; CHARLES E. MERIAM y HAROLD F. GOSNELL, *Non Voting: Causes and Methods of Control*, University of Chicago Press, Chicago, 1924, e INGE B. POWELL, «The Non-Voter: Some Questions and Hypotheses», *Berkeley Publications in Society and Institutions*, 1 (1955), pp. 25-36. Para datos sobre la participación femenina, que al mismo tiempo incluye mucho material sobre la masculina, ver MAURICE DUVERGER, *La participation des femmes à la vie politique*, UNESCO, París, 1955, esp. pp. 13-74, y GABRIELE BREMME, *Die Politische Rolle der Frau in Deutschland*, Vendenhoeck und Ruprecht, Gottinga, 1956, esp. pp. 28-67.

[8] Ver DANKWART A. RUSTOW, *The Politics of Compromise*, Princeton University Press, Princeton, 1955, pp. 137-139. Puesto que la participación electoral aumentó firmemente en Suecia a partir de 1924 (desde un mínimo de un 53 por ciento en dicho año hasta un máximo de casi 83 por ciento en 1948), una parte de la disminución de las diferencias entre grupos se debe, fuera de toda duda, a los aumentos registrados en todos los grupos, más bien que a las influencias sociales directas ejercidas específicamente sobre grupos de escasa participación electoral.

diferencias consecuentes. El voto masculino aumentó en Alemania al mismo tiempo que aumentaban el nivel de educación y la renta. Entre los propietarios de granjas y los trabajadores independientes, votó en la última elección el 90 por ciento. Los peor remunerados de los trabajadores manuales votaron en la proporción del 78 por ciento. Dentro de cada categoría ocupacional, votaron en mayor número los mejor remunerados. Cuando también se consideró a los obreros según su nivel de especialización, votaron menos obreros no cualificados que cualificados y semicualificados. Estas diferencias se hacen más significativas dada la magnitud desacostumbrada de los grupos representativos [9]. Serán discutidas más adelante, en términos de los principales factores sociales que parecen explicarlas mejor; pero debe destacarse aquí que muchas de las explicaciones que se han dado sobre la baja concurrencia de votantes entre los grupos de *status* bajo coinciden con las varias experiencias vinculadas con las ocupaciones propias de los *status* bajos, las cuales fueron citadas para explicar los valores autoritarios [10]. Además, raramente aparecen muchos factores precisos al nivel de grupo, a no ser en combinación con otros que actúen en el mismo sentido. Esto dificulta la tarea de aislar las variables causales.

El pequeño número de jornaleros agrícolas del grupo representativo nacional alemán constituyó el sector más apático de la población. En el caso de los jornaleros agrícolas se combinan muchos de los factores cuyo análisis por separado indicará en cada caso su tendencia a reducir la proporción de votantes de un grupo social. Este tipo de trabajadores es generalmente poco instruido, se halla en inferioridad económica, socialmente aislado y en estrecho contacto personal con su patrono (especialmente en Alemania, donde los agricultores son campesinos en gran proporción, y no grandes terratenientes que viven lejos de sus posesiones). Se hallan poco expuestos a los «mass media» y sólo unos pocos son miembros de sindicatos u otras organizaciones voluntarias. En 1953, el 48 por ciento de los jornaleros rurales entrevistados era «indiferente» al resultado de las elecciones, en comparación con el 28 por ciento de los trabajadores manuales urbanos y el 16 por ciento de los propietarios de granjas [11]. Por lo tanto,

[9] Ver ERICH REIGROTZKI, *Soziale Verflechtungen in der Bundesrepublik*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1956, pp. 63-68, para estas cifras. Ver también JUAN LINZ, *The Social Bases of German Politics*, disertación del doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1958.

[10] Los efectos de un *status* bajo en la formación de predisposiciones autoritarias, así como de apartamiento y apatía, fueron analizados en el capítulo 4, «Autoritarismo de la clase trabajadora».

[11] Ver JUAN LINZ, *op. cit.*, pp. 747 ss. Las diferencias reales en la votación de 1949 fueron mucho menores, ya que votó el 75 por ciento de los jornaleros rurales, en comparación con el 87 por ciento de los agricultores y el 83 por ciento de los trabajadores no agrícolas; pero es sumamente probable que exista en Alemania un sentimiento muy difundido de la obligación moral de votar, aunque no una norma tan fuerte en lo referente al interés por los candidatos y los resultados, o al conocimiento de los mismos. En otras mediciones del interés, los jornaleros rurales se colocaban firmemente por debajo de otros grupos ocupacionales. Un grupo representativo de 12.000 casos provenientes de cinco encuestas nacionales norteamericanas reveló que los trabajadores domésticos, sujetos esencialmente a las mismas condiciones que los jornaleros rurales, presentaban la más baja proporción de votantes (56 por ciento). Ver. G. M. CONNELLY y H. H. FIELD, «The Non-Voter, Who He Is, and What He Thinks», *Public Opinion Quarterly*, 8 (1944), pp. 175-187.

CUADRO I

CARACTERISTICAS SOCIALES CORRELACIONADAS CON LA CONCURRENCIA ELECTORAL

Concurrencia numerosa	*Concurrencia más escasa*
Ingresos altos	Ingresos bajos
Instrucción alta	Poca instrucción
Grupos ocupacionales:	Grupos ocupacionales:
Hombres de negocios	Obreros no cualificados
Empleados de oficina	Sirvientes
Empleados del gobierno	Trabajadores de restaurante y hotel
Agricultores que comercializan sus productos	Campesinos agricultores que se autoabastecen
Mineros	
Blancos	Negros
Hombres	Mujeres
Gente de edad mediana (35-55)	Gente joven (menos de 35)
Gente mayor (más de 55)	
Antiguos residentes de la comunidad	Gente llegada recientemente a la comunidad
Trabajadores de Europa occidental	Trabajadores de Estados Unidos
Situaciones de crisis	Situaciones normales
Casados	Solteros
Miembros de organizaciones	Individuos aislados

los jornaleros rurales y los trabajadores domésticos constituyen los grupos sociales con mayores posibilidades de poseer una proporción sumamente baja de asistencia electoral; esto se halla corroborado por los datos provenientes de muchos países.

En el cuadro I tenemos una lista de algunas diferencias descriptivas de la concurrencia electoral, que fueran señaladas en una cantidad de estudios. Pueden reducirse las explicaciones específicas de estas diferencias a cuatro proposiciones explicativas muy generales. Un grupo registrará una mayor proporción de votos si: 1) sus intereses están fuertemente afectados por la política del gobierno; 2) tiene acceso a la información relativa a la adecuación de las decisiones políticas con sus intereses; 3) está expuesto a presiones sociales que exigen que se vote; 4) no se le apremía para que vote por diferentes partidos políticos. En el cuadro II presentamos una clasificación más amplia de estos factores, tomada de grupos sociales concretos [12].

[12] Sin embargo, la mayoría de las encuestas de la opinión y las estadísticas oficiales no proporcionan información directa acerca de estas categorías. Sus clasificaciones son presentadas para propósitos prácticos inmediatos: edad, sexo, ingresos, ocupación, religión, región, etc., y el estudioso debe apelar a sus conocimientos adicionales de los grupos sociales que estas categorías implican, con el objeto de «interpretarlos» en otros términos.

CUADRO II

FACTORES SOCIALES QUE AFECTAN LA PROPORCION DE LA CONCURRENCIA ELECTORAL

1. Puntos de contacto de la política del gobierno con el individuo:
   a. Relación de dependencia con el gobierno en su calidad de patrono del votante
   b. Situación expuesta a restricciones económicas que exigen una acción gubernamental
   c. Situación expuesta a restricciones económicas por parte del gobierno
   d. Posesión de valores morales o religiosos que se hallan afectados por la política del gobierno
   e. Posibilidad de disponer de alternativas políticas apropiadas
   f. Situaciones de crisis general
2. Acceso a la información:
   a. Apreciación directa de los efectos de la política gubernamental
   b. Adiestramiento y experiencia ocupacionales que contribuyen a la capacidad general de apreciación
   c. Contacto de comunicación
   d. Tiempo libre de que se dispone
3. Presión de grupo sobre la votación:
   a. Inferioridad y separación
   b. Influencia de la organización política de clases
   c. Alcance de los contactos sociales
   d. Normas del grupo que se oponen a la emisión del voto
4. Presiones múltiples:
   a. Intereses conflictuales
   b. Información conflictual
   c. Presiones de grupo conflictuales

LA ADECUACION DE LA POLITICA GUBERNAMENTAL

Aunque se puede argumentar que todo el mundo está influenciado por la actuación del gobierno, algunos grupos sienten más esta influencia que otros, y es de esperar que ellos registren una mayor concurrencia a las urnas que el público en general. El caso más claro de vinculación con la política del gobierno es, naturalmente, el de los empleados del Estado, cuya posición económica y carrera están en juego. Los datos procedentes de las elecciones nacionales y locales de los Estados Unidos y de muchos países europeos señalan que los empleados del gobierno poseen una concurrencia más elevada que cualquier otro grupo ocupacional [13].

[13] H. TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 120-181, *passim*. G. DUPEEX documenta este punto para una capital de departamento de Francia, en «Le problème des abstencions dans le département du Loir-et-Cher au début de la troisième république», *Revue française de science*

También es de esperar que los grupos sujetos a presiones económicas a las cuales los individuos no puedan hacer frente, tales como la inflación, la crisis, la explotación de los monopolios o un cambio estructural en la economía, se dirijan a la acción del gobierno como una solución, y que exhiban un alto promedio de votantes. Este fue realmente el caso de los agricultores que producen para los mercados nacionales y mundiales, como los productores de trigo [14]. Sujetos en gran medida a bajas periódicas del precio de su producto y al poder monopolizador de los bancos, ferrocarriles, elaboradores y comerciantes, estos agricultores han desarrollado, en casi todos los países adelantados, un alto grado de «poder compensatorio» político. Merced a un alto grado de actividad organizada y a una numerosa concurrencia a las elecciones, disfrutan ahora de un apoyo del gobierno en la fijación de los precios, seguro sobre las cosechas, control de los ferrocarriles, facilidades bancarias, etc., que en efecto garantizan gran parte de sus ingresos. Los mineros, que son particularmente vulnerables a las crisis periódicas y a los cambios estructurales de la economía, también presentan una alta concurrencia a los comicios, en comparación con otros obreros [15].

Por otra parte, existen muchos casos en los cuales una necesidad económica angustiosa va acompañada de una participación política baja. Por ejemplo, Marie Lazarsfeld-Jahoda y Hans Zeisel, en su estudio de los parados urbanos austriacos durante la crisis, manifestaban que «las suscripciones a una publicación política obrera de un precio muy reducido disminuyeron aproximadamente en un 60 por ciento, mientras las suscripciones a otra publicación que tenía la misma orientación política [... pero] se ocupaba más de pasatiempos que de política [...] se redujeron sólo en un 27 por ciento, aproximadamente, a pesar de su precio más alto» [16]. El sociólogo norteamericano E. Wight Bakke ha referido hallazgos similares en sus estudios sobre el paro en Inglaterra y en los Estados Unidos [17]. Parece que la necesidad solamente no es suficiente; se discutirá más adelante, en este mismo capítulo, algunos de los orígenes de la baja concurrencia electoral entre los parados.

En la mayoría de los países los hombres de negocios están profundamente afectados por la política económica del gobierno. En el siglo XIX existían viejas prohibiciones gubernamentales que debían ser abrogadas y beneficios que el gobierno podía impartir. En el siglo XX, el gobierno se ha

politique, 2 (1952), pp. 71-95. Ver también D. ANDERSON, P. E. DAVIDSON, *Ballots and the Democratic Class Struggle*, Stanford University Press, Stanford, 1943; ROSCOE C. MARTIN, «The Municipal Electorate: A Case Study», *Southwestern Social Science Quarterly*, 14 (1933), pp. 213-214. Una encuesta noruega de 1957 descubrió que, entre todos los grupos ocupacionales masculinos, eran los empleados públicos asalariados los que poseían la mayor proporción de votos y participación en la actividad política. Encuesta inédita llevada a efecto por el Instituto de Investigación Social, Oslo; puesta gentilmente a disposición por el Dr. Stein Rokkan.

[14] Ver S. M. LIPSET, *Agrarian Socialism*, University of California Press, Berkeley, 1950.

[15] Para Gran Bretaña, entre muchos otros, ver D. E. BUTLER, *The British General Election of 1951*, Macmillan, Londres, 1951, p. 266.

[16] MARIE LAZARSFELD-JAHODA y HANS ZEISEL, *Die Arbeitslosen von Marienthal*, Hirzel, Leipzig, 1932, pp. 35-37.

[17] E. WIGHT BAKKE, *Citizens without work*, Yale University Press, New Haven, 1940, p. 46.

convertido nuevamente en la fuente de severas restricciones para los negocios, hasta el punto de que los impuestos y las disposiciones legales se encuentran entre los factores económicos más importantes que el hombre de negocios debe tomar en consideración. Las cifras registradas en las votaciones de los hombres de negocios de casi todos los países reflejan estos hechos de manera indudable [18].

Pero los económicos no son los únicos intereses que motivan el voto. Se ha explicado la alta proporción de votos judíos en los últimos años como una reacción contra el nazismo y el antisemitismo político [19]. Se supone que la amenaza antirreligiosa que implica el comunismo es efectiva en el afloramiento de los votantes católicos. También se puede incrementar la participación de estos últimos en las elecciones, siempre que se susciten en ellas problemas tales como la legalización del control de los nacimientos o la ayuda oficial a las escuelas religiosas, que recaen específicamente sobre los valores católicos.

Los problemas morales, tales como la represión del alcoholismo y los juegos de azar, parecen atraer un considerable electorado femenino, tanto en los Estados Unidos como en Europa [20]. La importancia del problema «de la corrupción y el comunismo» en las elecciones norteamericanas de 1952 puede explicar el número sin precedentes de votos femeninos, estimados en un 55 por ciento, en comparación con el ya alto registro anterior del 49 por ciento en 1940 [21].

También las propuestas de nuevos programas de acción gubernamental parecen aumentar la cantidad de votos entre el grupo afectado. Es difícil obtener datos estadísticos precisos, pero sería interesante descubrir si la presentación de proyectos de pensiones a la vejez aumentaría la concurrencia de los ancianos a los comicios o si las propuestas de beneficios para los ex combatientes atraen más cantidad de ellos a las urnas. Durante la década de 1930, el programa del New Deal de socorro federal a los trabajadores se vio seguido por un apreciable aumento en los votos de la gente de bajos ingresos, quienes presumiblemente obtenían su primera ventaja real y visible de la política nacional.

[18] H. TINGSTEN, *op. cit.*, cap. III; L. HARRIS, *Is There a Republican Majority?*, Harper & Bros., Nueva York, 1954, pp. 16-17; A. CAMPBELL y R. L. KAHN, *op. cit.*, p. 109. Este último estudio averiguó que en 1948 y en 1952 votó el 75 por ciento de los ejecutivos y el 74 por ciento de los profesionales, en comparación con el 47 por ciento de los obreros.

[19] H. TINGSTEN, *op. cit.*, p. 215; S. J. KORCHIN, *Psychological Variables in the Behavior of Voters*, inédito, tesis de doctorado en Filosofía, sección de Relaciones Sociales, Universidad de Harvard, 1946, cap. IV.

[20] H. TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 12, 72. En los plebiscitos noruegos en los que se consultó al pueblo sobre la represión del alcoholismo (1919 y 1926), la diferencia en la participación electoral de ambos sexos fue más acentuada en los distritos en los que los antiprohibicionistas estaban en mayoría, y considerablemente menor donde los prohibicionistas poseían una mayoría evidente, según lo señalan los datos de Tingsten (p. 16); para un compendio detallado de la evidencia de las preocupaciones morales de las mujeres norteamericanas, ver ROBERT E. LANE, *op. cit.*, pp. 212-214. En Italia, donde las organizaciones católicas estuvieron declarando que los no votantes «traicionan a la Iglesia», y que la abstención significa «votar indirectamente por los comunistas y los ateos», las mujeres, que tienden a ser muy religiosas, no registran una proporción más alta de no votantes que los hombres. Ver MATTEI DOGAN, «Le comportement politique des Italiens», *Revue française de science politique*, 9 (1959), pp. 383-384.

[21] L. HARRIS, *op. cit.*, cap. VI.

Nuevos partidos y programas que representaban los intereses de los trabajadores se desarrollaron en Europa al mismo tiempo que aumentaba el número de votos de la clase obrera, a finales del siglo XIX y principios del XX. Se atribuyó la baja concurrencia a los comicios de los trabajadores norteamericanos, especialmente entre 1920 y 1932, a la falta de claros planteamientos de clase que dividieran a los partidos en ese período. Incluso después de que el New Deal replanteara tales problemas, más de la mitad de los votantes manifestaba que «no existen diferencias» entre ambos partidos, o era incapaz de expresar en qué consisten las diferencias [22]. Aunque los trabajadores norteamericanos son demócratas en proporción abrumadora, el poco énfasis que el partido pone en la ideología y en la organización de clase no alienta el interés político de los trabajadores, como lo hacen aquellos partidos «obreros» europeos que fueron, en cierta medida, partidos de integración [23].

Cuando una nación se enfrenta a una crisis —cambios importantes en su sistema social, económico o político, o en su posición internacional—, el electorado en conjunto toma un interés mayor por la política. André Siegfried [24] demostró el efecto que las «elecciones de crisis» tenían sobre la asistencia a las urnas en Francia durante el período de 1876 hasta 1906. Durante estas elecciones, cuando era candente la alternativa entre gobierno republicano o monárquico, la concurrencia era elevada; desde 1881 hasta 1898 este problema se mantuvo más o menos en suspenso, y la afluencia disminuyó. La crisis motivada por la posición de la Iglesia Católica trajo un nuevo aumento desde 1902 hasta 1906. Algunos estudios realizados en los Estados Unidos sugieren que las situaciones de crisis económica de 1896 y 1936, y las crisis internacionales de 1916, 1940 y 1952 provocaron, de manera similar, afluencias desacostumbradas de votantes [25]. En Alemania y en Austria la alta concurrencia habitual alcanzó su punto culminante en 1932-1933, en las últimas elecciones anteriores a la destrucción del sistema democrático [26].

El sociólogo francés Maurice Halbwachs sugirió la existencia de una interesante relación entre la crisis y el interés político. A partir de la observación de que en tiempo de guerra la proporción de suicidios declina grandemente, Halbwachs argumentaba que la gente se siente más integrada en los grupos sociales durante las crisis, y por lo tanto las crisis políticas también reducirían en Francia la proporción de suicidios. Estudió los cambios producidos en estas cifras durante un período de cien años, desde 1827 hasta 1927, y descubrió que la proporción de suicidios declinó realmente durante disputas políticas tan agudas como las revoluciones de 1830 y 1848,

[22] H. CANTRIL y J. HARDING, «The 1942 Election: A Case Study in Political Psychology», *Public Opinion Quarterly*, 7 (1943), pp. 222-241.
[23] Ver cap. 3, pp. 74-76, para una discusión sobre los «partidos de integración».
[24] A. SIEGFRIED, *Tableau politique de la France de l'ouest sous la troisième république*, Librairie Armand Colin, París, 1913, pp. 499-506; *Géographie électorale de l'Ardeche sous la troisième république*, Librairie Armand Colin, París, 1949, pp. 101-103.
[25] HAROLD F. GOSNELL, *Why Europe Votes*, University of Chicago Press, Chicago, 1930, pp. 196-197; V. O. KEY Jr., *op. cit.*, pp. 624-626; L. HARRIS, *op. cit.*, p. 177.
[26] H. TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 225-226. Ver cap. 5, pp. 144-147.

el golpe de Estado de Napoleón III, de 1851, la crisis de Boulanger, de 1889-1890, y durante las intensas luchas del asunto Dreyfus, desde 1899 hasta 1905 [27]. En consecuencia, Halbwachs sugería que el efecto de las crisis políticas sobre la proporción de suicidios variaría de acuerdo con el grado en que los diferentes distritos (*départements*) de Francia se preocuparan por la política. Según la tónica, durante las crisis políticas las tasas de suicidios disminuyeron principalmente en París, algo menos en otros grandes centros urbanos y muy poco en las áreas provinciales más aisladas. Sería interesante observar si otros pueblos con una tradición menos revolucionaria que los franceses también reaccionan a las disputas políticas con tal intensidad como para afectar su cohesión de grupo. Sospechamos que los hallazgos de Halbwachs simplemente demuestran, uan vez más, lo acerbo de las divisiones políticas de los franceses, brevemente expuestas en el capítulo 3. Pero, independientemente de lo que los hallazgos nos informen acerca de Francia, ellos nos indican claramente que las crisis aumentan el interés y la preocupación por la política.

ACCESO A LA INFORMACION

Si bien los grandes problemas sociales pueden conducir a una alta participación en las elecciones, de ninguna manera lo hacen siempre. A menudo los que están sujetos a la angustia económica más extrema —obreros pobres, los parados, campesinos— registran la proporción más baja de votos. Aunque esto pueda ser el resultado de la incapacidad del grupo afectado para dar con un partido que lo represente, existen muchos ejemplos en los cuales el voto promovería enormemente los intereses de un grupo, y sin embargo la afluencia electoral de éste es baja.

Una explicación parcial de tales casos la suministran las dificultades de percepción social y comunicación. Dos grupos pueden poseer el mismo interés en la política del gobierno, pero uno de ellos puede tener un acceso más fácil a la información sobre lo que le interesa, que el otro. El impacto de la política gubernamental sobre los empleados del gobierno, por ejemplo, no es sólo objetivamente grande, sino evidente a simple vista, como lo son las políticas agrarias que benefician a los agricultores, los controles e impuestos aplicados a los hombres de negocios. Por otra parte, el impacto de toda una serie de actuaciones del gobierno (aranceles, controles, política *antitrust*, impuestos, subsidios, etc.) sobre un obrero o un oficinista puede ser muy grande, pero es encubierto e indirecto. Algunas políticas requieren un adiestramiento profesional especializado para señalar sus efectos, lo cual entra frecuentemente en la selección de planes que realiza el legislador. Por ejemplo, un impuesto sobre las ventas se recuerda cons-

[27] La más completa expresión de este aspecto de la investigación de Halbwachs está contenida en un libro de ROBERT E. L. FARIS, que fuera su discípulo en la Universidad de Chicago, *Social Disorganization*, Ronald Press, Nueva York, 1948, pp. 213-217. Lo expresado por el propio HALBWACHS aparece en su *Les causes du suicide*, F. Alcan, París, 1930.

tantemente si se percibe en el lugar de la propia venta, pero un impuesto cobrado a nivel del fabricante permanece invisible para el consumidor (este principio es bien conocido por los que elaboran los planes impositivos soviéticos). La baja concurrencia electoral de los obreros y de otra gente de bajos ingresos puede también reflejar lo relativamente indirecto e invisible de las relaciones económicas fundamentales [28].

Donde las relaciones económicas no son fácilmente perceptibles para los que están afectados, se hacen importantes una captación y un refinamiento generales. La apreciación de los problemas sociales complejos puede provenir de la educación, y sin duda contribuye al aumento de los votos entre los grupos más educados [29]. Pero parece depender aún más de las experiencias sociales provenientes de las ocupaciones de cada uno. Los grupos ocupacionales superiores no sólo poseen más educación, sino que también sus actividades profesionales continúan su desarrollo intelectual, al menos en ciertos derroteros prácticos. La mayoría de los ejecutivos y propietarios de empresas y muchos ramos de profesionales tratan diariamente complejos problemas legales, económicos y técnicos que desarrollan su comprensión del funcionamiento de complejos mecanismos sociales y políticos. Por el contrario, los empleos rutinarios y los trabajos manuales proporcionan pocas oportunidades de adquirir tal captación. El ama de casa se encuentra, al respecto, en gran desventaja, hecho que puede contribuir a la explicación de la baja proporción de votos femeninos en general.

La relación entre las actividades ocupacionales y la capacidad política se hizo siempre evidente por los antecedentes de los organizadores y dirigentes de los movimientos políticos. Muchos de estos últimos, que representan a los obreros y a los agricultores, han reclutado a sus líderes de las profesiones —derecho, periodismo, magisterio, clero—, lo cual implica necesariamente hablar en público, escribir y organizar [30]. Los líderes que provienen de la clase obrera generalmente llegan a su cargo por el conducto de las diligencias sindicales, única posición directamente al alcance de un obrero, en la cual puede capacitarse políticamente. Se ha señalado que los sindicatos británicos y los movimientos cartistas reunieron una parte importante de sus primeros dirigentes entre obreros que previamente habían aprendido «capacitación política» como sacerdotes seculares y maestros de las escuelas dominicales de las iglesias no conformistas [31]. Los tipógrafos —el primer grupo de trabajadores manuales que supo leer y escribir— fueron los precursores en la organización de los sindicatos y los partidos de los trabajadores de muchos países, y esto constituye otra consideración acerca del impacto de las actividades ocupacionales sobre las capacidades intelectuales y de organización [32].

Fueron consideraciones como éstas las que condujeron a Marx y Engels a argumentar que una mayor diversificación de las actividades del individuo —en efecto, la completa «abolición» de la división del trabajo— constituía una condición necesaria de una sociedad totalmente igualitaria y anárquista. Una sugerencia algo similar fue formulada, en una forma menos utópica, por un admirador de la sociedad norteamericana, el sociólogo Peter Drucker, quien extendería el alcance del papel del obrero en la industria hasta incluir el manejo de todas las actividades de bienestar de la «comunidad de la fábrica», de modo que pudiera adquirir una capacitación «política» en el curso de su trabajo [33].

Otra manera en que la posición social puede contribuir a la conciencia política es la facilitación de los contactos con otros que poseen, más o menos, problemas idénticos. Este era el supuesto en que se apoyaba la tesis de Marx, según la cual los agricultores —aislados en pequeñas parcelas o aldeas desparramadas por el país, por la naturaleza de su trabajo— no podrían desarrollar una conciencia política de clase, mientras que los obreros —concentrados en grandes fábricas y en los distritos obreros de las grandes ciudades— podrían hacerse conscientes de sus intereses comunes y, por ende, políticamente activos [34]. Sin embargo, lo expresado por Marx se refería a un campesinado analfabeto, con anterioridad a la penetración en la escena rural de los ferrocarriles, las comunicaciones eléctricas,

---

[28] Un 45 por ciento de los grupos ocupacionales y de ingresos más bajos no votó en los Estados Unidos en 1952, de acuerdo con un grupo representativo nacional. Ver MORRIS JANOWITZ y DWAINE MARVICK, *Competitive Pressure and Democratic Consent,* Michigan Governmental Studies, n.° 32, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1956, p. 26. Un estudio británico de la elección de 1950 puso de relieve que el 66 por ciento de las personas de la clase baja de su grupo representativo «no se interesaban» por la política, en comparación con el 29 por ciento de las personas de las clases media y alta. Ver M. BENNY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *How People Vote*, Roulledge and Kegan Paul, Londres, 1956, p. 127.

[29] PAUL F. LAZARSFELD, B. BERELSON y HAZEL GAUDET, *op. cit.*, p. 47. G. M. Connelly y H. H. Field descubrieron, al controlar los ingresos y la educación adquirida, que, aunque ambos factores influían independientemente en el voto, los ingresos lo hacían en mucho mayor grado. Ver CONNELLY y FIELD, *op. cit.*, pp. 179-180. De modo similar, S. J. Korchin descubrió, en su estudio ya citado de la elección presidencial norteamericana de 1944, que la educación casi no poseía efecto independiente alguno cuando el *status* socioeconómico se mantenía constante. Para 1948, ver A. CAMPBELL y R. KAHN, *op. cit.*, p. 109. En el cap. 4 nos referimos a otro aspecto de esta falta de refinamiento, relacionada principalmente con la instrucción: sus consecuencias autoritarias. Los datos de 1957 provenientes de Noruega indican la misma norma (encuesta ya citada).

[30] Ver ROBERT MICHELS, *Political Parties*, The Free Press, Glencoe, 1949, pp. 238-239, sobre el papel de los intelectuales burgueses en un nuevo movimiento de los trabajadores. Ver también WILLY KREMER, *Der Soziale Aufbau der Parteien des Deutschen Reichstages von 1871-1928,* tesis de doctorado en Filosofía, Universidad de Colonia, 1934. En 1945, el 48,5 por ciento de los miembros laboristas del Parlamento de Gran Bretaña, y el 61 por ciento de los conservadores pertenecían a las profesiones liberales, o eran empresarios o funcionarios. Ver JACQUES CADERT, «Régime électoral et régime parlamentaire en Grande Bretagne», *Cahiers de la Fondation nationale des sciences politiques*, n.° 5, Librairie Armand Colin, Paris, 1948, p. 84. Para el papel de los intelectuales en los partidos agrarios balcánicos, ver DAVID MITRANY, *Marx and the Peasant,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1951, pp. 131-133.

[31] Ver SIDNEY WEBB, *The Story of the Durham Miners 1662-1924*, Labour Publishing Co., Londres, 1929, p. 21; y A. D. BELDEN, *George Whitefield, the Awakener*, S. Marston and Co., Londres, 1930, pp. 247 ss.

[32] Para una exposición más amplia y una referencia detallada sobre diferentes paises, ver S. M. LIPSET, M. TROW y J. S. COLEMAN, *Union Democracy*, The Free Press, Glencoe, 1956, esp. pp. 25-30.

[33] PETER DRUCKER, *The New Society*, Harper & Bros., Nueva York, 1949.

[34] KARL MARX, «*El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*», en sus *Obras Selectas*, vol. 1, de la edición inglesa, International Publishers, Nueva York, 1933, p. 109; ver también R. BENDIX y S. M. LIPSET (eds.), *Class, Status and Power*, The Free Press, Glencoe, 1953, pp. 26-35; KARL MARX y F. ENGELS, «Manifiesto del Partido Comunista», en KARL MARX, *op. cit.*, pp. 21-61.

los «mass media» y los automóviles. Con el desarrollo de las comunicaciones modernas, muchos agricultores han llegado a quedar más integrados dentro de una red de clase, y se parecen más a los trabajadores que viven en una comunidad obrera. En efecto, los agricultores tuvieron bastante éxito en la creación de organizaciones políticamente poderosas.

En general, los miembros de las ocupaciones que garantizan un amplio margen de interacción interna en muchas actividades y papeles distintos, y que implican capacitaciones directivas y un conocimiento de amplios problemas, son políticamente más conscientes, votan más, y se inclinan más a las organizaciones vinculadas con sus ocupaciones, como los sindicatos. Así, el sociólogo Robert K. Merton analizó un proyecto de alojamiento de obreros de un astillero de Nueva Jersey; tal iniciativa culminó en la formación de una ciudad exclusivamente habitada por trabajadores. Los trabajadores manuales debieron asumir los puestos de autoridades comunales, miembros del consejo escolar, funcionarios de la biblioteca, delegados de los partidos políticos, etc. [35] Uno de los efectos de impulsar a los obreros a estas actividades consistió en el aumento del nivel de participación en las elecciones y en otras actividades comunitarias, muy por encima de lo «normal» para trabajadores manuales de un ambiente heterogéneo, en el cual las personas de una raigambre de clase media sostendrían normalmente tales posiciones.

De modo similar, en la provincia de Saskatchewan (Canadá), una combinación de circunstancias geográficas y disposiciones constitucionales obligaron a los sembradores de trigo, que comprendían casi la totalidad de los agricultores de la zona, a establecer y llevar a la práctica un gran número de servicios estatales y voluntarios. La red resultante de la participación de los agricultores en los papeles y en la organización de la conducción de la comunidad condujo a un nivel superior de actividad política vocacional mucho más alto que el que se pone de manifiesto en las ocasiones en que la gente de la clase media urbana puede desempeñar los mismos papeles directivos; por ejemplo, los de funcionarios departamentales y de consejo escolar, que es lo que sucede en la mayoría de las otras zonas [36]. De nuevo, donde las circunstancias crean una comunidad ocupacional, los trabajadores deben proporcionar una variedad de servicios organizados para ellos mismos que son proporcionados normalmente por otros estratos y organismos, e, incluso más importante, desarrollan sus propios líderes. Esta situación permite unos niveles mayores de participación general. Por ejemplo, los mineros, como ya hemos observado, deben vivir en comunidades apartadas del resto de la sociedad, y sus contactos sociales en la iglesia, en las tiendas, en la escuela o en el ayuntamiento son siempre con colegas mineros. Los distritos mineros ingleses tienen una tasa más elevada de votantes

[35] Robert K. Merton, Patricia S. West y Marie Jahoda, *Patterns of Social Life: Explorations in the Sociology and Social Psychology of Housing*, Oficina de Investigaciones Sociales Aplicadas, Nueva York, mimeografiado.
[36] S. M. Lipset, *Agrarian Socialism*, *op. cit.*, esp. pp. 199-219.

que cualquier otro en el país, aunque estos distritos suelen votar a los laboristas con relaciones que van de tres a uno hasta veinte a uno [37].

El desarrollo de las organizaciones con intereses comunes dedicadas específicamente a suscitar la conciencia de los problemas comunes y a concretar la participación en la política está relacionado con este factor de intensa interacción con quienes poseen los mismos antecedentes y necesidades. En todo país los hombres de negocios poseen organizaciones bien desarrolladas, y gran parte de la prensa representa su punto de vista. Pero los trabajadores no están siempre tan bien organizados. El obrero norteamericano, por ejemplo, aun cuando sea miembro de un sindicato, rara vez está expuesto a tan intensa propaganda y persuasión para que se interese por la política como el hombre de negocios, y vota mucho menos que éste.

Además, la dinámica normal de la estructura social intensifica la red de comunicaciones dentro de la misma clase en los estratos superiores y debilita las comunicaciones internas de grupo a medida que se desciende en la escala social. En todos los países de los que poseemos datos, la mitad o más de la población adulta no pertenece a ninguna otra organización formal sino sólo a los sindicatos obreros. Pero dentro de cada país los que se hallan más alto en la estructura social es más probable que pertenezcan a organizaciones que los que se encuentran por debajo de ellos. Entre los norteamericanos entrevistados en 1955, en la más baja de las cinco clases socioeconómicas, sólo el 8 por ciento de sus miembros pertenecía a alguna organización, en contraste con el 82 por ciento de las clases altas. El hecho de que los más privilegiados participen más intensamente en las actividades de organización se volvió a registrar en toda comparación efectuada entre los *status* superior e inferior, ya fuera que la diferencia residiese en los estratos ocupacionales, niveles educacionales distintos, diferentes ingresos, calidad de propietarios o inquilinos, o en la comparación entre quienes emplean servidumbre y quienes no lo hacen [38].

El hecho de que la pertenencia a asociaciones voluntarias no políticas esté vinculada a la clase, tiene importantes consecuencias políticas. W. Lloyd Warner documentó el papel fundamental de estas asociaciones al vincular al ciudadano con otras instituciones comunitarias [39]. Una reciente investigación finlandesa demostró el efecto acumulativo de la participación

[37] H. G. Nicholas, *The British General Election of 1950*, Macmillan, Londres, 1951, pp. 42, 61, 318.
[38] Ver Herbert H. Hyman y Charles Wright, «Voluntary Association Membership of American Adults: Evidence from National Sample Surveys», *American Sociological Review*, 23 (1958), pp. 288-289. Numerosos estudios nacionales y locales, algunos de los cuales se encuentran citados en el artículo de Hyman y Wright, y otros mencionados en las pp. 57-58 del presente libro exhiben la misma pauta. Por ejemplo, un sociólogo de la Universidad de Columbia, Mirra Komarovsky, recogió datos en la ciudad de Nueva York, que indican que bastante más del 80 por ciento, tanto de hombres como de mujeres, cuyo *status* ocupacional es profesional, pertenecen a asociaciones voluntarias, en contraste con el 32 por ciento de los hombres y el 9 por ciento de las mujeres que tienen ocupaciones de un nivel no cualificado. Ver Mirra Komarovsky, «The Voluntary Associations of Urban Dwellers», *American Sociological Review*, 9 (1946), p. 688.
[39] W. L. Warner y Paul S. Lunt, *The Social Life of a Modern Community*, Yale University Press, New Haven, 1941, p. 301.

en cualquier tipo de actividad. Era más probable que los que tomaban parte en un tipo específico de organización fueran activos en otras, asistieran a reuniones políticas, leyeran más, tuvieran más amigos, etc. [40] En Alemania, de acuerdo con una encuesta de 1953, quienes pertenecían a varias asociaciones, tales como clubes deportivos, clubes sociales, etc., se interesaban más por la política, escuchaban más los programas de radio políticos, leían más periódicos y tenían la iantención de votar en proporciones mayores dentro de cada estrato [41]. Entre los trabajadores alemanes varones, por ejemplo, el 83 por ciento de los que pertenecían a otras asociaciones que no fueran los sindicatos eran votantes, en contraste con el 72 por ciento de aquellos que no pertenecían a asociación alguna.

Son muchos los mecanismos por medio de los cuales la actuación en grupos no políticos activa la participación política, pero el sugerido por los autores del primer estudio electoral importante de tipo encuesta *The People's Choice* constituye un detallado estudio. Los autores señalan que una cierta minoría de la población constituyen los «líderes de la opinión», individuos cuyos mayores conocimientos, interés y personalidad los convierten en influyentes entre sus amigos y conocidos. El contacto con un líder de la opinión es más importante que el hallarse sometido a la propaganda formal en cuanto a su efecto sobre el comportamiento político. Se encontrarán líderes de la opinión, en proporción abrumadora, entre los mejor educados y los de posición más acomodada, y éstos tienden también a ser más activos dentro de las asociaciones de cualquier tipo. En consecuencia, se considera probable que los miembros de las organizaciones estén sometidos a un líder de la opinión política, a alguien que sea hábil y obstinado y que posea los mismos antecedentes sociales que ellos mismos; y puesto que mayor proporción de personas pertenecientes a la clase media que a la obrera se interesan activamente por la política, los clubes no políticos de la clase media deberían contener más individuos interesados por la política que la mayoría de las organizaciones obreras. En efecto, se sabe con certeza que la participación en las organizaciones tiene un efecto más positivo sobre la actividad política entre la clase media que entre los obreros [42]. Entre los trabajadores manuales, sólo los sindicatos (que poseen un cuadro profesional de líderes que se preocupan por la política) tienen un marcado efecto sobre la participación [43].

[40] Ver ERIK ALLARDT, P. JARTTI, F. JYRKILA y Y. LITTUNEN, «On the Cumulative Nature of Leisure Activities», *Acta Sociológica*, 3, n.º 4 (1958), pp. 165-172. Lamentablemente, los autores no incluyeron ninguna información sobre los antecedentes de la clase de los miembros de su grupo representativo.

[41] JUAN LINZ, *op. cit.*, pp. 804-805.

[42] PAUL F. LAZARSFELD, BERNARD BERELSON y HAZEL GAUDET, *op. cit.*, p. 146; A. CAMPBELL y R. L. KAHN, *op. cit.*, pp. 24-28. Ver también S. M. LIPSET, M. TROW y J. S. COLEMAN, *op. cit.*, pp. 97-105 para un desarrollo de esta tesis.

[43] En Alemania, donde el Partido Demócrata Cristiano intenta ser el portavoz tanto del catolicismo como del protestantismo, el hecho de que los católicos o los protestantes asistan o no a la iglesia afecta considerablemente su participación política. Una encuesta realizada en 1953 indica que los protestantes varones que asistían regularmente a la iglesia votaron en la proporción del 92 por ciento; quienes no asistían regularmente, en un 90 por ciento; rara vez, el 81 por ciento, y nunca, el 80 por ciento. Se hallaron diferencias similares entre los varones católicos activos e inactivos, y tanto entre las mujeres católicas como entre las protestantes. Ver E. REWIGROTZKI, *op. cit.*, pp. 69-70.

En muchos países europeos, los movimientos políticos basados en la conciencia de clase, como el comunismo y el socialismo, crearon una subcultura organizada, que separa a los trabajadores del resto de la sociedad. Los partidos de integración han intentado organizar completamente la vida de los trabajadores, haciéndolos pertenecer a sindicatos controlados por el partido, vivir en casas colectivas pertenecientes a los obreros, pertenecer a clubes sociales y deportivos que siguen la línea del partido, participar en actividades musicales y culturales patrocinadas por el partido o los sindicatos y leer periódicos y revistas de los partidos. Se espera que los niños se formen dentro de los grupos de la juventud partidaria. Donde tales condiciones tuvieron cierto éxito, las diferencias según la clase, corrientes en la participación en las votaciones, se eliminaron enteramente y hasta se invirtieron. En Viena, antes de 1934, por ejemplo, se comprobó que no menos del 94 por ciento de los trabajadores votó en elecciones importantes, y en los distritos obreros de Berlín la concurrencia a las urnas fue superior al 90 por ciento, sobrepasando el registro de votación de los hombres de negocios, de los profesionales y de los oficinistas. Se obtuvieron resultados similares en Francia, donde el Partido Comunista organizó la vida de muchos trabajadores [44].

Las actividades determinadas por la ocupación no sólo afectan a la participación del individuo en la red de comunicaciones organizadas de la sociedad, y por lo tanto a su conciencia de los acontecimientos políticos, sino también a su habilidad para dedicarse a la actividad política. Max Weber señaló que la labor del abogado, por ejemplo, no sólo le ofrece las aptitudes que ya hemos discutido, sino también el tiempo necesario para ser políticamente activo, mientras que la del médico es tan absorbente en lo que respecta al tiempo, que le es difícil participar en la política [45]. La tesis de Weber se refiere a los niveles más activos de participación, pero debe recordarse que hasta el acto limitado de la votación no constituye meramente una cuestión de dedicar una hora para concurrir a las urnas, sino que es —al menos para los votantes interesados— el resultado de invertir mucho más tiempo leyendo, escuchando y pensando en la política. Las actividades del tiempo libre (como hemos visto) son importantes para el desarrollo de la conciencia política, pero ciertas ocupaciones proporcionan muy poco tiempo verdaderamente disponible, o lo cual es aún más importante, tiempos de descanso *psíquico*, libres de ansiedades, que puedan dedicarse a problemas no personales. Son estas ocupaciones las que,

[44] Para Viena, ver H. TINGSTEN, *op. cit.*, p. 154; para Berlín, ver STEPHANIE MUNKE y A. R. L. GURLAND, *Wahlkampf und Machtverschiebung: Geschichte und Analyse der Berliner Wahlen von 3 Dezember, 1950*, Institut für Politische Wissenschaft, Duncker und Humbolt, Berlín, 1952, pp. 175-176. Para los resultados franceses comparables, ver JEAN STOETZEL, «Voting Behavior in France», *British Journal of Sociology*, 6 (1955), p. 115. Ver también MAXIMILIAN MEYER, «Der Nichtwahler», *Allgemeines Statistiches Archiv*, 21 (1931), pp. 520-521.

[45] MAX WEBER, «Politics as a Vocation», en sus *Essays in Sociology*, ed. por H. H. Gerth y C. W. Mills, Oxford University Press, Nueva York, 1946, pp. 83 ss. Al discutir la política como vocación, Weber sugiere que el político profesional debe estar «libre de apremios» económicos, es decir, que sus ingresos no deben depender principalmente de su habilidad en el desempeño de la función pública.

en conjunto, brindan también el menor estímulo mental durante las horas de trabajo. El trabajador manual o el oficinista, o el campesino desheredado, que deben trabajar durante un largo horario reglamentado para ganarse la vida, no pueden ser tan activos políticamente como aquellos que poseen más seguridad y un horario de trabajo flexible —el dirigente sindical, el periodista o (el caso extremo del hombre que no tiene prácticamente nada que hacer) el *rentista,* qsue desempeñó un papel tan importante en la política de Inglaterra. La baja participación de los muy pobres —campesinos empobrecidos u obreros en paro— es parcialmente atribuible a la lucha por la existencia, que no deja ninguna energía para ser «invertida» en la actividad política, cuyos resultados son, de cualquier modo, dudosos [46]. Genevieve Knupfer señala, en su resumen de los principales hallazgos sobre la situación social de los estratos inferiores, que su menor acceso a la política refleja un aislamiento más profundo de los intereses y las actividades extrafamiliares. Los individuos de las clases inferiores tienen menos amigos y un margen geográfico más estrecho de contactos sociales que los de los estratos superiores; leen pocos libros y revistas y consumen menor cantidad de los materiales «serios» que contribuirían a una participación más intensa por la comunidad. Hemos señalado ya, al tratar del autoritarismo de la clase trabajadora, que un *status* bajo parece aislar a la gente de la participación en la cultura más amplia y limita su atención a los aspectos más triviales de la vida [47].

Además de la situación de los grupos ocupacionales de *status* bajo, la posición de la mujer casada ilustra el problema del tiempo disponible o de la falta de apremios como determinante de la actividad política. Las exigencias precisas que pesan sobre un ama de casa y madre significan que tiene pocas oportunidades o necesidades de adquirir experiencias de carácter político. Puede esperarse, por consiguiente, que las mujeres se interesen menos por la política, y en casi todos los países realmente votan menos que los hombres [48]. Sin embargo, aquellas mujeres que están liberadas de algunas de las cargas del ama de casa se aproximarían más al papel político del hombre. Las mujeres casadas norteamericanas de las clases media y alta tienen menos hijos, más servidumbre y más utensilios que alivian su tarea, y de este modo disponen de tiempo para participar en actividades

[46] Para una excelente descripción del modo en que la extrema pobreza reduce la motivación para la participación en cualquier clase de comunidad o de actividad política, ver EDWARD BANFIELD, *The Moral Basis of a Backward Society,* The Free Press, Glencoe, 1958. Los diversos estudios sobre el paro ilustran también la manera en que la inseguridad económica reduce notablemente las energías que la gente debe aplicar a la política. Ver la discusión anterior de la p. 162 de este capítulo. W. MATTES, *Die Bayerischen Bauernrate: Eine Soziologische und Historische Untersuchung über bauerliche Politik,* Münchener Volkswirtschaftliche Studien, n.° 144, J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger, Stuttgart, 1921, discute los límites de la participación de los campesinos en la política.

[47] GENEVIEVE KNUPFER, «Portrait of the Underdog», *Public Opinion Quarterly,* 11 (1947), pp. 103-114. Ver también ROGER GIROD, «Facteurs de l'abstentionnisme en Suisse», *Revue française de science politique,* 3 (1953), pp. 349-376.

[48] Ver H. TINGSTEN, *op. cit.,* p. 229; la encuesta electoral noruega de 1957 antes citada, R. S. MILNE y H. C. MACKENZIE, *Marginal Seat: 1955,* The Hansard Society for Parliamentary Government, Londres, 1958, p. 69; GABRIELE BREMME, *op. cit.,* pp. 231-239; MATTEI DOGAN y JACQUES NARBONNE, «L'abstentionnisme électoral en France», *Revue française de science politique,* 4 (1954), pp. 6-11, y MAURICE DUVERGER, *op. cit.,* pp. 15-20 y 26-46.

formales e informales, junto con las mujeres de su propio estrato. Las decenas de millares de clubes de mujeres se componen, en su mayor parte, de mujeres pertenecientes a las clases media y alta. Los sociólogos W. Lloyd Warner y Paul S. Lunt, en su estudio de «Yankee City», hallaron que en las tres clases sociales más altas, mayor cantidad de mujeres que de hombres se mostraban activas en asociaciones, norma que resultó invertida entre los estratos inferiores. El investigador sueco de ciencias políticas Herbert Tingsten indicó que en diferentes países europeos las mujeres de la clase media participaban en política en casi el mismo grado que los hombres de su propio estrato y que, como en los Estados Unidos, las mujeres de la clase trabajadora representaban los índices de votación más bajos [49]. En Finlandia, donde la población de habla sueca, como grupo, goza de un desproporcionado bienestar en comparación con la mayoría finlandesa, las mujeres suecas presentaban un índice más alto de participación en los comicios que los hombres finlandeses [50].

Si un mayor tiempo libre o un horario de trabajo flexible facilitan la participación política, la disminución constante de las horas semanales de trabajo debería dar como resultado niveles más altos de participación. Muchos reformistas del siglo XIX depositaban grandes esperanzas en el aumento del interés y el refinamiento de las masas en cuestiones políticas. Los sociólogos Robert y Helen Lynd señalaban, en 1929, sin embargo, que la participación electoral en realidad estaba disminuyendo, y sugerían que la política ya no podía competir adecuadamente, como forma de entretenimiento, con las nuevas especulaciones comerciales —películas, radio, deportes comercializados— y que la política ha perdido una de sus más importantes funciones [51]. El investigador de ciencias políticas Robert E. Lane, treinta años más tarde, sugiere que esta tendencia no se continuó, que la «proporción de votantes elegibles que hacen uso de su derecho político declinó desde las elecciones posteriores a la guerra civil de 1876 hasta 1928, año en que la tendencia (interrumpida por la guerra) se invirtió, y esta proporción señala una tendencia a aumentar» [52]. Sin embargo, la evidencia de la existencia de tendencias persistentes en las votaciones o en otros niveles de participación política no es muy satisfactoria debido a las deficiencias de los datos.

PRESION DE GRUPO EN FAVOR DE LA VOTACION

Aun cuando la gente no se dé cuenta de la existencia de un interés personal en juego en la decisión electoral, puede, sin embargo, ser indu-

[49] W. L. WARNER y P. S. LUNT, *op. cit.,* pp. 337-338; H. TINGSTEN, *op. cit.,* pp. 146-147. Ver también GABRIELE BREMME, *op. cit.,* p. 53, y MAURICE DUVERGER, *op. cit.,* p. 40.

[50] ERIK ALLARDT, *Social Struktur och Politisk Aktivitet,* Söderstrom & Co., Helsinki, 1955, p. 38. Estos datos son también presentados, con menos detalles, en E. ALLARDT y K. BRUUN, *op. cit.,* pp. 55-76.

[51] R. S. LYND y H. M. LYND, *Middletown,* Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1929, pp. 416-420.

[52] ROBERT E. LANE, *op. cit.,* p. 26.

cida a votar por las presiones sociales y los sentimientos íntimos de obligación social. Las variaciones del comportamiento electoral que se correlacionan con la clase socioeconómica pueden también relacionarse con los diferentes grados de conformidad con las normas dominantes en diversas sociedades. Casi todo estudio del comportamiento social indica que la conformidad con estas normas se relaciona con el *status* social. Kinsey señaló las amplias variaciones que existen entre la conducta sexual de la clase media y la de la clase obrera, siendo la de la primera de ellas mucho más convencional [53]. Las actitudes hacia la corrupción y el crimen varían también según la posición de clase. Las personas pertenecientes a una clase inferior, por ejemplo, tienden a ser mucho más tolerantes hacia la corrupción que las de la clase media [54]. Las actitudes hacia el valor intrínseco del trabajo intenso y del estudio varían también según la posición de clase. En general, la gente de la clase media tiende a conformarse más con los valores dominantes de la sociedad y a aceptar la noción de que esta conformidad será recompensada mediante la consecución de los propios fines personales [55].

Las actitudes hacia la política no diferirían mucho de estas pautas generales. Deberíamos esperar que el ser «un buen ciudadano» y el «ejercer el deber de votar de cada uno» estén asociados con el punto de vista de la clase media; que el cinismo o la apatía con respecto a la política se relacionen con el disconformismo en otros terrenos. Es probable que el trabajador que no confía en ser remunerado por un buen trabajo, tampoco confíe en ser recompensado por ser un buen ciudadano. La coercitividad de las normas de conducta de la clase media es notablemente menor entre los grupos privados de los niveles de vida y de la aceptación social de esta clase. El bajo porcentaje de votantes registrado en los grupos que cuentan con ingresos muy bajos, que se manifiesta en los Estados Unidos, puede formar parte de esta norma general. El índice de votación extremadamente bajo de los negros, aun en el norte, puede reflejar parcialmente la debilidad de las normas de conformidad social entre un grupo al que se niegan las recompensas normales por su conformidad [56].

Aparte de la norma social general de votar como «buen ciudadano», existen muchos grupos de intereses que exigen que sus miembros voten en beneficio de ellos. De este modo, el alto porcentaje de votantes en los distritos europeos de clase obrera depende probablemente, en gran medida, de la existencia de tales grupos, mientras que el bajo porcentaje de votantes registrado generalmente entre los obreros norteamericanos puede reflejar el hecho de que ellos no hayan desarrollado instituciones de clase integradas e intensas normas políticas propias. Ya se ha destacado que los obreros que pertenecen a sindicatos poseen un porcentaje de votación mucho más alto que los no miembros [57], y las camarillas políticas de los distritos urbanos pobres en los Estados Unidos han apelado tradicionalmente a la solidaridad étnica y religiosa de grupo, como forma de ejercer presión sobre la votación [58].

Tales presiones en favor de la conformidad dependen, por supuesto, del mayor o menor contacto que un individuo mantiene con los grupos sociales dominantes. Aquellos cuyo ingreso en una comunidad es relativamente reciente, por ejemplo, tienden a votar menos que los antiguos residentes, hecho que fue señalado en muchas comunidades de los Estados Unidos, Suiza, Finlandia e Inglaterra [59]. El mismo factor puede contribuir al menor porcentaje de votantes entre la gente joven (analizado más adelante) que aún no encontró un lugar en la vida social organizada de la comunidad adulta, y entre los muy ancianos, que están perdiendo sus contactos sociales debido al abandono del trabajo, a la enfermedad y a las defunciones acaecidas en el grupo de gente de su edad.

La mayor presión en favor de la votación como símbolo de conformidad ocurre cuando la significación objetiva de la votación es menor: en las elecciones «espectáculo» totalitarias. En la Alemania nazi y en la Unión Soviética se dedicaron enormes esfuerzos para tomar contacto con todo el electorado y requerir su voto. Se dice que en 1946, para designar el Soviet Supremo, se presentó a votar el 99,7 por ciento del electorado, de entre más de 100 millones de personas (99,2 por ciento de ellos por la lista oficial, única) [60]. Si la sensación de amenaza externa de la sociedad norteamericana aumenta, podemos esperar un incremento del énfasis que se aplica a la votación como símbolo de lealtad y satisfacción con el sistema político existente. Pero a menos que el aumento esté acompañado de un incremento correspondiente en el interés por los acontecimientos,

[53] A. C. KINSEY, W. B. POMEROY y C. E. MARTIN, *Sexual Behavior in the Human Male*, Saunders, Filadelfia, 1948.

[54] Ver JEROME S. BRUNER y S. J. KORCHIN, «The Boss and the Vote: Case Study in City Politics», *Public Opinion Quarterly*, 10 (1946), pp. 8-9, 22. El alcalde Curley de Boston, criminal convicto, recibió un fuerte apoyo de la clase baja, tal como lo demostró esta investigación.

[55] Ver ROBERT K. MERTON, «Social Structure and Anomie», en su *Social Theory and Social Structure*, The Free Press, Glencoe, 2.ª ed., 1956, pp. 131-161.

[56] E. H. LITCHFIELD, «A Case Study of Negro Political Behavior in Detroit», *Public Opinion Quarterly*, 5 (1941), pp. 267-274; GUNNAR MYRDAL, *An American Dilemma*, Harper & Bros., Nueva York, 1944, pp. 493-494. Ver también «Bureau of Applied Social Research», *Voting Behavior of American Ethnic Groups*, mimeografiado, Nueva York, 1946.

[57] Para datos sobre la elección de 1954 en los Estados Unidos, ver A. CAMPBELL y H. C. COOPER, *Group Differences in Attitudes and Votes*, Survey Research Center, Ann Arbor, 1956, pp. 31-32. Los autores hallaron que los trabajadores sindicados votaban mucho más que las personas que no lo estaban y que desempeñaban las mismas ocupaciones. Esto sucedió en los años 1948, 1952 y 1954. En Inglaterra la investigación en Greenwich puso de relieve que era mucho más posible que los miembros de los sindicatos obreron votasen y no que lo hicieran los trabajadores no sindicados. Ver M. BENNEY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *op. cit.*, pp. 181-188.

[58] V. O. KEY Jr., *op. cit.*, cap. 10; F. J. BROWN y J. S. ROUCEK (eds.), *One America*, Prentice-Hall, Nueva York, 1945, caps. 15-16.

[59] H. TINGSTEN, *op. cit.*, p. 215; C. E. MERRIAM y H. F. GOSNELL, *op. cit.*, pp. 31 ss.; B. C. ARNESON, «Non-Voting in a Typical Ohio Community», *American Political Science Review*, 19 (1925), pp. 816-825; A. H. BIRCH, «The Habit of Voting», *The Manchester School of Economic and Social Studies*, 18 (1950), pp. 75-82; R. GIROD, *op. cit.*, p. 368; E. ALLARDT y K. BRUUN, *op. cit.*, p. 75; CHARLES H. TITUS, *Voting Behavior in the United States*, University of California Press, Berkeley, 1935, p. 68. Ver también ROBERT E. LANE, *op. cit.*, pp. 267-269.

[60] J. TOWSTER, *Political Power in the U.S.S.R., 1917-1947*, Oxford University Press, Nueva York, 1948, p. 197.

difícilmente podrá ser relacionado con el ideal de la participación racional en el autogobierno.

En algunos casos, las presiones de grupos se dirigen contra la votación. El índice de votantes universalmente menor entre las mujeres puede deberse, en parte, a la idea tradicional sobre «el puesto de la mujer». En los Estados Unidos esto no parece impedir que las mujeres interesadas en ello voten; no obstante, las que experimentan poco interés se consideran libres de no votar, mientras que los hombres igualmente desinteresados se sienten más solicitados a acudir a las urnas[61]. Actualmente, en ciertos lugares del sur de los Estados Unidos, las normas establecidas por el grupo blanco dominante para el comportamiento de los negros incluyen la prohibición de votar[62].

Otro tipo de norma que se opone a la votación se manifiesta entre algunos grupos radicales extremos que incitan a la abstención como protesta contra la «democracia burguesa». «La votación significa la aceptación de la esclavitud», constituyó el tema de una intensiva campaña de la española Confederación Nacional de Trabajadores (anarcosindicalista), que incluía más de la mitad de los trabajadores organizados, en las elecciones españolas de 1933. La abstención electoral fue utilizada a menudo como medio de protesta en las elecciones «semilibres» por la oposición. Del mismo modo, en los plebiscitos en los que ninguna de las alternativas se consideraba aceptable, la abstención masiva apareció en ocasiones como medio de expresión de las opiniones políticas.

En el seno de los grupos en los que las normas se oponen a la votación, la situación corriente aparece invertida: los conformistas se convierten en abstencionistas, y los disconformes —el «trabajador sin conciencia de clase», el «negro que no sabe cuál es su lugar»— en votantes.

PRESIONES MULTIPLES

En general, cuanto más presiones recaigan sobre los individuos o los grupos que operan en direcciones opuestas, tanto más probable será que los futuros votantes se evadan de la situación mediante una «pérdida de interés» y una abstención en las elecciones. El primer estudio intensivo norteamericano de la manera en que el votante se decide (empleando el método de «listas», consistente en entrevistas repetidas, con intervalos de tiempo, al mismo grupo representativo) señaló que «muchos votantes sujetos a presiones múltiples tendían a restar importancia al asunto. Se evadían de todo conflicto real mediante la pérdida de interés en la elección

[61] P. F. LAZARSFELD, B. BERELSON y HAZEL GAUDET, *op. cit.*, pp. 48-49; ALICE KITT y D. B. GLEICHER, «Determinants of Voting Behavior», *Public Opinion Quarterly*, 14 (1950), pp. 393-412.

[62] J. DOLLARD, *Caste and Class in a Southern Town*, Harper & Bros., Nueva York, 1937; G. MYRDAL, *op. cit.*, cap. 22. El informe, dado a conocer en septiembre de 1959, de la Comisión para los Derechos Civiles del Presidente Eisenhower, documenta más aún esta prohibición continuada.

[...]. Los que no estaban sujetos a presiones múltiples demostraban más interés por la misma; incluso una sola de estas presiones significaba un aumento sustancial de la proporción de votantes que se sentían menos interesados por la elección; y a medida que el número de presiones múltiples aumenta, el grado de interés señala un firme descenso»[63]. Los estudios de las elecciones en los Estados Unidos y Gran Bretaña señalaron hallazgos comparables[64]. Una entrevista con fines de estudio, realizada a los miembros de un sindicato en el que las facciones comunista y católica pugnaban por el poder, arrojó los mismos resultados. Los miembros del sindicato sujetos verdaderamente a la propaganda de ambos sectores reaccionaban negándose a decidirse por uno de ellos[65].

Quizá la evidencia más notable de que las presiones políticas múltiples que arrastran a los individuos hacia partidos diferentes convierten a alguna gente en políticamente incapaz proviene de un estudio alemán de los votos nulos. Los votos son anulados cuando un votante indica en su papeleta dos partidos en vez de uno. Si tales «errores» constituyeran el resultado de un accidente o de la ignorancia respecto de la forma de votar, los dos partidos señalados en la misma papeleta deberían haberse hallado, entonces, distribuidos más o menos al azar. Un examen de tales papeletas realizado en Baviera descubrió, sin embargo, que cuando la gente votaba por dos partidos, lo hacía casi invariablemente por dos que se encontraban relativamente cerca uno de otro en su ideología. De tal modo, un voto en favor de los socialdemócratas, anulado, estaría por lo general también destinado ya sea a un pequeño partido izquierdista, inmediatamente a la izquierda de los socialistas, o a los democristianos, inmediatamente a la derecha de aquéllos. De manera similar, la mayoría de los votos en favor de los democristianos, anulados, eran también para los socialdemócratas, inmediatamente a su izquierda (43 por ciento) o para el Partido Agrario de Baviera (31 por ciento), inmediatamente a su derecha. Los votos anulados en favor del Partido Agrario, más conservador, contenían también votos en favor de los democristianos, a su izquierda (47 por ciento), o para el Partido Alemán, a su derecha (13 por ciento). La mayoría de estos votos anulados contenía, de este modo, un segundo voto en favor del partido más próximo, ya sea a la derecha o hacia la izquierda, lo que indica que esto no fue resultado de errores, sino el reflejo de la incapacidad de algunos votantes para decidir entre dos partidos que los atraían poderosamente[66].

[63] P. F. LAZARSFELD, B. BERELSON y HAZEL GAUDET, *op. cit.*, p. 62. Como ya se hizo notar en el cap. 3, p. 76, la teoría de las presiones múltiples fue avanzada por primera vez hace más de cincuenta años por el sociólogo alemán Georg Simmel. Su primera aplicación detallada a la investigación de la votación puede hallarse en la obra de Herbert Tingsten, en su «ley del centro de gravedad social», en la cual demuestra que la participación de un grupo aumenta con el poder del mismo en un distrito dado. Ver H. TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 230-231. Para un resumen de una obra norteamericana reciente que emplea esta tesis, ver ROBERT E. LANE, *op. cit.*, pp. 197-203.

[64] B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. MCPHEE, *op. cit.*, pp. 27 y 130-131; M. BENNEY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *op. cit.*, pp. 178-182; S. J. KORCHIN, *op. cit.*, cap. V.

[65] MARTIN KRIESBERG, «Cros-Pressures and Attitudes», *Public Opinion Quarterly*, 13 (1949), pp. 5-16.

[66] R. SCHACHTNER, «Wahlbereditigte, Wahlbeteiligung, Nichtwahler und Falschwahler»,

La hipótesis de las presiones múltiples puede ser de utilidad para dar cuenta de algunas de las diferencias en el comportamiento de los diversos grupos citados anteriormente. Por ejemplo, sabemos que los trabajadores tienden a votar menos que la gente de las clases media y alta, y que incluso en países como Gran Bretaña, donde las diferencias entre las clases en los índices de votación no son tan pronunciadas como en los Estados Unidos, existe, sin embargo, una variación considerable en el grado de interés y participación en la política. Así, según un estudio británico de listas de electores, se halló una variación que va desde el 34 por ciento de las clases bajas hasta el 71 por ciento de las clases altas en la proporción de personas interesadas en las elecciones [67]. Estas diferencias pueden deberse, en parte, al hecho de que los estratos inferiores de toda sociedad se hallan influidos por las experiencias de sus vidas y sus organizaciones de clase, en el sentido de favorecer a aquellos partidos que abogan por reformas sociales y económicas, pero al mismo tiempo se hallan expuestos a poderosas influencias de la clase alta y de los conservadores a través de la prensa, la radio, las escuelas, las iglesias, etc. Aunque su inferioridad social y económica los predispone contra el *statu quo*, el sistema existente tiene numerosas pretensiones tradicionales de legitimación que los influyen. Los estratos inferiores se encuentran, por lo tanto, en una situación no sólo de menor información, sino de información conflictual, y de presiones de grupo opuestas.

Los miembros de las clases más acomodadas, por otra parte, están rara vez expuestos a conjuntos equivalentes de presiones múltiples. Viven en un «medio político relativamente homogéneo», en el cual todas las influencias apuntan hacia una única dirección política. Mientras en la mayoría de los países gran parte de los trabajadores lee periódicos que se oponen a los sindicatos y a los partidos obreros, los hombres de negocios de todos los países leen diarios que reafirman sus opiniones políticas básicas [68].

La actuación específica de los valores de una sociedad estratificada, y sin embargo abierta, puede reducir la efectividad política de las clases inferiores mediante el aumento de las presiones múltiples objetivas que se

Bayern in Zahlen: Monatshefte des Bayerischen Statistischen Amtes, enero de 1952, pp. 18-21.

[67] M. BENNEY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *op. cit.*, p. 127.

[68] Ver R. S. MILNE y H. C. MACKENZIE, *Straight Fight*, The Hansard Society, Londres, 1956. Los autores revelan que entre los votantes británicos, «el número de periódicos de izquierda leídos por los conservadores era mucho menor que el de los de derecha leídos por los votantes laboristas» (p. 96).

En Noruega, el 69 por ciento del total de votantes socialistas lee periódicos no socialistas, el 28 por ciento no lee ningún diario socialista. Entre los partidarios de las agrupaciones políticas no socialistas, sólo el 17 por ciento lee periódicos socialistas, mientras que más del 80 por ciento de ellos lee diarios no socialistas. Ver STEIN ROKKAN y PER TORSVIK, «The Voter, the Reader and the Party Press», investigación dada a conocer en el Cuarto Congreso Mundial de Sociología, Stresa, septiembre de 1959. Fueron expuestos algunos hallazgos suecos comparables por JÖRGEN WESTERSTAHL y CARL-GUNNAR JANSON, *Politisk Press*, Instituto de Ciencias Políticas, Gotenburgo, 1958, pp. 65, 89, 98. Para una discusión general del problema y de las estadísticas, ver HERBERT TINGSTEN, «The Press», en J. A. Lauwerys, ed., *Scandinavian Democracy*, The Danish Institute, Copenhague, 1958, pp. 316-328.

ejercen sobre ellas. Aunque los individuos de esas clases consideran los acontecimientos políticos en calidad de miembros de un grupo relegado, también están expuestos a los valores dominantes de la sociedad, por medio de las comunicaciones de masa, y pueden (al menos en ciertas sociedades abiertas) aspirar a posiciones más elevadas dentro de la estructura social. Se enfrentan con la necesidad de conciliar las normas de la clase baja con los conjuntos de valores en conflicto que corresponden a la posición política y social de la clase dominante. A menos que la estructura social los aísle de estos valores provenientes de varias clases, deberían ser más apáticos políticamente que los grupos de la clase alta, que no enfrentan tal conflicto. Estos últimos permanecen satisfechos con su conformidad dentro de un medio político libre de conflictos. Gunnar Myrdal describe así la situación de la clase alta: «Existen vínculos más estrechos y una comprensión más fácil entre las personas pertenecientes a la clase alta [...]. Viajan más [...], el hecho de viajar juntos en un tren *pullman* hace que la gente intime. Se reúnen constantemente en conferencias» [69]. Estas diferencias constituyen otra de las razones de las diferencias de clase en la concurrencia a los comicios; y sobre una base comparativa deberíamos esperar que cuanto más abierta sea la estructura de clases de cualquier sociedad, tanto más políticamente apática deberá ser su clase trabajadora; e inversamente, cuanto más rígidamente estratificada se halle una sociedad, será tanto más probable que sus clases inferiores desarrollen su propia y poderosa forma de actividad política. Es más probable que los miembros de los estratos inferiores que se encuentran más aislados del contacto con la cultura o los individuos de la clase media sean activos en la política dominante en su estrato, mientras que quienes se hallan más expuestos a contactos con las varias clases serán los menos activos, menos interesados y menos comprometidos. Gran parte de la evidencia (que ya ha sido parcialmente presentada en otros contextos) se ajusta a estos pronósticos, como la que se refiere a los obreros de las industrias «aisladas», de las grandes fábricas o de los distritos proletarios de las grandes ciudades, miembros de los «partidos de integración», como los socialdemócratas o los comunistas austriacos de antes de 1934, y los miembros de los sindicatos obreros [70].

[69] G. MYRDAL, *op. cit.*, p. 715. En vista de la actual decadencia de los viajes en tren, el equivalente contemporáneo del coche *pullman* podría ser el avión transcontinental de primera clase, los hoteles de primera clase y los restaurantes caros, que son pagados con cargo a la cuenta de gastos generales.

[70] David Truman descubrió, en un análisis de los datos estadísticos de las elecciones presidenciales estadounidenses de 1948, que era sumamente probable que los miembros de las clases socioeconómicas más altas poseyeran un ambiente homogéneo. Entre los trabajadores, los miembros de sindicatos tenían medios más homogéneos que los no pertenecientes a sindicatos y los miembros del CIO se hallaban en un ambiente más integrado que los del AFL. Ya que el término medio de los miembros de los sindicatos que no lo son, y que los miembros del CIO ostentaban estas características en mayor proporción aún que los del AFL, los orígenes de su mayor homogeneidad no pueden atribuirse solamente, ni siquiera principalmente, a la estructuración del ambiente por parte del sindicato. Sin embargo, todos estos diferenciales concuerdan con nuestro pronóstico teórico. Ver DAVID TRUMAN, «Political Behavior and Voting», en F. MOSTELLER, H. HYMAN, P. MCCARTHY, E. MARKS y D. TRUMAN, *The Pre-Election Polls of 1948*, Social Science Research Council, Boletín n.º 60, Nueva York, 1949, pp. 229-230.

Los distritos que están dentro de ciudades que son homogéneas, ya sea principalmente clase trabajadora o clase media, en Viena, Amsterdam, Basilea, Berlín, Helsinki, partes de Gran Bretaña y Noruega, registran un porcentaje mucho más alto de votantes que los que tienen una población «mixta», como lo dieron a conocer varios estudios realizados desde 1920 hasta 1957[71]. El registro de votación bajo, obtenido frecuentemente, de los individuos empleados en el servicio personal y doméstico, y de los trabajadores agrarios en granjas familiares, constituye, quizá, una ilustración del caso extremo que se ajusta a la norma. Tales trabajadores, aun cuando tienen un *status* y una paga bajos, se hallan también entre los menos integrados dentro de su clase, y en contacto más directo con los individuos de *status* alto[72].

Varios ejemplos extraídos de estudios de votación en Finlandia refuerzan la hipótesis de las presiones múltiples. Finlandia es un país con una minoría sueca perteneciente a la clase alta, y el sociólogo Erik Allardt descubrió que los distritos electorales en los que la proporción de la población de habla sueca era superior al 75 por ciento contaban con un índice de votantes generalmente más alto que los distritos étnicamente mixtos o predominantemente finlandeses[73]. Los distritos que poseían tradiciones políticas arraigadas, es decir, aquéllos donde la mayoría era ya sea conservadora o izquierdista tanto en 1917 como después de 1945, exhibían un índice de votación consecuentemente más alto que los distritos en los cuáles los partidos conservadores e izquierdistas contaban con mayorías intermitentes[74]. Además, aquellos en los que existía un partido político fuertemente predominante tenían índices más altos de votación que los distritos en los que contendían varios partidos igualmente fuertes.

La hipótesis de las presiones múltiples suministra también una manera de dar cuenta de las diferencias entre la votación de hombres y mujeres. Existe la evidencia de que, en la mayoría de las sociedades, las mujeres son más conservadoras y más religiosas que los hombres, y estas diferencias son más acentuadas en el nivel de la clase trabajadora. Tales variaciones de valores entre los sexos pueden provenir de las diferencias de las experiencias de la vida. Los maridos están más expuestos, tanto en su trabajo como en las actividades de sus horas libres, a la opinión corriente o predominante de su clase. Las mujeres, en particular las amas de casa, tienen menor participación en la estructura de las comunicaciones entre las clases, ven a menos gente entendida en política que posea antecedentes e intereses similares a los suyos, y es más probable, por lo tanto, que mantengan los valores conservadores predominantes en la cultura más amplia.

[71] Para Viena, Amsterdam y Basilea, ver H. TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 126-127, 155-157; para Berlín, ver STEPHANIE MUNKE y A. R. L. GURLAND, *op. cit.*, pp. 175-176; para Gran Bretaña, ver D. E. BUTLER, *op. cit.*, p. 208; para Helsinki, ver ERIK ALLARDT, *op. cit.*, p. 136. Los datos de la encuesta de 1957 de Noruega, inédita, ya citada, corroboran también este punto.

[72] Ver M. MEYER, *op. cit.*, pp. 520-521; H. TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 62, 120-181, *passim*; R. GIROD, *op. cit.*, esp. tabla V.

[73] ERIK ALLARDT, *op. cit.*, p. 34; E. ALLARDT y K. BRUUN, *op. cit.*

[74] ERIK ALLARDT, *op. cit.*, p. 52.

Un segundo factor que puede actuar para que las mujeres de la clase trabajadora sean más conservadoras que sus maridos es el hecho de que sus fuertes intereses familiares las convierten en el sexo más consciente de su *status*. Como lo señalaron Robert y H. Lynd en sus libros sobre *Middletown*, las mujeres son las portadoras de los valores dominantes culturales y de *status*. El interés por este último significa, en gran medida, una preocupación por los valores y las prácticas de la clase o el grupo social que se encuentra inmediatamente por encima del propio, y que es probable que posea valores más conservadores que los propios. De este modo, las mujeres de la clase trabajadora se hallan empujadas hacia la izquierda por su posición de clase y por los valores que sus maridos aportan de la fábrica; pero son impelidas hacia la derecha por estos otros elementos de su experiencia, y por tanto estarán más sujetas a presiones múltiples que ellos, y es más probable que se aparten completamente de toda decisión política.

En países europeos como Francia y Austria, donde la mayoría de los hombres de la clase trabajadora apoyan a partidos izquierdistas anticlericales, sus esposas, a menudo religiosas, se enfrentan con el conflicto de votar de acuerdo con su Iglesia o con su clase y sus maridos. Esta situación de conflicto, vívida y no poco común, contribuye indudablemente, en gran medida, a los bajos índices de votación de las mujeres de la clase trabajadora[75].

También la movilidad, ya sea residencial, social o laboral, reduciría la participación en la política, ya que los varios tipos de movilidad reducen el grado en que los individuos participan en las diferentes formas de actividad y aumentan la posibilidad de que se expongan a presiones múltiples políticamente correspondientes. Ya se ha citado la evidencia que demuestra que es mucho menos probable que voten los recién llegados a una región que los antiguos residentes[76]. Las investigaciones de la actividad en los sindicatos obreros norteamericanos proporcionan datos según los cuales es también menos probable que los trabajadores que cambiaron de residencia o de trabajo en fecha reciente se muestren activos en sus sindicatos, que los obreros que permanecieron en una comunidad y en un mismo trabajo por un cierto lapso de tiempo[77].

Pero mientras que el efecto negativo de la movilidad laboral y residencial sobre la votación puede reflejar sólo en parte un aumento de las presiones múltiples sobre los participantes, la movilidad social, tanto hacia arriba como hacia abajo, junto con las esperanzas que alimentan muchos individuos de mejorar su posición en el futuro, debe aumentar las presiones múltiples políticas y reducir el interés por la política. Es probable que las personas que se desplazan hacia arriba o hacia abajo en la escala ocu-

[75] En Francia, sin embargo, es mucho más probable que las mujeres de la clase trabajadora que votan lo hagan como sus maridos, que las de la clase media. Ver MAURICE DUVERGER, *La participation des femmes à la vie politique*, *op. cit.*, pp. 47-48.

[76] Ver nota 59, p. 175, para referencias.

[77] Ver S. M. LIPSET y JOAN GORDON, «Mobility and Trade Union Membership», en R. BENDIX y S. M. LIPSET (eds.), *Class, Status and Power*, The Free Press, Glencoe, 1953, pp. 491-500.

pacional ingresen en grupos sociales que poseen una orientación política diferente de la que abandonaron; y los datos procedentes de cierto número de encuestas electorales realizadas en los Estados Unidos, Alemania, Suecia, Finlandia y Noruega indican que «los niños que están en el mismo grupo (clase social) que sus padres votan más que los que se encuentran en un grupo diferente del de éstos»[78].

La creencia en la posibilidad de una futura movilidad hacia arriba puede también servir para reducir la actividad política, puesto que quienes se hallan orientados hacia arriba pueden estar más influidos por los valores y las normas de conducta de la clase en la cual confían ingresar que quienes aceptan su *status* actual como relativamente permanente. La esperanza de cambiar de clase es mucho más fuerte entre la gente joven, y en todas partes son ellos quienes votan en menor proporción. Pero existen otras fuentes de presiones múltiples en la situación de los votantes jóvenes, particularmente los novatos, y una discusión de ellas aclarará aún más tanto la utilidad de la hipótesis de las presiones múltiples como también el problema de intentar relacionar la conducta determinada por una multitud de factores interactuantes y en conflicto con las variables particulares que interesan por el momento al analista social.

Los jóvenes que ya están en edad de votar afrontan una situación diferente de la del resto del electorado, puesto que deben tomar una decisión por primera vez; no pueden votar como lo hicieron en la elección previa, a semejanza de la mayoría de los votantes de todo país. Si supusiéramos, por lo tanto, que los votantes primerizos se encuentran en una situación conflictiva, ello daría cuenta del nivel de votación relativamente bajo de este grupo en todas partes. Se deduce también que será mucho más probable que voten aquellos primerizos que no poseen ninguna fuente importante de presiones múltiples. Si en cierto sentido la decisión ya está tomada, para el votante primerizo, por su ambiente, votará; si se enfrenta con un conflicto, es probable que retrase su decisión. Corroboran esto dos estudios realizados en ambientes muy diferentes. Uno de ellos es la investigación de la elección presidencial estadounidense de 1948, llevada a efecto en la ciudad de Elmira, al norte del Estado de Nueva York, fuertemente republicana; el otro es un estudio de la elección de 1950, realizada en Berlín Occidental, ciudad que siempre ha permanecido dominada por los socialistas desde 1912, a excepción del período nazi.

[78] La cita es de ERIK ALLARDT y K. BRUUN, *op. cit.*, p. 76. Los datos sobre la movilidad de los votantes finlandeses indican que las personas móviles votan menos, lo que concuerda con la hipótesis de las presiones múltiples. El 80 por ciento de los encuestados que se hallaban dentro del mismo grupo ocupacional que sus padres, votaban, pero sólo lo hacía el 65 por ciento de los que se encontraban en un estrato diferente. Tanto la movilidad hacia arriba como hacia abajo poseían este efecto, pero las personas de un grupo ocupacional inferior al de sus padres votaban muchísimo menos. El 53 por ciento de los obreros con padres oficinistas votaba (en comparación con el 78 por ciento de los obreros hijos de obreros), y de los empleados de oficina hijos de obreros votaba el 72 por ciento (comparado con el 84 por ciento de los oficinistas hijos de oficinistas). Para mayores referencias y datos correspondientes a estudios realizados en otros países, ver S. M. LIPSET y R. BENDIX, *Social Mobility in Industrial Society*, University of California Press, Berkeley, 1959, pp. 66-70.

En Elmira surge una juventud de la clase media en un ambiente en el que todo actúa para hacerla republicana, mientras que la juventud de la clase trabajadora recibe estímulos demócratas provenientes de la tradición de clase y presión republicana debida a su exposición a los sentimientos e instituciones predominantes en la comunidad. En Berlín, un joven votante de la clase trabajadora está expuesto a un ambiente socialista poderosamente organizado y socialmente legítimo, mientras se forma una juventud de la clase media en un ambiente en el cual las clases medias y sus partidos han permanecido relativamente débiles. El cuadro III presenta las relaciones entre la edad, la clase y la abstención de votar en ambas ciudades. De acuerdo con ella apreciamos, en primer término, que es menos probable que voten los jóvenes que los mayores. En segundo lugar, cuando se considera la posición de clase, la magnitud de la diferencia entre los votantes más jóvenes y los mayores varía según la clase a que pertenecen. Sin embargo, la naturaleza de esta variación difiere marcadamente en ambas ciudades. En uno de los contextos, Berlín socialista, la brecha entre los grupos de edades es amplia en la clase media y estrecha en la clase trabajadora; en Elmira republicana, la relación es exactamente la inversa. Aquí la juventud de la clase media encuentra su decisión ya tomada; en Berlín es el votante primerizo de la clase trabajadora quien se halla en esa situación.

Aunque los datos del cuadro III tienden a confirmar la hipótesis de que la juventud votará cuando su decisión esté ya tomada por un ambiente homogéneo, y propondrá su participación en los comicios cuando esté expuesta a estímulos en conflicto, inclusive entre los berlineses de la clase trabajadora y los de Elmira de la clase media, los jóvenes votan menos que los que tienen treinta años o más. Otra explicación para esto mismo consiste en que los jóvenes que acaban de cumplir la edad de votar establecen también nuevas familias, se abren camino en nuevos trabajos, en nuevas vecindades y asociaciones, todo lo cual produce incoherencias y conflictos políticos. Los allegados a un joven tienden en mayor número a sostener opiniones en conflicto que los de una persona mayor, puesto que ésta tuvo oportunidad de establecer un ambiente homogéneo, ya sea mediante la selección de amigos y relaciones similares o ajustándose al punto de vista predominante en su ambiente. El estudio sobre Elmira establece que sólo la mitad de los votantes primerizos concuerda políticamente con sus tres mejores amigos, y una proporción tan elevada como el 30 por ciento se halla en desacuerdo con dos de ellos, o con los tres. En el grupo de personas de 35 a 44 años de edad, el 75 por ciento concuerda con sus tres mejores amigos, y sólo el 10 por ciento se halla en desacuerdo con dos de ellos o más[79]. Una investigación francesa revela que, entre los individuos de más de 50 años de edad, los maridos y las mujeres votaban de la misma manera en el 97 por ciento de los casos, en comparación con el 80 por ciento de los menores de 50 años[80].

[79] B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. MCPHEE, *op. cit.*, pp. 96-97.
[80] MAURICE DUVERGER, *op. cit.*, p. 48.

CUADRO III

PORCENTAJES DE VOTACION EN ELMIRA Y EN BERLIN *

Año de nacimiento	*Edad*	*Hombres de negocios y oficinistas*	*Trabajadores asalariados*
		Elmira - 1948	
1927-1924	21-24	74	35
1923-1914	25-34	75	65
1913-1894	35-54	85	79
1893 o antes	55 +	80	82
		*Berlín - 1950 ** *	
		Distrito de la clase trabajadora Tiergarten	*Distrito de la clase media y alta Zehlendorf*
1930	20	88.9	67.0
1929	21	92.3	71.8
1928	22	90.9	74.3
1927	23	90.9	72.7
1926	24	92.9	76.7
1925-1921	25-29	92.7	77.5
1920-1916	30-34	94.3	81.7
1915-1911	35-59	94.7	84.9
1910-1906	40-44	95.1	88.4
1905-1901	45-49	94.9	89.0
	Todas las edades	94.1	85.3

* S. MUNKE y A. R. L. GURLAND, *Wahlkampf und Machtverschiebung: Geschichte und Analyse der Berliner Wahlen von 3 Dezember, 1950,* Institut für Politische Wissenschaft, Duncker und Humboldt, Berlín, 1952, pp. 254-255; datos inéditos del estudio dado a conocer en B. BERELSON y otros, *Voting,* University of Chicago Press, Chicago, 1954.
** Otros distritos de la clase trabajadora son similares al de Tiergarten, y otros de la clase media son semejantes al de Zehlendorf.

La diferencia casi universal entre los solteros y los casados —los primeros votan menos que los últimos— puede, al igual que las diferencias de edad a las cuales se halla vinculada, reflejar menor cantidad de presiones múltiples entre los casados, quienes tienen una existencia más estable, lazos más homogéneos dentro de la comunidad y, especialmente dentro de los obreros, menor movilidad geográfica y social [81].

[81] Este no es un hallazgo «ficticio». Se sostiene sin tomar en cuenta otros factores. En Stavanger, ciudad de Noruega, en 1957, aun en un distrito de la clase trabajadora con bajo índice de votación, los hombres y mujeres casados votaban más que el promedio —80 por ciento contra 76 por ciento. Se registró el porcentaje más bajo de votantes entre los separados y divorciados (53 por ciento de los hombres, 63 por ciento de las mujeres), menos que entre los solteros. (Ver la encuesta noruega inédita, ya citada.) TINGSTEN resume su amplia encuesta de estadística electoral que se refiere a este punto con la observación de que «los casados demuestran un interés político más activo que los solteros», *op. cit.*, p. 229. Ver también G. BREMME, *op. cit.*, pp. 56-58.

De las proposiciones anteriores y los hallazgos empíricos es posible deducir otro hecho acerca de los votantes primerizos: que será más probable que exhiban en la votación normas «hereditarias», es decir, que voten como sus padres, que los grupos de votantes de más edad, y que si se les presiona para que discrepen, no votarán. Esta hipótesis se encuentra corroborada por los datos que establecen una mayor coincidencia entre los votos de los padres y de los votantes primerizos que entre cualquier otro grupo de edad [82].

Esta discusión de las presiones múltiples intentó ilustrar la utilidad de este concepto para explicar una amplia variedad de observaciones empíricas diferentes. Como hemos indicado, a menudo es posible dar cuenta de cualquier diferencia específica mediante una explicación alternativa. La de las «presiones múltiples» resulta atractiva, puesto que se trata de un concepto relativamente simple y requiere pocos supuestos. Se obtuvo una prueba más directa de su utilidad, sin embargo, mediante la valoración del grado en que diferentes individuos se hallan expuestos a presiones múltiples objetivas y subjetivas. Dos estudiosos norteamericanos, Morris Janowitz y Dwaine Marvick, volvieron a analizar un estudio estadístico de las elecciones presidenciales de 1952 e idearon una medida de las presiones múltiples provenientes de la residencia, el *status* socioeconómico y la religión (todas ellas medidas objetivas de una predisposición demócrata o republicana) y también de la identificación partidaria, de las actitudes en los acontecimientos de la campaña y hacia los candidatos (medidas subjetivas). Se clasificó entonces a los encuestados desde una predisposición republicana extremadamente grande, pasando por diversos grados de presiones múltiples, hasta una predisposición demócrata acentuada. Estas medidas pronosticaban, con un alto grado de precisión, el comportamiento de los que se hallaban en ambos extremos. De este modo, el 95 por ciento de los que se hallaban bajo una consecuente presión en favor de Eisenhower votaron realmente por él el día de las elecciones, mientras que el 80 por ciento de los que se encontraban bajo una presión similar en favor de Stevenson votaron por él. Entre ambos extremos el aumento de las presiones reducía regularmente la votación correspondiente por uno de los partidos. La abstención aumentaba también con regularidad de acuerdo con el incremento de las presiones múltiples, llegando hasta un 37 por ciento entre los que se encontraban sometidos a las presiones más encontradas [83].

La convergencia de todos los diversos factores causales que se han analizado en este capítulo está demostrada notablemente por los datos sobre la no emisión de voto en la ciudad de Stavanger, Noruega, en una elección de 1957. Los datos sobre la totalidad del electorado podían obtenerse por sexo, edad, estado civil y ocupación, todos ellos variables que, como se ha indicado, afectan independientemente el porcentaje de votantes. Como se desprende del análisis aquí presentado, los índices extremada-

[82] B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. MCPHEE, *op. cit.*, pp. 88-93.
[83] MORRIS JANOWITZ y DWAINE MARVICK, *op. cit.*, p. 94.

mente altos de no emisión del voto (54 por ciento) fueron señalados entre los miembros solteros del servicio doméstico de menos de treinta años. Son éstas precisamente las personas menos expuestas a presiones sociales que los conduzcan a votar, y las más expuestas a presiones múltiples y contactos interpersonales con quienes sostienen valores políticos de la clase más alta, los menos sometidos a la información acerca de la relación entre las medidas gubernamentales y su propia posición, y los menos entrenados (por la experiencia) en el conocimiento y la habilidad políticos. Inversamente, sólo el 2,5 por ciento de los profesionales y directivos de empresas, varones, casados, de más de 65 años, el grupo más consciente, con más conocimientos, experiencia, y que soporta más presión social, dejó de votar[84].

Estos datos no demuestran por sí mismos la validez de las explicaciones generalizadas sugeridas en este capítulo. Sin embargo, la manera en que se puede encontrar un cierto orden (explicación) entre la multitud de estadísticas de votaciones aporta un testimonio elocuente, a nuestro juicio, sobre el poder del análisis sociológico, e indica la necesidad —y el valor— de análisis comparativos del comportamiento político mucho más complicados y sistemáticos de lo que ha sido posible presentar aquí. El cuadro IV presenta un intento de sistematización de los factores discutidos en el presente capítulo en cuanto afectan a diferentes grupos sociales.

CONCLUSIONES

El interés por las raíces sociales de la participación política no debe llevarnos a ignorar las consecuencias de los diversos niveles de participación que contribuyen a la estabilidad del sistema democrático. A comienzo de este capítulo señalamos que tanto los Estados totalitarios como los líderes sindicales comunistas de una sociedad democrática se preocupan por asegurar un alto grado de participación entre sus ciudadanos o miembros, porque esto significa que se puede influir en los participantes. Una de las diferencias más importantes entre una oligarquía o dictadura conservadora tradicional y un régimen totalitario consiste en que la primera se despreocupa relativamente de la participación, mientras que el último la exige. David Riesman observó claramente que dentro de una sociedad totalitaria la apatía política puede constituir una gran barrera opuesta al triunfo completo del sistema[85].

Las sociedades democráticas pueden existir con diferentes niveles de participación, aunque es evidente que de ellos se desprenden varias consecuencias. Quienes creen que la democracia se halla mejor servida por un alto nivel de participación, señalan el hecho de que un Estado democrático, a diferencia de una oligarquía tradicionalista, debe depender del consenso de sus ciudadanos, y en un Estado en el que gran parte de la

[84] Del estudio noruego inédito citado anteriormente.
[85] DAVID RIESMAN, «Some Observations on the Limits of Totalitarian Power», en su *Individualism Reconsidered,* The Free Press, Glencoe, 1954, pp. 414-425.

CUADRO IV

FACTORES SOCIALES RELACIONADOS CON LOS INDICES DE CONCURRENCIA ELECTORAL CONCIENCIA DE LA IMPORTANCIA DEBIDA A:

	Importancia de la política gubernamental	*Visibilidad directa*	*Adiestramiento, experiencia laboral*	*Contacto, comunicación*	*Cantidad de horas libres*	*Presión social para votar*	*Ausencia de presiones múltiples*	*Indice de votación*
Ingresos altos	+	+	+	+	+	+	+	Mayor
Ingresos bajos	+	–	–	–	–	–	–	Menor
Mineros	+	+	–	–	–	+	+	Mayor
Empleados de hogar	–	–	–	–	–	–	–	Menor
Obreros europeos	+	–	–	+	–	+	+	Mayor
Obreros norteamericanos	+	–	–	–	–	–	–	Menor
Empleados públicos	+	+						Mayor
Empleados privados	–	–						Menor
Cultivadores de trigo	+	+						Mayor
Agricultores que no comercializan su producto	–							Menor
Judíos	+							Mayor
No judíos	–							Menor
Períodos de crisis	+							Mayor
Períodos normales	–							Menor
Blancos						+		Mayor
Negros						–		Menor
Antiguos residentes						+		Mayor
Recién llegados						–		Menor
Edad: 35-55 años						+	+	Alto
Más de 55 años						–	+	Medio
Menos de 35 años						–	–	Bajo
Varones			+	+	+	+	+	Mayor
Mujeres			–	–	–	–	–	Menor
«Elecciones» totalitarias						+		Alto

NOTA: El signo más indica una condición relativamente más favorable a la votación; el signo menos, uno relativamente menos favorable con respecto a los grupos comparados.

población es apática, se desinteresa y no es consciente, la aquiescencia no puede darse por supuesta y en ella el consenso puede, en realidad, ser débil. En segundo término, como lo señaló el estudioso de las ciencias políticas V. O. Key, Jr., cuando la concurrencia a las urnas es débil, ello casi siempre significa que los grupos que se hallan social y económicamente en desventaja se encuentran insuficientemente representados en el gobierno. La combinación de un bajo índice de votación con una carencia relativa de organización entre los grupos de un *status* inferior, significa que ellos sufrirán la indiferencia de los políticos, quienes se mostrarán receptivos ante los deseos de los estratos más privilegiados, participantes y organizados [86]. La falta de participación y representación refleja también la carencia de una ciudadanía efectiva y la consecuente falta de lealtad hacia el sistema como un todo.

Pero, mientras el caso de los niveles más altos de participación casi puede parecer obvio a los que creen en la democracia, a medida que hemos ido averiguando más sobre las características de los no votantes y sobre las condiciones en las que las naciones aseguran altas cifras de votantes, hay quienes se preguntan si la alta participación es realmente ventajosa. Una escuela de pensamiento acoge favorablemente el bajo porcentaje de votantes como una evidencia de la satisfacción básica del electorado por la manera en que se desarrollan los acontecimientos. En 1936, el estudioso de las ciencias políticas Francis Wilson lo expresó de la siguiente manera: «En una sociedad en la que sólo el cincuenta por ciento del electorado participa, es evidente que la política satisface verdaderamente, de alguna manera, el deseo de la masa de individuos del Estado. A medida que crece el porcentaje de participación, digamos hasta el noventa por ciento, es evidente que las tensiones de lucha política extienden hasta el límite el deseo de constitucionalidad» [87]. La misma puntualización la realizó, poco tiempo después, el destacado analista de las determinantes de la participación política, el sueco Herbert Tingsten, al concluir su brillante encuesta de estadísticas de votación en todo el mundo. Señaló la participación extremadamente alta en los comicios en varias naciones como Alemania y Austria, en el momento en que sus democracias comenzaban a derrumbarse, y sugirió que una alta participación era síntoma de la declinación del consenso [88]. David Riesman argumentó también que la apatía puede reflejar el hecho de que la gente tenga cosas más interesantes para hacer que entregarse a la política, y sugiere que los organismos gubernamentales y las grandes organizaciones funcionan bien a pesar de la gran apatía [89].

[86] V. O. KEY Jr., *Southern Politics, op. cit.*, pp. 526-528, y *Politics, Parties, and Pressure Groups, op. cit.*, pp. 642-643.

[87] FRANCIS G. WILSON, «The Inactive Electorate and Social Revolution», *Southwestern Social Science Quarterly*, 16 (1936), p. 76.

[88] Ver HERBERT TINGSTEN, *op. cit.*, pp. 225-226; para expresiones más recientes de puntos de vista comparables, ver W. H. MORRIS JONES, «In Defense of Apathy», *Political Studies*, 2 (1954), p. 25; D. N. HOGAN, *Election and Representation*, Cork University Press, Cork, 1945, pp. 275 ss.; HAROLD F. GOSNELL, *Why Europe Votes, op. cit.*, pp. 208 ss.

[89] Ver las observaciones de Riesman, en HERMAN FINER, GRANVILLE HICKS y DAVID RIESMAN, «Political Apathy in America», *The University of Chicago Round Table*, n.° 657 (29 de octubre de 1950), p. 11.

También se puede llegar a conclusiones pesimistas acerca de los efectos de un aumento en la participación mediante la investigación sobre las características de los no votantes. Ya en 1928 el estudioso de las ciencias políticas norteamericano W. B. Munro expresó que el aumento de la participación podría amenazar el funcionamiento de la democracia, puesto que la no emisión del voto se localizaba en su mayor parte entre el sector más ignorante del electorado [90]. Estudios posteriores basados sobre datos extraídos de encuestas y cuestionarios, algunos de los cuales son dados a conocer o citados en el capítulo 4, indican que los no votantes difieren de los votantes en que poseen actitudes autoritarias, ideas cínicas acerca de la democracia y los partidos políticos, sentimientos intolerantes hacia las opiniones divergentes y las minorías étnicas, y que prefieren líderes fuertes en el gobierno [91].

Muchas de las diferencias entre los votantes y los no votantes constituyen, desde luego, un subproducto del hecho de que la no emisión del voto se concentra en los grupos sociales menos instruidos y más pobres. Sin embargo, estas variaciones de actitudes se mantienen inclusive cuando las variables sociales importantes que, como se ha descubierto, afectan la concurrencia a los comicios —sexo, edad, religión, educación y renta— están controladas. De este modo, en un estudio que tenía en cuenta todos estos factores, el psicólogo Philip Hastings señaló que, comparado con el votante regular, el no votante habitual se sustrae de la actividad social, se interesa más por los acontecimientos «inmediatos» que por los de largo alcance, «ni siquiera desea pensar por sí mismo en lo que se refiere a asuntos políticos» (manifestado por su deseo de concordar con sus «superiores» en cuestiones políticas), y en general manifiesta «un sentido personal de inadaptación e inseguridad» [92].

La evidencia confirma la tesis de Tingsten según la cual un súbito aumento en la magnitud del electorado votante refleja probablemente una tensión y un serio fallo gubernamental, e inicia también como votantes a individuos cuyas actitudes sociales son perniciosas desde el punto de vista de los requisitos del sistema democrático. Por otra parte, una alta participación en los comicios no es necesariamente negativa. Muchas naciones democráticas estables —Australia, Nueva Zelanda, Gran Bretaña y los países escandinavos— poseen índices de participación mucho más altos que los Estados Unidos. En la proporción en que los estratos inferiores fueron ingresando gradualmente al proceso electoral (por medio de un au-

[90] W. B. MUNRO, «Is the Slancker Vote a Menace?», *National Municipal Review*, 17 (1928), pp. 80-86. Además, David Riesman comentó que «el atraer a los sonámbulos a las elecciones sólo para aumentar la participación no presta ningún servicio a la democracia». DAVID RIESMAN, «Private People and Public Policy», *Bulletin of the Atomic Scientists*, 15 (1959), p. 205.

[91] Ver pp. 94-96.

[92] Ver PHILIP K. HASTINGS, «The Voter and the Non-Voter», *American Journal of Sociology*, 62 (1956), p. 307; para hallazgos algo similares en un estudio basado sobre 70 entrevistas intensivas con personas de la clase media, ver MORRIS ROSENBERG, «Some Determinants of Political Apathy», *Public Opinion Quarterly*, 18 (1954-1955), pp. 349-366.

mento de la organización, un mejoramiento del sistema educativo y un incremento de su comprensión de la relación entre la acción del gobierno y sus intereses) el aumento de la participación es indudablemente beneficioso para la democracia. Sólo cuando una crisis importante o un movimiento autoritario efectivo impulsa súbitamente a los no votantes habituales desaprensivos dentro del área política, el sistema se ve amenazado. De este modo, ni los altos niveles de participación y votación ni los bajos son, en sí mismos, buenos ni malos para la democracia; el grado y la naturaleza de esa participación reflejan otros factores que determinan mucho más decisivamente las posibilidades para que el sistema se desarrolle o sobreviva. Pero el grado de apatía y los varios niveles de participación de diferentes sectores de la población aclaran realmente el consenso y el conflicto subyacente del proceso político. En el próximo capítulo emprenderemos un examen más directo de las fuentes de diversidad que respaldan el conflicto electoral continuo: el soplo vital de todo el sistema democrático.

7. LAS ELECCIONES: EXPRESION DE LA LUCHA DEMOCRATICA DE CLASES [1]

En toda democracia moderna el conflicto entre diferentes grupos se expresa por medio de los partidos políticos, que representan básicamente la «manifestación democrática de la lucha de clases». Aun cuando muchos partidos rechazan el principio de conflicto de clases o de lealtad para con ellas, el análisis de sus proclamas y del apoyo con que cuentan sugiere que representan realmente los intereses de diferentes clases. La principal generalización, a escala mundial, que puede realizarse, es la de que los partidos se apoyan principalmente ya sea en las clases bajas, las medias o las altas. Esta generalización mantiene incluso su validez para los partidos norteamericanos, considerados tradicionalmente como una excepción a la regla europea de separación de clases. Los demócratas, desde el comienzo de su historia, han obtenido mayor apoyo por parte de los estratos inferiores de la sociedad, mientras que los Partidos Federalista, Liberal y Republicano han conservado la lealtad de los grupos más privilegiados [2].

Han existido importantes excepciones a estas generalizaciones, desde luego, y la clase constituye sólo una de las divisiones estructurales de la sociedad, que se relaciona con el apoyo a los partidos. En todo país que cuenta con más de una religión importante, o donde existe una marcada diferencia entre los religiosos y los laicos, las diferencias religiosas han contribuido en el apoyo a uno u otro partido. En algunos países la creencia religiosa ha estado en la base de formación de partidos políticos confesionales, consagrados a proveer a las necesidades de iglesias específicas. Del mismo modo, las divisiones étnicas o de nacionalidad existentes dentro de un país se reflejaban en la identificación de los grupos con partidos específicos, o en la formación de partidos étnicos o partidos de minorías nacionales. Las diferencias étnicas y religiosas se correlacionaron, sin embargo, con las divisiones socioeconómicas, de manera que se produjo una mezcla de adhesión étnica y de clase. En Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y Australia los partidos conservadores fueron apoyados por los más acomo-

[1] Esta adecuada frase fue extraída del título del libro de DEWEY ANDERSON y PERCY DAVIDSON, *Ballots and the Democratic Class Struggle*, Stanford University Press, Stanford, 1943. Este libro, así como uno anterior del sociólogo STUART A. RICE, *Quantitative Methods in Politics*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1928, merecen considerarse como los primeros clásicos norteamericanos en el campo del comportamiento político. Rice realizó el primer estudio basado en entrevistas sucesivas en 1924, efectuó los primeros estudios estadísticos de los orígenes del comportamiento electoral para con distintos legisladores y correlacionó las variaciones en el apoyo al partido durante períodos de tiempo que contenían cambios en el ciclo económico. Anderson y Davidson también analizaron a los votantes que cambiaron de partido a comienzos de la década de los 30.

[2] Ver cap. 9 para un análisis más detallado de la política norteamericana.

dados, por los miembros de las religiones privilegiadas desde antiguo, como la Iglesia Anglicano-Episcopal y los congregacionistas, y por el grupo étnico que posee el *status* más alto (también compuesto, en proporción abrumadora, por los individuos más ricos).

La lealtad de una región constituye otro factor importante que afecta el apoyo a los partidos. En muchos países, ciertas regiones han desplegado una lealtad tradicional con uno u otro partido político, lealtad que se ha mantenido mucho después de que el acontecimiento específico que le dio lugar perdiera su vigor.

Prácticamente en todos los países de los que poseemos datos (con excepción quizá de los Estados Unidos), las mujeres tienden a apoyar a los partidos conservadores en mayor proporción que los hombres. Pero esta relación es algo diferente de las cuatro precedentes, puesto que los partidos respaldados por las mujeres no pueden ser considerados como representantes de los intereses femeninos en oposición a los de los hombres. Las diferencias se deben, posiblemente, al papel social distinto de las mujeres y a la manera en que éste las conduce a aceptar los valores identificados con los partidos conservadores.

Un sexto valor distintivo que afecta a las opiniones y simpatías políticas es el de la edad, considerado con más detalle en el capítulo 8. Sin embargo, a diferencia de los otros, no existe una correlación regular y neta entre la edad y el apoyo partidario. En algunos países y períodos históricos es probable que los jóvenes votantes (o los mayores de edad) se inclinen hacia la izquierda, mientras que en otros son más conservadores. Los diferentes grupos de edades reaccionan a su medio político de acuerdo con las experiencias significativas de su generación. Todo análisis del apoyo a los partidos debe tener en cuenta la edad como una de las fuentes de la diferenciación política, pero el conflicto de los partidos no puede ser interpretado como conflicto de edades.

Las diferencias existentes entre las poblaciones rural y urbana constituyeron otro de los motivos de escisión en muchos países. En algunos de ellos la población rural ha constituido la espina dorsal de un partido agrario independiente, mientras que en otros los agricultores se identificaron con otros partidos importantes. El concepto de grupo rural y de sus necesidades, que se opone al resto del país, oculta a menudo el hecho de que la mayoría de las sociedades rurales están internamente tan diferenciadas como las áreas urbanas entre ricos y pobres, y en grupos étnicos, religiosos y regionales. Las diferencias entre áreas de cultivos distintos constituyeron también una importante fuente de división. Por ejemplo, en muchos países, los cultivadores de trigo han sido a menudo mucho más extremistas que los agricultores que se ocupan de cultivos mixtos.

El hecho de que muchos intereses y grupos que no constituyen clases sociales tomen parte en la lucha de partidos no invalida la tesis de que «la fundamentación del sistema de partidos depende de la toma de posición entre la derecha y la izquierda», como lo señaló el psicólogo y filósofo político Robert MacIver. «La derecha es siempre el sector de partidos vinculado con los intereses de las clases altas o dominantes; la izquierda, el sector que brinda expresión a las clases bajas económicas o sociales, y el

centro es el de las clases medias. Históricamente, este criterio parece aceptable. La derecha conservadora ha defendido prerrogativas, privilegios y poderes arraigados; la izquierda los ha atacado. La primera se mostró más favorable con la posición aristocrática, la jerarquía de nacimiento o de riqueza; la izquierda luchó por la igualdad de ventajas o de oportunidades, por las reivindicaciones de los menos favorecidos. La defensa y el ataque se enfrentaron, bajo condiciones democráticas, no en nombre de la clase, sino en el del principio; pero los principios opuestos correspondían ampliamente a los intereses de las diferentes clases»[3].

Términos tales como «izquierda», «liberal» y «progresista», y sus antónimos, «derecha», «conservador» y «reaccionario» se definieron sobre la base de muchos factores diferentes: la democracia política contra la monarquía, el sistema del libre mercado contra las restricciones económicas tradicionales, el laicismo contra el clericalismo, la reforma agraria contra el latifundismo y la explotación del campo por parte de la población urbana, la reforma social contra el *laissez-faire*, el socialismo contra el capitalismo. Los partidos y los grupos sociales que fueron «izquierdistas» en alguno de estos planteamientos, de ninguna manera lo fueron siempre con respecto a otro, y el «centro» surgió como reacción tanto contra los partidos de izquierda como contra los de derecha. Sin embargo, en cualquier período y lugar dados es, por lo general, posible localizar partidos en un *continuum* de izquierda a derecha[4].

El problema de la igualdad y el cambio social ha predominado en la mayoría de los países durante las últimas dos o tres generaciones y se sobrepone a las cuestiones más antiguas de izquierdismo y derechismo, tales como democracia contra monarquía y clericalismo contra laicismo. El problema más significativo que hoy en día se extiende en la dimensión izquierda-derecha es el de la democracia política contra el totalitarismo, tratado anteriormente[5]. En algunos países, como ya lo demostramos, la gran mayoría de los votos tradicionalmente izquierdistas se va a los partidos co-

---

[3] ROBERT M MACIVER, *The Web of Government*, Macmillan, Nueva York, 1947, pp. 216, 315. Es interesante notar que Talcott Parsons, cuya sociología ha sido a menudo criticada por menospreciar los problemas de conflicto y subrayar en demasía el grado de cohesión de la sociedad, destacó la necesidad de analizar la historia política y las pugnas electorales norteamericanas en términos de un conflicto constante entre la izquierda y la derecha: los orientados hacia los estratos inferiores y el cambio, y los que se ocupan más de la estabilidad y de las necesidades de los más acomodados. Ver su «Voting and the Equilibrium of the American Political System», en E. BURDICK y A. BRODBECK (eds.), *American Voting Behavior*, The Free Press, Glencoe, 1959, p. 88.

[4] M. DUVERGER, *Political Parties*, Methuen and Co., Londres, 1954, pp. 215-216, 228-239; M. DUVERGER, «Public Opinion and Political Parties in France», *American Political Science Review*, 46 (1952), pp. 1069-1078. Desde luego, este último agrupa partidos que poseen enfoques completamente diferentes del cambio social y que pueden ser, en la práctica, acerbamente hostiles entre sí. Ignora la cuestión de los grados más sutiles de «izquierda» y «derecha», y descuida otros factores que, en ocasiones, atraviesan completamente la dimensión izquierda-derecha, tal como la definimos aquí, como la autonomía regional contra el centralismo, la autodeterminación nacional contra el imperialismo y, más recientemente, la democracia política contra el totalitarismo.

[5] Ver también EDWARD SHILS, «Authoritarianism: "Right" and "Left"», en R. CHRISTIE y M. JAHODA (eds.), *Studies in the Scope and Method of "The Autoritarian Personality"*, The Free Press, Glencoe, 1954, pp. 24-49.

CUADRO I

APOYO DE DIFERENTES GRUPOS OCUPACIONALES A DIVERSOS PARTIDOS POLITICOS EN FRANCIA

1956 *

	Obreros industriales (%)	*Obreros agrícolas (%)*	*Oficinistas (%)*	*Empleados públicos y maestros (%)*	*Comerciantes (%)*	*Propietarios rurales (%)*	*Profesionales (%)*
Comunista	39	37	16	14	7	5	11
Socialista	31	19	33	48	21	17	23
Radical	11	13	7	21	12	13	20
M.R.P. (Católico)	8	9	21	9	17	14	13
Independiente	3	17	11	3	21	45	20
U.R.A.S. (De Gaulle)	4	—	10	5	3	4	8
Poujade	4	4	2	—	19	2	5
Total	100	99	100	100	100	100	100
(N)	(169)	(67)	(61)	(58)	(81)	(180)	(64)

* Recopilado por el autor sobre la base de tarjetas pertenecientes a una encuesta de opinión nacional realizada en mayo de 1956 por el Institut National d'Etudes Demographiques. Agradecemos a Alain Girard por habernos permitido hacer uso de los datos.

CUADRO I (CONTINUACIÓN)

APOYO DE DIFERENTES GRUPOS OCUPACIONALES A DIVERSOS PARTIDOS POLITICOS EN FRANCIA

1954 *

Ocupación	*Obreros industriales*			*Agricultores*			
Nivel económico	B	C	D	A	B	C	D
Elección de partido	*Por encima del término medio (%)*	*Término medio (%)*	*Pobres (%)*	*Ricos (%)*	*Por encima del término medio (%)*	*Término medio (%)*	*Pobres (%)*
Comunista	18	40	45	4	9	27	43
Socialista	41	27	22	12	28	14	10
Radical	4	7	5	9	12	24	10
M.R.P.	17	7	10	12	12	10	10
Independiente	18	15	18	60	30	23	26
R.P.F. (De Gaulle)	2	5	—	3	8	1	—
Total	100	101	100	100	99	99	99

* Recopilado de la publicación de J. STOETZEL, «Voting Behavior in France», *British Journal of Sociology*, 4 (1955), pp. 118-119.

CUADRO II

OCUPACION Y ELECCION DE PARTIDO EN ITALIA *

(1953 - sólo varones)

	Ocupación									
		Agricultores						Obreros (Niveles socioeconómicos)		
	Patronos, profesionales (%)	Gran propietorio (%)	Pequeño propietario (%)	Arrendatario (%)	Trabajador rural (%)	Artesanos (%)	Oficinistas (%)	Medio (%)	Bajo Alto (%)	Bajo (%)
Comunista	—	5	4	33	58	7	5	24	31	53
Socialista de izquierda, de Nenni	6	5	4	10	11	17	3	16	32	25
Socialista de derecha, de Saragat	11	5	15	3	2	15	26	12	13	3
Republicano	2	5	—	—	—	4	—	4	1	—
Democristiano	41	29	41	33	17	23	42	36	10	9
Liberal	22	29	10	2	1	4	—	4	—	3
Monárquico	6	14	10	8	—	15	13	—	5	3
Neofascista (M.S.I.)	11	9	15	11	12	15	11	4	8	3
Total	99	101	99	100	100	100	100	100	100	100
(N)	(46)	(21)	(71)	(61)	(64)	(53)	(38)	(25)	(78)	(32)

* Recopilado por el autor de tarjetas de una encuesta de opinión nacional realizada por el International Public Opinion Research para el Centro de Estudios Internacionales del M.I.T.

CUADRO III

PORCENTAJES APROXIMADOS DE LAS PERSONAS CON DIFERENTES OCUPACIONES QUE VOTARON POR LOS PARTIDOS LABORISTA O CONSERVADOR, GRAN BRETAÑA, 1951 *

Grupo de comerciantes	*Conservadores (%)*	*Laboristas (%)*
Altas finanzas	80	8
Comerciantes medianos	73	10
Pequeños comerciantes	64	15
Directivos	65	19
Grupo de profesionales		
Profesionales de mayor jerarquía	78	6
Profesionales de menor jerarquía	52	24
Grupo de oficinistas		
Oficinistas de mayor jerarquía	63	13
Oficinistas de menor jerarquía	48	29
Grupo intermedio	41	39
Trabajadores manuales	28	51
Total de la población adulta	40	41

* JOHN BONHAM, *The Middle Class Vote*, Faber & Faber, Londres, 1954, pp. 129 y 173. Las cifras correspondientes a los trabajadores manuales fueron recopiladas de un gráfico de la p. 173. Todas ellas fueron calculadas a partir de los datos de encuestas del Instituto Británico de la Opinión Pública. La diferencia entre los porcentajes obtenidos por los dos partidos principales y 100 por ciento, debe imputarse a los no votantes y a los que votaron por un tercer partido.

munistas totalitarios, mientras que en otros los votos tradicionalmente centristas y derechistas son recibidos por diversas formas de «fascismo». Pero incluso en tales casos los planteamientos de izquierda y derecha, económicos y de estratificación, son probablemente muy tenidos en cuenta por los votantes comunes. Más que cualquier otra cosa, la lucha de partidos constituye un conflicto entre las clases, y el fenómeno más notable del apoyo a un partido político consiste en que virtualmente en todo país económicamente desarrollado los grupos de menores ingresos votan principalmente por partidos de izquierda, mientras que los grupos de mayores ingresos lo hacen por los de derecha.

Se ilustran las diferencias de preferencia política entre los grupos de ingresos bajos y altos, típicas de muchos países, en los cuadros I y II, que dan cuenta del apoyo a partidos franceses e italianos. En Francia e Italia los obreros industriales y agrícolas proporcionan un fuerte apoyo a los comunistas, y en el segundo de estos países también a los socialistas de izquierda (Nenni), y las clases media y alta respaldan a los partidos del centro y de derecha.

Aunque esta norma general es válida, existe una gran variación dentro de los grupos que poseen ingresos semejantes. En los de ingresos media-

nos, los oficinistas y maestros proporcionan gran apoyo a los socialistas moderados en Francia y a los de Saragat (de derecha) en Italia. También se exhibe en estas tablas la variación considerable dentro de los grupos de menores ingresos de ambos países. Cuanto más bajo sea el nivel económico del obrero, tanto más probable será que vote por los comunistas. Los trabajadores que perciben ingresos más altos prefieren los partidos socialistas moderados o los centristas.

La misma norma vale para los países con sistemas bipartidarios estables. Como lo demuestra el cuadro III, en Gran Bretaña, cuanto más alto se llega en la estructura social, tanto menor es el apoyo al Partido Laborista, hasta que entre los grandes financieros y los profesionales de más alto nivel el partido es apoyado por menos del 10 por ciento de esta clase. Son casi las mismas normas las que diferencian el apoyo a los demócratas y a los republicanos en los Estados Unidos, punto que trataremos en detalle en el capítulo 9.

Otra evidencia notable del alcance del efecto de la posición de clase sobre las actitudes políticas proviene de un país en el que no existe una real rivalidad de partidos: la Polonia comunista. En 1957 el joven sociólogo polaco Andrzej Malewski realizó una encuesta de la opinión pública sobre las actitudes con respecto al nivel exacto de diferencias de ingresos para las diversas ocupaciones, cuestión que en los países capitalistas se halla fuertemente ligada a los puntos de vista izquierdistas o conservadores. Al igual que en los países capitalistas, halló «que existe una poderosa correlación entre los ingresos de la gente y sus opiniones respecto de la gama más amplia de diferencias de renta [...]. La encuesta demuestra que los obreros industriales, los técnicos y ciertos grupos de intelectuales que perciben bajos salarios (maestros, empleados de correos, funcionarios de servicios sociales, etc.) favorecen el igualitarismo. Por otra parte, prevalece una actitud desfavorable entre muchas personas que tienen posibilidades de obtener altos ingresos». En los extremos, el 54 por ciento de los obreros polacos entrevistados se manifestaba en favor de «ingresos relativamente equivalentes», en contraste con el 20 por ciento de los dirigentes. El 55 por ciento de estos últimos se mostraba enérgicamente en contra de una reducción profunda de la diferencia de ingresos, en comparación con sólo el 8 por ciento de los trabajadores manuales. De este modo, también en un país comunista la lucha entre los más y los menos privilegiados se refleja en actitudes comparables a las adoptadas por estratos similarmente ubicados en Occidente. La principal diferencia consiste en que en un país comunista «tanto quienes se hallan en favor de la limitación de la diferencia en la escala de ingresos, como quienes se oponen a ella, emplean con frecuencia los estribillos tradicionales de la izquierda» [6].

---

[6] Las citas y estadísticas pertenecen a un informe, aparentemente aún inédito, de ANDRZEJ MALEWSKI, traducido en parte en LEOPOLD LEBEDZ, *Sociology and Communism 1957-1858*, Encuesta Soviética, Londres, 1959, p. 10. Un informe más extenso sobre este estudio puede encontrarse en ZEIGNIEW SOCHA, «Postawy Wobee Egalitaryzmu» (Actitudes ante el igualitarismo), *Przeglad Kulturalny*, n.º 3 (333), Varsovia, 15 de enero de 1959. En Dinamarca «el Partido Socialdemócrata aumenta regularmente su popularidad relativa a medida que se desciende en el *status* social, mientras se aplica la regularidad exactamente

La explicación más sencilla de esta norma muy difundida es el mero interés económico personal. Los partidos izquierdistas quieren aparecer como los instrumentos del cambio social que promueven la igualdad; los grupos de menores ingresos los apoyan a fin de progresar económicamente, mientras que los de mayores ingresos se les oponen para mantener sus prerrogativas económicas. Por lo tanto, los datos estadísticos pueden tomarse como evidencia de la importancia de los factores de clase en el comportamiento político.

Esta relación entre la posición de clase (medida sobre la base de la educación, los ingresos, el *status*, el poder, la ocupación o la situación económica) y las opiniones políticas o la elección de un partido está, sin embargo, lejos de ser consecuente. Mucha gente pobre vota por los conservadores y algunos ricos son socialistas o comunistas. Ya fue señalada una parte de la explicación de estas desviaciones: en situaciones particulares, otras características y afiliaciones de grupo, tales como la creencia religiosa, son más destacadas que la posición social económica elevada o baja. Pero las desviaciones son también consecuencia de la complejidad del propio sistema de estratificación. En la sociedad moderna los hombres están sujetos a una variedad de experiencias y presiones que poseen consecuencias políticas conflictivas, debido a que ellos mantienen posiciones opuestas en la estructura de clases. Hay quienes pueden detentar el poder, como algunos funcionarios públicos, y poseen, sin embargo, un *status* o ingresos bajos; pueden gozar de un elevado prestigio ocupacional, como muchos intelectuales, pero percibir ingresos escasos; pueden disfrutar de ingresos relativamente altos, pero tener un *status* social bajo, como los miembros de algunas minorías étnicas u hombres de negocios, *nouveaux riches*, etc. Algunas de sus posiciones sociales pueden predisponerlos a ser conservadores, mientras que otras favorecen una opinión política más izquierdista. Cuando se ven enfrentadas a tales presiones sociales conflictivas, algunas personas responderán más a una que a otra, y parecerán, por lo tanto, desviarse de la norma de votación de su clase.

Estas posiciones sociales conflictivas y superpuestas dañan, más probablemente, a los partidos izquierdistas que se apoyan sobre la clase baja, que a la derecha conservadora. Los hombres luchan constantemente por verse favorecidos, y algunos de sus atributos de *status* producirán una autovaloración favorable, mientras que otros una negativa. Parece lógico suponer que los hombres acomodarán las impresiones sobre su medio y sobre sí mismos como forma de aumentar su sensación de ser superiores a los demás. De este modo, el empleado de oficina destacará la identificación de su trabajo con el *status* de la clase media (punto que será discutido más adelante); el obrero blanco que posee bajos ingresos se considerará superior al negro, etc. La variedad de pruebas recogidas en el curso de investigaciones sobre la movilidad social indica que quienes son ocupacionalmente móviles en sentido ascendente tratan de despojarse de las características que todavía los unen a su *status* anterior. En efecto, el hombre

---

opuesta a los conservadores», K. SVALASTOGA, *Prestige, Class and Mobility*, Scandinavian Universities Press, Copenhague, 1959, pp. 264-265.

que triunfa cambiará con frecuencia de vecindad, buscará encontrar nuevos amigos de un *status* superior, abandonará quizá su iglesia por otra cuyos miembros sean superiores en *status* y votará también de manera más conservadora. Los partidos más conservadores poseen la ventaja de identificarse con las clases más prestigiosas de la población, ventaja que les ayuda a superar el atractivo que la izquierda representa para los intereses economicos de los estratos inferiores.

Aunque no siempre es posible pronosticar si de las discrepancias específicas de *status* resultará una orientación política derechista o izquierdista, el concepto mismo señala fuentes de cambio en los valores políticos que emanan de las tensiones de posiciones sociales contradictorias. Una discrepancia en el *status* puede inclusive conducir a una clase alta, antigua pero decadente, a hacerse más liberal en su orientación política. Por ejemplo, la mayoría de los observadores de la política británica sugirió que el advenimiento del socialismo *tory*, el consentimiento del conservadurismo británico del siglo XIX para que se efectuaran reformas que beneficiaban a la clase trabajadora, fue una consecuencia del sentimiento de hostilidad por parte de la antigua aristocracia terrateniente inglesa contra la clase de algunos comerciantes que surgían y que amenazaba su *status* y poder. Algunas de las fuentes del liberalismo norteamericano comparable serán tratadas con más detalle en el capítulo 9.

CUADRO IV

CARACTERISTICAS SOCIALES CORRELACIONADAS CON LAS VARIACIONES EN EL NUMERO DE LOS VOTOS IZQUIERDISTAS DE LOS GRUPOS DE MENORES INGRESOS EN DIFERENTES PAISES *

Más votos izquierdistas	*Menos votos izquierdistas*
Grandes ciudades	Ciudades pequeñas, campo
Grandes fábricas	Pequeñas fábricas
Grupos con altos índices de desempleo	Grupos con bajos índices de desempleo
Grupos étnicos o religiosos minoritarios	Grupos étnicos o religiosos mayoritarios
Hombres	Mujeres
Regiones económicamente adelantadas	Regiones económicamente atrasadas
Trabajadores manuales	Oficinistas
Ocupaciones específicas:	*Ocupaciones específicas:*
Mineros	Criados, empleados de servicio
Pescadores	Campesinos, agricultores que no comercializan su producción
Agricultores que comercializan su producción	
Marineros, estibadores	
Obreros forestales	
Obreros menos cualificados	Obreros más cualificados

* Las principales excepciones a algunas de estas reglas se discuten más abajo.

Pero aun cuando las variaciones en el comportamiento político de los estratos más privilegiados constituyen uno de los problemas más fascinantes del análisis político, la evidencia fiable a nuestro alcance que nos permite especificar por qué la gente difiere en sus inclinaciones políticas, se halla mayormente limitada a los sectores más numerosos de la población, particularmente los obreros y los agricultores. Las encuestas de opinión pública y los estudios de las normas de votación de diferentes distritos rurales pueden manejar estadísticamente a diferentes tipos de obreros y agricultores en formas que aún no pueden alcanzarse en un nivel internacional comparativo para la mayoría de los sectores de las clases urbanas media y alta. Por lo tanto, el análisis de las variaciones de las afiliaciones políticas de estos últimos grupos se ha limitado a los materiales norteamericanos y se presenta en la próxima sección de este libro (ver capítulos 9 y 10). El presente capítulo se centra principalmente en la política de los estratos bajos y más numerosos.

El cuadro IV presenta un resumen de las características sociales que se relacionan con estas variaciones, dentro del grupo de bajos ingresos, es decir, aquel cuyo nivel de vida se extiende desde pobre hasta simplemente adecuado, de acuerdo con el modelo de la clase media local —la mayoría de los obreros, trabajadores agrícolas, oficinistas inferiores, etc. Al compararse el comportamiento político internacional es difícil llevar a efecto una clasificación más precisa.

Estas generalizaciones se realizan sobre la base del examen de datos de opinión pública o de encuestas de gran número de países, entre ellos los Estados Unidos, Argentina, Chile, Brasil, Canadá, Australia, Japón, India, Finlandia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia, Austria, Italia, Gran Bretaña y Hungría [7].

EL VOTO IZQUIERDISTA: RESPUESTA A LAS NECESIDADES DE GRUPO

Se interpreta generalmente la votación en favor de la izquierda como una expresión de descontento, indicación de que no se satisfacen las necesidades. Los estudiosos del comportamiento electoral sugirieron, como más importantes, las siguientes necesidades:

[7] En diversas partes de esta obra se hace referencia a la mayoría de los datos publicados, y no los repetiremos aquí. Muchos de los conceptos vertidos en el presente capítulo se basan en los resultados, aún inéditos. de los análisis de investigaciones realizadas por organizaciones académicas o comerciales por medio de encuestas, organizaciones que nos han facilitado los duplicados de sus tarjetas IBM, o realizado nuevos cómputos a petición nuestra. Esperamos publicar, en el futuro, un informe más detallado de tal investigación comparativa. Existe cierto número de buenos compendios de esos datos, provenientes de varios paises. Entre ellos se cuentan: J. J. DE JONG, *Overheid en Onderdaan*, N. V. Gebr. Zomer y Keunings Uitgewersmij, Wageningen, 1956, esp. pp. 75-121, *passim;* MICHAEL P. FOGARTY, *Christian Democracy in Western Europe*, Routledge and Keagan Paul, Londres, 1957, esp. pp. 352-376; HADLEY CANTRIL, ed., *Public Opinion, 1935-1946*, Princeton University Press, Princeton, 1951, esp. pp. 602, 623, 627 y 630 para Estados Unidos; p. 197 para Gran. Bretaña.

1. La necesidad de seguridad en los ingresos. Está estrechamente relacionada con el deseo en sí de percibir más altos ingresos; sin embargo, el efecto del desempleo periódico o una gran baja en los precios de la producción, parece tener más importancia intrínseca.

2. La necesidad de un trabajo satisfactorio —que proporcione la oportunidad para el autocontrol y la autoexpresión y que esté exento de toda autoridad arbitraria.

3. La necesidad de un *status*, del reconocimiento social del valor y de la libertad propios, incluyendo el descontento de la discriminación degradante en las relaciones sociales.

En términos de esta lista, veamos cómo votan los diversos grupos.

Inseguridad en los ingresos

Ciertos grupos ocupacionales que están en la categoría de bajos ingresos sufren una extrema inseguridad en ese sentido —agricultores de monocultivo, pescadores, mineros y leñadores— y estos grupos poseen una tradición de alto porcentaje de votación izquierdista.

La zona triguera norteamericana constituye el prototipo de una economía agrícola de violentos altibajos. La crisis o la sequía, o ambas, han afectado al cinturón triguero norteamericano en todas las generaciones, desde su establecimiento. Se han realizado muchas investigaciones del comportamiento político de esta región, y todas ellas concuerdan en que los agricultores trigueros son los más izquierdistas de todos en épocas de crisis económicas. Formaron el núcleo de los grandes movimientos extremistas agrarios: los *greenbackers*, los populistas y la liga de los sin partido en los Estados Unidos, y en el Canadá los progresistas, el Crédito Social y la Federación Cooperativa de la Commonwealth [8]. El único gobierno socialista existente en América del Norte, por encima del nivel local, es el gobierno provincial de la Federación Cooperativa de la Commonwealth en Saskatchewan, área triguera de monocultivo.

Las investigaciones sobre los agricultores que comercializan un cultivo único, realizadas en otras partes del mundo, demuestran que también ellos tienden a apoyar movimientos de protesta periódicos que son a menudo (como vimos anteriormente) de carácter autoritario [9]. En contraste, los agricultores cuyos cultivos son diversos, que dependen del mercado local más bien que del mundial, e incluso los agricultores muy pobres que trabajan solamente para su subsistencia, cuyo nivel de ingresos es constante y seguro, tienden a apoyar a los partidos conservadores.

[8] S. M. LIPSET, *Agrarian Socialism*, University of California Press, Berkeley, 1950; J. D. HICKS, *The Populist Revolt*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1931; S. A. RICE, *Farmers and Workers in American Politics*, Columbia University Press, Nueva York, 1924, cap. II; C. O. KEY, Jr., *Politics, Parties and Pressure Groups*, Crowell, Nueva York, 4.ª ed., 1952, cap. II; C. B. MACPHERSON, *Democracy in Alberta*, University of Toronto Press, Toronto, 1953.

[9] A. SIEGFRIED, *Tableau Politique de la France de l'Ouest sous la troisième république*, Librairie Armand Colin, París, 1913, cap. 44; R. HEBERLE, *From Democracy to Nazism*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1943, cap. III; CHARLES P. LOOMIS y J. ALLEN BEEGLE, «The Spread of German Nazism in Rural Areas», *American Sociological Review*, 2 (1946), pp. 724-734; S. S. NILSON, *Histoire et sciences politiques*, Chr. Michelsens Institut, Bergen, 1950; S. S. NILSON, «Aspects de la vie politique en Norvège», *Revue française de science politique*, 3 (1953), pp. 556-579.

Los pescadores que comercializan sus productos en los mercados nacional e internacional se hallan en gran parte en una situación semejante a la de los agricultores trigueros, y votan por los izquierdistas en todo el mundo. En Noruega, los primeros representantes socialistas en el Storting (Parlamento noruego) fueron elegidos en un distrito pesquero [10]. En Islandia, los pescadores apoyan al Partido Comunista, que es el segundo en orden de importancia en Escandinavia [11]. André Siegfried, autor de uno de los primeros estudios sobre estadísticas de votación, en el oeste de Francia, en 1913, descubrió que los pescadores constituían un grupo izquierdista poderoso [12]. Los de la Columbia Británica constituyen una fuente considerable de apoyo a los sindicatos izquierdistas [13]. En los Estados Unidos, los pescadores de la costa occidental son tradicionalmente militantes, y fueron organizados en un sindicato dominado por los comunistas, aun cuando, en su mayor parte, son propietarios total o parcialmente de sus barcas. Los pescadores de los Grandes Lagos siempre fueron demócratas en proporción abrumadora; y en Gran Bretaña, los distritos pesqueros constituyen reductos del Partido Laborista [14].

Los mineros se hallan entre los grupos de la clase trabajadora más expuestos al desempleo, y ya se destacó el hecho de que constituyen uno de los grupos izquierdistas más poderosos de todo el mundo. En las elecciones británicas de 1950, los 37 candidatos del Partido Laborista respaldados por el Sindicato Nacional de Mineros fueron elegidos por una media del 73 por ciento de los votos [15]. En Canadá, el único distrito del este que eligió un socialista en diferentes ocasiones es una zona de minas de carbón de Nueva Escocia; de entre los distritos electorales de Quebec, el único que eligió a un socialista para la legislatura provincial fue una región de minas de metal. Los estudios realizados en los Estados Unidos demuestran que los trabajadores de las minas de carbón se encuentran entre los que apoyan más consecuentemente al Partido Demócrata [16].

[10] E. BULL, *Arbeiderklassen i Norsk Historie*, Tilden Norsk Forlag, Oslo, 1948.

[11] S. S. NILSON, «Le Communisme dans les pays du Nord: les elections depuis 1945», *Revue française de science politique*, 1 (1951), pp. 167-180. RUDOLF HEBERLE da a conocer el éxito obtenido por los partidos izquierdistas entre los pescadores de Schleswig-Holstein en *From Democracy to Nazism*, *op. cit.*, p. 104.

[12] Ver también B. LEGER, *Les opinions politiques des provinces françaises*, 2.ª ed., Recuiel Sirey, París, 1936, pp. 49-50.

[13] S. JAMIESON y P. GLADSTONE, «Unionism in the Fishing Industry in British Columbia», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 16 (1950), pp. 1-11 y 146-171.

[14] J. K. POLLOK y S. J. ELDERSVELD, *Michigan Politics in Transition*, University of Michigan Press, Michigan Governmental Studies, n.º 10, Ann Arbor, 1942, p. 54. Para el comportamiento de los pescadores ingleses, ver *The Economist* (15 de agosto de 1959), p. 435.

[15] H. G. NICHOLAS, *The British General Election of 1950*, Macmillan, Londres, 1951, pp. 42-61. Ver también J. F. ROSS, *Parliamentary Representation*, Yale University Press, New Haven, 1944, pp. 58-77.

[16] H. F. GOSNELL, *Grass Roots Politics: National Voting Behavior of Typical States*, American Council on Public Affairs, Washington, 1942, pp. 31-32; ver también MALCOLM MOOS, *Politics, Presidents and Coat-tails*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1952, pp. 47-48.

En Francia, donde los trabajadores de las industrias nacionalizadas eligen a los representantes a los Consejos Laborales, los obreros de las profundidades de las minas de carbón dieron a la C.G.T., controlada por los comunistas, el 80 por ciento de sus votos —cifra más alta que la de cualquier otro grupo, incluso los ferroviarios, los obreros del transporte, de servicios públicos, de los astilleros, aeronáuticos y de la industria automotriz. Los datos procedentes de Alemania indican que en las elecciones anteriores a 1933, así como en las de Consejos Laborales de la década de 1950-1960, los distritos mineros otorgaron un considerable apoyo a los comunistas [17]. Un análisis ecológico de la votación realizada en Chile en 1947 demostró que el pequeño Partido Comunista ejercía su mayor influjo en las regiones mineras. En las minas de carbón, cobre y otros minerales, los comunistas recibían del 50 al 80 por ciento de los votos, en comparación con sólo el 10 por ciento en el conjunto del país [18].

Los leñadores también se hallan sujetos a acentuadas fluctuaciones cíclicas. En Suecia, las regiones boscosas otorgan a los comunistas mayor número de votos que los grandes centros industriales [19]. El análisis de los resultados de una elección provincial en Austria, en 1952, demostró que el 85 por ciento de los obreros forestales votaban por el Partido Socialista [20]. Los datos provenientes de California y Michigan indican que los distritos boscosos conceden mayor apoyo a los candidatos izquierdistas que otras zonas [21], y los obreros forestales se destacaban en la antigua organización Industrial Workers of the World (I.W.W.).

Otra ocupación que, en muchos aspectos, se parece a la de los leñadores, tanto por su inseguridad económica como por el aislamiento social, es la del esquilador, especialmente en Australia. Este país posee dilatadas regiones de explotación ovina, situadas generalmente lejos de los centros de población. Los esquiladores viven en campamentos algo parecidos a los de los leñadores y permanecen en la zona, durante algún tiempo, esquilando la lana de las ovejas. Los obreros son migratorios, y van de una zona de esquila a otra. Se les atribuye una gran conciencia de grupo y una fuerte solidaridad. Aunque no existen datos de votación que hayan separado los votos de los obreros de la zona de esquila de los de los demás, los informes sobre su comportamiento sindical sugieren que son militantes y extremistas [22].

[17] O. K. Flechtheim, *Die Kommunistische Partei Deutschlands in der Weimarer Republik*, Bollwerk-Verlag Karl Drott, Offenbach Am Main, 1948, p. 211, para los datos anteriores a 1933; para estadísticas sobre las elecciones en los Consejos Laborales en la década 1950-1960, ver Michael Fogarty, *op. cit.*, p. 213.

[18] Ricardo Cruz Coque, *Geografía electoral de Chile*, Editorial del Pacífico, S. A., Chile, 1952, pp. 53, 81-82.

[19] S. S. Nilson, «Le Communisme dans les pays du Nord: les élections depuis 1945», *op. cit.*, pp. 167-180.

[20] Walter B. Simon, *The Political Parties of Austria*, tesis de doctorado en Filosofía, Departamenñto de Sociología, Universidad de Columbia, 1957, microfilm 57-2894 University Microfilms, Ann Arbor, Michigan, p. 263.

[21] H. F. Gosnell, *op. cit.*, p. 77, y J. K. Pollok y S. J. Eldersveld, *op. cit.*, p. 54.

[22] Ver T. C. Truman, *The Pressure Groups, Parties and Politics of the Australian Labor Movement*, tesis inédita de *Magister Artium*, Universidad de Queensland, 1953, cap. IV, pp. 70-72.

Una crisis general hace que la inseguridad económica se extienda ampliamente, y en las elecciones de 1932 y de 1936 los condados de los Estados Unidos más sacudidos por la crisis fueron los que apoyaron más enérgicamente a Roosevelt. Los datos de las encuestas señalan el hecho de que en 1936 y en 1940, de entre todas las personas con bajos ingresos, los parados eran los más fuertemente demócratas: más del 80 por ciento [23]. Un estudio de las actitudes políticas realizado en 1944 comprobó que entre los trabajadores manuales norteamericanos que nunca padecieron el desempleo, el 43 por ciento era «conservador», en comparación con sólo el 14 por ciento de conservadores existente entre los que experimentaron más de un año de desempleo [24].

Se dieron a conocer hallazgos comparables, referentes a Gran Bretaña: cuanto más alto es el desempleo en una zona, mayor es el número de votos laboristas. Además, el grado de desempleo de la década 1930-1940 siguió afectando a la votación durante el año 1950, de plena ocupación —los distritos que señalaron menor descenso en el número de votos laboristas entre 1945 y 1950, fueron los que sufrieron más el desempleo de la época de crisis [25]. Del mismo modo, en Finlandia, las regiones con mayor desempleo en período de crisis concedieron el más alto apoyo al Partido Comunista en 1951-1954 [26]. En Alemania, la proporción de desempleo era directamente proporcional a la cantidad de votos comunistas en las elecciones de 1932. Una encuesta de la opinión pública francesa, en 1956, afirma que el 62 por ciento de los miembros del Movimiento Sindical Comunista, la C.G.T., dice haber padecido el desempleo en algún período anterior, en comparación con el 43 por ciento de los miembros de la *Force Ouvrière* socialista, y el 33 por ciento de los miembros de la C.F.T.C. católica [27].

El conservadurismo relativo de los oficinistas de Estados Unidos puede deberse a su mayor seguridad en el trabajo durante la crisis. Sólo alrededor del 4 por ciento de ellos se vio sin empleo en 1930, en comparación con el 13 por ciento de los obreros urbanos no cualificados. En 1937, el 11 por ciento de los primeros y la cuarta parte de los segundos se hallaban sin trabajo [28]. En Alemania, este grupo de la clase media se sintió mucho más afectado por la crisis económica de posguerra que en los Estados Unidos. Los oficinistas alemanes tendían a volcarse hacia el movimiento fascista más bien que hacia los partidos izquierdistas que orientaban su énfasis doctrinario hacia el proletariado [29].

[23] H. F. Gosnell, *op. cit.*, pp. 3, 32, 37 y 90.

[24] R. Centers, *The Psychology of Social Classes*, Princeton University Press, Princeton, 1949, pp. 177-179.

[25] H. G. Nicholas, *op. cit.*, pp. 297-298; Wilma George, «Social Conditions and the Labor Vote in the County Boroughs of England and Wales», *British Journal of Sociology*, 2 (1951), pp. 255-259.

[26] Erik Allardt, *Social Struktur och Politisk Aktivitet*, Söderstrom and Co., Helsinki, 1956, p. 84.

[27] *Réalités*, n.º 65, abril de 1956.

[28] C. W. Mills, *White Collar*, Oxford University Press, Nueva York, 1951, p. 281.

[29] T. Geiger, *Die Soziale Schichtung des Deutschen Volkes*, Ferdinand Enke, Stuttgart, 1932, pp. 109-122; Samuel Pratt, *The Social Basis of Nazism and Communism in Urban*

Trabajo insatisfactorio

Los estudiosos de los movimientos de la clase trabajadora sugirieron con frecuencia que la naturaleza de la propia situación laboral, al margen de los salarios y la seguridad, constituye un factor importante para originar satisfacción o insatisfacción. El obrero industrial pasa los días bajo el control de otros, sujeto a menudo a una disciplina arbitraria; y los trabajadores de industrias de producción masiva, que desempeñan tareas rutinarias, perfectamente controladas, tienen muy pocas oportunidades para interesarse por su trabajo y ejercer sus aptitudes para crear [30].

De ello debe deducirse que cuanto más arbitraria sea la autoridad directiva y más monótono el trabajo, tanto más descontentos se hallarán los obreros, y será más probable que apoyen movimientos políticos que tiendan al cambio social; y está comprobado que cuanto mayor sea la fábrica (y, por lo tanto, generalmente, el trabajo esté más dividido), tanto más izquierdistas serán los obreros. Un estudio de la votación en las grandes ciudades alemanas antes de 1933 descubrió que cuanto más alta era la proporción de obreros de las grandes industrias, tanto más elevado era el porcentaje de votos comunistas [31]. Un estudio de la industria gráfica norteamericana comprobó, del mismo modo, la existencia de una relación entre el izquierdismo político y el tamaño de la empresa [32].

En general, los obreros más cualificados son, casi en todas partes, los más conservadores entre los trabajadores manuales. Sin embargo, aún no está demostrado que la satisfacción en el trabajo y la creación contribuyan independientemente en el comportamiento político, por encima y más allá de las diferencias de *status* y de condiciones económicas.

Status

Los sentimientos de privación y el consiguiente extremismo político, por parte de los que ejercen ocupaciones modestas no se deben solamente a la situación económica objetiva. Todas las sociedades están estratificadas por *status* (prestigio) así como por las recompensas económicas, y mientras que el *status* y los ingresos tienden a relacionarse, se hallan lejos de ser idénticos. El *status* implica distinciones insidiosas —se define a los hombres y los grupos como inferiores o superiores a otros— y no se deduce de lo que se conoce acerca del comportamiento humano que los hombres acepten una valoración social baja, con ecuanimidad. Siempre

Germany, tesis inédita de *Magister Artium*, Departamento de Sociología, Universidad del Estado de Michigan, 1948, cap. 8.

[30] La diferencia de satisfacción en el trabajo entre estos empleos y los que permiten mayor creación se halla documentada, junto con una revista de la literatura correspondiente, en R. BLAUNER, «Attitudes Toward Work», en W. GALENSON y S. M. LIPSET (eds.), *Readings in the Economics and Sociology of Trade Unions*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1960.

[31] S. PRATT, *op. cit.*

[32] Datos inéditos provenientes de un estudio del Sindicato Tipográfico Internacional. Para otros detalles sobre este estudio, ver S. M. LIPSET, M. TROW y J. COLEMAN, *Union Democracy*, The Free Press, Glencoe, 1956, esp. pp. 150-197, que discuten las diferencias de ambiente en las pequeñas y grandes empresas.

que exista esta posibilidad, por lo tanto, la gente tratará ya sea de mejorar su posición en la escala de prestigio mediante esfuerzos individuales (movilidad social), o la de su grupo por medio de algún tipo de acción colectiva; y si el propio interés da idea de la motivación que surge del deseo de mejorar las condiciones materiales de existencia, en ese caso el *resentimiento* es la imagen de los sentimientos de las personas ubicadas en una posición baja para con el sistema social y quienes gozan de alto prestigio [33].

La falta de respeto con que el personal de oficinas, los vendedores, empleados, funcionarios inferiores, etc., tratan a los trabajadores, y la omisión general de la sociedad de la clase media de un reconocimiento de las contribuciones económicas y aptitudes personales de los obreros contribuyen, indudablemente, a la insatisfacción con el *statu quo* y al izquierdismo político.

Mientras que un prestigio e ingresos bajos, y un prestigio e ingresos altos, se unen para reforzar la motivación política izquierdista o conservadora, las situaciones en las que un factor coloca al individuo mucho más alto o bajo en las escalas de calificación relativa contribuyen, como ya se ha hecho notar, a explicar normas de comportamiento aparentemente divergentes. En todas las sociedades de las que poseemos datos, los oficinistas gozan de más prestigio que los trabajadores manuales y se identifican, en muchos aspectos (ropa, lenguaje, normas familiares), con los que se hallan más alto dentro del sistema, aun cuando sus ingresos no sean superiores a los de los trabajadores manuales cualificados [34]. Numerosos estudios también demuestran que es mucho más probable que los oficinistas de diferentes países voten por los partidos más conservadores que el que lo hagan los trabajadores manuales, adoptando, en general, una posición intermedia entre la de los estratos financieros superiores y la de los trabajadores manuales en el *continuum* izquierda-derecha [35]. Este mayor conservadurismo no se debe solamente a ingresos más altos. Un estudio del comportamiento electoral en Noruega, en 1949, señaló que la votación en favor de los partidos izquierdistas (Comunista y Socialista) era casi dos veces mayor entre los trabajadores manuales que entre los oficinistas, para cada nivel de ingresos (ver cuadro V). Un estudio estadístico de la afiliación política en Alemania arrojó resultados similares [36].

[33] Para una discusión más detallada de las reacciones a la posición en la estructura de *status*, ver S. M. LIPSET y HANS ZETTERBERG, «Social Mobility in Industrial Societies», en S. M. LIPSET y R. BENDIX, *Social Mobility in Industrial Societies*, University of California Press, Berkeley, 1959, pp. 60-64.

[34] Para un resumen detallado de los datos referentes a este punto, provenientes de muchos países, ver *ibid.*, pp. 14-17.

[35] G. GALLUP, *The Gallup Political Almanac for 1948*, American Institute of Public Opinion, Princeton, 1948, p. 9; R. CENTERS, *op. cit.*, p. 38; E. G. BENSON y EVELYN WYCOFF, «Voters Pick Their Party», *Public Opinion Quarterly*, 8 (1944), pp. 165-174; L. HARRIS, *Is There a Republican Majority?*, Harper & Bros., Nueva York, 1954; H. CANTRIL, *op. cit.*

[36] Institut für Marktforschung und Meinungsforschung, E.M.N.I.D., *Zur Resonanz der Parteien bei Männer und Frauen in den Soziologischen Gruppen*, mimeografiado, Bielefeld, s.f., pp. 5, 7, 9.

CUADRO V

PORCENTAJE DE VOTOS EN FAVOR DE LOS PARTIDOS COMUNISTA Y LABORISTA POR GRUPO OCUPACIONAL Y POR INGRESOS EN NORUEGA 1949 *

Ingresos anuales en coronas	*Obreros industriales*	*Empleados de oficina*
Menos de 4.000	56	35
4.000 - 7.000	70	28
7.000 - 12.000	69	24
Más de 12.000	—**	13

* A. H. BARTON, *Sociological and Psychological Implications of Economic Planning in Norway*, tesis inédita de doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1954, p. 327.
** Muy pocos casos.

Un estudio de «identificación de clase», realizado en Estados Unidos, donde el 61 por ciento de los oficinistas se consideran «clase media» frente a un 19 por ciento de trabajadores manuales, proporciona una evidencia directa de la importancia del motivo del *status* en el comportamiento político de los oficinistas. Entre éstos, tal autodeterminación marcó una gran diferencia en las actitudes políticas: el 65 por ciento de quienes se consideraban «clase media» adoptaba actitudes conservadoras, en comparación con el 38 por ciento de los oficinistas de la «clase trabajadora». Entre los obreros manuales, la identificación subjetiva de clase registraba una diferencia mucho menor en las actitudes: el 37 por ciento de los trabajadores manuales de la clase «media» asumía actitudes conservadoras, en comparación con el 25 por ciento de los obreros de la «clase trabajadora»[37].

En Alemania se estudió intensivamente el papel político de los oficinistas, pero, lamentablemente, antes de que se pusieran en práctica las encuestas con grupos representativos[38]. Las investigaciones que emplean las estadísticas regionales de votación disponibles sugieren que los votos de los oficinistas pasaron de los partidos centristas a los nazis bajo el impacto de la crisis de 1929[39]. Existía una gran correlación entre la proporción de oficinistas en paro en las ciudades alemanas y los votos en favor de los nazis[40]. La explicación que brindan por lo general los alemanes a esto consiste en que los nazis representaban una esperanza de resolver la crisis económica y de mantener, al mismo tiempo, la posición de *status* de los oficinistas, en tanto que los partidos marxistas les ofrecían ventajas económicas sólo a costa de la «proletarización»[41].

[37] R. CENTERS, *op. cit.*, pp. 130-132.
[38] T. GEIGER, *op. cit.*, pp. 109-122.
[39] W. DITTMANN, *Das Politische Deutschland von Hitler*, Europa Verlag, Zurich, 1945; A. DIX, *Die Deutschen Reichstagswahlen, 1871-1930, und die Wandlungen der Volksgliederung*, J. B. C. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1930; W. STEPHAN, «Zur Soziologie der Nationalsozialistischen Deutschen Arbeiterpartei», *Zeitschrift für Politik*, 20 (1931), pp. 293-300. Ver también cap. V.
[40] S. PRATT, *op. cit.*, cap. VIII.
[41] T. GEIGER, *op. cit.*, p. 114.

Algunas de las variantes en la manera de votar de los obreros en diferentes países pueden posiblemente explicarse por la diferencia de rigidez de la jerarquía de *status*. Los datos sobre la elección de un partido político por parte de los obreros australianos, británicos, norteamericanos, franceses e italianos, sugieren, todos ellos, que cuanto más baja es la posición socioeconómica de un trabajador, es tanto más probable que vote por un partido de izquierda. Por otra parte, en Alemania y Suecia es sumamente probable que el estrato inferior de obreros apoye a partidos de orientación no laborista. En estos países, los estratos superiores de la clase trabajadora se hallan más predispuestos a apoyar a los partidos de izquierda[42]. Para cada nivel de cualificación de un grupo representativo de obreros en Alemania, era más probable que aquellos que ganan más de 250 marcos por mes apoyaran a los partidos de izquierda (Socialista y Comunista) que los obreros que percibían menos de esa suma. Casi la mitad de los trabajadores de todos los grupos apoyaban a estos partidos, pero se comprobó el mínimo de apoyo entre el grupo no cualificado, de bajos ingresos (el 45 por ciento votó por estos partidos), y el máximo (65 por ciento) entre el grupo cualificado mejor remunerado (ver cuadro VI).

CUADRO VI

PROPORCION DE OBREROS VARONES QUE APOYABAN A LOS PARTIDOS SOCIALDEMOCRATA Y COMUNISTA EN ALEMANIA, 1953 *

Nivel de cualificación de ingresos			
Total de obreros cualificados		61 %	(230)
Más de 250 marcos por mes	65		(140)
Menos de 250 marcos por mes	55		(94)
Total de obreros semicualificados		58 %	(209)
Más de 250 marcos por mes	65		(113)
Menos de 250 marcos por mes	50		(96)
Total de obreros no cualificados		51 %	(97)
Más de 250 marcos por mes	59		(42)
Menos de 250 marcos por mes	45		(55)

* Cómputos realizados a los fines de este estudio sobre la base de tarjetas IBM, gentilmente facilitadas por el Instituto de la UNESCO, Colonia (Alemania), procedentes de su encuesta de la población alemana, realizada en 1953.

[42] Se dan a conocer resultados similares de Alemania en Institut für Marktforschung und Meinungsforschung, E.M.N.I.D., *op. cit.*, y en Divo Institut, *Umfragen 1957*, Europaïsche Verlaganstalt, Francfort, 1958, p. 53. De este modo, tres institutos de investigación diferentes informan que en Alemania los trabajadores más cualificados son más extremistas que los menos cualificados. El Divo Institut comprobó estos resultados, tanto en las encuestas sobre las elecciones de 1953 como en las de 1957. En esta última, el 62 por ciento de los obreros cualificados que votaron lo hicieron por los socialdemócratas, en contraste con el 43 por ciento de los semicualificados y no cualificados, p. 5. Para Suecia, ver ELIS HASTAD y otros (eds.), *«Gallup» och den Svenska Valjarkaren*, Hugo Gebers Forlag, Upsala, 1950, pp. 157-170.

En ausencia de investigaciones más detalladas de las diversas situaciones de los obreros en estos dos países, en comparación con otros, sería arriesgado intentar explicar estas sorprendentes diferencias. La hipótesis sugerida por algunas personas, más familiarizadas con la vida en las diferentes partes de Europa que nosotros, consiste en que existe una mayor frustración entre los niveles superiores de la clase trabajadora de Alemania, y quizá de Suecia, precisamente a causa de que estas naciones permanecen entre los países con mayor diferenciación del *status* del mundo occidental. La nobleza conservó su poder e influencia en ellos hasta bien entrado el siglo XX, y las relaciones interpersonales aún reflejan un considerable énfasis explícito sobre el *status*. La superioridad y la inferioridad en la posición de *status* se expresan de muchos modos, formales e informales. Inversamente, Australia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia son naciones en las que estas diferencias de *status* han perdido importancia, dada la declinación o ausencia de aristocracia. Asimismo, una acentuación de la diferenciación de *status* debería afectar a los obreros más cualificados y mejor remunerados en mayor grado que a sus hermanos de clase menos privilegiados. Mientras que los más cualificados se hallen en mejor posición que los otros trabajadores, su mismo éxito económico hace más evidente para ellos el rechazo por parte de las clases medias. Son, en cierto sentido, como los negros o judíos prósperos en las sociedades que discriminan a los miembros de estos grupos. Es más probable que los más afortunados de entre ellos adviertan, y se sientan consecuentemente resentidos por su inferioridad de *status*. Será menos probable que el grupo inferior de obreros, negros y judíos, se sienta privado de *status*.

De este modo, puede ofrecerse la hipótesis preliminar, según la cual cuanto más abiertas sean las relaciones sociales ligadas con el *status* en una sociedad dada, será tanto más probable que los trabajadores bien remunerados se conviertan políticamente en conservadores. En una sociedad «abierta», la privación económica relativa dará como resultado una diferenciación entre los obreros, tal como ha sucedido tradicionalmente en los Estados Unidos y en Australia. En una sociedad más «cerrada», el sector superior de los trabajadores se sentirá despojado y apoyará, por lo tanto, a los partidos de izquierda. El que estas hipótesis correspondan o no a los hechos reales es una cuestión discutible. Sin embargo, es un hecho que estas diferencias de comportamiento político existen. Es necesario un mayor número de investigaciones para dar cuenta de sus orígenes.

La segunda jerarquía de prestigio se basa en diferencias religiosas o étnicas. Las religiones, nacionalidades y razas minoritarias se ven por lo general sujetas a diversas formas de discriminación social, y el miembro de un grupo minoritario que percibe bajos ingresos se enfrenta, en consecuencia, a obstáculos adicionales para su propia realización económica y social. El miembro pobre del grupo mayoritario, por otra parte, puede encontrar gratificaciones compensatorias en su «superioridad» étnica o religiosa. Los que perciben altos ingresos dentro de un grupo étnico o religioso de *status* bajo se hallan, por lo tanto, como hemos destacado, en una situación comparable con la del nivel superior de la clase trabajadora en los países que poseen sistemas de *status* «cerrados».

En los países de habla inglesa, las investigaciones demuestran que, entre las diversas sectas cristianas, cuanto más acomodado es el *status* socioeconómico *medio* de los miembros de la Iglesia, tanto más probable será que los de un *status* inferior voten por el partido más conservador. En Gran Bretaña, Australia, Canadá y los Estados Unidos, es más probable que los obreros que pertenecen a las iglesias más opulentas, como la Anglicana (Episcopal en los Estados Unidos) apoyen al partido más conservador, que los que pertenecen a las iglesias más pobres.

Del mismo modo, los votantes de la clase media que pertenecen a una iglesia relativamente menos rica, como la Católica o la Baptista, tienden más a ser laboristas o demócratas que sus iguales de clase que siguen a otras sectas. Un estudio británico manifiesta que, entre los obreros industriales que votaron en las elecciones de 1951, la proporción que apoyó al Partido Laborista fue del 73 por ciento entre los católicos, 64 por ciento entre los no conformistas y 43 por ciento entre los anglicanos. «La proporción de anglicanos que votó por los conservadores es casi exactamente el doble de la de no anglicanos que lo hicieron; y los tres quintos del total de obreros industriales que votaron por los conservadores eran anglicanos» [43].

En Australia, entre 1951 y 1955, los datos de la Gallup Poll indican que aproximadamente el 50 por ciento de los católicos que tenían empleos urbanos no manuales apoyó al Partido Laborista, en contraste con menos del 30 por ciento de los anglicanos que se encontraban en situaciones similares. De igual modo, entre los trabajadores manuales, los católicos australianos fueron más enérgicamente laboristas que cualquier otra secta [44].

En todos los países mencionados, los judíos, aunque relativamente acomodados, constituyen el grupo menos conservador, políticamente, norma que se mantiene, asimismo, en muchas naciones occidentales de habla no inglesa. Los datos electorales de Austria demuestran que los distritos judíos de Viena, aun cuando pertenecieran a la clase media, se manifestaron abrumadoramente socialistas en gran número de elecciones anteriores a 1933 [45]. Un estudio del comportamiento electoral en Amsterdam

[43] A. H. BIRCH, *Small-Town Politics*, Oxford University Press, Londres, 1959, p. 112; para datos nacionales sobre votaciones en Gran Bretaña, ver H. J. EYSENCK, *The Psichology of Politics*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1954, p. 21, y M. BENNEY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *How People Vote: A Study of Electoral Behavior in Greenwich*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1956, p. 111; para datos referentes a Gran Bretaña y los Estados Unidos, ver MICHAEL ARGYLE, *Religious Behavior*, The Free Press, Glencoe, 1959, pp. 81-83; para una exposición más detallada de la religión y la política en los Estados Unidos, con referencias bibliográficas adicionales, ver cap. 9, pp. 253-254; para más datos publicados sobre Australia, ver LOUSIE OVERACKER, *The Australian Party System*, Yale University Press, New Haven, 1952, pp. 166-170, 298, 305-306, y LEICESTER WEBB, *Communism and Democracy in Australia*, F. W. Cheshire, Melbourne, 1954, pp. 91-100. La encuesta Gallup realizada en Australia proporcionó datos considerables que señalan la relación entre la afiliación política y la religión. Las referencias al Canadá se basan en el examen de datos inéditos recogidos por la Gallup Poll canadiense.

[44] Todos los partidos socialistas australianos se consideran laboristas a los fines de este análisis, aunque los laboristas disidentes de derecha se apoyan grandemente en los católicos.

[45] WALTER B. SIMON, *op. cit.*, pp. 335, 338-341.

CUADRO VII

LA RELIGION Y LA ELECCION DEL PARTIDO SEGUN LA ASISTENCIA A LAS IGLESIAS

Francia, 1956 *

	Católicos				
	Practicantes (%)	*No practicantes (%)*	*Indiferentes (%)*	*Protestantes (%)*	*Sin religión (%)*
Comunista	2	17	18	5	49
Socialista	9	39	45	34	30
Radical	10	17	17	34	8
M.R.P.	34	4	2	7	1
Independiente	34	14	12	10	4
R.P.F.	6	3	2	2	1
Poujade	5	6	4	7	6
Total	100	100	100	99	99
(N)	(609)	(507)	(168)	(41)	(144)

Holanda, 1956 **

Elección de partido	*Católicos*		*Protestantes moderados*		*Calvinistas*		*Sin religión*
	Asistencia a la iglesia						
	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	Sí (%)	No (%)	No (%)
Católico	94	52	—	—	—	—	1
Socialista	3	30	22	51	2	27	75
Antirrevolucionario (calvinista)	—	6	17	6	90	63	—
Cristiano histórico (protestante moderado)	—	—	45	19	3	—	—
Liberal	—	9	7	18	—	—	11
Comunista	—	—	—	—	—	—	7
Calvinista cismático	—	—	5	3	1	5	—
Otros	2	3	4	3	4	5	6
Total	99	100	100	100	100	100	100
(N)	(329)	(33)	(134)	(236)	(101)	(22)	(218)

* Recopilado por el autor sobre la base de tarjetas IBM, de una encuesta de la opinión nacional, realizada en mayo de 1956 por el Instituto Nacional de Estudios Demográficos.
** Recopilado por el autor sobre la base de tarjetas IBM, de una encuesta llevada a efecto en mayo de 1956 por el Instituto Holandés de la Opinión Pública.

(Holanda) indicó también que el distrito predominantemente judío de esta ciudad constituía un poderoso centro socialdemócrata [46]. El comportamiento electoral izquierdista de los judíos fue explicado como resultado de su inferior posición de *status* (discriminación social) más bien que debido a los elementos inherentes a su credo religioso [47].

El efecto diferenciador de la confesión religiosa sobre la afiliación política no emana únicamente de la posición de *status* actual de las diferentes sectas. En cierto número de países las iglesias adoptadas y protegidas por el Estado y ligadas a la aristocracia terrateniente proporcionan, con frecuencia, la base para un partido político religioso, que intenta defender o restaurar los derechos y la influencia religiosos frente a los ataques de los movimientos políticos más izquierdistas y anticlericales. De este modo, en la Europa católica, la clase trabajadora católica votó en proporción abrumadora en favor de partidos más conservadores y católicos, mientras que los protestantes, los judíos y los librepensadores de la clase media fueron más izquierdistas y apoyaron a los marxistas [48].

Puede observarse en el cuadro VII la estrecha relación entre las normas del comportamiento político y la práctica religiosa en dos países europeos, Francia y Holanda. Las marcadas diferencias en la elección de un partido entre quienes van a la Iglesia y quienes no lo hacen son evidentes en esas tablas. En Francia, por ejemplo, el 68 por ciento de los que practican el culto católico apoyó ya sea al M.R.P. o al Partido Independiente, ambos conservadores, pero el 56 por ciento de los católicos que no concurren a la iglesia y el 63 por ciento de los católicos «indiferentes» apoyaron ya sea a los comunistas o a los socialistas. En la muestra representativa no había bastantes protestantes para diferenciar los grados de práctica religiosa, pero entre estos miembros de una minoría antaño perseguida, el 39 por ciento votó por los partidos izquierdistas, y otro 34 por ciento apoyó al Partido Radical, el partido liberal anticlerical. Entre los que no poseen confesión alguna, el 79 por ciento apoyó a los partidos marxistas.

En Holanda se recogieron datos de la asistencia a las iglesias de los tres principales grupos religiosos, y también en este caso se evidencian sorprendentes diferencias en la elección de partido por parte de las diferentes sectas [49]. Un total del 94 por ciento de los católicos practicantes

[46] J. P. KRUIJT, *De Onkerkelikheid in Nederland*, P. Noordhoff, N. V., Groningen, 1933, pp. 265, 267.
[47] Ver ROBERT MICHELS, *Political Parties*, The Free Press, Glencoe, 1949, pp. 261-262, para un análisis de los orígenes del extremismo judío en la Alemania del káiser Guillermo, que aún parece aplicable a otros países.
[48] Ver STUART R. SCHRAM, *Protestantism and Politics in France*, Corbière y Jugain, Alençon (Francia), 1954, pp. 183-186. Por ejemplo, el 55,5 por ciento de los votantes empadronados en las comunidades protestantes (del departamento de Gard) votó por los comunistas o los socialistas en 1951, en contraposición con sólo el 35,1 por ciento en las comunidades católicas. En suma, las comunidades protestantes son más prósperas que las católicas. Para una exposición mejor sobre las características de los partidos católicos y de otras agrupaciones políticas religiosas en Europa, ver MICHAEL FOGARTY, *op. cit.*, cap. 22.
[49] Se aclara todo el alcance de la continuidad existente entre la separación religiosa y la política en Holanda, al considerar el número de personas que no practican su religión.

apoyó al Partido Católico, pero sólo lo hizo el 52 por ciento de los no practicantes, y el 30 por ciento de sus votos correspondió a los socialistas. El 90 por ciento de los calvinistas activos apoyó al Partido Calvinista Antirrevolucionario, en comparación con el 63 por ciento de los que no asistían a la iglesia. La diferencia es mucho menos significativa entre los protestantes moderados activos, cuyas normas religiosas se acercan mucho más a las de los protestantes norteamericanos y quienes se encuentran, por lo tanto, sometidos a una menor presión social para que voten por su partido. El Partido Cristiano Histórico se adjudicó el 45 por ciento de los votos de sus miembros practicantes y el 19 por ciento de los no practicantes.

En Alemania Occidental, católicos y protestantes se hallan unidos en la dirección de la acción política mediante un partido religioso, el Democristiano. También en este caso, cuanto más ligada se halle una persona a la actividad de la Iglesia, tanto más probable será que apoye a un partido religioso[50]

Aunque, al dar cuenta del influjo de la religión en estos países, hemos ignorado otros factores, es importante destacar que los de clase continuaban actuando dentro de cada secta. Entre los católicos franceses, así como entre los protestantes y católicos holandeses y alemanes, quienes votaban por los partidos izquierdistas eran, preponderantemente, trabajadores manuales. La evidencia de que disponemos sugiere que los trabajadores de estos países se hallan mucho más sujetos a las tensiones originadas en el conflicto entre sus posiciones religiosas y de clase que los miembros de los estratos medios. Mientras que la mayoría de los obreros religiosos resuelve esta tensión, al menos en cuanto se refiere a la votación, apoyando al partido religioso, una minoría significativa, particularmente los concurrentes menos asiduos a la iglesia, respalda a los socialistas. Es probable que esta tensión conduzca a algunos trabajadores a las filas de los librepensadores.

Desde el conflicto entre los grupos religiosos y los partidos anticlericales constituye un elemento importante de la vida política, como sucede en varios Estados europeos, existen también diferencias notorias según el sexo de los que apoyan a los diversos partidos, puesto que en todo el

Mientras que en Francia el número de católicos no activos era casi tan elevado como el de los practicantes, en Holanda constituía una décima parte del total de católicos, y los calvinistas no activos un sexto del total de los calvinistas. El número de protestantes moderados no practicantes era casi dos veces mayor que el de los practicantes, pero las diferencias en el comportamiento electoral eran igualmente manifiestas. Estas encuestas fueron realizadas sobre la base de individuos escogidos al azar entre toda la población, por lo que es legítimo inferir que la proporción de quienes practicaban su religión es representativa.

[50] En Alemania el 60 por ciento de los varones católicos que concurren a la iglesia apoyan ya sea al C.D.U. o al *Zentrum*, mientras que sólo el 33 por ciento de los católicos que no asisten a la iglesia respaldan a estos partidos. Ver JUAN LINZ, *The Social Bases of German Politics*, tesis inédita de doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1958, p. 700. Ver J. J. DE JONG, *op. cit.*, pp. 179-187, para más datos sobre Holanda. Esta obra presenta, además, una encuesta sobre las normas del comportamiento electoral en diferentes países europeos, para diversas ocupaciones, grupos de edad y otros aspectos de la estructura social.

mundo occidental las mujeres se adhieren más fielmente a la religión que los hombres[51]. En Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Austria y otros países, los partidos anticlericales, marxistas y los liberales similares, se aseguran un sector mucho mayor del electorado masculino que del femenino. En Alemania, de acuerdo con una encuesta realizada en 1953, el 60 por ciento del total de votantes socialistas eran hombres, mientras que el 58 por ciento de los democristianos eran mujeres[52]. Por otra parte, en los Estados Unidos, donde el conflicto entre religión e irreligión no existe como tal, no hay tampoco ninguna diferencia en cuanto al apoyo que hombres y mujeres otorgan a los dos partidos[53].

Muchas minorías étnicas y religiosas que padecen de una discriminación social o económica respaldan a los partidos más izquierdistas en diversos países, aunque esta norma se manifiesta más corrientemente entre los judíos. En los Estados Unidos la minoría negra tiende a ser más demócrata que los blancos, dentro de un nivel de ingresos dado; dentro del grupo negro, por cierto, el *status* económico marca una muy pequeña diferencia en la votación[54]. Pueden hallarse otros ejemplos en Asia. En la India los andhras, gran minoría lingüística, se encuentran entre los que apoyan más enérgicamente al Partido Comunista[55], mientras que en Ceilán los comunistas son extraordinariamente fuertes entre la minoría hindú. En Japón, la minoría coreana presta un apoyo considerable a los comunistas[56]. En Israel la minoría árabe y en Siria la cristiana son relativamente procomunistas[57]

CONDICIONES SOCIALES QUE AFECTAN A LA VOTACION EN FAVOR DEL IZQUIERDISMO

Si admitimos que un grupo de personas padece ciertas privaciones bajo el sistema socioeconómico existente, esto no quiere decir que dicho grupo

[51] Por ejemplo, los estudios realizados en Francia en 1952 y en la diócesis de Mantua (Italia), en 1948, demuestran que los asistentes asiduos a la misa dominical están constituidos por casi el doble de mujeres católicas que de hombres. Ver M. FOGARTY, *op. cit.*, pp. 352-353.

[52] JUAN LINZ, *op. cit.*, p. 234.

[53] A. CAMPBELL, G. GURIN y W. E. MILLER, *The Voter Decides*, Row, Peterson and Co., Evanston, Ill., 1954, p. 70; B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. M. MCPHEE, *Voting*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, pp. 73, 75. Debe destacarse, sin embargo, que cuando en las elecciones norteamericanas se actualizaban las cuestiones de moralidad, tales como las de la corrupción o de la prohibición del alcohol, las mujeres votaban en proporción abrumadora por el candidato más «moral». Ver STUART A. RICE, *Quantitative Methods in Politics*, *op. cit.*, pp. 177-179, para una exposición del comportamiento electoral femenino, *circa* 1917-1920, cuando disminuyeron las diferencias entre los sexos. La mejor exposición y los datos más comparativos sobre el comportamiento electoral femenino se encuentran en MATTEI DOGAN, «Il voto delle donne in Italia e in altre democrazie», *Tempi Moderni*, n.° 11-12 (enero-febrero de 1959), pp. 621-644.

[54] J. A. MORSELL, *The Political Behavior of Negroes in New York City*, tesis de doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1951.

[55] S. S. HARRISON, «Caste and the Andhra Communists», *American Political Science Review*, 50 (1956), pp. 378-404.

[56] R. SWEARINGEN y P. LANGER, *Red Flag in Japan: International Communism in Action, 1919-1951*, Harvard University Press, Cambridge, 1952, pp. 181-184.

[57] *Bureau of Applied Social Research, Syrian Attitudes toward America and Russia*, mimeografiado, Columbia University, Nueva York, 1952.

apoyará automáticamente a los partidos políticos que apuntan al cambio social. Tres son las condiciones que facilitan tal respuesta: las vías efectivas de comunicación, la escasa creencia en la posibilidad de la movilidad social individual y la ausencia de vínculos tradicionales con un partido conservador.

Canales de comunicación

La condición más importante es quizá la presencia de buenas comunicaciones entre la gente que posee un problema común. Los contactos personales estrechos entre ellos extienden la conciencia de la existencia de una comunidad de intereses y de las posibilidades de una acción colectiva, incluso la política, para resolver los problemas comunes. Cuando los contactos informales se ven complementados por una organización formal de sindicatos, grupos agrícolas o movimientos políticos de clase, con toda su maquinaria de organizadores, portavoces, periódicos, etc., la conciencia política se intensificará aún más.

Paul Lazarsfeld, por ejemplo, demostró que la pertenencia a organizaciones sociales o de otro tipo refuerza la tendencia de los miembros de las clases alta y media a votar por los republicanos. De modo similar, entre los grupos socioeconómicos inferiores «sólo el 31 por ciento de los afiliados a un sindicato, pero el 53 por ciento de los no afiliados votaban por los republicanos»[58]. Estudios realizados en cierto número de países documentan el mayor interés político y la mayor cantidad de votos izquierdistas de los afiliados a sindicatos obreros[59].

Ya nos hemos referido a varios grupos ocupacionales que soportan una

[58] P. F. LAZARSFELD, B. BERELSON y H. GAUDET, *The People's Choice,* Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1944, pp. 146-147.

[59] Otros estudios realizados en los Estados Unidos son: A. CAMPBELL, G. GURIN y W. E. MILLER, *op. cit.*, p. 73. B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. MCPHEE demuestran que cuanto más vinculados están sus miembros a las actividades sindicales, será tanto más probable que voten por los demócratas, *op. cit.*, pp. 49-52. Esta investigación demuestra también el efecto amplificador que sobre los votos republicanos de las clases media y superior ejerce la pertenencia a una organización. RUTH KORNHAUSER demostró que la relación entre la votación en favor de los demócratas y la pertenencia a un sindicato se mantiene cualquiera sea el tamaño de la comunidad, aunque más enérgicamente en las ciudades más grandes. «Some Determinants of Union Membership», mimeografiado, Instituto de Relaciones Industriales, Berkeley, 1959.

En Gran Bretaña, el 66 por ciento de los afiliados a sindicatos en Droylsden, Inglaterra, votó, en 1951, por los laboristas, en comparación con el 53 por ciento de otros empleados: P. CAMPBELL, D. DONNISON y A. POTTER, «Voting Behavior in Droylsden in October 1951», *Journal of the Manchester School of Economics and Social Studies,* 20 (1952), p. 63. R. S. MILNE y H. C. MACKENZIE comprobaron una relación aún más fuerte entre la pertenencia a un sindicato y la votación en favor de los laboristas: *Straight Fight; A Study of Voting in the Constituency of Bristol Nort-East at the General Election of 1951*, The Hansard Society, Londres, 1954, pp. 62-64; ver también M. BENNEY, A. P. GRAY y R. H. PEAR, *op. cit.*, p. 112. Los datos suministrados por el Instituto Canadiense de Investigación de la Opinión Pública indican que los miembros de un sindicato prestan mayor apoyo al C.C.F. (socialistas) y a los comunistas que los trabajadores no afiliados. En Alemania es dos veces más probable que los afiliados a sindicatos respalden al Partido Socialista que aquellos obreros que no pertenecen a ninguna asociación voluntaria: JUAN LINZ, *op. cit.*, pp. 215, 828-830.

gran inseguridad en los ingresos y votan decididamente en favor de la izquierda en diferentes países —agricultores que practican el monocultivo, pescadores, mineros, esquiladores y leñadores—. Dentro de cada uno de estos grupos no sólo existía una poderosa razón para el descontento social, sino también, como se señaló detalladamente con anterioridad, había una estructura social favorable para las comunicaciones dentro del propio grupo, y desfavorable para éstas entre clases, una «comunidad ocupacional».

En contraste con tales grupos, el ramo del servicio doméstico se compone generalmente de pequeñas unidades diseminadas entre la población acomodada a la que sirven, y los trabajadores que a él pertenecen no sólo tienden a ser menos activos políticamente, sino también más conservadores. La bien conocida falta de organización y de conciencia de clase de los oficinistas puede también deberse, en parte, a las pequeñas unidades en las que trabajan y a su diseminación entre el personal directivo de más alto nivel[60].

Dos de los factores sociales generales que se correlacionan con la votación en favor de la izquierda son el tamaño de las plantas industriales y el de la ciudad. Ya hemos destacado que existía una vinculación directa entre la magnitud de una fábrica y la votación en favor de la izquierda en las elecciones alemanas anteriores a 1933, hallazgo que fue corroborado por una encuesta del mismo origen, de 1953 (ver cuadro VIII). Entre los trabajadores, los votos combinados socialistas y comunistas aumentaban de acuerdo con el tamaño de las fábricas. El 28 por ciento de los trabajadores en industrias con menos de diez obreros votaron en favor de la izquierda; ello contrasta con el 57 por ciento de los de establecimientos de más de mil obreros. Del mismo modo, el voto por los Partidos Democristiano y Conservador era tanto menor cuanto mayor era el tamaño de la fábrica. Es interesante notar que el porcentaje de obreros que no apoyaba a ningún partido disminuía también según aumentaba la magnitud de la planta industrial, lo que indica tanto la existencia de una presión social en favor del voto izquierdista como simplemente una presión para votar. La investigación anterior comprobó también la existencia de una relación entre el gran tamaño de las ciudades y los votos izquierdistas[61].

Un estudio alemán posterior (de 1955) señaló que entre los hombres, los votos izquierdistas aumentaban según el tamaño de la ciudad, para todo grupo ocupacional, a excepción del de la gente con medios de subsistencia independientes. Pero el aumento más grande se registró entre los trabajadores manuales (ver cuadro VIII)[62]. Un análisis de los resultados electorales de los Consejos Laborales, en Italia, en 1954 y 1955, arroja resultados similares. Cuanto mayor era la ciudad y más grande la fábrica,

[60] C. DREYFUSS, «Prestige Grading: A Mechanism of Control», en R. K. MERTON *et al.* (eds.), *Reader in Bureaucracy,* The Free Press, Glencoe, 1952, pp. 258-264.

[61] S. PRATT, *op. cit.*, cap. 3.

[62] Ver también JUAN LINZ, *op. cit.*, pp. 347 ss. Tanto los hombres y las mujeres en general como los trabajadores varones, para cada nivel de cualificación, se mostraban más izquierdistas en las grandes ciudades.

tanto más votos recibía la C.G.I.L., controlada por los comunistas (Confederación General Italiana del Trabajo), en las elecciones de Consejos Laborales. La Federación Sindical Comunista se aseguró el 60 por ciento de los votos en las ciudades de menos de 40.000 habitantes, y el 75 por ciento en las de más de un millón. La misma pauta se mantuvo al comparar el poder del sindicato según el tamaño de la fábrica en todo el país, inclusive en las industrias más específicas. En la textil, por ejemplo, el sindicato controlado por los comunistas se aseguró el 29 por ciento de los votos en las fábricas que emplean de 50 a 100 personas (el tamaño menor registrado para este ramo), y el 79 por ciento en las que emplean a más de 2.000 [63].

En Francia, Australia y los Estados Unidos puede encontrarse la misma relación entre el tamaño de la comunidad y la elección de partido [64]. La Gallup Poll australiana separa las respuestas de los que viven en comunidades mineras de las de los habitantes de otras más pequeñas, y comprueba, como puede preverse, que es mucho menos probable que los mineros «aislados» respalden a los partidos que se apoyan en la clase media, que los trabajadores manuales de las grandes ciudades (ver cuadro IX). Estos datos australianos demuestran además que, si bien era menos probable que los obreros cualificados votaran por los laboristas que el que lo hicieran los trabajadores semicualificados y no cualificados, ambos grupos votaban en ese sentido en mayor proporción en las ciudades grandes que en las pequeñas.

En todos estos casos puede haber entrado en juego el factor de las comunicaciones. Una gran fábrica favorece un mayor grado de comunicación dentro de la misma clase, y un menor contacto personal con la gente

[63] Para resultados estadísticos detallados correspondientes a ciudades y fábricas específicas, ver *L'Avanzata della C.I.S.L. nelle commissioni interne*, Confederazione Italiana Sindacati Lavoratori, Roma, 1955, pp. 46-95. Este informe fue preparado por una federación laboral anticomunista. Las categorías en que se suministran los datos, según el tamaño de las fábricas para cada ramo, varían de una industria a otra, de manera que fue imposible agregar los datos con el fin de obtener una estadística general. Sin embargo, las diferencias son consecuentes, y, en cualquier caso, el informe no suministra todos los resultados del total del país. Algunos estudios sobre la industria británica realizados por el Acton Society Trust dieron a conocer una «relación clara [...] entre el tamaño de la fábrica y el absentismo por enfermedad; entre el tamaño y la cantidad de accidentes [...]», y diversos otros índices de la moral del trabajador. Ver *Acton Society Trust, Size and Morale*, Londres, 1953; *The Worker's Point of View*, Londres, 1953, y *Size and Morale, II*, Londres, 1957. En SHERRILL CLELAND, *The Influence of Plant Size on Industrial Relations*, Princeton University Press, Princeton, 1955, se dan a conocer hallazgos norteamericanos en cierto modo comparables.

[64] R. CENTERS, *op. cit.*, pp. 58, 185-190; P. ENNIS, «Contextual Factors in Voting Decisions», en W. MCPHEE (ed.), *Progress Report of the 1950 Congressional Voting Study*, mimeografiado, Bureau of Applied Social Research, Universidad de Columbia, Nueva York, 1952. LEON EPSTEIN demuestra que en las elecciones para gobernador en Wisconsin, los votos demócratas aumentaban regularmente de acuerdo con el tamaño de la ciudad: «Size of Place and the Division of the Two-Party Vote in Wisconsin», *Western Political Quarterly*, 9 (1956), p. 141. N. A. MASTERS y D. S. WRIGHT demuestran que, aunque los obreros son evidentemente menos propensos a votar por el Partido Demócrata en las pequeñas ciudades que en las grandes, los miembros del grupo directivo tienden a votar por los republicanos en la misma proporción, al margen del tamaño de la ciudad en que viven. «Trends and Variations in the Two-Party Vote: The Case of Michigan», *American Political Science Review*, 52 (1958), p. 1088.

perteneciente a niveles económicos más altos. En las grandes ciudades es también más probable que la interacción social se manifieste dentro de una misma clase económica. En ciertos casos los distritos obreros de las grandes ciudades han estado tan perfectamente organizados por los movimientos políticos de su clase que los trabajadores viven en un mundo que les es virtualmente propio, y es en estos centros donde los obreros apoyan más sólidamente a los candidatos izquierdistas y, como ya hemos visto, votan en mayor proporción.

CUADRO VIII

PORCENTAJE DE LOS TRABAJADORES VARONES QUE VOTARON POR DIFERENTES PARTIDOS, SEGUN TAMAÑO DE LA FABRICA

Alemania, 1955 *

Tamaño de la ciudad	*Porcentaje de votos socialistas y comunistas* (%)	(N)
Menos de 2.000 habitantes	43	(453)
2.000 - 10.000 habitantes	46	(587)
10.000 - 100.000 habitantes	51	(526)
Más de 100.000 habitantes	54	(862)

Alemania, 1953 **

Elección de partido	*Tamaño de la fábrica*				
	Menos de 10 obreros (%)	*10-49 obreros* (%)	*50-299 obreros* (%)	*300-999 obreros* (%)	*Más de 1,000 obreros* (%)
Socialista y comunista ***	28	40	45	45	57
Democristiano	22	20	18	22	15
Partidos burgueses	21	16	13	7	5
Sin partido	26	22	23	22	15
Total	97	98	99	96	92
(N)	(134)	(116)	(163)	(124)	(130)

* E.M.N.I.D., *Zur Resonanz der Parteien bei Männer und Frauen in den Soziologischen Gruppen*, mimeografiado, Bielefeld, s.f., p. 4.
** Recopilado por el autor, con tarjetas suministradas por el Instituto de la UNESCO en Colonia (Alemania).
*** Menos del 2 por ciento de comunistas.

CUADRO IX

TAMAÑO DE LA COMUNIDAO Y PREFERENCIA DE LOS OBREROS POR LOS PARTIDOS

Australia, 1955 *

Elección de partido	*Tamaño de la comunidad*					
	Ciudades grandes		*Ciudades pequeñas*		*Comunidades mineras***	
	Obreros cualificados (%)	*Obreros semi y no cualificados* (%)	*Obreros cualificados* (%)	*Obreros semi y no cualificados* (%)	*Obreros cualificados* (%)	*Obreros semi y no cualificados* (%)
Liberal	35	19	44	29	15	17
Laborista	64	81	56	71	77	83
Total	99	100	100	100	92 ***	100
(N)	(333)	(241)	(96)	(107)	(13)	(6)

* Recopilado sobre la base de tarjetas IBM, de una encuesta electoral de 1955, realizada por la Gallup Poll australiana, suministradas gentilmente al autor para un análisis ulterior.

** El número de casos es, desde luego, demasiado pequeño para justificar cualquier inferencia a partir de una muestra representativa, pero las encuestas previas indican resultados similares. Por ejemplo, una encuesta electoral de 1951 indica que 12 de cada 13 trabajadores manuales que vivían en localidades mineras votaban por los laboristas.

*** Uno de los encuestados prefirió uno de los partidos menores.

Creencia en la existencia de oportunidades de movilidad individual

En lugar de emprender una acción política, algunos individuos descontentos intentan mejorar su suerte dentro del sistema económico existente abriéndose paso hacia lo alto de la escalera del éxito. Si tal posibilidad parece existir, habrá una correspondiente reducción de los esfuerzos colectivos tendentes al cambio social, tales como el apoyo a los sindicatos y a los partidos izquierdistas.

Tal ha sido, durante largo tiempo, la principal explicación al hecho de que los obreros norteamericanos tienden a votar por partidos moderadamente reformistas, mientras que los europeos votan generalmente por los socialistas o los comunistas. Es más probable que el obrero norteamericano, que se supone que vive en una sociedad de clases abiertas, con una economía en desarrollo que crea continuamente nuevos empleos por encima del nivel del trabajo manual, crea presumiblemente en la oportunidad individual. Su contrapartida europea, al aceptar la imagen de una sociedad de clases cerrada, que ni siquiera simula ofrecer al trabajador una oportunidad para elevarse, se ve impelida a actuar colectivamente en favor del cambio social. Si bien estos estereotipos del grado relativo de movilidad social en Europa y los Estados Unidos no corresponden a la realidad, su aceptación bien puede afectar a la votación [65].

No es fácil, lamentablemente, presentar la prueba estadística precisa de esta explicación, ya que las sociedades europea y norteamericana difieren también en muchos otros aspectos. En los Estados Unidos, toda la clase trabajadora se ha elevado, mediante un grande y prolongado aumento de los salarios reales, a una posición que en otros países sería designada como «clase media». Existen considerables pruebas de que los obreros norteamericanos creen en la oportunidad individual; varias encuestas señalan que casi la mitad de los obreros afirman poseer «una buena oportunidad de progreso personal en los años venideros» [66]. Un estudio realizado en Chicago en 1937, durante la gran crisis, reveló que no menos del 85 al 90 por ciento de todos los grupos económicos creía que sus *hijos* poseían una buena posibilidad de mejorar su posición económica [67]. Los datos más recientes indican que la movilidad social *real* en Europa es tan alta como la de los Estados Unidos, pero la *creencia* en la movilidad difiere. Una proporción relativamente alta de movilidad social real parece caracterizar a todas las sociedades industriales.

Parecen intervenir dos factores en la diferencia de *creencia* en la movilidad: las diferencias entre los Estados Unidos y Europa occidental en cuanto a la renta nacional total y su distribución y, en segundo término, los diferentes sistemas de valor de las clases superiores nortcamericana y europea. Como lo hemos dicho en otra parte: «Los ingresos de cada clase son tanto mayores en Estados Unidos, y la difcrencia entre los estilos de vida de las diversas clases sociales tanto más pequeñas, que, en efecto, la sociedad igualitaria imaginada por los que proponían una alta movilidad social se halla mucho más aproximadamente lograda aquí que en Europa. En tanto que los europeos asciendem en la escala ocupacional con tanta frecuencia como nosotros (los norteamericanos), el marcado contraste entre las formas de vida de las diferentes clases continúa existiendo. De este modo, en los Estados Unidos, los obreros y la gente de la clase media poseen coches, mientras que en Europa sólo la clase media puede tener un automóvil» [68].

[65] Una encuesta reciente de la literatura y las investigaciones relativas a la movilidad en muchos países diferentes puso de relieve que la movilidad vertical total (movimiento desde ocupaciones inferiores a las propias de la clase obrera hasta labores no manuales o de mayor prestigio) en los Estados Unidos no era sustancialmente diferente (30 por 100 de la población) de la de la mayoría de otros países relativamente desarrollados. Los otros porcentajes eran los de Alemania, 31 por ciento; Suecia, 29 por ciento; Japón, 27 por ciento; Francia, 27 por ciento; Dinamarca, 31 por ciento; Gran Bretaña, 29 por ciento. El de Suiza era levemente inferior, 23 por ciento, y el país más bajo de Europa occidental fue Italia, con un 16 por ciento. Estos estudios se dan a conocer en forma completa en S. M. LIPSET y R. BENOIX, *op. cit.*, cap. II.

[66] E. ROPER, «Fortune Survey: A Self-Portrait of the American People», *Fortune*, 35 (1947), pp. 5-16.

[67] A. W. KORNHAUSER, «Analysis of Class Structure of Contemporary American Society», en G. W. HARTMANN y T. M. NEWCOMB (eds.), *Industrial Conflict*, The Cordon Co., Nueva York, 1939, pp. 199-264.

[68] S. M. LIPSET y NATALIE ROGOFF, «Class and Oportunity in Europe and the United States», *Commentary*, 18 (1954), pp. 562-568.

Pero aquí también desempeñan su papel los sistemas de valor divergentes, puesto que las clases superiores norteamericana y europea difieren marcadamente en sus concepciones del igualitarismo. El próspero hombre de negocios norteamericano propaga orgullosamente el mito de la progresión desde los harapos hasta la riqueza. Las diferencias reales de rango y autoridad se justifican como recompensas a una habilidad probada. En Europa, los valores aristocráticos y las normas de los privilegios y situaciones heredados son todavía defendidos por muchos de los miembros de la clase alta, y, por lo tanto, el conservador europeo desea reducir al mínimo el alcance de la movilidad social.

Cuadro X

RELACION ENTRE EL ORIGEN SOCIAL, LAS NORMAS DE CONSUMO Y EL COMPORTAMIENTO ELECTORAL DE LOS HOMBRES EN SUECIA *

	Trabajadores manuales procedentes de hogares del mismo origen		*Trabajadores no manuales procedentes de hogares de trabajadores manuales*		*Trabajadores no manuales procedentes de hogares del mismo origen*	
	Que no poseen automóvil (%)	*Poseedores de automóvil* (%)	*Que no poseen automóvil* (%)	*Poseedores de automóvil* (%)	*Que no poseen automóvil* (%)	*Poseedores de automóvil* (%)
No socialista	15	14	38	74	79	83
Socialista	85	86	63	26	21	17
(N)	(221)	(72)	(78)	(55)	(170)	(145)

* H. L. Zetterberg, «Overages Erlander», *Vecko-Journalen*, 48 (1957), pp. 18-36. Reproducido en S. M. Lipset y Reinhard Bendix, *Social Mobility in Industrial Society*, p. 68.

Dada la discrepancia mucho más amplia en los estilos de consumo entre las clases media y trabajadora europeas y norteamericanas, es de esperar que el europeo de movilidad ascendente, perteneciente a la clase trabajadora, encuentre dificultades algo mayores para ajustarse a su *status* más alto y sienta más la discriminación que su contrapartida norteamericana, de manera muy similar al negro próspero de movilidad ascendente o a otro miembro de una minoría étnica en los Estados Unidos que se compare con un nativo blanco protestante. Los materiales comparativos que influyen sobre el efecto de la movilidad en la elección de partido concuerdan, en efecto, con la hipótesis de que los europeos se hallan más insatisfechos o conservan más vínculos con su *status* anterior. Las encuestas realizadas en cinco naciones europeas —Suecia, Finlandia, Alemania, Noruega y Gran Bretaña— demuestran que es más probable que los europeos de movilidad ascendente voten por partidos izquierdistas que sus compatriotas nacidos en la clase media, mientras que en los Estados Unidos tres encuestas diferentes afirman que los de movilidad ascendente son

más conservadores (republicanos) que quienes se forman en el seno de familias de la clase media [69]. Los datos suecos sugieren algunas indicaciones en el sentido de que la propensión a ajustarse al estilo cultural de la clase en la que se ingresa se asocia con las opiniones políticas, lo que indica que las personas ocupadas en labores no manuales, que han salido de la clase trabajadora, continuarán votando por el partido de izquierda, a menos que cambien sus estilos de consumo (simbolizados en el cuadro X por el automóvil). Contrariamente, entre quienes se hallan aún dentro de la clase en la que se formaron, las variaciones en el estilo de consumo parecen no guardar ninguna relación con la elección de partido.

La versión norteamericana de esta diferencia en los «estilos de consumo» puede estar representada por el traslado a las zonas periféricas, y varios estudios han demostrado las diferencias en el comportamiento político de las personas de *status* inferior que hacen tal traslado. Un nuevo análisis de la encuesta de 1952, realizada por el Centro de Investigaciones por Encuestas en Michigan (y analizada en forma general en *The Voter Decides*), sobre las diferencias entre el suburbio y la urbe, halló que existían realmente cambios en la adhesión a partidos, que no podían explicarse como simples desplazamientos de gente ya conservadora hacia las zonas periféricas. Ambas hipótesis sugeridas por los autores de este estudio concuerdan con la tesis adelantada aquí, sobre el efecto de la movilidad social sobre los miembros de la clase inferior. Ya sea que la autodeterminación constituya el factor fundamental (lo que implica que los nuevos habitantes de las zonas periféricas gozan de una movilidad ascendente, y se hallan ansiosos por relacionarse dentro de un ambiente superior, lo que significa votar por los republicanos), o que los efectos de hallarse expuestos a un medio más republicano —amigos y vecinos— dé cuenta de un mayor número de votos conservadores, los datos demuestran que la movilidad de este tipo trae como consecuencia una mayor proporción de votos republicanos de parte de electores anteriormente demócratas [70]. Cuando la ocupación se mantuvo constante, tanto para las ocupaciones de *status* «medio» como para las de «alto», se manifestó en las zo-

[69] Ver S. M. Lipset y Hans Zetterberg, *op. cit.*, pp. 64-72, para un informe detallado de las consecuencias políticas de la movilldad social. Los datos que indican que la relación entre la movilidad ascendente y la elección de partido en Inglaterra es más semejante a la de otros países europeos que a la de los Estados Unidos pueden ser hallados en R. S. Milne y H. C. MacKenzie, *op. cit.*, p. 58.

[70] Ver Fred I. Greenstein y Raymond E. Wolfinger, «The Suburbs and Shifting Party Loyalties», *Public Opinion Quarterly*, 22 (1958), pp. 473-483. Otro estudio que se ocupó de una ciudad más bien que de todo el país, halló muy poco cambio político en la zona periférica de Kalamazoo, Michigan, y sus autores concluyeron que el efecto del suburbio ha sido sobreestimado. Sin embargo, como lo demuestran sus propios datos, el suburbio del que extrajeron su conclusión estaba lejos de ser característico de uno de rápido crecimiento y relativamente barato, que atrae al comprador de bajos ingresos con aspiraciones de mejorar su futuro y el de su familia. La mayoría de las casas eran caras para la zona, el 83 por ciento de los encuestados votó por Eisenhower en 1956 y el 85 por ciento era protestante. No sorprende que en una región como ésta, en la que casi todos eran ya republicanos, no se advirtieran los efectos de la movilidad sobre la elección política. Para un análisis de este estudio, ver Jerome G. Manis y Leo D. Stine, «Suburban Residence and Political Behavior», *Public Opinion Quarterly*, 22 (1958), pp. 483-490.

nas periféricas una votación considerablemente mayor en favor de los republicanos [71].

Mientras que la mayoría de los estudios sobre el efecto de la movilidad sobre los sistemas políticos y sociales destacan las supuestas consecuencias de las diferentes proporciones de movilidad ascendente, considerables pruebas indican que existe un grado sustancial de movimiento descendente de una generación a otra en toda sociedad industrial moderna, pues la alta posición de un padre no constituye ninguna garantía de una situación similar para sus hijos. Además, los datos norteamericanos más recientes indican, en realidad, que alrededor de un tercio de los hijos de profesionales, semiprofesionales, propietarios, directivos y funcionarios —las ocupaciones más privilegiadas— efectúan labores manuales [72]. Del mismo modo, existe un movimiento extensivo de las áreas rurales a las urbanas en la mayoría de las sociedades, gran parte de lo cual ayuda a completar las filas de los trabajadores manuales.

Estos movimientos más bien extensivos hacia el proletariado industrial constituyen una de las fuentes principales de la política conservadora dentro de esa clase. Para todos los países de los que hemos podido obtener datos —Alemania, Finlandia, Gran Bretaña, Suecia, Noruega y los Estados Unidos— es mucho más probable que los obreros procedentes de la clase media voten por los partidos conservadores, que los trabajadores cuyos padres pertenecen a su misma clase. Los de origen rural son también, en cierto modo, más conservadores. La diferencia es aún más acentuada cuando se comparan las variaciones en los antecedentes durante tres generaciones. En Alemania, una encuesta realizada en 1953 comprobó que el 75 por ciento de los obreros cuyos abuelos eran obreros votaba por los socialistas o los comunistas, pero sólo lo hacía el 24 por ciento de los trabajadores cuyos padres pertenecían a la clase media [73]. En Finlandia, un estudio similar realizado en 1948 reveló que el 82 por ciento de los obreros cuyos padres y abuelos paternos eran trabajadores votaban en favor de partidos izquierdistas, en comparación con el 67 por ciento de los que poseían ascendencia rural y el 42 por ciento de los hijos de padres pertenecientes a la clase media.

Dado el hecho de la movilidad social extensiva en todas las sociedades industriales, quizá el efecto más importante de la movilidad sobre la política que debe ser tenido en cuenta es que el conjunto de los socialmente móviles, sea su dirección ascendente o descendente, vota por los partidos más conservadores. En Alemania, donde más de los tres cuartos de los trabajadores manuales procedentes de la clase media votaron por partidos no socialistas en 1953, casi el 70 por ciento de quienes se hallaban en

[71] SAMUEL LUBELL, *The Revolt of the Moderates*, Harper & Bros., Nueva York, 1956, y WILLIAM H. WHYTE, *The Organization Man*, Simon and Schuster, Nueva York, 1956, discuten el efecto político de los suburbios. Lubell encuentra también una tendencia republicana en aumento en las ciudades, como parte de las tendencias sociales generales, no confinadas a los suburbios.

[72] S. M. LIPSET y R. BENDIX, *op. cit.*, pp. 87-91.

[73] Datos computados sobre la base de materiales proporcionados por el Instituto de la UNESCO, en Colonia (Alemania).

puestos no manuales, con antecedentes familiares de clase trabajadora, optaron también por los partidos de la «clase media». De manera similar, en Finlandia, los dos tercios de los trabajadores surgidos de la clase media permanecieron fieles a los partidos no izquierdistas, mientras menos de un cuarto de los que de un antecedente familiar de clase trabajadora se habían elevado a ocupaciones de la clase media, votaron por los socialistas o los comunistas [74]. Estos hallazgos ilustran la profunda influencia que, sobre las actitudes y el comportamiento, ejerce el contacto con un *status* superior. Quienes se hallan sujetos a presiones múltiples entre los valores políticos que concuerdan con un *status* superior y uno inferior, como resultado de haberse encontrado en ambas posiciones, es mucho más probable que resuelvan el conflicto en favor del primero de ellos.

Tradicionalismo

Uno de los casos más sorprendentes de alejamiento de la votación izquierdista, producido en el grupo de bajos ingresos, se halla representado por algunas regiones relativamente pobres y económicamente subdesarrolladas, que votan regularmente por candidatos conservadores. Se encuentran tales zonas en los Estados sureños de los Estados Unidos, en Italia meridional [75], en Quebec (Canadá), la región montañosa escocesa de Gran Bretaña y en el oeste de Noruega. La norma de comportamiento político de tales regiones ha sido resumida en la frase: «Todo país tiene su sur.» Todas estas zonas poseen un sabor regional especial en su política, que las separa de las divisiones políticas principales del país, y produce, a veces, partidos regionales o separatistas [76].

Su explicación, como fue tratado anteriormente, consiste, evidentemente, en que la pobreza puede ser tan extrema que impide la organización efectiva y destruye toda esperanza de lograr una situación mejor. La extrema ignorancia y el analfabetismo hacen que la comunicación y la comprensión de todo programa político se torne difícil. La gente que se halla íntegramente absorbida por la preocupación inmediata de la subsistencia no cuenta con un excedente de tiempo y energía para dedicarlos a especulaciones a largo plazo tendentes a la mejora mediante la acción política [77]. Pueden también hallarse demasiado impotentes para hacer frente a la presión económica o a la violencia utilizadas contra ellos por las clases privilegiadas locales. De este modo, el agricultor arrendatario y el trabajador agrícola de los Estados Unidos nunca han sido capaces de construir

[74] Datos suministrados por el Dr. Erik Allardt, de la Universidad de Helsinki, basados en dos encuestas realizadas por la Gallup Poll finesa. Tanto los estudios alemanes como los fineses se dan a conocer, con más detalle, en LIPSET y BENDIX, *op. cit.*, pp. 69-71.

[75] G. SCHEPIS, «Sociologia elettorale della Sicilia», *Revista italiana di economia, demografia e statistica*, 4 (1950), n.° 3-4, pp. 491-498.

[76] R. V. BURKS, «Catholic Parties in Latin Europe», *Journal of Modern History*, 24 (1952), pp. 269-286. Aun en Suecia, donde se desconocen los partidos regionales, las diferencias locales persistieron durante muchas décadas en forma de «partidos de izquierda... más fuertes en el norte, y partidos de derecha más poderosos en el sur»: DANKWART A. RUSTOW, *The Politics of Compromise*, Princeton University Press, Princeton, 1955, pp. 136-137.

[77] Para una exposición sobre la Italia meridional, ver EDWARD BANFIELD, *The Moral Basis of a Backward Society*, The Free Press, Glencoe, 1958.

organizaciones económicas y políticas efectivas, ni siquiera cuando contaron con la colaboración benevolente de instituciones oficiales como la Organización para la Seguridad Agraria bajo el New Deal.

El más poderoso de los factores adversos a la acción política izquierdista de los trabajadores y campesinos empobrecidos de las regiones atrasadas consiste, sin embargo, en el grado en que su mentalidad se halla dominada por los valores «tradicionalistas» —la resignación a un nivel de vida tradicional y la lealtad a los «poderes establecidos». En estas regiones, la estructura social permanece, en parte, igual a la existente antes de la época del capitalismo y la economía de mercado libre. Las posiciones respectivas de ricos y pobres se definen como el estado natural de cosas, y se hallan reforzadas por las lealtades personales, familiares y locales, más bien que consideradas como un producto de fuerzas económicas y sociales impersonales, sujetas al cambio mediante la acción política. Al mismo tiempo, el campesino o el obrero pobre desempeña un papel de evidente significado y valor, y obtiene su gratificación en las relaciones personales y las actividades ceremoniales estables que abarcan a toda la comunidad. La creencia religiosa tiende a ser fuerte y apoyar el *statu quo* [78].

En contraste, la posición de un agricultor comerciante o de un obrero urbano, en una economía de mercado racionalizada no ofrece una estructura tan estable en sus relaciones. Las vinculaciones personales y las instituciones locales que recompensaban la lealtad y castigaban toda desviación de las creencias tradicionales han sido eliminadas, y se alientan las aspiraciones de mejoramiento económico. El funcionamiento de la compañía de ferrocarriles o del elevador de granos no se halla protegido por ninguna de las antiguas normas que consagran el poder de una gran familia terrateniente. El agricultor comerciante es libre de responder a la frustración con su apoyo militante a partidos que favorecen el cambio social.

Sin embargo, las zonas agrarias atrasadas estallan en ocasiones en llamas de rebelión, y una vez que se liberan de la aceptación de los valores tradicionales pueden girar hacia los extremos más radicales. Aun en el sur de los Estados Unidos, en la década de 1890 tuvo lugar un crecimiento explosivo del populismo extremista, que movilizó a algunos de los granjeros más pobres del país, tanto blancos como negros. Esta insurrección electoral fracasó y desapareció, sin dejar apenas rastro. En la empobrecida Italia meridional, los comunistas y los neofascistas han sido extraordinariamente fuertes [79]. Las dos transformaciones políticas más drásticas de nuestro tiempo, las revoluciones comunistas rusa y china, ocurrieron en países de una estructura social rural y tradicionalista, de un atraso casi total.

Poco se sabe, en realidad, sobre las condiciones bajo las que una zona atrasada puede transformarse, súbitamente, para pasar de uno a otro extremo del espectro político. Los estudios sobre las actitudes políticas en

[78] A. SIEGFRIED, *Tableau politique de la France de l'ouest sous la troisième république*, *op. cit.*

[79] Departamento de Estado, Sección Norteamericana de Investigación para Europa, *A Statistical Analysis of the Italian Election Results*, Washington, 1948. Ver la exposición del capítulo V sobre Italia.

el Cercano Oriente sugieren que las comunicaciones desde el exterior pueden desempeñar un papel importante, mediante la formación de descontento y la exhibición del ejemplo de una utopía norteamericana o rusa, en la que los obreros o agricultores corrientes viven bien [80]. Pero el problema del comportamiento político en las zonas atrasadas es uno de los que revisten mayor importancia y resulta más sorprendente en el mundo actual, desde el punto de vista de quienes abogan por la democracia política y social. Gran parte del «mundo libre» y particularmente de los países que limitan con la esfera soviética, está constituido, precisamente, por tales regiones.

El tradicionalismo puede facilitar la explicación del mayor conservadurismo de las mujeres, particularmente en Europa, mencionado anteriormente. Las mujeres se sienten, por lo general, más influidas por las creencias religiosas tradicionales que sostienen el orden social existente [81]. Se halló una evidencia directa de ello en las encuestas de opinión realizadas en Francia: el 47 por ciento de las mujeres manifestó que prestaba «mucha» o «alguna» atención a la posición de la Iglesia al decidir cómo votar, en comparación con sólo el 33 por ciento de los hombres [82]. El mayor conservadurismo de los obreros de pequeñas ciudades puede también reflejar los remanentes de actitudes y relaciones tradicionalistas.

El esfuerzo por dar cuenta de las variaciones en el comportamiento electoral de diversos grupos mediante el señalamiento de diversos aspectos de la estructura de clases en varias sociedades ha implicado una discusión de diversos factores, muchos de los cuales actúan simultáneamente. Es obvio que toda explicación del comportamiento de cualquier grupo implica el hecho de afrontar una norma total, y al discutir cada factor por separado se hace quizá difícil observar todas las variables que entran en juego en cada uno de los grupos, como los mineros, cuyo comportamiento fue citado en reiteradas oportunidades para ilustrar la actuación de los diferentes factores. El cuadro XI indica algunas de las formas en que se combinan los diferentes conjuntos de variables para constituir una norma dentro de los grupos separados.

Aunque parece evidente que la mayoría de los factores estructurales que determinan la elección de partido en la sociedad moderna pueden ser considerados como aspectos del sistema de estratificación, es claro que existen muchas otras variables sociales que interactúan con la clase y la política. En el próximo capítulo continúa el estudio de las condiciones del orden democrático, mediante el análisis de una de tales determinantes principales del comportamiento electoral —las variaciones de las experiencias de diferentes generaciones— y por medio del tratamiento del problema del cambio histórico de las normas de votación, con ella relacionado.

[80] DANIEL LERNER, *The Passing of Traditional Society*, The Free Press, Glencoe, 1958.

[81] H. TINGSTEN, *Political Behavior: Studies in Election Statistics*, Stockholm Economic Studies, n.° 7, P. S. King, Londres, 1937, pp. 42-45; para un resumen de los datos sobre sexo y religiosidad, ver MICHAEL ARGYLE, *op. cit.*, pp. 71-79.

[82] Instituto Francés de la Opinión Pública, «La vérité sur les pratiques et les sentiments religieux des Français», *Réalités*, 32 (1952), pp. 36-44. Ver también «La France, est-elle encore catholique?», *Sondages*, 14 (1952), n.° 4.

CUADRO XI

FACTORES EXPLICATIVOS RELATIVOS A LAS REGULARIDADES ESTADISTICAS ORIGINALES EN LA VOTACION DENTRO DE LOS GRUPOS DE BAJOS INGRESOS

CUADRO XI (CONTINUACIÓN)

	Tipo de penuria			*Condiciones coadyuvantes*			
	Inseguridad en los ingresos	*Trabajo insatisfactorio*	*Status de bajo prestigio*	*Buenas comunicac. dentro de cada clase*	*Pocas expectativas de movilidad*	*Falta de tradicionalismo*	*Voto izquierdista*
Obreros de:							
Fábricas grandes	+	+	+	+	+	+	Mayor
Fábricas pequeñas	+	−	+	−		−	Menor
Obreros de:							
Ciudades grandes				+		+	Mayor
Ciudades pequeñas				−		−	Menor
Obreros de:							
Europa				+	+		Mayor
Estados Unidos				−	−		Menor
Trabajadores manuales			+	+			Mayor
Oficinistas			−	−			Menor
Grupo minoritario			+				Mayor
Grupo mayoritario			−				Menor
Agricultores comerciantes, pescadores	+			+		+	Mayor
Mercado local, agricultores que cultivan para su autoabastecimiento	−	−				−	Menor
Mineros, leñadores	−	+		+	+	+	Mayor
Servidumbre, trabajadores domésticos				−		−	Menor
Zonas económicamente adelantadas	+					+	Mayor
Zonas atrasadas	+					−	Menor
Hombres				+		+	Mayor
Mujeres				−		−	Menor

NOTA: El signo «más» indica los factores que favorecen la votación en favor de la izquierda en las clases inferiores.

8. LAS ELECCIONES: EXPRESION DE LA LUCHA DEMOCRATICA DE CLASES. CONTINUIDAD Y CAMBIO

LAS GENERACIONES Y EL COMPORTAMIENTO POLITICO

Todas las encuestas sobre decisión electoral dan cuenta de la existencia de diferencias importantes entre las inclinaciones políticas de los diferentes grupos de edades dentro de estratos específicos, grupos educativos, religiosos o étnicos. Las diferentes edades implican variaciones en las experiencias vitales y afectan al comportamiento político izquierdista o derechista, por lo menos de dos maneras: mediante las diferencias propias de cada generación (las experiencias fundamentales de la adolescencia conforman, en ocasiones, la opinión política de todo un grupo de edad) y mediante las diferencias en las normas típicas de la experiencia social vinculadas con los diferentes grupos de edad: adolescencia, madurez y vejez. Pueden citarse muchas de tales variaciones, más o menos significativas. Para las clases medias, por ejemplo, la edad se halla sumamente correlacionada con la carrera. Es decir, que cuanto mayor sea una persona (hasta cierta edad) será tanto más probable que su posición socioeconómica se haya elevado. La edad puede también reflejar otras variaciones de *status*, tal como el de constituir el principal sostén de la familia o uno accesorio, y puede relacionarse con la pertenencia a diferentes tipos de grupos o a una posición más insegura en la estructura económica [1].

Algunos sociólogos de la Alemania prehitleriana sugirieron que debía agregarse el concepto de «generación» a tales categorías estructurales como clase o grupo étnico para explicar el comportamiento político [2]. Argumentaban que, del mismo modo que las actitudes de los hombres difieren como consecuencia de hallarse en diferentes posiciones en la jerarquía de la estratificación, también difieren las personas como resultado de su

[1] Para una discusión general de las diferencias de edad, ver ROBERT E. LANE, *Political Life*, The Free Press, Glencoe, 1959, pp. 216-219, y HERBERT H. HYMAN, *Political Socialization*, The Free Press, Glencoe, 1959, *passim*. Esta última obra constituye la mejor discusión norteamericana sobre la formación de las generaciones en política.

[2] K. MANNHEIM, «The Sociological Problem of Generations», en P. KECSKEMETI (ed.), *Essays on the Sociology of Knowledge*, Oxford University Press, Nueva York, 1952, pp. 276-322; R. BEHRENDT, «Die öffentliche Meinung und das Generationsproblem», *Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie*, 11 (1932), pp. 290-309; SIGMUND NEUMANN, «The Conflict of Generations in Contemporary Europe», *Vital Speeches*, 5 (1939), pp. 623-628; SIGMUND NEUMANN, *Permanent Revolution*, Harper & Bros, Nueva York; RUDOLF HEBERLE, *Social Movements*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1951, cap. 6.

pertenencia a diferentes generaciones. Karl Mannheim, destacado exponente de este concepto, hacía notar que las experiencias comunes en un punto dado —mayormente, según su opinión, hacia el fin de la adolescencia— forman un marco de referencia común, dentro del cual la gente que pertenece al mismo grupo de edad tiende a enfocar sus experiencias políticas subsiguientes.

Ello sugiere que el marco de referencia político, en cuyos términos se comienza a considerar seriamente la política, puede conservar su fuerza por el resto de la vida. De este modo, afirman Mannheim y otros, para comprender los valores básicos subyacentes en el enfoque de los grupos de mediana edad que dominan la vida política de cualquier sociedad dada, se debe retroceder y examinar el panorama y los problemas políticos que existieron durante su juventud.

Este enfoque del medio político específico del final de la adolescencia constituye, en realidad, una contrapartida sociológica del problema psicológico del ciclo de la vida. El psicólogo Edward Spranger reconoció este problema, y comenzó su exposición sobre la política del adolescente señalando que «la posición política de la juventud varía con las circunstancias históricas específicas» [3].

No se registró, lamentablemente, ningún intento de estudiar sistemáticamente el efecto de las experiencias de una generación mediante las técnicas modernas de investigación por encuestas. Un estudioso prehitleriano de la sociedad alemana, Arthur Dix, estableció realmente, en forma tabulada, los tipos de datos que serían necesarios para tal investigación. Separó al electorado alemán de 1930 en grupos de edad y presentó los datos correspondientes a cada grupo en el panorama político en que se desenvolvía la primera elección en que participaban. De estos datos, realizó inferencias relativas al papel que estos acontecimientos anteriores desempeñaron en los sucesos políticos de la década de 1930 [4]. Además, la composición por edad y las experiencias sobre la vida de los miembros de los Partidos Nazi y Socialista dadas a conocer en esa época, tendían a confirmar algunas de las hipótesis sobre el papel de las diferentes generaciones en la sociedad alemana [5].

Algunos estudios norteamericanos ilustran también la utilidad del concepto de generación. En un estudio del comportamiento electoral de los negros de Harlem en 1944, el sociólogo John Morsell comprobó que el 82 por ciento de los negros menores de 44 años votó por Roosevelt, en comparación con el 59 por ciento de los mayores de esa edad. Muchos de los negros de más edad podían seguir reaccionando contra la imagen del Partido Republicano como partido de Lincoln [6].

[3] EDWARD SPRANGER, *Psychologie des Jugendalters*, Quelle und Meyer, Leipzig, 1925, p. 212.

[4] ARTHUR DIX, *Die Deutschen Reichstagswahlen, 1871-1930, und die Wandlungen der Volkgliederung*, J. B. C. Mohr (Paul Siebeck), Tubinga, 1930, pp. 34-35.

[5] HANS GERTH, «The Nazi Party: Its Leadership and Composition», *American Journal of Sociology*, 55 (1940), pp. 530-541.

[6] JOHN MORSELL, *The Political Behavior of Negroes in New York City*, tesis inédita de doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología, Universidad de Columbia, 1951.

Los estudios basados en entrevistas sucesivas, sobre las elecciones de 1940, 1944 y 1948, demostraron que los católicos más jóvenes eran más partidarios de votar por los republicanos que su generación anterior, mientras que los jóvenes protestantes eran más propensos que los mayores a ser demócratas [7]. Estas diferencias podrían reflejar una neta rebelión contra la tradición, pero constituyen, probablemente, otro de los resultados de las experiencias de las diversas generaciones. Los católicos y protestantes mayores pueden haber seguido reaccionando contra la situación electoral anterior a la crisis, cuando la religión era más importante que la clase en la formación de una predisposición política. Sin embargo, los votantes más jóvenes modelaron sus creencias políticas en las décadas de 1930 y 1940, cuando la clase se hizo más importante. La evidente contradicción entre padres e hijos parece constituir, por lo tanto, un producto de la transformación de los jóvenes católicos de la clase media en republicanos y de los jóvenes protestantes de la clase trabajadora en demócratas. Estos cambios indican que las inclinaciones familiares tradicionales se ven afectadas por otros *status* y experiencias.

Los estudios de las elecciones de 1948 y 1952 indican que la nueva generación política es más republicana que la que inmediatamente le precedió. En Elmira, Nueva York, en 1948, sólo el 38 por ciento de los trabajadores asalariados de veintiuno a veinticuatro años votó por Truman, en comparación con el 54 por ciento de los de veinticinco a treinta y cuatro años [8]; el organizador de la encuesta Louis Harris, utilizando datos provenientes de una encuesta nacional, expuso que el 44 por ciento del grupo de veintiuno a veinticuatro años de edad se manifestó en favor de Eisenhower en 1952, en comparación con el 38 por ciento del grupo de veinticinco a treinta y cuatro años.

Estas diferencias pueden constituir el resultado de una situación en la que las personas que alcanzaron la mayoría de edad durante la crisis o la guerra forman vínculos demócratas; mientras que quienes conocen estos acontecimientos sólo como historia, y que emitieron su primer voto en un período de prosperidad, se volvieron hacia el Partido Republicano. Si, en realidad, las generaciones tienden a votar en favor de la izquierda o la derecha, según el grupo que gozaba de ascendencia cuando alcanzaron la mayoría de edad, puede resultar entonces necesario reconsiderar la idea popular de que el conservadurismo se asocia con el aumento de la edad. La prueba empírica de esta creencia fue recogida durante períodos de tremenda inestabilidad social —las décadas de 1930 y 1940—, cuando la juventud se volcaba hacia la izquierda, mientras sus mayores tendían a mantener las creencias más conservadoras de su juventud. Si una sociedad debe desplazarse de una prolongada inestabilidad hacia la estabilidad,

[7] PAUL F. LAZARSFELD, BERNARD BERELSON y HAZEL GAUDET, *The People's Choice*, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1944, p. 24; BERNARD BERELSON, PAUL F. LAZARSFELD y WILLIAM MCPHEE, *Voting*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, p. 70; S. J. KORCHIN, *Psychological Variables in the Behavior of Voters*, tesis inédita de doctorado en Filosofía, Departamento de Relaciones Sociales, Universidad de Harvard, 1946.

[8] B. BERELSON, P. LAZARSFELD y W. MCPHEE, *op. cit.*, p. 96; L. HARRIS, *Is There a Republican Majority?*, Harper & Bros., Nueva York, 1954, p. 218.

puede muy bien ser que la gente de más edad conserve las ideas izquierdistas de su juventud y que las generaciones más jóvenes adopten las filosofías conservadoras.

Se asocia a menudo el aumento de la edad con un mejoramiento en los ingresos o en el *status*. La gente contrae matrimonio, cambia de residencia, de trabajo, y forma nuevas asociaciones. Parecería obvio que tales cambios en la posición social se relacionen con la formación de la opinión y con el comportamiento político. Lamentablemente, las encuestas de opinión pública rara vez recogen abundante información sobre las variaciones de la experiencia pasada de los individuos. Los estudios sobre la movilidad en el trabajo indican que mucha gente posee una historia laboral extremadamente variada. Los trabajadores manuales mayores de treinta y un años, según una de tales encuestas, pasaron el 20 por ciento de su historia laboral en trabajos no manuales, mientras que quienes desempeñaban trabajos no manuales indicaron que alrededor del 25 por ciento de sus antecedentes laborales transcurrieron en ocupaciones manuales [9]. Estos estudios no se ocupaban de política, pero la investigación norteamericana consideró realmente la pertenencia a un sindicato obrero, y la actividad dentro de éste, lo que generalmente se relaciona con la política. Se puso de manifiesto que cuanto mayor era la proporción de su carrera que un trabajador manual empleado en la actualidad había pasado en esa categoría, era tanto más probable que se mostrara como miembro activo de su sindicato y, suponemos, como demócrata.

Otros cambios en la opinión política relacionados con el aumento de la edad se deben a los requerimientos de la vida familiar. Los padres irreligiosos tienen tendencia a experimentar la necesidad de enviar a sus hijos a la escuela dominical y, en ese proceso, a reintegrarse ellos mismos a la comunidad religiosa, generalmente más conservadora. Para los padres pertenecientes a la clase media, o a la clase trabajadora bien remunerada, los hijos constituyen una de las principales razones de traslado a las zonas periféricas. La preocupación por su bienestar también puede acarrear efectos psicológicos más sutiles, haciendo que un padre tome conciencia, a menudo por vez primera, de las funciones positivas de los mecanismos de autoridad dentro de una sociedad.

Los hijos pueden también cooperar en la restricción de cualquier propensión a un comportamiento descarriado de parte de sus padres. Nadie es más «conservador» o conformista que un niño pequeño. Pero la manera en que éste puede forzar a sus padres a cambiar ha sido ignorada por la mayor parte de los que han estudiado la familia.

Esta regla sólo fue explícitamente reconocida en la literatura que trata de la relación entre los padres inmigrantes y sus hijos norteamericanos [10].

[9] S. M. LIPSET y R. BENDIX, *Social Mobility in Industrial Society*, University of California Press, Berkeley, 1959, p. 166. Esta obra da a conocer también otros estudios norteamericanos, así como encuestas en cierto número de Estados europeos y asiáticos.

[10] O. HANDLIN, *The Uprooted-The Epic Story of the Great Migrations that Made the American People*, Little, Brown, Boston, 1952; R. E. PARK y H. A. MILLER, *Old World Traits Transplanted*, Harper & Bros., Nueva York, 1927.

Tales estudios llamaron la atención sobre el papel de los hijos en la «norteamericanización» de sus padres (al cambiar sus actitudes y valores). Los liberales del norte que se trasladan al sur constituyen otro ejemplo de un proceso que tiene lugar continuamente. El hijo a quien sus padres le dicen que los negros son iguales a los blancos se halla expuesto al castigo de los otros miembros de su propio grupo. Si se adapta a las normas del grupo de sus iguales, es castigado en su hogar. Es indudable que muchos padres encuentran más sencillo adaptarse a los valores sociales o políticos de la comunidad que exponer continuamente a sus hijos al castigo. Probablemente se manifiestan procesos similares, de maneras menos evidentes, siempre que personas con hijos van de un medio político a otro.

Otra de las indicaciones sobre la forma en que la posición social cambiante, correlacionada con el aumento de edad, puede afectar a las actitudes nos es suministrada por los sociólogos Mark Benney y Phyllis Geiss, quienes demuestran que la preocupación por el *status* social se acentúa con la edad [11]. A medida que la gente se hace mayor, se torna más propensa a considerarse a sí misma como clase media más bien que como clase trabajadora, y esta mayor preocupación por la posición de *status* puede también hallarse reflejada en las opiniones políticas.

El gran aumento de la proporción de gente de edad avanzada en la población condujo a los expertos de varias disciplinas a analizar el efecto que causa en la sociedad la población que envejece [12]. La fuerza política de los ancianos se hace ya evidente en el número creciente de medidas de bienestar público que proporcionan pensiones a las personas jubiladas.

Tienen lugar por lo menos dos procesos paralelos que pueden afectar al comportamiento político de los ancianos. Por un lado, como lo indicamos anteriormente, la gente es propensa a conservar las perspectivas e inclinaciones de su juventud. De tal modo, en la actualidad, una población de más edad frenaría, probablemente, los cambios políticos. Por otra parte, los ancianos, en la sociedad industrial moderna, constituyen mayormente un grupo que se halla en una posición desventajosa; no tienen ningún papel útil que desempeñar, como el que tuvieron en las sociedades rurales, ni son bien tolerados por las familias, ni se hallan bien integrados en ellas. Como grupo, por lo tanto, se encuentran especialmente dependientes del Estado. Además, debido a la rigidez de los ingresos fijos procedentes de pensiones o ahorros, se hallan más expuestos a los efectos de la inflación que quienes poseen mayores posibilidades de comerciar. Es probable que las crisis afecten en mucha mayor proporción a los ancianos, puesto que el número de empleos a su alcance, ya sea por algunas horas

[11] Mark Benney y Phyllis Geiss, «Social Class and Politics in Greenwich», *British Journal of Sociology*, 1 (1950), pp. 310-327.

[12] K. Davis y J. W. Combs, Jr., «The Sociology of an Aging Population», en New York Academy of Medicine, *The Social and Biological Challenge of Our Aging Population*, Columbia University Press, Nueva York, 1950, pp. 146-170; O. Pollak, «Conservatism in Later Maturity and Old Age», *American Sociological Review*, 8 (1943), pp. 174-179; L. H. Fisher, «The Politics of Age», en M. Derber (ed.), *The Aged and Society*, Industrial Relations Research Association, Champaign, 1950, pp. 157-167.

o por jornada entera, se reduce aún más que para el total de la población, y las contribuciones de los parientes también tienden a disminuir.

Tales condiciones pueden realmente conducir a la posición extremista de una parte de la población anciana, aunque su aislamiento y sus posibilidades de comunicación, relativamente pobres, restringen su efectividad política. Como grupo desposeído, dependiente del apoyo del Estado, puede encontrar que sólo los partidos izquierdistas abogan por la extensión de las medidas estatales de bienestar. El desarrollo de los movimientos de masa de los ancianos, como el Plan Townsend, constituye una indicación de la propensión de las personas de edad a luchar por la redistribución de los ingresos [13]; y los movimientos en pro de una jubilación en los Estados Unidos han mostrado una tendencia a identificarse con los movimientos extremistas o a cooperar con ellos. Durante la década de 1930, por ejemplo, los townsendistas colaboraron con algunos grupos semifascistas, en tanto que los comunistas lograron ganarse algunos grupos de ancianos de la costa Oeste. En Canadá, algunas de las organizaciones de jubilados cooperaron con el C.C.F., partido socialista. Samuel Pratt sugiere que las personas de más edad que vivían en pequeñas comunidades en Alemania tendían a orientarse hacia el nazismo [14]. En Holanda, los datos sobre la opinión pública indican que los comunistas logran más éxito que los socialistas en atraerse el apoyo de los obreros retirados [15]. En Gran Bretaña y Dinamarca los datos disponibles son algo contradictorios, lo que sugiere que la edad en sí no constituye un elemento principal de diferenciación en estos países [16]. Por otra parte, los datos actuales norteamericanos, alemanes, suecos, italianos y franceses sugieren que los ancianos en estos cinco países son sumamente conservadores [17]

ANTECEDENTES HISTORICOS DE LAS NORMAS DEL COMPORTAMIENTO ELECTORAL

Puesto que la votación es un acontecimiento recurrente y periódico en la vida de los individuos y los grupos sociales, debemos considerarla a lo largo de períodos de tiempo más considerables, extendiendo nuestra pers-

[13] H. Cantrill, *The Psychology of Social Movements*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1941, p. 192; para una exposición del poderoso movimiento de ancianos durante el período de prosperidad de posguerra ver Frank A. Pinner, Paul Jacobs y Philip Selznick, *Old Age and Political Behavior: A Case Study*, University of California Press, Berkeley, 1959.

[14] Samuel A. Pratt, *The Social Basis of Nazism and Communism in Urban Germany*, tesis inédita de *Magister Artium*, Departamento de Sociología, Universidad del Estado de Michigan, 1948.

[15] Wiardi Beckman Institute, *Verkiezingen in Nederland*, mimeografiado, Amsterdam, 1951; J. J. de Jong, *Overheid en Onderdaan*, N. V. Gebr. Zomer y Keunings Uitgeversmij, Wageningen, 1956, p. 105.

[16] H. G. Nicholas, *The British General Election of 1950*, p. 303; De Jong, *op. cit.*, pp. 81, 92-93.

[17] L. Harris, *op. cit.*, p. 173; F.I.P.O. (Instituto Francés de la Opinión Pública), «La vérité sur les pratiques et les sentiments religieux des Français», *Réalités*, 82 (1952), pp. 36-44; ver también «La France est-elle encore catholique?», *Sondages*, 14 (1952), n.º 4; De Jong, *op. cit.*, pp. 98, 109, 114 y 119.

pectiva más allá de las relaciones estáticas entre las posiciones sociales, y de los acontecimientos inmediatos de una elección. Como lo expresó Joseph Schumpeter:

> Ninguna década en la historia de la política, la religión, la tecnología, la pintura, la poesía y de todo otro orden contiene nunca su propia explicación. Para comprender los acontecimientos [de varios períodos dados...] debe inspeccionarse un período de una extensión mucho mayor. El no hacerlo constituye el sello del diletantismo [18]

Al considerar que entre 1896 y 1932 más del 70 por ciento de todos los condados norteamericanos no modificaron la mayor parte de su forma de votación presidencial de una elección a la siguiente, se puede observar la necesidad de incluir una dimensión histórica. Incluso en una elección como la de 1932, sólo el 58 por ciento modificó su inclinación política de cuatro años antes. Y en todo ese período, sólo cinco condados se manifestaron en favor de partidos diferentes en todas las elecciones, menos una [19]. Es evidentemente imposible explicar por qué áreas o grupos dados apoyan a partidos específicos, sólo mediante el conocimiento de las correlaciones sociales vinculadas con tendencias políticas diferentes, hecho señalado por los dos estudios más importantes, basados en entrevistas sucesivas, acerca de la conducta electoral norteamericana. Ambas fueron llevadas a efecto en ciudades separadas, y las dos revelan relaciones relativamente similares entre la estructura de la votación y la social. En cada una de ellas, los más acomodados se mostraban más republicanos. El primero de estos estudios, que tuvo lugar en Sandusky, Ohio, dio a conocer la existencia de una comunidad preponderantemente demócrata, mientras que el segundo, de Elmira, Nueva York, reveló que se trataba de una ciudad predominantemente republicana [20]. La única forma de explicar por qué diferían estas ciudades es apelando a sus diferentes historias.

Los estudiosos de las ciencias políticas V. O. Key, Jr., y Frank Munger siguieron desarrollando este punto en un estudio de las «oscilaciones políticas» en Indiana. Puesto que las características sociales de los votantes, tratadas en la mayoría de las investigaciones electorales del tipo de las encuestas no dan cuenta de gran parte de las variaciones en la preferencia política, los autores argumentan que al destacar demasiado los determinantes sociales de la decisión electoral se puede «eliminar la política del comportamiento político». Key y Munger revelan la existencia de una elevada correlación entre las votaciones de los condados en Indiana entre los años 1868 y 1900, y entre 1920 y 1948, a pesar de los importantes cambios sociales que tuvieron lugar en estos períodos. Sugieren que: «La gran persistencia de las normas de afiliación a los partidos del condado, a pesar

[18] JOSEPH SCHUMPETER, «The Decade of the Twenties», *American Economic Review Supplement*, 36 (1946), pp. 1-10.
[19] RALPH y MILDRED FLETCHER, «Consistency in Party Voting, 1896-1932», *Social Forces*, 15 (1936), pp. 281-282.
[20] Se da a conocer el estudio realizado en Sandusky en P. F. LAZARSFELD, B. BERELSON y H. GAUDET, *op. cit.*; el estudio de Elmira se encuentra en B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. MCPHEE, *op. cit.*

de las modificaciones del interés, y de la desaparición de las causas originadas de esa norma, y la existencia de contrastes en las pautas de afiliación en condados esencialmente similares, apuntan a un agrupamiento "político", independiente, al menos hasta cierto grado, de los otros agrupamientos sociales» [21]. De esta manera, la identificación partidaria tradicional actúa, hasta cierto punto, como la religión o la clase, como un determinante de la votación.

La contribución más importante de estos autores consiste, quizá, en su insistencia sobre la necesidad de estudiar la intervención diferencial de las características sociales en diferentes períodos de tiempo. Sugieren que éstas sólo adquieren una mayor significación política en el contexto de un análisis de las alternativas políticas específicas. Este tipo de análisis puede ayudarnos a explicar fenómenos tales como la significación política diferencial de la clase y la religión, para las generaciones anteriores y posteriores al New Deal, en las que la primera se beneficia a expensas de la segunda [22].

La prolongada continuidad de la adhesión a grupos políticos, a pesar de las modificaciones de los acontecimientos, o del papel de los diferentes partidos, requiere un estudio de las condiciones subyacentes en la existencia de la concordancia o la variación [23]. Durante un cierto período de tiempo, ya sea la estructura social de una zona, la posición social de un grupo o el papel de un partido, puede permanecer constante o variar. Cuando existe una relación consecuente entre la posición de un grupo y la de un partido, la adhesión a este último no requiere ninguna explicación. Pero cuando un grupo continúa apoyando a un partido después de que éste haya cambiado de programa, o de que el grupo haya modificado su posición dentro de la estructura social, la situación requiere un análisis.

En determinadas situaciones, las inclinaciones políticas pueden reforzar las instituciones y los sentimientos vinculados con una estructura social dada, que, de otra forma, podría perder su significación e importancia. Por ejemplo, la continua y prolongada adhesión de un grupo étnico de la clase inferior al Partido Demócrata puede parecer, superficialmente, la misma que el apoyo otorgado al Partido Republicano, desde la Guerra Civil, por los agricultores pobres de las sierras o las montañas de algunas partes del Sur [24]. El primero de los ejemplos representa, sin embargo, un

[21] V. O. KEY, Jr. y FRANK MUNGER, «Social Determinism and Electoral Decision: The Case of Indiana», en E. BURDICK y A. J. BRODBECK, *American Political Behavior*, The Free Press, Glencoe, 1959, pp. 281-299. Se presenta el análisis de las diferencias en las modificaciones de las actitudes políticas entre 1952 y 1956, época en que tuvieron lugar pocos cambios en las características sociales de los votantes, pero en la que se registró un cambio de casi todos los grupos sociales hacia los republicanos, en un reanálisis de los datos recogidos por el Centro de Investigaciones por Encuestas de Michigan. Ver DONALD E. STOKES, ANGUS CAMPBELL y WARREN E. MILLER, «Components of Electoral Decision», *American Political Science Review*, 62 (1958), pp. 367-388.
[22] Ver cap. 9, para una discusión de este fenómeno.
[23] Para las discusiones de las continuidades, ver V. O. KEY, Jr., *Southern Politics in State and Nation*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1949; R. y M. FLETCHER, *op. cit.*, pp. 281-285, y F. GOGUEL, «Géographie des élections françaises de 1870 à 1951», *Cahiers de la fondation nationale des sciences politiques*, n.º 27, Librairie Armand Colin, París, 1951.
[24] V. O. KEY, Jr., *op. cit.*, pp. 280-285; ALEXANDER HEARD, *A Two-Party South*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1952, pp. 40-45.

caso en que un grupo de la clase inferior continúa apoyando al partido del «desposeído». El caso republicano sureño, por otra parte, parece constituir una adhesión pasada de moda o «ilógica»; los pobres agricultores montañeses apoyaron originalmente a los antecesores directos de los republicanos, los liberales, debido a que representaban al partido que luchaba por mejoras internas, por ejemplo, buenas carreteras; luego respaldaron a los republicanos como al partido unionista, pero continuaron apoyándolos mucho después de que tales causas hubieran desaparecido, y que las diferencias económicas hubieran vuelto a establecerse como la base principal de la separación [25]. Los problemas presentados por estos dos tipos de continuidades son extremadamente diferentes.

La continuidad de la adhesión, a pesar de la modificación de la estructura social de una zona, puede simplemente representar un «retraso político», y el fracaso del partido tradicional de la oposición para advertir que el potencial político de la región se ha modificado. En 1948, por ejemplo, los demócratas de New Hampshire se lamentaban de que ningún dirigente importante de la campaña de su partido acudía a ese Estado, y que se les suministraba poco dinero para fines de organización. Sin embargo, New Hampshire es actualmente uno de los Estados más industrializados de la Unión, y cuenta también con una gran población católica [26].

Entre los que podrían denominarse los factores «estructurales» que se encuentran tras muchas continuidades aparentemente «ilógicas», se halla el hecho de que el partido político dominante en una zona dada llega a ser reconocido como único vehículo legítimo y socialmente aprobado de acción política. En algunas regiones el Partido Republicano, o el Demócrata, era originalmente el de un enemigo militar y suscita aún ecos de ilegitimidad, o de una amenaza a la comunidad. Los católicos franceses recuerdan que los partidos izquierdistas se manifestaban originalmente como violentos opositores del catolicismo, y que el apoyo a un partido de oposición implica el ser identificado como enemigo de la comunidad. Con el transcurso del tiempo, el motivo original para el rechazo de estas alternativas de acción política puede desaparecer, pero se hace extremadamente difícil el cambio de la inclinación política si la oposición a un partido se produce sólo después de que un grupo o una zona lo ha apoyado durante cierta cantidad de generaciones. Para entonces, las inclinaciones políticas tradicionales se hallan tan entretejidas con otras instituciones —la Iglesia, la familia— que su modificación implica, con frecuencia, también el cambio de otras estructuras institucionales.

[25] Para una discusión más detallada ver cap. 9, p. 253.

[26] Para una exposición sobre por qué los demócratas de New Hampshire parecen no poder ganar las elecciones, a pesar de los sufragios relativamente altos, y de las características urbanas, industriales y étnicas favorables, ver DUANE LOCKARD, *New England State Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1959, pp. 62-65. Lockard atribuye principalmente este fracaso a las luchas entre los grupos étnicos y a la incapacidad de los líderes demócratas de organizarse de manera efectiva, por interesarse más en mostrarse productores. Ambos factores pueden ser considerados como escuelas de un período de *status* de partidos minoritarios, que forma parte del atraso político de dirigentes incapaces de modificar su visión del partido.

Tal integración de un partido con las otras secciones de la estructura social implica que un individuo que apoye al partido minoritario debe aceptar el papel de disconforme social. El estudioso de las ciencias políticas Alexander Heard revela que, en las pequeñas localidades y ciudades sureñas, muchos hombres de negocios que se hicieron abiertamente republicanos fueron aislados socialmente y arruinados financieramente. Señala también que, en la mayoría de los condados del sur, una persona que posea serias ambiciones políticas puede esperar la normal consecución de las mismas sólo en el caso de actuar dentro de la estructura política legítima del partido único [27]. Ello asegura un monopolio de la inteligencia por parte del partido dominante.

En esa situación, se desarrolla un ciclo político que continúa perpetuándose, en el que la exisgencia de un legítimo monopolio político fuerza a la gente a actuar dentro de ese marco con el fin de lograr reformas, y al actuar dentro de él, su seguridad se refuerza.

La definición por parte de la comunidad de una cierta vía de acción política como la única legítima, limita también el marco de referencia dentro del cual puede presentarse la política. El anciano senador La Follette señaló este hecho, al explicar por qué no rompía con el Partido Republicano, diciendo: «La gente me escuchará porque soy republicano» [28]. En Dakota del Norte, el fundador socialista de la Liga de los No Afiliados, A. C. Townley, tomó la sensata decisión de ingresar en el Partido Republicano, debido a que creía que los agricultores del Estado sólo aceptarían la política si ésta se presentaba bajo el sello republicano [29]. Los líderes de la oposición que actúen dentro del partido dominante pueden, de este modo, colaborar en el mantenimiento de la legitimidad de la adhesión a un partido tradicional, al darle un nuevo contenido.

Los sistemas políticos se hallan vinculados, en las diferentes sociedades, con sistemas étnicos, religiosos, de casta o económicos regionales. Su perpetuación puede parecer contradictoria respecto de una de las necesidades, tal como la económica, pero de fundamental importancia con relación a las otras. Por ejemplo, un partido puede ser considerado como el de los católigos inmigrantes, mientras que otro constituye el partido de los anglosajones. En Massachussets era casi imposible para una persona

[27] A. HEARD, *op. cit.*, pp. 74-75. V. O. Key, Jr. demostró que «el grado en que los nombramientos de un partido son impugnados en lo fundamental por dos o más aspirantes, depende, en gran medida, de las posibilidades de éxito que el nombrado posea para la elección general. Los nombramientos no impugnados para los puestos legislativos constituyen casi la regla general en aquellos distritos en los que la causa de un partido parece perdida, mientras que son impugnados un gran número de nombramientos en distritos relativamente seguros». *American State Politics: an Introduction*, Alfred Knopf, Nueva York, 1956, p. 172. W. H. STANDING y J. A. ROBINSON establecieron criterios detallados de los distritos electorales «seguros» y los «competitivos» y confirman las observaciones de Key. Hallaron que, en general, figura un aspirante más (2,31) en las elecciones preliminares del partido dominante que en las del secundario (1,39). «Inter-Party Competition and Primary Contesting: The Case of Indiana», *American Political Science Review*, 52 (1958), pp. 1066-1077.

[28] E. N. DOAN, *The La Follettes and the Wisconsin Idea*, Rinehart, Nueva York, 1947, p. 6.

[29] H. G. GASTÓN, *The Non-Partisans League*, Henry Holt, Nueva York, 1940; A. A. BRUCE, *The Non-Partisan League*, Macmillan, Nueva York, 1921.

de origen irlandés o judío lograr una posición dentro del Partido Republicano. *The Economist*, de Londres, al discutir las prácticas británicas contemporáneas para la selección de los candidatos parlamentarios, informa que «el director del ejecutivo nacional del Partido Laborista, el año pasado, fue excluido de la consideración para la obtención de un escaño debido a que no era un católico romano. A pesar de Disraeli, es todavía difícil obtener un escaño conservador si se es judío [...]» [30]. La división tradicional entre la derecha y la izquierda en Francia, como hemos visto, se relaciona también con la afiliación religiosa. Los hombres de negocios conservadores franceses seglares, anticlericales o protestantes, no votarán por un partido conservador clerical, y los extremistas religiosos católicos no otorgarán su voto a un partido extremista antirreligioso. Esta aparente irracionalidad puede en realidad constituir, si se considera la política ya sea en términos de los intereses económicos o de liberalismo-conservadurismo, una expresión de la mayor importancia que un grupo y sus miembros adjudican a otros valores o tensiones [31].

Un factor algo similar lo constituye el conflicto entre las zonas geográficas, o la separación entre el campo y la ciudad. Gran parte de la política interna de los Estados norteamericanos implica un distanciamiento entre las grandes ciudades y el resto del Estado. Esta clase de separación de intereses limita la aparición de cuestiones nacionales como fuente de división [32].

El sistema electoral de los Estados Unidos facilitó el mantenimiento de las continuidades, punto que se halla desarrollado en el próximo capítulo. Permite que las nuevas tensiones introducidas por los cambios de la estructura social se reflejen dentro del partido dominante, más bien que mediante el apoyo al partido de la oposición. La consagración a la política de facciones dentro de un mismo partido ayuda, en consecuencia, a llevar adelante la fórmula electoral. Poco sabemos, sin embargo, sobre la manera en que los votantes concilian las tensiones consistentes en votar por una facción extremista en los comicios locales, y manifestarse en favor de un partido conservador en las elecciones nacionales, como ocurre en Dakota del Norte y en otros Estados.

Tras estos factores «estructurales» se hallan otros subyacentes, de carácter más psicológico, que ayudan a explicar las continuidades históricas de las pautas de votación. Sólo ocurre un rompimiento brusco con la adhesión política o la continuidad tradicionales, por parte de un grupo, cuando se percibe que alguna experiencia afecta claramente los intereses de éste, y requiere una nueva orientación política. La necesaria ambigüedad de la política democrática, especialmente en los países con sistema bipartidario, impide que se presente con frecuencia este brusco desafío a

[30] «How to Get Chosen: An Elementary Guide to Becoming a Member of Parliament», *The Economist*, 191 (2 de mayo de 1959), p. 405.

[31] ANDRÉ SIGFRIED, «Géographie électorale de l'Ardèche sous la troisième république», *Cahiers de la fondation nationale des sciences politiques*, n.º 9, Librairie Armand Colin, París, 1949.

[32] HAROLD F. GOSNELL, *Grass Roots Politics: National Voting Behavior of Typical States*, American Council on Public Affaires, Washington, 1942, *passim*.

una pauta electoral institucionalizada. Si consideramos las diferentes clases de elecciones en los Estados Unidos, veremos que las que presentan una neta e importante variación de la política, fácilmente comprensible y de fundamentales consecuencias para un gran número de votantes, como las de 1896 y 1936, constituyen más bien la excepción que la regla general. Ambos partidos, en una elección de sistema bipartidario, tratan de apelar a casi todos los grupos de votantes, y la mayoría, especialmente a los que cuentan con alguna tradición de lealtad partidaria. Dado un estímulo ambiguo y complejo, sin alternativas claras, muchos de los votantes vuelven a caer en viejas inclinaciones y antiguos hábitos que se refuerzan, por lo común, con las relaciones sociales actuales.

Un factor adicional que intensifica el efecto de la ambigüedad, aunque ésta puede en parte emanar de él, es el hecho de que una abrumadora mayoría de los votantes de las democracias más estables son relativamente indiferentes a la política, en condiciones normales. La mayoría de los estudios reveló que sólo del 20 al 40 por ciento del electorado afirma tomarse a pecho la política o creer que puede influir sobre el gobierno, o tomar parte activa en las discusiones políticas. Es aún más probable que la «mayoría indiferente» reaccione en términos de la norma del grupo existente. Cuando tienen lugar cambios en la votación, este extenso grupo tenderá a demorar su efecto, puesto que los estímulos políticos que determinan las modificaciones les afectan menos. Por ejemplo, los católicos norteamericanos que en la década de 1940 votaban aún según las divisiones religiosas de la década del 20, más bien que según las diferencias de clase de la época, eran los que se hallaban menos implicados o interesados en la política [33].

El problema de analizar el cambio de las inclinaciones políticas es similar al de la continuidad. La mayoría de las explicaciones de este cambio por parte de un grupo afirma que un partido ya no representa las necesidades de un grupo específico, y que por eso éste modifica su actitud; o que la posición y las necesidades de un grupo han cambiado y que él modifica, por este motivo, sus inclinaciones políticas [34]. Dado el hecho de que existen muchas situaciones en las que estas normas se manifiestan, pero no tiene lugar ningún cambio, se hace evidente que tales análisis deben incluir el hecho de que las adhesiones políticas no poseen solamente una «vida propia», y que éstas pueden persistir por largo tiempo, después que ha desaparecido su base racional, sino también que un grupo puede verse separado de su partido tradicional por tácticas políticas, atractivos nuevos, un candidato interesante y otros métodos que no guardan relación con la

[33] B. BERELSON, P. F. LAZARSFELD y W. MCPHEE, *op. cit.*, pp. 69-70.

[34] Existe una curiosa discrepancia entre el análisis del cambio electoral por parte de los grupos y de los individuos. Al tratar con grupos, los estudiosos de las ciencias políticas explican las modificaciones como reacciones racionales ante nuevas situaciones o factores. En el nivel individual, los sociólogos y los psicólogos sociales analizan el cambio en términos de presiones de grupo que actúan sobre el individuo, o como una respuesta a las necesidades personales, algunas racionales, pero muchas de ellas latentes o inconscientes. Existe, hasta ahora, poca integración teórica entre estas modalidades de análisis contrastantes.

estructura social y la correspondencia, que normalmente esperamos, entre el programa partidista y el apoyo de grupo.

Aun contando con tales antecedentes, sin embargo, los cambios prolongados de la posición social de un grupo pueden correlacionarse, generalmente, con las modificaciones en su naturaleza política (izquierdista o derechista), aunque no fuera inmediata o directamente. Puede sugerirse, por ejemplo, que los gobiernos izquierdistas o reformistas inician un proceso de autodestrucción al integrar, dentro de la estructura nacional, a los grupos desposeídos. Al ceder a las demandas de los desposeídos, los movimientos reformistas pueden lograr el cambio de algunos de ellos a las filas conservadoras. Hemos discutido esta tesis en otra oportunidad con el fin de explicar el flujo y reflujo del extremismo agrario:

> Los agricultores neozelandeses apoyaban la política de mantenimiento de los precios del Partido Laborista, durante lo más profundo de la crisis de 1935, cuando los precios amenazaban su seguridad. Cuando finalizó la crisis, sin embargo, los distritos rurales se volvieron contra el programa de planificación del Partido Laborista, que abogaba por precios máximos, así como mínimos, y aumentaba los ingresos de los grupos más pobres. En los Estados Unidos, el presidente Roosevelt estableció el mantenimiento de la paridad de tos precios y el seguro sobre la cosecha, exigidos por los agricultores organizados. Al obrar de esta manera, sin embargo, perdió el apoyo de las zonas rurales, incluso la del cinturón triguero, extremista en otros tiempos. En Rusia, los bolcheviques perdieron el respaldo de los campesinos luego de otorgarles el título de propiedad de la tierra [35].

El hecho de que los negros de los Estados Unidos y los trabajadores más pobres de Gran Bretaña hayan demostrado últimamente su resistencia a las tendencias conservadoras que afectaron a la mayoría de los otros estratos en un período de gran prosperidad, puede constituir un indicio de que el mejoramiento de su posición no ha sido suficiente para modificar su percepción de la situación y de que permanecen insatisfechos, mientras que otros sectores de los estratos inferiores fueron suficientemente beneficiados como para decidirse a romper con la tradición [36]. Los conservadores que se encuentran en el poder se hallan sujetos, de manera similar, a la inestabilidad propia del apoyo con que cuentan, a causa de su resistencia a decretar los cambios necesarios.

Otra fuente de cambio reside en el carácter de compromiso del poder político en una democracia. Ello es autodestructivo, debido a que los políticos que se hallan en el poder deben perder algún apoyo, necesariamente, al decidir su elección entre intereses conflictivos. En el transcurso de un cierto período de tiempo, la acumulación de tales arbitrariedades puede manifestarse a través de la lenta disminución del apoyo popular, inclusive por parte de los grupos que se ven más consecuentemente beneficiados.

Si la mayoría de los cambios que efectúan los grupos, de uno a otro partido, se presentan como reacciones a una contradicción racional, en la que los intereses o la posición social de un grupo y el programa de su partido tradicional acusan una variación, en ese caso cuanto más importante y preciso sea el problema, será tanto más probable que un grupo reaccione en términos de sus intereses definidos, y cambie de acuerdo con ellos. Por ejemplo, los negros se cambiaron hacia los demócratas, después de que se hiciera evidente que la política del New Deal les era más beneficiosa que la de los republicanos. El problema de las relaciones raciales, para los negros, es al mismo tiempo importante y menos ambiguamente definido que la mayoría de los que afectan a otros grupos de la sociedad.

Un estudio sobre los cambios de la conducta electoral de los votantes británicos en las diversas elecciones parciales realizadas desde la elección general de 1955 destaca muchos de los temas presentados en estos tres capítulos que tratan de la participación y la elección de partido. Mark Abrams, autorizado investigador por encuestas británico, explica el aumento de la proporción de votos recibidos por el Partido Laborista y la disminución, del 77 al 64 por ciento, del porcentaje de los que realmente votan, mediante el hecho de que una de las fuentes clave del apoyo a los conservadores se ha ido debilitando entre sus partidarios. De acuerdo con varias encuestas de la opinión pública, son éstos, en su mayoría, antiguos conservadores pertenecientes a la clase trabajadora, gente que ha votado por los conservadores durante toda su vida. En su vejez necesitan y aprecian los beneficios sociales estatales y lamentan el hecho de que la política fiscal conservadora los haya reducido algo. Enfrentados con las presiones múltiples procedentes de su lealtad al partido tradicional y las necesidades políticas que experimentan, un gran sector de los antiguos conservadores procedentes de la clase trabajadora se ha replegado en la indecisión y la abstención, o se ha inclinado realmente hacia el Partido Laborista. Inversamente, sin embargo, Abrams observa que se produce el proceso contrario entre los trabajadores manuales cualificados cuyos ingresos y seguridad económica han mejorado decididamente desde 1940. Este grupo está adquiriendo paulatinamente gustos y aspiraciones de la clase media, y este cambio de los valores se ve acompañado por su inclinación hacia los conservadores [37]. En consecuencia, son estos últimos, más bien que los laboristas, los que realizaron las conquistas más duraderas.

CONCLUSIONES

El énfasis sobre la clase social como el factor determinante principal de la elección de partido y la división partidaria parece confirmar los te-

[35] S. M. Lipset, *Agrarian Socialism*, University of California Press, Berkeley, 1950, p. 229.

[36] Para un estudio del comportamiento electoral de los negros ver E. Litchfield, *Voting Behavior in a Metropolitan Area*, Michigan Govemmentat Studies, n.° 7, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1941, pp. 58-59: Louis Harris, *op. cit.*, pp. 152-160; para Gran Bretaña, ver John Bonham, *The Middle Class Vote*, Faber & Faber, Londres, 1954, pp. 154-155.

[37] Ver Mark Abrams, «Press, Polls and Votes in Britain since the 1955 General Elections», *Public Opinion Quarterly*, 21 (1957-1958), pp. 543-547.

mores de muchos conservadores del siglo XIX, según los cuales los pobres votarían en favor de su propio interés, de otorgárseles esa franquicia. Debido a esta creencia, los conservadores de casi todos los países occidentales lucharon contra la creación de un sistema político en el que un gobierno que representase a la mayoría de la población adulta pudiera estatuir cualquier legislación que deseara [38].

Pero mientras quienes predecían que el hombre votaría de acuerdo con su clase en una sociedad democrática se hallaban, en términos generales, en lo cierto, los que sostenían la opinión de que el sufragio universal significaría automáticamente la supremacía permanente del partido que se basara sobre las clases inferiores —circunstancia que hubiera significado el fin de la democracia— vieron también confirmadas sus creencias. Este último grupo, que cuenta en sus filas con algunas importantes figuras conservadoras, consideraba que una clase alta socialmente responsable podría retener la adhesión de un sector de las clases inferiores lo suficientemente grande como para mantener su papel dirigente. Disraeli, por ejemplo, expresó enérgicamente su creencia de que «el pueblo de Inglaterra, honesto, valiente y cordial» no abusaría del sufragio universal. Debe notarse, sin embargo, que Disraeli representaba al partido de la clase alta rural, cuya confianza en su habilidad para gobernar se basaba en el éxito del paternalismo en las zonas rurales, y creía que podían introducirse relaciones similares en el conjunto de la nación [39].

En el otro extremo del espectro político, Karl Marx, de igual modo, no supuso que los pobres constituían necesariamente una fuerza política izquierdista efectiva. Reconoció que algunos sectores de las clases inferiores apoyaban realmente el *statu quo*. Marx daba cuenta de tal apoyo (al que denominaba «falsa conciencia») postulando: 1) que las clases inferiores ingresan en el partido oficialista aceptando la legitimidad del orden de estratificación existente, y 2) que las instituciones básicas de una sociedad —la religión, la educación, los medios de comunicación— propagan ideas y valores que apoyan al orden existente, y son forzosamente aceptados, hasta cierto grado, por todos los estratos sociales. Marx se mostraba mucho más pesimista en cuanto a las posibilidades de éxito en la toma del poder por parte de la clase inferior de lo que lo estaban muchos conser-

[38] Muchas de las restricciones a la democracia directa persistieron en gran parte del mundo occidental hasta la Primera Guerra Mundial; algunas de ellas, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y otras aún se mantienen en la actualidad. El poder de veto de la Cámara de los Lores sobre la legislación británica no fue modificado hasta 1911, y ella conservó un considerable poder dilatorio hasta 1948. Los dobles votos de los propietarios y graduados universitarios fueron abolidos en Gran Bretaña sólo después de la victoria laborista de 1945. El sistema de elecciones tricameral, en el que era imposible la existencia de un gobierno basado en una mayoría de clase inferior, duró en Prusia hasta 1918. Las elecciones directas de los senadores en los Estados Unidos no fueron establecidas hasta 1916. Subsisten, o fueron abolidas hace tiempo, similares restricciones en Australia, Canadá, Bélgica, Italia y otros países.

[39] En 1861 Napoleón III aconsejó al gobierno prusiano la introducción del sufragio universal «mediante el cual la población rural conservadora podría superar en número de votos a los liberales de las ciudades». Ver F. MEINECKE, *Weltburgertum und Nationalstaat, Genesis des Deutschen Nationalstaats*, G. R. Oldenburg, Munich, 19822, 6.ª ed., pp. 517-518, y F. NAUMANN, *Die Politischen Parteien*, Schonberg, Buchverlag der Hilfe, Berlín, 1910, pp. 16-17.

vadores, quienes proyectaban sus propias suposiciones acerca del propio interés nacional a los pobres.

Existe una variedad de razones, algunas de ellas ya analizadas, por las que no hay una relación más estrecha entre la clase y la forma de votación. Quizá la más importante de ellas (no deducible de un estudio de votantes) consista en los constantes ajustes que con el juego democrático realizan los principales actores —los partidos y sus dirigentes— con el fin de que el sistema mantenga su equilibrio. Los partidos se interesan en conservar la posibilidad de que el azar de la próxima elección los mantenga en el poder, o les haga volver a tomarlo. En consecuencia, a medida que los acontecimientos históricos cambian las necesidades experimentadas por el electorado, los partidos democráticos modifican su programa para retener o conseguir los votos. El modelo clásico de hombre de Estado conservador, sabedor de cómo mantener en equilibrio el sistema ante la presión de la izquierda, lo constituye Benjamin Disraeli. Este reconoció que un partido conservador tendría que hallar una base para poder atraer a la clase trabajadora y sugirió, por lo tanto, la formación de asociaciones conservadoras de trabajadores. Estas asociaciones, formadas por el Partido Conservador en toda Inglaterra, realizaron un esfuerzo consciente con el fin de atraer a la clase trabajadora. Los dirigentes sindicales, y otros representantes de esta última, fueron invitados a unirse a esas organizaciones. Disraeli esperaba que las concesiones de varios tipos otorgadas a los obreros —sufragio de los adultos y leyes tendentes a mejorar las condiciones de trabajo y de vida— atraerían su lealtad para con los conservadores. Creía que la posición de clase superior tradicional y explícita de éstos no podría mantenerse con el sufragio de los adultos y estaba convencido de que, al representar a los obreros, conservarían su adhesión. La historia de la política británica parece dar la razón, en parte, a Disraeli, puesto que los conservadores fueron capaces de ganar y retener una considerable proporción de los votos de la clase trabajadora. Actualmente, una de cada dos de las personas que votan por los conservadores es un trabajador manual.

Pero queda en pie el hecho de que en las democracias más estables existe una tendencia implícita hacia la izquierda. A través del tiempo, los partidos izquierdistas ganan apoyo debido a medidas que aumentan el poder y la seguridad relativos de los estratos inferiores. Las medidas que en el siglo XIX eran denunciadas como de socialismo extremista son hoy señaladas con orgullo por los oradores conservadores. Estos, en Gran Bretaña, por ejemplo, retienen el papel dirigente por «administrar más efectivamente el socialismo». Su habilidad para hacerlo es tanto su triunfo como su tragedia —triunfo, debido a que permanecen a la cabeza de la sociedad; tragedia, porque deben abandonar gran parte de cuanto aprecian.

Sin embargo, las constantes concesiones al programa de sus oponentes no constituyen una solución aceptable para cualquier tendencia política, y los partidos conservadores poseen, por su parte, enormes recursos que emplean efectivamente para retardar las reformas izquierdistas. Del mismo modo que la izquierda se ve beneficiada cuando se reconoce que las

diferencias de clase constituyen la base principal de la división política, la derecha obtiene con frecuencia ventaja cuando la atención de los votantes se centra en torno a problemas distintos a los de clase —política exterior, moralidad, eficacia administrativa, personalidad de los candidatos—. Por lo tanto, en el grado en que los partidos conservadores puedan hacer que las elecciones giren en torno a cuestiones no económicas, serán capaces de reducir la presión en favor de la reforma y aumentar sus posibilidades de victoria electoral. Su mayor acceso a la prensa y otros medios de comunicación les ayuda a definir los problemas de la elección, particularmente en periodos de prosperidad, en los que las necesidades económicas no son importantes.

Un sistema partidario democrático, basado en dos partidos políticos, ligados a los estratos más o menos privilegiados del país, ha existido durante más tiempo en los Estados Unidos que en ningún otro país del mundo. Un vistazo a la forma en que este país trató el problema de la institucionalización de la lucha de clases arroja más luz sobre los mecanismos requeridos para una democracia estable. La próxima sección de este libro aborda, pues, el examen de muchos de los temas aquí tratados, dentro del marco de la sociedad norteamericana.

TERCERA PARTE

COMPORTAMIENTO POLITICO DE LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA

9. CLASES Y PARTIDOS EN LA POLITICA NORTEAMERICANA

A veces choca, especialmente a los europeos, que se les recuerde que los primeros partidos políticos de la historia que llevaban en sus nombres las palabras «trabajo» o «trabajador» surgieron en los Estados Unidos en las décadas de 1820 y 1830. El énfasis puesto sobre la «falta de conciencia de clase» de la ideología politica norteamericana condujo a muchos comentaristas políticos europeos y estadounidenses a concluir que las divisiones partidistas de los Estados Unidos se relacionan menos con las diferencias de clase que en otros países occidentales. Los estudios de las votaciones contradicen, sin embargo, esta conclusión y demuestran que en todas las elecciones estadounidenses que tuvieron lugar desde 1936 (no se realizaron estudios sobre esta cuestión hasta entonces), la proporción de los votos en favor de los demócratas aumenta netamente a medida que se desciende en la escala ocupacional o de ingresos. En 1948 casi el 80 por ciento de los obreros votó por los demócratas, porcentaje superior a los que obtuvieron los partidos izquierdistas de países como Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania. Todos los años los trabajadores peor remunerados y menos cualificados se muestran los más demócratas; incluso en 1952, los dos tercios de los obreros no cualificados se manifestaron en favor de Stevenson, aun cuando la proporción de todos los trabajadores manuales que respaldó a los demócratas descendió ese año al 55 por ciento —disminución que se debió, en gran medida, al atractivo personal de Eisenhower «por encima de los partidos», más bien que a un alejamiento fundamental del Partido Demócrata por parte de los estratos inferiores [1].

En general, el conjunto de los trabajadores, incluso muchos de los que votaron por Eisenhower en 1952 y 1956, se consideran aún demócratas, y los resultados de las elecciones parlamentarias de 1954 y 1958 demuestran que no se ha producido ningún cambio de los votos demócratas tradicionales en favor de los republicanos. Los dos tercios de los obreros investigados por encuestas Gallup en 1958 votaron por un candidato parlamentario demócrata.

Existe la misma relación entre la clase, considerada ahora como un factor diferenciador muy general, y el apoyo político en el seno de las cla-

[1] Ver HERBERT HYMAN y PAUL B. SHEATSLEY, «The Political Appeal of President Eisenhower», *Public Opinion Quarterly*, 17 (1953), pp. 443-460. Estos autores lo demuestran sobre la base de resultados de encuestas realizadas en 1947-1948, que ya indicaban que Eisenhower podría adjudicarse la presidencia bajo la bandera de cualquiera de los dos partidos.

CUADRO I

PORCENTAJE DE VOTOS REPUBLICANOS O PREFERENCIA DE VOTO ENTRE LOS GRUPOS OCUPACIONALES Y MIEMBROS DE SINDICATOS *

	1940	*1948*	*1952*	*1954*	*1956*
Comerciantes y profesionales	64	77	64	61	68
Oficinistas	52	48	60	52	63
Trabajadores manuales (cualificados y no cualificados)	35	22	45	35	50
Agricultores	46	32	67	56	54
Miembros de sindicato	28	13	39	27	43

* Las cifras correspondientes a 1940 representan las preferencias de voto preelectorales, computadas nuevamente sobre la base de HADLEY CANTRIL, *Public Opinion. 1935-1946*, University Press, Princeton, 1951, p. 602. Puesto que no se suministra en el cuadro el número de casos, los cálculos realizados, sobre la base de datos de censos, de la proporción relativa de personas que se encuentran en una categoría ocupacional dada fueron realizados para facilitar la combinación de varios de entre ellos. Las cifras correspondientes a 1948 representan la votación real, según resulta de lo manifestado por un grupo nacional elegido al azar, y fueron extraídas de ANGUS CAMPBELL, GERALD GURIN y WARREN E. MILLER, *The Voter Decides*, Row, Peterson and Co., Evanston, 1954, pp. 72-73. Los datos restantes pueden ser hallados en una publicación informativa del Instituto Norteamericano de la Opinión Pública, del 12 de octubre de 1958, y también representan resultados reales.

CUADRO II

RELACION ENTRE EL TAMAÑO DE LA EMPRESA Y LA INCLINACION DE LOS DIRECTIVOS DE LA COMPAÑIA POR UN PARTIDO POLITICO, 1955 *

Tamaño de la empresa	*Republicanos* (%)	*Demócratas* (%)	*Independientes* (%)
Más de 10.000 obreros	84	6	10
1.000 - 9.999	80	8	12
100 - 999	69	12	19

* Datos obtenidos por el autor por cortesía del Centro Internacional de Estudios del Instituto de Tecnología de Massachusetts.

ses media y superior. Los demócratas han constituido la minoría en los estratos no manuales y, a excepción de las profesiones intelectuales (ver capítulo 10), la proporción de demócratas entre el electorado de ocupaciones no manuales disminuye inexorablemente de acuerdo con los ingresos y el *status* ocupacional, hasta el punto de que, según un estudio, sólo el 6 por ciento de los directivos de compañías de más de 10.000 empleados son demócratas. El mejor ejemplo aislado de la influencia de las diferencias de *status* como factor de la política norteamericana lo constituyen, quizá, las inclinaciones políticas de los principales directivos de las más importantes compañías estadounidenses. Este estudio, realizado en 1955

por el Centro de Estudios Internacionales del Instituto de Tecnología de Massachussets, basado en entrevistas con un grupo representativo sistemático de mil de estos dirigentes, comprobó que, inclusive dentro de este grupo económico superior, cuanto mayor era la empresa en la que un individuo trabajaba como funcionario, tanto mayor era la posibilidad de que fuese republicano. (Ver cuadro II.)

Las imágenes populares de los partidarios típicos de cada agrupación política están de acuerdo con estos hallazgos. El Instituto Gallup, poco antes de las elecciones parlamentarias de 1958, interrogó a un amplio grupo representativo nacional sobre cuál era la imagen del demócrata típico, y recibió más frecuentemente las siguientes respuestas: «clase media... gente común... un amigo... una persona corriente... el que se gana la vida con su trabajo... un individuo medio... alguien que también piensa en los demás». El republicano típico es, en contraste, «de una clase superior... de situación acomodada... un comerciante importante... el que vota por conveniencia pecuniaria... financieramente próspero... rico... de clase alta»[2]. La evidencia que se desprende de la encuesta de la opinión pública confirma la conclusión alcanzada por el historiador Charles Berard en 1917, según la cual «el centro de gravedad de la riqueza se halla del lado republicano, mientras que el centro de gravedad de la pobreza se encuentra del demócrata»[3]. Las conclusiones de Beard se basaban en un examen de las características de varias zonas geográficas, y los estudios más recientes que emplearon este enfoque ecológico dan a conocer hallazgos similares. De este modo, el estudioso de las ciencias políticas Arthur Holcombe, de Harvard, comprobó que entre los distritos electorales parlamentarios urbanos «la forma partidaria es la misma. Los únicos distritos que se manifestaron permanentemente republicanos durante un período de tiempo considerable son los de alquileres más altos [...]. Los distritos que se han mostrado más consecuentemente demócratas son los de alquileres más bajos [...]. Los distritos donde predominan los alquileres intermedios son los que se han mostrado más dudosos desde el punto de vista de los partidos mayoritarios»[4]. Una inspección detallada de los archivos de los partidos de 1934, en el condado de Santa Clara (suburbios de San Francisco), entonces decididamente republicano, reveló una gran correlación entre una elevada posición en la escala ocupacional y la afiliación al Partido Republicano. Cerca del 75 por ciento de los directores de fábricas, banqueros, corredores y gerentes de firmas comerciales se identificaron públicamente con el G.O.P., en contraste con el 35 por ciento de los tra-

[2] Publicación informativa del Instituto Norteamericano de la Opinión Pública, 2 de noviembre de 1958. Ver ANGUS CAMPBELL, GERALD GURIN y WARREN MILLER, *The Voter Decides*, Row, Peterson and Co., Evanston, 1954, p. 211, para un estudio de la forma en que el electorado de 1952 consideraba el apoyo a cada uno de los partidos.

[3] Cita efectuada por V. O. KEY, JR., en su *Politics, Parties and Pressure Groups*, 4.ª ed., Crowell, Nueva York, 1958, p. 235.

[4] ARTHUR HOLCOMBE, *Our More Perfect Union*, Harvard University Press, Cambridge, 1950, p. 135. Ver también SAMUEL LUBELL, *The Future of American Politics*, Doubleday, Anchor Books, Nueva York, 1956, pp. 51-55, y DUNCAN MACRAE, JR., «Occupations and the Congressional Vote, 1940-1950», *American Sociological Review*, 20 (1955), pp. 332-340.

bajadores de las fábricas de conservas y otros obreros no cualificados. Dentro de cada grupo ocupacional general, era mucho más probable que los poseedores de propiedades fueran republicanos afiliados, que los que no poseían propiedad alguna [5].

Aunque la mayoría de las generalizaciones acerca de la relación de los partidos estadounidenses con las diferencias de clase se basan en las variaciones de los antecedentes de sus electorados respectivos, existen hasta ahora más bien pocas pruebas de que las mismas diferencias surjan en el nivel de los dirigentes, particularmente dentro de la comunidad local. Un estudio de los antecedentes de los candidatos a nombramientos para puestos oficiales, en las elecciones locales de tres condados de Indiana, indica que existe una estrecha correspondencia entre las características de los dirigentes y los votantes. Mientras que el 76 por ciento de los que pretendían nombramientos republicanos se encontraban desempeñando ocupaciones profesionales o comerciales directivas, el 42 por ciento de los aspirantes demócratas eran trabajadores manuales (ver cuadro III). En Milwaukee, Wisconsin, el 54 por ciento de los dirigentes del Partido Demócrata local estaba compuesto por trabajadores manuales, o por individuos que ocupaban posiciones de vendedores o de oficinistas. En oposición, estos grupos sólo representaban el 10 por ciento entre los republicanos, cuyos dirigentes eran, en su mayor parte, profesionales, o poseían firmas comerciales [6].

CUADRO III

ANTECEDENTES OCUPACIONALES DE LOS CANDIDATOS A NOMBRAMIENTOS PARA PUESTOS OFICIALES DE CONDADO EN TRES CONDADOS DE INDIANA, 1954 *

Ocupación	*Republicanos*		*Demócratas*	
	Número	*(%)*	*Número*	*(%)*
Profesionales	23	25.8	17	17.7
Directivos	45	50.6	25	26.0
Empleados-vendedores	8	9.0	10	10.4
Trabajadores manuales	11	12.4	40	41,7
Otros	2	2,2	4	4.2
Totales	89	100,0	96	100,0

* FRANK MUNGER, *Two-Party Politics in the State of Indiana*, tesis inédita de Master of Science, Departamento de Gobierno, Universidad de Harvard, 1955, p. 275; cit. en V. O. KEY, Jr., *Politics, Parties and Pressure Groups*, Crowell, Nueva York, 1958, p. 240.

[5] DEWEY ANDERSON y PERCY E. DAVIDSON, *Ballots and the Democratic Class Struggle*, Stanford University Press, Stanford, 1943, pp. 118-147.

[6] LEON D. EPSTEIN, *Politics in Wisconsin*, University of Wisconsin Press, Madison, 1938, p. 186.

La relación entre la posición socioeconómica y el comportamiento político en los Estados Unidos, como en todas partes, se refuerza con los factores religiosos y étnicos. Las encuestas indican que, entre las denominaciones cristianas, cuanto mayor sea el promedio de ingresos de los miembros de un grupo religioso dado, será tanto más probable que sus miembros voten por los republicanos. Si se califican los grupos religiosos cristianos de los Estados Unidos de acuerdo con el *status* socioeconómico medio de sus miembros, resultarían, de mayor a menor, los congregacionalistas, los presbiterianos, los episcopales, los metodistas, los luteranos, los bautistas y los católicos, orden de clasificación idéntico al que se determina cuando se ordenan las denominaciones religiosas según su propensión a votar por los republicanos. Ello sugiere que el *status* socioeconómico, más bien que las ideas religiosas, constituye el factor determinante principal de los valores políticos entre las diferentes denominaciones. El hecho de que los judíos, que forman uno de los grupos religiosos más ricos de los Estados Unidos, son más demócratas, según lo demuestran los datos estadísticos, se debe probablemente, como hemos sugerido anteriormente, a su sensibilidad a la discriminación étnica y a su carencia de un intercambio social efectivo con los grupos de *status* superior de este país. Pero las inclinaciones o las creencias religiosas, y los valores políticos con ellas asociados, parecen no obstante poseer algún efecto independiente sobre la conducta electoral. Es más probable que los protestantes de la clase trabajadora, que pertenecen a las iglesias congregacionalista o presbiteriana, se manifiesten republicanos, que los bautistas o los católicos. Inversamente, es más probable que los bautistas o los católicos ricos sean demócratas, que los congregacionalistas o episcopales igualmente ricos [7].

De manera general, aparecen las mismas diferencias entre los grupos étnicos. Es más probable que los anglosajones, y no otros norteamericanos de la misma posición de clase cuyos antecesores han inmigrado más recientemente, sean republicanos. De este modo, si un individuo pertenece a la clase media, y es anglosajón y protestante, es muy probable que sea republicano, mientras que si pertenece a la clase trabajadora, es católico, y de una estirpe de inmigración reciente, será probablemente demócrata.

[7] Para un estudio general de la política de los judíos, ver LAWRENCE H. FUCHS, *The Political Behavior of American Jews*, The Free Press, Glencoe, 1956. Ver también WERNER COHN, «The Politics of the Jews», en MARSHALL SKLARE (ed.), *The Jews: Social Patterns of an American Group*, The Free Press, Glencoe, 1958, pp. 614-626. Ver WESLEY y BEBERLY ALLINSMITH, «Religious Affiliation and Political-Economic Attitudes», *Public Opinion Quarterly*, 12 (1948), pp. 377-389; PAUL F. LAZARSFELD, BERNARD BERELSON y HAZEL GAUDET, *The People's Choice*, Columbia University Press, Nueva York, 1948, p. 22; W. F. OGBURN y N. S. TALBOT, «A Measurement of the Factors in the Presidencial Election of 1928», *Social Forces*, 8 (1929), pp. 175-183; H. F. GOSNELL, *Grass Roots Politics*, American Council on Public Affairs, Washington, 1942, pp. 17, 33-34, 55 y 102; S. J. KORCHIN, *Psychological Factors in the Behavior of Voters*, tesis inédita de doctorado en Filosofía, Departamento de Relaciones Sociales, Universidad de Harvard, 1946, cap. V; LOUIS HARRIS, *Is There a Republican Majority?*, Harper & Bros, Nueva York, 1954, p. 87; A. CAMPBELL, G. GURIN y W. MILLER, *op. cit.*, pp. 71, 79; BERNARD BERELSON, PAUL LAZARSFELD y WILLIAM MCPHEE, *Voting*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, pp. 64-71, y OSCAR GLANTZ, «Protestant and Catholic Voting Behavior», *Public Opinion Quarterly*, 23 (1959), pp. 73-82.

Aun antes de que el sistema bipartidario evolucionase hasta llegar a su forma actual, los problemas políticos que dividían a la sociedad tendían a poseer un carácter de clase. Las escuelas públicas gratuitas, por ejemplo, no emanaron natural y lògicamente de la estructura y los valores de la sociedad norteamericana. Más bien, como lo señaló Ellwood P. Cubberley, historiador de la educación estadounidense: «A excepción de la lucha por la abolición de la esclavitud, quizá ningún problema planteado anteriormente al pueblo norteamericano haya causado tales sentimientos o suscitado tan acerbo antagonismo» [8]. En gran medida, se trataba de una lucha entre liberales y conservadores en el sentido moderno del término, aunque los problemas religiosos también desempeñaban un importante papel. «Los partidarios de las escuelas gratuitas fueron generalmente considerados, en un comienzo, fanáticos y peligrosos para los Estados de la Unión, y los que se oponían a las escuelas gratuitas fueron tratados por aquéllos como conservadores de la vieja guardia o miembros egoístas de la sociedad» [9]. Entre los argumentos presentados en favor de la enseñanza gratuita figuraba el de que «una escuela estatal común abierta por igual a todos impediría esa diferenciación de clases tan peligrosa en una república»; mientras que los que se oponían a tales escuelas argüían que «harían que la educación fuera demasiado común, que por medio de la instrucción arrancarían a la gente de su ubicación adecuada dentro de la sociedad... [y] romperían con las muy apreciadas barreras sociales, establecidas largo tiempo atrás» [10]. En un extremo de la cuestión se encontraban las clases más pobres; en el otro, «la vieja clase aristocrática... los conservadores de la sociedad... los contribuyentes» [11].

Quizá nunca se haya realizado un mejor comentario sobre el significado de la política norteamericana que la observación que hizo Tocqueville en 1830 acerca de la lucha tenaz entre la aristocracia y la democracia:

> Para un extranjero, todas las controversias internas de los norteamericanos parecen a primera vista incomprensibles o pueriles, y no sabe si compadecer a la gente que se toma tan en serio esas arrogantes menudencias o si envidiar la felicidad que permite a una comunidad discutirlas. Pero cuando llega a estudiar las tendencias secretas que gobiernan las facciones en los Estados Unidos, percibe fácilmente que la mayor parte de ellas se hallan más o menos conectadas con una u otra de las dos grandes divisiones que siempre existieron en las comunidades libres. *Cuanto más penetremos en la doctrina íntima de estos partidos, tanto más claramente percibiremos que el objeto de uno de ellos consiste en limitar y el otro en extender la autoridad del pueblo.* No afirmo que el propósito ostensible, ni siquiera que la finalidad secreta de los partidos norteamericanos consista en promover en el país el gobierno de la aristocracia; pero afirmo que las pasiones aristocráticas o democráticas pueden ser fácilmente detectadas en la base de todos los partidos, y que, aunque escapen a la observación superficial, constituyen los puntos principales y el alma de toda facción de los Estados Unidos [12].

La relación entre el *status* o posición de clase (indicada por los tres criterios de posición económica, religión y antecedentes étnicos) y la lealtad partidista no constituye, de este modo, una nueva evolución de la historia norteamericana. Los estudios de las bases sociales de los federalistas, que constituyeron el primer partido conservador estadounidense, y de los demócratas de Jefferson, al final del siglo XVIII y comienzos del XIX, señalan que ellas correspondían estrechamente a las bases de los modernos Partidos Republicano y Demócrata, respectivamente. Los federalistas eran respaldados por los agricultores acomodados, los comerciantes urbanos, las personas de origen inglés y los miembros de iglesias de tan elevado *status* como la congregacionalista y la episcopal [13]. Los obreros urbanos, los agricultores más pobres, las personas de origen no inglés, tales como los escoceses y los irlandeses y los miembros de las (a la sazón) iglesias más pobres, como la presbiteriana y la católica, apoyaban a los demócratas. El segundo de los partidos conservadores, el Liberal, que se opuso al Demócrata entre 1836 y 1852, obtenía su poder del mismo grupo que los federalistas, mientras que el Demócrata retuvo el apoyo de los grupos que respaldaban a Jefferson, con el agregado de la mayoría de los componentes de la gran ola de inmigrantes europeos.

Aunque con frecuencia se piensa en el Partido Republicano en términos de una agrupación de reciente creación, que se opuso a la esclavitud, la investigación del período anterior a la guerra civil sugiere que heredó tanto el apoyo como la dirección de los liberales del norte. Un estudio detallado del comportamiento electoral del Estado de Nueva York, anterior a la guerra civil, demuestra que los demócratas conservaron el apoyo de las clases bajas urbanas, los católicos y los inmigrantes [14].

Las pruebas reunidas por varios estudiosos de las ciencias sociales indican que quienes poseían riquezas y poder económico en los Estados Unidos nunca han dado más que un apoyo muy reducido a los demócratas. Dixon Ryan Fox, analista de la política neoyorquina de la primera mitad del siglo XIX, reunió una cantidad considerable de datos estadísticos que demuestran que los distritos de la clase superior de las diversas ciudades del Estado votaban por los federalistas y los liberales [15]. Cita a un

---

[8] ELLWOOD P. CUBBERLEY, *Public Education in the United States*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1954, p. 164.

[9] *Loc. cit.*

[10] *Ibid.*, p. 166.

[11] *Ibid.*, pp. 164-165. «El esquema de la Educación Igualitaria Universal a expensas del Estado es virtualmente la "Reforma Agraria". Constituiría la aplicación obligatoria de los medios económicos de los más ricos para uso directo de las clases más pobres y, de ese modo, una división arbitraria de la propiedad entre ellos [...]. La autoridad —es decir, el Estado— debe forzar a los ciudadanos más prominentemente situados a contribuir con una parte de sus bienes al mejoramiento de los demás, y ello equivale a una verdadera división obligatoria de su haber.» Editorial de la *Philadelphia National Gazette* (19 de agosto de 1830), citada en CUBBERLEY, *op. cit.*, p. 182. Ello indica que el problema fue considerado como un enfrentamiento de la izquierda y la derecha, en el sentido económico clásico.

[12] ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Democracy in America*, vol. I, Vintage Books, Nueva York, 1955, pp. 185-186 (et subrayado es nuestro); para comentarios similares ver HARRIET MARTINEAU, *Society in America*, vol. I, Saunders y Otley, Londres, 1837, pp. 10 ss., y THOMAS HAMILTON, *Men and Manners in America*, vol. 1, T. Cadell, Londres, 1833, p. 288.

[13] MANNING DAUER, *The Adams Federalist*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1953, pp. 24-27 y 263.

[14] Se halla en vías de ejecución la investigación de Lee Benson, del Centro de Estudios Superiores de las Ciencias del Comportamiento.

[15] DIXON RYAN FOX, *The Decline of Aristocracy in the Politics of New York*, Columbia University Press, Nueva York, 1919.

biógrafo de algunos comerciantes acaudalados de Nueva York, que escribió en la década de 1860:

> Constituye un hecho muy común el que durante treinta y cuatro años (desde el renacimiento de la política bipartidaria en 1828) muy pocos de los comerciantes más importantes fueron demócratas. La masa de grandes y pequeños comerciantes se reunió, como una manada de ovejas, ya sea en torno de los federalistas, los liberales, los partidarios de Clay o los republicanos. Los comerciantes demócratas habrían cabido fácilmente en un gran vagón de los trenes de la Octava Avenida [16]

Un estudio reciente realizado por Mabel Newcomer, sobre las opiniones políticas de los directivos de las grandes empresas en 1900, 1925 y 1950 revela que, en todos estos períodos, cerca de los tres cuartos de este grupo eran republicanos. Incluso en 1925, período que no se considera corrientemente como de conflicto de clases en los Estados Unidos, sólo el 19 por ciento de los directivos eran demócratas. Estos datos subestiman, ciertamente, la mayoría republicana existente entre los directivos de empresas, puesto que se basan en la afiliación partidaria manifiesta más bien que en la decisión electoral inmediata, e incluyen a muchos individuos, registrados como demócratas sureños, pero que serían republicanos si no vivieran en una región unipartidaria [17]

CUADRO IV *

PORCENTAJE DE PREFERENCIAS POR EL PARTIDO DEMOCRATA ENTRE LOS ESTUDIANTES DE LA ESCUELA ST. PAUL

1888	35
1892	37
1900	19
1904	—
1908	17
1912	37
1916	23
1920	13
1924	16
1928	24
1932	18

* Recopilado de la publicación de ARTHUR S. PIER, *St. Paul's School, 1855-1934*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1934, p. 181. También pueden encontrarse las cifras originales en E. DIGBY BALTZELL, *Philadelphia Gentlemen*, The Free Press, Glencoe, 1958, p. 316.

[16] W. BARRET, *Old Merchants of New York*, vol. I, p. 81, cit. en FOX, *op. cit.*, p. 426.

[17] MABEL NEWCOMER, *The Big Business Executive*, Columbia University Press, Nueva York, 1955, p. 49. En 1928 una encuesta de las personas que figuraban en el *Who's who* reveló que el 87 por ciento de ellas favorecía a Herbert Hoover, como presidente. Ver JEAN-LOUIS SEVRIN, *La structure interne des partis politiques américains*, Librairie Armand Colin, París, 1953, p. 58.

Como nota final de la falta de apoyo a los demócratas por parte de la clase alta, la elección presidencial simulada, llevada a efecto por los jóvenes que asistían a la escuela St. Paul, colegio privado en régimen de internado para clase alta, reviste cierto interés. De 1888 a 1932, los candidatos republicanos obtuvieron, consecuentemente, una mayoría abrumadora (ver cuadro IV). Inclusive el conservador Grover Cleveland sólo se aseguró el 35 por ciento de los votos de estos adolescentes, descendientes de la clase superior.

LA POLITICA PARTIDARIA SEGUN RESULTA DETERMINADA POR SUS PROSELITOS

La división de los norteamericanos en simpatizantes de uno u otro partido, uno tradicionalmente apoyado en los más pobres y el otro en los más acomodados, no significa que los partidos se hayan estructurado siempre ideológicamente de acuerdo con la división política tradicional «izquierda-derecha». Tales cuestiones separaron, en efecto, a los partidos, en la época de Jefferson y Jackson, y también —en gran parte— desde 1896 hasta el presente, aunque existieron algunas excepciones significativas, como las elecciones de 1904 y las de la década de 1920. Sin embargo, aun cuando los partidos no presentaron posiciones opuestas según la división convencional izquierda-derecha, casi siempre han existido entre ellos problemas que reflejaban las diferencias de sus bases sociales. Por ejemplo, el Partido Federalista-Liberal-Republicano se hallaba menos abierto a la inmigración, en el XIX, que el Demócrata, y fue un gobierno republicano el que promulgó la legislación restrictiva de la inmigración a comienzos de la década de 1920. En general, los diversos movimientos nativistas y anticatólicos que surgieron en varios períodos de la historia norteamericana se identificaron con los partidos conservadores, en un nivel local si no nacional [18].

Incluso la controversia respecto de la esclavitud reflejaba las diferencias de clase. Los grupos urbanos norteños pertenecientes a la clase inferior tendían, antes de la guerra civil, a mostrarse antinegros, y no se interesaban por la lucha en pro de la abolición de la esclavitud. En el Estado de Nueva York los conservadores reconocieron el derecho a votar de los negros libres en las convenciones constitucionales estatales de 1820 y 1846, mientras que los portavoces más importantes de los demócratas, o bien se oponían, o no se interesaban por la extensión del sufragio a los negros. Por su parte, los negros libres apoyaban a los Partidos Federalista y Liberal antes de 1850, y los esclavos liberados y sus descendientes siguieron apoyando lealmente al Partido Republicano hasta que la elección

[18] Ver WILFRED E. BINKLEY, *American Political Parties, Their Natural History*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1947, p. 163; una encuesta detallada de la votación en Wisconsin en 1860, basada en los registros exactos del proyecto del Libro de Catastro de Wisconsin manifiesta que los cinco sextos del total de alemanes y casi todos los católicos apoyaron a Douglas *contra* Lincoln, debido a que identificaban a los republicanos con el nativismo de los «Know-Nothing». Ver JOSEPH SCHAFER, «Who Elected Lincoln?», *American Historical Review*, 74 (1941), pp. 51-63.

de Roosevelt significó, por primera vez, una administración demócrata que demostraba cierto interés por sus problemas[19]. El gobierno de Wilson, de 1913 a 1921, aunque liberal en otras cuestiones, reflejaba las actitudes sureñas en su política de relaciones raciales. Los movimientos inspirados por la moral protestante de la clase media, tales como los destinados a la prohibición del alcohol y del juego, o los que se referían a la eliminación de la corrupción en el gobierno, también se abrieron paso, principalmente a través de los partidos conservadores. En las controversias referentes a la prohibición del alcohol, en el siglo XX, los demócratas del norte constituían el partido «húmedo», mientras que los republicanos eran el «seco». Y en la próspera década de 1920, el Partido Demócrata, en representación de los estratos inferiores y los católicos, realizó la campaña de 1928 principalmente sobre la base de la plataforma electoral del rechazo de la prohibición[20].

Las diferencias de composición étnica de sus bases sociales también se reflejaron en las posiciones de los dos partidos respecto de la política exterior. El único gobierno demócrata que existió entre 1861 y 1913 —el de Grover Cleveland, en la década de 1880— se opuso a Gran Bretaña en cierto número de cuestiones, y simpatizó con la causa de la libertad de Irlanda. Un reciente estudio de los inmigrantes británicos a los Estados Unidos demuestra que éstos, aunque no eran considerados como un grupo étnico separado o extranjero, como los procedentes de otros países, organizaron clubs británicos a fines del siglo XIX, como medio para luchar contra el poder político de los demócratas irlandeses. Estas asociaciones británicas gravitaban hacia el Partido Republicano[21]. Incluso durante la Primera Guerra Mundial, tales diferencias afectaron a la política norteamericana. Aunque Wilson simpatizaba personalmente con la causa de los británicos y los aliados, el conjunto de los norteamericanos de origen no anglosajón se mostraba hostil tanto a Gran Bretaña como a la Rusia zarista, y fue el Partido Republicano, apoyado en los anglosajones de la clase media, el que abogó por una mayor colaboración con los aliados. Debe recordarse que Wilson basó su estrategia electoral en 1916 en una plataforma *antibelicista* y conquistó o mantuvo el apoyo de los irlandeses, los judíos y los alemanes al Partido Demócrata.

La posición de los dos partidos en cuanto a política exterior no sólo reflejaba sus bases étnicas, sino que en ocasión alejó a parte de esos grupos. Millones de norteamericanos de origen irlandés y alemán se resintieron manifiestamente por la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial[22]. En particular, los alemanes padecieron duramente, como resultado de la discriminación social y económica durante la guerra y después de ella. Algunos estudiosos sugirieron (aunque no se ha llevado a cabo ningún trabajo estadístico que lo confirme) que la gran victoria republicana de 1920, en la que Harding se aseguró un mayor porcentaje de votos que cualquier otro republicano desde la fundación del partido, se debió, al menos parcialmente, a la separación del Partido Demócrata de los miembros de los grupos étnicos que se sentían «traicionados» por la actitud de Wilson al llevar al país a la guerra.

Ya casi se ha olvidado que, en sus primeros años de gobierno, Franklin D. Roosevelt era un «aislacionista», y que los dirigentes del Partido Demócrata se comportaban en el Congreso como si creyeran que los Estados Unidos habían entrado en la Primera Guerra Mundial engañados por la propaganda británica y por las intrigas de los banqueros de Wall Street. El acta de neutralidad aprobada durante el primer período gubernamental de Roosevelt por un Congreso compuesto por una abrumadora mayoría demócrata reflejaba el aislacionismo y las actitudes antibritánicas. A este respecto, los demócratas volvieron a su papel tradicional de representantes de los principales grupos étnicos[23].

El estallido de la Segunda Guerra Mundial colocó a Roosevelt ante el mismo dilema al que se había enfrentado Wilson anteriormente. Sabía que debía suministrar ayuda a los aliados, pero también quería ser reelegido. La caída de Francia no le dejó ninguna otra alternativa que la de brindar «todo tipo de ayuda sin entrar en guerra»; pero en la campaña presidencial de 1940 prometía aún que el país *no* iría a la guerra. Esta vez, sin embargo, a diferencia de 1916, los republicanos asumieron la posición aislacionista y pacifista, sobre todo como maniobra electoral. Wendell Willkie era aún más favorable a la intervención de Roosevelt; sin embargo, él y sus consejeros consideraban, aparentemente, que su única esperanza de victoria residía en atraerse a los votantes irlandeses, alemanes e italianos, contrarios a la intervención, debido a su identificación nacional, apartándolos de los demócratas. Los datos procedentes de una encuesta de la opinión pública, realizada en aquel año, demuestran que los

[19] Ver DIXON RYAN FOX, «The Negro Vote in Old New York», *Political Science Quarterly*, 32 (1917), pp. 252-275, y MARVIN MEYERS, *The Jacksonian Persuasion: Politics and Beliefs*, Stanford University Press, Stanford, 1957, pp. 189-190.

[20] Un estudio ecológico de 173 condados, realizado en 1928, comprobó que los condados «húmedos» eran consecuentemente más demócratas, inclusive cuando otros factores, importantes en otras circunstancias, tales como el número de nacidos en el extranjero y de católicos, y el grado de urbanización, eran relativamente comparables. Los autores de este estudio destacaron que la «[...] mejor estimación de la fuerza de Smith en una comunidad la constituye el grado de humedad de la misma». La «humedad» estaba determinada por una mayoría de votos «húmedos» en las elecciones estatales en que se debatía algún aspecto de la cuestión prohibicionista. Ver W. F. OGBURN y N. S. TALBOT, *op. cit.*, p. 179.

[21] Ver ROWLAND T. BERTHOFF, *British Immigrants in Industrial America, 1790-1950*, Harvard University Press, Cambridge, 1953, pp. 198-205.

[22] En Wisconsin, los votantes de origen alemán e irlandés se manifestaron en favor de los demócratas entre 1860 y la Primera Guerra Mundial. Ver LEON EPSTEIN, *op. cit.*, p. 36; del mismo modo, en Missouri, una encuesta da a conocer el hecho de que los demócratas predominaban en los condados con importantes grupos alemanes, desde la guerra civil hasta las elecciones de 1920, en que estos condados se volcaron en proporción abrumadora hacia los republicanos. Ver JOHN H. FENTON, *Politics in the Border States*, The Hauser Press, Nueva Orleans, 1957, pp. 162-163. Ver también SAMUEL LUBELL, *op. cit.*, cap. VII, para un intento de análisis de los orígenes del aislacionismo, en términos de los antecedentes étnicos y la lealtad para con éstos.

[23] Los republicanos españoles fueron quizá las principales víctimas por el hecho de que la política exterior norteamericana reflejara la base social de los partidos políticos. Aun cuando Roosevelt, y muchos de sus consejeros más inmediatos, eran personalmente grandes simpatizantes de los leales, se dieron cuenta de que sería políticamente imposible atraerse la hostilidad de los votantes demócratas católicos ayudando a los republicanos españoles, considerados por la Iglesia como comunistas.

republicanos obtuvieron algún éxito, ya que los votos demócratas disminuyeron en verdad grandemente entre estos tres grupos. Ello fue probablemente compensado, al menos en parte, por un giro hacia Roosevelt de los «anglosajones» de la clase media.

Las reacciones étnicas también afectaron al tratamiento del problema comunista en la última década. No debe olvidarse que el senador MacCarthy era irlandés y que representaba a un Estado en el cual la influencia de los germanoamericanos es marcada. MacCarthy, en sus acusaciones de infiltración comunista en el Departamento de Estado, destacó que los Estados Unidos eran «traicionados» por individuos de antecedentes anglosajones de la clase alta, por los graduados de Harvard y de otras escuelas de la Ivy League. Expresaba, en efecto, a los grupos étnicos aislacionistas que se habían visto expuestos a acusaciones de «deslealtad» durante las dos guerras anteriores, que quienes habían sido realmente desleales eran los anglosajones de la clase alta, que habían precipitado a los Estados Unidos a la lucha contra un enemigo que no era el debido y que habían «perdido la paz» en favor de los rusos[24]. En 1952, los republicanos hicieron un llamamiento a los grupos étnicos, especialmente a los católicos y a los alemanes, en favor de una política exterior firme. Eisenhower, al igual que Wilkie antes que él, permitió, por conveniencia electoral, que se modificaran sus declaraciones públicas; y los resultados electorales indican que conquistó posiciones entre los católicos, alemanes e irlandeses de la clase media[25].

LIBERALISMO DE LA CLASE SUPERIOR

Las recientes investigaciones realizadas por sociólogos e historiadores aclararon algunos de los aspectos de la política norteamericana que no parecen adaptarse a una interpretación de «clase» de la historia de los Estados Unidos, como el hecho, ya anotado, de que las clases más ricas y sus partidos, el Liberal y el Republicano, eran más antiesclavistas que los demócratas, que eran apoyados por las clases bajas. Los estudios contemporáneos de las actitudes políticas indican que es necesario distinguir entre el llamado liberalismo económico (cuestiones referentes a la distribución de la riqueza y del poder) y el liberalismo no económico (cuestiones concernientes a las libertades civiles, relaciones interraciales y asuntos internacionales)[26]. El factor fundamental del liberalismo no económico no es precisamente la clase, sino la educación, el refinamiento general y, probablemente, hasta cierto grado, la tranquilidad psíquica. Pero puesto que estos factores se correlacionan fuertemente con la clase, el liberalismo no económico se halla positivamente asociado al *status* social (los más ricos son más tolerantes), mientras que el liberalismo económico está inversamente correlacionado con el mismo (los más pobres son más izquierdistas respecto de tales cuestiones).

En realidad, no han sido las clases más ricas, en general, dentro de los estratos conservadores, las que encabezaron la lucha política en pro del liberalismo no económico, sino más bien las procedentes de «viejas familias», diferentes de los nuevos ricos. Antes de la guerra civil, la mayoría de los líderes abolicionistas, como lo demostró David Donald en *Lincoln Reconsidered*, «descendía de viejas familias socialmente dominantes del nordeste»[27]. De manera similar, los dirigentes del movimiento progresista de fines del siglo XIX y principios del XX, surgidos dentro del Partido Republicano, que resistieron a las camarillas corrompidas demócratas urbanas y al desarrollo de los grandes *trusts* financieros, mediante su influencia sobre los políticos republicanos, provenían de los mismos estratos y poseían antecedentes familiares idénticos a los abolicionistas[28]. Verdaderamente, los abolicionistas y los progresistas eran los conservadores extremistas norteamericanos —personas que poseían antecedentes y valores de la clase superior y que, como conservadores, contribuyeron a la democratización de la sociedad como parte de su lucha contra el comerciante nuevo rico vulgar.

El extremismo conservador se vio siempre en dificultades en los Estados Unidos, puesto que rara vez dominó su conducto natural, el Partido Republicano. Después de la mayor difusión del sufragio de los adultos, en las décadas de 1820 y 1830, los partidos norteamericanos cayeron bajo el control de los políticos profesionales, cuya mayor preocupación consistía en ganar las elecciones, asegurarse y conservar el gobierno, sin importarles cuáles eran los medios para lograrlo. Tal actitud se adaptaba bien a algunos elementos de la sociedad, tales como los nuevos ricos, que se interesaban además por los *fines* (riqueza y poder), más bien que por los *medios* (honor y *status*). En el siglo XIX, muchos norteamericanos de origen acomodado se oponían tanto a la política basada en las clases inferiores y en los inmigrantes (demócrata) como a la que derivaba su apoyo

[24] Para un intento de analizar las fuentes de apoyo a la «derecha extremista» en los Estados Unidos, centrada recientemente en torno del macarthismo, en términos de la política de aspiraciones de *status* en época de prosperidad, ver S. M. Lipset, «The Sources of the "Radical Right"», en Daniel Bell (ed.), *The New American Right*, Criterion Books, Nueva York, 1955, pp. 166-235. La base social de esta tendencia política no reconoce, de ninguna manera, únicamente al Partido Republicano como su representante y, como lo señala el artículo, los ataques al «republicanismo moderno» por parte de la derecha extremista, unidos a la victoria republicana de 1952, constituyeron elementos importantes conducentes a la liquidación de su expresión macarthista.

[25] Para datos sobre las variaciones regionales y étnicas de 1952, tomados de una encuesta realizada por todas las regiones del país, ver A. Campbell, G. Gurin y W. Miller, *op. cit.*, pp. 69-83. En una encuesta Roper, realizada en 1952, se comprobó que el 85 por ciento de los votos de los irlandeses que cuentan con ingresos altos fue en favor de Eisenhower, y, para todos los niveles de ingresos, existía una fuerte tendencia de parte de los alemanes a votar en favor de Eisenhower. Ver Louis Harris, *Is There a Republican Majority?*, Harper & Bros, Nueva York, 1954, pp. 87-94.

[26] Esta distinción se halla también expuesta, con relación a la política de las clases inferiores, en el cap. 4, pp. 88-91.

[27] David Donald, *Lincoln Reconsidered*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1956, p. 33.

[28] Richard Hofstadter, *The Age of Reform, from Bryan to FDR*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1955. En ambos periodos, las personas pertenecientes a viejas familias, enfrentadas con una nueva élite comercial e industrial en ascenso, sentían «desdén por la nueva clase de hurgadores de dinero [...] eran extraños a la nueva sociedad industrial [...] y la agitación les proporcionaba la única oportunidad de realización personal y social». D. Donald, *op. cit.*, p. 34.

de la «nueva clase hurgadora de dinero» (republicana). Como lo expresa David Donald: «No apoyaban las reformas económicas extremistas debido a que [...ellos] no formulaban serias quejas contra el sistema capitalista de propiedad privada y control de la misma. Lo que cuestionaban realmente, y en verdad se quejaban de ello, era la transferencia del liderazgo a los grupos de la sociedad a los que ella no correspondía, y su llamamiento a la reforma constituía una voz alzada en favor de que su propia clase volviera a ejercer su influjo social anterior»[29].

El liberalismo no económico de este grupo halló su expresión en cuestiones como la abolición de la esclavitud, la reforma del servicio civil, el control de la inmigración (con objeto de reducir la corrupción urbana) y el internacionalismo. En el siglo XX este último se convirtió en el problema principal. Una gran parte de los dirigentes de las organizaciones locales internacionalistas que abogan por la seguridad colectiva parecen provenir de miembros de las viejas familias, generalmente de origen anglosajón.

Aunque vinculados con los Partidos Liberal y Republicano, estos liberales de la clase alta se hallaban dispuestos a colaborar en la organización de «terceros» partidos, en cuanto su causa se tornaba destacada. Desempeñaron un papel importante en la elaboración de la petición de un nuevo partido antiesclavista, antes de la guerra civil; tuvieron un papel dominante entre los que se esforzaron por crear un nuevo Partido Republicano Liberal, en la década de 1870, tendente a eliminar la corrupción gubernamental y a promulgar una reforma del servicio civil; apoyaron al Partido Progresista de Theodore Roosevelt, y en la década de 1940 algunos de ellos, incluyendo a Wendell Willkie, a la sazón su líder, consideraron seriamente la formación de un nuevo partido. Desde el movimiento abolicionista anterior a la guerra civil hasta el Comité de Defensa de los Estados Unidos mediante la Ayuda a los Aliados (el Comité William Allen White), de 1940-1941, existe una continuidad: los conservadores que lucharon en favor de los valores «no económicos» de honor y libertad, y que desertaron ocasionalmente de su adhesión al partido tradicional de su clase.

En las décadas recientes, el control de las grandes compañías realizado por hombres de cultura universitaria y descendientes de hogares con fortunas estables, más bien que por los nuevos ricos, relativamente incultos, ha creado una alianza entre el poder económico y el *status* tradicional. Pero esta alianza no implica que el Partido Republicano se haya convertido fácilmente en la expresión del conservadurismo refinado. Más bien grandes sectores de este partido continuaron expresando los sentimientos reaccionarios de las clases medias provinciales de pequeñas ciudades. Puesto que sus focos de fuerza electoral, particularmente durante los períodos de dominación demócrata, se encuentran en las «provincias» más bien que en las grandes ciudades, el Partido Republicano puede ser acusado, con más propiedad, de ser el agente de la burguesía pueblerina, que el de las altas finanzas.

El conflicto entre los valores de la clase alta arraigada y la fortuna de las familias de alcurnia, y el de los pequeños comerciantes y la riqueza lograda con el propio trabajo, condujo a algunos observadores a sugerir que el verdadero partido del extremismo conservador en los Estados Unidos es el Demócrata. Ha alcanzado el objetivo de Disraeli de constituir un partido basado en la clase trabajadora, pero conducido por «señores» responsables —primero Roosevelt, de Groton y Harvard, y actualmente «Adlai Stevenson, de Choate School y Princeton, G. Mennen Williams, de Salisbury School y Princeton, John F. Kennedy, de Choate y Harvard [...], y Averell Harriman, de Groton y Yale»[30]. Es más probable, sin embargo, que Nelson Rockefeller, gobernador republicano liberal de Nueva York, pruebe, en última instancia, que es el verdadero representante de la norma rediviva de la participación directa de los miembros de la clase alta en política, realizada por medio de su partido tradicional, el Republicano. Es interesante observar, a este respecto, que la esposa de Nelson Rockefeller, prima de Joseph Sill Clark, miembro de una de las familias aristocráticas de Filadelfia y ex-alcalde demócrata de la misma ciudad, actualmente senador de los Estados Unidos, se hallaba inscrito públicamente como miembro de un tercer partido, el Liberal de Nueva York, hasta hace poco tiempo[31].

La fuerte tirantez existente dentro del extremismo conservador, que volvió a manifestarse en los momentos cruciales de la historia norteamericana, ha servido para reducir las tensiones inherentes a las divisiones regionales y de clase. Los extremistas conservadores, según la expresión de Richard Hofstadter cuando describe a los abogados de empresas que se transforman en dirigentes del movimiento progresista, nunca han deseado «un cambio profundo de la estructura social, sino más bien la formación de una élite responsable que debería hacerse cargo del impulso popular hacia el cambio, y dirigirlo a través de vías moderadas y, como ellos mismos dirían, "conductos constructivos", liderazgo que ocuparía, como lo formuló adecuadamente Brandeis, una posición independiente entre los ricos [comerciantes en pos de su propio interés] y el pueblo, preparada para reprimir los excesos de unos y otros»[32]. Desde el punto de vista de la estabilidad política, el extremismo conservador sirvió para retener el apoyo tanto de los exogrupos desposeídos, que se benefician con las reformas necesarias, como de los estratos conservadores, que se ven perjudicados por las mismas medidas. La participación de los miembros de la clase alta

---

[29] *Ibid.*, p. 34; ver H. LUDEKE, *The «Democracy» of Henry Adams and Other Essays*, A. Francke Ag. Verlag, Berna, 1950, para una discusión del papel desempeñado por individuos como Charles Francis Adams, Henry Adams, Henry Cabot Lodge, William Cullen Bryant y sus colaboradores en los movimientos de reforma y en pro de un tercer partido, posteriores a la guerra civil, esp. pp. 31-41.

[30] E. DIGBY BALTZELL, *Philadelphia Gentlemen*, The Free Press, Glencoe, 1958, pp. 392-394.

[31] Este partido de los simpatizantes izquierdistas del New Deal se halla dominado, en gran parte, por hombres cuyas opiniones políticas se describen mucho mejor como social-demócratas, en el sentido europeo del término.

[32] R. HOFSTADTER, *op. cit.*, p. 163.

en la política liberal puede también considerarse como la búsqueda inteligente del propio interés, puesto que son capaces de lograr las reformas necesarias, de imponer restricciones y, de acuerdo con E. Digby Baltzell, en *Philadelphia Gentlemen*, de «perpetuar la influencia de la clase superior sobre el sistema de funcionamiento de clases como un todo, por el mero hecho de que ocupan posiciones importantes dentro de las nuevas vías conducentes al poder» [33]. Al mismo tiempo, su presencia sirve para hacer esfumar las diferencias de clase que separan a los partidos.

EL EFECTO PRODUCIDO POR LOS ESTADOS CON PREPONDERANCIA DE UN SOLO PARTIDO

El regionalismo —el control demócrata del Sur y la dominación republicana tradicional de muchos Estados sureños— representa una desviación importante, aunque en vías de desaparición, de las bases de clase de la política norteamericana [34]. A excepción del Sur, es difícil calcular qué parte de la conducta electoral del país sigue constituyendo un reflejo de las vinculaciones regionales tradicionales con un partido, independientes de otros factores. La fuerza electoral regional republicana, fuera del Sur, se basa principalmente en las mayorías, en ciertas regiones que poseen características sociales «republicanas»: clase media protestante rural y de pequeños pueblos. La Nueva Inglaterra, tradicionalmente republicana, ya no incluye a Massachusetts, Connecticut y Rhode Island, sumamente urbanizados en la actualidad, donde los demócratas se sienten más que firmes. En Maine, Vermont y New Hampshire, donde los votos rurales y de las pequeñas ciudades desempeñan un papel más importante, y la proporción de católicos aumentó más lentamente, el gobierno unipartidario republicano caracterizó la política estatal hasta la década de 1950, y se halla aún lejos de desaparecer en estos dos últimos Estados, aunque en 1958 Vermont eligió a un miembro del Congreso demócrata por primera vez en 106 años. La misma norma es válida para cierto número de Estados agrícolas del Medio Oeste: la ausencia de centros urbanos importantes hizo que muchos de estos Estados siguieran siendo republicanos. Quizá la mejor prueba de que la fuerza del partido en los Estados predominantemente republicanos no ha representado una vinculación puramente regional para una agrupación política, la constituye el hecho de que la clase trabajadora de sus ciudades era, en su mayor parte, demócrata, y que, en realidad, los principales centros urbanos cuentan con una mayoría demócrata. Por ejemplo, las dos ciudades más grandes de Vermont y New Hampshire, Burlington y Manchester, constituyen antiguos reductos demócratas. En una de las ciudades industriales de Vermont, Winooski, los demócratas se adjudican hasta el 90 por ciento de los votos.

[33] E. D. BALTZELL, *op. cit.*, p. 39.
[34] Una excelente discusión del regionalismo en la política norteamericana puede encontrarse en V. O. KEY, Jr., *op. cit.*, pp. 250-279.

Pero a pesar de que el carácter unipartidario de muchas regiones del Norte puede atribuirse a las características sociales de la población, la perenne dominación de un Estado por un partido reduce la votación en favor de la agrupación minoritaria, incluso entre los grupos de los que se esperaría que la respalden. Si un partido no tiene ninguna posibilidad de triunfo, esto reduce inevitablemente el esfuerzo que dedica para la elección. Los candidatos demócratas a puestos gubernamentales en los Estados predominantemente republicanos, o los republicanos que buscan un puesto gubernamental en el Sur, son, con frecuencia, individuos que cuentan con escaso atractivo político. El partido nacional, u otras organizaciones que lo apoyan, como los sindicatos o grupos financieros, pueden considerar que en tales Estados se pierde el dinero, y por lo tanto es poco lo que se invierte en ellos [35]. Además, puesto que el único camino conducente a una carrera política efectiva se encuentra en el Partido Republicano en cierto número de Estados norteños, y en el Demócrata en el Sur, muchos liberales ambiciosos de Estados como Dakota del Norte o Vermont se convierten en republicanos activos, mientras que en el Sur los conservadores derechistas eligen la vía demócrata para llegar al gobierno [36]. El hecho de que quienes podrían conducir mejor un Partido Republicano en el Sur sean demócratas, y que en algunos Estados norteños los políticos demócratas en potencia hayan sido con frecuencia republicanos, constituye, probablemente, uno de los principales factores que coadyuvan a la perpetuación del gobierno de partido único. Ello tiene con frecuencia como efecto el desplazamiento del partido único más hacia la izquierda (o derecha) de lo que sucedería «normalmente» en una situación bipartidaria, debido a la necesidad de acomodarse a las demandas de una base social más amplia.

LA NACIONALIZACION DE LA POLITICA

La norma política de los Estados sureños constituye una importante desviación del cuadro normal de diversidad política, que refleja las diferencias de clase, las étnicas y las religiosas. A excepción de un breve período, en la década de 1890, en el que los populistas contaban con cierta fuerza, el Sur ha permanecido sólidamente demócrata en las elecciones presidenciales que se sucedieron desde el final de la Reconstrucción hasta 1928. Desde esa fecha, algunos Estados sureños se han evadido del campo

[35] Para una exposición de los puntos débiles del partido minoritario en Estados con predominio de un partido, ver WARREN MILLER, «One-Party Politics and the Voter», *American Political Science Review*, 50 (1956), pp. 707-725. Para un estudio de una de las zonas, ver DUANE LOCKARD, *New England State Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1959.
[36] V. O. KEY, Jr., señala que no sólo las personas que poseen ambiciones políticas eligen realmente el partido único en un Estado unipartidario, al margen de su formación política, sino que los requisitos para el mantenimiento del sistema unipartidario mismo son la inclusión de todos los elementos potencialmente eficaces dentro de sus filas y la existencia de sanciones contra los individuos o los grupos insurgentes. Ver V. O. KEY, Jr., *Southern Politics*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1950, p. 432.

demócrata en cuatro elecciones —1928, 1948, 1952 y 1956—, aunque todos ellos siguieron siendo demócratas en los niveles estatal y local[37]. La defección de 1928 acaeció debido al resentimiento de un sector sureño protestante, rural y de pequeñas ciudades, por el nombramiento por parte de los demócratas de un católico antiprohibicionista, Al Smith. Las tres desviaciones más recientes ilustran las consecuencias de la nacionalización de la política norteamericana, durante los gobiernos de Roosevelt y Truman: los sectores más conservadores del Sur se rebelan contra el liberalismo ideológico del partido nacional, que se muestra en favor de la igualdad de derechos para los negros, apoya a los sindicatos obreros y es hostil a las grandes empresas.

La nacionalización de la política norteamericana constituye una de las consecuencias principales de la revolución del New Deal-Fair Deal y de la urbanización y la industrialización de todo el país. Los problemas parroquiales, que no implican diferencia entre la izquierda y la derecha, ni de política exterior, han disminuido su importancia; y se comprueba que los efectos de los factores tradicionales religiosos, étnicos y regionales también están disminuyendo, aunque todavía desempeñan un papel importante cuando se tratan las cuestiones de política exterior. En 1952, Eisenhower se atrajo los distritos residenciales de la clase media del sur urbano, entre los cuales contó con casi la misma mayoría que obtuvo en sectores comparables de los centros urbanos norteños[38]. La mayoría de los católicos de la clase media votó por los republicanos en 1952 (cambio facilitado por las cuestiones de política exterior tratadas anteriormente), mientras que la masa de los católicos de la clase trabajadora, especialmente los que pertenecían a sindicatos, permaneció demócrata[39]. Factores tales como el *status* ocupacional, los ingresos y la característica de clase del distrito en el que la gente vive diferencian, probablemente, de manera más clara en la actualidad que en ningún otro período de la historia norteamericana desde la guerra civil, el apoyo a los dos partidos mayoritarios[40].

Sin embargo, la importancia de los factores de clase no debe hacernos pasar por alto el hecho de que en los Estados Unidos, como en todo otro país democrático, una minoría bastante numerosa de los trabajadores y un

[37] Ver SAMUEL LUBELL, *op. cit.*, cap. VI, para una discusión de los conflictos y los cambios en el sur. Key señala que la unidad sureña se basa únicamente en el problema de los negros, y que la política normal de clases, basada en los antiguos simpatizantes del Partido Populista (los agricultores blancos pobres) contra las regiones de plantaciones, surge siempre que el problema de los negros no se sobreponga a otras cuestiones. V. O. KEY, Jr., *Southern Politics*, *op. cit.*, p. 302.

[38] Ver L. HARRIS, *op. cit.*, pp. 68-73 y 134-136.

[39] *Ibid.*, pp. 148-149. El 62 por ciento de los miembros católicos de sindicatos votó por los demócratas, mientras que el 62 por ciento de las familias católicas que no contaban con ningún miembro afiliado de sindicato votó por los republicanos.

[40] Esta norma de la política norteamericana, en desarrollo, puede compararse con la de Gran Bretaña. Como lo expresa JOHN BONHAM, «la política británica desconoce casi totalmente los problemas que atraviesan las divisiones sociales en otros países, como por ejemplo la raza, la nacionalidad, la religión, los intereses de la ciudad y del campo, los regionales, o el conflicto entre los métodos autoritario y parlamentario». Ver *The Middle Class Vote*, Faber & Faber, Londres, 1954, pp. 194-195.

sector menor de las clases medias se desvían de la tendencia dominante en su clase. Una de las condiciones necesarias en un sistema bipartidario viable consiste en que ambos partidos oscilen alrededor de un 50 por ciento de los votos. Por lo tanto, en todo país industrializado, los partidos conservadores deben obtener el apoyo de la clase trabajadora, y en los Estados Unidos y Gran Bretaña, como fue destacado en el capítulo anterior, los Partidos Republicano y Conservador aceptaron necesariamente muchas de las reformas estatuidas por sus adversarios[41]. En realidad, el desplazamiento gradual de los conservadores hacia la izquierda es endémico en el factor demográfico de la política democrática —los pobres serán siempre mayoría[42].

La preponderancia de la gente «más pobre» significa también que los conservadores siempre deben intentar reducir la importancia de las cuestiones de clase en la política. El hecho de que la gente vote conscientemente en términos de su clase constituye, evidentemente, una ventaja para los partidos de la izquierda. En consecuencia, los republicanos tratan siempre de destacar problemas que no sean los de su clase, tales como la defensa militar, la política exterior, la corrupción, etc.[43]

La manera en que los factores de clase y los ajenos a ella actúan afectando al comportamiento electoral fue puesta de manifiesto en una encuesta sobre los orígenes de la atracción que ejercía Eisenhower. El sociólogo político Oscar Glantz halló que quienes votaron por Eisenhower en 1952 diferían grandemente entre sí en sus situaciones ocupacionales y sus simpatías partidarias tradicionales. Cuanto más acaudalado era un grupo, tanto más probable era que sus miembros dieran sus votos a Eisenhower como una identificación con el Partido Republicano más bien que con Eisenhower mismo; que tuvieran una fuerte inclinación por el comercio y que fueran conservadores respecto a diversas cuestiones de política interna. Inversamente, los «convertidos» a Eisenhower, salidos de las filas demócratas, menos prósperos que los republicanos tradicionales, se mostraban menos afectos a los negocios, más liberales en cuestiones internas, y mencionaban factores tales como las cualidades de dirigente de Eisenhower, y su insatisfacción por la manera en que los demócratas habían afrontado los problemas no económicos —tales como la guerra de Co-

[41] La decadencia de los federalistas ha sido atribuida a su rechazo a enfrentarse a la realidad demográfica. El ala del partido dirigida por Hamilton presentaba proyectos de legislación concerniente, en gran medida, a las necesidades de los comerciantes e industriales urbanos, ignorando el hecho de que el 90 por ciento del electorado estaba constituido por agricultores. Ver M. DAUER, *op. cit.*, caps. 1 y 2, y apéndice II, especialmente pp. 6-7.

[42] Bonham trata en detalle la aceptación, por parte de los conservadores británicos, de todo proyecto de legislación laborista y socialista, *después* de estatuida, y su pretensión de haber sido los precursores de algunos servicios sociales. Su «alternativa frente al socialismo» se ha reducido hasta no constituir más que la afirmación de que son mejores administradores. Ver JOHN BONHAM, *op. cit.*, pp. 185-188. Como expresó el escritor satírico Mort Sahl, refiriéndose al Partido Republicano, los conservadores no quieren hacer nada «por vez primera», y «no en este momento».

[43] En Gran Bretaña, el Partido Conservador «rechaza expresamente la idea de que los partidos políticos deban pretender servir los intereses de determinadas clases». Bonham cita el *Campaign Guide* del partido, de 1950, que manifiesta que «[...] la fuerza del Partido Conservador reside en su propósito fundamental de promover la unidad entre todas las clases y los sectores del pueblo». JOHN BONHAM, *op. cit.*, pp. 184-185.

rea— como razones para votar en favor de los republicanos en 1952. Glantz sugiere, de acuerdo con nuestro análisis, que la base de interés de la conducta política no se debilitó con la victoria de Eisenhower, sino más bien que los hechos de 1952 ilustran la manera en que pueden suprimirse las inclinaciones partidarias que se hallan vinculadas con las cuestiones de clase, cuando el estímulo procedente de un factor no económico es grande [44]

El espíritu actual de «moderación» en la política parece, a primera vista, desmentir la tesis según la cual los factores de clase se han vuelto más significativos para distinguir entre los simpatizantes de uno u otro partido, pero en realidad no es así. Existen dos procesos básicos subyacentes, que dan cuenta del desplazamiento actual hacia el centro de parte de ambos partidos. Uno de ellos, destacado por muchos comentaristas políticos, consiste en el efecto ejercido por un período prolongado de prosperidad que el país haya disfrutado, con el consiguiente aumento del nivel de vida de toda la población. Se argumentó que el apoyo en la clase baja, al que apela el Partido Demócrata, disminuye cuantitativamente, y que por lo tanto no puede abogar por medidas tendentes a reformas si aspira a la victoria. Pero el efecto que sobre la «faz» ideológica de ambos partidos ejerce el detentar o no el poder es por lo menos tan importante como el cambio de las condiciones económicas. La política del partido «de afuera» la establecen, en gran medida, sus representantes en la Cámara y el Senado. De este modo, los demócratas de la oposición, hasta el momento, son conducidos por sureños conservadores o centristas, mientras que la dirección de los republicanos en el Congreso vira más pronunciadamente hacia la derecha cuando son los demócratas quienes lo presiden.

Un presidente demócrata es invariablemente más izquierdista que la dirección demócrata del Congreso, puesto que es elegido fundamentalmente por los grandes Estados industriales, en los que los sindicatos y los grupos minoritarios constituyen la espina dorsal del partido, mientras que los sureños continúan dominando el contingente parlamentario demócrata. De manera similar, en las condiciones actuales, un presidente republicano debe permanecer a la izquierda de sus correligionarios parlamentarios puesto que también él puede orientarse para atraerse, o mantener, el apoyo de los sectores industriales, urbanos, y, por lo tanto, más liberales del país, mientras que la mayoría de los miembros republicanos del Congreso son elegidos por distritos conservadores «seguros». De este modo, cuando son los republicanos los que ejercen la presidencia, se inclinan hacia la izquierda, en comparación con su postura cuando se hallan en la oposición; mientras que los demócratas, al pasar de las tareas presidenciales a la oposición parlamentaria, van hacia la derecha. Este movimiento produce una situación tal que las políticas de ambos partidos parecen con frecuencia casi indiferenciables.

Uno de los resultados, que se ha presentado en este siglo, consiste en que el partido de la oposición se enfrenta a menudo con una crisis ideo-

[44] O. GLANTZ, «Unitary Political Behavior and Differential Political Motivation», *Western Political Quarterly*, 10 (1957), pp. 833-846.

lógica cuando debe nombrar un presidente. De 1940 a 1952, todas las convenciones republicanas fueron testigos de la pugna entre un candidato parlamentario derechista —Taft o Bricker— y el candidato de los gobernadores liberales —Willkie, Dewey y Eisenhower—. El candidato liberal se ha asegurado siempre el nombramiento. Los demócratas se enfrentaron a un problema similar en 1952 y 1956, pero lo resolvieron aparentemente de manera diferente, mediante el nombramiento de un candidato relativamente conservador, Stevenson, y el rechazo de liberales más francos, como Kefauver y Harriman, de modo muy parecido a 1944, cuando eligieron al entonces moderado Truman, en vez del liberal Wallace, para la vicepresidencia. En gran parte, la diferencia de las reacciones de los políticos profesionales de ambos partidos refleja su juicio con respecto al carácter de los votantes marginales, a los que deben atraerse para estar seguros de contar con una mayoría. Los republicanos pueden estar seguros de contar con los votos de casi todos los conservadores, excepto los del Sur, particularmente con los de los «aldeanos»; deben aumentar los votos en su favor entre los estratos más liberales, concentrados en las ciudades. Los demócratas cuentan con los sólidos votos de la clase trabajadora y de los liberales; pueden perder fácilmente los de los moderados del centro. Por lo tanto, la elección de los profesionales de ambos partidos recae en un hombre centrista.

Las diferencias entre los fundamentos sociales de los dos partidos principales, que se han mantenido durante más de un siglo y medio, sugieren que quienes creen en la teoría según la cual la política norteamericana se basa en dos partidos casi idénticos se han visto atrapados por la retórica de la campaña, y omiten considerar la base de estas diferencias. Resulta especialmente irónico que los críticos marxistas de la política norteamericana, que se vanaglorian de diferencias entre la infraestructura y la ideología, hayan tomado la segunda por la primera [45] Los políticos norteame-

[45] Por otra parte, los estratos conservadores reconocieron, en repetidas oportunidades, que las diferencias entre los partidos son fundamentales, aun cuando en situaciones históricas dadas los republicanos puedan nombrar a un candidato tan liberal, o inclusive más, que su rival demócrata. De este modo, en 1904, el republicano progresista Theodore Roosevelt se opuso al demócrata conservador Alton Parker para la presidencia, y el *Sun* de Nueva York, el periódico más vinculado con Wall Street, escribía: «Preferimos el impulsivo candidato del partido de los conservadores, y no el candidato conservador del partido considerado por los intereses financieros como permanente y peligrosamente impulsivo.» Citado en MALCOLM MOOS, *The Republicans*, Random House, Nueva York, 1956, p. 247.

Debe recordarse que fue un demócrata conservador, Grover Cleveland, quien, en 1886, envió al Congreso el primer mensaje referente a cuestiones laborales. En él urgía que se constituyera una comisión que se ocuparía de las disputas obreras, y que podría investigar e inclusive arbitrar, si así lo solicitaban las partes implicadas o el gobierno estatal. En 1888, en su último mensaje al Congreso, después de haber sido vencido como candidato para una reelección, Cleveland denunció «el comunismo de la combinación de riqueza y capital, el surgimiento de una arrolladora avaricia y egoísmo [...] no menos peligrosos que el comunismo de la pobreza oprimida y el trabajo [...]». Ver SAMUEL REZNICK, «Patterns of Thought and Action in American Depression», *American Historical Review*, 61 (1956), pp. 284-307. Es importante notar que Cleveland fue mucho más conservador en su segunda presidencia, cuando ya no tenía que pensar en enfrentar a los votantes, que en la primera, y que fue repudiado por el Partido Demócrata en la siguiente convención de 1896. En realidad, Cleveland fue el único presidente, elegido legalmente, repudiado por una convención de su partido cuando se hallaba aún en el poder.

ricanos, los conservadores en particular, han tratado siempre de suprimir todo énfasis manifiesto sobre las diferencias reales existentes entre los partidos: el hecho de que se basan en diferentes clases, grupos étnicos y religiones, y a ellos representan. El reconocimiento y la acentuación abierta de estas diferencias les haría perder votos, según todas las apariencias. Cada uno de los partidos trata de obtenerlos de quienes pertenecen a grupos vinculados con la otra facción. Por ende, a los ideólogos del Partido Conservador, de Clay a Taft, se les ha negado todo nombramiento presidencial por parte de los profesionales del partido. El Partido Liberal sólo puede vencer al de los «demagogos», como llamaban a los demócratas, en 1840 y 1848, y en ambas ocasiones nombraron a héroes militares cuyas opiniones políticas eran casi desconocidas. En 1848 los dirigentes liberales comenzaron a mencionar el nombre de Zachary Taylor, el héroe de la guerra mexicana, antes de que «[...] se supiera a qué partido decía pertenecer», práctica repetida cien años más tarde por sus descendientes republicanos[46]. Los demócratas, que apelaron a los estratos inferiores y más numerosos, se vieron menos inhibidos con respecto a la formulación de llamamientos explícitos a los intereses, pero, inclusive para ellos, la conveniencia electoral acalló con frecuencia la expresión de la conciencia de clase. La receptividad continuada del Partido Demócrata, respecto de los estratos inferiores, particularmente los trabajadores urbanos y los grupos étnicos minoritarios, explica por qué todos los esfuerzos tendentes a crear un nuevo partido, basado en estos grupos, siempre fracasaron: el Partido Demócrata ha constituido la expresión de la conciencia política de los grupos de *status* bajo, de manera muy similar a como los republicanos han desempeñado una función parecida respecto de los más privilegiados[47]. El problema de las mayorías electorales, que dentro de un sistema bipartidario impulsa a ambos partidos a apelar al centro en sus tácticas electorales, no niega, evidentemente, la observación aún válida de Tocqueville, según la cual los dos partidos de los Estados Unidos reflejan el permanente conflicto existente en todas las sociedades, entre aristocracia y democracia, es decir, entre los más y los menos prósperos[48]

[46] HENRY R. MUELLER, *The Whig Party in Pennsylvania*, edición privada, Nueva York, 1922, p. 143.

[47] Actualmente, se olvida con frecuencia que Clement Vallandigham, líder de los «Copperheads» (norteños simpatizantes de los confederados) durante la guerra civil, fue, en muchos aspectos, el precursor del «populismo posterior a la guerra civil y de la Cruzada de Bryan». En 1861 argumentaba que «la gran línea divisoria fue siempre la que separa el capital del trabajo». Ver WILFRED BINKLEY, *op. cit.*, pp. 264-265. Creía que los «intereses monetarios» utilizaban el regionalismo y el antiesclavismo como una astucia para debilitar a sus opositores. Ver CHARLES y MARY BEARD, *The Rise of American Civilization*, vol. I, Macmillan, Nueva York, 1934, pp. 677-678.

[48] Tal como escribió Ralph Waldo Emerson las diferencias entre los dos partidos antes de que la cuestión de la esclavitud surgiera para enloquecer a los ideólogos: «El filósofo, el poeta o el religioso deseará, desde luego, otorgar su voto a los demócratas en favor del libre comercio, la extensión del sufragio, la abolición de las crueldades legales del código penal, y facilitar, por todos los medios, el acceso de los jóvenes y de los pobres a las fuentes de riqueza y poder [...]. Por otro lado, el Partido Conservador, compuesto por la parte más moderada, hábil y culta de la población, se muestra tímido, y simplemente defensivo respecto de la propiedad.» «Politics», en *The Works of Ralph Waldo Emerson*, vol. I, Hearst's International Library, Nueva York, 1914, pp. 373-374.

Dos de las desviaciones más sorprendentes de esta generalización respecto de la clase y la política en los Estados Unidos están constituidas por el amplio apoyo otorgado por los grupos intelectuales de la clase media —artistas, profesores y científicos—, y por los sureños acomodados al Partido Demócrata. Los próximos dos capítulos intentan dar cuenta de estas normas, al ocuparse de las fuentes subyacentes en la política de los intelectuales norteamericanos, y de la manera como la política unipartidaria sureña contemporánea ha surgido de una lucha política de clases *ante bellum* profundamente arraigada.

10. LOS INTELECTUALES NORTEAMERICANOS: SU POLITICA Y SU *STATUS*

Los intelectuales norteamericanos han constituido, durante algún tiempo, un motivo de controversia política. Con frecuencia, durante la época de posguerra, fueron el blanco apropiado para numerosas personas que eran abierta y agresivamente antiintelectuales. Contrariamente, muchos hombres de negocios y conservadores han considerado que los intelectuales norteamericanos les critican excesivamente [1].

Algunos intelectuales sostienen que su separación de la sociedad, cualquiera sea, constituye una consecuencia inevitable del carácter fundamental de su labor y del medio social en que viven. Otros la consideran un fenómeno histórico que se originó como oposición a los valores y al estilo de vida de una sociedad capitalista en ascenso, y que se desvanece actualmente, a medida que la sociedad modifica su carácter. De acuerdo con este sector, la reintegración de los intelectuales a la sociedad norteamericana ya se halla en vías de realización.

En este capítulo intentaremos descubrir hasta qué punto son acertadas estas imágenes del papel político del intelectual norteamericano, y en qué forma están transformándose sus valores políticos, si es que se modifican, por el efecto de los cambios sociales del último medio siglo.

Hemos considerado como intelectuales a todos aquellos que crean, distribuyen y aplican la *cultura*, es decir, el mundo simbólico del hombre, incluyendo el arte, la ciencia y la religión. Dentro de este grupo existen dos niveles principales: el núcleo fundamental de creadores de cultura —sabios, artistas, filósofos, escritores, algunos editores y periodistas— y los distribuidores —intérpretes de diversas artes, la mayoría de los maestros y de los reporteros—. Existe un grupo periférico, compuesto por quienes aplican la cultura como parte de sus tareas profesionales: médicos y abogados.

Cuando los europeos hablan de *intelligentsia* se refieren a estas tres

[1] Los conservadores realizan a menudo la identificación entre el «liberal» que se muestra hostil a los comerciantes, y el intelectual. En un órgano de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos puede leerse lo siguiente: «Se nos dice que los "liberales" se sienten reducidos a la impotencia [...]. Hasta ahora, no hemos podido hallar *un solo artista, escritor, orador ni profesor* que admitiera haber sido frenado, o que su libertad de expresión haya sido menoscabada en lo más mínimo.» *Economic Intelligence*, junio de 1954, p. 4 (el subrayado es nuestro). Herbert Hoover, al comentar la campaña de 1928, expresa que «el creciente movimiento izquierdista que abarcaba gran parte de la *intelligentsia* se unificó para apoyar al gobernador Smith». Ver *Memoirs of Herbert Hoover, 1920-1933*, Macmillan, Nueva York, 1952, p. 202.

categorías. Sin embargo, en los Estados Unidos, donde la instrucción universitaria es mucho más corriente, los graduados no constituyen una clase o comunidad separada, y se suele incluir solamente las dos primeras categorías, como aquí lo hacemos.

La definición corriente de los intelectuales, especialmente la que dan sus propios portavoces, expresa que los mismos son críticos de la sociedad y se mantienen forzosamente al margen de ella. Esto elude uno de los problemas más espinosos respecto de la ubicación del intelectual dentro de la sociedad moderna. Si los intelectuales, por definición, se encuentran alejados de ella, se elimina, entonces, sencillamente, el problema de lo que sucede cuando asume otros papeles en las organizaciones, o cuando ingresa directamente en el terreno de la lid política. Pero los «creadores y distribuidores de cultura» que se convierten en políticos y administradores pueden conservar los vínculos que los unen a quienes se siguen ocupando primordialmente, *per se*, de cuestiones intelectuales; ellos mismos pueden continuar con las tareas de esa índole y, al hallarse en una posición que les confiere autoridad, pueden proporcionar a los intelectuales en general un nuevo sentido de identificación con la política. Aunque Adlai Stevenson, por ejemplo, no era técnicamente un intelectual, su identificación como tal proporcionó a muchos intelectuales «legítimos» la sensación de que no todos los políticos eran especuladores sin cultura y de que la política misma no les era ajena.

La existencia de intelectuales en la Alemania nazi y en la Unión Soviética, que emplearon, o emplean aún, los medios de adoctrinamiento con la *intelligentsia* al servicio de valores antiintelectuales, agudiza el problema de la definición. ¿Son realmente intelectuales? Su mera eliminación, como renegados de la causa de la razón, de lo que puede considerarse como expresión de hombres libres y de la actividad creadora, constituye una respuesta demasiado simple. La participación de los intelectuales en la política, aun en una sociedad democrática, e inclusive si tienen éxito —la aceptación de la contribución del intelectual como valiosa, o la influencia creciente de ciertos grupos de intelectuales y de sus ideas— señala también una dedicación cada vez mayor de los intelectuales a las instituciones del *statu quo*, y su transformación potencial en panegiristas.

Inclusive en los países totalitarios podemos aún ver, desde luego, a intelectuales que desempeñan un papel en cierto modo independiente, y este hecho es citado con frecuencia como una de las esperanzas para la evolución de la Unión Soviética hacia algo que se parezca a un Estado liberal y democrático [2]. La existencia de un Pasternak, la negativa de un Kapitsa a participar en las investigaciones atómicas, el desfile de los estudiantes georgianos en protesta por las expulsiones, y otros síntomas de poca importancia indican que existe *algo* en el ambiente de las ocupaciones intelectuales que preserva el destello sagrado del distanciamiento crítico [3]

[2] Por ejemplo, LEWIS FEUER, «The Politics of the Death Wish», *New Leader*, 41 (1958), pp. 17-19.

[3] Ver KATHRYN FEUER, «Russia's Young Intellectuals», *Encounter*, 8 (febrero de 1957), pp. 10-25; LEOPOLD H. HARRISON, «Three Generations of the Soviet Intelligentsia», *Foreign Affairs*, 37 (1959), pp. 235-246.

Pero debe precisarse que aunque vendan íntegramente sus mentes a los valores antihumanísticos, como lo hicieron los científicos alemanes que experimentaban con seres humanos, o los historiadores del mismo origen que glorificaban al *Volk*, los intelectuales siguen siendo intelectuales: creadores y distribuidores de cultura. Sólo si se vislumbra la posibilidad de una dedicación completa pueden valorarse las condiciones que producen el disentimiento, el rechazo crítico y otras características tradicionales de los intelectuales. Quienes postulan el aislamiento perenne de los intelectuales no consideran las poderosas fuerzas sociales que los impulsan a la participación social.

No consideramos esto como un punto enteramente negativo, sino más bien para destacar que tanto la dedicación y el apoyo a las instituciones existentes como el distanciamiento crítico de ellas constituyen posiciones igualmente posibles y legítimas para el intelectual norteamericano contemporáneo, quien no se ha visto aún enfrentado con las alternativas de capitulación completa u oposición total. Todo análisis de la política y el *status* de los intelectuales de los Estados Unidos debe, en consecuencia, tomar en cuenta tanto las fuerzas que los impulsan a una alianza con las instituciones principales de la sociedad norteamericana como las que mantienen a todos ellos, o sólo a algunos sectores, en una posición en cierto modo aislada y, por lo tanto, distanciada.

EL TRADICIONAL IZQUIERDISMO DE LOS INTELECTUALES NORTEAMERICANOS

En la época del macarthismo, el periódico *Facts Forum*, actualmente desaparecido, acusaba a los intelectuales en general de ser más vulnerables al comunismo; los definía como «abogados, médicos, banqueros, maestros, profesores, predicadores, escritores y editores»[4]. Ridículo como es este catálogo de las ocupaciones con inclinaciones comunistas, brinda un indicio importante de la naturaleza de la política de los intelectuales y de los orígenes del antiintelectualismo político en Estados Unidos. El *Facts Forum* atacaba a aquellas ocupaciones desempeñadas por universitarios, precisamente debido a que estos grupos profesionales eran los oponentes más efectivos del macarthismo[5]. Como lo consideramos en el capítulo 4, existe una cantidad considerable de pruebas que demuestran que cuanto más instruidos son los individuos, tanto más probable será que favorezcan todas las formas de «liberalismo no económico»; inclusive las libertades civiles de las minorías políticas impopulares. Desde su punto de vista, el *Facts Forum* y MacCarthy tenían absoluta razón al atacar a los «norteamericanos respetables, los de alto linaje, los aceptables por su cultura, las personalidades y los sabios reconocidos del momento, rebosantes de títulos universitarios [...]»[6].

[4] *Facts Forum Radio Program*, n.º 57.
[5] Para una exposición más amplia de este punto, ver S. M. LIPSET, «The Sources of the Radical Right», en DANIEL BELL (ed.), *The New American Right*, Criterion Books, Nueva York, 1956, pp. 210-212.
[6] *Facts Forum Radio Program*, *op. cit.*

En los círculos menos extremistas, muchos hombres de negocios y otros simpatizantes del conservadurismo económico intentaron reducir la efectividad política de los intelectuales norteamericanos mediante la ridiculización de su supuesta carencia de conocimientos prácticos o convirtiéndolos en víctimas propiciatorias por sus errores pasados. El antiintelectualismo constituyó un arma útil, e incluso natural, de los conservadores y, hasta cierto grado, de los republicanos, simplemente debido a que en el siglo XX han existido hasta el momento muy pocos intelectuales conservadores importantes.

Durante el siglo XX, la gran mayoría de los académicos (particularmente los especializados en ciencias sociales), las figuras literarias significativas y los principales periódicos de opinión se han opuesto a la ideología y a la acción conservadora en los terrenos religioso y político. El psicólogo James Leuba estudió las creencias religiosas de los miembros de círculos sociológicos, psicológicos e históricos, y de los científicos que figuran en la lista de *American Men of Science*, en 1913-1914, y nuevamente en 1933. Informó que la mayoría de los miembros de cada grupo no creía ni en Dios ni en la inmortalidad, siendo mayor la irreligiosidad en 1933. Aunque no poseemos datos equivalentes sobre los grupos ocupacionales no académicos para el primero de estos períodos, los estudios del comportamiento religioso norteamericano sugieren que estos profesores y hombres de ciencia eran muchísimo más irreligiosos que el común de la población. En realidad, alrededor del 55 por ciento de todos los individuos de catorce años de edad o más concurría a distintas iglesias antes de la Primera Guerra Mundial. De entre los miembros de la Asociación Sociológica Norteamericana que respondieron al cuestionario, era más probable que los no académicos, y no los miembros del cuerpo de profesores, poseyeran creencias religiosas. Es también digno de notarse que tanto en 1913 como en 1933 los profesores más distinguidos eran mucho más irreligiosos que sus colegas menos eminentes. En 1935 Leuba continuó sus investigaciones sobre la creencia religiosa mediante el envío de cuestionarios a grupos representativos de banqueros, hombres de negocios, abogados y escritores que figuraban en el *Quién es quién*. Las respuestas confirman el hecho de que los científicos y varios grupos de profesores son mucho menos religiosos que los hombres de negocios, los banqueros y los abogados, e indican también que los escritores que eran lo bastante eminentes como para figurar en el *Quién es quién* y que, presumiblemente, no se veían tan afectados por el conflicto entre la ciencia y la religión como los que estaban dentro del marco de las ciencias naturales y sociales, sustentaban opiniones irreligiosas. El 62 por ciento de los escritores no creía en Dios, en contraste con el 29 por ciento de los banqueros y el 40 por ciento de los hombres de negocios[7].

[7] JAMES H. LEUBA, *The Belief in God and Immortality*, The Open Court Publishing Company, Chicago, 1921, pp. 219-287, y *The Reformation of the Churches*, The Beacon Press, Boston, 1950, pp. 50-54. Para un análisis de las tendencias de la creencia religiosa en el total de la población, ver S. M. LIPSET, «Religion in America», *Columbia University Forum*, 2 (1958-1959), pp. 17-21.

En 1937, una encuesta realizada en Chicago comprobó la existencia de sentimientos favorables al «New Deal» en el 84 por ciento de los profesores de ciencias sociales y en el 65 por ciento de los miembros del cuerpo de profesores de las ramas de las ciencias naturales, en contraste con el 56 por ciento entre los trabajadores manuales, el 16 por ciento entre los abogados, médicos y dentistas y el 13 por ciento entre los ingenieros. Se obtuvieron resultados en general similares respecto de las actitudes frente a diversas cuestiones socioeconómicas [8]. Casi dos décadas más tarde, las entrevistas correspondientes a una muestra representativa sistemática nacional de más de 2.000 estudiosos de las ciencias sociales, profesores de universidades norteamericanas, realizadas en 1955 por Paul F. Lazarsfeld y Wagner Thielens, Jr., dos sociólogos de la Universidad de Columbia, revelaron que las tres cuartas partes de ellos eran demócratas y que los dos tercios habían votado por Stevenson en 1952, año en que cerca de la mitad de los trabajadores manuales y de los miembros de sindicatos obreros se inclinaron hacia Eisenhower; y, al igual que los estudios sobre las creencias religiosas realizados en 1913 y 1933, la encuesta halló que entre los profesores más distinguidos existía una proporción mucho mayor de liberales [9].

Un indicio interesante de la filosofía de la comunidad académica lo constituye el movimiento en pro de las cooperativas de consumo. Las cooperativas urbanas, a excepción de las que poseen fuertes vínculos étnicos, como muchas finlandesas, casi no existen fuera de las comunidades académicas, y la prosperidad de que disfrutan en ellas testimonia la hostilidad del mundo académico para con las empresas privadas. Palo Alto (Universidad de Stanford) y Berkeley (Universidad de California) poseen grandes cooperativas, pero los esfuerzos tendentes a mantener tales almacenes en otros lugares de la metrópoli de San Francisco fracasaron repetidamente. De manera similar, Ithaca (Universidad de Cornell), Hanover (Darmouth Colege), la zona de Morningside-Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York, y el distrito de Hyde Park en Chicago, donde se encuentra instalada la Universidad, todos ellos poseen cooperativas establecidas.

Los académicos no constituyen, desde luego, el único grupo de intelectuales que presta enérgica ayuda a la política de centro izquierda. Un estudio de las afiliaciones partidarias llevada a cabo en 1934 en el condado de Santa Clara (suburbios de San Francisco), a la sazón fuertemente republicano, reveló que la cuarta parte de los escritores que allí habitaban se hallaban afiliados a partidos minoritarios, principalmente el Socialista y el Comunista, mientras que sólo un tercio de ellos era republicano. Los escritores desempeñaban la ocupación más marcadamente izquierdista y menos republicana, conocida en el condado [10]. En 1947, una encuesta realizada por la revista *Time*, basada en cuestionarios devueltos por más de 9.000 graduados universitarios, sobre la forma en que habían votado en 1944, reveló la existencia de grandes mayorías demócratas entre los maestros, los hombres de ciencia y las personas dedicadas al arte [11]. Resulta significativo que mientras el 60 por ciento de quienes manifestaban que su ocupación era la de «científicos» votaban por los demócratas, el 80 por ciento de los que se designaban como «ingenieros» votaban por los republicanos [12]. Los bibliotecarios, cuya ocupación posee vínculos estrechos con el mundo intelectual, acusan también marcadas propensiones izquierdistas o liberales. En 1948, el 17 por ciento de los integrantes de un grupo nacional de bibliotecarios eligió, en primer término, a candidatos presidenciales representantes de terceros partidos —Progresista, Socialista o Comunista—, lo cual los coloca a la vanguardia de los grupos que apoyan a tales partidos [13].

El periodismo también se adjudica una elevada proporción de miembros con filosofías políticas y económicas de centro izquierda. Es una de las pocas profesiones que se halla poderosamente organizada en un sindicato que es uno de los más activos políticamente. La *American Newspaper Guild* constituye, en realidad, uno de los pocos sindicatos en los que una facción dominada por los comunistas se haya asegurado un considerable apoyo en las elecciones internas, aun después de haber perdido el control de la organización. En la sección de Nueva York, la mayor filial de la *Guild*, la lista izquierdista se adjudicó, durante muchos años, entre el 20 y el 25 por ciento de los votos. Los estudios realizados sobre la base de entrevistas han señalado también las propensiones políticas de los periodistas. A mediados de la década del treinta, un estudio de 104 corresponsales de Washington, grupo selecto muy bien remunerado, reveló que el 30 por ciento de ellos había votado por los republicanos en 1936, el 6 por ciento había apoyado al candidato comunista o al socialista, y la gran mayoría había respaldado a Roosevelt. Aunque el sueldo promedio de este grupo era mayor de 6.000 dólares —ingresos considerables para la época—, el 40 por ciento de ellos favorecía la gestión del gobierno en lo referente a minas, servicios públicos y ferrocarriles, y el 36 por ciento apoyaba la organización de un sindicato de reporteros [14]. Muchas de estas ac-

[8] ARTHUR KORNHAUSER, «Attitudes of Economic Groups», *Public Opinion Quarterly*, 2 (1938), p. 264.

[9] PAUL F. LAZARSFELD y WAGNER THIELENS, Jr., *The Academic Mind*, The Free Press, Glencoe, 1958, pp. 14-17.

[10] H. D. ANDERSON y P. E. DAVIDSON, *Ballots and the Democratic Class Struggle*, Stanford University Press, Stanford, 1943, p. 119.

[11] Este estudio se da a conocer en ERNEST HAVEMANN y PATRICIA WEST, *They Went to College*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1952. Los análisis ocupacionales del comportamiento político que no figuran en esta obra fueron realizados mediante investigaciones ulteriores de los datos originales. Desearíamos manifestar nuestro reconocimiento por la cortesía demostrada por el Departamento de Investigaciones de *Time*, al permitir este trabajo secundario.

[12] Se dan a conocer hallazgos similares referentes al gran conservadurismo y republicanismo de los ingenieros en A. KORNHAUSER, *op. cit.*, p. 264, y A. KORNHAUSER, «Analysis of "Class" Structure of Contemporary American Society», en GEORGE W. HARTMAN y THEODORE NEWCOMB (eds.), *Industrial Conflict*, The Cordon Company, Nueva York, 1939, p. 255.

[13] Se da a conocer este estudio en ALICE I. BRYAN, *The Public Librarian: A Report of the Public Library Inquiry*, Columbia University Press, Nueva York, 1952. La tabla referente a la elección política no se incluye en la versión impresa de este estudio, y nos la hemos procurado de una versión reproducida del mismo.

[14] LEO ROSTEN, *The Washington Correspondents*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1937, pp. 342-353. Las elecciones de 1936 resultaron, por supuesto, rotuntamente demó-

titudes políticas reflejaban las condiciones de la crisis; pero un simulacro de elección realizado con reporteros, miembros de las comitivas de los candidatos presidenciales de ambos partidos en los últimos años, sugiere que, como grupo profesional, los periodistas siguen inclinados en favor del Partido Demócrata y de las causas liberales. Un estudio más reciente sobre otro grupo selecto —los corresponsales extranjeros en Europa occidental— dio a conocer que en el invierno de 1953-1954 el 58 por ciento de los entrevistados favorecía a Stevenson, mientras el 36 por ciento apoyaba la reelección de Eisenhower [15].

Las artes contribuyen también, grandemente, al apoyo a los demócratas y al centro izquierda. Ya fueron destacadas las inclinaciones izquierdistas de los escritores que vivían en el condado de Santa Clara durante la crisis. Aunque sólo dieciséis personas fueron clasificadas como ocupadas en actividades «artísticas» en el estudio de graduados universitarios realizado por el *Time*, la mayoría abrumadora de este grupo se mostró partidaria de Roosevelt. Como los periodistas, los artistas creadores que trabajan para terceros se hallan casi totalmente organizados en sindicatos que mostraron una fuerte inclinación política liberal e izquierdista. El Sindicato de Actores tenía una poderosa facción comunista, y la Liga de Escritores Radiofónicos estaba también controlada por comunistas. El Partido Demócrata recibió también un considerable apoyo financiero de quienes trabajaban en la industria cinematográfica [16], y no constituye ningún secreto que Hollywood era una de las fuentes principales de los fondos del Partido Comunista en este país [17].

Mientras los comunistas y sus acólitos nunca constituyeron más que una minoría entre los intelectuales norteamericanos (quienquiera que sea que los defina), representaron, en realidad, una minoría influyente en diversas oportunidades durante las décadas de 1930 y 1940 [18]. En los debates acerca de la validez de los procesos de Moscú, que tuvieron lugar entre los intelectuales norteamericanos comunistas y anticomunistas a fines de la década de 1930, los comunistas pudieron asegurarse un grupo más numeroso y eminente de signatarios de sus declararaciones públicas en defensa de esos procesos que los que pudieron conseguir los anticomunistas en respaldo de declaraciones que los atacaban. Además, el hecho de que

---

cratas. Los datos de las elecciones señalan, sin embargo, que otros grupos de la clase media, con ingresos tan altos como los de estos periodistas, votaron, en su mayoría, por los republicanos.

[15] THEODORE E. KRUGLAK, *The Foreign Correspondents: A Study of the Men and Women Reporting for the American Information Media in Western Europe*, Librairie E. Droz, Ginebra, 1955, pp. 87-89.

[16] LOUISE OVERACKER, «Presidential Campaign Funds in 1936», *American Political Science Review*, 31 (1937), p. 485, y «Presidential Campaign Funds in 1944», *American Political Science Review*, 39 (1945), p. 916.

[17] JOHN GOGLEY, *Report on Blacklisting*, vol. I, *Movies*; Fund for the Republic, Nueva York, 1956, pp. 24-26, y vol. II, *Radio and Television*, pp. 142-162.

[18] Para una exposición detallada sobre la influencia comunista entre los intelectuales norteamericanos, ver IRVING HOWE y LEWIS COSER, «The Intellectuals Turn Left», *The American Communist Party: A Critical History*, The Beacon Press, Boston, 1957, pp. 273-318; ver también DANIEL BELL, «Marxian Socialism in the United States», en DONALD EGBERT *et al.* (eds.), *Socialism and American Life*, Princeton University Press, Princeton, 1952, pp. 351-365.

la mayoría de los grupos intelectuales, organizados con el objeto de combatir la influencia comunista, se hallaban invariablemente dirigidos por socialistas y liberales más o menos izquierdistas es quizá aún más significativo acerca de la inclinación general de los intelectuales hacia la izquierda. El grupo de este tipo más importante de los últimos tiempos, el Comité Norteamericano por la Libertad Cultural, se encontraba bajo la dirección de socialistas —Sidney Hook y Norman Thomas— y de activistas del Partido Liberal de Nueva York —George Counts y James T. Farrell, entre otros—. En términos generales, una amplia variedad de pruebas demuestra que los sectores intelectuales de la clase media —escritores, artistas, periodistas, bibliotecarios, científicos y profesores universitarios— han prestado un mayor apoyo al Partido Demócrata y a los pequeños partidos izquierdistas que cualquier otro estrato de la población, proporcionalmente a su número.

ORIGENES DEL LIBERALISMO

El análisis de los orígenes del izquierdismo de los intelectuales norteamericanos constituye un problema más complejo que la documentación del fenómeno. Parte de la explicación reside en las condiciones generales de vida de los sectores intelectuales, en la mayoría de las sociedades, que dan cuenta de la norma de apoyo al izquierdismo por parte de los mismos grupos en otros países. Bertrand de Jouvenal, teórico político francés, señaló que existe un conflicto inevitable entre los valores de las clases de comerciantes y los artistas creadores. El comercio se reduce institucionalmente a ofrecer a la clientela lo que ésta solicita —el cliente siempre tiene razón—. En contraste, el artista creador enfoca el valor de sus productos independientemente de su valor inmediato en el mercado [19]. Puesto que en la sociedad capitalista moderna la compensación por los productos culturales depende cada vez más de un mercado organizado en torno a normas comerciales, las opiniones divergentes del hombre medio o de quien emplea a artistas creadores (por ejemplo, los directivos de Hollywood, los editores de periódicos, etc.) y las normas profesionales del artista tienden a conducir al artista que no puede o no quiere crear obras comerciales a la hostilidad hacia el empresario o a una sensación de autohumillación, en

---

[19] BERTRAND DE JOUVENAL, «The Treatment of Capitalism by Continental Historians», en F. A. HAYEK (ed.), *Capitalism and the Historians*, University of Chicago Press, Chicago, 1954, pp. 118-120. Talcott Parsons expuso la opinión de que existe un conflicto fundamental entre los valores mercantiles y los de todas las *profesiones*, por ejemplo las del derecho, la arquitectura, la medicina, etc.: «[...] se considera generalmente que la nota dominante del sistema económico moderno la constituye el alto grado de libre empresa que aquél emplea en la busca de la satisfacción del propio interés [...]. Pero, en contraste con el comercio, en esta interpretación las profesiones se destacan por el desinterés. No se espera que un profesional se embarque en la busca de beneficios personales, sino en la prestación de servicios a sus pacientes o clientes, o a valores impersonales como el avance de la ciencia.» TALCOTT PARSONS, *Essays in Sociological Theory*, The Free Press, Glencoe, 1949, p. 186. Debe notarse que Parsons no relaciona este conflicto con ninguna clase de consecuencias políticas específicas.

tanto que quienes se adaptan con buen éxito al mercado tienden a sentir que han renegado de su integridad personal[20].

El sociólogo alemán Theodore Geiger intentó dar cuenta de la propensión general de los estudiosos de las ciencias sociales a apoyar al izquierdismo en estos términos:

> De todos los grupos de la *intelligentsia*, los estudiosos de las ciencias sociales son los más sensibles a la dimensión del poder en la sociedad, y también los más expuestos a los ataques a la libertad intelectual de parte de quienes lo detentan. La pérdida de la autonomía y la libertad intelectuales pone también en peligro su labor y su vocación profesionales. Por lo tanto, podemos esperar que en un orden social en el que el comercio capitalista disfruta de una gran cantidad de poder y ejerce, o podría ejercer, presiones de una u otra índole contra las críticas procedentes de los académicos [...], un número significativo de estudiosos de las ciencias sociales —definidos en el sentido más amplio posible— se sentiría atraído por el izquierdismo, en una u otra de sus manifestaciones[21].

Algunos analistas de la vida intelectual, como Helmut Plessner, sabio alemán, han propuesto incluso la existencia de «una conexión general entre las ciencias exactas y las inclinaciones en favor de las ideas izquierdistas». Sugiere que los propios conceptos empleados por los científicos en sus obras los impulsan hacia la izquierda:

> Para quienes se dedican a las ciencias exactas, en las que las ideas se encuadran principalmente en una forma matemática, y donde el progreso del conocimiento se basa en experimentos controlados y en las diferentes aplicaciones de los resultados teóricos a la experiencia objetiva, existe una poderosa atracción en las doctrinas del positivismo esclarecido. El más claro reflejo de este tipo de enfoque en la esfera de la ideología política ha de encontrarse en las doctrinas del marxismo. La estrecha conexión establecida por Marx entre las ciencias exactas y las técnicas industriales por un lado y la estructura del poder político por otro, ejerce una atracción especial sobre los científicos, que ven en ella la clave de la comunidad mundial verdaderamente racional del futuro[22].

[20] Los dos estudios de los periodistas citados anteriormente hacen notar el hecho de que la mayoría de los reporteros entrevistados se manifestaba en desacuerdo con la línea de acción de su periódico, y consideraba necesario modificar sus crónicas periodísticas de manera que reflejasen los deseos de sus superiores. L. ROSTEN, *op. cit.*, p. 351. T. E. KRUGLAK, *op. cit.*, pp. 100 y 102. Un estudio realizado en Inglaterra revela que las presiones ejercidas en favor de la creación de una Comisión Real de Prensa, después de 1945, «surgieron del deseo de proteger la libertad y la integridad intelectuales de los periodistas, de los ataques de sus patronos». ROY LEWIS y ANGUS MAUDE, *The English Middle Classes*, Phoenix House, Londres, 1949, p. 179.

«El gran éxito comercial, especialmente en terrenos marginales como Hollywood, la propaganda y la publicidad tienden, en los Estados Unidos de la actualidad, a suscitar remordimientos en el escritor de éxito, y a empujarlo hacia la izquierda.» CRANE BRINTON, *Ideas and Men: The Story of Western Thought*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1950, p. 449.

[21] THEODORE GEIGER, *Aufgabe und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft*, Ferdinand Enke, Stuttgart, 1949, p. 124.

[22] HELMUT PLESSNER, «Ideological Tendencies among Academic Thinkers», *Congress for Cultural Freedom, Science and Freedom*, Secker and Warburg Ltd., Londres, 1955, p. 178. Debe notarse que Plessner considera que la labor de los historiadores los hace que sean conservadores, puesto que sus supuestos se «basan en la tierra y las tradiciones de su patria». Este punto de vista respecto de las ciencias históricas consideradas conservadoras, y

Existen también otros factores, intrínsecos a las diferentes ocupaciones intelectuales, que afectan probablemente a los valores políticos de los intelectuales de todo el mundo, pero el liberalismo de los Estados Unidos tiene también orígenes que son específicos de este país y de su historia. Dos factores se han mostrado importantes, ambos resultantes de nuestra ideología igualitaria. Primeramente, la ideología tradicional de los Estados Unidos ha estado constituida por los dogmas igualitarios de la Declaración de la Independencia, que constituye, fundamentalmente, los valores de la izquierda democrática de todo el mundo. En segundo término, los propios intelectuales que aceptan íntegramente las implicaciones igualitarias del Credo Americano se han sentido menoscabados, como grupo, por no haberles sido acordados los símbolos de *status* elevado que reciben sus colegas europeos. Resulta irónico que algunas de las razones por las que los intelectuales norteamericanos no obtienen los signos de respeto que anhelan emanan de la energía de las normas igualitarias que adoptan.

En cuanto al primer punto, no existe realmente una tradición conservadora en los Estados Unidos, condición que es común a muchas antiguas colonias[23]. La democracia norteamericana nació de una revolución contra un opresor extranjero y rechazó las reivindicaciones del privilegio heredado. Y los norteamericanos, sin tener en cuenta partido, clase ni convicción religiosa, creen en su credo revolucionario —a diferencia de aquellos europeos que viven en sociedades que poseen estructuras aristocráticas de clase antiguas e ideas establecidas, donde las fuerzas del conservadurismo nunca aceptaron, en realidad, la legitimidad de la democracia igualitaria, aun cuando fuera impuesta por las revoluciones.

Ello significa que las ideologías conservadoras que se vuelven hacia una edad dorada nunca han imperado en este país (a excepción, hasta cierto punto, en el sur y entre las «viejas familias» de Nueva Inglaterra en el siglo XIX). Nunca se contrapuso ninguna utopía conservadora a los ideales igualitarios que han guiado nuestras luchas políticas. El intelectual político, el hombre de ideas, no se interesa en ninguna parte en la defensa de inconsistencias y todo *statu quo* se halla lleno de ellas. Sólo mediante el ataque a las limitaciones de su orden social y político puede sentir que se encuentra desempeñando un papel creador provechoso. En Europa

las ciencias exactas izquierdistas, se halla resumido por MICHELS, en 1911, en su *Political Parties*, Hearst's International Library, Nueva York, 1915, pp. 256-257, y respecto de los historiadores en KARL MANNHEIM, *Ideology and Utopia*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1936, pp. 119-122. Michels resume las hipótesis que contraponen «las ciencias especulativas [...], tales como la filosofía, la historia, la economía política, la teología y la jurisprudencia [...], tan profundamente imbuidas del espíritu del pasado [... al] estudio de las ciencias experimentales e inductivas [...], fáciles de atraer para la causa del progreso».

[23] Ver LOUIS HARTZ, *Liberal Political Tradition in America*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1955. «La irónica falla del liberalismo norteamericano reside en el hecho de que nunca hemos poseído una verdadera tradición conservadora», *ibid.*, p. 57. «Excluido todo elevado conservadurismo [intelectual...] por la historia [norteamericana], todo cuanto nos queda es el conservadurismo práctico —pero no el de los profesores sino el de los industriales, los financieros y los politicos.» ARTHUR SCHLESINGER, Jr., «Burke in America», *Encounter*, 5 (octubre de 1955), p. 79. Ver también HERBERT MCCLOSKEY, «Conservatism and Personality», *American Political Science Review*, 52 (1958), p. 39, y CLINTON ROSSITER, *Conservatism in America*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1955, p. 68.

pudo realizarlo, ya sea mediante el apoyo de la utopía reformista —imagen de la buena sociedad del futuro— o abogando por un idealismo conservador, sobre la base, generalmente, de la imagen de una sociedad con valores tradicionales —una Iglesia oficial y una élite aristocrática creadora desligada de la necesidad de adular a las masas no creadoras. En cualquiera de los dos casos puede criticar el presente desde el punto de vista ventajoso de una u otra de estas «buenas» sociedades [24]. Además, bastante a menudo, tanto los reformistas como los tradicionalistas manifiestan desagrado por los mismos rasgos del presente, como la naturaleza de la cultura popular, que los izquierdistas responsabilizan a las instituciones de una sociedad mercantilizada, y el conservador considera como el resultado forzoso de que la democracia haya otorgado a las masas el poder de la selección [25].

La restricción de las posibilidades ideológicas de elección de los intelectuales norteamericanos ha significado que incluso quienes poseen inclinaciones conservadoras definieron sus ideales políticos en términos de las únicas doctrinas a su alcance —las del pasado revolucionario de la nación, que son aborrecidas por los verdaderos conservadores europeos como del más absoluto extremismo—. (En una obra, lamentablemente casi desconocida, escrita a comienzos de la década de 1930, Leon Samson, escritor socialista, señaló el sorprendente paralelismo existente entre el lenguaje utilizado por ciertos importantes dirigentes financieros norteamericanos y por los líderes republicanos, al describir la naturaleza y los objetivos de la sociedad estadounidense, y las declaraciones de varios dirigentes socialistas y comunistas, de Marx a Stalin. Samson argumentaba que una de las causas principales del fracaso de la ideología socialista en los Estados Unidos residía en el hecho de que los objetivos simbólicos del socialismo son idénticos a los del americanismo [26].)

Los políticos conservadores norteamericanos, al carecer de ideología, intentaron simplemente evitar todo cambio o, como los republicanos modernos actuales, competir con los liberales en la prosecución de las reformas igualitarias que podían adoptar. Como lo señalábamos en el capítulo precedente, los partidos conservadores norteamericanos demostraron, en realidad, su propio liberalismo en las esferas no económicas al arriesgar una lucha más constante en favor de los derechos de los negros, que la que emprendieron los demócratas anteriores a Roosevelt [27].

La segunda de las fuentes importantes del izquierdismo político de los

[24] «Casi todos los hombres a quienes ahora estudiamos como parte de nuestra herencia, casi todos los grandes escritores [...] atacados como fueron [...]. Ahora, en el siglo XIX, los intelectuales creadores se rebelan todavía, pero [...] algunos han vuelto su ideal hacia la derecha, hacia la vieja religión, hacia la vieja aristocracia, o hacia una rejuvenecida aristocracia [...]. Otros se han inclinado hacia la izquierda, hacia alguna forma de lo que comienza ahora a ser una palabra terrible para el propietario convencional: el socialismo.» CRANE BRITON, *op. cit.*, pp. 449-452.

[25] Ver GERTRUDE HIMMELFARB, «American Democracy and European Critics», *The Twentieth Century*, 151 (1952), pp. 320-327, para una crítica del punto de vista de los intelectuales socialistas respecto de la cultura popular.

[26] LEON SAMSON, *Towards a United Front*, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1933.

[27] Ver cap. 9, p. 253.

intelectuales norteamericanos proviene de su sentimiento, aparentemente universal, de constituir un grupo desposeído, situado por debajo de la escala de reconocimiento social (prestigio), ingresos y poder, en comparación con los hombres de negocios y los profesionales [28]. En una encuesta reciente se preguntó a estudiosos de las ciencias sociales, catedráticos universitarios, cómo clasificarían los hombres de negocios típicos, los parlamentarios o los administradores de escuelas superiores a los profesores, en relación con «el gerente de una sucursal de banco, un directivo de cierta categoría de una agencia de publicidad y un abogado». La mayoría de los encuestados consideraba que los hombres de negocios y los parlamentarios los colocarían en último lugar. Confiaban más en la opinión que de ellos tenían los administradores de las escuelas superiores, pero, incluso en este caso, casi la mitad opinaba que el administrador «medio» los clasificaría tercero o cuarto. Esta imagen desfavorable que se forman de ellos mismos alienta a los profesores y, afirmaríamos, a otros intelectuales también, a tomar la misma vía política que otros grupos «desposeídos» de todo el mundo, de apoyar a aquellos partidos políticos que atacan la distribución actual de los privilegios. Los datos demuestran claramente que el sentimiento de pertenecer a un *status* bajo se correlaciona estrechamente con la política liberal. «Los votantes demócratas [de entre estos estudiosos de las ciencias sociales] se sienten constantemente más inclinados a creer que nadie estima a un profesor» [29].

EL *STATUS* REAL DE LOS INTELECTUALES

Resulta sorprendente que la imagen que del intelectual norteamericano se forman sus conciudadanos es totalmente diferente de la que él mismo tiene. Mientras *él* puede sentirse relegado y despreciado, la comunidad lo coloca en un lugar bastante alto cuando se realiza una encuesta sobre el *status* relativo de las ocupaciones. En uno de estos estudios de 96 ocupaciones, realizado por el Centro Nacional de Investigación de la Opinión, de la Universidad de Chicago, se sitúa a los profesores universitarios por encima de toda otra posición no política, excepto la de los médicos. Los artistas, los músicos de una orquesta sinfónica y los autores se hallan clasificados casi a la misma altura [30]. Este estudio sugiere, esencialmente, que quie-

[28] MELVIN SEEMAN, en un estudio basado en entrevistas intensivas e inestructuradas a 40 profesores adjuntos de ciencias sociales y humanidades, informa que «estos intelectuales emplean el lenguaje y los mecanismos de *status* minoritario, para describirse a ellos mismos y a su situación». «The Intellectual and the Language of Minorities», *American Journal of Sociology*, 64 (1958), p. 27. Además, David Riesman señaló que «los intelectuales que, por cualquier razón, prefieren considerarse víctimas, contribuyen a las mismas presiones que deploran. Ellas no son tan fuertes como se alega; el considerarlas fuertes coopera para que así lo sean». DAVID RIESMAN, «Some Observations on Intellectual Freedom», *American Scholar*, 23 (1953-1954), p. 14.

[29] P. F. LAZARSFELD y W. THIELENS, Jr., *op. cit.*, pp. 11-17.

[30] Centro Nacional de Investigación de la Opinión, «Jobs and Occupations», en R. BENDIX y S. M. LIPSET (eds.), *Class, Status and Power*, The Free Press, Glencoe, 1953, pp. 412-414.

nes desempeñan ocupaciones intelectuales cuentan, en Estados Unidos, casi con el mismo prestigio que los hombres de negocios importantes, los banqueros y los directores de empresas[31]. En 1950, una encuesta de la opinión nacional arrojó resultados similares. En ese estudio se pedía a la gente que calificara diversos empleos como «clases alta, media, trabajadora o baja». Los profesores eran los cuartos de entre veinticuatro categorías, y el 38 por ciento de los consultados los situó realmente en la clase superior[32].

Puede argüirse que las encuestas nacionales no son significativas en este aspecto, puesto que lo que cuenta es la opinión de la élite; los profesores de ciencias sociales entrevistados en el estudio anterior mencionaban el hecho de que los grandes comerciantes y los altos funcionarios del gobierno no respetan a los intelectuales. Sin embargo, los estudios que compararon las calificaciones realizadas por individuos procedentes de diferentes clases indican que quienes se hallan en una posición social y económica elevada consideran en realidad mucho más favorablemente las ocupaciones intelectuales que los miembros de las clases trabajadora y baja[33].

Quizá la mejor prueba de que las ocupaciones intelectuales, particularmente la enseñanza universitaria, gozan de un alto *status* en los Estados Unidos, proviene, paradójicamente, de los mismos profesores entrevistados por Lazarsfeld, que consideraban que su ocupación sería calificada de manera relativamente baja por los hombres de negocios y los políticos. Estos profesores, que constituyen un buen ejemplo de catedráticos universitarios en ciencias sociales, resultan poseer «antecedentes familiares [...] de *status* relativamente alto», según lo indica el cuadro I.

Aunque los profesores prefieren creer que son subestimados por la gente que se halla fuera de la comunidad intelectual, el hecho de que sean capaces de atraer a sus filas a individuos de orígenes relativamente privilegiados, sugiere que su ocupación es, en realidad, altamente valorada. Los padres de casi la mitad de los encuestados ocupan puestos directivos o

[31] Resulta interesante destacar que los estudios realizados en diferentes países y en diversas épocas indican que el prestigio relativo de las ocupaciones es similar en todas partes. Los sociólogos Alex Inkeles y Peter Rossi compararon los resultados de encuestas realizadas en Japón, Gran Bretaña, los Estados Unidos, Alemania y Australia, y un grupo de «desertores» rusos, concluyeron que las ocupaciones reciben aproximadamente la misma clasificación en todo país. INKELES y ROSSI, «National Comparisons of Occupational Prestige», *American Journal of Sociology*, 61 (1956), p. 339. Los estudios posteriores llevados a efecto en Brasil, Filipinas, Dinamarca y Holanda señalan resultados similares. Dos estudios norteamericanos comparables, sobre el prestigio de veinticinco ocupaciones diferentes, uno realizado a mediados de la década de 1920 y el otro en 1947, demostraron que las clasificaciones eran casi idénticas en ambas épocas. Todos estos estudios indican, esencialmente, que las ocupaciones que requieren altos niveles de educación (intelectuales y profesionales), o que exigen un considerable poder (élite comercial y política), son clasificadas de manera alta en todas partes. Para una exposición y referencias, ver S. M. LIPSET y R. BENDIX, *Social Mobility in Industrial Society*, University of California Press, Berkeley, 1959, pp. 14 y 111.

[32] RICHARD CENTERS, «Social Class, Occupations and Imputed Belief», *American Journal of Sociology*, 58 (1953), p. 546.

[33] Ver JOHN D. CAMPBELL, *Subjective Aspects of Occupational Status*, tesis inédita de doctorado en Filosofía, Departamento de Relaciones Sociales, Universidad de Harvard, 1952.

desempeñan profesiones distintas de la enseñanza. Sólo el 15 por ciento de los profesores son hijos de trabajadores manuales. La comparación de estos datos con los precedentes de diferentes grupos de la élite mercantil norteamericana, como los directores de las mayores empresas, indica que los orígenes de ambos grupos son, en términos generales, similares[34]. En realidad, la comparación puede resultar injusta para la profesión académica, puesto que el grupo de profesores universitarios proviene de todas las instituciones de más alta enseñanza de los Estados Unidos, y los profesores de las mejores instituciones (que son, por lo general, las mayores escuelas) tienen un origen socioeconómico más alto: el 62 por ciento de los que están en escuelas muy grandes (de más de 9.000 estudiantes) proviene de familias de ejecutivos o profesionales, en contraste con el 49 por ciento en las muy pequeñas (700 o menos alumnos); los dos tercios de los estudiosos de las ciencias sociales que trabajan en escuelas privadas no confesionales poseen antecedentes de *status* elevado, en comparación con el 44 por ciento en las instituciones confesionales o en las escuelas normales[35]. Puesto que las ciencias sociales no son las que poseen el más elevado prestigio dentro de la universidad, es posible que los orígenes sociales de los humanistas y de los estudiosos de las ciencias naturales sean aún más altos.

CUADRO I

ORIGENES SOCIALES DE LOS CATEDRATICOS UNIVERSITARIOS EN CIENCIAS SOCIALES *

Ocupación paterna	*Por ciento*
Profesor (principalmente universitario)	8
Otros profesionales	23
Directivos	25
Oficinistas y pequeños comerciantes	15
Agricultores	13
Trabajadores manuales	15
Ninguna información suministrada	1
Total	100 (2.451)

* P. F. LAZARSFELD y W. THIELENS, Jr., *The Academic Mind*, The Free Press, Glencoe, 1958, p. 7.

Poseer orígenes sociales similares no significa, desde luego, que las diferencias en las actitudes y el comportamiento de los académicos y los directivos de empresas comerciales constituyan, primordialmente, un resultado de las diferencias de su ambiente y *status* ocupacionales. Los estudios sobre los valores adoptados por los estudiantes universitarios que persi-

[34] Ver S. M. LIPSET y R. BENDIX, *op. cit.*, pp. 128-137, para un resumen de los diversos estudios sobre las élites mercantiles.

[35] P. F. LAZARSFELD y W. THIELENS, Jr., *op. cit.*, pp. 23 y 26.

guen diferentes objetivos vocacionales indican que dichos valores, incluso las convicciones políticas, pueden determinar la posición ocupacional, como también emanar de ella. Por ejemplo, un estudio de los universitarios (primeramente los de primero o segundo año, y dos años más tarde los de tercero o último curso) reveló que de los estudiantes que planteaban originalmente especializarse en el comercio, los políticamente liberales tendían a modificar su especialización, mientras que los conservadores permanecían en la escuela comercial. De manera similar, cuando se comparaban los valores adoptados por los estudiantes que aspiraban a diferentes ocupaciones, se halló que los que seguían las carreras de ventas, medicina o comercio mostraban un escaso interés por la creación personal y una gran preocupación por «el dinero, el *status* y la seguridad», mientras que se manifestaba el fenómeno inverso en los aspirantes a puestos científicos y profesorales. De este modo, algunas de las características asociadas a diferentes profesiones pueden deberse al hecho de que éstas reclutan diferentes tipos de gente [36]

LOS INTELECTUALES CONTRA LA *INTELLIGENTSIA*

Puesto que la imagen que de sí mismo se forma el intelectual norteamericano, como de un individuo perteneciente a un *status* bajo, parece constituir uno de los principales orígenes de su izquierdismo, y ya que los hechos contradicen esta apreciación, es natural formular la cuestión siguiente: ¿Por qué tiene el intelectual la sensación de que se le considera inferior?

Sospechamos que, en gran medida, sus sentimientos de inferioridad provienen de su glorificación del concepto del *status* del intelectual europeo, y del empleo de la situación europea como punto de referencia y de comparación [37]. Cualquiera que haya tomado parte en una discusión acerca de la vida del intelectual de este país sabe que en un momento dado alguien pondrá de manifiesto que en Inglaterra, Alemania, Francia o Italia, un escritor, pintor, compositor o profesor cuenta *realmente*. *Allí* es reconocido tanto por las élites públicas como por las políticas y las económicas [38].

En verdad, es cierto que existe una diferencia entre el tratamiento que se da al intelectual en Europa y en los Estados Unidos. Pero ella no es mayor ni menor que la que existe entre una sociedad con una división de clases medianamente rígida y otra que acentúa la igualdad. En Europa se otorga una deferencia especial a *todos* los que poseen un *status* elevado, ya sean ingenieros, dueños de fábricas o profesores, mientras que en este país no se le concede a *nadie* en el grado en que ello ocurre en el exterior [39].

Un escritor inglés, A. G. Nicholas, señaló, al comparar la situación del intelectual norteamericano y la del británico, que este último «se ha visto hasta cierto punto protegido por su misma posición dentro de lo que Bagehot denominó una "sociedad deferente". Quizá no *muy* deferente respecto de él mismo; menos que para con el propietario de la casa, el administrador, el soldado, el clérigo o el abogado, a todos los cuales el manto protector de la denominación "caballero" los envuelve más ampliamente, dejando menos espacio al descubierto. Sin embargo, el intelectual [británico] también lo comparte, ya sea que actúe como rebelde o como un apologista vendido» [40].

[36] A este respecto, sería sumamente interesante descubrir más detalles de las causas y consecuencias del hecho de que (tal como lo señalan este y otros estudios) la profesión médica parece atraer al mismo tipo de individuos que las ocupaciones comerciales sumamente competitivas y especulativas —individuos cuyo objeto principal parece ser el de hacer dinero y progresar. Ver MORRIS ROSENBERG, *Occupations and Values*, The Free Press, Glencoe, 1957, pp. 16-19 y 82.

[37] «En la época de Emerson, los profesores y otros intelectuales no habían llegado a ser considerados como grupo especial; ni entonces, ni nunca después, llegaron a ser considerados, recompensados y honrados como en Europa.» MERLE CURTI, «Intellectuals and other People», *The American Historical Review*, 60 (1955), p. 260.

Puede ser que siempre lo ajeno parezca mejor que lo propio, particularmente en el caso de los intelectuales, que desean probar que *es* mejor en otra parte, y que como personajes importantes que viajan al extranjero deben, con frecuencia, participar en intercambios con muchos sectores de la élite nativa, a la que raramente frecuentan de manera regular en su propio país. De este modo, en la década de 1880, JAMES BRYCE nos manifestaba refiriéndose a la eminencia intelectual en los Estados Unidos: «Considero que recibe más respeto que en cualquier lugar de Europa, excepto posiblemente en Italia, donde el interés por los hombres instruidos o los poetas o los artistas parece ser mayor que en cualquier otro país de ese continente. Un escritor famoso, o consagrado, es conocido por su nombre por un número muchísimo mayor de personas en Estados Unidos, del que conocería a una persona similar en cualquier país europeo. Es una de las glorias del país.» JAMES BRYCE, *The American Commonwealth*, vol. II, The Copp Clark Pub. Co. Ltd., Toronto, 1891, p. 621.

Más recientemente, RAYMOND ARON, quien considera que, en última instancia, la posición del intelectual británico es superior a la del francés, afirma, sin embargo: «Los escritores ingleses de la vanguardia [...] quedan extasiados cuando llegan a París [...]. Desarrollan inmediatamente un interés apasionado por la política [...]. El último artículo de Jean-Paul Sartre constituye un acontecimiento político; al menos, es saludado como tal por un círculo de gente que, aunque estrecha de criterio, se halla convencida de su propia importancia.» Esta impresión que poseen los intelectuales ingleses y —por supuesto— los norteamericanos sobre la influencia política de sus colegas franceses es, de acuerdo con Aron, superficial y falsa. RAYMOND ARON, *The Opium of the Intellectuals*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1957, p. 218.

[38] Un analista francés de los intelectuales norteamericanos escribió recientemente: «Me parece que la actitud del intelectual norteamericano, en comparación con su homólogo europeo, se basa en la frustración y en un complejo de inferioridad. Continuamente encuentro gente que me dice que el intelectual en Europa disfruta de una posición que, si no más afortunada, es por lo menos más digna que la de los norteamericanos.» R. L. BRUCKBERGER, «An Assignment for Intellectuals», *Harper's*, 212 (febrero de 1956), p. 69.

[39] «Una y quizá única cosa puede afirmarse con certeza. En Estados Unidos no existen los rangos, es decir, no hay ningún signo externo e identificable que marque a un hombre como merecedor de privilegios sociales de alguna clase, o de deferencia y respeto de parte de los demás. Ningún hombre tiene derecho a creerse mejor que sus congéneres, o a esperar que éstos le demuestren ninguna consideración especial.» JAMES BRYCE, *op. cit.*, p. 618. Para un desarrollo de estas ideas, que intenta demostrar cómo los esfuerzos de los norteamericanos de *status* superior, tendentes a establecer distinciones de rango familiar, son consecuencia de la fuerza de la ideología igualitaria, ver S. M. LIPSET, «Social Trends in America», en LYMAN BRYSON (ed.), *A Guide to Knowledge*, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1960.

[40] A. G. NICHOLAS, «Intellectuals and Politics in U.S.A.», *Occidente*, 10 (1954), p. 47. Otra de las fuentes de variación del *status* acordado a los intelectuales en Europa y en los Estados Unidos emana de la diferencia numérica. El título de «profesor» se halla en manos de cerca de 200.000 personas en los Estados Unidos, y de a lo sumo unos pocos miles en los más importantes países europeos. Ello se debe, en parte, a que existe menor número de universidades en Europa, punto que se discutirá más adelante, y en parte tam-

En la mayoría de las fábricas europeas existen rígidas diferencias de *status* entre las ocupaciones. Hemos oído quejarse a trabajadores e ingenieros norteamericanos, empleados temporalmente en Europa, de las «tontas» diferencias entre las relaciones sociales en esas fábricas y en las nuestras. Un capataz de una refinería que trabajó en Bélgica en una oportunidad nos refirió que se hallaba a cargo de un autobús Volkswagen de la compañía, y después de observar que la mayoría de los trabajadores que tomaban parte en la obra —que se encontraba fuera de la ciudad— concurrían al trabajo en bicicleta, invitó a cierto número de ellos a viajar con él en el autobús. Lo hizo tanto con trabajadores manuales como con oficinistas. Después del primer día, estos últimos se presentaron ante él para decirle que no podían viajar en un coche junto con los trabajadores manuales, que debía darse cuenta que no era tal la costumbre en Bélgica.

De igual modo, un profesor socialista alemán nos refirió las dificultades que, en ocasiones, se le presentaban debido al empleo de las dos formas de tratamiento en alemán, *Sie* (usted) y *du* (tú). Esta última forma sólo debe usarse con los íntimos e iguales en *status*, pero el Partido Socialdemócrata institucionalizó, hace décadas, el empleo de la forma *du* entre los camaradas del partido. Los obreros que no se conocen entre sí lo usarán inmediatamente en una reunión del partido, pero cuando se enfrentan con un *Herr Professor Doktor* se cohíben e intentan evitar el empleo de cualquiera de las dos formas..

Es evidente que los intelectuales reciben una deferencia social gratificante en muchas partes de Europa, *pero lo mismo sucede con todas las posiciones de status* alto. Lo que no logra ver el intelectual norteamericano que envidia a su hermano europeo es que lo que objeta en realidad es el igualitarismo que rige en los Estados Unidos, y no una valoración más baja de su ocupación por parte de sus conciudadanos. En este país, un obrero corregirá el juicio de los ingenieros y el hijo de un obrero «desmentirá» a su profesor en la universidad si no está de acuerdo con él. Los patronos y los ingenieros norteamericanos hallan natural este código de modales, pero los intelectuales le encuentran objeciones. Inconscientemente piensan en términos europeos, de manera muy similar a como lo hacen los diversos *émigrés* europeos de clase media, escapados del nazismo y del comunismo, quienes se han sentido disminuidos en *status* en Estados Unidos, aun cuando ocupen posiciones comparables a las que poseían en Europa.

> Debido a su profundo sentido de clase y *status*, la integración en los Estados Unidos no es fácil para el *émigré*. Los ingenieros calificados o el médico que, después de largos años de internado, sin aprobar los exámenes finales, y de fregar platos o los pisos de los laboratorios, se establecen finalmente en su profesión, descubren que no gozan del mismo *status* reverenciado que habrían tenido en su país. Hemos conocido a algunos jóvenes médicos croatas en la zona de Los Angeles, que ganaban de 25.000 a 35.000 dólares por año, pero que, sin embargo, se sentían *déclassés* (disminuidos en su *status*) [41]

bién a que los europeos limitan el título de profesor a unas pocas personas en cada terreno de cada universidad, con frecuencia sólo a una de ellas. Como lo señaló JOHN D. HICKS: «En este país poseemos gradaciones —profesor asistente, profesor asociado, profesor jefe de cátedra— y todos ellos son profesores [...]. Pero en el Viejo Mundo es diferente. Allí no existen gradaciones. Se es o no se es profesor; y si se es, ello lo coloca en un pedestal de cierta preeminencia. La mayoría del personal pedagógico de una universidad del Viejo Mundo no son profesores en absoluto, y no pueden conservar la esperanza de llegar a serlo jamás.» JOHN D. HICKS, «The American Professor in Europe», *Pacific Spectator*, 6 (1962), p. 432.

Muchos intelectuales norteamericanos ven en el supuesto gran dominio de la cultura popular «chabacana» en los Estados Unidos, en comparación con Europa, más pruebas del bajo prestigio del esfuerzo verdaderamente creador en este país. Sin embargo, en los últimos años, a medida que Europa ha ido asemejándose más a los Estados Unidos en su estructura económica y de clase, muchos intelectuales europeos se han sentido desalentados por el rápido crecimiento de pautas culturales similares en sus propios países. El desarrollo de la cultura de masas en Europa quizá sea el resultado de que, por primera vez, las clases inferiores disponen de bastante tiempo y dinero para hacer que sus demandas en el terreno de la cultura se sientan en el mercado. Quizá la «americanización» consista meramente en la elevación del nivel de vida de las masas y en la reducción de la distancia existente entre las clases. El problema no reside en la antipatía popular hacia las actividades «cultas» o los intelectuales, sino más bien en la relación entre el grado de democracia y el nivel de cultura del hombre medio.

David Riesman, uno de los pocos intelectuales norteamericanos que argumenta que «en los Estados Unidos actuales, mucho más fluidos y amorfos, *el escritor, el artista y el científico se han convertido en figuras de atracción*, si no de poder», sugirió una interesante teoría para explicar por qué estas personas son tan sensibles a la crítica [42]. Señala que los estudiantes orientados hacia actividades intelectuales se encuentran generalmente en pequeña minoría en las escuelas públicas secundarias norteamericanas. Por desviarse de las normas escolares, que destacan intereses no intelectuales, los intelectuales incipientes son a menudo ridiculizados y aislados. Esta temprana experiencia escolar se conserva en ellos en su vida posterior, y toda crítica subsiguiente de su intelectualidad les recuerda su experiencia del colegio secundario. Si ello es cierto, aquellos intelectuales de nuestro país o de otro que hayan estudiado en escuelas especializadas en la preparación de una élite deben sentirse mucho menos preocupados por el antiintelectualismo.

[41] BOGDAN RADITSA, «Clash of Two Immigrant Generations», *Commentary*, 25 (enero de 1958), p. 12.

[42] DAVID RIESMAN, *op. cit.*, p. 15; Lionel Trilling y Saul Padover llamaron también la atención sobre el elevado *status* de los intelectuales norteamericanos. Ver LIONEL TRILLING, «Mind and Market in Academic Life», *The New Leader* (9 de febrero de 1959), pp. 19-23, y SAUL PADOVER, «Kissinger and the Egghead», *The Reporter* (30 de abril de 1959), pp. 7-8. Para una discusión de los efectos de la experiencia escolar, ver DAVID RIESMAN, «Comments», *Daedalus*, 88 (1959), pp. 491-493.

EL PROBLEMA NUMERICO

Otras dos fuentes de las tendencias izquierdistas del intelectual norteamericano, que no emanan tan directamente de los valores igualitarios de los Estados Unidos, las constituyen el aparente aislamiento del intelectual de otros sectores de la élite —particularmente su falta de contacto directo con el poder político en comparación con el intelectual europeo— y sus ingresos, en comparación con los de los directivos de empresas y los profesionales.

¿Por qué mantiene el intelectual norteamericano *medio* un menor contacto directo con otros sectores de la élite, particularmente con los hombres que detentan el poder político, que el intelectual europeo *medio*? Sencillamente debido a que existen, tanto en términos absolutos como proporcionales, más intelectuales en los Estados Unidos, y que éstos se hallan más ampliamente distribuidos desde el punto de vista geográfico que en ningún otro país. En 1929, el total de *diez* profesores de economía de Australia se reunió y expresó a su gobierno que ellos consideraban desastroso para el país el abandono de la norma dorada que restringía el número de profesores. El gobierno laborista de la época no se sintió satisfecho con esto, pero consideró que no debía tomar medidas contra los «expertos». ¿Cómo podrían los millares de profesores norteamericanos de economía ejercer, de alguna manera, tal influencia conjunta? Existen en este país más de 1.800 institutos de enseñanza superior y universidades, mientras que Gran Bretaña posee alrededor de 15, Alemania Occidental menos de 20, Noruega 1, Dinamarca 2, Suecia 4, etc. Sólo en el Gran Nueva York hay más de 20.000 personas dedicadas a la enseñanza, en cerca de cuarenta institutos de enseñanza superior. La zona de Boston cuenta con cerca de 9.000 profesores de enseñanza superior y universitaria, 3.000 de los cuales pertenecen al cuerpo docente de Harvard. La zona norte de California cuyo centro es San Francisco posee 14.000. En nuestro país existen actualmente más de 1.100 orquestas sinfónicas patrocinadas por la comunidad. Además, tal como lo señaló el *Suplemento Literario del Times* en su edición dedicada a la literatura norteamericana, existen bastante más de cien revistas literarias en Estados Unidos, en comparación con unas pocas en Gran Bretaña.

Ningún centro urbano del mundo democrático se aproxima a la ciudad de Nueva York en el número de intelectuales empleados en universidades, revistas, editoriales y otras ocupaciones «intelectuales». Sin embargo, mientras puede decirse de Nueva York que es la capital intelectual de los Estados Unidos, existen importantes grupos de intelectuales distribuidos por todo el país, cuyo número total es muchísimo mayor que los que viven en Nueva York o sus alrededores. (Nueva York no tiene sino una Universidad —Columbia—, tercera en la clasificación nacional en orden de tamaño por facultades, después de Harvard y de la Universidad de California, en Berkeley [43].) Existen importantes escuelas de pintura y litera-

[43] *Comité Presidencial, The Educational Future of Columbia University*, Columbia University Press, Nueva York, 1957, p. 13. Es digno de notarse que, aunque Columbia se halla

tura en diversas partes del país, desde Seattle y Los Angeles, en la Costa Oeste, hasta Nuevo México, Nueva Orleans, Chicago, Boston, etc. Según la observación de Nicholas, «Broadway no debe cejar ni un momento para poder hacer frente a las ambiciones de Hollywood [...]. Boston no abandonó la esperanza de recuperar su preeminencia literaria, ni San Francisco la convicción de que el curso del imperio cultural continuará extendiéndose hacia el oeste» [44].

El gran número de intelectuales de los centros metropolitanos, así como el enorme tamaño del país, limitan necesariamente el grado de relación existente entre los intelectuales, que quedan separados de quienes se desempeñan en otros terrenos tales como el político o el comercial. Es frecuente que los académicos que viven en grandes ciudades sólo conozcan bien a las personas que trabajan en sus propias disciplinas, y podemos certificar, de acuerdo con nuestra experiencia directa, que las relaciones sociales entre la gente que posee la misma especialidad y que trabaja en diferentes universidades de la misma comunidad, son poco frecuentes. Más de sesenta historiadores dedican todo su tiempo a su trabajo en la facultad correspondiente de la Universidad de Columbia. La Universidad de Berkeley cuenta con más de treinta sociólogos —número mayor que el de los que están empleados en todas las universidades británicas o canadienses. Existen en muchas sociedades grupos de artistas, de escritores de vanguardia, de literatos empleados en la industria editorial, pero el número de sus miembros es, con frecuencia, demasiado grande para permitir un estrecho contacto con otros grupos [45].

El aislamiento relativo entre los profesores norteamericanos de enseñanza superior y los demás grupos, intelectuales o de otra índole, se halla corroborado por la investigación realizada entre los estudiosos de las ciencias sociales, por Lazarsfeld-Thielens. Más de los tres quintos de los encuestados (62 por ciento) manifestaron que «sus principales contactos sociales se hallan confinados a la Universidad», cifra que se eleva a más del 70 por ciento entre quienes se encuentran en los institutos de enseñanza superior y universidades más distinguidos [46]. En los países que poseen élites más reducidas existe, forzosamente, una interrelación mucho mayor.

situada en Nueva York, ha disminuido su importancia en las ciencias sociales, principales estudios en 1925, pero que pasaron a un tercer lugar en 1957; *loc. cit.*

[44] A. G. NICHOLAS, *op. cit.*, p. 45. «En los Estados Unidos, los políticos están en Washington, los editores y la gente de teatro en Nueva York, el ambiente cinematográfico en Los Angeles, mientras los profesores y la prensa se hallan en todas partes. (La mayoría de los ingleses que he conocido no se dan cuenta *realmente* de que los Estados Unidos no poseen una prensa nacional, y de que la abrumadora mayoría de los profesores universitarios vive en pequeñas ciudades.) Es muy posible que un individuo edite una revista que cuente con más de medio millón de lectores, sin que haya conocido nunca a ninguna figura destacada de la politica, el teatro o la música.» IRVING KRISTOL, «Table Talk», *Encounter*, 5 (octubre de 1955), p. 60 (el subrayado figura en el original).

[45] La ciudad de Oakland, California, que cuenta con 400.000 habitantes y es fundamentalmente una ciudad industrial y de clase trabajadora, pudo afirmar en 1958 que «el número de artistas activos en Oakland es sorprendente. Pueden encontrarse cerca de 1.000 hombres y mujeres como pintores remunerados. Dos de los 17 pintores norteamericanos de la Feria de Bruselas provenían de esta ciudad». ED SCHOENFELD, «Oakland and the Arts», *Tribune* de Oakland (28 de diciembre de 1958), p. M-3.

[46] P. F. LAZARSFELD y W. THIELENS, Jr., *op. cit.*, pp. 31-32.

Irving Kristol, editor de revistas en Nueva York y Londres, observó en una oportunidad: «Lo que me ha sorprendido, y sorprende a todo norteamericano, es el grado en que casi todos los intelectuales británicos se hallan relacionados [...]. Para expresarlo de una manera discreta, en Estados Unidos la situación es diferente [...]. No es de ninguna manera inconcebible el que los principales editores de *The New Yorker* no hayan conocido nunca a los de *Time*»[47]. Dwight Macdonald, cuya experiencia literaria abarca también a muchas ciudades, comentó: «Como colaborador de estas dos revistas, puedo asegurar que esto es cierto; los círculos intelectuales de Nueva York no son ni concéntricos, ni secantes ni tangenciales, y conocemos "personalmente" [...] a sólo una pequeña proporción de los autores cuyos libros y artículos leemos. La comunidad intelectual londinense es mucho más amplia e incluye a los hombres de negocios, abogados e inclusive a los editores y a los parlamentarios»[48].

Los profesores norteamericanos que enseñan en el Canadá dan cuenta de experiencias similares. Conocen inmediatamente a las figuras principales en cierto número de esferas, puesto que en cada una de ellas existe un grupo relativamente pequeño. La Canadian Broadcasting Corporation emplea a una gran cantidad de intelectuales canadienses. Las oficinas gubernamentales y los políticos consultan a una proporción considerable de los especialistas en ciencias sociales del país. Los partidos políticos utilizarán a cualquier intelectual simpatizante de la causa que desee participar en la política.

El gobierno de los Estados Unidos, aun en el caso de que esté en manos de los republicanos, también emplea y consulta a profesores y otros intelectuales. Según John Fischer, editor de la revista *Harper's*, «el gobierno de Eisenhower emplea a más profesores de lo que nunca lo hiciera el New Deal»[49]. (La necesidad de intelectuales por parte de los republicanos puede ser comprobada en el hecho de que dos profesores que escribieron apreciaciones en las que simpatizaban con el partido, Arthur Larson y Malcolm Moos, fueron posteriormente empleados en calidad de consejeros presidenciales en la Casa Blanca.) Por supuesto, la gran mayoría —más del 90 por ciento— debe excluirse de este cuadro, pero arriesgaríamos la opinión de que otro tanto, si no más, de profesores y otros intelectuales son empleados y consultados por las altas esferas gubernamentales, estatales y federales, en la mayoría de las naciones europeas[50]. Sólo cuando se efectúa la comparación en términos de la propor-

[47] I. KRISTOL, *op. cit.*, pp. 60-61. Kristol ha editado *Encounter* en Londres y *Commentary* y *The Reporter* en Nueva York.

[48] DWIGHT MACDONALD, «Amateurs Journalism», *Encounter*, 7 (noviembre de 1956), p. 19; para comentarios realizados con posterioridad por Macdonald sobre el mismo tema, ver su carta «Politics and Partisans», *Columbia University Forum*, 2 (1958), p. 3.

[49] JOHN FISCHER, «The Editor's Easy Chair», *Harper's*, 216 (marzo de 1958), p. 18.

[50] Se sugirió que la separación entre la capital política, Washington, y la capital intelectual, Nueva York, contribuye también a aumentar la sensación de aislamiento del poder político por parte de muchos intelectuales. «El único tipo de intelectual que posiblemente se dirija a Washington es [...] aquel que ha decidido hacer de la política su ocupación exclusiva.» A. G. NICHOLAS, *op. cit.*, p. 44. Es curioso que Washington no sólo se halla separada de las actividades intelectuales de Nueva York, sino que constituye una de las pocas

ción de intelectuales, Estados Unidos está en inferioridad —porque son tanto más numerosos que en Europa[51].

Otro de los puntos, verdaderamente vulnerable, de la imagen negativa que el intelectual norteamericano ofrece de sí mismo, se refiere a sus ingresos. Comparado con los hombres de negocios y los profesionales independientes, es un pobrete[52]. Su razonamiento es el siguiente: se retribuye a la gente de acuerdo con lo que ella vale; en consecuencia, una remuneración más baja implica que el propio valor es menor. Este silogismo pasa por alto el hecho importante de que existen en realidad dos estructuras de ingresos en los países occidentales modernos: los privados y los públicos. Un cargo público de *status* elevado es siempre peor remunerado que el privado correspondiente. Un abogado que se halla en el pináculo de su profesión, esto es, en un puesto de juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, percibe mucho menos que gran número de abogados de sociedades anónimas, en el ejercicio privado de su profesión. Al abandonar sus empleos particulares, los miembros del gabinete de Eisenhower debieron soportar considerables disminuciones de salarios. Si se considera a un grupo similar de intelectuales, los profesores más destacados de las principales universidades norteamericanas perciben salarios que son más

grandes ciudades de los Estados Unidos que carece de una universidad secular importante. A este respecto, es comparable a muchas capitales de Estado, como Albany, Estado de Nueva York; Sacramento, California; Harrisburg, Pensilvania, y Springfield, Illinois. Sería interesante comparar el papel político y los sentimientos subjetivos respecto del poder de los estudiosos de las ciencias sociales en las universidades emplazadas en las capitales de Estados, con los de otras ciudades. RICHARD HOFSTADTER señaló que en el Estado de Wisconsin, donde coinciden la capital y la universidad, «aun antes de comienzos del presente siglo, existía una unión estrecha entre el régimen de La Follette y la universidad estatal, situada en Madison, anticipación de lo que serían todos los *trusts* intelectuales posteriores». *The Age of Reform*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1955, p. 149. Minnesota es otro de los Estados en los que la universidad y la capital se hallan en la misma zona urbana, y en el que existe una estrecha cooperación y amplias relaciones sociales entre los estudiosos de las ciencias sociales y los políticos.

[51] Es interesante notar, a este respecto, que el sociólogo francés Raymond Aron, al intentar explicar las inclinaciones comunistas de un amplio sector de intelectuales franceses, a pesar de su elevado *status*, arguye que éstos se sienten, legítimamente, aislados del poder. «La mayoría de los intelectuales [franceses] que se interesan por la política se sienten decepcionados debido a que consideran que fueron defraudados en lo que esperaban. Ya sean sumisos o rebeldes, parecen predicar en el desierto [...]. En los Estados Unidos, Gran Bretaña, e inclusive en Alemania, nunca deja de haber un intercambio de ideas y de gente entre los economistas y los círculos dirigentes de la banca y la industria, entre éstos y las esferas más altas del servicio público, entre la prensa seria, las universidades y el gobierno. La mayoría de los hombres de negocios franceses nunca ha conocido a un economista, y hasta hace poco tendía —confidencialmente— a menospreciar esa actividad. Los empleados públicos franceses son totalmente indiferentes al consejo de los eruditos, y los periodistas poseen pocos contactos con unos y otros [...]. A este respecto, ninguna otra clase dirigente se halla tan mal organizada como la francesa.» R. ARON, *op. cit.*, pp. 220-221.

[52] «Los escritores ocupan una posición peculiar en la estructura de clases de la sociedad norteamericana: forman lo que los sociólogos llamarían un grupo externo, o más bien un conjunto de tales grupos [...]. Sus ingresos son menores, en términos generales, que los de los médicos y los procuradores, mayores que los de los clérigos y más o menos iguales a los de los profesores de los institutos de enseñanza superior.» «Prophets Without Honour? The Public Status of American Writers», *Suplemento Literario del Times* (17 de septiembre de 1954), p. LIV. Pero Raymond Aron nos refiere que en Francia algunos intelectuales «dirigen miradas ansiosas allende el Atlántico, donde algunos especialistas de la palabra escrita, a quienes vacilaríamos en llamar intelectuales, se procuran ingresos considerables». R. ARON, *op. cit.*, p. 219.

ventajosos que los otorgados en todos los puestos del gobierno, a excepción de los de las más altas esferas, o en otras instituciones no lucrativas. El salario *mínimo* de los profesores con plena dedicación en ciertas buenas instituciones de enseñanza superior es en la actualidad de 11.000 dólares por año académico, y algunos obtienen aumentos automáticos más o menos regulares. Muchos profesores perciben mayores ingresos por otros conceptos, honorarios por consultas de sociedades y gobiernos, por artículos, conferencias y libros. Los datos resultantes del estudio de los profesores de ciencias sociales, previamente citados, indican que el 62 por ciento de quienes trabajan en este terreno cuentan con fuentes suplementarias de ingresos, y que los profesores más fecundos, presumiblemente los que perciben salarios regulares más elevados, son los que se procuran más probablemente ingresos extraordinarios [53]. Es cierto, desde luego, que muchos profesores podrían ganar más en ocupaciones privadas, pero este mismo hecho contradice la tesis de que sus talentos son subestimados. La verdad es que los profesores, al igual que los abogados que llegan a jueces o a ser elegidos para un cargo público en vez de ser consejeros de compañías privadas, creen realmente que las recompensas no económicas de su trabajo valen más que las ganancias pecuniarias [54].

LOS INTELECTUALES Y LA POLITICA

Las dos derrotas de Adlai Stevenson fueron consideradas por muchos intelectuales como un indicio de la incapacidad de los intelectuales norteamericanos para desempeñar un papel efectivo en la política [55]. Pero no es seguro que las derrotas que le infligió la personalidad carismática de Eisenhower demuestren nada más acerca de la efectividad de un enfoque «intelectual» de la campaña política que el éxito de Stevenson en su pugna de 1948 por el gobierno de Illinois, en la que obtuvo 400.000 votos más que «el hombre del pueblo», Harry Truman. En realidad, en el nivel de la política partidaria y de los cargos obtenidos mediante elecciones, los intelectuales se desenvuelven sorprendentemente bien. En el Senado de los Estados Unidos hay catorce ex miembros del cuerpo de profesores de diversos institutos de enseñanza superior (once demócratas y tres republicanos) y «más de la mitad de los senadores restantes han *obtenido* prominentes títulos universitarios» [56]. El primer demócrata elegido para senador por Oregón, después de más de cuarenta años, Richard Neuberger, es un escritor profesional, al igual que Ernest Gruening, elegido senador por Alaska en la primera elección del cuadragésimo noveno Estado de la Unión. John Kennedy, reelegido en 1958 senador por Massachusetts, con un récord absoluto de más del 75 por ciento del total de votos, ha publicado dos libros, uno de ellos una tesis académica escrita antes de dedicarse a la política; es graduado *cum laude* de la Universidad de Harvard y se ganó un premio Pulitzer.

La habilidad de los intelectuales norteamericanos para obtener un cargo gubernamental resulta especialmente sorprendente dado el hecho de que los sistemas electoral y de partidos norteamericanos, con su carencia de un control centralizado de los candidatos, por parte del partido, dificulta la obtención de nombramientos de los partidos, a menos que los aspirantes asciendan por vía de la política de camarillas y disfruten del apoyo de dirigentes de partidos locales. En gran parte de Europa, por otro lado, los dirigentes de partidos centralizados pueden conferir nombramientos a los intelectuales de los partidos. Pocos intelectuales norteamericanos se hallan preparados para seguir la senda de la participación directa en la política local como lo hicieron Paul Douglas, Ernest Gruening, Richard Neuberger y Hubert Humphrey.

EL ANTIINTELECTUALISMO Y LOS VALORES NORTEAMERICANOS

Aunque gran parte de la imagen autohumillante que el intelectual norteamericano bosqueja para justificar sus sentimientos de separación de la sociedad resulta sin valor, existieron, en este país, fuertes tendencias antiintelectuales, y este hecho contribuye a explicar la tradicional falta de un grupo considerable de intelectuales políticamente conservadores. En este sentido, el antiintelectualismo no implica que los intelectuales constituyan o hayan constituido un grupo de *status* bajo en los Estados Unidos, pero emana, en parte, de la carencia de una aristocracia hereditaria que imponga ciertas normas básicas de comportamiento de la clase superior y de la temprana implantación del sufragio de los adultos en este país.

---

[53] P. F. LAZARSFELD y W. THIELENS, Jr., *op. cit.*, p. 241. Los autores dividieron a su grupo en cinco más pequeños, según una escala de «productividad». De quienes formaban parte del grupo inferior, probablemente los menos eminentes y los que perciben una remuneración más baja, sólo el 47 por ciento posee fuentes de ingresos suplementarios, mientras que entre los que se hallan en la categoría «más productiva», el 76 por ciento se procura fondos adicionales a sus salarios universitarios respectivos.

[54] No puede argumentarse que el sueldo medio que se paga a los profesores de un instituto de enseñanza superior sea bajo, ni que muchos profesores con plena dedicación reciban remuneraciones inadecuadas. Pero los jóvenes profesores universitarios y los empleados públicos perciben sueldos extremadamente bajos en todas partes, y el gran número de institutos de enseñanza superior mediocres con asignaciones inadecuadas hace bajar el promedio.

[55] «Los autores, como clase, poseían muy poco o ningún poder político. Lo que algunos de ellos escribieron podía influir sobre los votantes diez o veinte años más tarde, pero rara vez eran capaces de colaborar con sus candidatos en una elección dada. Es inclusive un serio problema el determinar si su apoyo casi unánime al Sr. Stevenson en 1952 aumentó o disminuyó el número total de votos en su favor; otros grupos pueden haber decidido votar en contra de alguien que despertó un tal entusiasmo entre los "eggheads".» *Suplemento Literario del Times* (17 de septiembre de 1954), p. LIV.

[56] La cita es de JOHN FISCHER, *op. cit.*, p. 18, quien también señala que «Lyndon Johnson [...], el segundo de los políticos del país en cuanto a poder, fue, en una época, maestro de escuela. Su adjunto en la dirección de la mayoría senatorial es un ex profesor de instituto de enseñanza superior.» La estadística relativa a la composición del actual Senado proviene del *Times* de Nueva York (9 de noviembre de 1958), p. 65, «Cap and Gown Win Favor of Voter-3 Newly Elected College Professors to Join Faculty of 11 Current Senators». Este artículo también señala que otros siete senadores (seis de ellos demócratas) son miembros de la Phi Beta Kappa, sociedad honoraria universitaria nacional.

La ausencia de una clase aristocrática en los Estados Unidos significó que, por un largo período, la nación no mostró el mismo respeto por las actividades culturales que las aristocracias tradicionales desarrollaban como parte de su forma de vida, y que fueron adoptadas por gran parte de la burguesía europea, que trataba de imitar el estilo de la clase a la que reemplazaba. Durante gran parte del siglo XIX, particularmente la segunda mitad, la aparición de literalmente cientos de millonarios norteamericanos que habían amasado ellos mismos sus fortunas, elevó hasta puestos prominentes y otorgó poder cívico a individuos que carecían de los atributos sociales y de los intereses culturales de las clases superiores establecidas. El enriquecido por su propio esfuerzo tiende a destacar el valor del éxito material y del consumo ostentoso y a despreciar las actividades aparentemente improductivas. Se enorgullece del progreso económico y tecnológico, y no es casualidad que una de las primeras artes que floreció en este país fuera la arquitectura. Durante la última parte del siglo XIX muchos intelectuales norteamericanos, como Henry Adams, se sentían desterrados en un mundo dominado por tales individuos.

(Entre paréntesis, debe señalarse, sin embargo, que ninguna clase superior de nuestra época ha puesto a disposición de la actividad intelectual tal cantidad de fondos. Hombres como Carnegie, Rockefeller, Stanford, Guggenheim, Ford y otros establecieron nuevas normas mediante sus donativos a las universidades o por medio del establecimiento de fundaciones. Veblen y otros señalaron estas contribuciones sumamente generosas como ejemplos de consumo ostentoso. Lo que se omite en este análisis es la implicación del hecho de que se supone que el apoyo a las actividades intelectuales confiere prestigio a los norteamericanos ricos. En sus últimos años, Andrew Carnegie se rodeó de intelectuales y artistas y se interesó por sus problemas económicos. En su comunicación que acompañaba al donativo para el establecimiento de la Fundación Carnegie, manifestaba que entre sus propósitos se contaba el de «realizar todo lo necesario para alentar, sostener y dignificar la profesión de maestro y la causa de la educación superior» [57]. Esta norma de efectuar grandes donaciones para actividades intelectuales posee escasas contrapartidas en otras partes del mundo. Con raras excepciones, los franceses, británicos o alemanes ricos no sintieron la necesidad de apoyar en gran escala los esfuerzos intelectuales.)

Durante el siglo XX, los gustos vulgares introducidos por los llamados «barones ladrones» comenzaron a declinar. Sus descendientes establecieron el Registro Social e intentaron crear una aristocracia norteamericana. E. Digby Baltzell describió acertadamente, en un estudio de la clase alta de Filadelfia, recientemente publicado, la aparición, en este siglo, de escuelas privadas selectas, como Groton, que han llegado a desempeñar un papel comparable a Eton y Harrow en Gran Bretaña, la centralización gradual de la educación de la clase alta en unas pocas universidades, la codificación de la pertenencia a esta clase en el Registro Social y la conversión de las familias de *status* elevado al episcopalianismo [58]. Todas estas tendencias han contribuido a la reducción, si no a la eliminación, del tipo de antiintelectualismo materialista que incomodaba a Henry Adams.

Pero a medida que declinaba el antiintelectualismo manifiesto surgido de la situación social de los nuevos ricos, aparecía una nueva fuente de aquél. El antagonismo hacia la cultura norteamericana, dominada por las esferas comerciales, que condujo a muchos intelectuales del siglo XIX a retirar completamente su interés de la política o de los asuntos públicos, se volcó, en el siglo XX, hacia el apoyo a las políticas liberal e izquierdista —primero el progresismo y la New Freedom de Wilson; más tarde, como hemos visto, el marxismo y el New Deal [59]—. Además, Marcus Cunliffe, estudioso inglés de la historia norteamericana, sugiere que la Primera Guerra Mundial, «junto con la Revolución Rusa [...], demostró, finalmente, a la vanguardia norteamericana que ésta se hallaba más en lo cierto que la sociedad en la que ella vivía. No es demasiado insensato afirmar que el año 1917, de revolución y motín, marcó también una revolución cultural en los Estados Unidos: movimiento que adoptaría el vocabulario de Marx así como el de Freud» [60].

Esta aparición del intelectual en la lid política como parte activa trajo consigo el antiintelectualismo, como línea de contraataque por parte de los conservadores políticos y religiosos acosados. El macarthismo no es sino el último ejemplo del ataque de los políticos a los intelectuales. Otros ataques similares cuentan con una historia particularmente extensa en los Estados Unidos, como lo demostró documentalmente el historiador Merle Curti [61]. Pero lo prolongado de esta historia se debe principalmente al hecho de que los Estados Unidos cuentan con la más larga historia continuada del mundo de política democrática y de sufragio de los adultos. Es evidentemente necesario que los políticos traten de desbaratar el poder de las opiniones de la oposición, y el hecho mismo de que los intelectuales siempre han proclamado que su educación e inteligencia superiores otorgan importancia a sus puntos de vista tentó a todos los que estaban en desacuerdo con ellos, tanto en Europa como en los Estados Unidos, a apelar

[57] CLAUDE C. BOWMAN, *The College Professor in America*, edición privada, Filadelfia, 1938, p. 57. En 1919, John D. Rockefeller siguió los pasos de Carnegie al donar «50 millones de dólares para un movimiento nacional en favor de remuneraciones más adecuadas para los profesores de enseñanza superior». *Ibid.*, p. 43; y en 1955, la Fundación Ford, en la que la familia Ford conserva una influencia considerable, contribuyó con 500 millones de dólares para aumentos de sueldo en las universidades.

[58] E. DIGBY BALTZELL, *Philadelphia Gentlemen*, The Free Press, Glencoe, 1958.

[59] R. HOFSTADTER analizó profundamente algunas de las fuentes del cambio hacia la izquierda de la *intelligentsia* norteamericana, en la que, «comenzando lentamente en la década de 1890 y cada vez más en las dos décadas posteriores, los miembros de estas profesiones desertaron del conservadurismo incondicional posterior a la época de la guerra civil para unirse a la corriente principal de disensión liberal, y para otorgarle sus dirigentes, tanto desde el punto de vista moral como el intelectual». Ver *The Age of Reform*, *op. cit.*, p. 149; ver también pp. 148-163. Ver asimismo WILLIAM E. LEUCHTENBURG, «Anti-Intellectualism: An Historical Perspective», *Journal of Social Issues*, 9 (1955), pp. 8-17.

[60] MARCUS CUNLIFFE, «The Intellectuals II. The United States», *Encounter*, 6 (mayo de 1955), p. 29.

[61] MERLE CURTI, *American Paradox*, Rutgers University Press, Nueva Brunswick, Nueva Jersey, 1956.

al antiintelectualismo [62]. Las masas en ningún país del mundo manifiestan comprensión ni simpatía por los problemas de la vida intelectual, y puede impulsárselas a levantarse contra los intelectuales, como parte de su general resentimiento contra las ventajas de los más privilegiados y poderosos. Engels advirtió cómo, en los primeros tiempos del Movimiento Socialista Europeo, los anarquistas y otros oponentes de izquierda de los seguidores de Marx, podían alimentar entre los obreros comunistas «sospechas inextirpables contra todo maestro de escuela, periodista o todo individuo que no fuera un trabajador manual, con el argumento de que se trataba de un "erudito" que se proponía explotarlos» [63]. Además, David Riesman observó acertadamente que el antiintelectualismo político puede ser considerado como una forma de la «lucha de clases» que refleja el hecho de que varios grupos «se sientan amenazados [...] el crecimiento del intelectualismo», y de que el poderoso enemigo «ya no está constituido por los banqueros, los abogados, los viajantes de comercio [... sino también] por los profesores, los maestros, los escritores y los artistas» [64].

Ello constituye otra prueba de que la política izquierdista de los intelectuales de los Estados Unidos no surge de un *status* bajo. *Si el antiintelectualismo es una prueba de que los intelectuales poseen un status bajo, los ataques persistentes a los banqueros, los bolsistas de Wall Street y los magnates de los ferrocarriles, efectuados a lo largo de toda la historia norteamericana, también probarían que ellos constituyen grupos con un status bajo, lo cual, evidentemente, no es el caso.* Los ataques a un grupo cualquiera indican frecuentemente su aspecto de *status* alto y reflejan cierta clase de antagonismo populista contra toda élite [65]

[62] Los socialistas británicos fueron atacados por seguir las teorías nada prácticas de los intelectuales fabianos, y la derecha alemana se mostró siempre hostil al *Kathedersozialismus*. Existe, sin embargo, una importante diferencia entre los Estados Unidos y gran parte de Europa, durante la mayor parte del siglo XX: no hemos contado con muchos intelectuales conservadores. El antiintelectualismo constituyó, de este modo, un arma natural de los conservadores.

Pero Richard Hofstadter nos recuerda, acertadamente, que los politicos liberales norteamericanos, como los extremistas opositores a Marx, pueden mostrarse igualmente intolerantes a la oposición por parte de los intelectuales. «Nuestros libros de historia nos refieren [...] que durante el periodo del populismo de Bryan los profesores universitarios que no aceptaban la economía de un espléndido nivel de vida de las clases acomodadas fueron con frecuencia victimas de violentas interferencias; en general, no se molestan en relatarnos que cuando los populistas tomaron Kansas, trastornaron la universidad de manera muy parecida a la que despertó en ellos tan amargas quejas cuando la situación se invirtió.» *Michigan Alumnus Quarterly Review*, 59 (1953), p. 288.

[63] FRIEDRICH ENGELS, «On the History of Early Christianity», en KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS, *On Religion*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1957, p. 319. Puede hallarse un relato más detallado de los episodios antiintelectuales dentro del movimiento socialista europeo en JOHN SPARGO, «Anti-Intellectualism in the Socialist Movement: A Historical Survey», en *Sidelights on Contemporary Socialism*, B. W. Huebsch, Nueva York, 1911, pp. 67-106.

[64] D. RIESMAN, «Some Observations on Intellectual Freedom», *op. cit.*, p. 15.

[65] Desde luego, los ataques no siempre implican un *status* elevado, como lo demuestra el caso de los judíos y el antisemitismo.

EL MOVIMIENTO HACIA LA DERECHA

Este análisis de las fuentes del antiintelectualismo contemporáneo y de la política dominante de los intelectuales norteamericanos produjo algunas curiosas paradojas. Hemos afirmado que el antiintelectualismo se difundió particularmente entre los conservadores debido a que los intelectuales no se distribuyeron de manera más o menos igual entre los diferentes partidos y tendencias políticas. Los intelectuales norteamericanos aceptaron la ideología igualitaria de los Estados Unidos, y ello les restó el conservadurismo como alternativa posible, y también condujo a muchos de ellos a considerarse a sí mismos desposeídos, a causa de que no recibían la deferencia manifiesta que las sociedades europeas, donde las diferencias de clase son más marcadas, otorgan a sus colegas continentales. El propio éxito de la ideología liberal adoptada por la mayoría de los intelectuales norteamericanos refuerza su sentimiento de privación, que se convierte entonces en una fuente adicional de celo reformista, y ese celo estimula a su vez los ataques políticos que reciben de parte de los conservadores y suministra mayor apoyo a las tendencias de centro-izquierda de los intelectuales [66].

Sin embargo, este ciclo que se nutre a sí mismo, y que podría mantener a los intelectuales en la izquierda y a los grupos derechistas en una indefinida ofensiva contra ellos, mostró, en los últimos años, algunos signos de declive. Los intelectuales norteamericanos, como grupo, parecen haberse inclinado hacia el centro, aunque la mayoría de ellos permanezca probablemente a la izquierda de esa línea imaginaria, y existe una minoría significativa que se ha vuelto conservadora en su forma de pensar. Muchas circunstancias se hallan tras este cambio. Es evidente que una de las más importantes está constituida por las consecuencias sociales de la prolongada prosperidad de posguerra. Otra de ellas es la reacción de los intelectuales izquierdistas liberales de Estados Unidos, como los de todo el mundo, ante el desarrollo del comunismo como la principal amenaza a la libertad. Al enfrentarse con una sociedad muchísimo peor que la que existe actualmente en Occidente, pero que proclama estar llevando a la práctica los valores de las revoluciones norteamericana y francesa, tales intelectuales, incluso muchos de los socialistas, poseen ahora, por primera vez en la historia, una ideología conservadora que les permite defender a una sociedad existente o pasada contra quienes argumentan en favor de una utopía futura. Al igual que Burke, han comenzado a buscar fuentes de estabilidad más bien que de cambio. Las propias clases sociales que el re-

[66] El escritor francés R. L. Bruckberger argumentó que «el intelectual norteamericano tiende a menudo a expresar que su país no ha cumplido con él, que no le otorgará los honores que le son debidos y que se siente como un desterrado espiritual. *Me pregunto si no es lo contrario lo que es cierto.* Quizá el intelectual norteamericano no haya cumplido con su país, y quizá se añore más su participación de lo que parecería a primera vista [...]. Este malentendido sería verdaderamente cómico si una nación pudiera seguir adelante sin intelectuales. En efecto, los intelectuales norteamericanos deberían dejar de quejarse de los Estados Unidos. Sería más adecuado que los Estados Unidos se quejasen de ellos. Con demasiada frecuencia parecería que su país no les interesa». R. L. BRUCKBERGER, *op. cit.*, p. 70 (subrayado en el original).

cidos por su conservadurismo, los diversos senderos de la creatividad, así como una inevitable tendencia hacia el negativismo, los impelen a un rechazo parcial del sistema prevaleciente de valores culturales. El propio proceso de elaboración y desarrollo [...] de las potencialidades inherentes a un "sistema" de valores culturales [...] implica una medida de rechazo»[72]. Todo *statu quo* trae consigo rigideces y dogmatismos, y es derecho inalienable de los intelectuales el atacarlos, ya sea desde el punto de vista de la vuelta a los valores tradicionales o del avance hacia la consecución del ideal igualitario. Al hacerlo así, el intelectual colabora en el mantenimiento del conflicto que constituye el soplo vital del sistema democrático.

[72] EDWARD SHILS, «The Intellectuals and the Powers: Some Perspectives for Comparative Analysis», *Comparative Studies in Society and History*, 1 (1958), p. 8.

11. LA APARICION DE UN SUR UNIPARTIDISTA. LAS ELECCIONES DE 1860

La continuada adhesión del sur de los Estados Unidos al Partido Demócrata surge como la mayor desviación *single* del enfoque de la lucha de partidos norteamericana como conflicto de clases. Aunque hay quienes sugieren que la lealtad del Sur al Partido Demócrata se refuerza por su posición de región del país de economía relativamente rezagada, parece algo absurdo considerar a los dueños de plantaciones y a los comerciantes de pequeñas localidades del Sur como un estrato inferior. Pero no existe ninguna duda de que algunos de los sectores más conservadores, si no reaccionarios, del sistema político norteamericano, están construidos por los demócratas sureños. En capítulos anteriores fueron tratadas algunas de las variables subyacentes en este hecho, y no intentaremos aquí realizar un análisis profundo[1]. Sin embargo, el estudio analítico de la vinculación entre la identificación con el Partido Demócrata, posterior a la guerra civil, y la separación de clases producida en el Sur *ante bellum* puede ilustrar la forma como los diversos intereses y valores de los diferentes estratos se ven afectados por cuestiones tan desconcertantes, que provocan tantas reacciones emocionales, como la esclavitud y los derechos de los negros, y proporciona algunas de las razones de la prolongada continuación de una pauta aparentemente ilógica. Este capítulo trata brevemente estas cuestiones, sobre la base de una encuesta de la última elección verdaderamente bipartidaria realizada en el Sur, la de 1860.

Las elecciones presidenciales de 1860 se destacan definitivamente como las que más afectaron a la vida norteamericana. Sus controversias culminaron en la guerra civil. El sistema formal de partidos no cambió mucho desde entonces, y las lealtades y antagonismos regionales formados en aquel período continuaron afectando a las adhesiones partidarias hasta el presente. Las elecciones mismas tuvieron lugar como broche final de un gran debate nacional sobre el papel desempeñado por la esclavitud en la vida norteamericana, debate que fue cobrando cada vez mayor intensidad durante toda la primera mitad del siglo XIX. A medida que se examinan los acontecimientos de ese período, resulta difícil evitar la sensación de que, si alguna vez tuvo efecto una elección en la que se debatiera un pro-

[1] Para análisis detallados del problema del sur unipartidario, ver V. O. KEY, Jr., *Southern Politics*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1949; ALEXANDER HEARD, *A Two-Party South*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1952, y J. B. SHANNON, *Towards a New Politics in the South*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1949.

blema importante, en la que los votantes formularan una decisión fundamental, fue precisamente ésta.

Sin embargo, un examen de las fuentes del apoyo a los cuatro candidatos presidenciales de esas elecciones sugiere que los problemas asociados con la esclavitud o el desarrollo del Partido Republicano no eran los que afectaron más decisivamente al voto de la *mayoría* de los norteamericanos, aunque ellos pudieron haber modificado la votación de minorías importantes. Se presentaron cuatro candidatos: Lincoln, en representación de los republicanos; Douglas, de los demócratas norteños; Breckenridge, de los demócratas del Sur, y Bell, del Partido Unión Constitucional. Lincoln y Bell fueron nombrados, aparentemente, por nuevos partidos, pero en realidad representaban a los partidos liberales del Norte y del Sur, que se habían dividido regionalmente con anterioridad a los demócratas. Aunque cuatro candidatos figuraban en la competición, la pugna en cada una de las regiones del país se presentaba principalmente entre dos partidos: en los Estados del Sur, entre los demócratas secesionistas que apoyaban a Breckenridge y los antiguos liberales del Partido Unión Constitucional, que abogaban por su permanencia dentro de la Unión. En el Norte, el demócrata Douglas se oponía a la esclavitud, pero favorecía el mantenimiento de la Unión otorgando a los Estados del Sur diversas garantías para sus «instituciones peculiares». Los liberales-republicanos norteños, con la dirección de Lincoln, esperaban también salvar la Unión, pero se oponían vigorosamente a la extensión de la esclavitud a los territorios o a los nuevos Estados, y contaban entre sus filas con prominentes abolicionistas. De este modo, los liberales-republicanos del Norte y los demócratas sureños representaban los dos extremos, mientras que los demócratas del Norte y los miembros del Partido Liberal-Unión Constitucional sureño representaban a los grupos que, en cada uno de los sectores del país, trataban de buscar una componenda para esta separación.

La competición de 1860 entre cuatro candidatos sucedió a una lucha tripartidaria en 1856, en la que el Partido Norteamericano, o Know-Nothing, se opuso en las elecciones a los demócratas y a los republicanos. Todo intento para comprender los resultados de las elecciones de 1860 debe comenzar por un examen de la composición social y de los objetivos políticos esenciales de los votantes en favor de los Know-Nothing. Tanto sus directivos como su fuerza electoral sugieren que la mayor parte de sus votos provenía de antiguos liberales. Ello fue particularmente cierto para el Sur, donde su candidato presidencial, Millard Fillmore, se aseguró el 45 por ciento de los votos en 1856, en esencia, el favor con que contaba el Partido Liberal. En el Norte, la mayoría de los antiguos liberales votaron por el Partido Republicano, que obtuvo el 45 por ciento del total de los votos de la región, mientras que Fillmore se aseguró tan solo el 13 por ciento de los votos del electorado norteño.

En 1860, el ya dividido Partido Demócrata aumentó el número de votos en su favor tanto en el Norte como en el Sur, pero los republicanos, al absorber la gran mayoría de los votos de Fillmore en el Norte, obtuvieron aproximadamente el 54 por ciento de ellos en esta sección y una mayoría en el Colegio Electoral. La victoria republicana de 1860 no puede

ser atribuida a ningún alejamiento drástico de los demócratas, sino más bien al hecho de que todos los votos antidemócratas, sino más bien al hecho de que todos los votos antidemócratas del Norte fueron recogidos, por primera vez desde la victoria liberal de 1848, por un solo partido. En realidad, los demócratas *ganaron* verdaderamente cinco escaños en el Congreso del Norte en 1860. En el Sur, Bell, del Partido Unión Constitucional y antiguo Liberal, se aseguró el 41 por ciento de los votos, sólo 4 por ciento menos que los votos recogidos en 1856 por el candidato del partido Know-Nothing, el antiguo liberal Fillmore.

Un análisis somero de los resultados electorales por condados, en el Norte y en el Sur, indica que la mayor parte de la población continuó votando en 1860 por el mismo partido por el que siempre lo había hecho, aunque continuó manifestándose cierto cambio en favor de los demócratas en el Sur y de los liberal-republicanos en el Norte. Si se comparan los resultados de las elecciones que van desde 1840 hasta 1860, se comprueba que en cada una de ellas, tanto en el Norte como en el Sur, los demócratas fueron respaldados, en proporción abrumadora, por los estratos inferiores: los agricultores más pobres, los extranjeros, los no anglosajones, los católicos y los que no poseían esclavos en el Sur; mientras que los liberales se apoyaban en las clases más privilegiadas: los comerciantes, los agricultores más acomodados, los nativos protestantes de antecedentes familiares anglosajones y los dueños de plantaciones que contaban con muchos esclavos[2]. Estas relaciones rigieron durante todo este período, aunque, como se indicó anteriormente, los demócratas del Sur avanzaron considerablemente en zonas liberales, mientras que los republicanos absorbieron un grupo de demócratas abolicionistas (de Van Buren), así como algunos grupos anticatólicos que habían apoyado al Partido Norteamericano.

Estos resultados —en particular en el Sur— plantean a los estudiosos de las elecciones algunos problemas interesantes. Es evidente que Bell, el candidato sureño que se oponía a la secesión y trataba de mantener al Sur dentro de la Unión, aun bajo el control de los republicanos, era respaldado, en proporción abrumadora, por los propietarios de esclavos, mientras que Breckenridge, el candidato de los «extremistas», que consideraban que el Sur disminuía sus posibilidades y las de sus instituciones si permanecía en la Unión, recibió la mayor parte de los votos de quienes no poseían esclavos y que con frecuencia se habían opuesto a los propietarios de plantaciones, prósperos y conservadores, en las controversias políticas intraestatales.

Las correlaciones entre la votación en favor de un partido y las diversas características sociales que prevalecían en 1860 sólo resultan compren-

² No se han completado todavía las investigaciones básicas tendentes a demostrar la continuidad de las preferencias electorales dentro del marco liberal-demócrata, aunque existe cierta cantidad de estudios locales que indican que los liberales, los norteamericanos y los republicanos obtenían sus votos de las mismas fuentes, mientras que los demócratas, unidos o separados, conservaban la lealtad de los estratos y los sectores que habían apoyado a Jackson y a Van Buren de 1828 a 1840.

sibles si formulamos el supuesto de que la mayoría de los votantes de aquel año continuó pronunciándose en favor de sus preferencias políticas tradicionales. Los grupos sociales más desposeídos continuaron fieles a sus candidatos demócratas regionales, Breckenridge y Douglas, mientras que los más privilegiados votaron por los candidatos regionales del viejo Partido Liberal, Bell y Lincoln. Por ejemplo, en el simulacro de votación presidencial de 1860, realizado en la escuela St. Paul, los votos se hallaban divididos casi enteramente entre los dos candidatos liberales, entre los cuales Bell recibió el 46 por ciento y Lincoln el 37 por ciento[3]. La elección de 1860, como todas las que se sucedieron después de 1828, fue disputada por los partidarios y los opositores de Andrew Jackson. El cuadro I, que señala las variaciones en las normas de pronunciamiento electoral de los condados sureños, de acuerdo con la proporción de esclavos con que el mismo contaba, demuestra claramente que el poder del demócrata secesionista Breckenridge se basaba en los blancos que vivían en zonas con pocos esclavos. El cuadro parece sugerir que cuanto menor era el número de esclavos de un condado, tanto mayor era el apoyo a la secesión, puesto que Brekenridge se aseguró el respaldo de casi los dos tercios de los condados que poseían un pequeño número de esclavos, mientras que casi la mitad de los que contaban con gran cantidad de esclavos votó en contra de él.

No obstante, la comprobación de si los votos en favor de Breckenridge significaban realmente un apoyo a la secesión fue realizada de manera directa de tres a seis meses después de la elección presidencial, cuando los mismos Estados efectuaron respectivos referéndums (o elecciones para las convenciones), en los que se llamaba a los votantes a expresar directamente sus sentimientos en pro o en contra de la secesión de la Unión. La situación, desde luego, había cambiado, puesto que Lincoln había sido elegido presidente, y era evidente que un numeroso grupo de sureños se había decidido por la secesión. Estas elecciones de delegados a la convención suscitaron acaloradas pugnas en la mayoría de los Estados del Sur, y los resultados arrojaron una menor diferencia entre unos y otros de lo que muchos podrían suponer, puesto que los defensores de la Unión obtuvieron más del 40 por ciento de los votos en muchos Estados. Aunque nadie realizó un estudio detallado de los dirigentes de las fuerzas secesionistas y de los de las unionistas en estas elecciones, las obras históricas referentes a la lucha en los diversos Estados indican que la mayoría de los líderes antisecesionistas pertenecían a los Partidos Liberal y Unión Constitucional, mientras que los dirigentes secesionistas eran en su mayor parte, aunque de ninguna manera con exclusividad, demócratas. Este hecho, junto con los resultados de las elecciones presidenciales presentados en el cuadro I, podría conducirnos a esperar que los propietarios liberales de esclavos, que respaldaron a Bell en las elecciones presidenciales, constituían la fuente principal del sentimiento unionista, mientras que los con-

[3] ARTHUR STANWOOD PIER, *St. Paul's School*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1934, p. 60; cit. también en E. DIGBY BALTZELL, *Philadelphia Gentlemen*, The Free Press, Glencoe, 1958, p. 316.

dados que contaban con pocos esclavos apoyarían la secesión, como consecuencia de su votación en favor de Breckenridge.

Sin embargo, la realidad demostró que la relación entre la propiedad de esclavos y la votación en favor de los unionistas, manifestada en las elecciones presidenciales, se invirtió completamente en los referéndums. En estas elecciones, los condados que poseían muchos esclavos apoyaron la secesión, y los que contaban con pocos respaldaron la Unión.

CUADRO I

PROPORCION DE LOS CONDADOS QUE VOTARON POR BRECKENRIDGE EN SIETE ESTADOS SUREÑOS: VIRGINIA, ALABAMA, GEORGIA, MISSISSIPPI, CAROLINA DEL NORTE, TENNESSEE Y LUISIANA *

Posición relativa del condado según la proporción de esclavos con que contaba el Estado	*Total*	*Número de votos en favor de Breckenridge*	*Porcentaje en favor de Breckenridge*
Elevada	181	94	52
Media	153	87	56
Baja	203	130	64

* Douglas, el demócrata norteño, se aseguró el 13 por ciento de los votos procedentes del sur. Puesto que, al igual que Bell, apoyaba a la Unión, se han considerado los votos en favor de ambos como anti-Breckenridge. Al identificar a los condados según su elevada, media o baja proporción de esclavos, fue necesario emplear clasificaciones diferentes para cada Estado. Se hizo así en parte debido a que las fuentes empleadas para la obtención de los datos diferían entre sí en la forma en que daban a conocer el porcentaje de esclavos de la población. Sin embargo, el hecho de que los Estados diferían grandemente en la proporción de esclavos, de modo que los que poseían plantaciones contaban con gran número de ellos en la mayoría de los condados, mientras que algunos de los fronterizos poseían pocos condados en los que los esclavos constituyeran una mayoría, reviste más importancia que la razón anterior. No obstante, en todos los Estados sureños la proporción de esclavos con que contaba la población servía para diferenciar los condados más ricos de los más pobres y, en general, el hecho de que un condado de algún Estado contara con una proporción alta o baja de esclavos guardaba gran correlación con su comportamiento electoral.

Los datos de este cuadro y de los siguientes fueron calculados sobre la base de la información dada a conocer en las obras siguientes: JOSEPH CARLYLE SITTERSON, *The Secession Movement in North Carolina*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1939; HENRY T. SHANKS, *The Secession Movement in Virginia, 1847-1861*, Garrett y Massie, Richmond, 1934; LEWY DORMAN, *Party Politics in Alabama from 1850-1860*, Alabama State Departament of Archives and History, Augusta, 1935; PERCY LEE RAINWATER, *Mississippi Storm Center of Secession, 1856-1861*, Otto Claitor, Baton Rouge, 1938; THOMAS P. ABERNETHY, *From Frontier to Plantation in Tennessee*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1932, y ULRICH B. PHILIPS, *Georgia and State Rights*, Government Printing Office, Washington, 1902.

La comparación del cuadro I con el cuadro II revela un cambio extremadamente drástico en la identificación con una tesis, si se considera que las elecciones tuvieron lugar con un intervalo de tres a seis meses. La mayoría de los votantes del 64 por ciento de los condados que contaban con

pocos esclavos o que carecían de ellos votó por el demócrata secesionista Breckenridge en otoño de 1890, y una mayoría del 63 por ciento de estos mismos condados votó en favor de la Unión en los plebiscitos subsiguientes, que tuvieron lugar en el invierno de 1860-1861. Inversamente, la mayoría de los votantes de casi la mitad de los condados que poseían plantaciones y muchos esclavos votaron en contra de Breckenridge en las elecciones, pero la posición secesionista se aseguró el 72 por ciento de sus votos poco tiempo después. Los factores subyacentes en este sorprendente cambio pueden ser parcialmente aclarados mediante la consideración de la forma de votación de los condados, de la misma forma en que los estudios electorales basados en el método de paneles analizan los cambios de opinión de los individuos que son entrevistados varias veces durante un cierto período de tiempo. Es decir, que podemos dividir estos condados en términos de los cambios registrados entre una y otra elección, y observar dónde se han manifestado tales cambios.

CUADRO II

PROPORCION DE CONDADOS CON DIFERENTES PORCENTAJES DE ESCLAVOS QUE VOTARON POR LA SECESION EN SIETE ESTADOS SUREÑOS

Posición relativa del condado en proporción al número de esclavos del Estado	*Secesión*	*Unión*	(%)	(N)
Alta	72	28	100	(181)
Media	60	40	100	(153)
Baja	37	63	100	(203)

Los datos del cuadro III aclaran los sucesos de 1860-1861. En las elecciones presidenciales, los hombres continuaron votando según las diferencias partidarias tradicionales. Sin embargo, cuando ya no se trataba de votar por uno de los partidos, sino de decidir entre la secesión y la Unión, irrumpieron los factores económicos o de clase, inhibidos anteriormente por las inclinaciones partidarias. Los propietarios de esclavos votaron por la secesión, mientras que los que habitaban en regiones que contaban con pocos esclavos se manifestaron en favor de la Unión[4]. Las inclinaciones partidarias y las cuestiones de ese tipo continuaron, sin embargo, ejerciendo alguna influencia sobre el comportamiento y las actitudes electorales respecto de la secesión durante el plebiscito. Ello se evidencia en el hecho de que los dos quintos de los condados que contaban con gran número de esclavos, que se manifestaron predominantemente liberales durante la elección presidencial, siguieron la politica liberal y el consejo de muchos de sus dirigentes votando en favor de la permanencia en la Unión. Entre los condados con baja proporción de esclavos, la mitad de los que habían votado por Breckenridge pasó a votar en favor de la Unión, mientras que más de los cuatro quintos de los que se le opusieron votó también en favor de la Unión. La tradición partidaria obró de manera más decisiva en el conjunto de condados que constituia el grupo intermedio en cuanto a la proporción de esclavos en su población. En términos generales, se manifestaron durante el plebiscito de la misma manera que en las elecciones. Si eran demócratas apoyaban la secesión; los liberales respaldaban a la Unión.

[4] Un estudio de las colonias alemanas de Texas sugiere que algunos de los grupos étnicos minoritarios de blancos no anglosajones pueden haber tenido la misma conducta electoral que los agricultores blancos pobres. Un análisis del comportamiento electoral de las ciudades alemanas de Texas, antes de 1860, indica que la mayoría de ellas votó en proporción abrumadora en favor del Partido Demócrata, aunque sus organizaciones y publicaciones eran antiesclavistas. Esta norma de lealtad al Partido Demócrata se mantuvo durante las elecciones de 1860, en las que votaron por Breckenridge. En el plebiscito sobre la secesión de 1861 se manifestaron en contra de ella. Ver RUDOLPH L. BIESELE, *The History of German Settlements in Texas*, Von Boechmann-Jones Co., Austin, 1930.

CUADRO III

RELACION ENTRE LA FORMA DE VOTACION EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1860 Y EL VOTO POSTERIOR EN FAVOR DE LA SECESION O DE LA UNION EN SIETE ESTADOS SUREÑOS, EN CONDADOS QUE CUENTAN CON DIFERENTES PROPORCIONES DE ESCLAVOS

	Proporción relativa de esclavos por condado					
	Alta		*Media*		*Baja*	
	Elección presidencial - 1860					
Decisión respecto de la secesión	*Breckenridge* (%)	*Bell-Douglas* (%)	*Breckenridge* (%)	*Bell-Douglas* (%)	*Breckenridge* (%)	*Bell-Douglas* (%)
Pro-secesión	82	61	82	30	50	14
Pro-unión	18	39	18	70	50	86
(N)	(94)	(87)	(87)	(66)	(130)	(73)

De este modo, era mucho más probable que los condados decididamente demócratas que poseían gran cantidad de esclavos apoyaran la secesión. Una tradición de apoyo a los liberales y un bajo o nulo número de esclavos aumentaban el respaldo a la Unión. Sin embargo, el Partido Demócrata obtuvo el apoyo del grupo mejor predispuesto para favorecer a la Unión —los votantes de las zonas no esclavistas—, mientras los liberales prounionistas eran respaldados por los blancos que habitaban en regiones de plantaciones, donde había muchos esclavos.

Debe tenerse en cuenta, desde luego, que las conclusiones aquí presentadas se hallan sujetas a todos los peligros de los análisis ecológicos,

particularmente el hecho de que la correspondencia entre la votación de determinadas zonas, con la de los individuos que viven en ellas, no se deduce forzosamente [5]. Es posible, aunque no probable, que los votos en favor del candidato unionista, registrados en 1860 en las zonas sumamente esclavistas, procedieran de quienes no poseían esclavos, y habitaban en distritos de plantaciones, y que los dueños de esclavos votaran verdaderamente por Breckenridge. El cuadro electoral se vio afectado por muchas variables, al margen de la lealtad partidaria tradicional y de la proporción de esclavos de una región dada.

No obstante, si se consideran las elecciones y los plebiscitos realizados en el sur de los Estados Unidos en 1860-1861, en términos de las características de los condados que modificaron netamente su conducta electoral, se aclara lo que sucedió en ese año crucial entre el electorado sureño. Los antiguos propietarios de esclavos, liberales acomodados, y sus continuadores siguieron oponiéndose en 1860 a los demagogos sureños de los estratos inferiores de la población blanca, que no poseían esclavos, y estos últimos permanecieron fieles al partido de Jackson aun después de que éste se convirtiera en el defensor de la esclavitud y de la secesión. Pero una vez que la suerte estuvo echada, y que los votos representaban más bien un problema que un partido, una cantidad considerable de los que apoyaron a Breckenridge se opusieron a la secesión y algunos de los simpatizantes de Bell, del Partido Unión Constitucional, la apoyaron de manera que resulta adecuado expresar que, en términos proporcionales, los propietarios de esclavos votaron por la secesión, y los blancos que no los poseían se opusieron a ella.

Aunque los datos no son sistemáticos ni completos, un examen de los resultados electorales en el Sur, por condado, sugiere que los dos partidos principales, el Liberal y el Demócrata, dividieron al electorado aproximadamente de acuerdo con sus características económicas y de *status*, a partir de la década de 1830 en adelante [6]. La principal desviación de esta tendencia se manifestó en las zonas montañosas, donde los agricultores blan-

---

[5] Para una exposición sobre las limitaciones de la aplicación de las correlaciones ecológicas con las características individuales, ver W. S. ROBINSON, «Ecological Correlations and the Behavior of Individuals», *American Sociological Review*, 15 (1950), pp. 351-357; LEO A. GOODMAN, «Ecological Regressions and Behavior of Individuals», *American Sociological Review*, 18 (1953), pp. 663-664, y O. D. DUNCAN, «An Alternative to Ecological Correlation», *American Sociological Review*, 18 (1953), pp. 665-666.

[6] «La línea divisoria de las diferencias sociales que separaban a los liberales dueños de plantaciones, de los agricultores montañeses, cuyas tierras rendían laboriosa aunque prósperamente, y de los "blancos pobres" indolentes, era rigurosamente distinta, lo suficiente como para engendrar un antagonismo político. En sus mansiones señoriales, rodeados de casi todas las comodidades de la época y de numerosos lujos, y educados en los refinados modales de su clase, los dueños de plantaciones consideraban necesidades sociales lo que para otros eran símbolos de afeminamiento y dandismo, o al menos extravagancia estúpida [...].

»El origen de esta separación social, que coincidió tan estrechamente con las diferencias partidarias, se remonta, al menos en los Estados atlánticos del Sur, hasta casi comienzos del siglo XVIII. Pero fue en relación con los acontecimientos que culminaron con el triunfo de la democracia jacksoniana como comenzaron a acentuarse realmente estas diferencias [...] el partido de Jackson enfrentaba a una oposición poderosa en la que los dueños de plantaciones sureños desempeñaban un papel importante. Las diferencias sociales entre la gente de la zona negra y la de sus Estados limítrofes pudieron entonces reafirmarse, y la

cos pobres, que no poseían esclavos, votaron por los liberales, principalmente debido a que el partido apoyaba el que el gobierno costeara algunas mejoras internas, tales como la construcción de carreteras. Los demócratas se oponían tradicionalmente a las mejoras internas, con el pretexto de que éstas beneficiaban a las clases mercantiles de las ciudades, que eran las que en justicia debían costearlas.

Con la aparición del problema de la esclavitud, los liberales perdieron parte de su fuerza en las zonas de plantaciones, pero siguieron constituyendo el partido dominante en ellas. El hecho de que los liberales norteños, predominantemente protestantes de la clase media, constituían el mayor grupo antiesclavista, más numeroso que el de cualquier otro partido importante, hizo imposible la existencia del Partido Liberal como agrupación nacional, y sus simpatizantes sureños vacilaban mientras sus compatriotas norteños fundaban el Partido Republicano.

Después de la guerra civil y del fin de la Reconstrucción, el Partido Demócrata retuvo los antiguos centros de jacksonismo —las zonas que no poseían una economía plantacionista y que contaban con escaso número de negros en su población— y ganó también el apoyo de los antiguos simpatizantes de los liberales, los dueños de plantaciones y hombres de negocios urbanos, aunque en realidad éstos se apropiaron del partido. El Partido Republicano conservó alguna continuidad con los antiguos liberales sureños, al retener los votos de los montañeses blancos pobres, que los habían apoyado en las décadas de 1830 y 1840 debido a que deseaban que se construyeran caminos. Fue este mismo grupo el que votó en favor de la Unión Constitucional en 1860, casi como en los plebiscitos de 1860-1861, el que luchó en el ejército unionista contra la Confederación, y permaneció fiel al Partido Republicano durante toda la Reconstrucción, la época posterior de supremacía blanca y el período de Roosevelt y de Truman.

Un análisis ecológico, basado en encuestas sucesivas, realizado con blancos sureños, que enfocaba principalmente a los condados y las zonas que modificaron su conducta electoral, durante un largo período, demostraría probablemente que los dos grupos que acusaban inestabilidad en

---

unidad social de cada clase tuvo, como efecto inevitable, el de extender y cimentar su unidad política.

»Contrariamente al concepto prevaleciente de que el Partido Liberal sureño obtenía su apoyo principal de los blancos que no poseían esclavos más que de la clase de blancos mezquinos, esta agrupación política fue en su origen, y continuó siéndolo a través de toda su historia, el partido del dueño de plantaciones y de esclavos: el aristócrata de la fértil zona negra. El Partido Demócrata, por otra parte, actuaba del lado opuesto de la escala social, especialmente sobre el pequeño agricultor de las tierras montañesas limítrofes, que podía mostrarse sensible al llamamiento del partido al espíritu agrario.» A. C. COLE, *The Whig Party in the South*, The American Historical Society, Washington, 1913, pp. 69-72; el historiador Charles Sellers añadió algo importante a estas consideraciones generalmente aceptadas; este autor señala que el Partido Liberal del Sur fue formado y conducido por «los hombres de negocios y profesionales urbanos», que el 74 por ciento de sus representantes en el Congreso eran abogados, que casi todos los banqueros sureños eran liberales, «El Partido Liberal del Sur se hallaba controlado por intereses urbanos, de los comerciantes y banqueros, apoyados por una mayoría de propietarios de plantaciones, que dependían económicamente de las facilidades bancarias y comerciales.» CHARLES G. SELLERS, «Who Where the Southern Whigs?», *American Historical Review*, 59 (1954), pp. 335-346.

1860-1861 representaron continuamente, desde la Reconstrucción, una fuente potencial de cambio en el seno unipartidario. Las antiguas clases liberales se hicieron demócratas, como resultado de la guerra civil, pero se encuentran radiadas del legítimo derecho de la tradición liberal, el Partido Republicano. Los estratos acomodados y las zonas más leales al Partido Unión Constitucional durante las elecciones, y a la Unión en ocasión del plebiscito, parecen ser los mismos que actualmente muestran una propensión a inclinarse hacia los republicanos. Por otra parte, los condados tradicionalmente demócratas, que no poseían plantaciones, y que pasaron a votar a favor de la Unión en 1860-1861, parecen ser los mismos que, después de la guerra civil, respaldaron a los terceros partidos agrarios o a las facciones «populistas» del Partido Demócrata, y que permanecen todavía actualmente en el partido, mientras que los antiguos estratos liberales se inclinaron hacia los republicanos, como una reacción a la restauración del liberalismo en el Partido Demócrata Nacional [7]

[7] Un estudio de las elecciones que tuvieron lugar en Luisiana, desde que adquirió su condición de Estado hasta el presente, publicado recientemente, sugiere la existencia de algunos recursos potenciales inexplotados para una investigación de la continuidad y la discontinuidad electorales. Indica claramente las continuidades existentes en la política de Luisiana desde el período anterior a la Guerra Civil hasta la actualidad. Ver PERRY H. HOWARD, *Political Tendencies in Louisiana, 1812-1952*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1957; ver también ALLAN P. SINDLER, *Huey Long's Louisiana*, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1956.

CUARTA PARTE

LA POLITICA DE LA DIRECCION DE LAS INSTITUCIONES PRIVADAS: ESTUDIO DE UN CASO

12. EL PROCESO POLITICO EN LOS SINDICATOS OBREROS

Este libro se ha ocupado principalmente de las condiciones de la democracia en diversos países. Pero el problema de la política no concierne exclusivamente a los Estados nacionales, puesto que todo grupo que forma parte de una nación debe hallar también los mecanismos que toman las decisiones para todo el grupo y distribuyen el poder dentro del mismo. Todas las organizaciones, ya sean clubs deportivos, logias fraternas masculinas, la Liga Nacional de Fútbol, la Sociedad de Veteranos de la Primera Guerra Mundial o el Sindicato de Transportes, poseen constituciones formales que definen el proceso político que tiene lugar dentro de la organización. El estudio de la dirección de estas instituciones privadas puede enseñarnos mucho acerca de la manera como puede organizarse la vida política de la sociedad nacional, puesto que existen entre ellas gran variedad de formas políticas, en una gama que se extiende desde las organizaciones semianarquistas hasta las dictaduras absolutistas de partido único.

Los gobiernos de las instituciones privadas carecen, desde luego, de la soberanía y el control del empleo de la legítima fuerza, que define el carácter único de gobierno público, pero muchos de ellos adquieren el derecho de actuar en lugar del Estado en zonas específicas o son erigidos en verdaderos monopolios. Los poderes reales de muchos de estos gobiernos privados —las asociaciones que controlan las licencias para ejercer una profesión y la admisión a ella, los sindicatos que adquieren derechos dominantes de representación, las organizaciones de ex combatientes y agricultores que controlan prácticamente el acceso a la ayuda estatal— ilustran la dificultad que se presenta cuando se desea mantener la separación entre el gobierno público y el de las instituciones privadas.

En esta parte final deseamos ilustrar la importancia que el gobierno de las instituciones privadas presenta para el estudioso de la política democrática, mediante la observación de algunas de las condiciones que rigen la vida política interna de uno de sus tipos principales: los sindicatos obreros. Estos han sido mucho más investigados que cualquier otro tipo de gobierno privado, lo que permite realizar algún esfuerzo tendente a la sistematización.

Los observadores han llamado la atención sobre el hecho de que en su organización y actuación internas, la mayoría de los sindicatos obreros se asemeja mucho más a los Estados unipartidarios que a las organizaciones democráticas que poseen oposiciones legítimas y organizadas y en las

que las facciones se suceden en el poder. Esta norma es tan común en el movimiento obrero que un defensor de la Unión Soviética la ha señalado como justificación del régimen unipartidario de ese país. En la convención de 1947 del Sindicato de Obreros Portuarios y de los Almacenes, Harry Bridges, afirmó:

> ¿Qué es el totalitarismo? *Un país con un gobierno totalitario actúa del mismo modo que nuestro sindicato.* No existen partidos políticos. La gente es elegida para gobernar el país según sus antecedentes [...]. Eso es el totalitarismo [...]; si comenzáramos a dividirnos y a tener un conjunto de dirigentes republicanos, uno demócrata, uno comunista, y algún otro, se nos complicaría terriblemente la existencia [...][1].

Sin embargo, la mayor parte de la literatura que trata del problema de la burocracia y de la oligarquía en los sindicatos obreros, o bien documenta sencilmanente la manifestación de este hecho en uno o más de ellos, o reelabora el clásico análisis de Michels sobre las condiciones que engendran la oligarquía o la dictadura en los partidos y los sindicatos[2]. Una pequeña proporción del trabajo realizado en este campo apunta la elaboración de un conjunto de proposiciones que pueden ser probadas mediante la investigación.

Este capítulo constituye un intento de especificar al menos algunos de los factores que deben ser considerados en el análisis de uno de los aspectos del comportamiento sindical, el de la organización política interna. Cada una de las secciones contiene cierto número de hipótesis acerca de la relación funcional existente entre los diferentes aspectos de la estructura social, y las condiciones para la democracia o la dictadura en los sindicatos obreros. Resultará evidente a todo estudioso el movimiento sindical que esta lista no es exhaustiva.

Las hipótesis referentes a las probabilidades de la oligarquía en los sindicatos obreros pueden deducirse de los análisis: 1) de los factores endémicos de la estructura de una organización en gran escala; 2) de las características de los miembros de los sindicatos, y 3) de las adaptaciones funcionales necesarias a otras estructuras y grupos que deben realizar estos sindicatos para lograr una estabilidad de organización.

[1] Citado en *Proceedings of the Seventh Biennial Convention*, I.L.W.U., 7-11 de abril de 1947 (San Francisco, 1947), p. 178 (el subrayado es nuestro).
La franqueza de Bridges es similar a la de una afirmación anterior de John L. Lewis, formulada en la convención de 1933 de la Federación de Trabajadores Norteamericanos, en respuesta a una acusación de Daniel Tobin, a la sazón presidente del Sindicato de Camioneros, que lo trató de «dictador». Lewis manifestó: «El Sindicato Unido de Obreros Mineros no se disculpa por las disposiciones de su constitución. *Otorgamos a Tobin el derecho a interpretar su propia constitución en el Sindicato de Transportes, y para dirigir su organización de la manera que lo desee —e interpretamos que la dirige realmente. Franca y confidencialmente, nosotros hacemos lo mismo.*» Citado en ERIC HASS, *John L. Lewis Exposed*, Labor News Company, Nueva York, 1937, p. 50.
PHILIP TAFT, en su estudio sobre los sistemas políticos de los sindicatos, señaló que «la oposición, en las elecciones sindicales, constituye la excepción, más bien que la regla». «Opposition to Union Officials in Elections», *Quarterly Journal of Economics*, 58 (1944), p. 247.

[2] ROBERT MICHELS, *Political Parties*, The Free Press, Glencoe, 1949. Dos de las obras que resumen e ilustran a Michels en términos del movimiento sindical norteamericano son SYLVIA KOPALD, *Rebellion in Labor Unions*, Boni and Liveright, Nueva York, 1924, y JAMES BURNHAM, *The Machiavellians*, John Day, Nueva York, 1943. Se hallará una excelente discusión general del problema de gobierno sindical en A. J. MUSTE, «Factional Fights in Trade Unions», en J. B. S. HARDMAN (ed.), *American Labor Dynamics*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1928, pp. 332-348.

LA NECESIDAD DE BUROCRACIA

Los sindicatos, como toda otra organización en gran escala, se ven obligados a desarrollar estructuras burocráticas, es decir, un sistema de administración racional (pronosticable). La necesidad de burocracia proviene tanto de fuentes internas como externas. Al tratar con sus miembros o sus filiales locales, los sindicatos deben establecer sistemas administrativos con normas definidas de responsabilidad y autoridad. Los funcionarios y los administradores subordinados deben actuar ajustándose a reglas dadas, al tratar situaciones que se repiten con frecuencia. Cuanto mayor sea el tamaño de una filial local o de un sindicato internacional, tanto más necesario será el establecimiento de una jerarquía burocrática. Una filial local grande, por ejemplo, puede ocuparse del tratamiento de problemas tales como la compensación de los trabajadores, las escuelas para aprendices, los planes de jubilación, de hospitalización, de seguros, la designación de trabajadores para determinados empleos, aparte de las tareas corrientes de un sindicato, consistentes en ocuparse de los convenios colectivos, de las quejas de los obreros, y en llevar un registro completo de sus miembros.

A nivel internacional, estos problemas con frecuencia se magnifican debido al mayor tamaño y complejidad de las operaciones, y requieren la creación de un personal especializado, nombrado y controlado por los funcionarios. De este modo, el conocimiento y la habilidad necesarios para el funcionamiento de un sindicato limitan gradualmente su acceso a los miembros de la élite administrativa.

Además de la necesidad de una burocracia, inherente al exclusivo problema de la administración —determinante ampliamente relacionada con el tamaño de la organización—, el grado de centralización burocrática en los sindicatos está influenciada por la extensión de la de los grupos externos con los que ellos deben tratar. Sugeriríamos, como hipótesis para una investigación, que cuanto más centralizada se halla una industria, tanto más necesaria será para un sindicato la burocracia. Una organización como la de los obreros del acero, que debe concertar convenios con unas pocas compañías gigantescas, debe establecer una estructura de autoridad sindical comparable a la de esas mismas compañías. Los procedimientos para la formulación de quejas, o para el establecimiento de escalas de salarios, deben ser similares en todos los sectores de la industria. El sindicato no puede permitir que un dirigente local de una fábrica llegue a un acuerdo que pueda ser tomado como precedente para responder a las reivindicaciones propuestas en otras partes del país[3].

[3] Ver JOSEPH SHISTER, «The Locus of Union Control in Collective Bargaining», *Quarterly Journal of Economics*, 60 (1946), pp. 513-545.

Las burocracias patronales requieren, por lo común, «dirigentes sindicales responsables» como condición para el reconocimiento de la posición del sindicato. Las huelgas «apresuradas» o imprudentes por reivindicaciones, las luchas jurisdiccionales o de facciones, las demandas de afiliación realizadas por aspirantes que exceden en número al deseado por los funcionarios sindicales, y todo otro tipo de acción que se halle fuera del control de los dirigentes perturban la rutina de la producción o la obtención de beneficios, y la patronal exige su eliminación. Este insistente llamamiento a la «responsabilidad» sindical conduce a menudo al sindicalismo antidemocrático, puesto que a veces se transforma en una exigencia el que los sindicatos ejerzan coacción sobre sus miembros.

Existe un conflicto básico entre el sindicalismo democrático y el sindicalismo «responsable», conflicto que muchos conservadores y directores de empresas no reconocen al menos en lo que respecta a sus pronunciamientos públicos. Los mecanismos dictatoriales que se revelan en muchos sindicatos constituyen una adaptación a la insistencia de parte de la patronal, de que sus concesiones a los problemas de la seguridad sindical deban estar respaldados por la responsabilidad del sindicato.

Por lo menos uno de los principales sindicatos industriales ha reconocido públicamente este problema. En su *The Dynamics of Industrial Democracy*, Clinton Golden y Harold Ruttenberg, a la sazón dirigentes del Sindicato Unido de Obreros del Acero, señalaron que esta organización había llevado a la práctica conscientemente cierto número de mecanismos, en parte educacionales e ideológicos y en parte formales de control, tendentes a impedir las modificaciones en las prácticas locales. Describen un caso en el cual un dirigente de una filial local, leal y militante, fue expulsado del sindicato debido a su negativa a reconocer que no podía instaurar una política local que violara los acuerdos nacionales. El problema del dirigente local sometido a una burocracia nacional fue bien planteado por el mismo líder expulsado: «El constituir un buen sindicalista significa provocar la agitación —esto es lo que siempre creí como sindicalista— y me veo expulsado por agitador [...]. La compañía me tenía entre ojos desde 1933. Soy para ella como una espina clavada en la carne. Ahora el sindicato se pone de parte de la compañía y a mí me expulsan» [4].

Las adaptaciones a la necesidad de ajustarse a la actividad burocrática que preserva la estabilidad de organización del sindicato sirven también a los intereses de los líderes de éste, al reducir las contingencias que podrían amenazar su permanencia en el poder. Al aumentar el de la administración sobre las unidades locales, los dirigentes disminuyen toda fuente de oposición organizada. El Sindicato Unido de los Obreros de la Industria Automotriz otorgó a su comisión ejecutiva internacional el derecho de suspender a los dirigentes de las filiales locales que hubieran violado las normas internacionales. Esta modificación de la constitución del sindicato fue defendida argumentando que es necesaria para llevar a cabo las negociaciones, pero también permitió a los dirigentes internacionales eliminar a los rivales potenciales. Tanto en su tono conciliatorio —cuando hacen un llamamiento a la disciplina y la responsabilidad intrasindicales— como en su tono militante —cuando apelan a la solidaridad sindical en ocasión de una disputa con la patronal— los líderes sindicales refuerzan su posición y justifican su monopolio del poder interno en el curso de la formulación de las necesidades y los propósitos de organización.

Los sindicatos pequeños, o los que no tratan con grandes industrias centralizadas, pueden permitir a las filiales locales una gran autonomía. El Sindicato Tipográfico Internacional, por ejemplo, otorga a sus filiales una libertad considerable en las negociaciones. Sin embargo, opera en una industria que no posee grandes compañías nacionales, y que, en parte, no es competitiva respecto de otros sectores del país. Pero incluso este sindicato limita la libertad de sus filiales locales para declarar una huelga o para realizar concesiones a la patronal sobre cuestiones que conciernen a la seguridad del sindicato, o su jurisdicción sobre diversos procesos automáticos. El Sindicato Internacional de Tipógrafos, como muchos otros, se enfrenta al problema de que una serie prolongada de huelgas en diferentes partes del país podría llevar a la bancarrota los fondos con que cuenta para casos de huelga.

Una situación algo diferente, que da lugar a un incremento de la burocratización, se presenta en las industrias sumamente competitivas. En ellas la presión tendente a la burocratización puede provenir del sindicato mismo; los mayores sindicatos se muestran a menudo incapaces para estabilizar su propia posición, a menos que la industria se torne de un carácter menos competitivo, y las contingencias futuras, por lo tanto, más predecibles. Los sindicatos como los del vestido han creado estructuras muy centralizadas con el objeto de poder forzar a los empleadores a utilizar las mismas prácticas en los acuerdos para convenios colectivos. En algunos casos, los sindicatos han podido forzar a los patronos a la creación de estructuras burocráticas, obligándolos a ingresar en asociaciones industriales y a establecer códigos de práctica comercial. En tales industrias, los sindicatos se ven constreñidos a impedir que sus filiales locales violen las normas de actuación, como lo hacen los que operan en las industrias muy burocratizadas.

La participación de las comisiones gubernamentales en la realización de los convenios colectivos puede también aumentar la burocracia sindical. Las filiales locales transfieren los poderes que anteriormente poseían a su central internacional a medida que el centro de la decisión pasa del nivel local al gubernamental nacional. Este fenómeno constituye una ilustración de la interrelación funcional que existe entre las normas de organización social. La reacción a un aumento de la burocracia en una zona

[4] Ver CLINTON S. GOLDEN y HAROLD J. RUTTENBERG, *The Dynamics of Industrial Democracy*, Harper & Bros, Nueva York, 1942, pp. 60-61. Recientemente, en una de las principales industrias, los dirigentes patronales se quejaron a los jefes del sindicato de la propaganda contra los monopolios y las grandes ganancias, respaldada por éste. Tales dirigentes industriales señalaron que las continuas críticas por parte del sindicato, que acusaba a la patronal de faltar a la buena fe y a sus legítimas funciones, estimulaban las actitudes de los miembros del mismo, en el sentido de hacerlos responsables de huelgas precipitadas, y de alentarlos a negarse a cooperar con la patronal a los fines de la producción. Los dirigentes sindicales, quienes por otra parte simpatizaban con los objetivos socialistas, se vieron forzados a conceder que un convenio a largo plazo era incompatible con la estimulación continuada de las actitudes antagónicas para con el capitalismo en gran escala.

institucional —en este caso el gobierno— incrementa la necesidad de la burocratización de otras instituciones como los sindicatos obreros, que interactúan con ella.

En cuanto el control de las decisiones se aparta del nivel de las filiales, se evidencia una disminución de la participación y el interés de sus miembros por las cuestiones locales. Del mismo modo, los desacuerdos sobre las normas de actuación se limitan cada vez más a los conflictos sobre estas normas en su aspecto nacional, cuyo conocimiento se halla reducido a los miembros de la propia burocracia. De esta manera, los conflictos se manifiestan cada vez más como luchas administrativas que tienen lugar en los centros directivos internacionales y cada vez menos como pugnas políticas entre grupos de las filiales locales. Las implicaciones de este cambio fueron una vez gráficamente expresadas a un amigo nuestro por un obrero del acero, quien manifestó, al explicar su carencia de interés por la filial local de su sindicato: «Ya no poseemos un sindicato, sino un convenio. Los economistas y los que confeccionan las estadísticas negocian los convenios, y todo lo que podemos hacer es votar por su aprobación o reprobación.»

El aumento de la burocratización de los sindicatos coopera efectivamente, desde luego, para la protección de los derechos de los trabajadores, así como para reforzar la posición de sus dirigentes. En tanto que los sindicatos obren para proteger a sus miembros de las arbitrariedades y los caprichos patronales referentes al contrato y la promoción de los obreros, acentúan las normas racionales e impersonales y los niveles como los de antigüedad y de «igualdad de salario a igualdad de trabajo». Estas normas, sistematizadas, estandarizadas y administradas, constituyen un baluarte de la seguridad y la libertad de los trabajadores.

La burocracia, como norma racional que satisface efectivamente tantas y tan variadas necesidades —las de organización de los dirigentes y de los miembros—, posee profundas raíces en el movimiento sindical. No obstante, puede afirmarse, como proposición general, que cuanto mayor sea la burocratización de una organización, será tanto menor la posibilidad de que sus miembros ejerzan una influencia sobre la política sindical.

LAS COMUNICACIONES INTRASINDICALES

Una de las fuentes principales de poder administrativo, que se halla solamente al alcance de la jerarquía burocrática a la que él incumbe, está constituida por el control de los medios formales de comunicación dentro de la organización. El derecho a la libertad de expresión de los miembros individuales no significa gran cosa como limitación efectiva del poder administrativo, si los dirigentes sindicales controlan toda declaración pública formulada por los miembros del personal administrativo o representativo, el periódico sindical y la cuenta de gastos que permite a los líderes viajes por todo el país para entrevistar y conversar con los miembros y dirigentes locales. El monopolio de las vías de comunicación es una de las condiciones básicas de la confirmación de las actitudes y del comportamiento por medio de la propaganda[5]. Esta condición es inherente a la estructura de los Estados totalitarios; es también característica de la estructura unipartidaria de la mayoría de los sindicatos obreros.

Esta forma particular de control acarrea cierto número de consecuencias para la estructura del poder de un sindicato. Las únicas opiniones respecto de las cuestiones sindicales que están plenamente al alcance de sus miembros, en estas condiciones, son las de la administración. La política oficial es justificada, se desacreditan las proposiciones o los programas de oposición, y la única información referente a las cuestiones sindicales que llega a los miembros en general es la que el oficialismo desea que ellos escuchen. En segundo lugar, este control obstruye la cristalización y la organización de la oposición. Incluso cuando los miembros de un sindicato no se hallan completamente convencidos de la corrección y eficiencia de la política administrativa y existe un descontento general, la organización de una oposición activa presupone un medio de «reunirse», de comunicarse. La reducción de la «ignorancia colectiva» resulta imposible sin un amplio contacto e información.

Ningún grupo administrativo puede ejercer, por cierto, un control total de la multitud de medios de comunicación de su organización. Además, las diferentes organizaciones varían en cuanto al grado en que el «partido» administrativo se aproxima al monopolio. Todo intento de análisis de los factores que distinguen las organizaciones democráticas de las que no lo son debe considerar los determinantes de tales variaciones. Sugerimos aquí alguno de ellos:

Las comunicaciones que alcanzan a los miembros de una organización, procedentes de fuentes exteriores a ella, pueden debilitar el control administrativo. Los partidos políticos, por ejemplo, al menos en los Estados Unidos, no controlan los periódicos que leen sus miembros. Tales periódicos, al criticar los actos de los dirigentes partidarios, pueden cooperar en la formación de una base para la oposición de una facción. En los partidos de los trabajadores y en los socialistas europeos la organización política suele ser propietaria de los diarios que la apoyan, o los controla, y ello facilita la dominación continuada por parte de los dirigentes políticos.

La estructura interna de los procesos políticos que se desarrollan en los sindicatos obreros no se expone, por lo general, en la prensa. Existió, sin embargo, cierta cantidad de casos en los que los medios exteriores intentaron alcanzar a los miembros de los sindicatos. En Nueva York, la prensa en yiddish, especialmente el *Forward*, periódico socialista, desempeñó un papel importante en la vida de los sindicatos del vestido durante un largo período. El *Forward*, muy leído por los judíos emigrados que trabajaban en la industria del vestido, criticaba la política sindical y actuó con frecuencia como órgano de los diversos grupos de la organización laboral. Como podía esperarse, los dirigentes del sindicato se molestaron por su

[5] Ver R. K. MERTON y P. F. LAZARSFELD, «Mass Communications, Popular Taste and Organized Social Action», en LYMAN BRYSON (ed.), *The Communication of Ideas*, Harper & Bros, Nueva York, 1948, pp. 95-118.

independencia. Actualmente, en muchos sindicatos, la prensa de la Iglesia Católica llega a los trabajadores católicos con propaganda acerca de las cuestiones sindicales internas, y desempeña un importante papel en las situaciones planteadas entre las facciones. Los grupos políticos extremistas han tenido una actuación similar al suministrar a los miembros del sindicato información y propaganda acerca de éste.

Determinados grupos ocupacionales han apoyado a periódicos o revistas dedicados a proporcionar informaciones laborales, pero independientes de todo control por parte del sindicato. Ello ocurrió en los ramos de los espectáculos y de los tipógrafos, cuyos sindicatos poseen mucha más democracia interna que la mayoría de los demás.

En las pequeñas filiales sindicales locales los contactos personales o la comunicación oral pueden resultar efectivos para llegar a sus miembros, y el control del mecanismo de organización no constituye un valor importante en lo que se refiere a las comunicaciones. Pero en las organizaciones unipartidarias mayores, el monopolio efectivo de las comunicaciones varía en proporción inversa al grado en que se dirigen a los miembros de la agrupación los medios de comunicación que emanan de fuentes extraorganizacionales. Tales órganos independientes pueden basarse en una comunidad étnica o en un grupo religioso que se superpone con una ocupación, en grupos políticos que se interesan por la política interna de los sindicatos y, en unos pocos casos especiales, en el interés por las cuestiones ocupacionales.

EL MONOPOLIO DE LA HABILIDAD POLITICA

En la mayoría de los sindicatos, uno de los principales factores que perpetúa el poder directivo consiste en el casi total monopolio, por parte de los dirigentes, de las probabilidades de aprendizaje necesario para lograr una habilidad política. Uno de los pocos puestos que se hallan a disposición del trabajador manual, donde puede adquirir tales habilidades, es el de dirigente sindical. En la vida política de la nación en general, como fue discutido en el capítulo 6, los dirigentes se reclutan principalmente entre las ocupaciones que requieren, ellas mismas, habilidades políticas, principalmente las de organización y comunicación. La profesión de abogado es, desde luego, la que prepara mejor a sus miembros en ese sentido. Pero muchos puestos de directivos de empresa se hallan casi a su misma altura, puesto que el directivo eficaz debe pronunciar discursos, asegurarse el consentimiento, mediar en caso de conflicto, etc. Todo aquel que haya estado vinculado con la labor de relaciones públicas debió también adquirir tales habilidades, al igual que los líderes de las organizaciones de masas —sindicatos obreros, grupos campesinos, sociedades profesionales, etc.—. En gran medida, la existencia dentro de la sociedad en general de muchos y diversos papeles de dirección «política» significa que casi todo grupo puede encontrar a personas políticamente preparadas para presentar y organizar el apoyo de sus puntos de vista.

El obrero medio no posee oportunidades o necesidad de adquirir tales

habilidades políticas. Raramente, si es que alguna vez sucede, se solicita que pronuncie un discurso ante un grupo numeroso, que vierta sus pensamientos por escrito o que organice las actividades de un grupo. Puede sugerirse, por lo tanto, que el monopolio de la habilidad política por parte de los dirigentes es uno de los factores principales que impiden la organización efectiva de un sentimiento de oposición en el seno de las organizaciones obreras, y que permiten a la administración superior emplear su mayor capacidad comunicativa para someter o desviar todo descontento.

La organización sindical unipartidaria puede ofrecer a los miembros que van en pos de puestos de dirigentes la oportunidad de adquirir las habilidades de organización mediante programas educacionales formales o por medio de participación en puestos honorarios. Tales aspirantes se hallan, no obstante, sujetos generalmente a la barrera de los puntos de vista de los dirigentes, en lo que se refiere a la economía, la política y la organización sindicales. La movilidad interna de la estructura sindical exige que el aspirante acepte las normas y orientaciones dominantes en la organización, es decir, las de sus dirigentes. Es también probable que los miembros activos, líderes en potencia, acojan favorablemente el punto de vista —amplio o estrecho— de los dirigentes y desarrollen hacia él una lealtad que constituye la fuente de una norma de actividad vital más interesante y compensatoria que la que experimentaron anteriormente. En este sentido, una organización laboral proporciona a los obreros ambiciosos, confinados a sus ocupaciones, oportunidades que ningún otro medio de la sociedad les suministra.

Aparte de la educación o adoctrinamiento, el aspirante a dirigente tiene literalmente sólo un lugar al que dirigirse si quiere llegar a algo: la administración. A menos que exista algún grupo de oposición, su actividad política debe limitarse al terreno fijado por los jefes. Los dirigentes sindicales, que se enfrentan con frecuencia a una escasez de posibles dirigentes subordinados capacitados y la carencia de medios para adiestrarlos, se muestran generalmente favorables e incluso ansiosos por reclutar a activistas sindicales capaces de ocuparse de la estructura administrativa.

La ventaja principal de los dirigentes sindicales, procedente de su posesión de habilidad política, puede, sin embargo, disminuir e incluso eliminarse si los miembros de su sindicato cuentan con otras fuentes extraorganizativas para adquirir tal capacidad. Por ejemplo, los actores deben aprender a pronunciar eficazmente discursos, y los observadores de las reuniones de miembros del Sindicato de Actores informan que existe un alto grado de participación en la discusión por parte de sus miembros, así como una larga historia de política faccionaria interna.

Pero la mayoría de los trabajadores que pertenecen a sindicatos no adquieren estas habilidades por medio de sus respectivos trabajos, y las investigaciones indican que, por lo general, no pertenecen a ninguna organización formal fuera del sindicato mismo. Existen, sin embargo, por lo menos dos organizaciones que contribuyeron a la adquisición de habilidad política por parte de los obreros: las iglesias y los partidos políticos extremistas. En los Estados Unidos y Gran Bretaña, muchos obreros per-

tenecen a iglesias cuyos miembros forman parte, predominantemente, de la clase trabajadora, y cuyos dirigentes seculares o ministros pertenecen también a ella. Como se hizo notar anteriormente, gran cantidad de los primeros líderes de los sindicatos obreros y de los grupos políticos laboristas británicos estaba constituida por individuos que anteriormente habían prestado sus servicios como funcionarios o maestros de la escuela dominical de la Iglesia Metodista o de otras no anglicanas[6]. En los Estados Unidos, gran parte de los primeros líderes del Sindicato Unido de Obreros de la Industria del Automóvil, que contaba con gran cantidad de miembros del Sur, se había mostrado activa en las sectas sureñas. Actualmente, la Iglesia Católica, por intermedio de la Asociación de Sindicalistas Católicas y de Escuelas Obreras Católicas, trata de adiestrar a los obreros católicos en la adquisición de las habilidades de oratoria, de procedimientos parlamentarios, de organización y de administración. En las situaciones en las que los católicos, en tanto que grupo, desean luchar contra los dirigentes que se hallan en el poder, los preparados en estos grupos confesionales suelen constituir el núcleo activo de los grupos de oposición.

Por otra parte, los partidos políticos izquierdistas, como el Comunista y el Socialista, contribuyeron con un gran número de dirigentes sindicales norteamericanos. Los obreros que se afilian a tales partidos son preparados, formal o informalmente, en las habilidades de organización y comunicación, y se transforman en dirigentes sindicales en potencia. Durante la última parte de la década de 1930, John L. Lewis, aunque conservador políticamente, se vio forzado a admitir a muchos socialistas y comunistas como organizadores del Congreso de Organizaciones Industriales, debido a que éstos partidos constituían los únicos receptáculos de talento y habilidad de organización que manifestaban alguna simpatía por el movimiento obrero. Uno de los hechos que permitieron a los comunistas ganar el apoyo de quienes no lo eran, dentro del movimiento obrero, es el de que en muchos sindicatos, aunque constituyen una pequeña minoría, son las únicas personas que no se hallan en la dirección de aquél que saben cómo organizar una oposición efectiva.

EL *STATUS* SOCIAL DE LOS DIRIGENTES SINDICALES

Se ha hecho notar frecuentemente el hecho de que los dirigentes de los sindicatos obreros se separan cada vez más de la masa de los miembros, tanto en su estilo de vida como en sus perspectivas y modalidades de pensamiento. Esta separación resulta más claramente visible en los niveles superiores de la jerarquía administrativa sindical, en los que las diferencias de ingresos entre los dirigentes y los obreros miembros son algo grandes, y la mayor o menor permanencia en el cargo de la mayoría de los dirigentes hace que sus ingresos superiores sean más seguros y regulares de lo que la mayor parte de los trabajadores puede generalmente esperar. Estos ingresos, superiores y más seguros, unidos a la diferente esfera de experiencias que implica el puesto de dirigente sindical —trabajo de oficina, viajes, contacto con los comerciantes, miembros del gobierno y otros dirigentes sindicales—, proporcionan la base y la sustancia de un estilo de vida marcadamente diferente del de quien desempeña un oficio. En el nivel local no existe por lo general una gran diferencia entre los ingresos del dirigente y la paga del obrero, pero aquél aventaja a este último en lo que respecta a la seguridad de sus ingresos, en las mayores posibilidades de ascender dentro de la estructura sindical y en el hecho (de ninguna manera menos importante) de que el puesto en el sindicato lo sustrae de su oficio para ofrecerle un tipo de trabajo mucho más agradable, más variado y compensatorio.

Los intereses y los tipos de actividad especiales que experimentan los dirigentes sindicales, tanto en el trabajo como fuera de él, crean vínculos sentimentales y una orientación y perspectiva comunes que, al tiempo que destacan la distancia existente entre los dirigentes y la masa, sirven de importantes elementos de cohesión dentro del grupo dirigente. Los miembros de la dirección de un sindicato, que sienten mucha más afinidad entre sí que con la masa, desarrollan una conciencia de sus intereses comunes que encuentra expresión en su empleo del mecanismo de organización en defensa de la permanencia en el cargo de cada uno de ellos y de la retención del poder en manos del grupo.

Si la estructura de un sindicato es, además, considerada como una parte del sistema total de estratificación social, se aclaran otros de los factores que contribuyen a alimentar la tendencia hacia la oligarquía y el comportamiento antidemocrático de los dirigentes laborales. El *status* —el honor y la deferencia concedidos a algunos individuos por algunos otros— no tiene sentido sino cuando coloca a un individuo, grupo o estrato relacionado con otros, dentro del mismo marco de referencia. Los psiquiatras y los psicólogos señalaron la tremenda importancia que representa para un individuo la posición que le han adjudicado aquellos de quienes reclama el reconocimiento de un *status* dado. En la sociedad norteamericana, el *status* de un individuo se relaciona estrechamente con su ocupación, pero recibe también, en algunos contextos, la influencia de atributos tales como el parentesco, el poder, el tiempo de residencia y otros factores. Si se observa el *status* de los miembros obreros de un sindicato, en comparación con el de sus dirigentes, ello puede sugerir la manera en que éstas posiciones relativas afectan al grado y a la naturaleza de la participación de ambos grupos en asuntos sindicales.

En general, los dirigentes de las filiales locales y de las centrales internacionales no parecen tener concedido un *status* en virtud de su aso-

[6] «La preparación necesaria para la expresión del pensamiento, y para ocupar los puestos directivos y ejercer el control de los asuntos públicos que estas sociedades [metodistas] proporcionaban a un gran grupo de obreros y obreras era de un valor incalculable como preparación para la unión industrial y para la labor futura del sindicalismo. Los protestantes disidentes ingleses y la Sociedad Metodista fueron las formas precursoras de las ulteriores organizaciones laborales autónomas, y se transformaron en el semillero de las aspiraciones populares de una ubicación y poder en el gobierno cívico y nacional.» A. D. BELDEN, *George Whitefield the Awakener*, S. Low, Marston and Co., Ltd., Londres, 1930, pp. 247 ss.

ciación con su oficio o industria particular, sino más bien respecto de los papeles totalmente diferentes que desempeñan en su ocupación de «dirigente sindical». Difícilmente podrá ponerse en duda el hecho de que este *status* es muchísimo más alto, tanto a los ojos del público en general como a los de la masa de miembros, que el de casi todas las ocupaciones de la clase trabajadora. Un estudio del prestigio relativo de diferentes ocupaciones (según una clasificación realizada por un grupo representativo nacional de la población) indicó que un «dirigente de un sindicato internacional» se ubica casi a la misma altura que «los propietarios, gerentes y funcionarios»[7]. El siguiente comentario formulado por los autores de una apreciación sobre el Sindicato Unido de Trabajadores de la Industria Automotriz, Irving Howe y B. J. Widick, proporciona pruebas tangibles de que los obreros mismos acuerdan generalmente un *status* más alto a sus dirigentes que a sus compañeros de trabajo.

> El *status* del dirigente sindical puede ser muy alto; [...] es, por lo general, más respetado por los trabajadores por sus presuntos conocimientos superiores y mayor facilidad de expresión; percibe un salario mayor y más estable que ellos; no debe someterse a la disciplina de la fábrica y puede trabajar con un horario relativamente flexible, y goza de lo que para muchos norteamericanos constituye un privilegio muy grande y un distintivo de autoridad social: puede usar «camisa y corbata» más bien que vestimentas de trabajo[8]

Cada uno de los terrenos en los que se concede esta deferencia —conocimientos, habilidades, ingresos, control de trabajo, labor intelectual en lugar de manual— separa al dirigente sindical de la masa de miembros en cuanto a estilo de vida, perspectivas, etc. En términos generales, apoyan una diferencia de *status* que tiende a *justificar* el monopolio por parte del líder de las funciones sindicales y de las actividades importantes, cuyo desempeño sólo se *posibilita* mediante su posición dentro de la jerarquía sindical. No sólo ejerce su poder y toma de decisiones en virtud de su cargo, sino que —lo cual es igualmente importante— el elevado *status* que le conceden los miembros sirve para legitimar su autoridad dentro de una norma habitual de poder y *status*, que se refuerza a sí misma: la dirección del sindicato trae aparejado el poder, desarrolla las habilidades, respalda un estilo de vida de la clase media y es, en realidad, una ocupación de clase media. Todo esto, unido a la posición misma, recibe de parte de las masas una consideración de *status* relativamente elevado que legitima todo el papel y las acciones de su poseedor.

Existe una tensión fundamental entre los valores democráticos del movimiento sindical y este sistema de ubicación dentro de un *status*. Con excepción de pocos casos significativos, todo dirigente sindical ascendió en el orden jerárquico mediante sus propios esfuerzos. Esta ocupación es una

[7] CECIL C. NORTH y PAUL K. HATT, «Jobs and Occupations: A Popular Evaluation», en LOGAN WILSON y WILLIAM A. KOLB (eds.), *Sociological Analysis*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1949, pp. 464-473.

[8] IRVING HOWE y B. J. WIDICK, *The U.A.W. and Walter Reuther*, Random House, Nueva York, 1949, p. 257.

de las pocas de *status* elevado, en el que éste se obtiene casi enteramente por adquisición más bien que por adscripción. La mayor parte de las situaciones de *status* alto forzosamente conllevan una cierta seguridad de permanencia en el cargo, una vez alcanzada una posición dada. La democracia implica, sin embargo, la permanente inseguridad de quienes se hallan en los puestos gobernantes, a tal punto que cuanto más verdaderamente democrático sea el sistema de gobierno, tanto mayor será la inseguridad. Los cambios de partido en el poder son inherentes a los valores democráticos que exigen una idéntica posibilidad de acceso para todos los miembros del sistema. De este modo, todo dirigente cuenta con una posición de *status* elevado en cuanto a poder dentro de un sistema democrático debe, necesariamente, prever cierta pérdida de posiciones si se aceptan los valores democráticos.

No se halla en armonía con lo que se sabe de las necesidades psicológicas de los individuos el esperar que la gente que se encuentra en tales posiciones acepte esta inseguridad con ecuanimidad. Una vez que se logra un *status* elevado, existe generalmente una necesidad apremiante de conservarlo y protegerlo. Ello es particularmente cierto cuando la discrepancia entre el *status* y la posición a la que es posible que un individuo se vea relegado es muy grande. En otras palabras, si la distancia social entre la posición del líder sindical como dirigente y como miembro ordinario es grande, su necesidad de conservar la primera de estas categorías será correspondientemente mayor.

Es completamente cierto que quienes se hallan en el gobierno de toda sociedad democrática se enfrenta a esta inseguridad, pero existen importantes diferencias. Es más probable que los políticos de la sociedad global provengan de las que Weber tan acertadamente calificó de ocupaciones «independientes», como el derecho y el periodismo[9]. Estas ocupaciones son independientes en el sentido de que quien las desempeña puede abandonarlas durante extensos períodos para ingresar en la política, sin ninguna pérdida de habilidad durante el lapso de su ausencia (quizá suceda lo contrario en el caso del abogado), y volver a la práctica de su profesión sin ninguna pérdida ni trastorno financiero demasiado pronunciado. En realidad, los antiguos funcionarios públicos, sean o no abogados, suelen ser capaces de capitalizar las habilidades y las relaciones informales establecidas durante su permanencia en el cargo. Un político derrotado se halla con frecuencia en una mejor posición financiera y de *status* después de abandonar su cargo que cuando lo desempeñaba. Además, hecho significativo en el proceso democrático, puede continuar desempeñando su papel de líder político fuera de su puesto gubernativo y ser de utilidad para su partido en la oposición.

El dirigente sindical, por otra parte, si se cuenta entre los relativamente pocos derrotados después de haber servido en un cargo en el sindicato, no puede encontrar una posición que lo habilite tanto a mantener su *status*

[9] MAX WEBER, *Essays in Sociology*, trad. y ed. por C. Wright Mills y Hans Gerth, Oxford University Press, Nueva York, 1946, p. 85.

elevado *como a continuar tomando parte en el sistema político sindical.* Ello puede explicar la razón por la cual muchos dirigentes sindicales que pierden su puesto por una u otra razón no vuelven a sus antiguos trabajos, sino que abandonan enteramente la ocupación, o se aseguran un cargo por nombramiento en alguna otra jerarquía sindical. La ausencia entre la masa de miembros de un cuadro dirigente experimentado y preparado, que puede ser cubierto por los dirigentes derrotados, hace mucho más difícil, si no imposible, el mantenimiento de una oposición activa que pueda presentar en las elecciones sindicales un conjunto de líderes y de planes de acción que represente una alternativa. Cuando todos los individuos con experiencia en los asuntos sindicales se encuentran, ya sea en la dirección o fuera del sindicato, no se cuenta con un núcleo de capacidades, ideas y reputaciones en torno del cual pueda cristalizar una oposición. El historial del Sindicato Unido de Trabajadores de la Industria Automotriz constituye un buen ejemplo: tres de los antiguos residentes, y el ex secretario-tesorero internacional, así como cierto número de ex vicepresidentes y otros altos funcionarios, abandonaron el sindicato por puestos en la industria privada o en otras organizaciones obreras.

La alternativa que se presenta a un dirigente derrotado al abandonar el sindicato es el retorno al trabajo en cadena o a la mina. Durante algunas décadas, ha sido imposible imaginar a John L. Lewis cavando en una mina de carbón después de la derrota que le infligieron en la convención de mineros [10]. El retorno a las antiguas ocupaciones, incluso para los dirigentes locales, además de representar una neta reducción en su estilo de vida, suele considerarse como una humillación y un fracaso, tanto por el líder derrotado como por sus compañeros de trabajo.

Los tremendos esfuerzos tendentes a la eliminación de la democracia (posibilidad de derrota) de sus sindicatos, realizados por muchos dirigentes, constituyen, para ellos, mecanismos de adaptación necesarios. La inseguridad del *status* directivo (endémico en una democracia), las presiones que los líderes soportan para retener el alto *status* logrado, su control de la estructura de organización, las diferentes habilidades con que cuentan los dirigentes frente a los otros miembros del sindicato, constituyen, todos ellos, factores poderosos en la formación de las oligarquías dictatoriales.

La relación entre el *status* de un dirigente y sus esfuerzos por reducir al mínimo la democracia en un sindicato es bastante directa. El dominio del mecanismo de un sindicato por parte de sus dirigentes no reside simplemente en el hecho de que los líderes de nivel medio e inferior retienen sus puestos según el capricho de los dirigentes administrativos superiores. Es fundamentalmente el atractivo y el *status* otorgados por estas posiciones, en comparación con el trabajo en la industria, lo que origina en los que poseen cargos directivos en un sindicato el enorme riesgo de perder sus posiciones y, según su rango, lo que los convierte en dictadores (si su

[10] Ver BERNARD BARBER, «Participation and Mass Apathy in Associations», en A. W. GOULDNER (ed.), *Studies in Leadership*, Harper & Bros, Nueva York, 1950, pp. 493-494, y A. J. MUSTE, *op. cit.*, p. 341.

nivel es elevado), o los somete a sus superiores (si se encuentran en situaciones inferiores o intermedias).

El efecto del logro de un *status* alto, pero inestable, se aclara cuando examinamos las consecuencias, para la estructura sindical, de una ocupación que otorga al obrero un *status* equivalente o superior al del dirigente de la agrupación laboral. En estas condiciones, el mecanismo sindical no puede ser tan fuerte y cohesivo, ni exigir ni recibir una devoción y obediencia completas de parte de los funcionarios subordinados. La carencia de una distinción clara y significativa del privilegio (y del estilo de vida) entre los dirigentes y la masa de afiliados significará que el líder elegido no estará sometido a una presión tan pronunciada que lo lleve a eliminar los procedimientos democráticos y la posibilidad de un cambio de equipo en el poder.

El Sindicato de Actores y la Liga Norteamericana de Periodistas son sindicatos cuyos miembros pueden aspirar a un *status* y a ingresos superiores a los de sus dirigentes. Lejos de padecer arraigadas oligarquías, estas agrupaciones siempre tuvieron dificultades para reclutar miembros que se prestaran a desempeñar cargos directivos de plena dedicación. Las ha resuelto creando ciertos puestos honorarios, encargados de determinar la política de la agrupación, de manera que los miembros pudieran continuar con sus carreras ocupacionales, al mismo tiempo que servían en carácter de dirigentes sindicales. En el Sindicato de Actores, pocos de los miembros del consejo ejecutivo se presentan alguna vez para uan reelección. En la Liga de Periodistas, muchos de los dirigentes provienen de las ocupaciones de *status* inferior, no periodísticas, organizadas por el sindicato. Recientemente, los dirigentes de plena dedicación de la Liga que poseían más jerarquía, y que anteriormente no habían sido periodistas, dimitieron para convertirse en editores de un periódico laboral. Ello se adapta al sistema de valores del oficio, que clasifica la ocupación de periodista en un nivel más elevado que el puesto de dirigente sindical. Otro de los sindicatos con un historial de oposición continua a las diversas direcciones, y frecuentes cambios de los dirigentes que se encuentran en el poder, es el Sindicato Internacional de Tipógrafos. Sus miembros se encuentran entre los grupos mejor remunerados y de *status* más elevado de entre todos los obreros norteamericanos. Ello puede contribuir a dar cuenta del hecho de que, en esa organización, los líderes sindicales derrotados vuelven a su ocupación luego de perder sus cargos. Las entrevistas realizadas a los miembros y dirigentes de este sindicato sugieren que guardan fuertes vínculos con su oficio, y que lo consideran también como un puesto importante, de *status* elevado [11].

[11] Para un análisis de este y otros factores que se relacionan con el alto nivel de democracia existente en el Sindicato Internacional de Tipógrafos, ver S. M. LIPSET, M. TROW y J. S. COLEMAN, *Union Democracy*, The Free Press, Glencoe, 1956.

PARTICIPACION DE LOS MIEMBROS

Ni los obreros norteamericanos en especial, ni tampoco los miembros de otras clases, tienen la participación integradora que experimentan los individuos de las sociedades no industriales. En nuestra sociedad, el trabajo, el descanso, las relaciones familiares, la política, y muchos otros aspectos de la vida, se organizan o aíslan dentro de la estructura social. Los dos papeles que nuestra sociedad define como los más destacados y significativos son el ocupacional y el familiar. Todos los demás —por ejemplo, el que el individuo desempeña al formar parte de una asociación voluntaria— son más o menos subsidiarios y periféricos[12]. Aunque en los Estados Unidos se manifiesta una gran proliferación de asociaciones voluntarias, gran parte de la población, especialmente los trabajadores manuales, no se vincula a ellas, y una proporción aún mayor no participa activamente en tales asociaciones. Como se indicó anteriormente, la mayoría de estas organizaciones son esencialmente sistemas unipartidarios, en los que existe una élite que ejerce un control activo, y una masa inactiva de miembros. Gran parte de ellas se hallan al servicio de necesidades sociales diferentes de las funciones ocupacionales y familiares, las que son definidas socialmente como de importancia secundaria. Cuando los miembros de tales organizaciones políticas, de ayuda mutua, de beneficencia, u otras a las que se consagre el tiempo libre, muestran una falta de interés por su actividad y control internos, se denomina a esta actitud «apatía», y se la deplora actualmente. Incluso en los sindicatos y en las asociaciones profesionales, que afectan vitalmente el papel ocupacional del individuo, esta apatía de parte de los miembros constituye el estado de cosas usual.

Cuando no se impulsa a los miembros a la acción mediante una crisis de organización cuyo resultado puede afectarles directamente, diversas son las fuerzas que los alejan de toda participación activa. Parece ser cierto, en términos generales, que gran cantidad de individuos que forman parte de un sindicato no pueden ser organizados durante un período de tiempo considerable, sólo debido a cuestiones de luchas políticas por el poder de organización. Una mera lucha por el poder resulta, dentro de un sindicato, en apariencia demasiado corrosiva para las relaciones personales, remueve demasiado los intereses más profundos y perdurables de los miembros y promete demasiado pocas recompensas finales a quienes no anhelan la obtención de cargos para conservar el interés de la masa. Desde luego, las luchas entre facciones rara vez son crudamente presentadas como luchas por el poder, sino que casi siempre se centran en torno de convenios u otras cuestiones sindicales y, en ocasiones, como en el período inicial del Sindicato de Obreros de la Industria Automotriz, estas luchas económicas por el reconocimiento y la estabilidad del sindicato tienden suficientemente al mantenimiento de un interés generalizado, aunque intermitente, en las luchas de las facciones, en períodos de varios años. Pero más tarde o más temprano, a medida que se estabilizan las condi-

[12] Ver BERNARD BARBER, *op. cit.*, pp. 477-504.

ciones externas, los intereses profundos y perdurables de la ocupación, la familia, la recreación y los amigos apartan del terreno de lucha entre las facciones, en el que se suscitan disputas y se pierde el tiempo, al miembro ordinario, quien vuelve a los ritmos de vida normales y rutinarios. Sólo una pequeña minoría halla una recompensa por su participación en los asuntos y en la política del sindicato, lo suficientemente grande como para mantener elevado el nivel de interés y actividad.

Existe, desde luego, una variación considerable en el nivel de la participación de parte de los miembros en los diferentes tipos de grupos y organizaciones, y puesto que nos ocupamos de las posibilidades de la democracia en las organizaciones privadas, es importante explorar algunas de las fuentes de estas variaciones.

La participación en una organización cualquiera parece tener relación con la cantidad y la importancia de las funciones que ella ofrece en beneficio de sus miembros, y el grado en que exige una dedicación personal. En la mayoría de los casos, los sindicatos desempeñan solamente una función principal para sus miembros, consistente en los convenios colectivos, que pueden ser concertados por una administración sindical más o menos eficiente sin necesidad de ninguna participación de parte de los miembros, excepto durante los conflictos importantes. En tales sindicatos no se espera la continua participación de más de un puñado de miembros, vinculado con la dirección.

Pero existen algunas importantes excepciones a esta situación general. En algunas ocupaciones y organizaciones laborales, la participación en los asuntos sindicales ofrece recompensas adicionales en forma de un *status* más elevado, mejores oportunidades en el trabajo o valiosas relaciones sociales. En ciertas condiciones, los sindicatos no desempeñan meramente las funciones protectoras y mediadoras de concertar los convenios colectivos, sino, como se discutió en el capítulo 6, forman parte de una «comunidad ocupacional», o amplia red de relaciones sociales entre sus miembros. La participación en la comunidad ocupacional no se centra exclusivamente en torno de las funciones económicas o la política interna del sindicato, sino que se halla precisamente sostenida por esa amplia variedad de motivos e intereses que no forman parte de la calidad de miembro de un sindicato corriente.

Una de las fuentes de una comunidad ocupacional está constituida por el aislamiento geográfico de un trabajo dado. En las pequeñas poblaciones mineras de los Estados Unidos, los obreros se encuentran constantemente en el curso del desempeño de todas sus funciones sociales, y en sus organizaciones religiosas, recreativas e informales, al igual que en el sindicato. Las mismas condiciones se presentan a los marineros y los obreros portuarios. Esta frecuente interacción de los miembros de un sindicato en todas las esferas de la vida parece producir un alto nivel de interés por los asuntos de sus sindicatos, que se traduce por una gran participación en las organizaciones locales y mayores posibilidades de democracia y de influencia por parte de los miembros. Indudablemente, la mayoría de los sindicatos de esta categoría son oligárquicos y dictatoriales en el nivel internacional, pero la elevada participación de los miembros de las filiales

locales puede constituir una de las razones principales de las tácticas militantes que persiguen los oligarcas dentro de los mismos. También es cierto que estos sindicatos parecen soportar más frecuentemente levantamientos de parte de la masa de miembros que otros similares, de *status* bajo y oligárquicos.

Una comunidad ocupacional puede también aparecer dentro de grandes comunidades, en las que sus miembros no se hallan físicamente aislados de otros trabajadores, pero poseen horarios de trabajo «diferentes» como, por ejemplo, las noches y/o los fines de semana. Estos horarios separan a los trabajadores de todo contacto social con sus vecinos, amigos o familiares. Como resultado de ello, pasan la mayor parte del tiempo libre con sus compañeros de trabajo. Tal empleo de su tiempo de esparcimiento concluye a menudo en la formación de organizaciones formales, como clubs deportivos, agrupaciones de ex combatientes, organizaciones religiosas y otras, cuyos miembros se reducen a los que trabajan en la misma ocupación.

Otro factor, relacionado con lo anterior, que puede obrar independientemente, de una manera similar, está constituido por el grado en que los obreros se dedican a sus trabajos. En ciertas actividades, como las de periodistas y actores, los trabajadores consideran que el juicio de sus compañeros de trabajo constituye la medida principal de la estima profesional. Estas ocupaciones no son, desde luego, típicas del movimiento sindical, pero ilustran la relación existente entre la participación en un grupo y su función como grupo relacionado con un *status*.

En la mayoría de las ocupaciones manuales, los obreros piensan unos en los otros casi exclusivamente en términos de sus papeles ocupacionales. Pero donde existen las comunidades ocupacionales, el sindicato organiza las relaciones entre sus miembros dentro de una variedad de funciones sociales, lo cual acarrea consecuencias directas para la política sindical. Los grupos que componen la comunidad ocupacional, especialmente si son independientes de todo control por parte de la dirección del sindicato, sirven para mantener vivas las cuestiones sindicales. Al suministrar a los miembros del sindicato oportunidades regulares de reunión frecuente fuera de las horas de trabajo, proporcionan también las posibilidades de una discusión informal de las controversias sindicales y de los méritos relativos de los candidatos; de este modo, sirven como fuentes auxiliares de información y opinión, que no se encuentran bajo el control de los jefes de la administración. Además, es dentro de la comunidad ocupacional donde los dirigentes opositores en potencia pueden adquirir las habilidades políticas y hallar fuentes independientes de *status* y poder, en las que fundamentar su desafío a la dirección y aumentar de este modo su influencia sobre las masas.

Algunos sindicatos «progresistas» intentaron incrementar el grado de participación de sus miembros, utilizando sus departamentos educativos para la creación de organizaciones de esparcimiento para sus miembros. Sin embargo, los intentos de imponer artificialmente actividades extravocacionales suelen fracasar. La Agrupación Internacional de Obreros de la Industria de Ropa Femenina y el Sindicato Unido de Trabajadores de la

Industria Automotriz han realizado considerables esfuerzos en estos sentidos, con un éxito relativamente escaso. Los obreros de estas industrias poseen, aparentemente, otras fuentes de actividades recreativas, y la oportunidad de utilizar las facilidades que ofrece el sindicato no afecta a su conducta. En el Sindicato de la Industria del Vestido, antes mencionado, los estudios de los participantes en tales organizaciones del sindicato revelaron que están constituidos en su mayoría por mujeres que, por diversas razones, se han visto obligadas a buscar grupos formales de entretenimiento. Estas mujeres son por lo general viudas, divorciadas o solteras que han alcanzado una edad en la que la mayoría de las amigas se han casado, además de otro grupo de mujeres casadas con hijos mayores.

Algunos factores que parecen relacionarse con el nivel de *status* de una ocupación dada afecta también al grado de participación en el sindicato. En general, la medida en que los trabajadores se identifican con una ocupación dada y su sindicato se halla relacionada con el *status* de la ocupación. Cuanto más alto sea este último, tanto más elevado será el nivel de la participación sindical.

Los estudios sobre la participación en la política y en otras asociaciones voluntarias demostraron que cuanto más elevado sea el *status* del grupo en cuestión, tanto más probable será que se muestren activos en tales cuestiones. Se deduce, por lo tanto, que cuanto más se aproxime un grupo de clase trabajadora a la forma de vida y la orientación de la clase media, tanto más probable será que señale un alto nivel de participación sindical. Ello puede constituir en parte, como sugerimos anteriormente, un resultado del hecho de que, en una ocupación de *status* elevado, cuanto menor sea la diferencia de *status* entre la masa de miembros y los dirigentes, tanto más se reducirán las presiones sobre éstos, en el sentido de conservar un estricto control oligárquico de los asuntos sindicales. Pero, además, cuanto más altas sean la educación y las aspiraciones de *status* de quienes trabajan en ocupaciones de «clase media», como los periodistas, el gremio de espectáculos públicos y los tipógrafos, se sentirán, en apariencia, tanto más impulsados a emplear con mayor libertad sus sindicatos, para más cantidad de fines, y a participar en ellos más ampliamente de lo que lo hacen los obreros de ocupaciones de *status* bajo. Se han realizado algunos trabajos referentes a las vinculaciones entre la clase social y la participación en las asociaciones voluntarias, distintas de los sindicatos obreros [13]. Pueden llevarse a cabo investigaciones similares entre los sindicatos dados y dentro de ellos [14].

---

[13] Ver HERBERT GOLDHAMER, «Some Factors Affecting Participation in Voluntary Associations», tesis de doctorado en Filosofía, Departamento de Sociología. Universidad de Chicago, 1943; MIRRA KOMAROVSKY, «The Voluntary Associations of Urban Dwellers», *American Sociological Review,* 9 (1946), pp. 686-698; BERNARD BARBER, «Mass Apathy and Voluntary Social Participation in the United States», tesis de doctorado en Filosofía, Departamento de Relaciones Sociales. Universidad de Harvard, 1949. Ver también pp. 59, 94 y 167-173 de este libro.

[14] A. W. GOULDNER, «The Attitudes of "Progressive" Trade Union Leaders», *American Journal of Sociology,* 52 (1947), p. 389. ELY CHINOY, «Local Union Leadership», en A. W. GOULDNER, *Studies in Leadership,* Harper & Bros, Nueva York, 1950. HERBERT

FACTORES DE ORDEN TEMPORAL

En las secciones precedentes se ha tratado de las consecuencias de los diferentes aspectos de la estructura sindical, y los atributos de los miembros (los que se derivan de su posición en la estructura social más amplia), en lo que afectan al gobierno democrático de los sindicatos. Existen también algunas condiciones, diferentes de aquéllas, que pueden influir sobre el grado de democracia de las organizaciones. Podemos denominarlas «factores de orden temporal», puesto que se relacionan, en gran medida, con las condiciones que se presentan sólo en períodos específicos en la historia de una organización.

Formas de organización

Dos son los procesos generales mediante los cuales son creadas las organizaciones. Uno de ellos es la organización a partir de los dirigentes, en la que un grupo, que inicia originalmente la asociación, establece a otros individuos o secciones en una gran estructura más amplia. En tal situación, existe desde el comienzo una estructura burocrática formal, en la que los nuevos dirigentes subordinados extraen su autoridad de la cabeza de la organización.

Una gran organización nacional puede también originarse como una federación, ya sea mediante la formación sucesiva, aunque autónoma, de un grupo tras otro, o por la formación relativamente simultánea de algunos grupos sin vinculación entre sí, que luego se unen. En ambos casos se erige en la organización una oposición ya formada. En tales federaciones, la creación de una jerarquía burocrática «unipartidaria» requeriría la reducción de grupos o líderes que en otro tiempo fueron independientes, a un *status* subordinado, a un poder restringido. Las medidas orientadas en este sentido encuentran a menudo una fuerte resistencia por parte de los dirigentes autónomos de las unidades componentes. En vez de una clara jerarquía dirigente, existe una competencia considerable por los cargos directivos, entre quienes ocupaban los puestos superiores en las unidades relativamente independientes, antes de que tuviera lugar la amalgama real. Las luchas recientes dentro de las nuevas entidades —Federación

A. Shepard, «Democratic Control in a Labor Union», *The American Journal of Sociology*, 54 (1949), pp. 311-316. Debe destacarse, sin embargo, que un neto aumento de los ingresos de los trabajadores en una ocupación dada puede realmente producir el efecto contrario de reducir la participación en las cuestiones sindicales. Si los ingresos más elevados permiten que los trabajadores se acerquen al *status* de ingresos de la clase media, mientras que la ocupación misma sigue siendo de *status* inferior, pueden intentar disociarse de esta última. Por ejemplo, un estudio de los miembros del Sindicato de Obreros Portuarios de San Francisco señaló que muchos portuarios afiliados se separaron de los muelles luego de recibir grandes aumentos de salarios y se mostraron menos activos en el sindicato. Sólo cuando el *status* elevado se halla vinculado con la ocupación puede esperarse una mayor participación. El estudio al que se hizo referencia anteriormente es uno inédito realizado por Joseph Aymes, graduado del Departamento de Psicología de la Universidad de California.

Norteamericana del Trabajo (A.F.L.) y Congreso de Organizaciones Industriales (C.I.O.)— constituyen un buen ejemplo de este fenómeno.

Los variados historiales políticos de los diferentes sindicatos pueden estar relacionados con las diferentes maneras en que comenzaron a organizarse. El Sindicato Unido de Obreros del Acero de Estados Unidos, por ejemplo, fue originalmente constituido por el Comité Organizador de Obreros del Acero, con la dirección de Philip Murray. Con escasas excepciones, casi todas las filiales locales de este sindicato fueron creadas luego de que la estructura inicial de poder estuviera establecida. Desde sus comienzos hasta 1950, cuando surgió por primera vez el problema de la sucesión en la dirección, no existieron disputas serias entre facciones en el sindicato. Murray eliminaba todo centro local de disturbios. Por otra parte, el Sindicato Unido de Trabajadores de la Industria Automotriz, que se equipara al de los trabajadores del acero en antigüedad, tamaño y centralización de la industria, nació de la amalgama de algunos sindicatos de la industria automotriz ya existentes, y gran parte de sus otras unidades locales se organizó independientemente, con una colaboración un tanto relativa por parte de la central nacional. Las ásperas luchas entre facciones de este sindicato, que surgieron con posterioridad, resultaron, al menos en parte, del intento realizado por varias comisiones directivas nacionales por establecer una jerarquía burocrática única. La mayoría de los líderes de facciones de este sindicato eran dirigentes del primer período de su organización, y las diferentes facciones constituían, mayormente, coaliciones de los grupos encabezados por ellos, tendentes a resistir conjuntamente todo intento de subordinarlos a la organización nacional. A pesar de que las condiciones estructurales de un gran sindicato industrial, como el de los trabajadores de la industria automotriz, no favorecen la democracia interna y la participación en gran escala de la masa de miembros, ha llevado más de dos décadas el acercarse a una estructura unipartidaria, y el proceso no se ha completado aún.

El problema de la sucesión

En toda organización que no posea un sistema democrático de reemplazo de sus dirigentes, o en la cual no exista un sistema formalmente establecido para su promoción o selección, el problema de la sucesión suele precipitar una crisis. El fallecimiento de un líder de una estructura unipartidaria trastorna forzosamente el equilibrio del poder. Cuanto más estrechamente en torno del apoyo personal al «líder» se haya organizado la estructura del poder, tanto más probable será que su fallecimiento o su retiro origine un conflicto interno importante [15].

En gran medida, la muerte de un dirigente sindical dictatorial crea o recrea la situación imperante en un sindicato que se formó mediante la

[15] Ver A. W. Gouldner, *Patterns of Industrial Bureaucracy*, The Free Press, Glencoe, 1954, para un excelente estudio empírico de las consecuencias de una crisis de sucesión en una fábrica.

unión de grupos autónomos existentes. Al eliminar a la persona que se halla en el vértice de la pirámide, todos los líderes que se encuentran inmediatamente por debajo de él pueden reivindicar ciertos derechos a la sucesión. Como en el caso anterior, el sindicato puede enfrentarse al problema de la creación de una jerarquía de poder a partir de dirigentes de igual categoría. Cada uno de los postulantes posee una reputación, habilidad en la política sindical y los recursos del control de un sector de la organización.

Una situación que se presentó recientemente, que ilustra esta norma, tuvo lugar en el Sindicato Unido de Obreros de la Industria del Acero. Philip Murray enfermó gravemente en 1950, y no quedaba ninguna esperanza respecto de sus posibilidades de vida. Durante su larga estancia en el hospital, varios miembros de la Junta Ejecutiva Internacional comenzaron a prepararse para la lucha por su sucesión. El aparente carácter monolítico del sindicato se quebró. Murray, al restablecerse, supo de esta lucha y, de acuerdo con algunos informes, intentó enmendar la jerarquía interna del poder para impedir un conflicto por la sucesión. Es evidente que Murray murió antes de poder completar sus modificaciones internas. No surgió inmediatamente ningún conflicto manifiesto cuando David McDonald, el secretario-tesorero, asumió la presidencia antes de que sus opositores pudieran organizarse con éxito contra él. Sin embargo, algunos dirigentes importantes de los obreros del acero se mostraron resentidos por la sucesión asumida por McDonald, y los observadores inmediatos vaticinaron que tendría lugar un conflicto manifiesto entre las facciones, predicción que se ha corroborado [16].

Existe una interesante similitud entre el problema de la sucesión del sindicato de trabajadores del acero y el que se presentó en la Unión Soviética en los años 1923-1924, en torno de la enfermedad y el fallecimiento subsiguiente de Lenin. Como Murray, Lenin se retiró enfermo, y varios miembros del Comité Central comenzaron inmediatamente a luchar por la sucesión. Lenin lo advirtió e intentó eliminar a Stalin como candidato, pero, como lo ha registrado la historia, fracasó. La muerte de Lenin trajo consigo una áspera lucha interna por la sucesión, en la que por lo menos cinco miembros del Comité Central trataron de sucederle en el poder.

Dentro del movimiento sindical existieron situaciones en las que la muerte de un líder fuerte y dictatorial no culminó en una crisis de sucesión. La muerte de Sidney Hillman, presidente de la Unión de Obreros de la Industria del Vestido, por ejemplo, no fue seguida de ninguna franca división interna. Esta aparente excepción de la crisis de sucesión no se debió, sin embargo, a que no existiera un conflicto entre los lugartenientes de Hillman. Había dos grupos principales en el sindicato, dirigidos por Hyman Blumberg y Frank Rosenblum. Cada uno de estos dirigentes es muy poderoso en su campo de acción, basado principalmente en diferen-

[16] Ver DANIEL BELL, «The Next American Labor Movement», *Fortune*, abril de 1953, pp. 120-123 y 201-206, y «Labor's New Men of Power», *Fortune*, junio de 1953, pp. 148-152 y 155-162, para un análisis de los problemas de la sucesión en el sindicato de obreros del acero y otros sindicatos.

tes regiones del país. El poder de Blumberg se ejerce en el Este, el de Rosenblum en el Medio Oeste y otros sectores del país. En lugar de manifestarse un conflicto abierto por el control de todo el sindicato, el ex secretario-tesorero, Jacob Potofsky, fue nombrado presidente, aunque él mismo contara con poco respaldo. Es significativo que en este sindicato, en el que ningún líder fuerte sucedió a un presidente poderoso, el antiguo líder, Hillman, fuera deificado. El sindicato le erige constantemente monumentos de varias clases, y su nombre es invocado para otorgar legitimidad a todas las acciones presentes. En este caso, la existencia de bloques regionales puede conducir a una división permanente del poder, como ocurrió, en ocasiones, en algunas naciones. Tal distribución del poder, contiene en sí misma la simiente de un movimiento secesionista.

Max Weber, al tratar el problema de la sucesión en un contexto específico, señaló que el fallecimiento de un dirigente providencial (al que sus seguidores imputan cualidades personales extraordinarias) puede traer como consecuencia que su plana mayor y sus seguidores, cuyo poder no descansa sobre ninguna base tradicional o legítima, experimenten una tremenda inseguridad respecto de las consecuencias de la sucesión [17]. Consideró que la única solución consistía en la burocratización de la estructura, pero su formulación del problema no indicaba claramente la manera en que la sucesión acarrearía un aumento de la burocratización. Algunos investigadores más recientes ampliaron su análisis, haciendo notar que la resistencia a la autoridad de un nuevo dirigente por parte del grupo de ex combatientes conduce a aquél a instituir el apoyo a las reglas racionalizadas, es decir, a un aumento de la burocratización. Podría arriesgarse la hipótesis de que sobre esta base, cuando el dirigente de un sindicato que posee atributos providenciales es sucedido en su cargo sin que exista ningún conflicto, como fue el caso de Hillman, significa que la organización se volverá más burocrática, y existen pruebas que sugieren que fue éste el caso de la Unión de Trabajadores de la Industria del Vestido. En este caso, las potencialidades democráticas se verán reducidas, más bien que aumentadas. Pero existen, hasta el presente, pocas pruebas definitivas de esta hipótesis.

Parecen existir sindicatos obreros en los que el proceso de burocratización ha reducido el problema de la sucesión al ascenso en una escala reconocida por todos. Es posible plantear, si no responderlas sobre la base de ciertas pruebas existentes, determinadas cuestiones que relacionan algunos aspectos de la estructura de organización con el proceso de la sucesión de la dirección. ¿En qué condiciones ocurrirán las crisis de sucesión, de manera que se otorgue a la masa de miembros cierto poder para elegir un nuevo líder? ¿En qué condiciones los dirigentes de una jerarquía sindical se sienten constreñidos a mantener la lucha dentro de la jerarquía misma? ¿Cuándo una crisis de sucesión abre la puerta de nuevos grupos independientes para contender por la dirección del sindicato? ¿En qué

[17] MAX WEBER, *The Theory of Social and Economic Organization*, trad. por A. M. Henderson y Talcott Parsons, Oxford University Press, Nueva York, 1947, pp. 363-373.

condiciones el proceso se convierte en un ascenso dentro de la escala jerárquica?

La crisis de sucesión puede suministrar, realmente, a los estudiosos de las organizaciones sindicales la oportunidad de probar muchas de las hipótesis enunciadas en este capítulo. Las condiciones que determinan las variaciones de las normas de sucesión deberían ser las mismas sugeridas aquí como determinantes de las modificaciones de la estructura política sindical. El estudio de gran número de casos de sucesión deberá habilitarnos no sólo para aclarar más el proceso de la sucesión misma, sino que puede constituir la mejor manera de probar las hipótesis relacionadas con los factores que determinan los diferentes grados de control y oligarquía de los líderes.

Las situaciones de crisis

Los sindicatos, como la mayoría de las agrupaciones humanas, sufren ocasionalmente cambios o se enfrentan a amenazas que perturban la estabilidad de la estructura vigente. Tales situaciones de crisis suelen trastornar algunas de las fuentes de control y abrir el camino para la introducción en la organización de diferencias políticas. Es imposible enumerar todas las fuentes de crisis que puedan perturbar la estabilidad de un sindicato, pero algunas de las más importantes son las de la sucesión, ya tratadas; los cambios inherentes a los ciclos económicos, que determinan una reducción de los salarios y un debilitamiento de la organización, debido al desempleo de muchos de sus miembros; las huelgas o los *lock-outs*, especialmente cuando son prolongados o implican una derrota; los nuevos recursos tecnológicos, que provocan una reducción de la necesidad de la especialización de los miembros; los cambios de la legislación que debilitan la posición de un sindicato para tratar los convenios; la rivalidad jurisdiccional con otro sindicato.

Cualquiera de estas situaciones puede exigir que los dirigentes de un sindicato formulen decisiones importantes en cuanto a la política interna y derriben prácticas tradicionales. La consecuencia puede consistir en la pérdida, por parte de un sector, de la posición o el privilegio relativos en favor de otro, o quizá en una disminución de la posición económica de todo el sindicato. Un cambio importante en la política interna puede trastornar el apoyo que recibía un líder dado de la masa de miembros o de algunos sectores de dirigentes sindicales.

Toda perturbación de la estabilidad de las relaciones internas y del fundamento del apoyo por parte de los miembros puede proporcionar a los dirigentes subordinados una esperanza de poder hacerse cargo de la organización y resolver la crisis mediante nuevos métodos. Tales luchas entre facciones, la forma más común de oposición organizada dentro de un sindicato, constituyen la modalidad característica del conflicto que surge cuando los líderes, y los grupos de éstos surgidos de las fuentes de poder abiertas durante una situación de crisis, desafían a los dirigentes máximos o se enfrentan entre sí. Sus fuentes de poder y de *status*, mientras son fuertes y espontáneas y se basan en la masa de miembros más bien que en el mecanismo de organización, se vinculan con las situaciones de crisis específicas y son transitorias. Si un presunto líder no es capaz de institucionalizar su poder y su *status* asiéndolos a la única fuente perdurable de éstos en el sindicato —la jerarquía administrativa misma—, es probable que concluya que su autoridad entre los miembros no sobrevive a la crisis durante la cual naciera.

Los efectos específicos de la crisis sobre los sindicatos u otras organizaciones no pueden, sin embargo, ser vaticinados meramente a partir del conocimiento de que un equilibrio dado ha sido trastornado. Una crisis puede decidir una importante división de los dirigentes máximos de una organización o puede exhibir el resultado exactamente opuesto, y dar uno de ellos la oportunidad de estrechar el control que ejerce. Cuando los miembros se muestran inquietos al enfrentarse a problemas graves y vitales y desear que las cosas «se resuelvan» y rápidamente, pueden conceder un poder considerable al hombre o al grupo que parece preparado para realizar esa tarea, y capaz de ello. Los dirigentes sindicales se han asegurado frecuentemente el consentimiento para mantener cada vez más secretas la elaboración de las normas de política interna, o la utilización de los fondos, como medio de fortalecer al sindicato contra el empleador durante las epocas de crisis. Además, estas medidas pueden, a su vez, transformarse en medios para fortalecer el poder interno de los dirigentes superiores.

Las determinantes específicas de las diferentes actitudes asumidas por los sindicatos ante las crisis de organización pueden ser identificadas sólo mediante un análisis de las variaciones de las estructuras organizadas y los tipos de crisis. Aunque no podemos emprender aquí este tipo de análisis, es importante reconocer que en cualquier caso específico los factores externos pueden modificar la norma de comportamiento que se espera sobre la base del análisis interno.

El carácter del dirigente

Hasta ahora no hemos considerado las características y los valores de los propios dirigentes. Aunque los atributos personales de los hombres que guían y controlan los sindicatos no constituyen factores causales importantes de las actividades y la estructura de éstos, tal como algunos observadores los hacen aparecer, pueden, sin embargo, examinarse provechosamente sin adherirse a la teoría histórica del «gran hombre». Al examinar el comportamiento de los diferentes dirigentes sindicales que se encuentran, en términos generales, en la misma posición dentro de la estructura, se evidencia una considerable variación en su conducta en lo que se refiere a la integridad personal y la adhesión a los valores democráticos.

Quienes se hallan familiarizados con las características personales de muchos dirigentes laborales señalaron a Philip Murray, David Duvinsky y Walter Reuther como individuos que han realizado esfuerzos particulares por reducir a un mínimo las evidentes consecuencias negativas de la bu-

rocratización y la oligarquía dentro de sus sindicatos. Resulta difícil especificar claramente las diferencias entre estos y otros líderes, pero la distinción que parece más apropiado formular es entre aquellos dirigentes para los que la ocupación del líder sindical posee algún componente de «vocación» y los que la consideran principalmente como una forma de subsistencia y un medio de lograr objetivos personales. Los primeros son los líderes que ven en el sindicato algo a lo que pueden dedicarse. Sus motivaciones en este sentido emanan generalmente de alguna base ideológica, aunque no es forzoso que ella posea un contenido ideológico destacado: el sindicato mismo, y el bienestar de los trabajadores, pueden constituir sus principales intereses, más bien que una finalidad política de mayor alcance. Para este tipo de hombre las gratificaciones materiales de su posición, al menos al comienzo, se hallan eclipsadas por el idealismo. Tales individuos se caracterizan por la fuerza de sus convicciones y su sentido de la responsabilidad.

En el extremo opuesto se encuentra el dirigente que considera su puesto en el sindicato como un trabajo con un potencial de movilidad. En el caso extremo, es un hombre que puede haber encontrado bloqueadas otras vías de movilidad, y que planeó entrar en la jerarquía del sindicato con la expresa intención de elevar su *status* y su nivel de vida. Entre estos dirigentes de «carrera» o burocráticos se puede encontrar al que un observador del movimiento sindical denominó líder «accidental». Suele ser un hombre de regular facilidad de palabra y medianamente bien parecido, que hable en las reuniones o sea elegido por sus compañeros de trabajo para ocupar alguna posición de menor importancia en su empleo; es reconocido por los dirigentes del sindicato como un valor potencial, y admitido por unanimidad en la dirección de éste. El aprendizaje en los peldaños inferiores de la jerarquia sindical no parece resultar compensatorio para muchos de estos individuos, pero los que se conforman con él pueden hallarse rápidamente en el puesto del sindicalista «de carrera» conscientemente motivado. Para estos hombres, las recompensas que van aparejadas al *status* y al cargo en el sindicato crean una continua motivación para retenerlas y aumentarlas.

Esta clasificación de los dirigentes es, desde luego, una abstracción realizada a partir de una realidad muchísimo más compleja, como lo son todas las conceptualizaciones. Aunque no existe ningún dirigente que ejemplifique completamente cualquiera de estos tipos, se supone que cualquier líder dado puede hallarse dentro del *continuum* de la orientación «dedicación-carrera» [18].

Ello plantea dos cuestiones: ¿en qué condiciones es más probable encontrar uno u otro de los tipos?, ¿cuáles son las consecuencias para el comportamiento sindical de la existencia de tales variaciones? Estas condiciones parecen relacionarse con los factores de orden temporal, bastante

[18] La orientación por «dedicación» desempeña probablemente cierto papel en la motivación de todos los dirigentes sindicales. Para llevar a cabo eficazmente su labor de líder laboral deben creer, hasta cierto punto, que se hallan al servicio de los intereses de los obreros. Ver ELY CHINOY, *op. cit.*

parecidos a las situaciones tratadas anteriormente. Los dirigentes que se caracterizan por una vocación son, por lo general, individuos que cooperaron en la organización del sindicato desde el comienzo, que han llegado al poder como resultado de su participación en una «revolución» interna contra una arraigada oligarquía dictatorial, o que han ingresado en el movimiento laboral como consecuencia de su adhesión a una ideología política que considera el movimiento sindical como un instrumento para lograr un objetivo social deseado. En la formación de un nuevo sindicato, o en la participación en una «revuelta» contra dirigentes arraigados, los nuevos líderes han enfrentado, tradicionalmente, grandes dificultades. Los organizadores de nuevas agrupaciones laborales se arriesgaron con frecuencia a perder sus empleos y a entrar en la lista negra de su ramo, y en ocasiones a la prisión y a castigos físicos. Las compensaciones monetarias solían ser muy pequeñas o inexistentes al comienzo. Es posible que sus compañeros de trabajo acordaran al nuevo dirigente un *status*, pero, si organiza un nuevo grupo, está sujeto a ataques personales sobre su carácter y es mal visto por aquellos que poseen un *status* dentro de la comunidad más amplia y en la industria. Quienes se prestan a asumir tales riesgos deben estar motivados por algo más que el deseo de obtener salarios más elevados o de ganar una posición del tipo de la del oficinista. En muchas de las situaciones de organización iniciales existe poca seguridad de que estas recompensas llegarán, aun cuando se logre un éxito en la organización. La participación en una revuelta contra una oligarquía afianzada acarrea a menudo las mismas posibilidades que una situación de organización inicial.

Por lo tanto, es probable que los dirigentes de nuevos sindicatos o de grupos políticos internos sean individuos que sientan una vocación. Sin ellos, los movimientos revolucionarios (y la organización sindical suele parecerse a la actividad revolucionaria) no pueden comenzar. Sólo una fuerte dedicación puede contrarrestar las sanciones que acompañan a la actividad en un grupo tal, y por esta razón los comunistas y los socialistas desempeñaron un papel de importancia abrumadora en la creación de gran parte, si no de la mayoria, de los sindicatos norteamericanos. Como hemos mencionado anteriormente, John L. Lewis se vio forzado a emplear a muchos jóvenes comunistas como organizadores del C.I.O. en sus comienzos, debido a que eran los únicos que poseían la capacidad necesaria y que se prestaban a asumir los riesgos que implicaba, por una retribución escasa. Dos de los tres sindicatos principales adheridos al antiguo C.I.O. —el de los trabajadores de la industria automotriz y el Sindicato Unido de Obreros de la Electricidad—, así como la mayoría de los más pequeños, fueron organizados principalmente por comunistas o izquierdistas democráticos. La única excepción importante fue el Sindicato Unido de Obreros del Acero, formado por los organizadores profesionales provenientes del Sindicato de Mineros, pero aun en ese caso Lewis empleó a muchos de los que se habían encontrado en las filas de la oposición izquierdista contra él mismo en el Sindicato de Mineros. La oposición al control ejercido por Joseph Ryan en el Sindicato de Portuarios, que culminó finalmente con la formación de un sindicato independiente en la

Costa Oeste, estaba dirigida parcialmente por los comunistas. Hombres como Samuel Gompers, Sidney Hillman, David Dubinsky, John Mitchell y muchos otros, guardaban todos ellos cierta relación con el movimiento socialista en la época en que colaboraron en la formación de sus sindicatos.

La gran vocación que, presumiblemente, muchos de ellos sentían cuando se convirtieron en dirigentes sindicales se vio, en gran medida, viciada por las presiones inherentes al cargo ocupado. Sin embargo, las acciones posteriores de tales líderes sindicales, en un tiempo vocacionales, que parecen demostrar que ya no actúan en términos de sus objetivos de valor originales, pueden hacer que deje de considerarse el hecho de que, para el dirigente mismo, la dedicación y la vocación pueden subsistir. No se trata de la debilidad personal del individuo, ni de su rechazo consciente de compromisos pasados, sino que más bien son las presiones de la estructura dentro de la cual actúa, lo que origina las acciones que parecen estar orientadas hacia la simple permanencia en el poder, o que pueden ser antidemocráticas y estar reñidas con lo que podría describirse objetivamente como los fines del sindicato. Como lo señaló Michels, en gran número de casos, al margen de la dedicación o del sentido vocacional originales del dirigente, existen presiones —algunas de las cuales hemos intentado examinar— que influyen en la decisión por parte del líder entre su propia posición y los mejores medios de lograr los objetivos sindicales.

Es más posible encontrar al dirigente sindical de «carrera» en los sindicatos establecidos desde hace mucho tiempo. El ingreso en la jerarquía de un sindicato burocrático estabilizado trae aparejados muchas ventajas y pocos riesgos. Las personas que se consagran a una ideología son propensas a hallarse en desventaja, más bien que lo contrario, al buscar un cargo dentro de una organización estable. Su adhesión a finalidades utópicas o ideológicamente prescritas los pondrá en conflicto con las normas pragmáticas usuales del sindicato —incluso de aquellos regidos por hombres que aún creen que siguen a estos valores—. Los individuos con una «vocación» a menudo son considerados irresponsables por los jefes de las burocracias, quienes prefieren seleccionar a personas que trabajarán dentro del marco de los objetivos de la organización, tal como los definen los dirigentes. La exposición de Weber sobre la burocratización del carácter providencial se relaciona con la situación del movimiento sindical, ya que los individuos que sienten una «vocación» son reemplazados por los «burócratas».

El paso de la «vocación» a la «burocracia» no guarda una relación temporal directa. Si se mantienen constantes todos los otros factores, se esperaría que cuanto más antiguo sea un sindicato, será tanto más probable que sus dirigentes sean individuos que han llegado al poder por el camino de la burocracia. Pero este proceso puede haberse invertido o demorado por las crisis que derribaron a los dirigentes máximos. También puede hallarse afectado si los líderes sindicales permanecen desde el punto de vista de la organización afiliados a un grupo exterior como los Partidos Comunista o Socialista, y reclutan a sus sucesores en la organización externa. La afiliación continuada a tales grupos dentro del contexto del movimiento obrero norteamericano ha implicado, sin embargo, una constante creación de elementos de tensión. Las normas de acción de tales grupos y partidos externos difieren considerablemente de las prescritas por la situación sindical. Por lo tanto, los dirigentes se vieron presionados a abandonar sus partidos cuando éstos exigieron que los sindicatos se adaptaran a normas que podían trastornar su equilibrio o su estabilidad internos, o afectar las posibilidades de reelección de los líderes. El Partido Comunista ha logrado, en parte, evitar que esta situación ocurra en algunos sindicatos donde ha conservado facciones cuya lealtad se manifiesta hacia el partido y no hacia determinados dirigentes sindicales.

Otro de los factores que forma parte de la diferencia de comportamiento entre el dirigente originalmente «vocacional» y el «burocrático» consiste en la posible variación, dentro de los grupos, de los «terceros importantes», cuya estima valoran [19]. Mientras que los individuos que se convierten en dirigentes sindicales cambian de *status* y separan de sí a muchos de sus antiguos amigos y consocios, pocos hombres pueden escapar completamente a su pasado. Quienes ingresaron en el movimiento sindical para servir una causa poseen, con más probabilidad que los que ascendieron en la jerarquía burocrática, como marco de referencia para sus propias realizaciones, el juicio de otra gente que creía en la misma causa. Muchos ex socialistas que son ahora dirigentes sindicales intentan aún explicar y justificar muchas de sus acciones como acordes con un objetivo socialista o de izquierda democrática, y esta orientación influye sobre sus comportamientos de manera que no pueden ser comprendidos únicamente en términos de sus situaciones objetivas dentro del sindicato.

Algunas de las diferencias existentes entre grandes sindicatos que en apariencia son igualmente oligárquicos y burocráticos residen en el hecho de que algunos de ellos tienen a su frente a individuos que siguen considerando sus posiciones como una vocación, mientras que otros son conducidos por sindicalistas de «carrera». El primer grupo puede no ser más democrático en la práctica, pero resulta a menudo más accesible a sus miembros, más agresivo en sus tácticas, más preocupado por la violación de la ética de un sindicato respecto del servicio de sus miembros, y los dirigentes poseen mayor integridad personal. Es evidente que resulta mucho más probable que un antecedente socialista o de otra tendencia radical se relacione con tal comportamiento, que una actuación previa comunista. El dirigente «vocacional» cuyos valores son democráticos se interesa también más probablemente por las formas de la democracia que un líder «burocrático».

También esta vez resulta difícil enunciar hipótesis sobre la relación entre la «vocación», como orientación de los dirigentes, y las condiciones que dan lugar a una democracia interna significativa en el sindicato. Es probable que las diversas «vocaciones» que han guiado a los individuos

[19] Para una exposición más completa de la relación entre el comportamiento sindical y los grupos de referencia de miembros y dirigentes, ver S. M. LIPSET y MARTIN TROW, «Reference Group Analysis and Trade Union Wage Policy», en MIRRA KOMAROWSKY (ed.), *Common Frontiers in the Social Sciences*, The Free Press, Glencoe, 1957, pp. 391-441.

hacia el movimiento obrero den lugar a tipos de comportamiento significativamente diferentes. Un ex comunista, por ejemplo, puede continuar actuando dentro de un mecanismo dictatorial efectivo luego de haber dejado el partido, y mientras que su comportamiento pueda diferir, en términos de mayor militancia e integridad, del de los líderes ascendidos por la vía «burocrática»: puede mostrarse mucho más implacable en el empleo del mecanismo de organización para el mantenimiento del poder. La «vocación» puede también relacionarse con la intransigencia en el mantenimiento del poder por parte de los dirigentes sindicales «democráticos». El sentido de probidad y devoción a una «causa» que se asocia generalmente con una vocación política o religiosa conduce a menudo a actitudes que pueden impresionar a los observadores como considerablemente diferentes de los supuestos valores y objetivos de sus ejecutantes. El dirigente de «vocación» que «sabe» que se halla al servicio de la causa «justa» considera a sus opositores como agentes conscientes o inconscientes del enemigo, ya sea que se defina a este último como patrono, sistema capitalista o Partido Comunista.

Por otra parte, los dirigentes de «vocación», aunque se muestren con frecuencia despiadados al tratar con la oposición, parecen sentir la necesidad, emanada de su misma dedicación, de creer que los miembros aprueban sus acciones e intentan convertir a su causa a tantos de ellos como les sea posible. El interés por la «educación» de la masa se encuentra con más probabilidad en los sindicatos conducidos por líderes «vocacionales» que en aquellos dirigidos por hombres de «carrera». Sin embargo, el esfuerzo por elaborar un mecanismo sindical sobre la base de una ideología consistente, así como sobre la más típica de recompensa y obligación mutuas, suele amenazar la estabilidad de la burocracia. Las nuevas situaciones que requieren el establecimiento de nuevas normas de acción pueden conducir a los individuos que consideran con seriedad sus propias ideologías a mostrarse en desacuerdo. La norma más o menos corriente de desacuerdos y divisiones entre facciones en los grupos políticos izquierdistas parece reflejar su mayor sentido de hallarse al servicio de la causa justa, que estos movimientos exigen de sus líderes y de sus miembros, en comparación con los grupos más conservadores. Los sindicatos norteamericanos en los que los izquierdistas han detentado el poder padecieron diferencias internas más frecuentes que los que seguían las normas no partidarias de Gompers.

SISTEMAS DE VALORES

Este análisis ha ignorado en gran parte, hasta este momento, el efecto que ejerce sobre la organización sindical el sistema de valores de la sociedad total y, más específicamente, los sistemas de valores de los diferentes estratos de trabajadores que pertenecen a los sindicatos, así como los objetivos manifiestos de las diferentes agrupaciones sindicales.

Es de esperar que los sindicalistas (siempre que se mantengan constantes los factores estructurales y temporales), ya sean dirigentes o simples

miembros, se comporten diferentemente dentro de cada uno de los diversos sistemas de valores que caracterizan las diferentes estructuras sociales. Dentro de la estructura social de Estados Unidos, que destaca los logros individuales, el derecho de cada individuo a la igualdad con respecto a los demás y la norma de la democracia, un sindicato norteamericano debería comportarse de manera diferente a uno alemán que opera dentro del contexto de un sistema de *status* más rígido, donde recibe más énfasis la adscripción que la adquisición, se acepta más fácilmente el papel del dirigente, existe un menor interés por el derecho individual en relación con el grupo y se supone que se destaca menos la norma del control democrático. Del mismo modo, el comportamiento de dos sindicatos norteamericanos debería diferir según la composición de sus miembros, en cuanto la diferencia entre éstos se refleja en la diferente importancia y distribuciones que se adjudican a las normas fundamentales referentes a la autoridad y a la democracia.

Cuanto más firmemente sostenga un grupo dado un sistema de valores democrático, contrario a las élites, tanto más difícil debería resultar la institucionalización de la oligarquía. Sobre una base de estructura social comparativa, los dirigentes sindicales alemanes deberían poder mantener una estructura oligárquica más fácilmente que los líderes norteamericanos. Los obreros alemanes deberían aceptar con menos dificultad la posesión permanente del poder por parte de los dirigentes, la ausencia de toda discusión respecto de las normas de actuación y la carencia de oposición. Los trabajadores norteamericanos, cuando todos los otros factores coinciden, es de presumir que se muestren más propensos a resistirse a un control jerárquico. Suponiendo que los dirigentes de ambos países tratan de asegurarse su posición del poder, los norteamericanos se hallarían bajo una presión mayor para formalizar los mecanismos dictatoriales, a fin de evitar la posibilidad de ser destituidos; o, para expresarlo de otro modo, puesto que los valores inherentes a la sociedad norteamericana hacen que sus dirigentes sindicales sean más vulnerables que sus colegas alemanes, deben actuar de manera más vigorosa y decisiva y estabilizar dictatorialmente su *status*.

Dentro del propio movimiento sindical norteamericano existen variaciones algo similares. Algunos sindicatos poseen miembros que adjudican gran valor a la participación y el control de parte de la masa; los miembros de otros sostienen con menos fuerza estos valores. Se ha observado con frecuencia que la participación en la política nacional varía según la posición dentro de la sociedad; se sugirió, del mismo modo, en esta obra, que cuanto mayor sea el *status* del obrero, tanto más probable será que reivindique sus derechos para la toma de decisiones. Tales valores, combinados con los mayores recursos con que cuentan los trabajos de *status* más elevado para la participación política, incrementarían, siempre que nuestros supuestos sean empíricamente válidos, las posibilidades de democracia dentro de un sindicato. Existen dos soluciones con respecto a la organización para esta condición. Una de ellas está constituida por la norma de democracia institucionalizada que se halla en el Sindicato Internacional de Tipógrafos, en el de Actores, y en otros similares. La otra consiste en

el uso más riguroso de los mecanismos dictatoriales por parte de los dirigentes, cuya posición es vulnerable. El sindicato que ilustra ambas tendencias es el de músicos, algunas de cuyas filiales locales son tan democráticas como el Sindicato de Actores, mientras que otras, así como la misma central internacional, son dictatorialmente oligárquicas.

Otro de los mecanismos de adaptación que operan para tornar compatibles la oligarquía y los valores democráticos norteamericanos, consiste en una ideología que pone de relieve las funciones específicas del sindicato. Cuanto más específicamente defina una organización sus funciones, en cuanto al cumplimiento de necesidades limitadas y especiales, tanto menos probable será que sus miembros sientan la necesidad de participar y de influir sobre sus normas de actuación. La gente puede pertenecer a muchas organizaciones, como la Asociación Automovilística Norteamericana, una cooperativa de consumo local, una mutua de asistencia médica, un grupo de jugadores de bolos, un club filatélico nacional, sin experimentar ninguna obligación de participar activamente en el funcionamiento interno del grupo ni sentirse agobiada por el hecho de que las decisiones se asumen sin que haya sido consultada. En gran medida, los individuos juzgan cada una de las diversas asociaciones voluntarias a las que pertenecen sobre la base de su capacidad para satisfacer una necesidad limitada. Inversamente, cuanto más difusas sean las funciones de un grupo o de una organización, será tanto más probable que un individuo encuentre fuentes de desacuerdo con ellos y desee participar activamente en su funcionamiento.

El sindicato que opera simplemente como «agrupación profesional» se encuentra en la categoría de las organizaciones específicas unifuncionales. Fuera de la organización profesional, donde se manifiesta normalmente el mayor grado de participación de parte de los trabajadores, la única tarea importante de la «agrupación profesional» —los convenios colectivos— no tiene lugar más que una vez al año, y en muchas de ellas una vez cada dos o tres años. La administración cotidiana de los asuntos sindicales no debe preocupar al miembro medio más que las actividades que tienen lugar diariamente en una mutua de asistencia médica. Es verdad, desde luego, que un sindicato trata con un individuo en su papel ocupacional, y podríamos esperar que se atraiga un mayor interés y dedicación por parte de este último que otras organizaciones voluntarias que desempeñan papeles menos importantes. Pero la generalización sigue siendo válida sobre una base comparativa. Los sindicatos tales como el Internacional de Tipógrafos y el de Actores, que desempeñan muchas funciones relacionadas con el *status* y el tiempo libre de sus miembros, cuentan con una gran participación y colaboración por parte de ellos.

De este modo, la ideología más adecuada para un sindicato que trate de limitar sus funciones es la de la agrupación profesional, que es la más corriente en los sindicatos norteamericanos. Al afirmar que un sindicato no debe interesarse por otros problemas que las actividades tradicionales de una agrupación laboral, consistentes en concertar convenios colectivos, defender a los trabajadores y ocuparse del bienestar de sus miembros, los dirigentes sindicales declaran al mismo tiempo que no desean que ningún otro valor que provenga de los diversos intereses extrasindicales les afecte.

La «agrupación profesional» como conjunto de ideas que justifica una limitación de la definición de la función de un sindicato dentro de la sociedad, y el sector en que debe manifestarse el servicio prestado a sus miembros, desalienta una amplia participación de éstos y legitima la dirección oligárquica. Sin embargo, la concordancia entre la agrupación profesional como ideología y la oligarquía como estructura de poder, no explica por completo, de ninguna manera, su gran aceptación. En este caso, la cuestión reside meramente en que, cualesquiera que sean los demás factores que puedan relacionarse con la aceptación de la ideología, una de sus consecuencias consiste en la reducción de algunas de las tensiones que implica la perpetuación de una oligarquía en una organización cuyos miembros sostienen valores democráticos.

Nadie ha intentado la elaboración de un análisis cualitativo ni cuantitativo de la relación existente entre las ideologías de las «agrupaciones profesionales», ya sean ellas difusamente políticas o específicas, y la presencia o la ausencia de un conflicto político dentro de los sindicatos. Podríamos sugerir, como proposición general, que cuanto más difusa sea la ideología de un sindicato, tanto más será probable la existencia de facciones internas. Los sindicatos europeos, mucho más políticos que los norteamericanos, son también mucho más propensos a las divisiones internas. Pero los observadores norteamericanos del sindicalismo europeo han llamado la atención sobre el hecho de que existe en ese continente una tendencia secular en favor de las agrupaciones profesionales. Este hecho fue esgrimido como prueba de la hipótesis de que la función normal de los sindicatos consiste en su actuación en tanto que agrupación profesional, y que los sindicatos obreros, a medida que se establecen, tienden a desprenderse de las ideologías políticas superfluas. Selig Perlman, estudioso de la economía laboral, de Wisconsin, presentó el caso que apoya esta tesis de la manera más brillante en su *Theory of the Labor Movement*.

Tal análisis, que considera a los sindicatos como organizaciones colectivas, sin diferenciar entre las necesidades de la burocracia y las de los miembros, tiende a ignorar la posibilidad de que la tendencia a limitar las funciones y objetivos de los sindicatos puede constituir, principalmente, el mecanismo de adaptación de unos dirigentes que buscan su estabilidad, más bien (como lo sugiere Perlman) un resultado de la situación social de los trabajadores. Por ejemplo, el apoyo a un partido socialista o a objetivos generales de igual tendencia implica forzosamente la aceptación de la discusión de las diferencias políticas. Muchas convenciones sindicales británicas dedicaban, en el pasado, un tiempo considerable a la discusión de la división entre Aneurin Bevan por una parte y los dirigentes del Partido Laborista y el Congreso Sindical por otra.

La sugerencia de que la limitación de las funciones de los sindicatos promueve la estabilidad de la burocracia no implica el hecho de que los miembros de la mayoría de las agrupaciones sindicales tiendan a apoyar definiciones amplias de los objetivos de ellas. En realidad, como lo sugiere gran parte del análisis anterior, la mayoría se muestra apática y probablemente es más conservadora que sus dirigentes sindicales. Sin embar-

go, este hecho no desmiente la generalización según la cual todo factor, tal como la ideología de una «agrupación profesional», que sirva para reducir la posibilidad de divisiones internas, opera también en favor de la disminución de la influencia potencial de los miembros sobre las normas de actuación de la organización.

CONCLUSIONES

El análisis efectuado en este capítulo implica, evidentemente, algunas conclusiones pesimistas acerca de las posibilidades de duración de la democracia en los sindicatos. Recapitulemos los puntos principales:

1. La estructura de una organización en gran escala requiere, de por sí, el desarrollo de normas de comportamiento burocráticas. Las condiciones que dan lugar a la institucionalización de la burocracia y las que acarrean un cambio democrático en la dirección son en gran medida incompatibles, y el grado de incompatibilidad varía según el de burocratización impuesto por la necesidad de llegar a una relación en términos estables con otras instituciones burocratizadas del ambiente sindical.

2. La estructura de la organización en gran escala ofrece a quienes la administran un poder y una ventaja muy grandes sobre la masa de miembros e inclusive sobre la oposición organizada. Esta ventaja toma como forma ya sea el control de los recursos financieros y de las comunicaciones internas, o un mecanismo político permanentemente organizado, o la proclamación de su propia legitimidad y un monopolio de la capacidad política.

3. La facilidad con que una oligarquía puede controlar una gran organización varía según el grado en que los miembros de la misma participan en ella. Cuanto más importantes se les considere y cuanto mayor sea su participación, tanto más difícil le será a una oligarquía imponer normas y acciones en conflicto con los valores o las necesidades de los miembros. El concepto de «agrupación profesional», que supone que un sindicato desempeña solamente la función principal de asegurar para sus miembros los mejores convenios laborales posibles, ayuda a evitar toda política y conflicto internos y sólo alienta un contacto limitado por parte de los miembros. Toda concepción de las funciones sindicales que aumente la participación de aquéllos en la organización incrementa las posibilidades de un conflicto democrático.

4. La inestabilidad inherente a la democracia en los sindicatos se revela en las implicaciones de un sindicato que funciona como un mecanismo adjudicador de *status*.

a) Una de las exigencias funcionales del papel de dirigente consiste en que se le asigne un *status* más elevado, es decir, un *status* adquirido superior al del papel del subordinado inmediato.

h) Uno de los valores dominantes de la superación consiste en que la movilidad ascendente constituye un objetivo cultural.

c) Un atributo fundamental de una estructura política democrática consiste en la posibilidad de circulación o de la rotación del poder dirigente. Ello significa que la oligarquía sólo puede ser evitada si existe un mecanismo por el cual los líderes puedan ser despojados de sus cargos.

d) En la sociedad en general, los dirigentes políticos pueden dejar sus cargos y asumir posiciones de *status* equivalente o superior. En el movimiento sindical, el líder derrotado pasa de una posición de *status* elevado a otra de *status* bajo, si permanece dentro del sindicato.

e) La institucionalización del paso de un *status* alto a uno bajo, que es lo que implicaría para sus dirigentes la aplicación de la democracia en los sindicatos; constituiría una desviación importante del valor dominante de la superación.

f) El cumplimiento de estas normas contradictorias originaría *anomia* para los dirigentes, y constituye una situación psicológicamente imposible.

Las conclusiones obvias de este análisis consisten en que los requisitos funcionales de una democracia no pueden ser llenados, en la generalidad de los casos, en la mayor parte de los sindicatos. Por ejemplo, el conflicto entre las normas democráticas y las de superación implica que la democracia sólo puede existir como sistema estable en los sindicatos cuando la diferencia de *status* entre los dirigentes y el resto de los afiliados es muy pequeña. Esto puede contribuir a la comprensión del hecho de que la democracia se encuentra principalmente en los sindicatos de *status* elevado y en las filiales sindicales locales. En lugar de sugerir que en todos los casos el poder corrompe, este análisis arriesga la opinión de que tal «corrupción» constituye una consecuencia de las estructuras sociales específicas *en las que la conformidad con una norma implica necesariamente la violación de otra.*

Sin embargo, la proposición general según la cual los sindicatos, como muchas otras organizaciones internamente oligárquicas, ayudan a mantener la democracia política en el nivel nacional sigue teniendo validez. Tal como lo puntualizó Franz Neumann, estudioso de las ciencias políticas norteamericano, entre otros, muchas asociaciones interiormente dictatoriales actúan en el sentido de proteger los intereses de sus miembros mediante la represión de la intromisión de otros grupos[20]. Hasta el sindicato más dictatorial constituye un mejor protector de los intereses económicos de los obreros y de la democracia política dentro de la sociedad más amplia, que su no existencia, siempre que el sindicato no constituya un arma al servicio del Estado ni del empleador. En gran medida, la posibilidad de que la propiedad colectivista que se está desarrollando en la mayoría de los países resulte democrática reside en que los sindicatos, aunque partidarios de objetivos socialistas, mantengan su independencia del Estado. El comportamiento de los sindicatos obreros en la Commonwealth británica y en los países escandinavos proporciona pruebas reales de que tal norma es posible.

También es necesario recordar que hasta los dirigentes sindicales más dictatoriales deben, en cierto modo, hacerse eco de las necesidades eco-

[20] FRANZ L. NEUMANN, «Approaches to the Study of Political Power», *Political Science Quarterly*, 65 (1950), pp. 161-180.

nómicas de los afiliados. Una oligarquía sindical que no defienda los intereses económicos de la masa de miembros puede estar abocada a su desaparición, como le sucedió a John L. Lewis en la década de 1920. Lewis, por entonces un conservador en lo referente al sindicalismo así como a la política, casi perdió el Sindicato Unido de Mineros. Sólo después de adoptar las tácticas militantes por las que actualmente es famoso, fue capaz de reconstruir el sindicato. Una organización laboral que no sea de defensa económica no posee ninguna función y no permanecerá en la escena por largo tiempo. Pero el hecho de que la mayoría de los sindicatos representa realmente los intereses de sus miembros no debe ser confundido con el problema de la democracia interna, porque, como lo señalaron Howe y Widick:

> Existe una prueba decisiva de la democracia en un sindicato (o en cualquier otra institución): los opositores poseen el derecho de organizarse libremente en «partidos», establecer camarillas de las distintas facciones, hacer circular informaciones y propaganda entre sus miembros [...]. La presencia de una oposición [...] es la mejor manera de asegurar que la estructura democrática de un sindicato será preservada [...]. La defensa del derecho a la existencia de las facciones no significa, de ninguna manera, el aprobar una u otra de ellas. Pero es éste el sobreprecio (¡que vale la pena pagar!) de la democracia: se formarán grupos que consideramos perjudiciales para los intereses del sindicato. La obra alternativa es la dictadura[21]

Finalmente, señalemos que la democracia institucionalizada en los gobiernos de asociaciones privadas no constituye una condición necesaria de la democracia de la sociedad más amplia, y, en realidad, puede debilitar, en ocasiones, el proceso democrático de ésta. Las diversas asociaciones secundarias independientes del Estado, a las que Tocqueville consideraba como condiciones necesarias para la existencia de una nación democrática, eran en su época, como lo son en la actualidad, principalmente oligarquías unipartidarias. A pesar de ello, han facilitado la educación y la oposición políticas mediante la preparación de nuevos dirigentes, la organización y la comunicación de opiniones, y la representación de sus miembros ante otros grupos y ante el Estado. Muchos de tales grupos se procuran líderes capacitados que se hallan mejor informados, aun cuando no sean dirigentes de plena dedicación, sobre los problemas de la organización y las maneras de servir los intereses de los miembros, que los afiliados de la masa, menos instruidos y menos conscientes.

Una organización que se encuentra bajo el control directo de sus miembros puede tornarse incompetente, ya sea desde el punto de vista de sus necesidades, o del que sostiene con respecto a las suyas la sociedad. Los afiliados pueden desear que se persigan sus objetivos «egoístas» aun cuando el realizarlos perjudique a otros o ponga en peligro la organización. Los patronos saben bien que cuanto más democrático sea un sindicato —es decir, cuanto mayor sea la oposición a los dirigentes superiores, más cantidad de facciones y mayores cambios en su dirección se manifiesten—, éste será tanto menos responsable. Además, un estudio de las actitudes respecto de las libertades civiles de un grupo representativo de norteamericanos reveló que incluso los dirigentes de organizaciones del tipo de las Hijas de la Revolución Norteamericana o la Legión Norteamericana se mostraban más propensos que las masas de afiliados de sus organizaciones a creer que debían otorgarse a los comunistas y a otros grupos políticos desviacionistas impopulares las libertades civiles[22]

Resulta digno de observar que las condiciones que parecen más posiblemente relacionadas con la participación por parte de los miembros, y, por tanto, con la democracia interna de los sindicatos y otras asociaciones voluntarias mencionadas en las páginas 336 a 338, son las mismas que, aparentemente, debilitan la democracia dentro de la sociedad más amplia. Es decir, que en el grado en que los miembros de una asociación observan un conjunto difuso en sus relaciones con ella, en el grado en que gran parte de sus vidas se desenvuelven bajo su influencia, que sus miembros interactúan unos con otros, en ese mismo grado se aumentan las posibilidades de la existencia de un alto nivel de interés y de participación. Pero estos mismos factores aíslan a los miembros de un grupo de las presiones múltiples y de la exposición a los diversos valores e influencias y, como vimos en el caso de los que trabajan en industrias «aisladas», como los mineros o los obreros portuarios, avivan la intensidad de sus creencias políticas. Ello nos plantea un nuevo dilema. La integración de los afiliados dentro de un sindicato, un partido político, una organización agraria o una sociedad profesional, puede aumentar las posibilidades de que los miembros de tales organizaciones se muestren activos dentro del grupo y ejerzan un mayor control sobre su actuación. Pero, al extender las funciones de tales agrupaciones a fin de integrar a sus miembros, puede amenazarse al sistema político más amplio, debido a que ello reduce las fuerzas que dan lugar a una transacción y a la comprensión entre los grupos en conflicto. Los sindicatos del tipo del de los mineros o de los tipógrafos, caracterizados por un alto grado de participación y lealtad por parte de sus miembros, que proviene principalmente de la existencia de una comunidad «ocupacional», muestran menos interés por los valores de otros sectores de la comunidad de lo que lo hacen los sindicatos cuyos miembros se encuentran menos aislados y, por lo tanto, menos dedicados a él.

Debería resultar evidente el hecho de que no abogamos por la dictadura dentro de las organizaciones privadas. Pero es necesario reconocer que es posible que muchas organizaciones no lleguen nunca a llenar las condiciones necesarias para una democracia interna estable y contribuyan, sin embargo, de manera importante, al proceso democrático de la sociedad total, al suministrar una base segura a la lucha entre facciones y a los intereses realmente válidos, al mismo tiempo que limitan la libertad indi-

[21] Irving Howe y B. J. Widick, *op. cit.*, pp. 262-263. Se dan a conocer algunas investigaciones más recientes y una bibliografía detallada sobre este tema en una edición especial del *American Journal of Sociology*; 61 (mayo de 1956), dedicada a la «democracia y la burocracia en los sindicatos obreros».

[22] Samuel A. Stouffer, *Communism, Conformity and Civil Liberties*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1955, pp. 26-46.

vidual dentro de la organización y adjudican, tanto a los dirigentes como a la organización, un cierto grado de autonomía para la acción, que puede socavar otros valores sociales. Es éste otro caso de incompatibilidad de valores, emergiendo de éstos consecuencias contradictorias. No existe una solución sencilla para estos problemas de la democracia en la sociedad moderna.

APENDICE METODOLOGICO

Los estudios del movimiento laboral podrán señalar excepciones importantes a cada una de las proposiciones sugeridas en este capítulo. Es evidentemente imposible, en el caso de organizaciones o individuos dados, abstraer cualquiera de las variables y convertirla en la única determinante de una norma de comportamiento dada, y ni siquiera en la principal. El problema del tratamiento de las determinantes multifacéticas de normas específicas de comportamiento reviste fundamental importancia para las ciencias sociales. Al tratar con individuos, los analistas pueden eludir parcialmente esta dificultad recogiendo datos correspondientes a un gran número de casos, de modo que pueden aislar la influencia de factores específicos mediante el empleo de técnicas cuantitativas. El análisis de las organizaciones se ve trabado, sin embargo, por el hecho de que se recogen raramente datos comparables para más de un pequeño número de casos. El coste de un estudio intensivo, incluso de una gran organización, puede resultar tan elevado como el de reunir los datos de encuestas realizadas a un grupo grande de individuos.

El procedimiento seguido por la mayoría de los analistas, al indicar las determinantes de una norma de comportamiento dada, tal como la oligarquía o la militancia de la masa de afiliados dentro de un sindicato determinado, consiste en referirse a aquellos factores de la organización que parecen relacionarse con el ítem de comportamiento en cuestión. Tal procedimiento es esencialmente *post factum*, si el único caso en el que se observa la configuración dada de variables significativas es el que se halla en estudio. Al analista rara vez se le presenta la oportunidad de establecer algún control o comparación. Se suele intentar eludir este dilema mediante la referencia a materiales ilustrativos de otros casos, que parecen validar la hipótesis. Tales datos ilustrativos no resuelven el problema metodológico de la validación, y con frecuencia sólo sirven para proporcionar al lector una opinión falsa de la validez general de la interpretación.

Es, por lo tanto, de fundamental importancia que los estudiosos del comportamiento en organizaciones afronten el problema de la verificación de hipótesis. En la actualidad se puede dedicar mucho tiempo al examen de crecido número de estudios de sindicatos individuales o de otras organizaciones a gran escala, sin poder validar una sola de las proposiciones sobre dicho comportamiento. Los datos recogidos en tales estudios de casos no se prestan a la realización de un nuevo análisis para probar las hipótesis, puesto que los investigadores raramente centraron sus observaciones en términos de algún conjunto de hipótesis explícitas.

Pueden sugerirse como vía de ensayo tres métodos mediante los cuales podrían realizarse mayores progresos en este terreno: la reunión de datos cuantitativos de un elevado número de organizaciones, el estudio de casos clínicos y el análisis de los casos que se apartan de la norma. El siguiente ejemplo ilustra el primero de los métodos: la cuantificación. Para probar la proposición de que cuanto mayor sea la diferencia de *status* entre los dirigentes y los miembros de un sindicato, tanto más probable será que tal organización posea una estructura política dictatorial, podrían recogerse datos en un crecido número de sindicatos internacionales y locales. Tal investigación resultaría difícil, pero podría ser llevada a cabo creando índices aproximados de *status* que permitirían que un observador desarrolle una medida de la magnitud de la diferencia de *status* entre los miembros y los dirigentes de diferentes grupos. Las hipótesis referentes a la relación entre el mercado de productos manufacturados y las estructuras sindicales podrían probarse de manera similar.

Otro de los métodos que podría realizarse es análogo al procedimiento clínico empleado en las ciencias biológicas, en las que se realizan los pronósticos sobre la base de un análisis teórico. Podrían formularse predicciones acerca del comportamiento de las organizaciones en futuras situaciones críticas que requieran cambios. Una situación inmejorable para tal investigación, la crisis de sucesión, posee otra ventaja más para su estudio, puesto que se trata de un acontecimiento que se repite. Hubo literalmente miles de casos de sucesión en el movimiento obrero, a medida que los dirigentes morían o se retiraban. Los estudios de las variaciones de las consecuencias de la sucesión permitirían la comprobación de las hipótesis que tratan de los factores que operan para estimular o reprimir el conflicto interno dentro de las organizaciones.

La tercera solución posible de la dificultad metodológica consiste en el análisis de los *casos que se apartan de la norma:* en el movimiento obrero, específicamente, aquellas organizaciones que se caracterizan por un alto nivel de procedimiento democrático, por la participación de los afiliados, o por ambas cosas a la vez. Si se sabe que una norma de comportamiento dada, como la oligarquía, es común a casi todos los grandes sindicatos, el estudio repetido de los grupos oligárquicos no producirá entonces mucha mayor comprensión de las variaciones posibles que pueden afectar a las estructuras políticas internas [23]. Paul Lazarsfeld señaló que «el análisis de los casos que se apartan de la norma puede y debe desempeñar un papel *positivo* en la investigación empírica, más bien que constituir meramente el proceso "que saca del apuro", mediante el cual se adjudica cierta posibilidad a las excepciones de la regla empírica, y, de ese modo, se las emplea». La existencia de un tal caso atípico (por ejemplo, el sistema político sumamente democrático del Sindicato Internacional de Tipógrafos)

---

[23] Ver JOSEPH GOLDSTEIN, *The Government of British Trade Unions*, Allen and Unwin, Londres, 1952, para una excelente descripción del control oligárquico ejercido en un sindicato británico. Este estudio añade, sin embargo, muy poco al análisis clásico de Michels, a excepción de mayor cantidad de datos.

implica siempre que la estructura teórica —en este caso, la expuesta en «la ley férrea de la oligarquía» de Michels— es una simplificación exagerada y sugiere «la necesidad de incorporar mayor número de variables en [el] esquema predictivo»[24].

[24] Ver PATRICIA KENDALL y KATHERINE M. WOLF, «The Analysis of Oeviant Cases in Communications Research», en PAUL F. LAZARSFELD y FRANK STANTON (eds.), *Communications Research, 1948-1949*, Harper & Bros, Nueva York, 1949, pp. 153-154. El enfoque del Sindicato Internacional de Tipógrafos como caso que se aparta de la norma constituyó el punto fundamental del estudio *Union Democracy*, ya citado.

QUINTA PARTE

POSDATA PERSONAL

13. ¿EL FIN DE TODA IDEOLOGIA? [1]

Una de las premisas básicas de este libro es la de que la democracia no constituye solamente, ni siquiera principalmente, un medio por el cual diferentes grupos pueden conseguir sus fines, o aspirar a una sociedad justa; es precisamente la sociedad justa en acción. Tan sólo el toma y daca de las luchas internas de una sociedad libre ofrece algunas garantías de que los productos de ella no se acumularán entre las manos de los pocos que detentan el poder, y de que los hombres pueden evolucionar y educar a sus hijos sin temor a repercusiones. Además, tal como lo hemos visto, la democracia requiere instituciones que respalden el conflicto y el desacuerdo, así como otras que mantengan la legitimidad y el consenso. En los últimos años, sin embargo, la democracia ha padecido, en el mundo occidental, algunas modificaciones importantes, puesto que han declinado marcadamente los conflictos intelectuales intensos entre grupos representantes de valores diferentes.

Las consecuencias de este cambio pueden quizá ilustrarse mejor con la descripción de lo sucedido en un congreso mundial de intelectuales, sobre «El futuro de la libertad», que tuvo lugar en Milán (Italia) en septiembre de 1955. Asistieron a la conferencia [2] 150 intelectuales y políticos, procedentes de muchos países democráticos, cuyas opiniones oscilaban desde las socialistas hasta las conservadoras de derecha. Entre los delegados de Gran Bretaña, por ejemplo, se contaban Hugh Gaitskell y Richard Crossman, socialistas, y Michael Polanyi y Colin Clark, conservadores. De los Estados Unidos asistieron Sidney Hook, a la sazón vicepresidente de la Unión por el Socialismo Democrático, Arthur Schlesinger, Jr., de la Asociación de Norteamericanos por la Acción Democrática, y Friedrich A.

---

[1] Hemos tomado el título de este capítulo de aquél del excelente informe de EDWARD SHILS de una conferencia sobre «El futuro de la libertad», que tuvo lugar en Milán (Italia) en septiembre de 1955, con los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura. Ver su «The End of Ideology», *Encounter*, 5 (noviembre de 1955), pp. 52-58; para un sutil análisis de la naturaleza y las fuentes de la declinación de toda ideología ver HERBERT TINGSTEN, «Stability and Vitality in Swedish Democracy», *The Political Quarterly*, 2 (1955), pp. 140-151; y OTTO BRUNNER, «Der Zeitalter der Ideologien», en *Neue Wege der Sozialgeschichte*, Van den Hoeck und Ruprecht, Gottinga, 1956, pp. 194-219. Para una predicción de que «la era de la ideología» toca a su fin ver LOUIS S. FEUER, «Beyond Ideology», *Psychoanalysis and Ethics*, Charles C. Thomas, Springfield, 1955, pp. 126-130. Muchos de estos temas son discutidos detalladamente por DANIEL BELL, en *The End of Ideology*, The Free Press, Glencoe, 1960, y por RALF DAHRENDORF, en *Class and Class Conflict*, Stanford University Press, Stanford, 1959.

[2] Nuestro trabajo original sobre esta conferencia, a la que asistimos, se publicó con el título «The State of Democratic Politics»; *Canadian Forum*, 35 (noviembre de 1955), pp. 170-171. Resulta interesante destacar las similitudes entre las observaciones que dicho trabajo contiene y el de EDWARD SHILS, *op. cit.*

Hayek, economista archiconservador. Entre los representantes franceses figuraban André Philip, dirigente socialista de izquierda, Raymond Aron, que en otro tiempo actuara en el movimiento gaullista, y Bertrand de Jouvenal, filósofo conservador. Era evidente la similitud entre las diferencias de la opinión política de los delegados de Escandinavia, Alemania, Italia y otros países.

Habría podido suponerse que la conferencia en la cual estaban representados tantos dirigentes políticos e intelectuales importantes del socialismo, el liberalismo y el conservadurismo habría estimulado un debate político intenso. En realidad, nada de esto ocurrió. Las únicas ocasiones en que la polémica se animó se presentaron cuando alguien se comportó como «defensor de los comunistas», al manifestar algo que podría definirse como demasiado favorable a Rusia.

Durante la última jornada de la conferencia, que duró una semana, ocurrió un acontecimiento interesante. El profesor Hayek, en su discurso de clausura, atacó a los delegados al expresar que éstos se preparaban para enterrar la libertad, en lugar de salvarla. Fue el único en mostrarse incomodado por la moderación general. Lo que le molestó fue el acuerdo existente entre todos los delegados, al margen de toda creencia política, de que los problemas tradicionales que separan a la izquierda de la derecha han disminuido hasta adquirir una relativa insignificancia. En efecto, todos concordaban en que el aumento de control estatal, manifestado en varios países, no concluiría en una disminución de la libertad democrática. Los socialistas no abogaban ya en favor del socialismo; se mostraban tan preocupados como los conservadores por el peligro de un Estado todopoderoso. Las cuestiones ideológicas que separaban a la izquierda de la derecha se habían reducido a la expropiación estatal y a una planificación económica gubernamental un tanto mayores o menores. Nadie parecía considerar que el hecho de cuál era el partido político que controlaba la política interna de las naciones individuales revestía verdaderamente mucha importancia. Hayek, que creía sinceramente que la intervención del Estado es perjudicial y de suyo totalitaria, se contaba entre la pequeña minoría que aún considera con seriedad las divisiones dentro del campo democrático.

Un destacado intelectual izquierdista británico, Richard Crossman, afirmó que, en la actualidad, el socialismo es considerado conscientemente por la mayoría de los dirigentes socialistas europeos como un «mito utópico [...] con frecuencia ajeno a las realidades de la política cotidiana»[3]. Pocos son los partidos socialistas que desean seguir nacionalizando industrias. Este objetivo fue, mayormente, abandonado por los partidos socialistas de los Estados más industrializados como los de Escandinavia, Gran Bretaña y Alemania. El jefe del Partido Laborista del Estado australiano de Queensland, al defender el mantenimiento de la socialización como objetivo, en la convención partidaria de 1950, reconoció claramente que su significación era principalmente formal, al expresar:

[3] RICHARD CROSSMAN, «On Political Neurosis», *Encounter*, 30 (mayo de 1954), p. 66.

> «Señalo que la alteración, en cualquier sentido, de nuestra plataforma y objetivos, acarrea serias consecuencias. En primer lugar, es perjudicial abrir el fuego en el ataque si podemos evitarlo, y creo que no deberíamos esquivar el problema y hacer ver que no deseamos la socialización de la industria. Constituye un objetivo a largo término del movimiento laborista, exactamente del mismo modo en que existe un objetivo a largo plazo en el movimiento cristiano. Quienes abrazaron la cristiandad han continuado luchando durante más de 2.000 años y no han conseguido alcanzarla»[4].

El razonamiento en favor del mantenimiento de objetivos a largo término, incluso de aquellos que pueden no lograrse ni en 2.000 años, fue muy bien expresado por Richard Crossman:

> Un partido democrático no puede, sino muy raramente, convencerse de que debe abandonar uno de sus principios fundamentales, y *nunca puede permitirse la eliminación de su mito principal*. Los conservadores deben defender la libre empresa aun cuando se hallen realmente introduciendo una planificación estatal. Un gobierno laborista debe defender como válida la política socialista que poco tiene que ver con él. La labor de los dirigentes partidarios suele consistir en persuadir a sus seguidores de que la política tradicional sigue siendo llevada adelante, aun cuando pueda demostrarse que no es cierto[5].

El hecho de que las diferencias entre la izquierda y la derecha en la democracia occidental no son ya profundas no significa que no exista un margen para la controversia partidaria. Pero, como nos afirmó en una oportunidad el editor de uno de los más importantes periódicos suecos, «la política es actualmente aburrida. Las únicas cuestiones consisten en si los obreros metalúrgicos deben obtener 5 céntimos más por hora, si se debe elevar el precio de la leche o si deben extenderse los alcances de las jubilaciones». Son estos asuntos importantes, la propia sustancia de las luchas internas dentro de las democracias estables, pero es difícil que exciten a los intelectuales o que estimulen a los jóvenes que buscan en la política un medio para expresar sus ideales.

Este cambio de la vida política occidental refleja el hecho de que los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial han sido resueltos: los obreros lograron la ciudadanía industrial y política; los conservadores aceptaron la asistencia social por parte del Estado, y la izquierda democrática reconoció que el incremento del poder estatal en todos los órdenes trae consigo más peligros para la libertad que soluciones de problemas económicos. El propio triunfo de la revolución social democrática

[4] Citado en T. C. TRUMAN, *The Pressure Groups, Parties and Politics of the Australian Labor Mouvement*, tesis de *Master of Arts*, inédita, Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de Queensland, 1953, cap. II, p. 82.

[5] RICHARD CROSSMAN, *op. cit.*, p. 67 (el subrayado es nuestro). Además, en Suecia, Herbert Tingsten manifiesta: «De este modo, las grandes controversias se han liquidado en todos los órdenes. Como resultado de ello, las palabras simbólicas y los estereotipos se han modificado o han desaparecido [...]. El liberalismo, en el antiguo sentido de la palabra, está muerto, tanto para los conservadores como para el Partido Liberal; [...] y el rótulo de socialismo para una proposición o reforma específica casi no significa más que el hecho de que éstas serán consideradas atractivas. Los términos reales "socialismo" o "liberalismo" tienden a convertirse en meros elogios, que resultan útiles en relación con las elecciones y las festividades políticas.» TINGSTEN, *op. cit.*, p. 145.

en Occidente termina con la política interna para aquellos intelectuales que necesitan de ideologías o utopías que motiven su acción política.

En la democracia occidental, este declive de las fuentes de importantes controversias políticas condujo, incluso, a algunas personas a plantear la cuestión de si los conflictos que son tan necesarios a la democracia subsistirán. Barrington Moore Jr., sociólogo de Harvard, se pregunta si

> [...] a medida que reducimos las diferencias y privilegios económicos, podemos también eliminar las fuentes de contraste y descontento que dan impulso a las alternativas políticas genuinas. En los Estados Unidos de hoy, con excepción de los negros, es difícil percibir algún sector de la población que posea un interés material fijo en la defensa de la libertad [...]. Creemos que la afirmación de que la libertad requiere la existencia de un grupo oprimido para surgir vigorosamente contiene algo más que un floreo dialéctico. Quizá sea ésta tanto la tragedia como la gloria de la libertad. Una vez que el ideal ha sido alcanzado, o inclusive cuando su realización se halla próxima, la fuerza propulsora del descontento desaparece, y la sociedad acepta impasible, durante un cierto tiempo, las cosas tal como son. En los Estados Unidos parece haber sucedido algo parecido [6].

Además, David Riesman sugirió que «el aumento general de la riqueza y la concomitante desaparición de las diferencias rígidas, hacen que sea difícil mantener las bases [económicas] madisonianas de la diversidad política, o reclutar políticos que hablan en nombre de los estratos oprimidos restantes» [7]. La tesis de que el conflicto partidario basado en las diferencias de clases y la cuestión izquierda-derecha toca a su fin se basa en el supuesto de que «el sistema económico de clases está desapareciendo [...] que la redistribución de las riquezas y los ingresos [...] ha terminado con la significación política de la desigualdad económica» [8].

A pesar de ello, nos preguntamos si estos intelectuales no confunden el declive de toda ideología en la política interna de la sociedad occidental con el fin del conflicto de clases, que ha mantenido la controversia democrática. Como lo indican las abundantes pruebas recogidas sobre el comportamiento electoral en los Estados Unidos y otros países, el electorado como un todo no ve llegar el fin de la lucha interna de clases, vaticinado por tantos intelectuales. Crecido número de encuestas realizadas en la población norteamericana de la década de 1930 a la de 1950 dan cuenta de que la mayor parte de la gente cree que los republicanos hacen más en favor de los ricos y para los hombres de negocios y profesionales, y que los demócratas favorecen más a los pobres y a los trabajadores, calificados y no cualificados [9]. En Gran Bretaña se dieron a conocer hallazgos similares.

[6] BARRINGTON MOORE, Jr., *Political Power and Social Theory*, Harvard University Press, Cambridge, 1958, p. 183.
[7] DAVID RIESMAN, «Introduction», en STIMSON BULLITT, *To Be a Polician*, Doubleday & Co., Inc., Nueva York, 1959, p. 20.
[8] S. BULLITT, *ibid.*, p. 177.
[9] Ver HAROLD ORLANS, *Opinion Polls on National Leaders*, Institute for Research in Human Relations, Filadelfia, 1953, pp. 70-73. Esta monografía contiene un informe detallado sobre varias encuestas llevadas a cabo por los diferentes institutos norteamericanos de encuestas de 1935 a 1953.

Estas opiniones no representan simplemente las argumentaciones partidarias, puesto que los simpatizantes de la izquierda, así como los de derecha, concuerdan en cuanto a las clases que cada uno de los partidos representa básicamente, lo cual no implica la aceptación de una áspera lucha de clases, sino más bien un acuerdo sobre las funciones de representación de los partidos políticos, similar al acuerdo general de que los sindicatos representan a los obreros, y la Cámara de Comercio a los comerciantes. La continua división de clases no implica ninguna consecuencia destructiva del sistema; como lo hemos indicado en un capítulo anterior, una democracia estable requiere el consenso sobre la naturaleza de la lucha política, y ello incluye el supuesto de que los diferentes grupos se hallan mejor representados por partidos distintos.

Las predicciones en cuanto al fin de la política de clases en la «sociedad de abundancia» ignoran el carácter relativo de todo sistema de clases. La disminución de las privaciones objetivas —bajos salarios, inseguridad, desnutrición— reduce efectivamente el nivel potencial de tensión de una sociedad, como hemos visto. Pero mientras algunas personas sean retribuidas mejor que otras por la estructura de prestigio o de *status* de la sociedad, los hombres se sentirán *relativamente* despojados. Los Estados Unidos es el país más rico del mundo, y su clase trabajadora vive en una escala a la que aspiran la mayoría de las clases medias del resto del mundo; sin embargo, un informe detallado realizado sobre la base de los hallazgos de diversas encuestas de la opinión norteamericana indica: «La opinión dominante en las encuestas, antes, durante y después de la guerra, es la de que los salarios de los directores de empresas son demasiado altos y deberían estar limitados por el gobierno.» Y este sentimiento, que prevalece aún entre la gente próspera, halla cada vez más apoyo a medida que se desciende en la escala económica [10].

La lucha democrática de clases continuará, pero será una pugna desprovista de toda ideología, sin banderas rojas, sin desfiles del primero de mayo. Esto perturba, naturalmente, a muchos intelectuales que sólo pueden participar como ideólogos o como principales críticos del *statu quo*. El semanario socialista británico *The New Statesman* publicó una serie de comentarios en el curso de los años 1958-1959 con el título general de «¿Ayudaremos al Sr. Gaitskell?». Como el título lo sugiere, esta serie fue escrita por diversos intelectuales británicos que se sienten molestos por el hecho de que el Partido Laborista ya no es ideológicamente extremista, sino sencillamente la organización por la que se interesan los obreros y los sindicatos.

El declive de las ideologías políticas en los Estados Unidos también afectó a muchos intelectuales que, como señalamos en el capítulo 10, deben comportarse como críticos de la sociedad con el fin de encajar en la imagen que de ellos mismos se hicieron. Y puesto que la política interna, incluso la liberal y la socialista, ya no puede servir de terreno propicio a

[10] *Ibid.*, p. 149. La única excepción se encuentra entre los muy pobres, que son algo menos intolerantes para con los elevados salarios de los directores que los que se encuentran inmediatamente por encima de ellos en la escala.

críticas serias por parte de la izquierda, muchos intelectuales se han volcado, de un interés fundamental por los sistemas políticos y económicos, hacia la crítica de otros sectores de la cultura básica de la sociedad norteamericana, particularmente de los elementos que no pueden recibir un tratamiento político. Señalan el aparente crecimiento de un interés por el *status* («ponerse a la altura de los Jones»), el aumento, relacionado con lo anterior, de la influencia de la publicidad y los medios de masa como árbitros del gusto de ésta, la evidencia de que los norteamericanos son demasiado conformistas, otro de los aspectos de ponerse a la altura de los Jones. De este modo, las obras que critican a la sociedad norteamericana, de las décadas pasadas, que han merecido más atención fueron sociológicas más bien que políticas, libros tales como *The Lonely Crowd*, de David Riesman; *The Organization Man*, de William H. Whyte; *America as a Civilization*, de Max Lerner, y *The Status Seekers*, de Vance Packard.

Sin embargo, muchos de los aspectos desagradables de la sociedad norteamericana, que son considerados actualmente como resultado de una sociedad opulenta y burocrática, pueden constituir elementos recurrentes inherentes a una sociedad democrática e igualitaria. Estos aspectos, tanto de la ideología norteamericana como de la socialista, que han sido siempre expresados de la manera más cabal en los Estados Unidos, hacen que el interés por el *status* y la conformidad sean rasgos permanentes de la sociedad.

Las normas de diferencia de *status* documentadas por Lloyd Warner, Vance Packard y otros prevalecieron a través de toda la historia norteamericana, como lo demuestran claramente los informes de varios viajeros extranjeros que visitaron el país en el siglo XIX. Estos visitantes creían generalmente que los norteamericanos eran *más* conscientes de su *status* que los europeos, que era más fácil que un nuevo rico fuera aceptado en la Inglaterra del siglo XIX que en los Estados Unidos en la misma época, y explicaban el mayor esnobismo de este país mediante la sugerencia de que el propio énfasis que ponen en la democracia y el igualitarismo, la falta de una estructura de respeto bien definida, en la que no quepa duda alguna respecto de la clasificación social, hacen que los norteamericanos prósperos destaquen más los antecedentes y el simbolismo del *status* que los europeos.

> Puede parecer paradójico el observar que un millonario, en Inglaterra, tiene abierta una carrera social mejor y más fácil que en los Estados Unidos [...]. En este país, si su carácter personal no es agradable, si es mezquino o abiertamente inmoral, o personalmente vulgar, o deshonesto, la mejor sociedad puede mantener sus puertas cerradas para él. En Inglaterra una gran riqueza, empleada hábilmente, obligará más fácilmente a esas puertas a abrirse. Porque en Inglaterra una gran riqueza puede, mediante el empleo de los métodos apropiados, prácticamente comprar el rango de quienes lo otorgan [...]. La existencia de un sistema de rango artificial habilita, en Europa, a estampar el sello en el bajo metal, lo cual no puede hacerse en un país completamente republicano [11].

[11] JAMES BRYCE, *The American Commonwealth*, vol. II, Macmillan, Nueva York, 1910, p. 815. Cf. D. W. BROGAN, *U.S.A.*, Oxford University Press, Londres, 1941, pp. 116 ss.; ver ROBERT W. SMUTS, *European Impressions of the American Worker*, King's Crown Press, Nueva York, 1953, para un resumen de los comentarios realizados por muchos visitantes en las décadas de 1900 y de 1950, los cuales manifestaron que «la democracia social y económica de los Estados Unidos, lejos de reducir la competencia por el *status* social, la intensificó» (p. 13).

El gran interés por los antecedentes familiares (¿cuál es la generación que se hizo rica?) que muchos observadores, desde Harriet Martineau (una de las comentaristas británicas más refinadas de la vida en los Estados Unidos en la década de 1820) hasta el sociólogo norteamericano contemporáneo Lloyd Warner, demostraron que era característico de grandes sectores de la sociedad norteamericana, puede constituir una reacción a los sentimientos de inseguridad acerca de la posición social engendrada en una sociedad cuyos valores básicos niegan a todos el derecho inherente a proclamar que el propio *status* es más elevado que el del vecino. Como lo señaló el sociólogo Howard Brotz, al comparar los sistemas de *status* de Gran Bretaña y los Estados Unidos:

> En una democracia, el esnobismo puede ser muchísimo más malévolo que en una aristocracia. Al carecer de la confirmación natural de la superioridad, que sólo puede ser otorgada por la autoridad política, los ricos, y particularmente los nuevos ricos, se sienten amenazados por el mero contacto con sus inferiores. Esta tendencia alcanzó, quizá, su apogeo a fines del siglo XIX en Tuxedo Park, selecta comunidad residencial compuesta por comerciantes neoyorquinos ricos, quienes, no contentos con rodearse solamente de una cerca de alambres, apostaron un centinela a la entrada, para mantener alejados a quienes no formaban parte de ella. Nada podría resultar más fantástico que esto a un lord inglés que vivía en el campo, no ya en medio de sus iguales, sino de sus arrendatarios. Su posición es tal que se encuentra cómodo en presencia de miembros de clases inferiores y cuando se une a ellos en las diversiones. Por ejemplo, los agricultores (es decir, los arrendatarios) participan en las partidas de caza del terrateniente. Es esta actitud «democrática» la que, en primera instancia, da lugar a una ausencia de prejuicios en las relaciones sociales con los judíos. No se puede ser *déclassé*, por decirlo así, por actividades deportivas [12].

El problema del conformismo, que hoy en día preocupa tanto a muchos norteamericanos, fue señalado como un aspecto importante de la cultura norteamericana desde Tocqueville en la década de 1830 hasta Riesman en la de 1950. Los analistas destacaron repetidamente el grado en que los norteamericanos (en comparación con otros pueblos) son sensibles al juicio de los demás. Al no estar nunca seguros de su propio *status*, se interesan por la «opinión pública» de un modo que no debe preocupar a las élites de uan sociedad más aristocrática y más dependiente del *status*. Ya en el siglo XIX los observadores extranjeros se sintieron sorprendidos por el «guiarse por los demás» de los norteamericanos, y lo explicaron como originado por la naturaleza del sistema de clases. Esta imagen del norteamericano como «guiado por los demás» puede, como lo advirtió Riesman, ser hallada en los escritos de «Tocqueville y de otros curiosos

[12] HOWARD BROTZ, «The Position of the Jews in English Society», *The Jewish Journal of Sociology*, 1 (1959), p. 97.

y atónitos visitantes europeos»[13]. Harriet Martineau casi parece parafrasear la propia descripción de Riesman, del hombre «guiado por los demás» actual, en su descripción del norteamericano de comienzos del siglo XIX:

> Los norteamericanos pueden viajar por todo el mundo sin encontrar otra sociedad fuera de la suya propia que se subordine (tanto) a la restricción de una perpetua cautela, y a la referencia a las opiniones de los demás. Pueden viajar por todo el mundo sin hallar ningún otro pais excepto el suyo en el que los niños se cuiden de no arañarse y hablen del efecto de las acciones sobre las mentes de la gente; donde la juventud de una sociedad determine en silencio cuáles son las opiniones que llevarán adelante y cuáles otras reconocerán sólo en el círculo familiar; donde las mujeres escriben cartas muy pobres, casi universalmente, debido a que es cuestión establecida que es peligroso comprometerse por escrito, y donde la gente mayor parece carecer casi universalmente de esa fe en los principios que inspira su libre expresión en cualquier momento y en todas las circunstancias[14].

Puede argüirse que en una sociedad democrática abierta, en donde la gente sea alentada para luchar por su elevación, pero en la cual no existen puntos de referencia claramente definidos como para delimitar su meta y donde su éxito en lograr un *status* se halla determinado por la buena opinión de los demás, la especie de cautela, y el estudio intenso de las opiniones de los demás, descritos por Martineau, resultan naturales. Como lo hace Riesman en la actualidad, la autora advierte que este tipo de individuo «guiado por los demás» se encuentra más comúnmente en los centros urbanos, entre las clases media y superior, en las que la gente vive en una «perpetua cautela». En ninguna parte existe verdaderamente «tan consumidora preocupación por el juicio de los demás, tanta ansiedad nerviosa, como entre los habitantes de las ciudades de los Estados norteños de los Estados Unidos»[15]. De manera similar, Max Weber, que visitó los Estados Unidos a comienzos de la década de 1900, notó el alto grado de «sometimiento a la moda existente en este país, hasta un extremo desconocido en Alemania», y lo explicó como un atributo natural de una sociedad democrática sin *status* de clase heredado[16].

Una sociedad que destaca el *status* adquirido, que niega el basado en los antepasados e incluso las realizaciones personales muy anteriores, debe ser, necesariamente, una sociedad en la que los individuos se hallan sensiblemente orientados hacia los demás, en la que, para utilizar la analogía de Riesman, emplean un radar con el objeto de mantener su equilibrio social. Y precisamente a medida que nos tornamos más igualitaristas, a medida que más gente puede tomar parte en la carrera en pos del *status*, en ese mismo grado nos volvemos, al igual que otros pueblos, más

[13] DAVID RIESMAN *et al.*, *The Lonely Crowd: A Study of the Changing American Character*, Yale University Press, New Haven, 1950, pp. 19-20.

[14] HARRIET MARTINEAU, *Society in America*, vol. II, Saunders and Otley, Nueva York, 1837, pp. 158-159.

[15] *Ibid.*, p. 160-161.

[16] MAX WEBER, *Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1946, p. 188.

interesados por las opiniones de los demás y, por lo tanto, más democráticos y más norteamericanos, en el sentido de Tocqueville.

La política de la democracia constituye, forzosamente hasta cierto punto, la del conformismo para la élite de la sociedad. En cuanto las masas ganan acceso a ella, en cuanto esta élite debe considerar la reacción de la masa en la determinación de sus propias acciones, su libertad (ya sea política o artística) se ve limitada. Como lo señaló Tocqueville, el «más serio reproche que puede hacerse» a las repúblicas democráticas es el de que ellas «extienden la práctica de adular a las mayorías e introducirlas inmediatamente en todas las clases», y atribuyó «el reducido número de personalidades distinguidas en la vida política al siempre creciente despotismo de la mayoría en los Estados Unidos»[17].

Se ha puntualizado lo mismo en el capítulo 10, respecto de gran parte de las discusiones acerca de las consecuencias negativas de la cultura de masas. El mayor acceso, por parte de la masa de la población, al mercado de la cultura, implica, forzosamente, una limitación del gusto cultural, en comparación con una época o un país en los cuales la cultura se limite a la población acomodada y culta.

Los debates actuales sobre la educación reflejan el mismo dilema: el de que muchos de los que creen en la democracia y el igualitarismo querrían también preservar algunos de los atributos de una sociedad de élites. En Inglaterra, donde las escuelas integradas «comunes» son consideradas una reforma progresista, la argumentación en su favor se basa en el supuesto de que el bienestar de la sociedad se halla mejor servido, por lo que resulta mejor para una mayor cantidad de personas. Este argumento fue utilizado en Estados Unidos, cuando los educadores liberales alegaron que un trato especial otorgado a los niños mejor dotados servía para perpetuar la desigualdad, y que recompensaba a quienes contaban con un mejor ambiente hogareño y escolar en detrimento de los de procedencia más pobre. Los educadores de Gran Bretaña arguyen, vigorosamente, en la actualidad, que la existencia de escuelas separadas para los niños más inteligentes (las llamadas *grammar schools*) constituye una fuente de castigo psíquico para los menos dotados. Muchos de nosotros hemos olvidado que los liberales de nuestro país manifestaban sentimientos similares no hace demasiado tiempo; que, por ejemplo, Fiorello La Guardia, como intendente de Nueva York, abolió la escuela secundaria Townsend Harris, especial para niños mejor dotados, en la que se completaba el trabajo de cuatro años de estudios en tres, sobre la base de que la misma existencia de una tal escuela era antidemocrática y de que otorgaba a una minoría privilegios especiales.

[17] ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Democracy in America*, vol. I, Vintage Books, Nueva York, 1954, pp. 276-277. Ciertamente, Platón puntualizó las mismas cosas hace 2.500 años cuando argumentó que, en una democracia, el padre «acostumbra a volverse como su hijo y a temer a sus vástagos, y el hijo, en su deseo de libertad, se torna como su padre, al que no demuestra temor ni reverencia [...]. El maestro de escuela teme y adula a sus alumnos [...] mientras que los ancianos condescienden ante los jóvenes y se transforman en campeones de la versatilidad [...]. El resultado principal de todas estas cosas, tomadas en conjunto, consiste en que sensibilizan [...] las almas de los ciudadanos». *The Republic of Plato*, ed. por Ernest Rhys, J. M. Dent and Co., Londres, 1935, pp. 200-226.

Lo que afirmamos es simplemente que no podemos tener todo cuanto deseamos. No es posible contar con las ventajas de una sociedad aristocrática y de una democrática; no podemos poseer selectas escuelas separadas de las demás en una sociedad que destaca la igualdad; es imposible contar con una élite cultural que produzca sin tener en cuenta el gusto de la masa, dentro de una sociedad que acentúa el valor del juicio popular. Del mismo modo, no podemos contar con un bajo índice de divorcios y terminar con la diferenciación entre los papeles de los sexos, y no podemos esperar tampoco que los adolescentes sean confiados, dentro de una cultura que no ofrece ningún sendero definitivo para pasar de la adolescencia a la madurez.

No pretendemos sugerir que una sociedad democrática no puede hacer nada en favor de la reducción del conformismo o la incrementación de la creatividad. Existen considerables pruebas que sugieren que una mejor educación, mayor seguridad económica y niveles de vida más elevados fortalecen el nivel de la cultura y la libertad democráticas. El mercado de buenos libros, buena pintura y buena música señala uno de los niveles más elevados de la historia de los Estados Unidos [18]. Existen pruebas de que la tolerancia demostrada a las minorías étnicas es también mayor que en otros tiempos. Más cantidad de gente recibe una buena instrucción en la actualidad en los Estados Unidos que en ninguna otra época anterior, y, sin tener en cuenta los muchos puntos débiles de esa educación, sigue siendo cierto el hecho de que cuanto más cultura se posea, tanto mejores serán los propios valores y las normas de consumo desde el punto de vista del intelectual liberal e interesado por la cultura.

Existe otro punto que se refiere al presunto crecimiento del conformismo y el declive de la ideología, formulado por varios analistas, que temen con justicia los aspectos conformistas inherentes a la democracia populista. Sugieren que el desarrollo de las grandes organizaciones burocráticas, aspecto endémico de la moderna sociedad industrial, ya sea capitalista o socialista, reduce el ámbito de libertad individual, debido a que «los hombres de la organización» deben adaptarse para lograr éxito. Este punto se vincula, en ocasiones, con el declive de la intensidad del conflicto político, porque se considera que la política se transforma en administración a medida que el gerente y el experto se apoderan del gobierno así como de los negocios. Desde *Managerial Revolution,* de James Burnham, hasta las reafirmaciones más recientes de esta tesis, realizadas por Peter Drucker y otros, esta tendencia fue, en ocasiones, bien recibida, pero, en los últimos años, fue con más frecuencia deplorada.

El desarrollo de grandes organizaciones puede, sin embargo, acarrear en realidad las consecuencias más importantes de proveer nuevas fuentes de libertad permanente y mayores oportunidades para la innovación. La burocratización significa (entre otras cosas) un declive del poder arbitrario de quienes se hallan investidos de autoridad. Al establecer normas de tratamiento justo e igual y al reducir el poder ilimitado que poseían los dirigentes de muchas organizaciones no burocráticas, la burocracia puede significar una menor, más bien que mayor, necesidad de conformarse a los superiores. A pesar del surgimiento de las pruebas de seguridad, creemos que casi no cabe duda de que es mucho menos probable que los hombres sean despedidos de sus trabajos por sus opiniones y su comportamiento hoy en día, de lo que lo era hace cincuenta años, o incluso hace veinticinco. Todo aquel que compare la oposición de un trabajador o de un director dentro de una empresa de propiedad de una familia, como la *Ford Motor Company,* en la época en que su fundador se hallaba al frente de ella, con la de individuos que ocupan puestos comparables en la *General Motors* o en la *Ford Motor Company* actuales, difícilmente podrá afirmar que la burocratización implica una mayor presión tendente a la conformidad de algún nivel de la industria. Los sindicatos reflejan con exactitud los deseos de sus miembros cuando se desplazan en la dirección de una mayor burocratización al obtener, por ejemplo, para ellos, el respeto de los derechos de antigüedad para la contratación, despido y promoción de empleados, o la firma de un contrato estable por tres años con cláusulas detalladas para procedimientos de quejas. La sindicalización, tanto de los trabajadores manuales como de los oficinistas, aumenta con las condiciones de organizaciones de gran escala y sirve para liberar al trabajador o al empleado de la subordinación a un poder relativamente incontrolado. Quienes temen la subordinación de los trabajadores al poder de organización del sindicalismo ignoran, en gran parte, la alternativa del poder arbitrario por parte de la patronal. En cierto modo, el empleado de una gran empresa que se halla sujeto a la controversia entre dos organizaciones gigantescas —aquélla y el sindicalismo— posee un grado de libertad mucho mayor que quien no se encuentra en una gran organización.

Aunque las presiones tendentes al conformismo, en la sociedad democrática y burocrática, constituyen una fuente apropiada para atraer un serio interés por parte de los intelectuales occidentales, nuestra interpretación de la evidencia histórica sugiere que el problema es menos agudo o amenazante en la actualidad de lo que fue en el pasado, siempre que limitemos nuestro análisis a las amenazas internas del sistema. Existen razones para esperar que las instituciones democráticas estables, en las que la libertad política individual es considerable, e incluso se halla en aumento (como, por ejemplo, en Gran Bretaña o Suecia) continuarán caracterizando a las maduras sociedades occidentales industrializadas.

Las controversias respecto de la creatividad y el conformismo culturales reflejan la tendencia general discutida al comienzo de este capítulo: el cambio de la ideología hacia la sociología. La propia evolución de la sociología como fuerza intelectual exterior a la universidad constituye, en muchas naciones occidentales, un tributo, no principalmente al poder del análisis sociológico, sino a la pérdida del interés por la investigación política. Puede resultar curioso, en consecuencia, que un sociólogo finalice con una nota de interés por esta tendencia. Pero creemos que aún existe una necesidad real de análisis político, de ideologías y de controversia,

[18] Ver DANIEL BELL, «The Theory of Mass Society», *Commentary,* 22 (1956), p. 82, y CLYDE KLUCKHOHN, «Shifts in American Values», *World Politics,* 11 (1959), pp. 250-261, para las pruebas concernientes al aumento, más bien que a la declinación, de la «individualidad genuina en los Estados Unidos».

dentro de la comunidad mundial, si no dentro de las democracias occidentales. En un sentido más amplio, las controversias internas que existen en el seno de los países democráticos adelantados se han hecho comparables a las luchas que se presentan para la elección de candidatos partidarios en los Estados Unidos. Como toda pugna para obtener un nombramiento, ellas tienen lugar con el objeto de determinar quién conducirá el partido, en este caso el campo democrático, en la lid política mayor en el mundo como un todo, con sus distritos electorales marginales y sus Estados subdesarrollados. El horizonte de intereses políticos intelectuales debe pasar de la nueva versión de las elecciones locales —las que determinan quién dirigirá el gobierno nacional— a este contexto más amplio.

Esta lucha más extendida hace que la política sea mucho más compleja en los diversos países subdesarrollados de lo que parece en las democracias occidentales. En estos Estados aún existe una necesidad de controversia política y de ideología intensas. Los problemas de la industrialización, del lugar de la religión, del carácter de las instituciones políticas, no se han resuelto todavía, y las argumentaciones que ellos suscitan han llegado a entrelazarse con la lucha internacional. Las antiguas relaciones políticas entre los países ex coloniales y el Occidente, entre las gentes de color y los blancos, hacen que la tarea sea aún más difícil. Es necesario que reconozcamos que nuestros aliados de los países subdesarrollados deben ser extremistas, probablemente socialistas, debido a que sólo los partidos que prometen mejorar la situación de las masas mediante una extensa reforma, y que son renovadores e igualitarios, pueden esperar competir con los comunistas. Los movimientos socialistas asiáticos y africanos, inclusive donde se inclinan por la democracia política (e, infortunadamente, no todos ellos lo hacen, ni pueden siquiera hacerlo aunque lo deseen), deben expresar, con frecuencia, hostilidad contra muchas de las instituciones económicas, políticas y religiosas de Occidente.

Donde los extremistas se hallan en el poder —en la India, Ghana, Ceilán, Birmania y otros países— deben asumir la responsabilidad del desarrollo económico del país, y, por lo tanto, deben sufrir el embate de los resentimientos causados por la industrialización, la rápida urbanización, el problema de la vivienda y la pobreza extrema. El dirigente izquierdista democrático debe hallar una víctima propiciatoria a quien echar la culpa de estos males: a los capitalistas locales, los inversores extranjeros o las maquinaciones de los imperialistas desplazados. Si no lo hace, perderá su dominio sobre las masas, que necesitan de la esperanza implícita en la doctrina revolucionaria que promete el paraíso terrenal, esperanza que los comunistas se hallan prestos a proporcionar. El socialista que ejerce el poder en un país subdesarrollado debe continuar, por lo tanto, conduciendo una lucha revolucionaria contra el capitalismo, los imperialistas occidentales, y, cada vez más, contra la cristiandad, como la principal institución extranjera remanente. Si acepta los argumentos de los socialistas occidentales de que el Occidente ha cambiado, de que el socialismo total es peligroso, de que el marxismo es una doctrina pasada de moda, se convierte en conservador frente a su propia sociedad, papel que no puede desempeñar reteniendo al mismo tiempo su arraigo popular.

El intelectual de izquierda, el líder sindical y el político socialista tienen, en Occidente, un papel importante que desempeñar en esta lucha política. En virtud del hecho de que aún representan la tradición del socialismo y del igualitarismo dentro de sus propios países, pueden encontrar un auditorio entre los dirigentes de la izquierda no comunista en aquellos países en los que el socialismo y el sindicalismo no pueden ser conservadores, ni siquiera progresistas moderados. El exigir que tales dirigentes adapten su política a la idea occidental de comportamiento responsable significa olvidar que muchos sindicatos, partidos socialistas e intelectuales occidentales fueron similarmente «irresponsables y demagógicos» en las primeras etapas de su desarrollo. Los líderes occidentales actuales deben comunicarse y cooperar con los revolucionarios no comunistas de Oriente y África, al mismo tiempo que aceptar que en su propio país han finalizado las controversias ideológicas serias.

El interés de esta obra por especificar las condiciones del orden democrático refleja nuestra creencia, quizá excesivamente racionalista, de que una mayor comprensión de las diversas condiciones con las que se ha manifestado la democracia puede ayudar a los hombres a desarrollarla en los lugares en que ella no existe actualmente. Aunque hemos llegado a la conclusión de que la hipótesis básica de Aristóteles sobre la relación entre la democracia y una estructura de clases inclinada hacia el centro (tratada inicialmente en el capítulo 2) sigue siendo válida, ello no alienta ningún optimismo político, puesto que implica que la actividad política debe estar dirigida principalmente a asegurar el desarrollo económico. Sin embargo, no debemos ser indebidamente pesimistas. La democracia ha existido en una diversidad de circunstancias, aun cuando se halla más comúnmente sostenida por un conjunto limitado de condiciones. Lógicamente, no puede ser conseguida tan sólo mediante actos de voluntad, pero la voluntad de los hombres, expresada por medio de la acción, puede dar forma a las instituciones y a los acontecimientos, en el sentido de reducir o aumentar las posibilidades de desarrollo y supervivencia de la democracia. La ideología y la pasión no pueden ya ser indispensables para mantener la lucha de clases dentro de las democracias estables y prósperas, pero son, evidentemente, necesarias al esfuerzo internacional por desarrollar instituciones políticas y económicas libres en el resto del mundo. Sólo la lucha ideológica de clases de Occidente toca a su fin. Los conflictos ideológicos vinculados con los niveles y los problemas del desarrollo económico y de las instituciones políticas adecuadas entre diferentes naciones perdurarán muchísimo más que nuestras vidas, y los individuos inclinados por la democracia pueden abstenerse de participar en ellos sólo poniéndolos en peligro. Ayudar a que las acciones de los hombres lleven adelante la democracia en la Europa, a la sazón absolutista, constituyó, en alguna medida, el propósito de Tocqueville, al estudiar el funcionamiento de la sociedad norteamericana de 1830. Aclarar la actuación de la democracia occidental a mediados del siglo XX puede contribuir a la pugna política librada en Asia y Africa.

SEXTA PARTE

EL HOMBRE POLITICO ACTUALIZADO

14. NUEVAS OPINIONES Y DESCUBRIMIENTOS RECIENTES

En el núcleo del marco analítico de *El hombre político* hay un enfoque aristotélico, revitalizado en el siglo XVI por Maquiavelo y modificado para el estudio de la sociedad industrial por un análisis marxista apolítico. Con esta afirmación me refiero a que se utilizan algunas suposiciones teóricas y metodológicas marxistas sin aceptar la conclusión de Marx de que el socialismo es un sucesor inevitable y preferible del capitalismo. Como dijo Robert Michels hace sesenta años, cuando su análisis le llevó a creer que los conflictos de clases endémicos al capitalismo no podrían producirse en una sociedad socialista, su metodología «no entraba en conflicto con el contenido esencial del marxismo, considerado como [...] dogma, sino como una filosofía de la historia» [1]. Talcott Parsons, al analizar *El hombre político,* observó que el «punto de partida» del libro era «un marco de referencia marxiano no dogmático», y describió como su tema central «la relación entre la estratificación social y el proceso y la estructura políticos, la asignación de poder y las condiciones de su uso» [2]. En otro artículo, escrito poco después de este análisis, destacó que «es un hecho sorprendente que las orientaciones generales en este campo hayan tenido, en años recientes, la creciente tendencia a polarizarse entre una postura "marxiana" no dogmática y no política y otra postura que, en el sentido más amplio, puede denominarse como una u otra versión de la teoría de acción», siendo esta última su propio enfoque [3].

ANALISIS DE LA ECONOMIA Y DE LAS CLASES

Aristóteles, Maquiavelo y Marx compartían la opinión de que las variaciones en los sistemas políticos y los conflictos internos dentro de ellos han de analizarse en términos de su estructura de clase social. Se diferenciaban en terrenos normativos. Aunque cada uno de los tres teóricos recalcó el valor de la democracia, al vivir bajo condiciones sociales radicalmente distintas tenían un concepto también distinto de una sociedad libre, y cada uno se centraba en diferentes aspectos de la misma. Aristóteles y

---

[1] ROBERT MICHELS, *Political Parties,* Free Press, Nueva York, 1962, p. 354.
[2] TALCOTT PARSONS, «Social Structure and Political Orientation», *World Politics,* 13 (octubre 1960), pp. 113-114.
[3] TALCOTT PARSONS, «The Point of View of the Author», en MAX BLACK (ed.), *The Social Theories of Talcott Parsons,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1961, p. 362.

Maquiavelo se preocuparon más de las formas políticas, mientras que Marx hizo hincapié en el control de las relaciones productivas. Pero sus diferencias no afectan a la validez empírica de las proposiciones que presentaron.

Mediante el análisis de los requisitos sociales de la democracia, en el capítulo 2 se llegó a la conclusión de que las democracias estables tienen más probabilidad de existir en los Estados más desarrollados y más ricos y que la abundancia es una condición para la institucionalización del «toma y daca» de la política democrática. Tal y como se destacó en las citas del comienzo de este libro, Aristóteles afirmaba que el gobierno político mejor dirigido tiene lugar cuando «la clase media es numerosa y los ciudadanos poseen una propiedad moderada y suficiente; puesto que donde algunos poseen mucho, y los demás nada [...] puede surgir una tiranía [...]. Y las democracias son más seguras y más permanentes que las oligarquías, debido a que poseen una clase media que es más numerosa y tiene una mayor participación en el gobierno; ya que cuando no existe una clase media, y los pobres constituyen una mayoría abrumadora, surgen disturbios y el Estado pronto se desmorona».

Aristóteles también destacó que las políticas de las diferentes sociedades varían porque «cada Estado contiene muchos elementos... y dentro de la multitud de ciudadanos tiene que haber algunos ricos y algunos pobres, y algunos en una condición media... Además de las diferencias de riqueza hay también diferencias de rango y de mérito». Y un sistema de gobierno «es una organización de funciones [...] distribuidas [...] según el poder que posean las diferentes clases».

En unos escritos del siglo IV a. de C. afirmaba: «La causa principal y universal del [...] sentimiento revolucionario [... es] el deseo de igualdad, cuando los hombres piensan que son iguales a otros que tienen más que ellos; o de nuevo el deseo de desigualdad y superioridad, cuando, al considerarse superiores, piensan que no poseen más, sino lo mismo o menos que sus inferiores.»

Maquiavelo, al analizar los diferentes tipos de política en los *Discursos*, también señaló «las ventajas del gobierno popular» sobre la autocracia [4]. Al describir las condiciones para la política democrática, hizo hincapié en la estructura de clases: cuanto más igualitaria sea una sociedad, mayores serán las oportunidades de que tenga un gobierno libre. Y concluye: «Que se constituya una república donde exista, o donde se pueda implantar, una notable igualdad; y un régimen del tipo opuesto, por ejemplo un principado, donde exista una notable desigualdad. Si no, lo que se haga carecerá de proporción y tendrá una corta duración» [5].

Karl Marx, hijo de la Ilustración y observador de las consecuencias de las tensiones sociales que acompañaban a la industrialización y al crecimiento en el siglo XIX de una nueva clase, el proletariado, también destacó el efecto de las diferencias en las estructuras de clase en la política. Los cambios de las estructuras tecnológicas producen distribuciones laborales muy variadas, y los ambientes sociales vinculados a las distintas ocupaciones dan como resultado culturas de clase diferentes.

[4] *The Discourses of Niccolo Machiavelli*, trad. W. Stark, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1950, pp. 338-345.
[5] *Ibid.*, p. 337.

El concepto de materialismo histórico de Marx es muy importante para su teoría de los cambios sociales. Supone que las fuerzas económicas y tecnológicas son primarias —la «base»— y que la política y sus valores se derivan funcionalmente de aquélla: la «superestructura». Dado este resultado, él creía que el movimiento socialista y, finalmente, la Revolución Proletaria se desarrollarían con el crecimiento de la industrialización capitalista. La experiencia común de explotación económica llevaría a los trabajadores a la conciencia de clase y a la convicción de que tienen que unirse para combatir al capitalismo. La predicción de que el socialismo era inevitable se basaba en la creencia de que los trabajadores llegarían a ser abrumadora mayoría en la sociedad industrial, que, una vez concienciada, triunfaría necesariamente. Este argumento estaba apoyado por la teoría económica de Marx, que decía que el capitalismo, como sistema económico, se desmoronaría al llevar a la sociedad a niveles de industrialización cada vez más altos.

Siguiendo esta lógica, Marx concluyó que la sociedad más desarrollada ha de tener el conjunto más avanzado de relaciones políticas y de clase. Tal y como decía en *El Capital*, «el país que está más industrialmente desarrollado muestra sólo, al menos desarrollado, la imagen de su propio futuro» [6].

Si consideramos la lógica implícita en un marxismo apolítico y sociológico, de la proposición de que el país más avanzado muestra a los menos desarrollados la imagen de su propio futuro puede deducirse que las relaciones sociales, políticas e ideológicas que han surgido realmente en la sociedad más industrializada mostrarán a los otros países cómo se desarrollarán ellos.

Hacia finales del siglo XIX y principios del XX, esta propuesta postulaba que el socialismo como movimiento, y finalmente como sistema social, emergería con mucha fuerza y triunfaría, quedando en primera posición en el país capitalista más desarrollado, que, desde finales del siglo XIX hasta ahora, son los Estados Unidos.

Por lo tanto, muchos marxistas han considerado reiteradamente a los Estados Unidos de América como el país que mostrará a los demás el camino hacia el socialismo, a pesar de la evidente debilidad de los partidos socialistas en dicho país. Según manifiesta Howard Quint, los marxistas «estimaron que los Estados Unidos eran el país más maduro de todos para el socialismo, no sólo a la luz de la ley marxista del desarrollo económico, sino también por la opinión expresa de Friedrich Engels» [7]. Karl Kautsky, considerado como el principal teórico marxista del Partido Socialdemócrata Alemán, anunció en 1902 que los Estados Unidos de América nos

[6] KARL MARX, *Capital*, vol. I, International Publishers, Nueva York, 1933, pp. 8-9.
[7] HOWARD QUINT, *The Forging of American Socialism: Origins of the Modern Movement*, Bobbs-Merrill, Indianapolis, 1953.

muestran nuestro futuro en la medida en que un país puede revelar esto a otro». Elaboró este punto de vista en 1910, anticipando que allí «se agudizaría la lucha de clases con mayor fuerza» que en cualquier otra parte. El marxista británico H. M. Hyndman observó en 1904 que «así como los Estados Unidos de Norteamérica son hoy en día el país más avanzado, económica y socialmente, serán también el primero en que el socialismo encontrará su expresión abierta y legal» [8]. Werner Sombart recalcó esto en su libro clásico sobre el socialismo norteamericano que escribió en 1906: «El socialismo moderno sigue al capitalismo como una reacción necesaria; el país que tiene un desarrollo capitalista más avanzado, es decir, los Estados Unidos, sería al mismo tiempo el que proporcionaría el tipo clásico de socialismo, y su clase trabajadora apoyaría la ideología más radical del movimiento socialista» [9].

Máximo Gorki, que apoyó a los bolcheviques a partir de 1903, expresó en 1906 su convencimiento de que «el socialismo se llevaría a cabo en los Estados Unidos antes que en cualquier otro país del mundo» [10]. August Bebel, el líder político de los socialdemócratas alemanes, en una entrevista publicada en el periódico socialista norteamericano *Appeal to Reason*, declaró inequívocamente en 1907: «Los norteamericanos seréis los primeros en constituir una república socialista.» Su opinión, en un tiempo en el que su partido era ya un movimiento de masas con muchos miembros electos en el Reichstag y en el que el Partido Socialista Norteamericano había obtenido menos del 2 por ciento de los votos, se basaba en el hecho de que los Estados Unidos estaban «mucho más adelantados que Alemania en el desarrollo industrial». Reiteró su opinión en una segunda entrevista en 1912, cuando la discrepancia entre las fuerzas de los dos movimientos era aún mayor, diciendo que los Estados Unidos de América serían «la primera nación que se erigiese en una Comunidad de Naciones Cooperativista» [11]. El socialista francés Paul Lefargue, yerno de Marx, le citó en las solapas de su libro sobre Norteamérica, afirmando que «el país más avanzado industrialmente muestra a los que le siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro».

Los marxistas norteamericanos, aunque quizá más conscientes de los problemas a los que se enfrentaba su movimiento que sus camaradas europeos, reconocieron también que las suposiciones del materialismo histórico requerían que los Estados Unidos estuvieran a la cabeza. Así pues, en el Congreso de la Internacional Socialista de Amsterdam, en 1904, al que asistieron representantes de partidos europeos mucho más fuertes, el líder del Partido Socialista del Trabajo, Daniel De Leon, considerado por Lenin como el teórico creativo marxista norteamericano, comentó que

[8] R. L. MOORE, *European Socialists and the American Promised Land*, Oxford University Press, Nueva York, 1970, pp. 58, 77, 102.

[9] WERNER SOMBART, *Why is There No Socialism in the United States?*, International Arts and Sciences Press, White Plains, N.Y., 1976, p. 15.

[10] JANE ELIZABETH GOOD, «Strangers in a Strange Land: Five Russian Radicals Visit the United States, 1890-1908», tesis doctoral, Departamento de Historia, Universidad Americana, 1979, p. 231.

[11] MOORE, *European Socialist*, pp. 78-79.

«tomando sólo en cuenta algunos principios cardinales, no cabe escapar a la conclusión de que Norteamérica es el teatro donde la hoz del socialismo cortará primero la cresta del capitalismo» [12]. Poco después, De Leon proclamó en la convención de los Trabajadores Industriales del Mundo: «Si mi lectura de la historia es correcta, se cumplirá la profecía de Marx y los Estados Unidos de América anunciarán el ocaso del capitalismo en el mundo entero» [13].

El deseo de ver confirmadas sus previsiones teóricas indujo a los marxistas a sacar conclusiones entusiastas, pero inevitablemente exageradas, según las cuales los trabajadores norteamericanos despertarían finalmente y se produciría un movimiento socialista de masas. Sin embargo, estas esperanzas se diluyeron. Max Beer, cuya actuación durante cincuenta años en el socialismo internacional incluía la participación en los partidos austriaco, alemán y británico, describía la ansiedad y la turbación provocados por la debilidad del socialismo en Norteamérica antes de la Primera Guerra Mundial. «La actitud del Partido Americano del Trabajo parecía destacarse como una contradicción viva de la teoría marxista de que la concentración de la producción capitalista, y la concomitante proletarización de las masas, estaban necesariamente abocadas a producir luchas de clases y la formación de un movimiento del trabajo independiente con objetivos y fines socialistas... ¿Falló la generalización, o existían fuerzas en acción que lo neutralizaron?» [14].

El problema, resumido por Beer, está todavía presente, aunque, desde 1917 y la Revolución Rusa, se ha discutido muy poco sobre las implicaciones para la teoría marxista de la debilidad del socialismo en los Estados Unidos. En efecto, los marxistas de última hora decidieron simplemente ignorar las claras implicaciones del materialismo histórico. Una excepción fue Leon Trotski, quien, en un ensayo sobre el marxismo escrito para lectores norteamericanos en 1939, abordó explícitamente este tema. Citó la afirmación de Marx de que el país más desarrollado «sólo muestra a los menos desarrollados la imagen de su propio futuro», y luego escribió: «Bajo ninguna circunstancia se puede interpretar literalmente este pensamiento.» Como hemos visto, los marxistas lo interpretaron literalmente antes de 1917 [15].

Desde una perspectiva marxista apolítica, la política norteamericana, lejos de ser retrógrada y de estar atrasada con respecto a la política en Europa, debe ser considerada realmente como muy avanzada. Otros países deberían empezar a parecerse a los Estados Unidos al convertirse en industrializados y opulentos, en vez de que Norteamérica adopte las formas de los menos industrializados y los más pobres.

[12] DANIEL DE LEON, *Flaslights of the Amsterdam Congress*, New York Labor News Co., Nueva York, 1904, p. 133.

[13] JAMES D. YOUNG, «Daniel De Leon and Anglo-American Socialism», *Labor History*, 17 (verano de 1976), p. 344.

[14] MAX BEER, *Fifty Years of International Socialism*, Allen & Unwin, Londres, 1935, pp. 109-110.

[15] LEON TROTSKI, *The Living Thoughts of Karl Marx*, Longmans Green, Nueva York, 1939, pp. 38-39.

No es éste el lugar adecuado para analizar por qué no hay socialismo en Estados Unidos, ya que este tema lo he tratado en otra parte [16]. No obstante, merece la pena observar que la evidencia y los argumentos presentados por un gran número de estudiosos sugerían que la política de la clase socialista, tal como se desarrolló en Europa, no fue tanto una consecuencia de las relaciones sociales *capitalistas* como de la sociedad preindustrial y feudal, la cual estructuró explícitamente las relaciones según clases sociales fijas, casi hereditarias. Por esto, la naciente clase obrera reaccionó hacia el mundo político de tal forma. Walter Dean Burnham ha descrito acertadamente esta tesis general: «Ni feudalismo ni socialismo. Con estas cuatro palabras se pueden resumir las realidades básicas socio-culturales que subyacen en la política electoral norteamericana de la era industrial» [17].

Las graves tensiones sociales causadas por la temprana y rápida industrialización en las sociedades, que instaló las clases, trajeron consigo la acción política de la clase trabajadora. Según han comentado Lenin, Kautsky y otros, muchos de los partidos de la clase trabajadora nacieron en la lucha por la democracia; factor ausente en el caso norteamericano, en el que los trabajadores se beneficiaron del «don gratuito del voto» [18].

A medida que las naciones industriales prosperaban económicamente, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, las rígidas normas de conducta de las clases sociales preindustriales se desmoronaron en la mayor parte de Europa. Esta expansión no sólo debilitó la correlación entre la posición social y la lealtad al partido; también ocasionó una reducción de las tensiones políticas, según se demostró por la desaparición o por disminución de la fuerza, o de los compromisos ideológicos, de los movimientos políticos extremistas (ver pp. 408-409). Los de la derecha casi han desaparecido, mientras que los de la izquierda, especialmente los comunistas, o bien son menos susceptibles de ser identificados con ideologías doctrinarias, como es el caso del Partido Comunista Italiano, o se han estancado.

La democracia política, tal y como se identifica y se analiza en este libro, se ha vuelto más penetrante en la época de la posguerra. Con la creciente industrialización y opulencia, no sólo vemos regímenes democráticos estables en las naciones fascistas de antes de la guerra, sino que las dictaduras del sur de Europa —Grecia, España y Portugal— se han convertido ahora en democracias electorales.

Estas evoluciones están en armonía con los análisis de Aristóteles, Maquiavelo y del Marx apolítico. Como la estructura de clase de las sociedades occidentales ha cambiado para producir una clase media más numerosa y una clase trabajadora más opulenta y fuerte, las condiciones descritas aquí como tendentes a la política democrática, las relacionadas con el desarrollo económico, han tenido su efecto previsto.

[16] SEYMOUR MARTIN LIPSET, «Radicalism in North America: A Comparative View of the Party System in Canada and the United States», *Transactions of the Royal Society of Canada*, series 4,14 (1976), pp. 19-55; LIPSET, «Why No Socialism in the United States», en SWERYN BIALER y SOPHIA SLUZAR (eds.), *Sources of Contemporary Radicalism*, Westview Press, Boulder, Col., 1977, pp. 31-149, 343-363; LIPSET, *Why No Socialism in the United States*, Transaction Books, New Brunswick, N. J. (en prensa).

[17] WALTER DEAN BURNHAM, «The United States: The Politics of Heterogeneity», en RICHARD ROSE (ed.), *Electoral Behavior*, Free Press, Nueva York, 1974, p. 718.

[18] V. I. LENIN, *On Britain*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, s. f., p. 51; JOHN R. COMMONS, «American Labour History. Introduction», en JOHN R. COMMONS *et al.*, *History of Labour in the United States*, vol. 1, Macmillan, Nueva York, 1926, p. 5; SELIG PERLMAN, *A Theory of the Labor Movement*, Macmillan, Nueva York, 1928, pp. 167-168; MOORE, *European Socialist*, p. 110; LIPSET, «Why No Socialism?», pp. 58-59.

Herbert Marcuse, marxista germano-americano, hizo hincapié hacia la mitad de la década de 1960 en que los antecedentes históricos indicaban que la opulencia capitalista había eliminado la más mínima posibilidad de protesta radical de la clase trabajadora. Comentó que «en el mundo capitalista existen aún las clases básicas [capitalistas y trabajadores...]; también un gran interés en la conservación y mejora del *statu quo* industrial que una a los primitivos antagonistas de las zonas más adelantadas de la sociedad contemporánea» [19].

Los marxistas Lucien Goldman y Henri Lefebvre criticaron a Marcuse, alegando que esta interpretación no era «correcta, mientras se aplique a los países europeos; pero [...] es posible que su análisis pueda muy bien ser cierto en los Estados Unidos». Marcuse replicó con la clásica postura histórica materialista, de que «como los Estados Unidos están económicamente más adelantados que los países europeos, no puede pasar mucho tiempo antes de que estos fenómenos [...] se difundan a la Europa occidental» [20].

Las revoluciones comunistas han triunfado, invariablemente, en las sociedades preindustriales agrarias: en la Rusia zarista, en China, en Vietnam. Los grandes partidos comunistas de Europa echaron raíces, por lo general, en las naciones entonces más atrasadas económicamente del sur de Europa, especialmente Francia e Italia. El marxismo fracasó en toda regla o decayó mucho en las naciones más industrializadas del norte de Europa.

No ha existido broma más cruel en la historia y ninguna teoría ha sido mayor objeto de confusión que la del marxismo, que se convirtió en bandera de los movimientos de sociedades predominantemente rurales. Como puntualizó Marcuse en 1969, «la revolución no está en la agenda» de los Estados industriales occidentales adelantados, mientras que la combinación del necesario «factor subjetivo» (conciencia política) y del «factor objetivo» («el apoyo y participación de la clase que está en la base de la producción») sólo «coincide en amplias zonas del Tercer Mundo» [21]. La suposición más fundamental de Marx ha sido totalmente refutada por la historia. Los regímenes identificados como socialistas o comunistas han llegado al poder a expensas de los campesinos de las economías subdesarrolladas pobres. Se han producido revoluciones socialistas, pero no han sido revoluciones de Marx.

Desde luego, hay que observar que Aristóteles y Marx (y muchos otros) tenían razón al suponer que la *posición laboral* sería un poderoso factor determinante en la orientación política y el conflicto de clases. En todas las naciones democráticas, incluyendo a los Estados Unidos, según se indica en los capítulos 8 al 10, existe correlación entre el *status* socioeconómico y las creencias políticas y el voto. Los menos privilegiados han apoyado a partidos que se han caracterizado por su defensa de una mayor

[19] HERBERT MARCUSE, *One-Dimensional Man*, Beacon Press, Boston, 1964, pp. XII-XIII.

[20] SERGE MALLET, *Essays on the New Working Class*, Telos Press, San Luis, 1975, p. 48.

[21] HERBERT MARCUSE, *An Essay on Liberation*, Beacon Press, Boston, 1969, p. 56.

igualdad y protección frente a las tensiones de la economía de libre empresa a través de la intervención gubernamental. Los sindicatos han obtenido mayor fuerza en todas las naciones industrializadas. El Estado ha conseguido mayor fuerza y la ha utilizado para redistribuir la riqueza y las rentas. Pero esta política no es la política marxista. La presencia de partidos y sindicatos que representan a los menos privilegiados en la política democrática ha servido para estabilizar estas sociedades; en realidad, ha contribuido a obtener la fidelidad del proletariado a sus sistemas nacionales. Parafraseando a Disraeli, los trabajadores han sido «ángeles de mármol», posibles partidarios más que «sepultureros del capitalismo».

LOS REQUISITOS SOCIALES PARA LA DEMOCRACIA

En el capítulo 2 se trazaba la relación entre la democracia y el desarrollo económico. En él se contenía esta tesis explícita:

> Cuanto más próspera sea una nación, tanto mayores son las posibilidades de que mantendrá una democracia. Desde Aristóteles hasta el presente los hombres argumentaban que sólo en una sociedad opulenta, en la cual relativamente pocos ciudadanos vivieran en un nivel de real pobreza, podría hallarse una situación en la que la masa de la población participase inteligentemente en la política y desarrollase la autocontinencia necesaria para evitar sucumbir a la llamada de demagogos irresponsables. Una sociedad dividida en una gran masa empobrecida y una pequeña élite favorecida da lugar, ya sea a una oligarquía (gobierno dictatorial del pequeño estrato superior), o a una tiranía (dictadura de base popular). Para dotar a estas dos formas políticas de denominaciones modernas, la faz de la tiranía en la actualidad es el comunismo o el peronismo, mientras que la oligarquía aparece en las dictaduras tradicionales que se encuentran en algunas partes de América Latina, Tailandia, España o Portugal.

Según evidencias recogidas a finales de la década de los 50, expuestas anteriormente en este libro (pp. 48 a 58), se observa una relación entre la estabilidad democrática y los indicadores de riqueza nacional, comunicaciones, industrialización, educación y urbanización. Más recientemente, Robert Dahl confirmó que existían relaciones similares en más de cien países. Dividiendo a las naciones en cinco categorías según su riqueza *per capita,* descubrió que la proporción clasificada como democrática iba aumentando desde el cero por ciento en el quintil más pobre, hasta el 7 por ciento en el segundo quintil más pobre, hasta el 36 por ciento en el segundo quintil más rico, y hasta el 100 por ciento en el quintil más rico. Sólo dos de los veintinueve países democráticos no estaban en los dos quintiles superiores. Al igual que en mi análisis anterior, los países democráticos se distinguían de los no democráticos por razón de sus niveles medios de alfabetización, educación e industrialización [22].

[22] ROBERT DAHL, *Polyarchy: Participation and Opposition,* Yale University Press, New Haven, 1971, cap. 5. Además he trabajado en las condiciones para la democracia en S. M. LIPSET, *The First New Nation: The United States in Historical and Comparative Perspective,* W. W. Norton, Nueva York, 1979, extendido en edición de bolsillo, esp. parte 3, «Democracy in Comparative Perspective», pp. 205-348.

Unos cuantos científicos sociales, entre los que se incluyen Phillips Cutright, Marvin Olsen, Donald McCrone, Charles Cnudde, Gilbert Winham y Larry Diamond, han continuado trabajando en este campo utilizando métodos estadísticos más sofisticados y han encontrado también correlaciones positivas entre desarrollo económico y democracia, aunque hay que tener en cuenta que sus indicadores y definiciones de la democracia han variado [23]. Cutright y Olsen encontraron una correlación general múltiple entre varios indicadores de desarrollo y la democracia de 0,84 y 0,82, respectivamente [24].

CUADRO I

RELACION ENTRE LA DEMOCRACIA Y EL PRODUCTO NACIONAL BRUTO *PER CAPITA* *

Categoría de riqueza	*Número de países*	*Gama del PNB per capita (en dólares de EE. UU.)*	*Número de democracias*	*Total (%)*
Los más ricos	25	7.870-2.380	19	76
Segundos más ricos	25	2.320- 740	8	32
Terceros más ricos	24	730- 410	2	8
Segundos más pobres	25	390- 160	0	0
Los más pobres	24	150- 70	2	8
	123		31	100

Porcentaje total de democracias: 25

* Las cifras del PNB *per capita* están extraídas del *World Bank Atlas* de 1976 y son para 1974. Las naciones democráticas son aquellas clasificadas como libres por el criterio de RAYMOND GASTIL, «The Comparative Survey of Freedom VIII», *Freedom at Issue,* n.° 44 (enero-febrero 1978), pp. 3-19.

Fuente: LARRY J. DIAMOND, «The Social Foundations of Democracy: The Case of Nigeria», tesis de doctorado, Departamento de Sociología, Stanford University, 1980, p. 91.

McCrone y Cnudde y Winham trataron de incorporar estas variables a los modelos causales y concluyeron que el desarrollo de las comunicaciones, estimulado por el aumento de la escolarización, es el factor con mayor impacto sobre la democratización.

[23] PHILLIPS CUTRIGHT, «National Political Development: Measure and Analysis», *American Sociological Review,* 28 (abril 1963), pp. 253-264; MARVIN E. OLSEN, «Multivariate Analysis of National Political Development», *American Sociological Review,* 33 (octubre 1968), pp. 699-712; DONALD J. MCCRONE y CHARLES F. CNUDDE, «Toward a Communications Theory of Democratic Political Development: A Causal Model», *American Political Science Review,* 61 (marzo 1967), pp. 72-79; GILBERT R. WINHAM, «Political Development: A Causal Model», *American Political Science Review,* 64 (septiembre 1970), pp. 810-818; LARRY J. DIAMOND, «The Social Foundations of Democracy: The Case of Nigeria», tesis doctoral, Departamento de Sociología, Universidad de Stanford, 1980.

[24] CUTRIGHT, «National Political Development», p. 260; OLSEN, «Multivariate Analysis», p. 706.

El estudio más reciente, efectuado por Diamond, sigue la metodología de Dahl, que clasifica a las naciones en quintiles, según su riqueza *per capita*, utilizando datos actuales. Sus resultados (ver cuadro I) apoyan los hallazgos de los trabajos anteriores. «Las tres cuartas partes de las 25 naciones más ricas son democráticas. El resto son Estados productores de petróleo o dictaduras comunistas. Un tercio de los países de la segunda categoría son democráticos; la mayoría de los grupos de esta categoría son regímenes autoritarios latinoamericanos. Aparte de las cincuenta naciones más ricas, sólo existen cuatro democracias entre las 73 naciones restantes (aproximadamente un 5 por ciento)»[25].

Las correlaciones incluyen, evidentemente, discrepancias: algunos Estados democráticos pobres y otros autocráticos ricos. Pero, según ha observado Diamond, algunas de estas anomalías han desaparecido en los últimos años.

> Después de quince años con un crecimiento anual medio de la riqueza *per capita* del 7,5 por ciento, la dictadura se derrumbó en Portugal en 1974, y ahora es una democracia, aunque todavía vacilante. En Filipinas, que Dahl pudo clasificar como una democracia en 1969, el sistema político ha degenerado desde entonces, reflejando la pobreza relativa de la nación. Las discrepancias que Dahl observó en América Latina han desaparecido casi: desde 1969, Chile y Uruguay se han incorporado, junto con Argentina y Cuba, a la lista de países no democráticos (en realidad, Argentina ha dado un giro, alejándose y regresando al grupo no democrático en el transcurso de muy pocos años)[26].

En un informe titulado «Transición hacia la democracia en España», Rafael López-Pintor atribuye el mayor potencial para la institucionalización y aceptación de la democracia por la mayor parte de los estratos sociales al considerable aumento de la riqueza, industrialización y urbanización. La renta *per capita* «aumentó desde 500 dólares aproximadamente a principios de la década de 1960 hasta más de 3.000 dólares a últimos de la década de 1970». El empleo agrícola disminuyó desde casi un 50 por ciento en 1950 hasta menos del 20 por ciento a finales de los años setenta[27].

Como resultado de «la expansión de los sectores industrial y de servicios de la economía, los estratos medios de la sociedad llegaron a ser mayoritarios» y en España «hubo menos desigualdad que nunca en la historia contemporánea». Y López-Pintor manifiesta, de acuerdo con las conclusiones de Aristóteles y Maquiavelo, que «la democracia tiene más posibilidades de éxito [...] en tales condiciones»[28].

Existen aún, por supuesto, algunas excepciones. La mayor parte de ellas, según se ha indicado ya, son los Estados de Oriente Medio, productores de petróleo, por lo demás subdesarrollados y con notables desigualdades, o los países con regímenes comunistas más industrializados. Asimismo hay que señalar que en América Latina «nos encontramos con que Venezuela es democrática, mientras que Argentina, con un desarrollo similar, no lo es; Colombia es democrática, pero en Paraguay y Ecuador, que son igualmente pobres, hay dictadura»[29].

---

[25] DIAMOND, «Social Foundations», pp. 90-91.
[26] *Ibid.*, p. 90.
[27] RAFAEL LÓPEZ-PINTOR, «Transation toward Democracy in Spain: Opinion, Mood, and Elite Behavior», Colección *Working Papers*, n.º 80 (1980), The Wilson Center, Washington D.C., pp. 5-6. Hay una versión castellana en R. LÓPEZ-PINTOR, «La opinión pública española del franquismo a la democracia, CIS, Madrid, 1982, cap. II.
[28] LÓPEZ-PINTOR, «Transition toward Democracy», p. 5.

Alex Inkeles y David Smith han profundizado en el análisis de la relación entre modernización y política. En un estudio sobre actitudes y personalidad de seis naciones, encontraron un conjunto de atributos de personalidad relacionados con el aumento de la educación, la experiencia laboral en las fábricas y la exposición a los medios de comunicación de masas[30]. Estas cualidades parecen también estar funcionalmente relacionadas con los requisitos de los sistemas democráticos.

Más recientemente, analizando los resultados de gran número de estudios de actitudes y valores a nivel nacional, Inkeles y Diamond presentan una gran cantidad de argumentos en apoyo de la hipótesis de que el nivel de desarrollo económico de un país afecta independientemente a las orientaciones que conducen a la democratización de sus ciudadanos. En ese análisis, dicen que existe una estrecha relación entre el Producto Nacional Bruto *per capita* de las naciones y características tales como la satisfacción personal, la eficacia personal, el antiautoritarismo y la confianza. Las correlaciones medias (dentro de cada grupo socioeconómico) entre el Producto Nacional Bruto *per capita* y estos rasgos son: 0,76 para el antiautoritarismo, 0,85 para la confianza, 0,55 para la eficacia y 0,60 para la satisfacción[31]. Así, ellos manifiestan: «Sobre una amplia gama de estudios, con diversas muestras y todo tipo de combinaciones del conjunto de los países representados, existe una clara y marcada tendencia según la cual el autoritarismo y sus manifestaciones inherentes tienen una relación inversa al nivel de desarrollo nacional»[32].

> El nivel de desarrollo nacional ejerce una gran influencia independiente en la formación de actitudes y valores de sus ciudadanos, y este efecto es generalmente compatible en todos los niveles de las jerarquías nacionales socioeconómicas estándar, como las que están basadas en la educación o en la ocupación.
>
> La dirección del efecto es generalmente lo que muchos observadores considerarían como «positiva». Vivir en un país que está más desarrollado parece realzar el «ego»: proporciona a los individuos un mayor sentido de la valía personal, satisfacción y competencia, aparte de lo que pudiera pronosticarse conociendo solamente su educación y ocupación. Además, cuanto más adelantado está el país económicamente, mayor número de individuos también iguales en su posición parecen adquirir cualidades que contribuyen a una política estable y a una conducta económica efectiva, porque tales individuos son más confiados y tolerantes con los demás y, no obstante, se encuentran más seguros de sus propias facultades[33].

---

[29] DIAMOND, «Social Foundations», p. 90.
[30] ALEX INKELES y DAVID SMITH, *Becoming Modern: Individual Change in Six Developing Countries*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1984.
[31] ALEX INKELES y LARRY J. DIAMOND, «Personal Development and National Development: A Cross-National Perspective», en ALEXANDER SZALAI y FRANK M. ANDREWS (eds.), *The Quality of Life: Comparative Studies*, Sage Publications, Londres, 1980, pp. 73-109.
[32] INKELES y DIAMOND, «Personal Development», p. 83.
[33] *Ibid.*, pp. 103-104.

En una reciente ampliación de mi análisis del capítulo 3 sobre la contribución de la legitimidad y eficacia en el mantenimiento de sistemas políticos, Diamond ha puntualizado lo siguiente:

> Además de la relación evidentemente estrecha entre los valores democráticos y la riqueza nacional, existe una creciente e ineludible vinculación en la era moderna entre el desarrollo socioeconómico y la creencia en la legitimidad y eficacia de un régimen. Con cada década, los efectos demostrativos internacionales de las naciones más ricas son más apremiantes y penetrantes, y se produce una mayor escalada de las expectativas populares con respecto a la eficacia gubernamental. Sólo las naciones más autárquicas podrían construir, aunque fuera en principio, una democracia sobre unos cimientos de pobreza persistente, y, en un mundo que rápidamente se encoge, tales naciones están a punto de desaparecer. Es, pues, difícil imaginar la supervivencia de cualquier democracia en el mundo actual sin que exista como mínimo algún progreso visible hacia la modernización [34].

La tesis de que el desarrollo económico es crucial para la democracia ha sido rebatida por Dankwart Rustow, quien se basa en la evidencia histórica de que han existido democracias en países con niveles de desarrollo económico relativamente bajos, como por ejemplo los Estados Unidos en 1820, Francia en 1870 y Suecia en 1890 [35]. Estas y otras democracias precoces tuvieron, sin embargo, la ventaja histórica de haber formado sus instituciones políticas antes del desarrollo de un sistema mundial de comunicaciones, a consecuencia de lo cual podría parecer que otros países eran mucho más ricos que ellos, y antes de la aparición de movimientos populares de masas que exigían mayor igualdad en la distribución de mercancías a escala mundial. Una condición para una forma de gobierno estable es un nivel de expectativas populares adecuado al propio nivel económico de la sociedad, modelo que caracterizó a estas democracias precoces. Sin embargo, los países menos desarrollados obtienen actualmente sus niveles de expectativas de las naciones más desarrolladas y dependen culturalmente de ellas [36]. Los gobiernos democráticos del siglo XIX no hicieron frente a las crisis de los gobiernos contemporáneos menos desarrollados, que necesitan conseguir legitimidad «en el contexto de exigencias simultáneas de las masas en cuanto a participación y distribución que ha conducido al colapso de las instituciones representativas en las naciones en desarrollo. Una tras otra, y a la creciente convicción entre sus élites políticas de que el poder existente en el sistema debe estar muy concentrado si se trata de resolver las múltiples crisis a las que se enfrenta. Las naciones en desarrollo, después de la Segunda Guerra Mundial, están, pues, en desventaja, porque se les ha negado el lujo de los despliegues lentos, deliberados y secuenciales de estas crisis que experimentaron muchos países europeos» [37].

[34] DIAMOND, «Social Foundations», p. 106.

[35] DANKWART RUSTOW, «Transitions to Democracy», *Comparative Politics*, 2 (abril 1970), p. 352.

[36] SAMUEL P. HUNTINGTON, *Political Order in Changing Societies;* Yale University Press, New Haven, 1968, p. 46.

[37] DIAMOND, «Social Foundations», p. 122. Se basa en el trabajo de Joseph LaPalombara y Myron Weiner, «The Origin and Development of Political Parties», en JOSEPH LAPALOMBARA y MYRON WEINER, (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1966, pp. 14-18. Véase además HUNTINGTON, *Political Order*, p. 46.

AUTORITARISMO DE LA CLASE TRABAJADORA

El tratamiento de los factores que afectan al autoritarismo de la clase trabajadora, presentado en el capítulo 4, ha ocasionado controversias e investigaciones considerables, tendentes a verificar la validez de la tesis básica. Cierto número de estudiosos han hecho hincapié en las inclinaciones autoritarias de la ofensiva de la clase trabajadora a su creencia en el papel o potencial progresista del proletariado industrial.

Algo de la crítica se debe, en parte, al hincapié que di al tema al etiquetar el fenómeno «clase trabajadora». De hecho, lo que se afirma en el capítulo 4 es que una variedad de condiciones sociales negativas y punitivas relacionadas con el *status* socioeconómico o la posición de la clase inferior tiene el efecto de reducir el potencial de los que están sometidos a esto a la hora de formar un punto de vista cosmopolita complejo de la sociedad y de la política. Según se indica en las páginas 94 y 98, «los bajos niveles de educación, de participación en organizaciones políticas o voluntarias de cualquier tipo, la escasez de lectura, los trabajos aislados, la inseguridad económica y el régimen familiar autoritario» son algunos de los factores más importantes que contribuyen a una predisposición autoritaria. La educación, en particular, es la única variable más estrechamente relacionada con tales actitudes y con el fanatismo racial y religioso.

En la tesis original hice también constar que «un segundo y no menos importante factor que predispone a las clases bajas al autoritarismo es la relativa falta de seguridad económica y psicológica» (p. 98). Cité la conclusión de Genevieve Knupfer de que «la desventaja económica constituye una desventaja psicológica: los hábitos de sumisión, un acceso restringido a las fuentes de información, falta de facilidad de palabra» (p. 96). Como recalqué:

> La aceptación de las normas de la democracia exige un alto nivel de refinamiento y de seguridad del yo. Cuanto menos educado y estable sea un individuo, tanto más posible es que favorezca un punto de vista simplista de la política, que no llegue a comprender el concepto en que se apoya la tolerancia para con aquellos con quienes no está de acuerdo, y que halle dificultad en comprender o tolerar una imagen gradual del cambio político [...].
>
> En resumen, es posible que el individuo de la clase baja haya estado expuesto al castigo, a la falta de amor y a una atmósfera general de tensión y agresión desde su primera infancia; estas varias experiencias tienden a producir hostilidades arraigadas profundamente, expresadas por el prejuicio étnico, el autoritarismo político y una religión exótica del más allá.
>
> Todas estas características producen una tendencia a ver la política y las relaciones personales en términos de blanco y negro, con un deseo de acción inmediata, una impaciencia en la conversación y la discusión, una carencia de interés por las organizaciones que posean una perspectiva a largo plazo y una disposición a seguir a los líderes que ofrezcan una interpretación demoniaca de las fuerzas del mal (tanto las religiosas como las políticas) que conspiran contra él.

Los marxistas, en particular, han hecho objeciones a estas conclusiones, pero en su mayoría han hecho caso omiso de la observación de que «Lenin vio el carácter de las clases bajas y las tareas de los que las guiaban, más o menos, en estos términos. Fijó como principal tarea de los partidos comunistas el liderazgo de las grandes masas, que están adormecidas, que son prácticas, obstinadas, inertes e inactivas. Estas masas, dijo Lenin, deben estar agrupadas para la «batalla final y decisiva» (término con reminiscencias del Armagedon) por el partido que por sí solo puede presentar una perspectiva firme y unificada del mundo, y un programa inmediato para el cambio social» (pp. 104-105).

Aunque el análisis del capítulo 4 alude a una variedad de contextos históricos, religiosos y organizativos, la mayor parte de la literatura de investigación referente al mismo trata sobre datos referentes a la opinión pública. Una parte de este último trabajo es contradictoria, pero una consecuente y continuada investigación de la literatura ha documentado las relaciones entre los bajos niveles de educación y los prejuicios raciales y religiosos, la oposición a la igualdad de derechos para las mujeres, y el apoyo a grupos religiosos fundamentalistas [38]. H. J. Eysenck, en su análisis sobre los datos obtenidos en un estudio efectuado a escala nacional en Gran Bretaña por la British Broadcasting Corporation, observó que la gente perteneciente a la clase trabajadora era más «nacionalista [...], incluso más xenófoba, antisemita, racial [...], estrechamente moralista en asuntos sexuales» que las personas de clase media [39]. Las encuestas nacionales entre la población adulta de Gran Bretaña, Alemania Occidental, Austria, Finlandia, los Países Bajos, Suiza, Italia y los Estados Unidos indican una constante relación entre el nivel educativo y la oposición a «una ley que prohíbe todas las manifestaciones públicas de protesta». En cada país, los menos educados son más propensos a favorecer estas leyes que los que poseen un nivel de educación más alto [40].

En el plano psicológico, Leonard Pearlin y Melvin Kohn manifiestan que «tanto en Italia como en los Estados Unidos los padres de clase media prestan una gran atención al autogobierno de los niños, y los padres de clase trabajadora a la conformidad de los niños con las prescripciones

[38] MILDRED SCHWARTZ, *Trends in White Attitudes toward Negroes*, National Opinion Research Center, Chicago, 1967; ANGUS CAMPBELL, *White Attitudes toward Black People*, Institute for Social Research, Ann Arbor, 1971; JAMES M. JONES, *Prejudice and Racism*, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1972; THOMAS PETTIGREW, *Racial Discrimination in the United States*, Harper & Row, Nueva York, 1975; HAROLD E. QUINLEY y CHARLES Y. GLOCK, *Anti-Semitism in America*, Free Press, Nueva York, 1979; NANCY HENLEY y FRED PINCUS, «Interrelationship of Sexist, Racist, and Anti-Homosexual Attitudes», *Psychological Reports*, 42 (1978), pp. 83-90; JOHN HARDING, HAROLD PROSHANSKY, BERNARD KUTNER e ISODOR CHEIN, «Prejudice and Ethnic Relations», en GARDNER LINDZEY y ELLIOT ARONSON (eds.), *The Handbook of Social Psychology*, vol. 5, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1969, pp. 27-29.

[39] H. J. EYSENCK, «Social Attitudes and Social Class», *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 10 (septiembre 1971), p. 205.

[40] EDWARD N. MULLER, PERTTI PERSONEN y THOMAS O. JUKAM, «Support for Freedom of Assembly in Western Democracies», *European Journal of Political Research*, 8 (septiembre 1980), pp. 265-288.

externas» [41]. Kohn y Carmi Schooler, en un estudio efectuado sobre los norteamericanos, han averiguado que «cuanto más alta es su clase, más se valora el autogobierno, y que cuanto menor es su clase social, más se valora la conformidad [...]; el autogobierno es un valor importante para hombres de clase alta que se consideran a sí mismos como miembros competentes de una sociedad esencialmente benigna. La conformidad es un valor central para hombres de clase baja que se consideran a sí mismos como miembros menos competentes de una sociedad esencialmente indiferente o amenazadora» [42]. Bruce P. Dohrenwend y Edwin Chin-Shong informa que «los grupos de bajo *status* son menos tolerantes» a las desviaciones de la conducta psicológica que los de alto *status*. Recalcan que «las actitudes de los grupos de bajo *status* hacia lo que ellos mismos definen como desarreglo mental grave están en relación con lo que muchos estudios han mostrado con respecto a sus actitudes hacia los derechos civiles, el inconformismo político, y hacia grupos marginados: intolerancia de conductas, costumbres o aspectos que se aparten de sus normas» [43].

Parte de la literatura crítica a este respecto intenta desafiar la tesis del autoritarismo de la clase trabajadora al demostrar mediante estudios de opinión que la correlación básica con las actitudes autoritarias es la educación más que la clase o la ocupación [44]. Pero, como he observado antes, en mi tratamiento original recalcaba que la educación era la variable más importante que contribuía a las reacciones autoritarias de las personas menos privilegiadas. Más recientemente, Howard Gabennesh ha manifestado: «Quizás el hallazgo más consistente que surge de una generación de investigación sobre el autoritarismo, etnocentrismo y conservadurismo no económico es la asociación negativa entre estos fenómenos y las variables que representan el desarrollo intelectual» [45]. Estas variables, a su vez, tienen relación con el *status* socioeconómico.

Algunas otras críticas contienen más hallazgos de acuerdo con mi análisis que en desacuerdo con el mismo. Así, B. G. Stacey y R. T. Green, en un artículo en el que se detalla un estudio sobre «el conservadurismo de la clase trabajadora», concluyen con un breve comentario de que pro-

[41] LEONARD I. PEARLIN y MELVIN L. KOHN, «Social Class, Occupation, and Parental Values: A Cross-National Study», *American Sociological Review*, 31 (agosto 1966), p. 478.

[42] MELVIN L. KOHN y CARMI SCHOOLER, «Class, Occupation, and Orientation», *American Sociological Review*, 34 (octubre 1969), p. 676.

[43] BRUCE P. DOHRENWEND y EDWIN CHIN-SHONG, «Social Status and Attitude toward Psychological Disorder: The Problem of Tolerance of Deviance», *American Sociological Review*, 32 (abril 1967), p. 433.

[44] LEWIS LIPSITZ, «Working-Class Authoritarianism: A Reevaluation», *American Sociological Review*, 30 (febrero 1965), pp. 103-109; GARY B. RUSH, «Status Consistency and Right-Wing Extremism», *American Sociological Review*, 32 (febrero 1967), pp. 86-92; MAURICE ZEITLIN, «Revolutionary Workers and Individual Liberties», *American Journal of Sociology*, 72 (marzo 1967), pp. 619-632.

[45] HOWARD GABENNESCH, «Authoritarianism as World View», *American Journal of Sociology*, 77 (marzo 1972), p. 857. Para un esfuerzo impresionante por expresar la relación entre la educación y una perspectiva más cosmopolita del autoritarismo, que sugiere una tendencia hacia su materialización entre las menos sofisticadas como el mecanismo que interviene, véanse pp. 857-875.

porcionan «alguna evidencia» que supuestamente contradice mi análisis. No obstante, su hallazgo más importante en un segmento no analizado del estudio es que «el propio interés combinado con cierta firmeza de convicción y dureza» tiene relación (0,31) con los puestos de trabajo más bajos [46].

Otras críticas basadas en la investigación son vulnerables a la acusación de simplificar en exceso el caso. De esta forma Richard Hamilton demuestra que, durante las guerras de Corea y Vietnam, las personas de la clase media estaban más inclinadas a apoyar una política intervencionista que las pertenecientes a la clase trabajadora, resultado que, según sus alegaciones, está en desacuerdo con mis conclusiones [47]. (Incidentalmente, no analicé las variaciones de las clases en las actitudes referentes a la política exterior como ejemplo de autoritarismo de la clase trabajadora.) Pero Martin Patchen se ha opuesto a las conclusiones de Hamilton, afirmando que la oposición de la clase trabajadora a estas guerras no reflejaba sentimientos pacifistas, sino más bien sentimientos conservadores aislacionistas. Las personas de clase baja estaban más inclinadas que las de las clases más privilegiadas a oponerse *tanto* a mejorar las relaciones con los países comunistas como a las guerras de Corea y Vietnam. Patchen sugiere que estas políticas tienen en común un elemento que «incita a las personas de clase baja [...] a no inmiscuirse en los asuntos relacionados con el extranjero. Tal interpretación está de acuerdo con muchos otros detalles que indican que las personas de clase baja se inclinan más en favor de la no injerencia de los Estados Unidos en "embrollos" internacionales» [48].

> [el] deseo de mantener el aislamiento de los grupos marginados está totalmente de acuerdo con el síndrome ideológico que ha sido etiquetado como autoritarismo. Los estudios originales del autoritarismo mostraban que esta ideología [...] estaba muy relacionada y era útil como predictor del etnocentrismo y en realidad es útil para predecir el mismo. Una de las posibles manifestaciones del etnocentrismo es, por supuesto, cualquier intento de mantenerse alejado de todo lo extranjero, o el aislamiento. De acuerdo con esto, diversos estudios han encontrado diversas puntuaciones pára la medida usual del autoritarismo (escala F) que están relacionadas con el aislacionismo [...]. Así pues, si las actitudes típicas acerca de la política exterior por parte de las personas de clase baja eran un reflejo del autoritarismo, no deberíamos sorprendernos al descubrir que éstas (más que las otras) están a favor de una retirada de Corea o del Vietnam [...] así como también de la no injerencia en conflictos mundiales [49].

Una evidencia adicional en la línea de la conclusión de Patchen, de que la oposición de las personas menos educadas y menos privilegiadas

[46] B. G. STACY y R. T. GREEN, «Working-Class Conservatism: A Review and an Empirical Study», *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 10 (febrero 1971), pp. 21, 24.
[47] RICHARD HAMILTON, «A Research Note on the Mass Support for "Tough" Military Initiatives», *American Sociological Review*, 33 (junio 1968), pp. 439-445.
[48] MARTIN PATCHEN, «Social Class and Dimensions of Foreign Policy Attitudes», *Social Science Quarterly*, 51 (diciembre 1970), p. 662.
[49] *Ibid.*, p. 663.

a la guerra del Vietnam no contradice la tesis básica presentada en *El hombre político*, se encuentra en los resultados de tres investigaciones en los Estados Unidos a escala nacional y otras a escala local, así como otra investigación en Suecia sobre las actitudes hacia las manifestaciones militantes de protesta, principalmente de estudiantes, pero en algunos casos también de negros, durante el período de la guerra del Vietnam [50]. Cada uno de estos estudios revelaron que la educación estaba estrechamente relacionada con las actitudes hacia la protesta. Los más educados eran más tolerantes con tales actividades. Y, aunque en la mayoría de los casos la educación era el factor más importante, el bajo *status* socioeconómico y de la renta estaban también relacionados con el antagonismo a acciones de protesta. La ocupación tenía también una importante relación con las actitudes hacia la protesta social en dos ciudades norteamericanas, Indianápolis y Gary, y en Gaule, Suecia [51]. En un estudio de las actividades de una muestra de blancos hacia la protesta de «estudiantes y de negros» en el área metropolitana de Los Angeles, realizado a finales de 1969 y a principios de 1970, H. Edward Ransford informa que «los trabajadores manuales parecen coincidir en un mayor antagonismo hacia las protestas de los estudiantes y los negros sin tener en cuenta su nivel de educación»; las personas empleadas en ocupaciones no manuales «muestran más heterogeneidad de miras según el nivel de educación» [52].

El trabajo publicado más recientemente que evalúa la tesis del autoritarismo de la clase trabajadora, o sea, el estudio de Edward Grabb sobre los datos de la investigación social general efectuada en 1976 por el Centro de Investigación de la Opinión Nacional apoya también la formulación original. Sobre la base de un análisis estadístico que él describe como «el primer intento de examinar la tesis de Lipset con cierto número de sus hipótesis operando simultáneamente en un modelo multivariable», Grabb concluye:

> Hemos encontrado apoyo para ese aspecto del argumento de Lipset que trata de la tolerancia de los grupos marginales. Los obreros se muestran más inclinados que los individuos de la clase media a limitar los derechos de los miembros de los grupos marginales. Por otra parte, según la hipótesis de Lipset, esta diferencia se debe a factores tales como el bajo nivel de educación en la clase trabajadora, el bajo nivel de renta o de seguridad económica, y un mayor sentimiento de desconfianza o cinismo por lo que respecta a la vida

[50] MARVIN OLSEN, «Perceived Legitimacy of Social Protest Actions», *Social Problems*, 15 (invierno 1968), pp. 297-310; JOE SPAETH, «Public Reactions to College Student Protest», *Sociology of Education*, 42 (primavera 1969), pp. 199-206; JOHN ROBINSON, «Public Reaction to Political Protest: Chicago, 1968», *Public Opinion Quarterly*, 34 (primavera 1970), pp. 1-9; WILLIAM GAMSON y JAMES MCEVOY, «Public Violence and its Public Support», en JAMES SHORT y MARVIN WOLFGANG (eds.), *Collective Violence in the United States*, Aldine, Atherton, Chicago, 1972, pp. 329-342; H. EDWARD RANSFORD, «Blue Collar Anger: Reactions to Student and Black Protest», *American Sociological Review*, 37 (junio 1972), pp. 333-346; MARVIN OLSEN y MARY BADEN, «Legitimacy of Social Protest Actions in the United States and Sweden», *Journal of Military and Political Sociology*, 2 (otoño 1974), pp. 173-189, y ROBERT HALL y SAUL ROSENTHAL, «Education and Antagonism to Protest», memoria no publicada, Universidad de Illinois en Chicago Circle, agosto de 1980.
[51] OLSEN y BADEN, «Legitimacy of Social Protest Action», p. 184.
[52] RANSFORD, «Blue Collar Anger», p. 345.

y a las otras personas [...]. La educación es claramente el mejor predictor de la tolerancia, seguido del cinismo y, después, de la renta. Como es de esperar, la educación, la renta y el *status* laboral están estrechamente relacionados, incluso teniendo en cuenta otros factores. Además, el alto nivel de educación, la renta y el *status* laboral conducen a expresiones relativamente más bajas de cinismo y desconfianza.

Resumiendo, los resultados apoyan cada una de las tres explicaciones presentadas por Lipset a las que nos ha sido posible referirnos. Es decir, el bajo nivel de educación, el bajo nivel de seguridad económica (medido por la renta familiar) y una mayor perspectiva de vida cínica o desconfianza parecen explicar la relación entre pertenencia a la clase trabajadora e intolerancia hacia los grupos marginales [53].

Hay que reconocer que una crítica de mi análisis efectuada por Walter Korpi, basada principalmente en estudios de las actitudes y en los antecedentes de clase de los partidarios del comunismo en los países del norte de Europa, ha proporcionado una útil corrección. Korpi se opone a mi conclusión de que el mayor apoyo recibido de estratos más privilegiados por los pequeños partidos comunistas, en comparación con los grandes, refleja la complejidad de las perspectivas políticas a la hora de respaldar a pequeños movimientos. Afirma que las «diferencias entre países con partidos comunistas pequeños respectivamente, a las que acude Lipset como apoyo a su teoría, son probablemente *falsas* y *reflejan diferencias demográficas*. El motivo de esto es la interrelación entre la dimensión del voto comunista y la proporción de la población en los sectores primarios (agricultura, bosques y pesca), y la tendencia de los grandes partidarios comunistas a reclutar apoyo del sector rural con una mayor profusión que los partidos comunistas pequeños, combinado con la renta generalmente baja de la población rural» [54]

Por otra parte, las referencias de Korpi a unos cuantos estudios que pretenden mostrar que los partidarios del comunismo son menos autoritarios, o que en todo caso no son más autoritarios que los que respaldan otros partidos, no constituyen refutaciones convincentes de una posible conexión entre el autoritarismo y la atracción del comunismo. La ideología comunista en los países occidentales es explícitamente antiautoritaria, y es posible que los partidarios comprometidos respondan a los entrevistadores de acuerdo con la doctrina del partido. Los sondeos de opinión realizados en Suecia y Noruega que indican que los comunistas se han opuesto más que otros a las restricciones sobre los derechos políticos de los comunistas difícilmente sirven para demostrar el compromiso de los comunistas con la libertad [55].

Algunas de las críticas a mi exposición anterior han tratado de refutar las conclusiones de los datos de los estudios de masas afirmando que los líderes de la clase trabajadora, de los sindicatos y de los partidos del tra-

[53] EDWARD G. GRABB, «Working-Class Authoritarianism and Tolerance of Outgroups: A Reassessment», *Public Opinion Quarterly*, 43 (primavera 1979), pp. 45-54.
[54] WALTER KORPI, «Working-Class Communism in Western Europe: Rational or Nonrational», *American Sociological Review*, 36 (diciembre 1971), p. 978.
[55] *Ibid.*, p. 976.

bajo y socialdemócratas han desempeñado en muchos países un papel más importante que los líderes de los grupos de la clase media en la institucionalización de la democracia, en oponerse denodadamente a la represión política, y al apoyar políticas designadas a reivindicar los derechos de grupos minoritarios. Sidney Peck, por ejemplo, cita pruebas de que los líderes de los sindicatos norteamericanos de nivel bajo y los encargados de talleres son partidarios de normas y prácticas democráticas [56]. Pero, como se expuso en el capítulo 4, cuanto más sofisticados son los individuos, como resultado de la educación o de experiencias políticas complejas, menos «autoritarios» deberían ser. Como Robert Putnam ha manifestado, «los miembros de la élite son más sofisticados ideológicamente que los ciudadanos normales, y por lo tanto más propensos a ver la conexión entre un principio ampliamente aceptado, como la "libertad de expresión", y una particular aplicación de ese principio, como "dejar que los comunistas se expresen aquí"» [57]. Por consiguiente, sería de esperar que los líderes de los sindicatos y de los partidos obreros, así como los encargados de talleres, mostraran un nivel de prejuicios mucho más bajo que las masas de trabajadores.

En el capítulo 4 puntualizo que los movimientos socialistas y laborales han sido generalmente *menos propensos* a apoyar la intolerancia étnica o las prácticas políticas antidemocráticas que sus oponentes conservadores. Me opongo al determinismo psicológico y trato de demostrar que un compromiso con un conjunto de valores o con una organización dada puede ocasionar que las personas se comporten en formas que no podrían predecirse a juzgar por las creencias particulares que tengan. Como ejemplo, cito a los católicos australianos, la mayoría de los cuales son miembros de sindicatos y apoyan al Partido Laborista, quienes votaron *en contra* de una propuesta de referéndum para ilegalizar al Partido Comunista, siguiendo el consejo de sus sindicatos y del partido. Sin embargo, cuando se les preguntó si estaban a favor de la ilegalización del Partido Comunista, sin hacer referencia a la postura adoptada por los sindicatos o el partido laborista, la abrumadora mayoría de los católicos eran partidarios de ello. De forma similar, en el sur de los Estados Unidos, según las encuestas, los sectores más fanáticos y autoritarios del país eran los que estaban más en contra del padre Conghlin y de Joseph MacCarthy, una reacción que puede haber reflejado el efecto de la predisposición anticatólica o el posterior compromiso de la región con el Partido Demócrata.

Mi argumento en el capítulo 4 es que los trabajadores apoyan a los sindicatos y a los partidos de izquierda porque tales organizaciones son *transvaluacionales*, favoreciendo a los pobres en detrimento de los ricos, o tienen conciencia de clase, y que, dado un compromiso en el terreno de la clase o de la economía, los trabajadores pueden aceptar la ideología liberal no económica presentada por tales organizaciones en asuntos re-

[56] SIDNEY M. PECK, «Ideology and Political Sociology: The Conservative Bias of Lipset's "Political Man"», *American Catholic Sociological Review*, 23 (verano 1962), pp. 128-155.
[57] ROBERT D. PUTNAM, *The Comparative Study of Elites*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1976, p. 116.

lativos a los derechos democráticos para minorías. Presumiblemente, lo que algunos críticos rechazaban es el argumento de que una organización que es antielitista y autoritaria o con prejuicios posee una ideología que es más congruente con la situación de la clase trabajadora que otra que sea antielitista y se oponga a los prejuicios. Lo que yo afirmo, en efecto, es que la conciencia izquierdista de clase es inherente a la situación de los estratos inferiores, pero que esa tolerancia fluye de las condiciones de los que gozan de mayor seguridad y están mejor educados. Como muchos movimientos izquierdistas han estado muy influidos por intelectuales demócratas, han reflejado los valores de estos líderes en temas no económicos. La razón principal por la que los trabajadores apoyan a los partidos de izquierdas o a los sindicatos es su programa sobre temas económicos, no su postura respecto a la política exterior o a las libertades o derechos civiles.

Otra crítica de la tesis del autoritarismo de la clase trabajadora, la de S. M. Miller y Frank Riessman, reconoce que «los trabajadores poseen cierto número de rasgos que tienen un potencial autoritario». Sin embargo, estos autores se quejan de que no aludo, en el capítulo 4, a varias características importantes de la clase trabajadora, y me critican por un supuesto sesgo en contra de los trabajadores y en favor de las clases medias.

Para resaltar su supuesta discrepancia conmigo, Miller y Riessman escriben en letra cursiva: *«No creemos que ninguna de las clases,* la media o la trabajadora, *sean autoritarias, sino que ambas clases tienen valores que podrían ser desviados en la dirección del autoritarismo bajo ciertas condiciones»* [58]. Ellos manifiestan que algunos rasgos de los trabajadores pueden facilitar el hecho de que se conviertan en «autoritarios y antidemocráticos, pero esto es un potencial más bien que una certeza perpetua». He de recordar que en el capítulo 4 escribo lo siguiente: «Sería un error concluir por los datos aquí presentados que las predisposiciones autoritarias de las clases bajas constituyen necesariamente una amenaza a un sistema social democrático; tampoco deberían sacarse conclusiones similares acerca de los aspectos antidemocráticos del conservadurismo. El que una clase dada apoye o no las restricciones a la libertad depende de una amplia constelación de factores, de los cuales los aquí discutidos constituyen solamente una parte» (p. 111). Y llamo la atención sobre el hecho de que, en varios países, los partidos basados en la clase trabajadora, como los socialistas, y los demócratas en Estados Unidos, «funcionan como mejores defensores y pregoneros de los valores democráticos que los partidos basados en la clase media» (p. 110).

El capítulo titulado «Autoritarismo de la clase obrera» es, después de todo, el único dedicado a este tema en un libro que, en su primera edición, tenía más de 400 páginas. El siguiente capítulo analiza los orígenes del apoyo fascista, y en su primera página (p. 113) se puede encontrar la

[58] S. M. Miller y Frank Riessman, «Working-Class Authoritarianism: A Critique of Lipset», *British Journal of Sociology,* 12 (septiembre 1961), p. 272.

afirmación de que todas las clases, trabajadora, alta y media, tienen expresiones políticas democráticas y extremistas. La mayor parte de este capítulo trata del apoyo de las clases media y alta a los movimientos autoritarios y totalitarios. Sorprendentemente, sin embargo, al tratar de demostrar que la política antidemocrática no está limitada a la clase trabajadora, Miller y Riessman, así como muchos otros críticos, no mencionan esta exposición, que está basada en abundante material de muchos países.

Al intentar comprender las características subyacentes que permiten que algunos miembros de la clase trabajadora apoyen a los movimientos totalitarios, he presentado material obtenido por psicólogos que indican las formas en que ciertos rasgos de la personalidad están en armonía con las formas extremistas de expresión política. No obstante, la mayor parte del libro y una gran extensión del mismo capítulo 4 se hallan dedicadas, como reconocen Miller y Riessman de pasada, a especificar las condiciones sociológicas que están relacionadas con la democracia y con varias alternativas políticas. Como sociólogo, he intentado demostrar que «la propensión específica de ciertos estratos sociales a apoyar a los partidos políticos extremistas o democráticos no puede predecirse a partir de un conocimiento de sus predisposiciones psicológicas o de las actitudes inferidas de los datos de las investigaciones» (p. 187).

La máxima preocupación en el capítulo 4 no es la de especificar o analizar los rasgos del hombre democrático o autoritario en términos de cualquier definición formal o de las deducciones de diversos estudios psicológicos; es más bien el hecho del apoyo desproporcionado de la clase trabajadora al Partido Comunista. Los diversos estudios psicológicos de actitudes, creencias o rasgos no se citan como evidencia principal para el autoritarismo, pero se presentan como datos suplementarios o, más comúnmente, como intentos de explicar las propensiones al autoritarismo. Políticamente, el autoritarismo de la clase trabajadora es el comunismo, y en menor extensión el peronismo, de la misma forma que el autoritarismo de la clase media es el fascismo. El objeto del capítulo es describir aquellos elementos en la situación de la clase trabajadora que le permiten, en ciertas condiciones, encontrar la política del comunismo compatible con sus necesidades sociales y psicológicas. Cuando yo escribí, como indican Miller y Riessman, que los temas de la igualdad económica y del liberalismo político ya no están estrechamente relacionados como lo estaban antes de la Primera Guerra Mundial, me refería básicamente al comunismo. En un sentido más amplio, el capítulo 4 está dedicado a la base social del comunismo, así como el capítulo 5 trata de la base social del fascismo.

EL FASCISMO Y LA REBELION CONTRA LA MODERNIDAD

El objetivo principal del capítulo 5 es especificar las condiciones sociales y económicas especiales bajo las que diferentes clases sociales, particularmente la clase media, se han convertido en el origen de formas de

autoritarismo político etiquetado como fascista [59]. La más clara expresión del extremismo de la clase media en Europa es el fascismo. Los partidos fascistas encontraron un apoyo desproporcionado de segmentos de la clase media desplazada o amenazada por la aparición de la industria centralizada a gran escala y el creciente poder y *status* de la mano de obra organizada. Oprimidos por las evoluciones fundamentales en la moderna sociedad, los pequeños empresarios, los pequeños propietarios de explotaciones agrícolas y otros miembros inseguros de los estratos medios estuvieron especialmente dispuestos a la movilización de los movimientos fascistas enfrentándose a las grandes organizaciones laborales y al gran capital. Esta posición representó, en gran parte, una rebelión contra la modernidad. Como indicaba antes, «la resistencia de las grandes organizaciones y el crecimiento de la autoridad estatal objetan algunas de las características fundamentales de nuestra sociedad actual, ya que una gran industria y un movimiento obrero fuerte y legítimo son necesarios para una estructura social estable y moderna, y las medidas gubernamentales y los impuestos onerosos parecen constituir una consecuencia inevitable». Y el texto prosigue citando la tesis de Talcott Parsons, desarrollada en un artículo sobre el fascismo, de que la «reacción contra la "ideología" de la racionalización de la sociedad constituye por lo menos el principal aspecto [...] de la ideología del fascismo» (p. 117).

Los recientes estudios han demostrado especialmente el papel que desempeñaron los movimientos europeos de derechas, particularmente antes de la Segunda Guerra Mundial, en forma de oposición a los cambios identificados con la Revolución Francesa, el racionalismo, la igualdad y el crecimiento del capitalismo. Estos movimientos añoraban con nostalgia una imagen idealizada de una sociedad preindustrial altamente coherente y estable, caracterizada por una alianza entre el trono y el altar, entre el Estado y la Iglesia, en cuyo *status* fue definida por un complejo de roles en los que el Estado, la Iglesia y la aristocracia desempeñaban los valores de *noblesse oblige* y tenían la responsabilidad del bienestar de la persona media.

En su estudio sobre las raíces culturales del fascismo, Fritz Stern ha afirmado que la rebelión fascista fue promovida por un «ataque ideológico a la modernidad, al complejo de ideas e instituciones que caracterizan nuestra civilización liberal, secular e industrial» [60]. De forma similar, Peter Gay ha descrito el «gran temor» de los intelectuales nacionales de Weimar como «el temor a la modernidad», que sostiene que fue dirigido contra «la máquina deshumanizadora, el materialismo capitalista, el racionalismo ateo, la sociedad sin raíces, los judíos cosmopolitas y ese gran monstruo derovador de todo, la ciudad» [61]. Henry Ashby Turner ha descrito el *ethos* nazi como un «escape del mundo moderno», y George Mosse ha analizado la forma en la que el énfasis alemán sobre el «Volk», la esencia trascendental tradicional de un pueblo, se convirtió en la esencia de una ideología antimodernista [62].

[59] Un análisis conciso de las fuentes de apoyo a los movimientos de extrema derecha en los Estados Unidos puede encontrarse en SEYMOUR MARTIN LIPSET y EARL RAAB, *The Politics of Unreason: Right-Wing Extremism in America, 1970-1977*, University of Chicago Press, Chicago, 1977.

[60] FRITZ STERN, *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1961, pp. xviii-xix.

[61] PETER GAY, *Weimar Culture: The Outsider as Insider*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1968, p. 96.

Gran parte de la investigación empírica que se ha realizado desde que apareció *El hombre político* ha tratado la cuestión sobre si los partidos fascistas europeos, especialmente el Partido Nazi alemán, tuvo un apoyo desproporcionado por parte de los estratos medios. Así, Wolfgang Sauer hace hincapié en que «el fascismo puede definirse como una rebelión de aquellos que perdieron —directa o indirectamente, temporal o permanentemente— debido a la industrialización. El fascismo es una rebelión de los desclasados. Los trabajadores e industriales no encajan en esta definición; esto es de aplicación principalmente a la mayor parte de la clase media baja [...], a los campesinos que se opusieron a los aspectos urbanizadores de la industrialización; a los pequeños hombres de negocios y a los que se dedican a la artesanía y a los oficios tradicionales, que se opusieron a la mecanización o a la concentración; a los trabajadores no manuales (al menos mientras experimentaron la pérdida de independencia económica); a las personas de los niveles bajos de las profesiones, especialmente la docencia, que se opuso a cambiar los valores sociales, etc.» [63].

Juan Linz, en su amplio estudio de los datos existentes sobre el trasfondo social del liderazgo fascista y las bases electorales del apoyo fascista en dieciséis países, proporciona evidencia en apoyo de las conclusiones del capítulo 5. Aunque los empleados no manuales no estaban excesivamente representados en el nivel superior del liderazgo nazi, casi una cuarta parte de los líderes de segunda fila habían sido empleados no manuales, lo que, en palabras de Linz, confirma «la imagen del partido como una expresión de los resentimientos de la clase media baja, que rechazaba una identificación con el proletariado» [64]. Basándose en un nuevo análisis de los ensayos autobiográficos de los miembros del Partido Nazi, recogidos por Theodore Abel en 1934, Peter Merkl aborda el análisis en *El hombre político:* «La muestra actual y probablemente todo el Partido Nazi de aquel entonces no estaba dominado tan fuertemente por intereses de la clase media baja como para ser caracterizado como parte de la "rebelión de la clase media baja". Existe una curiosa circularidad en los argumentos presentados por los que abogan por la tesis de la "rebelión de la clase baja", los cuales se contentan frecuentemente con comparar las estadísticas nazis con las de los socialdemócratas o, a lo sumo, con las de los liberales (DDP y DVP) o los partidos regionales cuyos votantes pa-

[62] HENRY ASHBY TURNER, Jr., «Fascism and Modernization», *World Politics*, 24 (julio 1972), p. 550; GEORGE L. MOSSE, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Grosset & Dunlap, Nueva York, 1964, p. 4.

[63] WOLFGANG SAUER, «National Socialism: Totalitarianism or Fascism?», *American Historical Review*, 73 (diciembre 1967), p. 417.

[64] JUAN LINZ, «Some Notes toward a Comparative Study of Fascism in Historical Perspective», en WALTER LAQUEUR (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1976, p. 56.

rece haber heredado el NSDAP hacia el final de la República de Weimar. Pero había también otros partidos burgueses importantes, el Partido Católico de Centro y los nacionalistas protestantes alemanes (DNVP), quienes sobrevivieron más o menos intactos hasta mediados de 1933. El componente relativamente elevado de clase burguesa alta o media baja en el NSDAP demuestra poco, en la medida en que aún existen otros partidos burgueses»[65]. En realidad, el único movimiento que no era de clase trabajadora y que obtuvo apoyo en gran escala fue el Partido Católico de Centro, mientras que, como indiqué en el capítulo 5, el pequeño DNVP perdió más de dos quintos de sus votos (p. 123). Como señalaba Linz, donde los partidos religiosos «se desarrollaron como respuesta a las tensiones de la sociedad moderna en el proceso de democratización liberal y a la política de secularización de liberales y socialistas» e incorporaron a sus huestes «una gran parte de la población, en particular de los sectores industriales», los fascistas «encontraron un gran competidor que se apropió de gran parte de [...] su espacio político»[66].

La tesis de que el partido nazi obtuvo un apoyo desproporcionado de la clase media baja está respaldada por el análisis de Abel de su muestreo por clase. Según sus averiguaciones, el 51 por ciento procedía de la clase media baja. Sobre la base de un muestreo algo diferente, Merkl obtiene un 32,2 por ciento procedente de la clase media y otro 21,3 por ciento de los funcionarios civiles y militares[67].

En un libro reciente, James Rhodes llega a las mismas conclusiones que yo sobre varios puntos. Primeramente manifiesta que «al suponer *a priori* que la conducta política está regida principalmente por intereses económicos, ésta [la tesis de Lipset] pierde sensibilidad frente a otros factores cardinales y simplifica en exceso los motivos revolucionarios de los Camisas Marrones». En segundo lugar, él se pregunta: «Si el NSDAP fue esencialmente un arma burguesa dirigida contra el proletariado, ¿por qué una tercera parte de sus miembros eran trabajadores?». En tercer lugar, manifiesta que «si bien el conflicto de clases y el desplazamiento de la pequeña burguesía son constantes en la sociedad capitalista, no pueden explicar los repentinos cambios de la clase media desde la democracia hasta el extremismo. Es necesario añadir variables aún no especificadas para explicar tales cambios»[68].

A propósito de la última crítica, la opinión que expresa Rhodes al explicar la medida exacta de apoyo a los movimientos fascistas es adecuada. Pero ése no es mi objetivo. Yo deseo explicar la propensión de los estratos medios a apoyar a cierto tipo de movimiento político extremista, concretamente el fascismo clásico. El grado en que este potencial se expresará en apoyo real dependerá de algunos factores que he tratado en

[65] PETER H. MERKL, *Political Violence under the Swastika: 581 Early Nazis*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1975, p. 66.
[66] LINZ, «Some Notes toward a Comparative Study», pp. 26-27.
[67] THEODORE ABEL, *The Nazi Movement*, Atherton, Nueva York, 1965, p. 5; cit. en MERKL, *Political Violence*, p. 63.
[68] JAMES M. RHODES, *The Hitler Movement: A Modern Millenarian Revolution*, Hoover Institution Press, Stanford, Calif., 1980, pp. 9-10.

el capítulo 5 —el nivel de desarrollo industrial y el grado de desplazamiento de los estratos medios, por ejemplo— y de otros factores que no trato allí, tales como la gravedad y la naturaleza de las crisis a las que se enfrentan las instituciones democráticas. Por lo que respecta al segundo juicio crítico de Rhodes, yo nunca he manifestado que el extremismo de la clase media sea primordialmente el resultado de intereses económicos. Por supuesto, la inseguridad económica de ciertos sectores de las clases medias, especialmente los pequeños empresarios y campesinos, parece ser un factor significativo en su giro hacia soluciones políticas extremistas, según ha sido demostrado por varios estudios al respecto. Pero también me refiero a la falta de sofisticación política entre ciertos sectores de las clases medias (p. 120), la disminución de su *status*, las crecientes amenazas hacia sus valores y el grado en el que están integrados en las instituciones políticas democráticas. Por último, el argumento de Rhodes de que el apoyo de los trabajadores a los nazis invalida la tesis presentada en *El hombre político* es erróneo. Hubo pocos trabajadores, hablando en términos de proporciones, que apoyaron a los nazis, y, como han afirmado Peter Merkl y otros, los que lo hicieron procedían principalmente de las filas de los artesanos de pequeños talleres, grupo que tradicionalmente ha tenido valores antimodernistas de pequeña burguesía[69]. Y, según observo en numerosos puntos, puesto que «los políticos fascistas fueron sumamente oportunistas en sus esfuerzos para asegurarse apoyo, tales movimientos abarcaron a menudo a grupos con intereses y valores conflictivos, aun cuando expresaron fundamentalmente las necesidades de un estrato» (p. 120).

Según he recalcado anteriormente, los movimientos fascistas «se dirigen a los descontentos y a los psicológicamente relegados, a los que han sufrido fracasos personales, a los socialmente aislados, a los inseguros económicamente y a las personas no instruidas, no refinadas y autoritarias de todos los niveles de la sociedad» (p. 151). Por lo tanto, no es de sorprender que, según ha sido reconocido por varios autores, no podamos situar una base única de apoyo para los partidos fascistas. El deseo de poder impulsó a los movimientos fascistas a buscar seguidores heterogéneos. En un antiguo análisis escrito en 1923 por una dirigente comunista, Clara Zetkin, se manifestaba, a diferencia de la más reciente literatura comunista, que el fascismo atraía a los socialmente desplazados de todos los estratos: «Se convirtió en un refugio para aquellos cuya vida no tenía sentido y para los desengañados»[70]. Como Gino Germani ha puntualizado en el contexto italiano, «los fascistas eran considerados como *spostati*, literalmente personas desplazadas»[71].

Quizás las contribuciones recientes más interesantes para el análisis de las raíces del fascismo han sido las que recalcan que el fascismo fue una

[69] MERKL, *Political Violence*, p. 63.
[70] Y CLARA ZETKIN, «Der Kamfgegen den Faschismus», protocolo del Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, cit. en FRANCIS L. CARSTEN, «Interpretations of Fascism», en LAQUEUR (ed.), *Fascism*, p. 418.
[71] GINO GERMANI, *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, Transaction Books, New Brunswick, N. J., 1978, p. 47.

reacción de parte de los estratos no industriales a los esfuerzos de modernización en Europa, tesis que está de acuerdo con mi estudio de cómo los nazis obtuvieron casi el apoyo en masa de los partidos autonómicos regionales alemanes, que habían objetado la unificación de Alemania. Como observé en el capítulo 5:

> En gran medida dieron fuerza a los reparos experimentados por las clases medias rurales y urbanas de las provincias frente a la burocratización creciente de la sociedad industrial moderna, y trataron de dar marcha atrás descentralizando la autoridad del gobierno. A primera vista, las aspiraciones de descentralización de los partidos autonomistas regionales y la glorificación del Estado inherente al fascismo o nazismo parecen reflejar necesidades y sentimientos totalmente dispares. Pero en verdad, tanto la ideología «de los derechos del Estado» de los regionalistas como el antagonismo ideológico de los nazis a las «grandes» fuerzas de la sociedad industrial se dirigían a los que se sentían desarraigados o amenazados. En su ideología económica, los partidos regionales expresaban sentimientos similares a los que proclamaban los nazis antes de que éstos dispusieran de gran poder (p. 124).

Más recientemente, al analizar el fenómeno en un contexto europeo comparativo, Wolfgang Sauer observa que el fascismo era más débil en los países donde «el proceso de industrialización era relativamente lento, como en las naciones occidentales de Europa, cuyo auge político coincidió con el auge de la civilización moderna desde el final de la Edad Media».

Fue «más fuerte en los países mediterráneos y centroeuropeos, donde persistían las tradiciones premodernas de los antiguos romanos y de los imperios medievales germano y otomano [...]. Dicho de otra forma, el fascismo surgió donde las tradiciones eran a la vez más fuertes y más ajenas a la industrialización, y, por ello, el auge de ésta causó una importante ruptura con el pasado y considerables pérdidas a las clases no industriales» [72]. Francis Carsten llama la atención sobre una tesis similar, sugerida por Ernesto Nolte, según la cual «las sociedades sometidas a una transformación social y económica por pasar de una sociedad preindustrial a una sociedad industrial resultaron ser campo abonado para los movimientos fascistas [...]; el período de rápida transición fue el más difícil: cuando el proceso de industrialización estaba más o menos completo, se establecía un nuevo equilibrio». Carsten cita la evidencia de Nolte de la existencia de una relación funcional entre el grado de industrialización y la fuerza de los movimientos fascistas: «La población agrícola [...] de Albania y Yugoslavia alrededor de 1930 ascendía aproximadamente a un 80 por ciento del total de la población activa, pero en Inglaterra apenas llegaba al 10 por ciento. Obviamente, se podría argumentar que en el primer grupo las condiciones sociales previas para el fascismo no existían todavía, mientras que en el último grupo ya dejaron de existir, y que sólo en Europa central encontró el fascismo las condiciones previas para un pleno desarrollo» [73].

[72] SAUER, «National Socialism», p. 420.
[73] ERNST NOLTE, *Die faschistischen Bewegungen*, Deutscher Taschenbuch Verlag,

Hans Rogger resume, por otra parte, los resultados de una colección de estudios sobre la derecha radical en once países:

> Fue en aquellos países en que las tensiones creadas por la industrialización, por la protesta social, por la novedad del combate político o por la derrota en la guerra no habían sido aún asimiladas, práctica o psicológicamente, en los que la derecha halló su característica expresión [...]. Donde convivían incómodamente, codo con codo, lo viejo y lo nuevo, los políticos parlamentarios y una estructura social parternalista, una moderna industria y una agricultura feudal o casi feudal; allí surgió la derecha para dar respuestas a los problemas que las nuevas instituciones no eran capaces de solucionar de manera eficaz, como tampoco ya las antiguas [...].
>
> En el cómputo final [...] y a pesar de algunas apreciaciones perspicaces del mundo contemporáneo, la derecha representa [...] una hostilidad nihilista a la modernidad, un temor a lo no conocido y un anhelo infantil de protección (por medio de la nación, la raza, el poder sin límites o el activismo a la ventura) contra las fuerzas oscuras y mal comprendidas que acechan y que amenazan desde todas partes [74].

La tesis de que el fascismo y el nazismo eran movimientos antimodernistas ha sido combatida con la evidencia de que cuando estaban en el poder trataron de industrializar más sus sociedades para aumentar su poderío militar [75]. Pero el comportamiento real de los partidos cuando gobiernan no proporciona necesariamente luz sobre la naturaleza de su atractivo; no ayuda a explicar cómo consiguieron el apoyo de las masas. Como se ha mencionado anteriormente, los análisis de la base social de los partidos, tanto en Italia como en Alemania, indican que sus partidarios procedían en gran parte de estratos preindustriales, campesinos, artesanos y pequeños comerciantes.

Cualquier esfuerzo de generalización sobre el apoyo o incluso la ideología de los movimientos fascistas habrá de reconocer que éstos variaban algo de un país a otro. Aunque en todas partes el nacionalismo era el factor básico del fascismo. Cada movimiento era una reacción, en parte, hacia una sensación de que a una nación en particular se le negaba su lugar adecuado bajo el sol, de que su poderío había sido corrompido por el materialismo burgués, por los valores liberales permisivos y por la política de clase internacionalista de los marxistas. Así pues, no es accidental el que, como ha afirmado Linz, «en las naciones derrotadas o en las que, como Italia, se consideraron engañadas por las potencias victoriosas, fuera donde el fascismo obtuvo sus mayores éxitos y surgió más rápidamente: Italia, Alemania, Hungría, Austria» [76].

En la era contemporánea, el fascismo parece haber desaparecido como fuerza política viable en las sociedades occidentales. Las razones de

Munich, 1966, pp. 189-190, como se da en CARSTEN, «Interpretations of Fascism», pp. 426-427.
[74] HANS ROGGER, «Afterthoughts», en HANS ROGGER y EUGENE WEBER (eds.), *The European Right: A Historical Profile*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1965, pp. 577, 578-588.
[75] A. J. GREGOR, «Fascism and Modernization: Some Addenda», *World Politics*, 26 (abril 1974), pp. 370-385.
[76] LINZ, «Some Notes toward a Comparative Study of Fascism», p. 15.

esta evolución lanzaron alguna luz sobre los orígenes anteriores de la fuerza del fascismo.

La vinculación del extremismo de derecha-izquierda y de los principales intelectuales conservadores antimodernistas con el fascismo y el nazismo desacreditados desempeñó, sin duda, un papel importante a la hora de reducir las posibilidades de un reavivamiento radical derechista. Los partidos neofascistas fracasaron al intentar competir en las elecciones, con la excepción parcial de Italia, donde los grupos neofascista y monárquico pudieron obtener alrededor de una décima parte de los votos a principios de la década de 1950. En Francia, un movimiento derechista en contra del sistema, conducido por Pierre Poujade, obtuvo algún éxito en las elecciones de los años cincuenta, aunque resultó ser un partido inestable que desapareció rápidamente. Como se menciona en el capítulo 5, los poujadistas, que criticaban abiertamente el sistema democrático electoral, atrajeron a los estratos preindustriales, a la pequeña burguesía, a los artesanos y a los campesinos, en contra de los efectos directos de una sociedad industrial moderna (pp. 133-141). Se identificaron mucho con los valores religiosos. Junto a los ataques a los grandes negocios, a los partidos de izquierdas y a los sindicatos, estaban las críticas a los judíos y una defensa nacionalista del colonialismo. Los poujadistas hicieron hincapié en los sentimientos populistas: la idea de que es el pueblo, en vez de los partidos, quien debería controlar el gobierno.

La debilidad de los movimientos neofascista y populista en la era moderna puede parecer sorprendente dada la evolución social que se produjo y que hubiera desagradado profundamente al tipo de personas que apoyaron al fascismo antes de la Segunda Guerra Mundial. Los acontecimientos desde mediados de la década de 1960 han constituido un desafío moral a la religión y al patriotismo tradicional. Los derechos de las minorías, de las mujeres y de los homosexuales se han ampliado, y los conceptos de moralidad, en cuanto afectan al comportamiento sexual, al matrimonio, al aborto, a las relaciones entre distintas generaciones, al tratamiento de los criminales, al consumo de drogas, a los códigos del vestir y a los modales, y el comportamiento no convencional en general, han cambiado drásticamente.

Estas tendencias, por supuesto, no son nuevas. Se parecen a los cambios, identificados con el modernismo, que desagradaban a los tradicionalistas y a los extremistas de derecha en las pasadas décadas. Tales acontecimientos son, sin embargo, mucho más penetrantes y dominantes de lo que lo eran en épocas anteriores.

No es sorprendente que estos cambios hayan producido una reacción política en forma de un mayor apoyo a los partidos conservadores. La resistencia al cambio social se ha puesto también de manifiesto en los grupos formados para oponerse a la participación en la Comunidad Europea, en la aparición de grupos «populistas» tales como el Partido Rural Finlandés y el Partido del Progreso poujadista, que se oponía a los impuestos, en Dinamarca, y en la protesta, en varios países, contra la entrada en gran escala de trabajadores extranjeros. Esta protesta ha sido muy claramente expresada en el voto del 46 por ciento (frente al 29 por ciento de los detractores de esta medida) del electorado suizo contra la mano de obra inmigrante en cuatro referendos impulsados por las organizaciones nacionalistas en la década de 1970, y en la formación de dos partidos antiinmigrantes, el de Acción Nacional y los republicanos [77]. Sin embargo, ninguno de estos grupos desempeñó un papel importante en la política de sus respectivos países.

En un esfuerzo por analizar en general la naturaleza de los recientes movimientos «populistas» de protesta, en el contexto de un debate entre el Partido Rural Finlandés y el movimiento poujadista en Francia, se observa su oposición a «los productos de la modernización, concretamente urbanización e industrialización [...] un fuerte énfasis en la religiosidad [...] un claro primitivismo [...] aislacionismo, particularmente sobre temas de política exterior, y [...] un localismo con respecto a la política interior». Su base de apoyo «está principalmente compuesta por pequeños campesinos y pequeñas empresas» en pequeñas comunidades y por personas en ciudades «que han vivido en ellas sólo durante un corto periodo de tiempo» [78]. El mayor de estos partidos, el Partido del Progreso Danés, cuyo voto representó alrededor del 15 por ciento del total en las elecciones de 1973, 1975 y 1977, bajando al 11 por ciento en 1979, está también desproporcionadamente apoyado por personas que viven en las zonas rurales y ciudades de provincias, por los menos instruidos, por los empleados autónomos y por los campesinos [79].

Los estudios de los partidarios de los partidos antiinmigrantes en Suiza llegan a conclusiones similares. David Schweitzer recalca las similitudes entre éstos y los que han apoyado a los pequeños movimientos de ultraderecha de la posguerra en otros países. «Los movimientos de Acción Nacional y republicano de Suiza, al igual que sus equivalentes en otros países, atraen especialmente a los grupos inseguros de la población que reaccionan a los modernos métodos de las grandes empresas, del gran gobierno, de las organizaciones a gran escala y a la creciente complejidad en el orden social, que se comprende vagamente si es que llega a ser comprendido» [80].

Un estudio sobre el comportamiento en el referéndum de 1970 revela una estrecha relación entre la dimensión de la comunidad en la que se criaron las personas y la forma en que votaron, del campo o de la ciudad, del centro de la ciudad o de los barrios periféricos. Los contrarios a la inmigración estaban a favor de conceptos agrupados bajo las categorías de «tradicionalismo» y «rigidez moral» y se oponían al cambio social [81].

---

[77] J. L. R. MARTIN, «Swiss Policy on Immigrant Workers and the überfremdung Iniciatives: A Study in Consociational Democracy and Direct Democracy», tesis doctoral, Departamento de Ciencia Política, Universidad de Yale, 1979.

[78] RISTO SANKAHO, «A Model of the Rise of Populism and Support for the Finnish Rural Party», *Scandinavian Political Studies*, 4 (1971), p. 41.

[79] MOGENS N. PEDERSEN, «Denmark: The Breakdown of a Working Multiparty System», ponencia no publicada, Universidad de Odense, Odense, Dinamarca, 1979, p. 51.

[80] DAVID R. SCHWITZER, «Status Politics and Conservative Ideology: A French-Swiss Case in National and Comparative Perspective», *European Journal of Political Research*, 5 (septiembre 1977), p. 398.

[81] MARTIN, «Swiss Policy», pp. 338-344.

Según concluye Janet Martin: «Los trabajadores inmigrantes simbolizaban para estos suizos conservadores una tendencia hacia la modernización económica y social, tendencia que tenían y esperaban invertir deteniendo la inmigración»[82].

Italia es el único país de Europa en el que un partido neofascista, el Movimiento Social Italiano (MSI) tiene un apoyo electoral visible de alrededor de un 5 por ciento. Pero este nivel representa una considerable reducción en el voto que este partido y el Partido Monárquico, absorbido por el MSI en 1972, obtuvieron en la primera década de la posguerra (12,7 por ciento en 1953). Los dirigentes del MSI rechazan «el materialismo al estilo norteamericano o ruso, en favor de los "valores espirituales"»[83].

En una revisión de la evidencia que trata del apoyo de las tendencias políticas en Italia y en Francia a mediados de la década de 1960, se observa «que, en el nivel electoral al menos, el neofascismo, el poujadismo y el "activismo" de la extrema derecha son —como lo fueron el nazismo alemán, el rexismo belga, la *Croix de Feu* francesa y la guardia de hierro rumana de la década de 1930— la expresión de la pequeña burguesía». Y Matteí Dogan prosigue recalcando que «las encuestas sobre los más diversos problemas —económicos, socioculturales, religiosos y morales— muestran que los principales partidarios de tales movimientos, los componentes de la llamada burguesía de partido independiente, manifiestan opiniones más sectarias, más "misoneísticas" [antimodernistas] que los de la burguesía media, quienes a su vez aparecen como algo menos liberales, menos tolerantes, que la alta burguesía». Esto es cierto no sólo en Francia e Italia, sino también en otros muchos países[84].

El modelo es similar en Alemania, donde el neonazismo, bajo el nombre de Partido Nacional Demócrata, descendió desde un alto puesto cercano al 5 por ciento en las elecciones parlamentarias hasta el 1 por ciento en 1980. Los análisis de su apoyo en las elecciones estatales y nacionales a últimos de la década de 1960 indican que «el atractivo del Partido Nacional Demócrata estaha principalmente en ciudades pequeñas con personas de edades avanzadas, de un nivel de instrucción bajo y con ocupaciones tradicionales de la clase media»[85].

Lo que es más sorprendente de los movimientos de la derecha dura en Europa y en los Estados Unidos durante la última década no es su existencia, sino su debilidad, especialmente cuando se compara con la fuerza electoral y de afiliación de grupos parecidos durante los años entre las dos guerras mundiales. Ciertamente, el estímulo para tales movimientos ha existido. El desafío al *status*, al poder y a la influencia cultural de

[82] MARTIN, «Swiss Policy», extracto, p. 3.
[83] «Gollum and Friends», *Economist* (11 octubre 1980), p. 56.
[84] MATTEI DOGAN, «Political Cleavage and Social Stratification in France and Italy», en S. M. LIPSET y STEIN ROKKAN (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Free Press, Nueva York, 1967, p. 159.
[85] GERHARD LOWENBERG, «The Development of the German Party System», en KARL CERNY (ed.), *Germany at the Polls: The Bundestag Election of 1976*, American Institute for Public Policy Research, Washington, D.C., 1978, p. 23.

los elementos tradicionalistas ha sido grande. La urbanización y la industrialización han continuado a un ritmo acelerado. Políticos de izquierda han ascendido al gobierno en muchos países desde la Segunda Guerra Mundial. En muchas naciones se han promulgado leyes que, mediante la nacionalización y el control estatal, amenazarán al poder de las empresas privadas. El comunismo ha continuado extendiéndose a escala internacional. Desde mediados de la década de 1960, se ha producido una verdadera revolución cultural con respecto a las relaciones sobre los sexos y las generaciones. Los tipos de conducta caracterizados como «relajados» por los derechistas de los años entre las dos guerras mundiales son ahora mucho más corrientes que antes.

No obstante, se ha apoyado relativamente poco a los movimientos extremistas deseosos de oponerse a estos acontecimientos. Por lo tanto, lo interesante es explicar no el resurgimiento de la política de derechas dura, sino más bien su fracaso. La explicación de la aparente debilidad política de tales fuerzas parece residir en cambios estructurales que han minado su base social. La proporción de la población que sigue siendo agrícola ha descendido mucho, así como también la de los residentes en las pequeñas ciudades. Contrariamente, las tendencias laboral y educativa que han sido identificadas con la aparición de una sociedad posindustrial indican hasta qué punto ha habido un rápido crecimiento en las cifras de las personas que se dedican a actividades que requieren una instrucción avanzada. Estos hechos han conducido también a un descenso en la proporción de las actividades religiosas, especialmente ortodoxas o fundamentalistas, fenómeno que ha estimulado los movimientos moralistas duros de los tradicionalistas y evitado que éstos desempeñen un papel importante en la política[86]. De forma parecida, decaen los esfuerzos para reavivar los movimientos extremistas de derechas a causa del declive de su base social tradicional.

El fracaso de la protesta militante se puede relacionar también con la prosperidad general de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los treinta y cinco años que han transcurrido desde el final de la guerra son el período más largo sin que se haya producido una grave depresión desde la Revolución industrial. Ha habido un período de crecimiento sostenido en la mayoría de los países occidentales industrializados (Gran Bretaña es una excepción que está a la vista), que ha traído consigo un considerable aumento de la renta *per capita* nacional y una mayor oportunidad para la movilidad social ascendente. Ha habido, por supuesto, recesiones y períodos de inflación, pero éstos han sido suaves y de más corta duración que antes de la última guerra. Aunque muchos han sufrido reveses económicos, éstos no han sido tan graves ni tan extensos como en épocas anteriores. Así pues, el descontento económico no ha servido para

[86] Véase mi próxima obra, «The Revolt against Modernity», en un libro editado por Irving Louis Horowitz sobre *Modernization versus Traditional Values*, que trata con detalle el tema de los movimientos religiosos y otros movimientos retrógrados con detalle. Véase, además, S. M. LIPSET y EARL RABB, «The Election and the Evangelicals», *Commentary* 71 (marzo 1981), pp. 25-31.

encender el fuego de la agitación política militante. Es digno de observar que el aumento de una reacción nativista a gran escala ante la presencia de trabajadores extranjeros en Suiza se produjo en la década de 1970, durante una grave recesión económica.

Hay muchas posibilidades de que los partidarios de extrema derecha resurjan como amenaza importante al proceso democrático en los países desarrollados, en ausencia de graves crisis o desafíos internacionales importantes a la seguridad nacional. Repetimos que lo más notable en tales esfuerzos desde la década de 1960 es su imposibilidad para movilizar a seguidores influyentes. Tales movimientos raramente obtienen más del 5 por 100 del voto. Y no importa la forma de evaluar la política de los diversos tipos de Nueva Derecha; sus partidarios rara vez podrán ser acusados de dedicarse a tácticas extremistas, aunque se trate de pequeños grupos de neofascistas y terroristas. Para la mayoría de ellos, la moral dura está contenida en los partidos conservadores o religiosos y en las iglesias.

VOTO Y LUCHA DE CLASES DEMOCRATICA EN LA SOCIEDAD POSINDUSTRIAL

El análisis del comportamiento del voto presentado anteriormente hace hincapié en que en «todas las democracias modernas los conflictos entre diferentes grupos se expresan a través de los partidos políticos que representan básicamente un "equivalente democrático de la lucha de clases"» (p. 191). En los capítulos 7, 8 y 9 se tratan una variedad de datos de muchos países, incluyendo los Estados Unidos, para documentar esta tesis. Muchos otros factores estructurales, tales como religión, región, etnia y variables generacionales, desempeñan también un importante papel en la determinación del apoyo a los partidos y su composición[87].

No obstante, esta generalización se ha vuelto menos válida años después de la publicación de este libro. Un informe sobre estudios de conducta del electorado en Suecia, país en que el voto ha estado más estrechamente vinculado a la posición de clase que en ningún otro lugar, revela un desarrollo común a la mayoría de las naciones occidentales. John Stephens observa que «en varios estudios suecos de comportamiento político de masas se descubrió una tendencia a largo plazo, a partir de 1964, hacia el debilitamiento de las influencias de la clase social sobre el comportamiento político y [...] un investigador encontró también una tendencia a largo plazo hacia el aumento de la inestabilidad en el electorado»[88].

Las formas más explícitas de la conciencia de clase que existían en Europa parece que están en declive, y la clase es mucho menos importante como origen de lucha política en la sociedad industrial avanzada de lo que lo era en un principio. La figura 1 muestra la tendencia en el voto por clases en Suecia, Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos de América desde 1952 hasta 1980. El índice Alford utilizado aquí indica la diferencia entre las proporciones de trabajadores manuales y no manuales que votaron a favor del partido de izquierdas[89]. Por lo tanto, cuanto mayor es el número, mayor es la correlación entre la clase y la preferencia por un partido. Según se indica en la figura 1, ha habido un claro descenso en el voto en relación con la clase en varios países industriales avanzados.

Los cambios en la clase y las relaciones políticas de las sociedades desarrolladas pueden ser analizados dentro del marco de un marxismo apolítico; es decir, en la suposición de que el nivel de tecnología determinará sus formas. Algunos analistas contemporáneos han sugerido que la vinculación de la política con las clases está descendiendo porque estos sistemas van pasando a una nueva etapa, que, a falta de mejor nombre, se denomina posindustrial.

Estas sociedades son posindustriales porque las tendencias analizadas por Marx —mayor implicación de la fuerza laboral en el aparato productivo industrial, en el crecimiento fabril, grandes granjas, etc.— han decaído. El empleo en el sector terciario crece más rápidamente que los puestos de trabajo dedicados a la producción. La proporción (y, en algunos países, la cifra absoluta) de trabajadores manuales está disminuyendo. Las ocupaciones que aumentan son los empleos en oficinas, técnicos, profesionales, científicos y empresas de servicios. Por este motivo, la estructura de clases se parece ahora a un diamante abultado en el centro mucho más que a una pirámide. Para tales economías son necesarios altos niveles de educación, y el número de estudiantes universitarios ha aumentado varias veces. La educación, la ciencia y las actividades intelectuales son cada vez más importantes.

Los expertos occidentales en la materia (Daniel Bell, Zbigniew Brzezinski, John Kenneth Galbraith y Alain Touraine) y los académicos de los países del Este (Radovan Richta y sus colegas en la Academia Checoslovaca de Ciencias, así como los analistas soviéticos como P. N. Fedoseer, V. Kosolapov y V. G. Afanasyev) han recalcado todos hasta qué punto los conocimientos *teóricos* y *científicos* se han convertido en la principal fuente de cambio social y económico, alterando la estructura social, los valores y costumbres, acontecimiento que ha dado considerable prestigio y poder a las élites científicas tecnológicas. Los expertos soviéticos y los dirigentes políticos hablan de revolución científico-técnica, concepto estrechamente relacionado con el de sociedad posindustrial[90]. En palabras

[87] Para un análisis adicional que clasifica los factores que afectan a las alineaciones de los votantes, véase SEYMOUR MARTIN LIPSET y STEIN ROKKAN, «Cleveage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction», en LIPSET y ROKKAN (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Free Press, Nueva York, 1967, pp. 1-64.

[88] JOHN D. STEPHENS, «The Changing Swedish Electorate: Class Voting, Contextual Effects, and Voter Volatility», *Comparative Political Studies*, 14 (julio 1981).

[89] ROBERT ALFORD, *Party and Society: The Anglo-American Democracies*, Rabd-McNally, Chicago, 1963.

[90] DANIEL BELL, *The Coming of Post-Industrial Society*, Libros Básicos, Nueva York, 1973; ALAIN TOURAINE, *The Post-Industrial Society: Tomorrow's Social History: Classes, Conflicts, and Culture in the Programmed Society*, Random House, Nueva York, 1971; J. GURSHUNY, *After Industrial Society? The Emerging Self-Service Economy*, Macmillan, Lon-

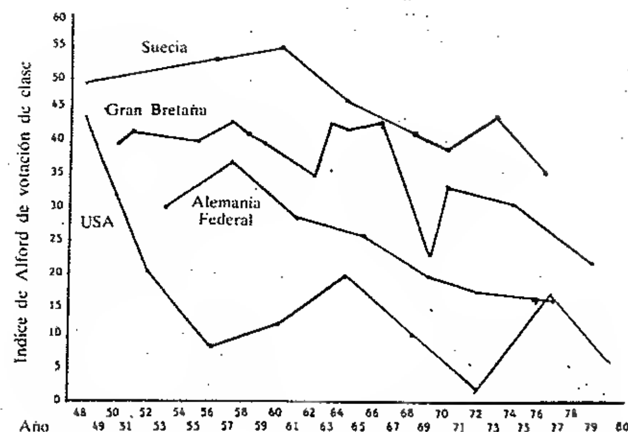


FIGURA 1. LA TENDENCIA EN LA VOTACIÓN DE CLASE EN CUATRO DEMOCRACIAS OCCIDENTALES. 1948-1980.

Fuentes:

Datos británicos: 1950-1970: JOHN W. BOOKS y J. B. REYNOLDS, «A Note on Class Voting in Great Britain and the United States», *Comparative Political Studies*, 8 (octubre 1975), pp. 360-375. Datos británicos de 1974 y 1979, calculados a partir de SAMUEL E. FINER, *The Changing British Party Sistem, 1945-1979*, American Enterprise Institute, Washington, D.C., 1980.

Datos suizos: JOHN D. STEPHENS, «The Changing Swedish Electorate: Class Voting, Contextual Effects, and Voter Volatility», *Comparative Political Studies*, 13 (julio 1981).

Datos alemanes: KAI HILDEBRANDT y RUSSEL J. DALTON, «The New Politics: Political Change or Sunshine Politics?», en MAX KAASE y KLAUS VON BEYME (eds.), *Elections and Parties: Sociopolitical Change and Participation in the West German Federal Election of 1976*, Sage Publications, Beverly Hills, Calif., 1978, pp. 69-96.

Datos americanos: 1948-1972: PAUL R. ABRAMSON, «Class Voting in the 1976 Election», *Journal of Politics*, 40 (enero 1978), pp. 1066-1072. Años 1976-1980 calculados a partir de CBS-*New York Times* Exit Polls.

del sociólogo ruso Piotr Fedoseev, «existe una transformación cualitativa de las fuerzas productivas como resultado del hecho de que la ciencia se ha convertido en el principal factor del desarrollo de la producción social»[91]. Richta *et al.* observaron en 1968 que «la ciencia está surgiendo como la principal variable en la economía nacional [...]. Existen signos de un nuevo tipo de crecimiento, con una nueva dinámica procedente de continuos cambios estructurales en las fuerzas productivas, siendo la cantidad de los medios de producción y de la mano de obra cada vez menos

dres, 1978; PIOTR N. FEDOSEEV, «The Social Significance of the Scientific and Technological Revolution», *International Social Science Journal*, 27 (junio 1975), p. 152; FERKISS, «Daniel Bell's Concept», p. 97; ver además V. G. AFANASYEV, *The Scientific and Technological Revolution: Its Impact on Management and Education*, Progress Publishers, Moscú, 1975.

[91] FEDOSEEV, «Social Significance», p. 152.

importantes que su calidad cambiante y su grado de utilización»[92]. Ellos prosiguen apuntando hacia «un relativo declive en la cantidad de mano de obra absorbida por la industria y las actividades relacionadas con la misma», y hacia las perspectivas de que «el sector terciario abarcará del 40 al 60 por ciento de la fuerza de trabajo nacional durante las próximas décadas, como ya sucede en los Estados Unidos de América»[93]. Touraine, aunque sigue siendo partidario de las causas de izquierda en Francia, sugiere que la base del poder en Occidente ha cambiado como resultado de estas tendencias. «Si la propiedad fue el criterio de pertenencia a la primitiva clase dominante, la clase dominante se define por el conocimiento y un cierto nivel de educación»[94].

Puede considerarse que la mayor parte de los análisis de la sociedad posindustrial está en armonía con la orientación marxista del materialismo histórico, que después de todo está basado en la premisa metodológica de que el principal factor determinante en el desarrollo social es el cambio en la estructura tecnológica, que las «superestructuras» culturales y políticas varían con los niveles básicos de la tecnología. Esto no es sorprendente, puesto que varios creadores clave de este planteamiento han sido socialistas o neomarxistas, como, por ejemplo, Daniel Bell, John Kenneth Galbraith, Alain Touraine y Radovan Richta. Los nacientes estratos del posindustrialismo —cuyas raíces están en la universidad, en los ambientes científicos e intelectuales, y que están ampliamente representados en el sector público y en las profesiones liberales— han desarrollado sus valores distintivos propios. Según Ronald Inglehart, estos valores, que él califica como de «posmaterialistas» (o «posburgueses»), están relacionados con las necesidades específicas de «autoactualización» y se manifiestan en un deseo de una sociedad menos impersonal, más limpia, más cultivada, en una vida personal más libre y en una democratización de la obra política y de la vida de la comunidad. Tales preocupaciones son contrapuestas a las que dominan en las clases tradicionales de la sociedad industrial, que se preocupan más por satisfacer las necesidades materiales, como, por ejemplo, los alimentos y la seguridad. Para las personas con estos objetivos, las principales preocupaciones son un alto nivel de vida, una economía estable, el crecimiento económico, una vida familiar duradera, la lucha contra el crimen y el mantenimiento del orden[95]

[92] RADOVAN RICHTA *et al.*, *Civilization at the Crossroads: Social and Human Implications of the Scientific and Technological Revolution*, International Arts and Humanities Press, White Plains, N. Y., 1969, p. 39.

[93] RICHTA *et al.*, *Civilization at the Crossroads*, pp. 120-124; DAVID R. CAMERON, «Postindustrial Change and Secular Realignment», tesis doctoral, Departamento de Ciencia Política, Universidad de Michigan, 1976, pp. 17-47; TODD LA PORTE y C. J. ABRAMS, «Alternative Patterns of Postindustrialism: The California Experience», en LEON N. LINDBERG (ed.), *Politics and the Future of Industrial Society*, David McKay, Nueva York, 1976, pp. 28-36; GERSHUNY, *After Industrial Society?*, pp. 92-136; ALVIN W. GOULDNER, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, Seabury, Nueva York, 1970, p. 15; SIDNEY POLLARD, «The Rise of the Service Industries and White-Collar Employment», en BO GUSTAFSSON (ed.), *Post-Industrial Society*, St. Martin's, Nueva York, 1979, pp. 17-47.

[94] TOURAINE, *Post-Industrial Society*, p. 51; GOULDNER, *Future of Intellectuals*, p. 83.

[95] RONALD INGLEHART, «The Silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-Industrial Societies», *American Political Science Review*, 65 (diciembre 1971), pp. 991-

Otro investigador de los cambios de los valores, Scott Flanagan, ha dado nuevos conceptos y ampliado las distinciones. Sugiere que el avance en la tecnología ha cambiado la conciencia tradicional en libertaria, desplazándose «en cuatro dimensiones: frugalidad contra autocomplacencia, mojigatería contra secularismo, conformidad contra independencia y devoción a la autoridad contra independencia»[96]. Inglehart ha observado también que estos cambios de valores están relacionados con el clima general de abundancia y la ausencia de guerras importantes. Las generaciones que llegaron a la mayoría de edad durante la época de después de la Segunda Guerra Mundial tenían valores muy diferentes de las anteriores, que estaban limitadas por la escasez económica y experimentaron graves depresiones y conflictos internacionales. Si bien existe un efecto generacional, los valores posburgueses son claramente mucho más comunes entre las personas mejor educadas y más ricas.

Estas formulaciones son importantes, aunque algunas de sus suposiciones sobre el declive de las preocupaciones materialistas pueden ser cuestionadas. Alan Marsh, en un análisis sobre datos británicos, descubre que los «posmaterialistas» no son personalmente antimaterialistas. Su investigación no muestra ninguna diferencia entre los materialistas y los posburgueses en cuestiones relativas a «no tener bastante dinero, o tener deudas o necesitar ingresos extra». Lo que diferencia a los dos grupos es simplemente su ideología política, no sus actitudes hacia el materialismo. Los «grupos posburgueses —observa Marsh— se distinguen de los demás por su relativa juventud, riqueza y educación, y por su preocupación por la ideología»[97]

Independientemente de cómo llamemos a este cambio en las orientaciones, ha afectado profundamente a la esfera política. Según ha manifestado Inglehart, «las implicaciones políticas de estas hipótesis son significativas. Primeramente, implican que la creciente prosperidad no ocasionaría el fin del conflicto político, como parecía prometer la tesis del *Fin de la ideología* —aun cuando esta tesis era parcialmente bajo el aspecto de que la creciente prosperidad ocasionó aparentemente un declive en las formas tradicionales de conflicto de clases sociales. Sin embargo, lo que esta tesis no predijo fue la probabilidad de la aparición de nuevos motivos de conflicto al surgir nuevas metas»[98]. La división política básica de la sociedad industrial fue materialista, implicando una lucha con respecto a la distribución de la riqueza y de la renta que existe al lado de los continuos conflictos religiosos, étnicos y regionales que persisten, procedentes del mundo preindustrial. Pero la política posindustrial está cada

1017; ídem, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1977; ídem, «Value Priorities and Socioeconomic Change», en SAMUEL H. BARNES *et al.* (eds.), *Political Action: Mass Participation in Five Western Democraties*, Sage Publications, Beverly Hills, Cal., 1979, pp. 305-343.

[96] SCOTT C. FLANAGAN, «Value Change and Partisan Change in Japan: The Silent Revolution Revisited», *Comparative Politics*, 11 (abril 1979), p. 274.

[97] ALAN MARSH, «The Silent Revolution, Value Priorities, and the Quality of Life in Britain», *American Political Science Review*, 69 (marzo 1975), p. 28.

[98] INGLEJART, «Value Priorities», pp. 210-211.

vez más relacionada con temas no económicos o sociales: un ambiente limpio, una mejor cultura, la igualdad de derechos para las mujeres y las minorías, la calidad de la educación, las relaciones internacionales, una mayor democratización y una moralidad más permisiva, especialmente en lo que afecta a los temas familiares y sexuales.

Estas preocupaciones han sentado nuevas bases para la escisión política, que varían de las de la sociedad industrial y han dado pie a una variedad de movimientos de protesta de «tema único». Como a los partidos políticos existentes les ha sido difícil unir las posiciones de sus bases de apoyo socioeconómicas tradicionales respecto a los nuevos temas, las lealtades de partido e incluso las tasas de participación de voto han descendido en muchos países. En efecto, las presiones derivadas de los compromisos diferenciales con valores económicos y sociales han reducido la importancia de la lealtad a los partidos, anteriormente ligada a los orígenes estructurales de escisión en la sociedad industrial.

Los elementos de reforma relacionados con el posmaterialismo o los temas sociales obtienen en buena medida su fuerza no de los trabajadores ni de los menos privilegiados, base social de la izquierda en la sociedad industrial, sino de los segmentos bien situados, de los que poseen una buena educación, de los estudiantes, académicos, periodistas, profesionales y funcionarios civiles. La «nueva izquierda», la «nueva política», los «partidos verdes», todos ellos reciben su apoyo de tales estratos. Por otra parte, a muchos trabajadores les preocupan las cuestiones materiales. Los que tienen menos educación, los menos cosmopolitas, los menos ricos, los menos seguros, son también más tradicionales, más conservadores en sus puntos de vista sociales.

Así pues, existen ahora dos izquierdas, la «materialista» y la «posmaterialista», cuyas raíces proceden de diferentes clases. Ha surgido entre ellas un conflicto de intereses con respecto a las consecuencias de las políticas que afectan al crecimiento económico. La izquierda materialista desea un pastel cada vez más grande para que los menos privilegiados puedan tener más, mientras que los posmaterialistas están más interesados en la calidad de vida. Según manifiesta el científico y político negro Willard Johnson, la izquierda posmaterialista «es culpable de debatir los temas en términos de valores que, con toda su humanidad, ignoran las preocupaciones de los pobres [...]. No cabe duda de que sus preocupaciones se basan en una consideración genuina de la calidad de vida, pero, en mi opinión, me parecen equivocados en lo que respecta a la contribución que los bienes materiales pueden hacer a la misma»[99]. O, como afirmaba el fallecido Anthony Crossland, miembro del gabinete en varios gobiernos laboristas británicos, los que pretenden limitar el crecimiento para proteger el medio ambiente son «gente amable y abnegada. Pero están bien situados y, aunque no sean conscientes de ello, desean derribar la escalera que está bajo sus pies»[100].

[99] WILLARD R. JOHNSON, «Should the Poor Buy No Growth?», *Daedalus*, 102 (otoño 1973), p. 174.

[100] ANTHONY CROSLAND, *Socialism Now*, Jonathan Cape, Londres, 1974, pp. 77-78.

Ambas izquierdas están a menudo en el mismo partido (demócrata, socialdemócrata o incluso comunista, como en Italia), pero tienen diferentes puntos de vista e intereses. Un comentarista ha encontrado un paralelismo entre estas dos izquierdas y el conflicto entre Marx y los socialistas utópicos, debido a que ambas favorecen la igualdad, pero discuten el papel del desarrollo económico [101]. A la *intelligentsia* de la Nueva Política no le gustan los sindicatos, a los que, al igual que a las empresas, considera «materialistas» más bien que «interesados en el público». Algunos trabajadores se inclinan hacia la derecha, hacia grupos partidarios del crecimiento que están en favor de una sociedad de libre competencia y mantienen sus creencias en los valores sociales tradicionales. Sin embargo, la izquierda obtiene su apoyo de las cada vez más nutridas filas de las clases cultas. Así pues, las correlaciones entre la clase y el voto a partidos se han reducido.

De acuerdo con la lógica clásica del materialismo histórico, los Estados Unidos de América, como la nación más desarrollada, deberían estar entre las primeras en exhibir la política característica del posindustrialismo. Y la historia parece darle la razón a esto. Jean-François Revel manifestaba en 1971 que «una de las características más sorprendentes de la pasada década es que sólo las nuevas agitaciones revolucionarias en el mundo tuvieron su origen en los Estados Unidos [...]. Me refiero al complejo de los nuevos fenómenos de la oposición designados con el término de "disidentes"» [102]. Una *intelligentzia* crítica, basada en la nueva clase media, surgió tan pronto como en la década de 1950, con la formación del movimiento «reformado» dentro del Partido Demócrata y constituyó el principio de lo que subsiguientemente fue etiquetado «Nueva Política». «La aparición de un número importante de votantes con educación universitaria, móviles socialmente, orientados a temas concretos, de clubs nocturnos y de barrios, fue captada por observadores políticos de Nueva York, California, Wisconsin, Missouri y en otras partes» [103].

En la década de 1960 se produjo el pleno florecimiento de la «Nueva Política», en forma de oposición a la guerra del Vietnam, lucha por los derechos civiles, liberación de las mujeres y de los homosexuales y protección del medio ambiente, así como la aparición de nuevos estilos de vida. Jeanne Kirkpatrick recalca la forma en que «la implicación de los símbolos culturales básicos en la arena política se ha convertido en una característica normal en nuestra política. Como cultura de vanguardia, difundida a través de las crecientes asociaciones universitarias, los medios de comunicación electrónicos y las revistas de masas, las actitudes antiburguesas [...] se convirtieron en la base de la política *anti-establishment* de la década de 1960

[101] N. S. J. WATTS, «Post-Material Values and Political Change: Hypotheses for Comparative Research», ponencia presentada en la Segunda Reunión Anual de la Sociedad Internacional de Psicología Política en Washington, D.C., 1979.

[102] JEAN-FRANÇOIS REVEL, *Without Marx or Jesus*, Doubleday, Garden City, N. J., 1971, p. 6.

[103] JEANE KIRKPATRICK, «Politics and the New Class», en BARRY BRUCE-BRIGGS (ed.), *The New Class?*, Transaction Books, New Brunswick, N. J., 1979, p. 43.

[...]. Queda entonces claro que el asalto a la cultura tradicional fue preparado por representantes jóvenes y otros no tan jóvenes de las clases relativamente privilegiadas, mientras que las instituciones básicas de la sociedad eran defendidas por los ciudadanos económicamente más débiles, con menor nivel de educación y de *status* social más bajo» [104].

El conflicto entre la izquierda de la «Nueva Política» y la izquierda tradicional basada en la clase obrera tuvo lugar principalmente dentro del Partido Demócrata. Sus derrotas en las elecciones presidenciales de 1968 y 1972 se pueden atribuir en parte a la escisión entre la Antigua Izquierda y la Nueva Izquierda. Según se observa en la figura 1, el voto de clase en los Estados Unidos de América disminuyó en 1952 y en 1956, aumentó en 1960 y 1964, disminuyó en un nivel casi insignificante en 1968 y 1972, aumentó en 1976 y disminuyó de nuevo en 1980. Desde 1952, los demócratas han ganado en todas las elecciones en las que el voto de clase había aumentado. En 1952 y 1956, el derrotado candidato demócrata a presidente fue Adlai Stevenson, el cual ha sido siempre conocido como el iniciador del fenómeno de la Nueva Política en los Estados Unidos de América. El trató conscientemente de evitar los temas del «New Deal», relacionados con los conflictos económicos y de clases, e hizo hincapié en las preocupaciones culturales y sociales.

El voto de clase aumentó algo en 1960, reflejando ampliamente el llamamiento especial de John F. Kennedy a los votantes étnicos católicos menos privilegiados. El voto de clase aumentó enormemente en 1964, cuando el senador Barry Goldwater, candidato republicano, abogó por la derogación de gran parte de las políticas del «Welfare State» y sindicatos *pro-trade*, mientras que Lyndon Johnson hacía hincapié en las medidas reformistas del «New Deal». En 1968, Hubert Humphrey, partidario del «New Deal», fue el candidato demócrata a la presidencia; pero perdió votos tanto de la izquierda como de la derecha a causa de la importancia de los temas no económicos. Muchos trabajadores manuales votaron a George Wallace, en reacción contra la postura de Humphrey acerca de los derechos civiles, en tanto que la Izquierda de la Nueva Política, cuyos partidarios habían votado a Eugene McCarthy o a Bobby Kennedy en las primarias, rehusaron apoyar a Humphrey debido a su falta de resolución para terminar la guerra del Vietnam y a sus relaciones con la antigua política.

Estos factores continuaron afectando al comportamiento electoral en la siguiente década. En 1972, la Izquierda de la Nueva Política obtuvo el nombramiento del Partido Demócrata para su candidato George McGovern, pero fue derrotado rotundamente en las elecciones generales. McGovern fue el primer candidato demócrata a la presidencia desde la década de 1920 que no recibió el apoyo del movimiento del trabajo (AFL-CIO) y, por consiguiente, muchos trabajadores manuales desertaron del Partido Demócrata para votar por Richard Nixon, quien en su campaña abogó por los valores tradicionales y por el mantenimiento de la ley y el orden. La

[104] KIRKPATRICK, «Politics and the New Class», pp. 44-45.

escisión entre las dos izquierdas en el Partido Demócrata puede observarse en el epíteto que el ala del partido basada en el sindicato de Humphrey hizo circular, presentando a McGovern como el candidato de la «amnistía, aborto y droga». No obstante, cuatro años más tarde, los demócratas pudieron instalarse de nuevo en la Casa Blanca, cuando ambos partidos nombraron candidatos que se identificaban como conservadores sociales. Así pues, muchos trabajadores que anteriormente habían votado a Nixon o Wallace volvieron a la línea demócrata para apoyar a Jimmy Carter.

El debate del Partido Demócrata para la designación de candidato en 1980 implicó una confrontación directa entre Jimmy Carter, considerado como conservador social, y Edward Kennedy, un liberal social de la Nueva Política. Este trató también de atraer a los trabajadores y a las minorías sobre temas económicos. No obstante, los sondeos de opinión revelaron una estrecha relación entre el *status* socioeconómico y la preferencia por los candidatos, siendo los votantes menos privilegiados y los de más edad quienes apoyaban al que estaba en el cargo y los mejor situados económicamente, los de un nivel de educación más alto y los más jóvenes quienes eran partidarios de su oponente.

Los elementos posmaterialistas pusieron objeciones a los candidatos designados por los dos grandes partidos, Reagan y Carter. Durante la mayor parte de la campaña de 1980, estos elementos apoyaron a un alternativo independiente, John Anderson, en cuya campaña hacía hincapié en un liberalismo social ilustrado. En un anuncio a toda página en *The New York Times* del 27 de junio de 1980, la organización de la campaña de Anderson solicitaba el voto con motivo de los esfuerzos de su candidato en los temas siguientes: protección del medio ambiente, derechos civiles, ley de enmienda para la igualdad de derechos, obtención de fondos federales para abortos para los pobres y reducción de excesivas normas gubernamentales. Según los sondeos de opinión, la fuerza de votantes de Anderson (alrededor del 22 por ciento en su momento más alto en julio) estaba compuesta fundamentalmente por personas acomodadas, graduados universitarios, profesionales, judíos y liberales que se identificaban a sí mismo como tales. Su «plataforma» de declaraciones, de 300 páginas, redactada en agosto, era relativamente conservadora acerca de los temas económicos y muy liberal en cuestiones sociales y de política exterior. Los datos obtenidos mediante sondeo indicaban también que los seguidores de Anderson eran mucho más liberales socialmente, mucho mejor situados económicamente y con un mejor nivel de educación que los partidarios de Carter. Los sindicatos eran totalmente opuestos a Anderson y apoyaron al candidato demócrata designado.

En las mismas elecciones de 1980, los factores de clase fueron una vez más de poca importancia. El apoyo a Anderson decayó rápidamente, siguiendo un patrón típico de las candidaturas de terceros partidos en los Estados Unidos. Las diferencias en la orientación de los partidos con respecto a los temas sociales fueron más importantes que en 1976. Los republicanos rechazaron explícitamente muchos de los programas sociales de la nueva política, la ley de enmienda de la igualdad de derechos, la financiación por parte del gobierno de abortos para las pobres y medidas

tales como el *busing**, destinadas a fomentar la integración racial. Ronald Reagan unió su campaña a los esfuerzos de los grupos religiosos evangélicos de una moralidad muy estricta, opuestos a los políticos que favorecían la nueva permisividad social.

Aunque Jimmy Carter trató de evitar ser identificado con las normas sociales propugnadas por el ala de la Nueva Política de su partido, no pudo repudiarlas abiertamente y esperaba conservar su apoyo. Por esto, los temas sociales desempeñaron un papel bastante más importante en el resultado de las elecciones de 1980 que el que experimentaron cuatro años antes.

Como ha recalcado Jean-François Revel, el «nuevo estilo americano» de activismo, los movimientos de reivindicación de determinados derechos y la política radical cultural se difundieron durante la década de 1960 a otras partes del mundo desarrollado, que estaban entrando en la fase postindustrial. En los *campus* de las Universidades de todos los países europeos se produjeron manifestaciones de protesta. Las notables tendencias de izquierda enraizadas en los nuevos grupos de la clase media desafiaron el liderazgo moderado basado en los sindicatos de los partidos socialistas. Pero estos hechos fueron «imitaciones del prototipo norteamericano, o ampliaciones del mismo, y subsiguientemente al mismo [...]. Los disidentes europeos, que representan la única fuerza que ha podido despertar tanto a la izquierda como a la derecha, al Este y al Oeste, de su letargo académico, son los discípulos de los movimientos norteamericanos»[105].

En Suecia, los socialdemócratas, que se dedican activamente a promover medidas de crecimiento como la mejor forma para lograr un «mundo mejor y más justo», han sido debilitados por el debate sobre la energía nuclear. A últimos de la década de 1970, mientras muchos intelectuales y estudiantes dentro del partido eran antinucleares, los sindicatos favorecieron firmemente la construcción de más centrales de energía nuclear. Esta división dificultó gravemente los esfuerzos electorales del partido, contribuyendo con ello a su primera derrota en cuarenta y cuatro años. El principal vencedor, por lo que respecta a la obtención de votos, fue el Partido de Centro, el que se mostró más activo en la política de anticrecimiento y antinuclear. Un analista ha resumido el problema que la energía nuclear planteaba a los socialdemócratas: «Los votantes suecos tuvieron dificultad para hacer encajar el tema de la energía nuclear en las líneas habituales de pensamiento. Jóvenes izquierdistas consideraron que la política sobre la energía atómica del Partido de Centro se situaba a la izquierda de los socialdemócratas. La habitual división izquierda-derecha entre los partidos se vino abajo con motivo del tema de la energía atómica: el centro adoptó un punto de vista de izquierda y los socialdemócratas otro más derechista»[106].

* Transporte en autobuses escolares de negros y blancos para contrarrestar la segregación racial. (*N. del T.*)

105 REVEL, *Without Marx*, pp. 6-7.

106 HANS ZETTERBERG, «The Swedish Election of 1976», ponencia presentada en el Noveno Congreso Mundial de Psicología en Uppsala, Suiza, agosto de 1978, p. 36.

No obstante, este conflicto se solucionó. Los socialdemócratas permanecieron divididos durante la campaña para el referéndum sobre la energía nuclear en marzo de 1980. Varios intelectuales del partido principal apoyaron abiertamente la alternativa más antinuclear en el voto, uniéndose con el Partido de Centro. Esta división dentro de la izquierda afectó al apoyo general al movimiento laboral. Una huelga general convocada por la Federación del Trabajo (LO) en mayo de 1980 fue apoyada sólo por el 25 por ciento de los encuestados en un sondeo nacional, aunque el voto socialdemócrata y comunista se aproxima normalmente al 50 por 100. Los observadores políticos informaron que las reacciones a la huelga estuvieron influidas por el papel pronuclear del Movimiento del Trabajo en el debate del referéndum. En la cumbre de la huelga, un destacado intelectual y ecologista de izquierda publicó un artículo en el diario más importante del país criticando el movimiento de los sindicatos a causa de su craso materialismo, por intentar «tan sólo la obtención de un nivel de vida aún más alto en un país que ostentaba ya uno de los más elevados del mundo» [107].

En Francia, la diferencia entre las dos izquierdas fue en muchos aspectos responsable del derrumbamiento de la *Union de la Gauche* y su *Programme Commun* en la década de 1970. Inicialmente los conflictos sobre temas posmaterialistas dificultaron la formación de una coalición de partidos de izquierda. Los socialistas y el sindicato CFDT, que obtuvieron muchos partidarios entre la nueva clase media, criticaron fuertemente a los comunistas y al programa común. Diferían en el tema del crecimiento. «El *Programme Commun,* según el CFDT, se basaba en la misma lógica que el tipo de crecimiento económico propugnado por los teóricos capitalistas: los criterios exclusivos de un alto nivel de producción y beneficio. Ahora bien, desde 1970, el CFDT se ha declarado en favor de un "nuevo tipo de crecimiento" que es más cualitativo que cuantitativo» [108].

Mientras que socialistas y comunistas mantuvieron una difícil alianza hasta las elecciones de 1978, estas diferencias resultaron fatales para la unión de la izquierda. Jean-Louis Moynet —secretario del sindicato CGT, dominado por los comunistas— explicó el fracaso electoral de los comunistas como consecuencia de «la testarudez e intransigencia de los comunistas y de la CGT con respecto al salario mínimo, a las nacionalizaciones, o incluso por su falta de interés en temas tales como los derechos de la mujer, la ecología, la amenaza nuclear y la educación» [109]. Un historiador comunista francés, Jean Ellenstein, manifestó en 1978 que su partido había perdido apoyo a causa de su falta de interés en los temas sociales. Observó que los posibles partidarios «no siempre han estado cómodos con el estilo "proletario" adoptado por el Partido Comunista en su campaña electoral [...]. Ellos están cada vez más preocupados por los problemas cualitativos, aun cuando continúen existiendo algunos problemas cuantitativos» [110].

[107] D. NOBLE, «Sweeden Struggles to End Crippling Strike», *Guardian*, Londres (9 mayo 1980), p. 1.
[108] G. LAVAU, «The Changing relations between Trade Unions and Working-Class Parties in France», *Government and Opposition*, 13 (otoño 1978), p. 453.
[109] LAVAU, «Changing Relations», p. 451.

El comportamiento electoral alemán apunta hacia fenómenos similares en aquel país. Bajo la República de Weimar y en la Alemania Occidental de la década de 1950, las tradicionales divisiones de clases determinaron el apoyo a los partidos de izquierda y de derecha, mientras que «los temas que dividieron a los grupos fueron principalmente la economía y la seguridad». A partir de la década de 1960, la nueva clase media, incluyendo a los funcionarios civiles y personal asalariado, adoptaron «una postura liberal sobre los temas sociales de la nueva política», mientras que la antigua clase media, los empleados autónomos, permanecieron conservadores en «la nueva política, así como también en la antigua política [materialista]». No obstante, los trabajadores empezaron a «moverse en dirección opuesta a la nueva clase media, desde una actitud de izquierda en los conflictos de la antigua política, hasta una posición más conservadora sobre los temas de la nueva política». Algunos observadores anticipan que «a medida que las preocupaciones y valores posmaterialistas fueran más importantes en política y más notorios para sectores crecientes del electorado alemán, el resquebrajamiento tradicional burguesía/proletariado debería continuar disminuyendo en importancia y claridad» [111].

Procesos comparables han funcionado en el Japón, país que ha evolucionado más rápidamente que otros desde ser una sociedad preindustrial a ser una sociedad industrial y posindustrial. Muchos japoneses, aunque experimentan las ventajas del rápido crecimiento, están cada vez más molestos por sus costes sociales. En 1971, «las personas que en el Japón consideraban la contaminación ambiental como un problema de máxima prioridad para la nación eran siete veces más que las que consideraban el crecimiento económico como el más importante objetivo nacional. El número de protestas de los consumidores [...] aumentó veintisiete veces entre 1962 y 1970, y el número de protestas y recursos contra la contaminación se duplicó en un período reciente de tres años [112].

Un analista de los datos de opinión electorales del Japón concluye que «la creciente importancia de los temas de los valores aparece, en parte, como responsable del debilitamiento de la asociación entre la clase ocupacional y el comportamiento en las votaciones. Como los resquebrajamientos económicos y de valores son transversales, era necesaria una tercera dimensión que midiera la importancia relativa de los temas de valores para predecir más adecuadamente las preferencias de voto. Ya he indicado que los votantes que están presionados transversalmente por sus preferencias de valores y clase ocupacional tenderán a votar de acuerdo

[110] «Editorial», *Government and Opposition*, 13 (otoño 1978), p. 264.
[111] KAI HILDEBRANDT y RUSSELL J. DALTON, «The New Politics: Political Change or Sunshine Politics?», en MAX KAASE y KLAUS VON BEYME (eds.), *Elections and Parties: Socio-Political Change and Participation in the West German Federal Election of 1976*, Sage Publications, Beverly Hills, Cal., 1978, pp. 87-89.
[112] TAKETSUGU TSURUTANI, «Japan as a Postindustrial Society», en LINDBERG (ed.), *Politics and the Future*, p. 105.

con sus preferencias de valores si conceden mayor importancia a las prioridades no materiales y a los temas de valores, y con su clase laboral sí dan mayor importancia a las prioridades materiales y temas económicos» [113]

Curiosamente, el país prototipo con respecto al derrumbamiento en la vinculación de la política con la clase ha sido Dinamarca. Allí, «el número relativo de trabajadores votantes por los socialdemócratas disminuyó del 80 por ciento en 1957 al 39 por ciento en 1973, [...] y los conservadores, que estaban apoyados por el 39 por ciento de todos los patronos en 1957, vieron reducido este porcentaje en el 9 por ciento en [...] 1973» [114]. El apoyo para los dos pequeños partidos socialistas de Nueva Izquierda «hoy en día no se [...] caracteriza por una estrecha comunicación con la clase trabajadora. Los votantes de estos partidos son más jóvenes; están mejor educados que el votante medio; muchos de ellos están todavía en el proceso de autoinstruirse para puestos académicos o semiacadémicos» [115]. Como recalca Mogens Pedersen: «En una perspectiva comparativa se puede alegar que este desarrollo, cuya característica básica es la descomposición del sistema de partidos tradicional basado en las clases, no difiere de la evolución de otros sistemas europeos, al menos no con relación al carácter y al sentido del cambio. En todas partes la clase social tiende a perder importancia» [116].

¿Cuál es el pronóstico, según estas tendencias, en cuanto a la influencia de la clase trabajadora en las próximas décadas? La respuesta depende, en parte, de si la política posmaterialista es un fenómeno a corto o largo plazo. Si la prosperidad es la variable más importante en la aparición de estos nuevos valores, entonces es de esperar que decrezcan en el caso de que la economía resulte gravemente perturbada. Sin embargo, la evidencia de Alemania Occidental sugiere que, aun con el declive económico de la década de 1970, la nueva política tiene una base firme. Max Kaase y Samuel Barnes han manifestado que el posmaterialismo «tiene un componente estructural, y por lo tanto de permanencia, demasiado fuerte para ser considerado sólo como una novedad de los jóvenes [...]. La futura política será cada vez más una política posmaterialista [...]. Eso [...] no implica que los valores materiales no sean importantes; continuarán siéndolo. El hecho es que los valores posmaterialistas son cada vez más importantes en términos relativos, y éste es el motivo por el que vemos fuentes potenciales de tensión para las sociedades posindustriales» [117]. Si la política posmaterialista es un fenómeno estructural relacionado con la cambiante estructura laboral, debería aumentar el apoyo para la Nueva Política, puesto que existe un creciente número de puestos de trabajo fuera del sector industrial cuyos ocupantes estarán supuestamente más dispuestos a oponerse al crecimiento.

[113] FLANAGAN, «Value Cleavages», pp. 201-202.
[114] PEDERSEN, «Denmark». Véase además OLE BORRE, «The Social Bases of Danish Electoral Behavior», en RICHARD ROSE (ed.), *Electoral Participation: A Comparative Analysis*, Sage Publications, Beverly Hills, Cal., 1980, pp. 256-260.
[115] PEDERSEN, «Denmark», p. 49.
[116] *Ibid.*, p. 44.
[117] MAX KAASE y SAMUEL H. BARNES, «In Conclusion: The Future of Political Protest in Western Democracies», en BARNES (ed.), *Political Action*, pp. 524-525.

Los factores involucrados en la reducción de la correlación entre clase y partido no se limitan a los que produjeron una Nueva Izquierda posindustrial de gran importancia entre las filas de las personas acomodadas y educadas. El cambio, según se ha observado, implica también un número creciente de personas menos privilegiadas, incluyendo a muchos obreros, quienes votan por partidos más conservadores. Algunos estudiosos del fenómeno han sugerido que refleja un resquebrajamiento en el aislamiento social de la clase trabajadora, resultante de una creciente riqueza. Muchos trabajadores viven ahora casi como la clase media, y han adoptado los estilos de consumo de la misma. La expansión de las oportunidades de educación superior y el ascenso en la estructura laboral ha cambiado la forma de la estructura de clase, según se ha explicado anteriormente (p. 405). Como resultado, muchas de estas personas nacidas en las clases bajas han ascendido a clases superiores. Factores como éstos han impulsado presumiblemente a muchos trabajadores a volverse más conservadores en sus opiniones políticas.

Sin embargo, se podrá también argüir que los cambios culturales promovidos por el posindustrialismo también han desempeñado un papel causal, cambiando las lealtades de partido de la gente menos educada y menos privilegiada. Según se ha explicado en el capítulo 4, los menos educados han tenido tendencia a ser más conservadores en los aspectos sociales o no económicos. Han sido más propensos a creer en los valores tradicionales relacionados con la familia y las normas sexuales, el patriotismo, la ley y orden, así como también han tenido más prejuicios con respecto al *status* de grupos minoritarios. Por esto, muchos de ellos se han sentido profundamente ofendidos por los valores y la conducta promovidos por la *intelligentsia* posindustrial. Como estos cambios han sido identificados en muchos países con una política de izquierdas, mientras que los partidos más conservadores han apoyado generalmente los valores tradicionales, la introducción de los temas posindustriales en la política ha contribuido a que los menos privilegiados se desplacen hacia la derecha. Mientras que las tendencias posindustriales han generado nuevas fuentes de apoyo para la izquierda, desde un segmento de los mejor situados y educados, el conservadurismo reactivo social ha ayudado a reclutar apoyo para los partidos de centro-derecha entre los estratos menos privilegiados y con menor educación.

Aunque las correlaciones se han reducido mucho, es importante observar que la división política clásica de la sociedad industrial sigue siendo importante para determinar el apoyo a los partidos. El electorado de la izquierda proviene en su mayor parte de la clase trabajadora y de los más desposeídos, mientras que los partidos conservadores están aún basados desproporcionadamente en los estratos mejor situados. Además, los sindicatos han logrado una nueva fuente de influencia mediante una creciente implicación en el proceso de planificación económica en varias sociedades industriales avanzadas. Muchas élites en esos países consideran normalmente que el crecimiento económico es esencial y necesitan mano

de obra organizada para mantenerlo. En cualquier caso, la clase trabajadora continuará manteniendo su influencia socioeconómica a través de lo que se ha dado en llamar su «poder de perturbar».

CONCLUSION

Finalmente, desearía reiterar la conclusión de la introducción a la edición en rústica de Anchor de *El hombre político.* Allí respondía a las críticas de la izquierda que habían puesto objeciones a mi hincapié en las condiciones del orden democrático como una preocupación ingenua por las formas políticas más que por la estructura económica subyacente, más importante.

Resulta irónico que muchos intelectuales que se consideran a sí mismos marxistas tengan tan poco conocimiento de la historia del socialismo que crean que una preocupación por la democracia política deba reflejar ingenuidad sobre las realidades del poder económico y del cambio social, y que sólo los «intelectuales burgueses» están interesados en tales problemas.

Leyendo detenidamente a Marx y a Engels, así como a casi todas las demás figuras marxistas europeas importantes, se podrá observar que, desde la década de 1860 hasta la Revolución Rusa, el socialismo no tenía ningún significado que no implicase la continuación de la democracia política. Así, Friedrich Engels, el gran colaborador de Marx, escribió en 1891: «Si una cosa es cierta es que nuestro partido y la clase trabajadora sólo pueden llegar al poder bajo la forma de una república democrática. Esta es incluso la forma específica para la dictadura del proletariado».[118] Si alguien cree que ésta fue una declaración fuera de contexto, o hecha por Engels en estado de delirio, una autoridad tan importante como el propio Stalin puede testificar que la democracia política fue un aspecto integral del socialismo, defendido por todos los marxistas, hasta que Lenin revisó y cambió drásticamente el significado del marxismo y del socialismo. En la que una vez fue la famosa *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*, escrita bajo la estrecha supervisión de Stalin y después atribuida a él mismo, se lee lo siguiente:

> Antes de la Segunda Revolución Rusa [octubre de 1917], los marxistas de todos los países suponían que la república democrática era la forma de organización política más adecuada en el período de transición del capitalismo al socialismo [...]. La declaración autorizada de Engels en 1981, según la cual «la república democrática [...] es [...] la forma específica de la dictadura del proletariado», no dejaba ninguna duda de que los marxistas continuaban considerando a la república democrática como la forma política de la dictadura del proletariado [...].
>
> Qué hubiera ocurrido con el Partido, con nuestra revolución, con el marxismo, si Lenin se hubiera dejado intimidar por la letra del marxismo y no hubiera tenido el coraje de sustituir una de las viejas proposiciones del marxismo [...] por la nueva proposición relacionada con la República de los Soviets [...].[119]

[118] KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS, *Correspondence, 1846-1895,* International Publishers, Nueva York, 1935, p. 486.

Cuando los socialistas democráticos contemporáneos y otros izquierdistas y liberales rechazan diversas medidas de intervención estatal porque la historia reciente en varios Estados totalitarios sugiere que esta política es incompatible con el objetivo de la libertad, están actuando de acuerdo con la tradición directa de la izquierda democrática del siglo XIX, en la que Marx y Engels y muchos socialistas desempeñaron un papel clave. Aquellos hombres y aquellos partidos políticos que buscan ampliar la democracia y reducir los aspectos punitivos de estratificación son los herederos legítimos contemporáneos de los revolucionarios democráticos y socialistas del siglo pasado.

[119] Una comisión del Comité Central de la C.P.S.U.(B), *History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks),* International Publishers, Nueva York, 1939, pp. 356-357.

15. UN CONCEPTO Y SU HISTORIA: EL FIN DE LA IDEOLOGIA

La proposición de que la sociedad industrial o posindustrial avanzada se caracterizaría por un «declive» —o incluso el «fin»— de la ideología, sostenida por muchos escritores durante la década de 1950 y a principios de la de 1960, fue objeto de duras críticas a últimos de la década de 1960 y a principios de la de 1970. Al parecer, el resurgimiento de la política de izquierda en forma de diversas «Nuevas Izquierdas» y el crecimiento de movimientos de masas basados en elementos excluidos (minorías étnicas, mujeres estudiantes) constituyen evidencia *prima facie* de que los escritores del «fin de la ideología» estaban equivocados. Toda una multitud de intelectuales de izquierda hicieron hincapié en este error con el fin de desacreditar el análisis «pluralista» político. Ellos arguyeron que su inadecuación básica había sido demostrada por el hecho de que algunos de sus más importantes portavoces, especialmente Raymond Aron, Daniel Bell, Edward Shils y yo mismo predijimos equivocadamente «el fin de la ideología»[1]. Comentarios típicos de estos ataques fueron los que se escribieron en el *Suplemento Literario del Times* sobre un libro que trataba sobre ideologías:

[1] Los textos relevantes de este grupo abarcan: RAYMOND ARON, «Fin de l'age idéologique?», en THEODOR W. ADORNO y WALTER DIRKS (eds.), *Sociologica*, Europäisch Verlagsanstalt, Francfort, 1955, pp. 219-233, en inglés en ARON, *The Opium of the Intellectuals*, trad. Terence Kilmartin, W. W. Norton, Nueva York, 1962, pp. 305-324; «Nations and Ideologies», *Encounter*, 4 (enero 1955), pp. 23-33; «The End of Ideology and the Renaissance of Ideas», en *The Industrial Society*, Praeger, Nueva York, 1967, pp. 92-183. DANIEL BELL, *Marxism-Leninism: A Doctrine on the Defensive: The «End of Ideology» in the Soviet Union*, Columbia University Research Institute on Communist Affairs, Nueva York, 1955; *The End of Ideology*, ed. rev., Collier Books, Nueva York, 1962; BELL y HENRY D. AIKEN, «Ideology–A Debate», *Commentary*, 37 (octubre 1964), pp. 69-76; «Ideology and Soviet Politics», *Slavic Review*, 24 (diciembre 1965), pp. 591-603; *The Coming of Post-Industrial Society*, Basic Books, Nueva York, 1973; S. M. LIPSET, «The State of Democratic Politics», *Canadian Forum*, 35 (noviembre 1955), pp. 170-171; «Socialism–Left and Right–East and West», *Confluence*, 7 (verano 1958), pp. 173-192; «The End of Ideology?», en la primera edición de 1960 de *Political Man*, pp. 403-417; «The Changing Class Structure and Contemporary European Politics», *Daedalus*, 93 (invierno 1964), pp. 271-303, reimpreso de forma revisada en LIPSET, *Revolution Anal Counterrevolution*, ed. rev., Doubleday–Anchor Books, Garden City, N. Y., 1970, pp. 267-304; «Some Further Comments on "The End of Ideology"», *American Political Science Review*, 60 (1966), pp. 17-19; EDWARD SHILS, «The End of Ideology?», *Encounter*, 5 (noviembre 1955), pp. 52-58; «Ideology and Civility: On the Politics of the Intellectuals», *Sewanee Review*, 66 (julio-septiembre 1958), pp. 450-480; «The Concept and Function of Ideology», en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, ed. por DAVID L. SILL, 17 vols., Macmillan y Free Press, Nueva York, 1968, 7:66-76. Los dos últimos artículos fueron reimpresos de forma ligeramente revisada en Shils, *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*, University of Chicago Press, Chicago, 1972.

> No hace mucho tiempo Raymond Aron, Daniel Bell y Seymour Martin Lipset, entre otros, predijeron con confianza el declive del fervor ideológico en los países occidentales industrializados [...]. El hecho era, por supuesto, que ello constituía por sí sólo una ideología; una ideología tácita, sin duda, pero que, sin embargo, racionalizó y apoyó el sistema existente [...]. En efecto, lo que decían los que propusieron la idea del declive de la ideología era que, en términos de Mannheim, la utopía estaba muerta [...]. Esto era falso [...]; las dos pasadas décadas se han caracterizado por un crecimiento y proliferación de las ideologías totalitarias[2].

Kenneth Keniston, partidario del activismo estudiantil de la década de 1960, criticó también los escritos de «Daniel Bell, Seymour Martin Lipset y Edward Shils, según los cuales la ideología se había acabado» calificándolos de totalmente falsos. Alegaba que su orientación liberal «históricamente parroquial» les impidió «prever, y mucho menos comprender, lo que iba a suceder cada vez más entre una creciente minoría de jóvenes durante la década de 1960»[3].

Un erudito ruso, L. N. Moskvichov, vicerrector de la cátedra de Filosofía Marxista-Leninista de la Academia de Ciencias Sociales del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, escogió los escritos al respecto de Raymond Aron, Edward Shils, Daniel Bell y Lipset. Observó que la teoría del fin de la ideología «es especialmente popular entre los socialdemócratas de derecha y los revisionistas modernos, y sirve hasta cierto punto para substanciar sus ideas de socialismo "liberal", "socialismo con rostro humano" o varios "modelos" de sociedad socialista»[4].

Aunque el presente capítulo se centra en las críticas de la izquierda, hay que reconocer que, según observa Moskvichov, «existen varios autores que toman una postura ideológica de derecha, para quienes la teoría no es nada más que una jerga "ininteligible" e irresponsable que hace que el Occidente esté desarmado ideológicamente frente al comunismo mundial»[5].

La suposición implícita en la crítica izquierdista es que se presentó una estimación alternativa y más precisa por los pensadores radicales, quienes anticiparon un resurgimiento de la política revolucionaria en Occidente. Generalmente, la mayoría de estos polemistas expone sus puntos de vista ridiculizando una variante del «fin de la ideología» que nunca fue mencionada por ninguno de los que fueron atacados[6].

[2] «We're All Totalitarians», *Times Literary Supplement* (5 mayo 1972), Londres, p. 507.

[3] KENNETH KENISTON, «Revolution or Counterrevolution?», en R. J. LIFTON y E. OLSON (eds.), *Explorations in Psycho-history: The Wellfleet Papers*, Simon and Schuster, Nueva York, 1974, pp. 293-294.

[4] L. N. MOSKVICHOV, *The End of Ideology Theory: Illusions and Reality*, Progress Publishers, Moscú, 1974, pp. 8, 11-12.

[5] *Ibid.*, pp. 181-182.

[6] Las críticas a la escuela del «fin de la ideología» abarcan: HENRY D. AIKEN, «The Revolt against Ideology», *Commentary*, 37 (abril 1964), pp. 29-39; NORMAN BIRNBAUM, «The Sociological Study of Ideology (1940-1960)», *Current Sociology*, 9 (1960), esp. pp. 115-117; WILLIAM CONNOLLY, *Political Science and Ideology*, Atherton Press, Nueva York, 1967, esp. pp. 51-53; R. ALAN HABER, «The End of Ideology as Ideology», *Our Generation* (noviembre 1966), pp. 51-68; NIGEL HARRIS, *Beliefs in Society: The Problem of Ideology*, C. A. Watts, Londres, 1968, pp. 10-12; JOSEPH LAPALOMBARA, «Decline of Ideology: A Dissent and an Interpretation», *American Political Science Review*, 60 (marzo

Como fenómeno a estudiar por los interesados en la sociología del conocimiento —o la ética de controversia, o, desde luego, el carácter selectivo ideológico de la memoria— más significativo es el modo en que estas críticas ignoran convenientemente el trasfondo ideológico cambiante de discusiones sobre el declive de la ideología y el conflicto político en los años precedentes a la aparición de la nueva izquierda. Puede ser útil recordar algo de aquella historia.

LOS ORIGENES DEL CONCEPTO

Como muchos otros conceptos «políticamente relevantes», la famosa frase apareció por primera vez en un ensayo marxista clásico de Friedrich Engels sobre Feuerbach. Engels manifestaba que «habría un *final para toda ideología»* a menos que los intereses materiales que subyacen en todas las ideologías fueran «de necesidad desconocidos a esas personas» [7]. Esto es, en la medida en que existiera una verdadera conciencia, cuando los hombres se hicieran conscientes de sus verdaderos intereses, la ideología —es decir, la elaboración de falsa consciencia— desaparecería. Según manifestó Lewis Fever: «La obsolescencia de la ideología ética es un corolario del materialismo histórico aplicado a la superestructura de una sociedad socialista» [8].

Otro originador de ideas en política sociológica, Max Weber, apuntó hacia un secular declive en las ideologías totalitarias como consecuencia del cambio inherente a lo largo del tiempo dentro de las sociedades, desde un énfasis sobre la *Wertrationalität*, o «racionalidad sustantiva», que implica orientaciones hacia valores fundamentales, hasta la *Zweckrationalität*, o «racionalidad fundamental», que se refiere a un énfasis en los medios eficaces para alcanzar objetivos [9]. Inherentemente, un compromiso apasionado con fines absolutos debe derrumbarse. Según ha observado William Delany, «esa continua realización, desmitificación y consiguiente desilusión son características de las instituciones religiosas occidentales, siendo el capitalismo, la música, la burocracia y las ideologías políticas, por supuesto, los temas más importantes en la obra de la vida del "sabio de Heidelberg"» [10].

Sin embargo, Weber, con referencia específica a los políticos contemporáneos, inspirándose en la obra del erudito ruso Moisei Ostrogorski, afirmó que un desvanecimiento de las diferencias ideológicas es inherente en la situación de los partidos políticos que funcionan bajo las condiciones del sufragio universal. En una carta a Robert Michels en 1906, que trata del Partido Socialdemócrata Alemán, Weber predijo que, aunque el partido tenía aún «algo parecido a un *Weltanschauung»*, el hecho de que aceptase la lógica de una democracia política conduciría hacia un declive en sus compromisos ideológicos en favor de una orientación más pragmática [11].

La primera formulación explícita del fin o del declive de la tesis de la ideología vino también de Alemania. Karl Mannheim, en su mismo libro [12] —*Ideología y utopía*— que estableció el estudio de la ideología como un tema importante, escrito en su despacho del Instituto de Investigación Social de Francfort a últimos de la década de 1920, trató sobre las condiciones que producían un «declive de la ideología» y el abandono de utopías, puesto que las doctrinas totales *(Weltanschauungen)* estaban siendo reducidas a doctrinas parciales pragmáticas [12]. La lógica subyacente del análisis de Mannheim reiteró los puntos principales de las suposiciones de Weber relativas a un cambio de la racionalidad sustantiva a la funcional como inherente en el desarrollo de la sociedad burocrática industrial. Mannheim recalcó también la forma en que la lógica de la política reduce los compromisos ideológicos, observando que, como movimiento relacionado con las doctrinas utópicas, obtiene el poder gubernamental o estatal, «cuanto más abandona sus impulsos utópicos originales y con ello su amplia perspectiva [...]» [13].

Examinando las implicaciones, aunque no la política, de la suposición de Engels de que la ideología declinaría con la desaparición de la opresión de las masas, Mannheim sugirió que tal cambio podía ocurrir sin el triunfo del socialismo, puesto que los impulsos de los «estratos inferiores cuyas aspiraciones todavía no se han visto satisfechas, y que [por lo tanto]

1966), pp. 5-16; RALPH MILIBAND, «Mills and Politics», en I. L. HOROWITZ (ed.), *The New Sociology*. Oxford University Press, Nueva York, 1964, pp. 86-87; STEPHEN W. ROUSSEAS y JAMES FARGANIS, «American Politics and the End of Ideology», en HOROWITZ (ed.), *The New Sociology*, pp. 268-289; DUSKY LEE SMITH, «The Sunshine Boys: Toward a Sociology of Happiness», en LARRY T. REYNOLDS y JANICE M. REYNOLDS (eds.), *The Sociology of Sociology*, David McKay, Nueva York, 1970, pp. 371-387; C. H. ANDERSON, *Toward a New Sociology*, Dorsey Press, Homewood, Ill., 1971, p. 38; GIUSEPPE DI PALMA, *The Study of Conflict in Western Society: A Critique of the End of Ideology*, General Learning Press, Morristown, N. J., 1973; DENNIS H. WRONG, «Reflections on the End of Ideology», *Dissent*, 7 (verano 1960), pp. 286-291; MICHAEL HARRINGTON, «The Anti-Ideology Ideologues», en C. I. WAXMAN (ed.), *The End of Ideology Debate*, Funk and Wagnalls, Nueva York, 1968, pp. 342-351; DONALD CLARK HODGES, «The End of "The End of Ideology"», *American Journal of Economics and Sociology*, 26 (abril 1967), pp. 135-146; PETER CLECAK, *Radical Paradoxes*, Harper and Row, Nueva York, 1974, pp. 238-239.

[7] FRIEDRICH ENGELS, «Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy» (1886), en «K. Marx and F. Engels», *On Religion*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1957, p. 263.

[8] LEWIS FEUER, «Ethical Theories and Historical Materialism», *Science and Society*, 6 (verano 1942), p. 269.

[9] Véase *From Max Weber: Essays in Sociology*, ed. por H. H. GERTH y C. WRIGHT MILLS, Oxford University Press, Nueva York, 1946, pp. 155-156. Para conceptualización básica, véase MAX WEBER, *Economy and Society*, trad. EPHRAIM FISCHOFF *et al.*, Bedminster Press, Totowa, N. J., 1968, pp. 24-26, y *The Theory of Social and Economic Organization*, trad. A. M. HERDERSON y TALCOTT PARSONS, Oxford University Press, Nueva York, 1947, pp. 115-118. Para una exposición detallada de las ideas aplicadas al análisis del cambio social contemporáneo, véase S. M. LIPSET, «Social Structure and Social Change», en PETER BLAU (ed.), *Approaches to the Study of Social Structure*, Free Press, Nueva York, 1975, pp. 172-209.

[10] WILLIAM DELANY, «The Role of Ideology: A Summation», en WAXMAN (ed.), *The End of Ideology Debate*, p. 304.

[11] Discutido y citado en GUNTHER ROTH, *The Social Democrats in Imperial Germany*, Bedminster Press, Totowa, N. J., 1963, p. 252.

[12] KARL MANNHEIM, *Ideology and Utopia*, trad. LOUIS WIRTH y EDWARD SHILS (1929), Harcourt Brace, Nueva York, 1949, pp. 222-236.

[13] *Ibid.*, p. 235.

están inclinándose hacia el comunismo y el socialismo» se debilitarían cuando la sociedad fuera capaz de «alcanzar una forma superior de industrialismo, que será suficientemente elástica y que proporcionará a los estratos más bajos un grado de relativo bienestar [...]. (Desde este punto de vista, no hay diferencia si esta forma superior de organización social del industrialismo, mediante la llegada a una posición de poder por parte de los estratos bajos, acabará en un capitalismo que sea suficientemente elástico para asegurar su relativo bienestar, o si ese capitalismo será primeramente transformado en comunismo.)». Según manifestó Mannheim, tales acontecimientos en el campo político estaban necesariamente emparejados con varias formas de la vida intelectual:

> Este proceso de completa destrucción de todos los elementos espirituales, tanto utópicos como ideológicos, tiene su paralelo en las más recientes tendencias de la vida moderna, y en sus correspondientes tendencias de la esfera del arte. ¿No debemos considerar la desaparición del humanitarismo en el arte, la aparición de «algo prosaico» *Sachlichkeit)* en la vida sexual, en el arte y en la arquitectura, y la expresión de los impulsos naturales en el deporte? ¿No debe ser interpretado todo esto como sintomático de una creciente regresión de los elementos ideológicos y utópicos de la mentalidad de los estratos que están llegando a dominar la situación? ¿No debe interpretarse la gradual reducción de la política a la economía, hacia la que existe al menos una tendencia discernible, el rechazo consciente del pasado y de la noción del tiempo histórico, el barrido consciente de todos los «ideales culturales», como una desaparición asimismo de todas las formas de utopía del campo político? [14].

Las tendencias que Mannheim observó en 1929 aparentemente se convirtieron en realidades durante las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando se derrumbó la creencia en diversas formas de *Wertrationalität* carismática en los órdenes religioso, económico y político, en parte debido a que las diversas ideologías y utopías demostraron ser fracasos o se convirtieron en realidades operativas. El protestantismo, el catolicismo, el comunismo y la socialdemocracia perdieron el poder de inspirar a los pueblos occidentales el que trabajasen duro, la vida moralmente o el cambio del mundo. Las legitimaciones ideológicas de las sociedades o las fuerzas políticas se expresaban cada vez más en términos de *Zweckrationalität*, es decir, como órdenes sociales operantes o representantes de grupos de interés.

FORMULACIONES RECIENTES

Estas evoluciones indujeron a varios analistas políticos a plantear el ocaso de la ideología, especialmente en cuanto afectaba al comportamiento de movimientos izquierdistas o de la clase trabajadora después de la Segunda Guerra Mundial. Así, Albert Camus, que escribía en el diario

[14] *Ibid.*, p. 230.

parisiense de izquierdas *Combat*, en 1946, observó que los socialistas, al abandonar el marxismo como «una filosofía absoluta, limitándose ellos mismos a retener su aspecto crítico [...], demostrarán que ésta era marca el fin de las ideologías» [15]. En 1949, el sociólogo británico (y socialista) T. H. Marshall anticipaba una explicación general del auge y el declive de las ideologías totales. Sugería que surgieron inicialmente con la aparición de nuevos estratos, tales como la burguesía o la clase trabajadora, al reclamar derechos de ciudadanía, es decir, el pleno derecho a participar social y políticamente. Mientras les fueron denegados tales derechos, considerables segmentos de estos estratos apoyaron las ideologías revolucionarias (o utopías). A su vez, los antiguos estratos e instituciones, buscando conservar sus antiguos monopolios de poder y de *status*, fomentaron las doctrinas conservadoras extremistas. El origen del declive de tales ideologías en los países democráticos, bajo este punto de vista, está en la eventual integración de estos grupos en la sociedad y el Estado [16].

Otro erudito británico, Isaiah Berlin, al revisar la evolución de las ideas políticas de este siglo, llegó a conclusiones similares en 1950, aunque desde una perspectiva ideológica y analítica diferente, la de un teórico político conservador. Berlin opinaba que la aceptación general en el mundo de la posguerra de la «política de disminuir la aflicción y la miseria» por medio de la acción colectivista del Estado, daba como resultado un orden cuya «tendencia total [...] es reducir todos los temas a problemas técnicos de menor o mayor complejidad». «En Europa occidental esta tendencia ha tomado la [...] forma de un cambio de énfasis, alejándose del desacuerdo de los principios políticos (y de las luchas de partidos que surgieron de auténticas diferencias de puntos de vista morales y espirituales) y acercándose a desacuerdos, en su esencia técnicos, sobre métodos [...]. Consecuencia de esto es la notable y creciente falta de interés en los temas políticos a largo plazo: en contraposición con los actuales problemas diarios económicos o sociales» [17].

El primer análisis general y erudito del «fin de la ideología política» realizado por un norteamericano fue publicado en la primavera de 1951 por un historiador, H. Stuart Hugues. Aunque el análisis de Hugues contenía todos los elementos básicos elaborados por los comentaristas subsiguientes, su trabajo ha sido ignorado *ex profeso* por los críticos de esta tesis. Quizás esta benevolente omisión se debe a los antecedentes de Hughes como socialista, luchador por las causas de izquierda (por ejemplo, la campaña presidencial de Henry Wallace de 1948, SANE, TOCSIN y otros grupos pacifistas), y su actuación como candidato izquierdista no

[15] Como está citada en ROY PIERCE, «Anti-Ideological Thought in France», en M. REJAI (ed.), *Decline of Ideology?*, Aldine/Atherton, Chicago, 1971, p. 287; véase también ALBERT CAMUS, *Resistance, Rebellion, and Death*, Hamish Hamilton, Londres, 1969, pp. 197-198.

[16] Esta tesis es presentada por T. H. MARSHALL en su ensayo actualmente clásico, «Citizenship and Social Class», en sus *Citizenship and Social Class and Other Essays*, University Press, Cambridge, 1950, pp. 1-85, reimp. en su *Class, Citizenship, and Social Development*, Doubleday, Garden City, N. Y., 1964, pp. 65-122.

[17] ISAIAH BERLIN, «Political Ideas in the Twentieth Century», *Foreign Affairs*, 28 (abril 1950), pp. 376-377.

violento de un tercer partido en el Senado de los Estados Unidos contra Edward Kennedy en 1962, antecedente que favorece a los intentos de dar vinculaciones ideológicas de concepto. La descripción de Hughes, escrita en el primer año de la década de 1950, se parece mucho a las otras que aparecieron posteriormente en dicha década:

> El proceso de disolución ideológica que empezó hace treinta años con los primeros éxitos del fascismo italiano y con las desilusiones que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, notablemente aceleradas ahora, parece que ha alcanzado su conclusión lógica [...].
>
> Como era predecible, la izquierda ha sido duramente golpeada. La izquierda, vociferantemente ideológica y doctrinaria, era más vulnerable a esa especie de lenta corrosión que la derecha, que ha aprendido el escepticismo y la adaptabilidad de sus derrotas del siglo pasado. De hecho, el final de la *mística* de la izquierda es el más claro signo de lo que sucedió [...].
>
> El socialismo, como fe política, casi ha abdicado [...]. En las actuales circunstancias, un partido que ha elegido el camino de la participación en el gobierno apenas puede evitar el conservadurismo, la negación de la ideología asociada normalmente al poder político.
>
> Por el mismo proceso de reclasificación, la palabra «fascismo» ha perdido muchos de sus terrores. En los círculos conservadores mucha gente evita totalmente mencionar este término [...].
>
> Incluso la palabra «democracia» está perdiendo su sacrosanto carácter [...]. De las dos partes principales de la definición contemporánea más generalizada de democracia —libertad individual y gobierno por sufragio unviersal— es sólo la primera la que ha conservado su poder de inspirar entusiasmo y sacrificio [...].
>
> Lo que en realidad ha estado tambaleándose es la promesa de la igualdad social. En el año 1950, la única clase de igualdad que tenían ante sí la mayoría de los europeos cultos era el poder acomodarse a un *standard* de clase baja-media modesta pero respetable —el tipo de vida cotidiana de la que George Orwell dio una escalofriante descripción en su obra *1984*, y de la cual Gran Bretaña, bajo el gobierno laboralista, ha proporcionado un digno goce anticipado. No es ésta la noción de igualdad que en otra época inspiró la muerte en las barricadas y las vidas consagradas de los revolucionarios [...]. El hombre común ha perdido su aura de santidad. Los que hace una década hablaban del hombre común se equivocaban sólo en un centenar de años: era el siglo que se estaba terminando en vez del que se estaba abriendo ante ellos [18].

En 1955, el Erankfurt Institute tuvo que proporcionar de nuevo un «hogar» para otra importante expresión de la tesis cuando Raymond Aron publicó su *Fin de l'âge idéologique?* en uno de sus volúmenes [19]. Aunque los principales portavoces de la «teoría crítica» no estaban de acuerdo con sus «huéspedes», Mannheim y Aron, iban a adelantar sus propias versiones del «fin de la ideología» en varias obras. Según observa Martin Jay, el historiador del Erankfurt Institute: «La versión de la Escuela de Francfort del fin de la ideología creció a partir de su creencia de que la sociedad liberal estaba siendo sustituida por un "mundo" casi enteramente "administrado" en el cual las justificaciones ideológicas no

[18] H. Stuart Hughes, «The End of Political Ideology», *Measure*, 2 (primavera 1951), pp. 150, 151, 154-155.

[19] Aron, «Fin de l'âge idéologique?», en Adorno y Dirks (eds.), *Sociologica*.

eran ya necesarias» [20]. Theodor Adorno, en un artículo publicado en 1951, concluyó que «en el auténtico sentido de falsa conciencia no existen más ideologías» [21]. En un libro escrito colectivamente por varios autores, presentado en su totalidad como obra del Instituto, que apareció en 1956, se llamaba la atención sobre el «debilitamiento» de la ideología, desde un punto álgido alcanzado «alrededor del año 1910»:

> Se puede hablar de ideología en una forma significativa sólo hasta el extremo de que algo espiritual surja del proceso social como algo independiente, como una sustancia y con sus propias pretensiones [...]. Hoy en día, la característica de las ideologías es mucho más la ausencia de esta independencia que la ilusión de sus pretensiones [...].
>
> Nada queda entonces de la ideología excepto lo que existe por sí solo, los modelos de una conducta que se somete al poder abrumador de las condiciones existentes [...]. La ideología y la realidad convergen de esta forma porque la realidad, debido a la ausencia de cualquier otra ideología convincente, se convierte en su propia ideología [22].

Esfuerzos más detallados para explicar el declive de la ideología en la sociedad occidental fueron efectuados por dos antiguos miembros de la Escuela de Francfort que permanecieron en los Estados Unidos después de que la mayoría de sus elementos integrantes volvieran a Alemania después de la guerra: Otto Kirchleimer y Herbert Marcuse. Kirchleimer, en tres artículos punzantes, afirmó que las ideologías de base partisana decayeron porque el «partido ideológico de integración de masas, producto de una época con líneas más duras de claves y estructuras dominacionales más sobresalientes, se está transformando a sí mismo en un "partido del pueblo" que sirve para todo [...]. En las condiciones actuales de difusión secular y orientación hacia los bienes de consumo de masas, con líneas de clase cambiantes y menos obstructivas, los partidos primitivos de masas de clases y los partidos «denominacionales» de masas están sujetos a presiones que les impulsan a convertirse en partidos del pueblo "para todo"» [23].

Además, según Kirchheimer, «el moderno Estado del bienestar puede ahora procurar soluciones a los problemas de muchos grupos sociales. Esto debilita los viejos antagonismos de intereses inmediatos y los convierte en meros conflictos de prioridad en la secuencia temporal de las satisfacciones [...]. Esta situación permite [...] que las políticas de partido sean determinadas por requisitos tácticos del momento, relegando ideológicamente determinados objetivos a largo plazo» [24].

[20] Martin Jay, «The Frankfurt School's Critique of Karl Manheim and the Sociology of Knowledge», *Telos*, n.° 20 (verano 1974), p. 84.

[21] Theodor W. Adorno, *Prismen*, Suhrkamp, Berlin, 1955, p. 30.

[22] Frankfurt Institute for Social Research, *Aspects of Sociology*, Beacon Press, Boston, 1972, pp. 199, 202-203.

[23] Otto Kirchheimer, «The Transformation of the Western Party Systems», en Joseph LaPalombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1966, pp. 184, 190.

[24] Otto Kirchheimer, «Germany: The Vanishing Opposition», en Robert Dahl (ed.), *Political Oppositions in Western Democracies*, Yale University Press, New Havewn, 1966, p. 247. Véase también Otto Kirchheimer, «The Waning of Opposition in Parliamentary

El repetido énfasis de Herbert Marcuse sobre el declive de la ideología en la sociedad moderna lo expuso a la crítica por parte del sociólogo marxista francés Lucien Goldmann, quien calificó a los componentes del grupo «Aron, Marcuse, Bell, Riesman» como los orígenes de la «creencia de que la sociedad occidental ha estado tan estabilizada que no se puede encontrar dentro de ella ninguna oposición grave»[25]. Según se menciona en el capítulo anterior, Marcuse reiteró en muchas ocasiones, en sus escritos y conferencias ante el público, la creencia de que la sociedad industrial avanzada, por medio de su capacidad para mantener la abundancia y la cultura de masas, no proporcionaría ya una base para la política proletaria de conciencia de clase[26].

La desesperación de Marcuse con respecto a la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora es, por supuesto, bien conocida. Mucho menos publicado es el hecho de que Marcuse era tan pesimista acerca del papel de los negros y los estudiantes que se opuso abiertamente a la participación de los primeros en el proceso político y de los segundos en el gobierno de la Universidad; porque el sistema es capaz de inducir a ambos a conformarse básicamente al *statu quo*. En un simposio que tuvo lugar en 1965 en la Universidad de Rutgers, Marcuse declaró que a los negros les había lavado el cerebro la sociedad norteamericana y, por consiguiente, siguen las normas de la clase media en su comportamiento político: «Al preguntarle qué situación prefería —la de privación a los negros de sus derechos civiles, incluyendo el poder votar, o la del libre ejercicio por parte de los mismos de sus derechos civiles para elegir "los valores de la clase media"—, Marcuse replicó: "Bueno, como yo he empezado por este camino, debería seguir hasta el fin: Yo prefería que no tuvieran el derecho a elegir equivocadamente"»[27].

Menos de un mes después de los «sucesos» de Francia de mayo de 1968, en un reportaje del diario *Le Monde*, Marcuse manifestó que «en todo lugar y en todo tiempo, la abrumadora mayoría de los estudiantes es conservadora y aun reaccionaria. Por lo que el poder estudiantil, en caso de que fuera democrático, sería conservador o incluso reaccionario»[28].

REACCIONES A LA REVUELTA ESTUDIANTIL

En 1969, Marcuse, como muchos otros, se dio cuenta de que estaba equivocado. En su *Ensayo sobre la liberación* identificó a la «población

Regimes», *Social Research*, 24 (verano 1957), pp. 128-156. En una nota a su artículo en el volumen de Dahl, Kirchheimer observa que estos aspectos han sido discutidos por otros, incluyendo a Robert Tingsten, Manfred Friedrich, Karl Bracher y Lipset. Véase su «Germany...», p. 247.

[25] LUCIEN GOLDMANN, «Understanding Marcuse», *Partisan Review*, 38 (1971), p. 258.

[26] HERBERT MARCUSE, *One-Dimensional Man*, Beacon Press, Boston, 1964, pp. XII-XIII.

[27] LEO ROSTEN, *A Trumpet for Reason*, Doubleday, Garden City, N. Y., 1970, pp. 64-65.

[28] Esta entrevista, publicada en *Le Monde* el 11 de abril de 1968, se cita en «Upsurge of the Youth Movement in Capitalist Countries», *World Marxist Review*, 11 (julio 1968), p. 8.

de los guetos norteamericanos y a la oposición estudiantil como fuerzas destructivas importantes».

Sin embargo, según se indica en el capítulo 14, concluía que una «revolución liberadora no está en el orden del día» de los Estados occidentales industriales adelantados; que la combinación del «factor subjetivo» necesario (conciencia política) y el «factor objetivo» («el apoyo y participación de la clase que está en la base de la producción») sólo «coinciden en las grandes zonas del Tercer Mundo»[29].

Ideas similares expresó el erudito Barrington Moore, Jr., quien está más cerca de ser un exponente del análisis marxista en la sociología norteamericana que cualquier otra figura importante en este terreno, y que posteriormente confeccionó con Marcuse y Robert Wolf un opúsculo radical a últimos de la década de 1960, una *Crítica de la tolerancia pura*. Moore escribió en la década de 1950 lo siguiente:

> «Como nosotros reducimos las desigualdades económicas y los privilegios, también podemos eliminar los orígenes del contraste y del descontento que mueven las auténticas alternativas políticas [...]. Creo que hay más que una floritura dialéctica en la afirmación de que la libertad necesita la existencia de un grupo oprimido para crecer vigorosamente [...]. Una vez que el ideal ha sido alcanzado, o aun cuando está próximo a realizarse, la fuerza impulsora del descontento desaparece y una sociedad se asienta, se acomoda durante un tiempo a la aceptación impasible de las cosas tal cual son. Algo de esto parece haber sucedido en los Estados Unidos[30].

Hacia la misma época, T. B. Bottomore, que iba a convertirse en el principal y más antiguo exponente del marxismo en la sociología británica y en el candidato triunfante de las fuerzas izquierdistas para la presidencia de la Asociación Internacional Sociológica de mediados de la década de 1970, emitió juicios comparables con respecto al sentido general de cambio en la sociedad occidental. Bottomore identificó el declive del conflicto ideológico en el mundo de la posguerra reflejando un cambio básico en las relaciones de clases. Así lo escribió en 1955 en su obra *Clases de la sociedad moderna:*

> Aunque los gobiernos democráticos tienen todavía un carácter de clase, no es ésta ya su característica más prominente como lo era con frecuencia en el siglo XIX [...]. Hay que observar también que en muchas democracias modernas existe una amplia y creciente zona de política social en la cual están de acuerdo los principales partidos. El alcance de este acuerdo sobre los intereses de la comunidad en general es una medida del declive de agudos antagonismos de clase. Esta es una medida especial del grado en que los grupos privilegiados han renunciado a sus privilegios y han abandonado la búsqueda de intereses puramente egoístas y, por lo tanto, en la disminución real de las diferencias de clase[31].

[29] HERBERT MARCUSE, *An Essay on Liberation*, Beacon Press, Boston, 1969, p. 56.

[30] BARRINGTON MOORE, Jr., *Political Power and Social Theory*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1958, p. 183.

[31] T. B. BOTTOMORE, *Classes in Modern Society*, Amsterdam, Londres, 1955, pp. 52-53.

Diez años más tarde, en la segunda edición de su libro, Bottomore, reaccionando al renacimiento de la controversia ideológica entre las clases cultas o ilustradas de Occidente, apoyó a partidarios de la tesis del «fin de la ideología» para expresar su desdeño por el hecho de que dichas clases cultas no hubieran comprendido que los orígenes básicos del atractivo radical continuasen todavía bajo el capitalismo [32]. No hay la más mínima sugerencia en esta edición revisada de que el propio Bottomore hubiera sido un exponente de la versión extrema de la tesis, la de que, en su optimismo social, fue mucho más allá del análisis de escritores tales como Aron, Bell, Shils y yo mismo. Simplemente, él renunció a su argumento de 1955 según el cual el conflicto ideológico había declinado porque:

> Los dueños de propiedades en las democracias industriales desarrolladas habían dejado de ser la clase gobernante en el sentido de poder mantener o mejorar su propia sitaución en la sociedad o de resistir la creciente presión hacia la igualdad de condiciones [...]. Los instrumentos de producción no pueden ya ser utilizados sin considerar los intereses del trabajador; están cubiertos de restricciones impuestas por los gobiernos democráticos. La propiedad no asegura ya automáticamente a su poseedor una participación predominante en los asuntos políticos de la sociedad. El poder, en las sociedades democráticas contemporáneas, está disperso entre numerosos grupos sociales, patronos, sindicatos y asociaciones voluntarias de muchas clases, cada una de las cuales aporta su influencia para dominar la política del gobierno [33]

Bottomore, posiblemente consciente de la discrepancia entre la postura adoptada en las dos ediciones, trató en 1967 el «fin de la ideología» como una frase que suena «de forma extraña»; continuó observando, no obstante, que «si lo que se quiere decir es que las grandes ideologías del siglo XIX que dividieron internamente a las sociedades se han resquebrajado y parecen estar desmoronándose, y ya no ejercen su primitivo influjo sobre las mentes de los críticos sociales, entonces la caracterización puede ser aceptada como plausible» [34].

Tres años más tarde, en 1970, Bottomore, en un ensayo publicado en la revista de la Nueva Izquierda *New York Review of Books,* dio una vez más marcha atrás en una severa crítica en la que calificaba como «puntos de vista manifiestamente desacreditados» a las «notorias doctrinas que proclaman el "fin de la ideología" y el logro de una "democracia estable" en los países industriales occidentales» [35]. Tampoco existe ninguna insinuación en su ensayo —que hace suponer que la exacerbación del conflicto político a últimos de la década de 1960 constituyó una refutación evidente por sí misma de los puntos de vista atacados— de que su autor haya adelantado muchos de los argumentos que él estaba ahora proyectando en los escritos de los demás. Así pues, anteriormente, en una comparación de la Unión Soviética con «las democracias occidentales», sugirió que la «unificación de élites [...] característica de todos los países comunistas» ocasionó «la formación de una nueva clase dirigente y la consolidación de sus privilegios y de su poder sobre el resto de la sociedad», mientras que los países occidentales «difieren [...] en que para el poder de un grupo está limitado por el poder de otros grupos independientes, partidos políticos, patronos, sindicatos y otros grupos de presión. Esta es una diferencia muy importante, puesto que la aparición de una élite única y unificadora significa el final de la libertad y de la igualdad» [36].

Bottomore incluyó entre las «doctrinas notorias», vinculadas al «fin de la ideología», la teoría de las democracias estables, olvidando aparentemente que él había recalcado con anterioridad que «el sufragio universal hizo posible, por medios pacíficos, la reducción del poder de los propietarios y el cambio del carácter del gobierno [...]. La libertad individual en la sociedad sólo puede asegurarse por medios políticos, por instituciones que deben como mínimo excluir el sistema de partido único y fomentar la disensión protegiendo a los grupos minoritarios» [37].

Bottomore, como otros críticos izquierdistas de la «escuela de sociólogos del fin de la ideología», en un arrebato de entusiasmo por la aparición del activismo radical entre los estudiantes y la *intelligentsia* a finales de la década de los 60, manifestó triunfalmente en 1970 que «el origen de este defecto fue su propio carácter no histórico [...], lo que fomentó una propensión a considerar el efímero presente como una orden eterna» [38]. Curiosamente, a la vista de los posteriores acontecimientos en la década de 1970, Bottomore presentó como un ejemplo de este defecto mi estimación de 1967 de que el movimiento reavivado pudiera ser «uno de los muchos intentos infructuosos [...] de crear un movimiento radical en un ambiente esencialmente estéril», dados los antecedentes históricos de que «en los Estados Unidos, con su sistema social relativamente estable y una bastante larga tradición de tranquilidad política, los movimientos radicales sociales de cualquier clase habían tenido dificultad en establecerse» [39]. Bottomore podría haber mantenido mejor su récord de pronósticos si hubiera mantenido su propio comentario pesimista de 1960 sobre la política estudiantil. Observó entonces que la posibilidad de que el «nuevo radicalismo [durase más que las anteriores olas de corta vida] dependía de que el nuevo radicalismo pudiera encontrar alguna base en la sociedad menos efímera que un movimiento estudiantil» [40].

En un artículo que evaluaba el ocaso por entonces evidente del movimiento estudiantil, Bottomore escribió que es «difícil prever la evolución de un movimiento radical amplio» en los Estados Unidos. Veía po-

[32] T. B. Bottomore, *Classes in Modern Society,* 2.ª ed. rev., Pantheon Books, Nueva York, 1966, pp. 95-96.
[33] T. B. Bottomore, *Classes in Modern Society,* 1.ª ed., p. 52.
[34] T. B. Bottomore, *Critics of Society: Radical Thought in North America,* Allen & Unwin, 1967, p. 19.
[35] T. B. Bottomore, «Conservative Man», *New York Review of Books* (8 octubre 1970), p. 20.

[36] T. B. Bottomore, *Classes in Modern Society,* 1.ª ed., pp. 46-48.
[37] *Ibid.,* pp. 53-55.
[38] T. B. Bottomore, «Conservative Man», p. 21.
[39] Citado, *ibid.,* p. 22. La cita es de S. M. Lipset y Philip Altbach, «Student Politics and Higher Education in the United States», en S. M. Lipset (ed.), *Student Politics,* Basic Books, Nueva York, 1967, p. 244.
[40] T. B. Bottomore, *Critics of Society,* p. 133.

cas esperanzas de radicalización en la clase trabajadora «en condiciones de creciente prosperidad y disminución del sindicalismo»[41].

Los participantes y partidarios de la ola activista estudiantil de los años sesenta sólo pudieron encontrar plazas de desprecio total para quienes, como David Riesman y yo, llamábamos la atención sobre el modelo histórico de repetidos incrementos y rápidas disminuciones de los movimientos estudiantiles[42]. No obstante, unos pocos años más tarde, tales generalizaciones iban a proporcionar argumentos a los radicales deprimidos por el evidente reflujo de protesta. Bettina Aptheker, líder marxista de la revuelta de Berkeley en 1964-1965, tomó conciencia en 1973 del hecho de que «todos los movimientos sociales se producen en oleadas. No se puede mantener un nivel de intensidad por un período indeterminado de tiempo [...]; si ese análisis es correcto, el movimiento se repetirá»[43].

La suposición de que las tendencias básicas estructurales de la sociedad occidental habían reducido mucho los factores que ocasionaban un intenso conflicto ideológico se aplicó a principios de los años 60 de forma específica a las perspectivas de un activismo estudiantil por un erudito de orientación izquierdista, llamado Kenneth Keniston, que iba a convertirse en el más destacado y simpático estudiante norteamericano producto de este fenómeno durante su punto más álgido, en la última mitad de dicha década. Primeramente subrayó el «declive de la Utopia» y la «quietud» entre los estudiantes. Al comentar, hacia mediados de la década de los 70, tanto «el punto de vista del período moderno» como el del «declive de la utopia» y el del «fin de la ideologia», Joseph Gusfield subrayó la importancia de los escritos de Keniston como una importante formulación del enfoque[44]. La convicción de Keniston de que la juventud norteamericana era, en su mayoria, «predominantemente apolítica», le indujo en 1963 a poner «renacimiento político» entre comillas en el titulo de un artículo que trataba de los «signos de aumento de la actividad política en varias universidades», y a dedicar la mayor parte de su ensayo a analizar los orígenes estructurales perdurables de la «apatia»[45]. Sugirió que parece que la riqueza y la educación tienen un efecto negativo en la implicación politica, al menos en los Estados Unidos»; conclusión que fue al revés unos cuantos años más tarde.

No obstante, el propio Kenneth Keniston habría de señalar con desprecio los escritos de Daniel Bell, Seymour Martin Lipset y Edward Shils

[41] T. B. BOTTOMORE, «The Prospect for Radicalism», en BERNARD LANDIS y EDWARD S. TAUBER (eds.), *In the Name of Life: Essays in Honor of Erich Fromm*, Rinehart & Winston, Nueva York, 1971, p. 319.

[42] S. M. LIPSET, *Rebellion in the University*, Little & Brown, Boston, 1972, p. 195.

[43] Citado en BEVERLY STEPHEN, «Veterans of the Student Revolution», *San Francisco Chronicle* (31 octubre 1973).

[44] JOSEPH R. GUSFIELD, *Utopian Myths and Movements in Modern Societies*, General Learning Press, Morriston, N. J., 1973, p. 1.

[45] Véase, especialmente, su libro *The Uncommitted*, Harcourt Brace, Nueva York, 1965, y sus artículos «Alienation and the Decline of Utopia», *American Scholar*, 29 (primavera 1963), pp. 40-64. Ambos artículos están incluidos en su colección de ensayos *Youth and Dissent*, Harcourt, Brace, Jovanovich, Nueva York, 1971, en el cual Keniston remite a sus lectores que compartan sus cambios en las evaluaciones a medida que progresaron los años.

sobre el fin de la ideología. Suponiendo que este grupo de teóricos «liberales» hubiera predicho «exactamente lo contrario de lo que ocurrió», Keniston concluyó que «este solo hecho nos empuja a cuestionar y redefinir las suposiciones básicas con las que empezó el liberalismo»[46]. No se puede evitar una expresión de asombro al leer estas palabras, máxime cuando proceden de un especialista en la investigación del comportamiento de los jóvenes, que insistió, incluso *después* de haber comenzado la revuelta juvenil de los años sesenta, en que no se podrían invertir las fuerzas básicas que producen el espíritu apolítico y la apatía entre los estudiantes, teniendo sobre todo en cuenta que sus palabras iban dirigidas contra un grupo de eruditos que anticiparon explícitamente en sus escritos del fin de la ideología el resurgimiento de la política ideológica o utópica basada en una «joven generación rebelde» (Shils), «los jóvenes intelectuales» (Bell) y «los intelectuales» (Lipset)[47].

Mis referencias a la obra de varios eruditos que han sido identificados con el marxismo, o cuyos escritos implican conformidad con diversas formas de activismo izquierdista, como postulantes de una variante extrema del «fin del conflicto» de la tesis del «fin de la ideología», no quieren significar que dichos escritos den a la tesis una coloración ideológica izquierdista específica. Pero, dado el contexto polémico de lo tratado, es importante observar que varias persuasiones políticas, cada una a su propio modo, prestan apoyo a esta idea. Estas incluyen, además de las que han sido tratadas anteriormente, las de dos prominentes sociólogos norteamericanos, David Riesman y Talcott Parsons; Herbert Tingsten, redactor-jefe durante mucho tiempo del importante diario liberal sueco *Dagens Nyheter;* Gunnar Myrdal, el famoso economista y líder socialista; Ralf Dahrendorf, probablemente el más conocido de los sociólogos alemanes contemporáneos, que escribía a mediados de los años 50, cuando aún era un activo socialista; Stein Kokkan, durante algún tiempo presidente de la Asociación Internacional de Ciencias Politicas; George Lichtheim, historiador y teórico socialista; Lewis Fewer, exponente actual de la aplicación de enfoques psicoanalíticos al análisis social; Michel Crozier y Alain Touraine, sociólogos franceses de orientaciones totalmente diferentes; Mark Abrahams, experto británico en encuestas; Robert Lane, comportamentista político de Yale, antiguo líder estudiantil y actual activista socialista; Judith Shklar, profesora de Harvard, que escribe desde el punto de vista de la teoría política, y Thomas Molnar, teórico político conservador, entre los muchos que podrían ser citados[48].

[46] KENNETH KENISTON, «Revolution or Counterrevolution?», pp. 293-294.

[47] Véase discusión y citas, pp. 547-551.

[48] Para una literatura representativa que presenta diferentes variantes, no citada en otras partes de este artículo, véase HERBERT TINGSTEN, «Stability and Vitality in Swedish Democracy», *Political Quarterly*, 26 (abril-junio 1955), pp. 140-151; LEWIS FEUER, *Psychoanalysis and Ethics*, Charles C. Thomas, Springfield, Ill., 1955, pp. 126-130; STEIN ROKKAN, *Sammenlignende Poliikisosilogi*, Chr. Michelsens Institut, Bergen, 1958; RALF DAHRENDORF, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford University Press, Stanford, 1959, esp. pp. 241-318; GUNNARD MYRDAL, *Beyond the Welfare State*, Yale University Press, New Haven, 1960; GEORGE LICHTHEIM, *The New Europe*, Praeger, Nueva York, 1963, esp. pp. 175-215; ROBERT E. LANE, «The Politics of Consensus in an Age of

LA FORMULACION KENNEDY

Aunque John F. Kennedy ha sido prestigiado por algunos al terminar con la inactividad política de los «silenciosos años 50» en los Estados Unidos, al hacerse portavoz del nuevo compromiso ideológico con los objetivos igualitarios del país, inspirando así el activismo político estudiantil, abogó por una versión de la tesis del «fin de la ideología» en un discurso público, en declaraciones cuyos primeros borradores han sido atribuidos a Arthur Schlesinger, Jr. Así, en mayo de 1962 proclamó que la división ideológica en temas básicos había terminado; que ya no eran necesarios «los grandes "movimientos apasionados" que habían agitado este país tan frecuentemente en el pasado». Un mes más tarde, en un discurso de inauguración de curso en Yale, el joven presidente concluía que «los problemas nacionales más importantes de nuestro tiempo son más sutiles y menos sencillos. Estos no tienen relación con los conflictos básicos de filosofía e ideología, sino con las formas y medios de alcanzar objetivos comunes»[49].

Las suposiciones subyacentes en estas afirmaciones —que los problemas económicos básicos del trabajo, seguridad y desigualdad han sido resueltos en su mayor parte— fueron predichas a finales de la década de los 50 por dos liberales que habrían de convertirse en los principales portavoces intelectuales de la era Kennedy, Arthur Schlesinger, Jr., y John Kenneth Galbraith, ambos profesores de Harvard en aquel entonces. En 1957, el primero descubrió que «aunque hay cosas que hacer en áreas de dirección y reglamentación económica, los problemas principales de la estructura económica parecen estar resueltos; pocos liberales abogarían seriamente hoy por alterar la combinación de nuestra actual economía mixta [...]. Además, hasta cierto punto, la actual Administración conservadora se ha dejado dominar, aparentemente, con los objetivos verbales del Pacto Social * [...]. Según ha sugerido Arthur Larson, todos somos ahora partidarios del Pacto Social»[50].

Affluence», *American Political Science Review*, 59 (1965), pp. 874-895; ROBERT E. LANE, «The Decline of Politics and Ideology in a Knowledgeable Society», *American Sociological Review*, 31 (1966), pp. 649-662; ROBERT TUCKER, «The Deradicalization of Marxist Movements», *American Political Science Review*, 61 (1967), pp. 343-358; MARK ABRAMS, «Social Trends and Electoral Behavior», *British Journal of Sociology*, 13 (1962), pp. 228-241; MANFRED FRIEDRICH, *Opposition ohne Alternative*, Verlag Wissenchaft und Politik, Cologne, 1962; JUDITH SHKLAR, *After Utopia: The Decline of Political Faith*, Princeton University Press, Princeton, 1957; TALCOTT PARSONS, «An Approach to the Sociology of Knowledge», *Transactions of the Fourth World Congress of Sociology*, International Sociological Association, Louvain, 1959, 4:25-49; THOMAS MOLNAR, *The Decline of the Intellectual*, Meridian Books, Cleveland, 1961, esp. pp. 199-222; STEPHEN R. GRAUBARD (ed.), *A New Europe?*, Houghton Miffin, Boston, 1964, esp. ensayos de ERNST B. HAAS, KARL DIETRICH BRACHER, RALF DAHRENDORF, S. M. LIPSET, ALAIN TOURAINE, ERIC WEIL y MICHEL CROZIER; DAVID RIESMAN, introducción a STIMSON BULLITT, *To Be a Politician*, Doubleday, Nueva York, 1959, esp. p. 20.

[49] Citado en ROUSSEAS y FARGANIS, «American Politics and the End of Ideology», p. 284.

* «New Deal», en el original. (*N. del T.*)

[50] ARTHUR SCHLESINGER, Jr., «Where Does the Liberal Go from Here?», *New York Times Magazine* (4 agosto 1957), pp. 7, 36.

Cinco años más tarde Schlesinger elaboró estos puntos de vista con una escala global, observando que el auge del Estado del bienestar o «sociedad mixta» ha «revelado que el capitalismo clásico y el socialismo clásico son doctrinas del siglo XIX [...]. Por ejemplo, ahora es evidente que la elección entre medios privados y públicos [...] no es asunto de principios religiosos [...]. Es simplemente una cuestión práctica para ver con qué medios puede obtenerse el fin deseado [...]. En efecto, yo sugeriría que podríamos eliminar las palabras "capitalismo" y "socialismo" del discurso intelectual»[51].

Su colega académico Galbraith, posteriormente miembro de la Administración Kennedy, entusiasta partidario de la Nueva Política de 1970 y que actualmente se proclama socialista, expuso similares puntos de vista, observando que:

> la desigualdad, como preocupación económica y social, ha ido declinando en importancia [...]. La producción ha eliminado las tensiones más agudas asociadas con la desigualdad. Y ha resultado evidente, tanto para conservadores como para liberales, que la creciente producción agregada es una alternativa a la redistribución o incluso a la reducción de la desigualdad. El más antiguo y más agitado de los temas sociales, si no está resuelto, al menos está en desuso, y por otra parte los contendientes han concentrado su atención en el objetivo de aumentar la productividad [...].
>
> Las antiguas preocupaciones de la vida económica —con igualdad, seguridad y productividad— han quedado ahora reducidas a las de productividad y producción. La producción se ha convertido en el disolvente de las tensiones antes relacionadas con la desigualdad y en el remedio indispensable de las incomodidades, ansiedades y privaciones relacionadas con la inseguridad económica[52].

VATICINIOS SOBRE LA NUEVA POLITICA

La mayor parte de las críticas izquierdistas a las teorías del fin de la ideología se han concentrado en los escritos de la llamada «escuela pluralista de sociólogos», Aron, Bell, Shils y yo mismo, haciendo hincapié en las supuestas contradicciones de nuestra hipótesis, dada la revuelta de la nueva izquierda en la década de los sesenta, basada principalmente en los estudiantes, excluyendo a las minorías y a la *intelligentsia*. No obstante, todos nosotros habíamos vaticinado que la protesta política continuaría y que sería apoyada principalmente por estos estratos. Así, como se ha mencionado antes, Edward Shils, en su artículo original en *Encounter*, en 1955, predijo que, a no ser que la sociedad occidental emprendiese socialmente «grandes tareas», la «ideología», como doctrinas extremas o revolucionarias, «se deslizaría por la puerta trasera o más especialmente a través de una joven generación rebelde»[53]. Nuevamente, en un artículo

[51] ARTHUR SCHLESINGER, Jr., «Epilogue: The One against the Many», en A. M. SCHLESINGER, Jr., y MORTON WHITE (eds.), *Paths of American Thought*, Houghton Mifflin, Boston, 1963, p. 536.

[52] JOHN KENNETH GALBRAITH, *The Affluent Society*, Houghton Mifflin, Boston, 1958, pp. 97, 119.

[53] SHILS, «The End of Ideology», p. 57.

publicado en 1958, que representa su gran colaboración en la tesis del fin de la ideología, Shils recalcó la «tendencia de los intelectuales de los países de Occidente, y últimamente de los países asiáticos y africanos, a inclinarse hacia la política ideológica [... ya que] la mayor parte de las tradiciones de los intelectuales modernos parece inclinarlos hacia la perspectiva ideológica. Casi parece provocado por su fidelidad a los símbolos que trascienden a la vida diaria y a sus responsabilidades» [54].

En la conclusión a su ensayo de 1955, «¿El fin de la era ideológica?», que también es la última parte de su libro sobre los intelectuales, Raymond Aron negó explícitamente el declive del compromiso con la reforma social y el cambio: «No se deja de amar a Dios porque se deje de convertir a los paganos y a los judíos y ya no se reitere más: "No hay salvación fuera de la Iglesia". ¿Se dejará de desear una sociedad menos injusta y menos cruel para la humanidad en general si uno rehúsa a suscribirse a una clase única, a una sola técnica de acción y a un sistema ideológico único?» [55].

Una década más tarde, al volver al tema con un ensayo cuyo título indica su énfasis, «El fin de la ideología y el renacimiento de las ideas», Aron reiteró que no estaba vaticinando un fin de las perspectivas políticas o de los esfuerzos por reformar la sociedad, sino más bien un declive en el atractivo de las ideologías totales integradas en Occidente. Como él apuntó, «el derrumbamiento de síntesis ideológicas no conduce al pragmatismo ni disminuye los valores de la controversia intelectual» [56]. Aron explicó su postura ante los orígenes de la posición «antiideológica» de la izquierda moderada:

> La izquierda moderada, en las circunstancias actuales, es de hecho antiideológica en un sentido muy preciso y limitado: en cada situación en particular trata de reconciliar de la mejor forma posible, o al menos de la forma menos mala, la libertad personal, la legitimidad democrática, el progreso económico y la reducción de las desigualdades sociales. Esto es precisamente debido a que la reconciliación completa de todos estos objetivos dentro de una ideología coherente es imposible excepto como un concepto remoto nacional de que la izquierda moderada se declare ella misma «antiideológica» y hace hincapié en la diversidad de situaciones políticas y en la fragilidad de las síntesis muy amplias. Esto sucede porque las sociedades desarrolladas están logrando realizar, al menos parcialmente, una reconciliación tal que no pueden o no quieren formular una síntesis ideológica [57]

Mi propio análisis del declive de la ideología, en el capítulo 13, publicado por primera vez en 1960, fue presentado en el contexto de los argumentos *contra* las tesis de Barrington Moore y otros de la izquierda que recalcaron el impacto de estos cambios en el debilitamiento de la lucha de clases. Según apunté en el mencionado estudio descrito por Moshvichov como «uno en los que las tesis del "crepúsculo de la ideología" re-

[54] SHILS, *The Intellectuals and the Powers*, p. 55.
[55] ARON, *The Opium of the Intellectuals*, p. 323.
[56] ARON, *The Industrial Society*, p. 169.
[57] *Ibid.*, p. 161.

cibieron su más completo y exhaustivo análisis», cuestioné «si estos intelectuales no están confundiendo el declive de la ideología en la política nacional de la sociedad occidental con el final del conflicto de clases que ha sostenido la controversia nacional. Como nos muestran los abundantes datos de los modelos de voto en los Estados Unidos y otros países, el electorado en general no ve el fin de la lucha de clases anunciada por tantos intelectuales [...]. Las predicciones del fin de la política de clases en la "sociedad opulenta" ignoran el carácter relativo de cualquier sistema de clases» (p. 361).

Al especificar los factores subyacentes en el declive de las ideologías totales en los partidos de izquierda, argumenté sobre el tema, sugerido originalmente por T. H. Marshall y tratado anteriormente, que, como la política revolucionaria de masas en la primitiva sociedad industrial fue principalmente la lucha de la clase trabajadora por sus derechos ciudadanos, sus compromisos ideológicos se erosionaron cuando «los trabajadores [...] consiguieron su ciudadanía industrial y política, [y] los conservadores [...] aceptaron el Estado del bienestar». Pero en la suposición de que la «inclusión» reduce la necesidad de ideologías totales por parte de los grupos previamente excluidos, está implícito en un reconocimiento «de que los grupos étnicos, raciales o religiosos, como los negros norteamericanos o los católicos del Ulster, que están todavía privados de sus derechos ciudadanos, continuarán encontrando aplicaciones para las tácticas extremistas, ocasionalmente ideológicas» [58].

Al tratar del declive del sentimiento izquierdista entre los intelectuales norteamericanos en la década de los 50, en la primera edición de este libro, desafié la suposición de que «se ha iniciado un cambio permanente en la relación [antagonista] del intelectual americano con respecto a su sociedad. A pesar de las poderosas fuerzas conservadoras, permanecerá todavía la tendencia inherente a combatir el *statu quo* [...]. Cualquier *statu quo* implica rigideces y dogmatismos que los intelectuales tienen el inalienable derecho a atacar, desde el punto de vista bien de retroceder hacia los valores tradicionales, bien de avanzar hacia el logro del sueño igualitario» (p. 302).

Daniel Bell, en su análisis de *El fin de la ideología*, llegó a conclusiones similares acerca de la continua preocupación de los intelectuales, especialmente de los jóvenes, por las ideologías críticas:

> La nueva generación de [... intelectuales ...] se encuentra buscando nuevos proyectos dentro de una estructura de sociedad política que ha rechazado, intelectualmente hablando, las viejas visiones apocalípticas y milenaristas. En la búsqueda de una «causa» existe una ira profunda, desesperada, casi patética [...]. En los Estados Unidos [...] hay una impaciente búsqueda de un nuevo radicalismo intelectual [...]. La ironía [...] para los que buscan «causas» es que los trabajadores, cuyas protestas fueron antiguamente la energía impulsora del cambio social, están más satisfechos con la sociedad que los in-

[58] LIPSET, *Revolution and Counterrevolution*, pp. 268-270. Talcott Parsons también extrapoló del análisis de Marshall, con especial hincapié en la situación de los negros en América. Véase su *Politics and Social Structure*, Free Press, Nueva Yor, 1969, pp. 252, 257-259, 261, 277.

> telectuales. Los trabajadores no han alcanzado la utopía, pero sus ambiciones fueron menores que las de los intelectuales y sus logros, en correspondencia con esto, mayores.
>
> El joven intelectual es infeliz porque el «término medio» es para los de mediana edad, no para él; está exento de pasión y se está apagando. La ideología, que por naturaleza es una cuestión de todo o nada [..., es] temperamentalmente lo que desea[59].

Aunque el tono y el énfasis ideológico eran completamente diferentes, C. Wright Mills se empapó profundamente de los escritos de Weber y Mannheim, llegando casi a idénticas conclusiones que las de Bell y yo mismo. Así, en su famosa «Carta a la nueva izquierda» (publicada en 1960), manifestó: «Generalmente parece que sólo en ciertas etapas [primarias] de la industrialización, y en un contexto político de autocracia, etc., los trabajadores asalariados tienden a convertirse en una masa compacta con conciencia de clase, etc.». Describió la teoría de algunos radicales sobre el papel revolucionario de la clase trabajadora en «las sociedades capitalistas avanzadas» diciendo que se desarrollaba «ante la evidencia histórica realmente aplastante que ahora prevalece contra esta expectativa [...], un legado del marxismo victoriano que ahora es completamente irreal»[60]. Y Mills sugirió también que el grupo social que, dada su situación estructural, es más probable que sea una fuente de lucha continua contra lo establecido es el de los intelectuales: «Es teniendo en cuenta este problema de acción [de cambio] como he estudiado, desde hace ya varios años, el aparato cultural, los intelectuales, como posibles agentes inmediatos y radicales del cambio [...]; resulta que ahora, en la primavera de 1960, puede ser ciertamente una idea muy relevante»[61].

Puntos de vista similares han sido formulados por John Kenneth Galbraith en 1967, cuando reiteró sus opiniones, que expresó por primera vez una década antes, según las cuales el sistema industrial moderno ha echado por tierra las predicciones de Marx por su capacidad —una concomitante de la opulencia económica— de absorber el conflicto de clases y reducir drásticamente los conflictos sobre «los objetivos de la misma sociedad». Sin embargo, al igual que Mills, observó la aparición de un descontento «enfermizo, especialmente entre los estudiantes e intelectuales, con las modalidades aceptadas y aprobadas del pensamiento social»[62]. Tal descontento y posible conflicto con la clase económica dominante por parte de miembros de la «clase profesoral y científica y la gran comunidad intelectual» están, según Galbraith, implícitos en las agudas orientaciones de pensamiento inherentes a la posición estructural de las dos élites extragubernamentales más importantes.

Al recalcar el papel de los intelectuales como un núcleo potencial para el resurgir de la lucha a principios de la década de los años sesenta, Bell,

---

[59] BELL, *The End of Ideology*, p. 404.
[60] C. WRIGHT MILLS, *Power, Politics, and People*, Ballantine Books, Nueva York, 1963, p. 256.
[61] *Ibid.*, pp. 256-257.
[62] JOHN KENNETH GALBRAITH, *The New Industrial State*, Signet Books, Nueva York, 1968, pp. 330-331.

Mills y yo disentíamos de los supuestos de Marcuse y Bottomore. Por ejemplo, éste manifestaba ya en 1964 que «actualmente [...] se da el caso de que muchos intelectuales de países europeos occidentales y de Estados Unidos de América pertenecen a la derecha»[63].

Daniel Bell trató también las implicaciones ideológicas del «fin de las viejas creencias del milenarismo, del pensamiento apocalíptico», que es lo que entiende como ideología al utilizar esta famosa frase. Y al contrario de otros izquierdistas más pesimistas, que adoptaron sus propias versiones de esto, Bell se dio cuenta de que el «fin de la ideología» en política posibilitaría el estudio realista de la utopía por primera vez: «El fin de la ideología no es —no debería ser— también el fin de la utopía. Sólo así se puede empezar de nuevo el estudio de la utopía, conociendo la trampa de la ideología»[64].

Más recientemente, en sus análisis sobre la aparición de la sociedad postindustrial que ha desarrollado durante la pasada década, Bell ha recalcado también la especial propensión de los intelectuales hacia la promoción de actitudes ideológicas opuestas, actitudes que, al aparecer repetidamente entre los creadores de cultura, reflejan su deseo de reducir o abolir restricciones con el fin «de alcanzar alguna forma de apasionamiento». Tales actitudes están diametralmente opuestas a la orientación del mundo obrero, «la economía, la tecnología y el sistema laboral [..., que] está enraizado en la racionalidad funcional y en la eficacia [...] formado por el principio del cálculo, la racionalización del trabajo y del tiempo, y un sentido lineal de progreso»[65]. En varios escritos publicados desde el final de la década de los 50, siempre he recalcado el avance de la «cultura antitética» de los intelectuales, su continua oposición a los valores e instituciones básicas de los propietarios y dirigentes de la industria y la política en las sociedades capitalistas y poscapitalistas, que es inherente a la naturaleza de su trabajo, con su énfasis sobre la creatividad, la originalidad y la «innovación»[66].

Max Weber, en sus escritos de poco después de la Primera Guerra Mundial, anticipó brillantemente estos puntos de vista, observando el deseo de muchos intelectuales de encontrar alguna forma de apasionamiento en un período caracterizado «por la racionalización [...] y, sobre todo, por el "desencanto del mundo"». Enfrentados con el «desencanto», con la ausencia de ideologías carismáticas totales, algunos enfocarán su énfasis hacia «el reino trascendental de la vida mística o la hermandad de las relaciones humanas directas y personales». Podrán tratar de «construir in-

---

[63] T. B. BOTTOMORE, *Elites and Society*, C. A. Watts, Londres, 1964, p. 70.
[64] BELL, *The End of Ideology*, p. 405.
[65] BELL, *The Coming of Post-Industrial Society*, pp. 477-478.
[66] S. M. LIPSET y RICHARD DOBSON, «The Intellectual as Critic and Rebel: With Special Reference to the United States and the Soviet Union», *Daedalus*, 101 (verano 1972), pp. 137-198; S. M. LIPSET, «Academia and Politics in America», en T. J. NOSSITER *et al.* (eds.), *Imagination and Precision in the Social Sciences*, Faber, Londres, 1972, pp. 211-289; E. C. LADD, Jr., y S. M. LIPSET, *The Divided Academy: Professors and Politics*, Norton, Nueva York, 1976, esp. pp. 125-148; S. M. LIPSET y ASOKE BASU, «Intellectual Types and Political Roles», en LEWIS COSER (ed.), *The Idea of Social Structure*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1975, pp. 433-470.

telectualmente nuevas religiones sin una nueva y genuina profecía», que sólo puede dar como resultado «miserables monstruosidades. Y finalmente, la profecía académica sólo creará sectas fanáticas pero nunca una auténtica comunidad». Para Weber, la reacción más ética para el intelectual «que no puede soportar el destino de los tiempos» es volver a la religión tradicional. «A mi modo de ver, este retorno a la religión está en un plano más alto que la profecía académica, que no se da cuenta de que en las salas de conferencias de las universidades no cabe otra virtud que la de la plena integridad intelectual» [67].

Unos años más tarde, Karl Mannheim, en el mismo ensayo en el que vaticinó el declive de la ideologia y de la utopia, observó la dificultad de los intelectuales para vivir en «congruencia con las realidades de [...] un mundo completamente sin transcendencia, ya sea en forma de utopia o de ideología». Predijo el auge del énfasis sobre «la "autenticidad" y "franqueza" en lugar de los viejos ideales» [68]. Y, al igual que Weber antes que él, Mannheim predijo que serían «los intelectuales [...], más aún que ahora procedentes de todos los estratos sociales en vez de provenir sólo de los estratos más privilegiados», quienes, incapaces de acomodarse a una situación sin conflicto ideológico, procurarán buscarlo más allá de esta situación exenta de tensión» [69].

Volviendo al tema de finales de los años treinta, Mannheim casi parece describir las clases cultas de la nueva izquierda de la década de los 60 cuando escribe que los criticos intelectuales de la sociedad democrática liberal avanzada «rehúsan expresar incluso las más ligeras soluciones para el futuro»:

> Se considera como la más elevada clase de sabiduría no decir nada específico, despreciar el uso de la razón al tratar de moldear el futuro, y no exigir más que fe ciega. Entonces se goza de la doble ventaja de tener solamente críticas para los oponentes y, al mismo tiempo, poder movilizar sin restricciones y en provecho propio todas las emociones negativas de odio y de resentimiento que —según el principio de Simmel del «carácter negativo del comportamiento colectivo»— puede unificar a un gran número de personas más fácilmente que cualquier programa positivo [70].

Es interesante observar que, al comentar los escritos de Daniel Bell y los míos propios, que tratan del «fin de la ideología», James C. Davies sugiere que el malestar que básicamente subyace en nuestros escritos es un «sentido de la inadecuación de los sistemas capitalista y socialista [... para] proporcionar criterios o medios adecuados para desarrollar a los individuos y a las culturas más allá del nivel de abundancia material» [71]

[67] De Max Weber, *Essays in Sociology*, p. 155.
[68] Mannheim, *Ideology and Utopia*, pp. 230-231.
[69] *Ibid.*, pp. 232-233.
[70] Karl Mannheim, *Man and Society in an Age of Reconstruction*, trad. Edward Shils, Harcourt, Brace, Nueva York, 1950, p. 110.
[71] James C. Davies, *Ideology: Its Causes and a Partial Cure*, General Learning Press, Morristown, N. J., 1974, p. 3.

LA IDEOLOGIA DEL FIN DE LA IDEOLOGIA

Se ha hecho una crítica específica del concepto del «fin de la ideología» por algunos radicales que, al admitir una congruencia en el juicio empírico con su propia evaluación del debilitamiento de la controversia ideológica entre los protagonistas del partido mayoritario en las democracias occidentales, manifiestan todavía que los que han proclamado el «fin de la ideología» no han reconocido que el concepto es ideológicamente conservador y que contribuye a socavar los esfuerzos de cambio radical. Así pues, Stephen Rousseas y James Farganis han comentado que «poca duda puede haber de que [...] los argumentos [de Bell] y los de Lipset sobre el declive, si no el fin de la ideologia como fuerza operativa en el mundo occidental se basan principalmente en los hechos», pero continúan manifestando que «C. Wright Mills estaría de acuerdo en que el fin de la ideología hace un fetiche del empirismo e implica una ideología suya propia, una ideología de complacencia política para la justificación de las cosas según son» [72]. Pero, obviamente, tal argumento sólo repite una parte componente del análisis que ellos están criticando. En 1963 aventuré un estudio completo sobre los orígenes y consecuencias del «declive de la ideología»:

> Los conflictos de clases sobre temas relacionados con la división de la totalidad del pastel económico no sólo tienen influencia sobre varias instituciones, *status* simbólicos y oportunidades, continúan en ausencia de los *Weltanschauugen*, sino que [...] el declive de tales ideologías totales *no* significa el fin de la ideología. Claramente, el compromiso con las leyes del pragmatismo, con las reglas del juego del negocio colectivo, con el cambio gradual ya sea en una dirección izquierdista o derechista con la oposición tanto a un Estado central tódopoderoso como a un *laissez-faire*, constituye las partes componentes de una ideología. El «acuerdo en lo fundamental», el consenso político de la sociedad occidental, ha surgido cada vez más para abarcar una serie de cuestiones que antes separaban rigurosamente la izquierda de la derecha. Y este acuerdo ideológico, que podría describirse mejor como «socialismo conservador», se ha convertido en la ideología de los partidos más importantes en los paises desarrollados de Europa y América [73].

Al hacer estas consideraciones yo sólo reiteraba el argumento manifestado por H. Stuart Hughes en la conclusión a «El fin de la ideología política», cuando él observó que «las doctrinas de "progreso" —liberalismo, democracia, socialismo— habían hecho las paces con lo que queda del conservadurismo tradicional [...]. Es sorprendente, pues, que el nuevo conservadurismo de 1950 [...], ¿hubiera fundido todas las ideologías en una concordia sin resolver, en la cual lo único claro es la palabra libertad?» [74].

En justicia, hay que observar que un crítico comunista, E. N. Moskvichov, reconoce que los escritos principales sobre «el fin de la ideología

[72] Rousseas y Farganis, «American Politics and the End of Ideology», p. 274.
[73] Lipset, *Revolution and Counterrevolution*, p. 303.
[74] Hughes, «The End of Political Ideology», p. 158.

en los países industriales desarrollados de Occidente no implican la extinción de toda ideología ni la ausencia de diferencias políticas o ideológicas. La frase "fin de la ideología", según sus autores y partidarios, sólo significa que, en primer lugar, las llamadas ideologías universales ya no sirven para guiar las acciones políticas de masas, y esto se cumple sobre todo con el marxismo-leninismo; en segundo lugar, en los países capitalistas desarrollados, los agudos conflictos ideológicos y políticos se van desvaneciendo gradualmente» [75].

En las referencias a algunos de los escritos de Aron, Shils, Bell, y a los míos propios, debe quedar claro que, en los mismos trabajos en que tratamos el «fin» o «declive» de la ideología, ni nosotros ni la mayoría de los demás que escribieron a este respecto quisieron significar el fin de los sistemas de conceptos políticos integrados, de pensamiento utópico, de conflicto de clases, y los relacionados con las posturas políticas defendidas por representantes de clases diferentes u otros grupos de intereses políticos. En vez de esto, a lo que nos referíamos era a una afirmación de que las asignaciones apasionadas de un conjunto revolucionario integrado de doctrinas a las luchas antisistema de los movimientos de las clases trabajadores —y las consiguientes doctrinas coherentes contrarrevolucionarias de algunos de sus oponentes— estaban decreciendo; que, repitiendo un término de C. Wright Mills, eran «un legado del marxismo victoriano». No deberían resurgir en sociedades industriales avanzadas o «posindustriales», aunque continuasen existiendo en las naciones menos desarrolladas, cuyas estructuras sociales y procesos de cambio se parecen a los de Europa durante la revolución industrial. La ideología no se refiere al significado de sentido común, que expresa *cualquier* clase de pensamiento político, como algunos críticos radicales piensan. Un sociólogo radical, Franz Schurmann, ha manifestado incluso que, desde un punto de vista marxista, el concepto de la ideología revolucionaria no tiene sentido. «La ideología es una palabra engañosa. Para Marx, la ideología era falsa consciencia.» Y Schurmann continúa preguntando (en términos que evocan el anterior estudio de Bell sobre las consecuencias de la sociedad posindustrial en el pensamiento político): «¿En este "fin de la ideología" están las semillas de un nuevo orden político-moral» [76].

(Observemos, entre paréntesis, que el profesor soviético L. N. Moskvichov desafía las interpretaciones de Marx, así como las de Schurmann. Cita varios pasajes de Marx y Engels que se refieren a la ideología como «amalgama de puntos de vista políticos y legales, filosofía y religión, sin aplicar en absoluto ninguna connotación negativa al término [...]. Marx y Engels recalcaron la esencia de clases de la ideología en la sociedad dividida en clases antagónicas». Continúa observando que Lenin escribió acerca de la necesidad de «efectuar propaganda a favor de la ideología proletaria: la teoría del socialismo científico» [77].)

[75] MOSKVICHOV, *The End of Ideology Theory*, p. 28.
[76] FRANZ SCHURMANN, «System, Contradictions, and Revolutions in America», en RODERICK AYN y NORMAN MILLER (eds.), *The New American Revolution*, Free Press, Nueva York, 1971, p. 61.
[77] MOSKVICHOV, *The End of Ideology Theory*, pp. 62-66.

Curiosamente, el mayor tributo a las preocupaciones de los «sociólogos académicos» que escribieron desde la perspectiva «pluralista» proviene de la pluma de otro sociólogo radical, Alvin Gouldner, quien en 1970 observó que un grupo de intelectuales, a los que identifica con la postura de Talcott Parsons, «han centrado la atención sobre algunas de las nuevas fuentes y lugares del cambio social en el mundo social moderno»:

> Por ejemplo, y para ser atrevidamente odioso a este respecto, no fueron los marxistas, sino Talcott Parsons y otros funcionalistas, quienes señalaron en un principio la importancia de la naciente «cultura juvenil», y, por lo menos, la elevaron como un objeto de atención. Fueron los sociólogos académicos, no los marxistas, de los Estados Unidos quienes ayudaron a muchos a obtener la primera descripción completa de cómo viven los negros y otros grupos marginados, y quienes contribuyeron a progresos políticos tales como la decisión antisegregacionista del Tribunal Supremo. Es la etnografía de los sociólogos académicos convencionales la que nos ha proporcionado la mejor descripción de las nacientes culturas psicodélicas y de las drogas, que están agravando la separación y el conflicto entre generaciones [78].

Gran parte de las controversias políticas referentes a la validez de los análisis del fin de la ideología han girado alrededor de los diferentes significados del término «ideología». Los críticos han podido demostrar satisfactoriamente que las ideologías continúan existiendo; que, con su declive en la última guerra fría, los intelectuales, las clases cultas y las personas jóvenes educadas han intensificado su compromiso con las perspectivas *anti-establishment*. En su artículo sobre «Ideología», escrito para la *International Encyclopedia of the Social Sciences* (1968), Edward Shils ha manifestado con acierto que él y otros defensores de la tesis del fin de la ideología nunca quisieron expresar que los «ideales, las normas éticas y los puntos de vista sociales y sistemas generales o amplios ya no fueran ni importantes ni posibles en la sociedad humana». Y como Shils ha recalcado en su reciente libro:

> Es obvio que no puede existir ninguna sociedad sin una cultura cognoscitiva, moral y expresiva. Las normas de fidelidad, belleza y bondad son inherentes a la estructura de la actividad humana. La cultura que se genera de las necesidades cognoscitivas, morales y expresivas, y que se transmite y se mantiene por tradición, es parte de la misma constitución de la sociedad. Así, todas las sociedades que tengan una cultura tendrán un conjunto complejo de orientaciones hacia el hombre, la sociedad y el universo en el que estarán presentes las proposiciones éticas y metafísicas, los juicios estéticos y el conocimiento científico. Estos formarán las perspectivas y subperspectivas de la sociedad. Así, no puede darse nunca un «fin» de las perspectivas o subperspectivas. La disputa surgió por no haber distinguido éstas de la ideología en el sentido aquí expuesto [...].
>
> Además, los defensores de la tesis del «fin de la ideología» no afirmaron o dedujeron que la raza humana hubiera alcanzado una condición o una etapa de desarrollo durante la cual, y después de ella, no pudieran existir ya ideologías. La potencialidad para la ideología parece ser una parte permanente de la constitución humana. En condiciones de crisis, cuando las élites que habían

[78] ALVIN W. GOULDNER, «Toward a Radical Reconstruction of Sociology», *Social Policy*, 1 (mayo-junio 1970), p. 21.

prevalecido hasta ese momento fracasan y quedan desacreditadas, cuando las instituciones centrales y la cultura con la que se asocian parecen incapaces para encontrar el modo de acción correcto, las tendencias ideológicas tienden a la exaltación. La necesidad de un contacto directo con las fuentes de los poderes de creatividad y legitimidad y de una amplia organización de vida difundida por estos poderes es una necesidad intermitente y ocasional en muchos seres humanos y una abrumadora y continua necesidad en unos pocos. La confluencia de la necesidad despertada en los primeros con la presencia de los últimos genera e intensifica las orientaciones ideológicas. Mientras las sociedades humanas estén sujetas a crisis, y mientras el hombre tenga la necesidad de estar en contacto directo con los elementos ideológicos inviolables de la tradición contenida en la perspectiva occidental moderna, habrá una garantía de la persistencia de su potencialidad [79].

ANALISIS EMPIRICOS

Buena parte del debate referente al concepto del fin de la ideología ha implicado, sin duda, diferencias ideológicas. Sin embargo, la idea, en su versión moderna, fue anticipada por varios sociólogos e historiadores como una hipótesis empírica sobre las consecuencias del desarrollo social en el carácter de la controversia de los partidos en relación con las clases. Para la mayoría, las críticas radicales han ignorado el tema de la validez de la hipótesis; generalmente han tomado su falsedad como *prima facie*, como manifiesta por sí misma —dado el hecho de que las pasiones políticas y los movimientos radicales de protesta continúan existiendo—. Pero, mientras que unos se han enzarzado en polémicas, otros pocos han tratado en realidad de evaluar la validez de esta proposición. Una cantidad considerable de literatura, parte de ella exhaustiva en su metodología, ha tratado de comparar la intensidad de las segmentaciones ideológicas entre las diferentes sociedades o de examinar los cambios dentro de las naciones a través del tiempo.

Tres científicos políticos (Rejai, Mason y Beller, no implicados previamente en la controversia) examinaron estos estudios dispares y concluyeron que la hipótesis se mantiene: «La hipótesis del fin de la ideología ha ocasionado, pues, un gran cuerpo de producción académica en la pasada década. En términos generales, esta hipótesis trata de establecer una correlación negativa entre el grado de desarrollo económico y la intensidad de la política ideológica dentro de un país dado. La hipótesis se ha mantenido muy bien en investigaciones empíricas en cierto número de sociedades industriales avanzadas» [80].

Otro científico político, John Clayton Thomas, codificó sistemáticamente la posición de cincuenta y cuatro partidos en doce naciones indus-

[79] SHILS, *The Intellectuals and the Powers*, pp. 40-41.
[80] M. REJAI, W. L. MASON y D. C. BELLER, «Empirical Revelance of the Hypothesis of Decline», en REJAI (ed.), *Decline of Ideology*, pp. 274-275. Véase también PAUL R. ABRAMSON, «Social Class and Political Change in Western Europe», *Comparative Political Studies*, 4 (julio 1971), esp. pp. 146-147, y DAVID R. SCHWEITZER, *Status Frustration and Conservatism in Comparative Perspective: The Swiss Case*, Sage Publications, Beverly Hills, Cal., 1974, pp. 17-21.

trializadas sobre diez dimensiones para siete períodos de cinco años desde la década de 1870 a la de 1960. Detectó «modelos significativos de convergencia (es decir, desviaciones medias descendentes) desde la década de 1910 hasta la de 1960» [81]. Los partidos no izquierdistas, es decir, los conservadores, liberales y cristiano-demócratas, «se desplazaron con firmeza, y algunas veces con gran fuerza, hacia la izquierda entre las décadas de 1890 y 1960» [82]. De forma similar, «un examen de la magnitud media de defensa del cambio en los partidos laborista, socialista/socialdemócrata y comunista de la Commonwealth británica [... reveló] disminuciones consistentes y considerables en su radicalismo sobre casi todos los temas. En muchos casos, el grado de desradicalización es comparable al alto grado de despolarización que experimentaron los partidos no laboristas» [83].

Más recientemente, Thomas ha actualizado su análisis incluyendo el período de 1971-1976. Según sus hallazgos, en nueve de cada diez naciones industrializadas (con la sola excepción de los Estados Unidos), la diferencia media en las posturas de los partidos respecto a temas socioeconómicos ha disminuido desde la década de 1960 a la de 1970. Según observa, «las diferencias entre los partidos disminuyeron entre la década de 1960 y la de 1970 en todos los sistemas de partidos (excepto los de Estados Unidos), sin tener en cuenta si la comparación está restringida a los dos bloques de partidos más importantes o se extiende a todos los partidos con una participación de los votantes superior al cinco por ciento» [84]. La excepción norteamericana es sorprendente, sobre todo porque las diferencias ideológicas globales parecen más pequeñas en los Estados Unidos que en los países con partidos socialistas y conservadores. Thomas sugiere que la excepción norteamericana, la mayor variación en las posiciones políticas, puede reflejar la «debilidad de los partidos norteamericanos a la hora de implantar sus posiciones políticas». Precisamente gracias a que los partidos norteamericanos tienen menor estructura y disciplina que los de Europa y Japón, pueden poner mayor énfasis en las afirmaciones que efectúan en sus campañas sobre las diferencias entre ellos que en los países donde las organizaciones de los partidos pueden ser tenidas en cuenta para la política [85].

Mientras la obra de Thomas en general proporciona la prueba y la verificación aparente más amplias de los supuestos básicos en la literatura del fin de la ideología, es importante observar una modificación de gran envergadura. Thomas descubre que los partidos no izquierdistas han cambiado sus posturas políticas más que los partidos orientados hacia los trabajadores, aunque la mayor parte de los escritores sobre el fin de la ideología han recalcado el cambio de los partidos izquierdistas y han subes-

[81] JOHN CLAYTON THOMAS, *The Decline of Ideology in Western Political Parties: A Study of Changing Policy Orientations*, Sage Publications, Beverly Hills, Cal., 1974, p. 13.
[82] *Ibid.*, p. 26.
[83] *Ibid.*, p. 44.
[84] JOHN CLAYTON THOMAS, «The Changing Nature of Partisan Divisions in the West: Trends in Domestic Policy Orientations in Ten Party Systems», *European Journal of Political Research*, 7 (diciembre 1979), pp. 403-405.
[85] *Ibid.*, p. 406.

timado el de otros grupos. Thomas sugiere que el motivo de este importante desplazamiento puede haber sido el hecho de que el *statu quo* en la sociedad industrializada ha cambiado hacia la izquierda, o sea, hacia la sociedad de planificación del bienestar. Por esto, «una posición de partido puede cambiar, pero el cambio no será percibido si el *statu quo* cambia en la misma dirección. Esto podría explicar la falta de atención a la masiva despolarización de los partidos que no son de trabajadores. En segundo lugar, una posición de partido puede no cambiar, pero el cambio sería percibido, no obstante, si el *statu quo* cambia. Esto explicaría la exageración del grado de despolarización del Partido Laborista» [86].

Las diferencias en la evaluación de la tesis —entre los que han buscado cuidadosamente comprobarla y los críticos polémicos— llevaron a Rejai y a sus colegas a buscar una explicación sobre cómo la gente podía llegar a conclusiones tan dispares. Ellos la encontraron en el hecho de que la mayoría de los críticos demuestran un «deseo aparente de desestimar el significado empírico de la hipótesis en cuestión y basarse, en su lugar, en la justificación semántica». Los críticos son capaces de desafiarla «adoptando definiciones de ideología que tienen graves deficiencias [...] que son tan vagas, tan generales y tan amplias como para minimizar su importancia para la investigación empírica» [87].

En este momento, los sistemas de partidos políticos, institucionalizados para acomodarse a los conflictos de la sociedad moderna e ideológicamente moderados, según observó Bottomore, por el funcionamiento de los sistemas electorales democráticos, todavía siguen siendo dominantes. Como indica un estudio cuantitativo de los modelos electorales en los «sistemas de partidos occidentales desde 1915», efectuado por dos científicos políticos de Strathclyde, Richard Rose y Derek Urwin, ha habido pocos cambios en la fuerza relativa de los partidos politicos, cuyo comportamiento ha correspondido con los vaticinios de Weber: «Cualquiera que sea el índice de cambio que se utilice —una medida de las tendencias o de varias medidas de fluctuaciones—, el cuadro es el mismo: la fuerza electoral de la mayoría de los partidos en las naciones occidentales desde la guerra ha cambiado muy poco de unas elecciones a otras, de una a otra década, o dentro del período de vida de una generación [...]. En resumen, la principal autoridad de los científicos sociales interesados en el desarrollo de los partidos y de los sistemas de partidos desde 1945 es explicar la ausencia de cambio en un período en la historia política que dista mucho de ser estático» [88]

[86] THOMAS, *The Decline of Ideology*, pp. 45-46.
[87] REJAI, MASON y BELLER, «Empirical Revelance of the Hypothesis of Decline», en REJAI (ed.), *Decline of Ideology*, p. 275.
[88] RICHARD ROSE y DEREK W. URWIN, «Persistence and Change in Western Party Systems since 1945», *Political Studies*, 18 (septiembre 1970), p. 295.

CONCLUSION

En 1981, John Kenneth Galbraith, uno de los principales portavoces de la Nueva Política, escribía en la *New York Review of Books* reiterando su conclusión anunciada anteriormente de que ha existido un «acuerdo sobre una amplia gama de ideas y políticas [...] en los países industriales a partir de la Segunda Guerra Mundial». Según observa Galbraith: «Ha habido un amplio consenso en los Estados Unidos que se ha hecho extensivo a la mayoría de los republicanos y a la mayoría de los demócratas. Algo parecido ha ocurrido entre los cristiano-demócratas y los socialdemócratas en Alemania y Austria, entre los partidos laborista y "tory" en Gran Bretaña y entre los liberales y conservadores progresistas en Canadá. La política en Francia, Italia, Suiza y Escandinavia se ha adaptado generalmente a este modelo» [89].

Y en línea con los hallazgos empíricos de Thomas, según los cuales el consenso ha implicado más un ajuste por parte de los que están a la derecha de las políticas defendidas por la izquierda que a la inversa, Galbraith identifica el acuerdo entre los partidos políticos más importantes como una aceptación de un «amplio compromiso macroeconómico, de servicios públicos y de bienestar social», formando las políticas de planificación, bienestar y regulación un «consenso [...] de gran improtancia para los que tienen rentas más bajas». Como resultado de esto, a su juicio, los desafíos más graves al consenso no han provenido de la izquierda, sino de los conservadores, reflejados muy recientemente en los ataques al Estado de planificación y del bienestar efectuados por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en los Estados Unidos. Pero Galbraith niega que sus victorias electorales representen un «auténtico cambio de opinión» y aduce que, mientras estén en el poder, no podrán cambiar fundamentalmente las políticas subyacentes en el consenso. Aunque socialista. ofrece un conjunto bastante moderado de objetivos políticos, los cuales, si triunfan, apenas alterarán el modelo: «De ahí la tarea. El consenso debe ser defendido, por supuesto, en sus posiciones actuales de fuerza. Pero aquí habrá un gran apoyo de las circunstancias. La tarea real consiste en repararlo, renovarlo y rediseñarlo en sus puntos actuales de fracaso» [90]

Insistiendo sobre lo mismo, el resurgimiento de las ideologías totalitarias en un segmento de intelectuales y estudiantes en diversos países occidentales a finales de la década de 1960 no constituye un desafío por sí solo a las tesis propuestas por los que escribieron sobre el declive de la ideología en los movimientos sociales basados en las masas en los países occidentales. Como se ha observado anteriormente, estos escritos eximieron a menudo, explícitamente, a los intelectuales y a los estudiantes de la generalización.

[89] JOHN KENNETH GALBRAITH, «The Conservative Onslaught», *New York Review of Books*, (22 enero 1981), p. 30.
[90] *Ibid.*, p. 36.

Los esfuerzos destinados a encontrar una base de masas, más allá de una opulenta minoría de la *intelligentsia*, por parte de grupos de la nueva izquierda que rechazan los partidos establecidos socialdemócrata, comunista y demócrata, todos orientados al sistema electoral, han fracasado estrepitosamente en zonas tan diversas como Francia, Alemania, Italia, norte de Europa y los Estados Unidos. La gran mayoría de los norteamericanos de la nueva izquierda, incluyendo a algunos de sus más prominentes portavoces, se han afiliado al Partido Demócrata en los Estados Unidos, encontrando suficiente apoyo ideológico en las posiciones liberal y populista personificadas en George McGovern y Edward Kennedy.

El contenido empírico subsumido en el concepto del «fin de la ideología» se ha encomendado a los eruditos de persuasiones políticas fuertemente diferenciadas. Sin embargo, algunos de los que lo han enunciado han sido señalados selectivamente por haber negado supuestamente que tuviera lugar el agudo tipo de controversia ideológica que surgió en la década de 1960. Este ataque ilustra hasta qué extremo se han confundido las evaluaciones ideológicas de motivos subyacentes con la validez. Richard Simpson, al observar el aumento de tales formas de crítica en sociología, ha advertido: «Una idea central [...] es que cuando colgamos una etiqueta ideológica en una teoría [...] decimos algo sobre la validez de la teoría. Esta noción es alarmante, puesto que convertiría a la sociología en filosofía moral subestándar, sustituyendo la resonancia de los sentimientos por la razón y la observación como base para construir y juzgar teorías» [91].

---

[91] RICHARD SIMPSON, «System and Humanism in Social Science». *Science*, 173 (mayo 1971), p. 664.

INDICE DE NOMBRES